

SARAY GARCÍA



Después de encontrarme

Después de encontrarme

Saray García

Título original: Después de encontrarme

Primera edición: Mayo 2016

© 2016, Saray García

Maquetación y diseño de portada, a3studio

ISBN: 978-1533130358

Depósito legal: V 515-16

Esto es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, organizaciones y diálogos en esta novela son o bien producto de la imaginación del autor, o han sido utilizados en esta obra de manera ficticia.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

En este libro las canciones tienen un significado muy especial. Acompañan a los protagonistas dando verdadero sentido a muchos momentos. Si quieres disfrutar de la banda sonora de Después de encontrarme, solo necesitas seguir este enlace:

<https://open.spotify.com/user/saraygarc%C3%ADa/playlist/7mTadEGpLX2DhZuvQfaSsv>

ÍNDICE

1. [SUEÑOS LENTOS Y HUIDAS VELOCES](#)
2. [SI TÚ SALTAS...](#)
3. [CALLAR ALGO COMO... TE QUIERO](#)
4. [¡SOY EL REY DEL MUNDO!](#)
5. [IMPERTINENTE ES MI SEGUNDO NOMBRE](#)
6. [REVUELTO DE FRUTOS SECOS](#)
7. [SE \(CE\)PILLA ANTES A UN MENTIROSO...](#)
8. [DESPERTARES ESTRELLADOS](#)
9. [SE MIRA PERO NO SE TOCA](#)
10. [TORTITAS PARA TODOS](#)
11. [DOS NOVIOS PARA DOS SOFÁS](#)
12. [¿QUÉ HACE UN TIPO COMO YO, EN UN SITIO COMO ESTE?](#)
13. [CSI VALENCIA. ESPECIALISTAS EN REDES SOCIALES](#)
14. [TODO LO QUE PUDO SALIR BIEN](#)
15. [THELMA Y LOUISE](#)
16. [ERES LUZ](#)
17. [A CORAZÓN ABIERTO](#)
18. [NO DEJES PARA MAÑANA...](#)
19. [HOGAR, DULCE E INCORREGIBLE HOGAR](#)
20. [CADA COSA EN SU LUGAR... Y LUCÍA POR TODAS PARTES](#)
21. [UN DÍA COMO OTRO CUALQUIERA](#)
22. [SORPRESAS, CONFESIONES, Y... ¡MUCHA MIERDA!](#)
23. [AFORO COMPLETO](#)
24. [MI PRIMERA UVA](#)
25. [SIEMPRE CUIDARÉ DE TI](#)
26. [LA CUENTA ATRÁS](#)
27. [PLANTAR LA SEMILLA](#)
28. [RECOGER LOS FRUTOS](#)
29. [MI CHICA](#)
30. [LA VERDADERA CARA DEL DOLOR](#)
31. [EXPIANDO PECADOS](#)
32. [JAQUE](#)
33. [MATE](#)
34. [CUANDO DECIDÍ OLVIDARTE](#)
35. [CASI LA ANTIGUA LUCÍA](#)
36. [VIDAS QUE DEJÉ CRUZADAS...](#)
37. [...VIENEN PERSIGUIÉNDOME](#)
38. [CUANDO DECIDÍ RECUPERARTE](#)
39. [DIQUE SÍ](#)
40. [LO QUE SIEMPRE HAS QUERIDO](#)

[EPÍLOGO](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[SOBRE LA AUTORA](#)

A ti, abueli

Estés donde estés, que sea para bien

A Tindaya, por todo lo que compartiremos hasta que puedas leerlo

El agua caía sobre mi cuerpo desnudo. Deslicé mis manos por la cara para echarme hacia atrás el pelo y abrí los ojos. Una sonrisa se dibujó instantáneamente en mi rostro, al tiempo que *Closer* llenaba aquel baño. Sabía dónde estaba. De vuelta a Madrid. A nuestra habitación de hotel.

Sin que pudiera preguntarme cómo había llegado hasta allí, sus manos resbalaron por mi vientre y su boca por mi cuello. Instintivamente, estiré el brazo para acariciarle el pelo.

—Te he echado de menos —dije enredando mis dedos entre sus mechones.

No recibí contestación. En lugar de hablar, me recorría los hombros con besos, y sus dedos ascendían por mis costados hasta llegar a acariciar mis pechos. Suspiré contoneándome contra él al ritmo de los Kings of León. Subió por mi brazo para recoger mi mano de su cabeza y guiarla de vuelta a mi cuerpo. Siguiendo mi contorno, despacio, muy despacio, íbamos dibujando mis curvas hasta llegar a mi entrepierna. Lo noté excitarse contra mí. Sus dedos obligaron a los míos a tocarme. Estaba perdiendo el sentido con nuestras caricias acompasadas, sus labios recorriéndome la espalda, la sensual melodía de la canción...

—¿Te has levantado con ganas de jugar? —pregunté sin apenas poder contener un gemido cuando me rozó el clitoris con mis propias yemas.

En lugar de responder, sus dedos liberaron los míos y, retrocediendo un paso, me dejó espacio para poder volverme.

—Buenos días, ne...

Antes de haber terminado de decirlo, mis pupilas habían topado con unos preciosos ojos grises centelleantes, y un sonoro *scratch* destrozaba la música ambiente. ¡¿Alex?!

—Buenos días, canija.

Desperté a la velocidad del rayo, con la respiración acelerada y bañada en sudor.

Tenía una mano en una teta y la otra en la cadera. La del pechito contento, era obvio que había sido por mi sueñecito húmedo. Y tan húmedo... ¿Reivindicando su nombre, señor *Mojabragas*? La otra, la que parecía estar protegiendo la última flor del universo, era por idiota.

Todo comenzó en el maldito momento en el que Jorge comentó que, aquella cicatriz en mi cadera, era como llevar un tatuaje para recordarlo. Por eso yo, como buena suicida emocional, había cogido la estúpida costumbre de dormir con una mano sobre ella.

Juro que era involuntario. Nunca era consciente del momento en el que mi palma arropaba aquella marca todavía rosada, pero cada mañana, mi mano aparecía situada en la misma posición. Como si así pudiera tocarlo a él, y fuera verdad que lo llevaba en la piel para siempre. Como si estuviera salvaguardando lo poco que quedaba de algo que fue nuestro. Algo que se perdió un mes atrás, entre su silencio y mis lágrimas. ¡Prohibido pensar en eso, pardilla!

Miré el reloj medio grogui. ¡Mierda, joder! Me había quedado totalmente dormida. Iba a tener que correr para llegar a tiempo a la cena.

Después de llevar todo el mes lejos de Valencia, había regresado esa misma tarde de pasar mis últimos días de vacaciones con Nora. Agotada por el viaje, me había tirado en la cama para descansar cinco minutitos... que se habían convertido en dos horas.

Lo bueno de llevar tanto tiempo fuera, era que mis posibilidades estilísticas estaban bastante mermadas. La inmensa mayoría de mi ropa de verano estaba, o arrugada dentro de alguna maleta, o haciendo rebosar el cesto de la ropa sucia.

Estudiando mis alternativas, supe que la mejor opción era aquel vestido largo y vaporoso, de modo que no tardé en meterme en la ducha para olvidar los sueños con un ex de manos sueltas, y para cantar a voz en grito, anunciándoles a los vecinos mi vuelta a casa.

Para mi sorpresa, conseguí llegar hasta la dirección que Alina me había mandado sin gritarle ni una vez al *Google Maps*, y eso que el bendito chalet estaba más o menos donde Cristo perdió la alpargata.

Aparqué el coche de cualquier manera, cortando el paso de un Mini que podía apostar a que pertenecía a la abofeteable Jimena. Después de todo, no tenía intención de estar allí demasiado tiempo.

De camino a la entrada, un Golf blanco —su Golf blanco— llamó mi atención. Genial, que empiece la función, pensé. Si albergaba una remota esperanza de que Jorge no estuviera, esa visión acababa de mandarla a la mierda por la vía rápida. Mi pulso respondió descontrolándose, y mi cabeza se planteó la posibilidad de acariciar con mi bolso de tachuelas —sin querer, claro— la carrocería al pasar. Recurrí al mantra de las vacaciones antes de caer en la ira incontrolada.

—Si no te pienso, no existes. Si no te pienso, no existes. Si no te pienso, no existes —me repetí a mí misma dejando atrás el coche.

La puerta estaba abierta, así que entré siguiendo el sonido de la música hasta la piscina, donde un montón de jóvenes bailaban, reían y bebían al ritmo de Supersubmarina. ¡Ay Norito, qué bien lo habríamos pasado tú y yo aquí!, pensé antes de recordarme que tenía que salir de allí cuanto antes. Nada más verme, Alina corrió a mi encuentro.

—¡Lucía! —gritó tirándose sobre mí—. Pensé que al final no vendrías.

—No podía perderme tu despedida —confesé devolviéndole el abrazo.

La estrujé contra mí, regresando al día en que la había conocido. Apenas unos meses después, ella también corría detrás de su cambio de vida. Se iba a estudiar a Inglaterra, y aunque estaba segura de que se llevaría el violín en la maleta, este tendría que aprender a compartir su tiempo con los libros de finanzas.

Mientras dejaba que mis brazos la arropasen, mis ojos inquietos no dejaban de saltar de cara en cara buscando el rostro de su hermano. Estaba cerca. En alguna parte de aquella casa. Era como si pudiera sentirlo, sin embargo, no lograba encontrarlo.

En mi interior se libraba una especie de lucha de poder. Por una parte, mi cabeza me decía que lo más inteligente sería mantenerlo lejos. Pero por otra, mi corazón... Él solo palpitaba ansioso dentro de mi pecho, esperando el momento de encontrar su mirada, y que las últimas semanas desaparecieran para poder salir de su jaula. Volver a escuchar sus provocaciones... Que me tentase con su sonrisa... Lucía en modo yonqui activada. ¡Qué rápido se acaba el efecto "Vacaciones rehabilitadoras", Señor!

—Acompáñame a la cocina para que podamos hablar —dijo arrastrándose por una mano.

—Ahí, no puedo quedarme mucho. Tengo una cena —respondí siguiendo sus pasos sin tener muy claro si podía oírme.

—Espérame dentro un segundo. Voy a... a por el móvil.

Giró y comenzó a caminar dejándose en el umbral de la puerta. Lo crucé. Allí la música se escuchaba atenuada, pero aún así podía distinguir a Chino entonar las primeras frases de *Chas! Y aparezco a tu lado*.

Me volví con una sonrisa irónica, pensando en Adriana y en cómo acabó la última conversación en la que salió esa canción, pero cuando mis ojos alcanzaron la terraza con vistas al mar, el corazón me dejó de latir durante lo que pareció una eternidad.

Allí estaba Jorge. Apoyado en la barandilla. Embelesado mirando el mar. Ajeno al estallido de emociones que acababa de desatar dentro de mí. ¡A tomar por culo la desintoxicación!

Fue gracioso pensar que aquella canción había hecho que de verdad apareciese. Aunque, siendo sincera... Aparecer lo que se dice aparecer... Tampoco es que hubiera hecho nada en concreto, más que ir al guateque de despedida de su hermana, seguramente sin imaginarse que sería yo la que emergería de mi escondite vacacional.

Por el contrario, yo sabía de sobra que él estaría en aquella fiesta. Era su hermana. No era tan capullo como para perdersela. Pese a eso, reconozcamos que lo de la canción sonando en el momento preciso... ¡Con menos que eso, Iker Jiménez podría hacer un programa especial!

Avancé hasta los ventanales que permanecían cerrados y, por un segundo, olvidé que había un cristal entre nosotros. Un símbolo de la distancia que nos había separado las últimas semanas. Alargué la mano posando mis dedos sobre su silueta y, viéndolo sujetar una cerveza en una mano y un pitillo en la otra, mi corazón volvió a adquirir un ritmo pausado. El del confort de estar cerca. La calma de notar su presencia. La tranquilidad que te embarga cuando encuentras algo que habías perdido, aunque en mi caso, no fuera a recuperarlo.

—¿No piensas decirle nada?

Me di la vuelta alarmada por la voz de Alina, escondiendo la mano tras la espalda en un acto reflejo, como si me hubiera pillado robando una pieza de la cubertería buena.

—Creo que será mejor que no lo haga —respondí haciendo caso a mi instinto de supervivencia.

—Se cabrearía mucho si se enterase de que has estado aquí y no le he avisado —alegó dirigiéndose hacia la terraza.

—Pues entonces que no se entere —la detuve agarrando su brazo—. Por favor.

Mi expresión de súplica debió convencerla, aunque la suya dejó claro que no estaba de acuerdo con lo que iba a hacer.

—Va a matarme...

En realidad no creía que le importase demasiado. Si durante todo ese tiempo no había tenido noticias suyas, estaba claro que verme no era una de sus prioridades.

—Tengo algo para ti —cambié de tema llevando una mano al bolso para sacar un pequeño paquete—. Dicen que protege a quien lo lleva —esperé a que lo abriera y sacase el regalo del saquito de tela—. Según los nativos, el material del que está hecho ahuyenta los malos espíritus y atrae la fortuna.

—¡Me encanta! Es tan original... —contestó colocándose y admirando el curioso brazalete—. Lo llevaré siempre.

—Estoy segura de que no la vas a necesitar —sonreí cogiendo su mano—. Nunca dejes que nadie te diga que no puedes lograr algo, Alina —tragué para evitar venirme abajo. Odiaba las despedidas—. Podrás ser lo que te propongas, y me alegra que hayas decidido intentar ser feliz.

—Una amiga me dijo una vez, que es bastante complicado serlo haciendo algo que no quieres —sonrió encantadora—, así que seguí su consejo para hacer exactamente lo que quería —me dio un apretón en la mano—. Quiero que sepas que tu llegada nos cambió la vida a todos, no solo a Jorge.

—Yo no cambié nada —menos aún en Jorge—. Vosotras sí que cambiasteis mi vida. Pasé de trabajadora desmotivada a... ¡estilista acelerada! —reí agitando las manos por encima de mi cabeza.

—Un poco acelerada has sido siempre.

—Creo que te tengo que dar la razón.

Nos sonreímos con complicidad, y la mirada de Alina se transformó en dubitativa.

—Escúpelo —la animé—. A no ser que sea sobre tu hermano. En ese caso, trágatelo y digiérelo tú solita.

—¿Lo echas de menos? La investigación, quiero decir —aclaró antes de que me negase a responder.

Me pensé la respuesta durante unos segundos, mirando de soslayo a Jorge para asegurarme de que seguía al margen de lo que pasaba detrás de él. Sentí la necesidad de morderme los labios al ver cómo los pantalones se le ajustaban al culo. ¡A lo que estás, miraditas!, se supone que la chica espera de un discurso inspirador que le ayude a estar segura del paso que va a dar. Saca el Punset que llevas dentro.

—Pasando tiempo con Nora, es imposible no sentir cierta nostalgia de cómo era la vida entonces, cuando consumía los días metida en un laboratorio, y las noches hablando con ella del avance de nuestros proyectos —expliqué con cierta amargura. La semana que compartimos me había sabido a dulce pasado—. Pero al oírla hablar con tanta vehemencia de su trabajo, de los congresos, los cursos... Al ver la manera en la que sigue vinculada a todo eso y sin embargo no se siente una esclava de su trabajo, me doy cuenta de que ese mundo dejó de ser el mío hace ya mucho tiempo —la agarré con disimulo haciéndola retroceder un poco, intentando protegernos de la vista de Jorge si se giraba—. Siempre recordaré los primeros años que pasé en un laboratorio. La manera en la que me divertía y aprendía al mismo tiempo. La curiosidad de probar cosas nuevas y ver si funcionaban. La satisfacción cuando los resultados eran positivos, y el inconformismo cuando sucedía lo contrario —involuntariamente, mis labios se estiraron en una mueca de orgullo—. Realmente es un mundo precioso si sabes disfrutarlo, pero por desgracia para mí, llegó un punto en el que se convirtió en una cárcel —suspiré entristecida. Puede que fuera la primera vez que reconocía tan abiertamente a alguien que no fuera mi madre aquella realidad—. Puede que la tesis pagase los platos rotos de otras carencias en mi vida, o puede que, simplemente, fuese una prueba de fuego a la que a mí se me olvidó presentarme con el traje ignífugo, y me abrasó hasta las entrañas. Lo cierto es que acabó distorsionando la realidad... hasta convertirla en un suplicio.

—¿Te arrepientes?

—Mi pasado es el que me ha traído hasta aquí. Nunca lamentaré haber vivido aquello, pero sé que necesitaba dejarlo —su ceño fruncido me dejó claro que seguía preocupada—. Que tocar ya no sea tu prioridad, no significa que lo repudies —asintió toqueteándose el brazalete y dándole vueltas sobre su muñeca—. Llevas la música dentro, Ali. Eso no cambiará por mucho que tu futuro se vincule a un despacho —dije deteniendo sus movimientos—. No tengas miedo de perder algo que es parte tu esencia. Si es así, encontrarás la manera de hacerlo encajar en tu nueva vida. Si no, avanza con tus recuerdos, pero nunca permitas que te atrape en un futuro que no deseas.

—Espero que puedas mandarme paquetes de ropa a la residencia —sonrió con un deje de añoranza.

—En cuanto me instale en mi nuevo despacho, te prepararé los uniformes de la vuelta al cole —reí guiñándole un ojo—. Te voy a extrañar, pelirrojita.

—Y yo a ti, Lucía. Mucho.

Nos volvimos a abrazar y, antes de que Jorge acabase por darse la vuelta y me pillase allí dando un discurso que probablemente su hermana no había sido capaz de pedirle a él —puesto que parecía haber renunciado a todo por un deber que solo él comprendía—, me separé de ella.

—Me tengo que ir.

—¿De verdad no quieres que le diga nada? —preguntó una vez más, señalando la terraza con la cabeza.

Negué y comencé a caminar hacia la salida, llevándome conmigo todo lo que habría querido decirle. Todo lo que había supuesto volver a tenerlo cerca.

En mi interior, recé para que siempre hubiera un cristal entre nosotros, como esa noche, porque puede que esa fuera la única manera de conseguir que no llegase hasta él, que me mantuviese firme y alejada. Recé para que, llegado el invierno, todo lo que sentía por Jorge se hubiese enfriado dentro de mí, como lo harían las gotas sobre

aquel ventanal, que no hacía más que recordarme que algo se interponía entre nosotros, aunque la realidad fuera que lo único que nos había separado siempre, había sido él.

Salí apurada, escudándome en la cena para la que me esperaban, fingiendo que lo que hacía no era huir. Como la noche estaba pesada, me permití engañarme aún más, y culpar a la humedad de la opresión que sentía en el pecho y me impedía llenar los pulmones.

Me metí en el coche y arranqué. Mis dedos fueron directos a los botones de la radio y, pulsando rápidamente, busqué la canción que quería en el CD de Alba.

—*Me callo porque es más cómodo engañarse. Me callo porque ha ganado la razón al corazón. Pero pase lo que pase, y aunque otro me acompañe, en silencio te querré tan solo a ti.*

Aferrándome al volante, canté *Deseos de cosas imposibles*, queriendo dejar atrás aquella casa, aquellos sentimientos, y a él.

¿Cómo era la chorrada esa que, según Adriana, había que hacer para encontrar aparcamiento? Ah, sí, ya me acuerdo, tocarse el ombligo. Tan comprobado científicamente como que pasarle la lotería a alguien por la chepa da suerte, vamos.

No sé qué haría esa noche, pero desde luego, no fue tocarme el ombligo mientras daba la vuelta a la manzana. El caso es que la fortuna quiso sonreírme, y pillé saliendo a un coche justo delante de la puerta del restaurante donde me había citado Adri.

En realidad eran dos amigas que iban a irse con sus dos coches y, una de ellas, viendo mi insistencia —o más bien mis dedos tamborilear sobre el volante con el intermitente dado, mientras les dedicaba una de esas miradas de “¿Os ayudo yo?”—, decidió sacar su coche para que aparcase el mío.

Para ser doña Remilgos Culinarios la que había elegido el emplazamiento, no voy a mentir, me pareció lo más pintorescamente cutre que había visto en mi vida.

Mis peores sospechas se confirmaron al entrar, y comprobar que aquel lugar había sufrido años de calamares a la romana y patatas bravas. Que no es que a mí no me gusten, que me encantan, pero suelo preferirlas en un plato, no impregnando las paredes, y allí olía más a refrito, a aceite bien aprovechado, que en los puestos de buñuelos durante Fallas.

Me acerqué a la mesa sin dejar de observar lo que me rodeaba. Aquello era un monumento al horterismo patrio. No me extrañó en absoluto que la única mesa con gente fuera la de mis amigos. Por no haber, no había ni camareros a la vista. Pero claro, trabajar allí tenía que suponer serios riesgos para la salud de las vías respiratorias...

—Nena, dime que hay una cámara oculta o algo así —miré a Adriana y a mi entorno con recelo.

—Mira, bonita, no te hagas ahora la exquisita, que has comido cosas que harían vomitar a una cabra —soltó ella con indignación.

—¿Y ese ataque tan gratuito? —reclamé sin poder evitar reírme.

Yo creo que la muy perra se refería al día que llegamos a la cabaña tan borrachas —y tan muertas de hambre—, que acabé metiéndome en la boca las frutas ornamentales. Lo peor fue que si no me hubieran obligado a escupir los cachos de escayola —o de lo que fuera que estaban hechas aquellas uvas, porque por supuesto, no lo recuerdo—, me las habría tragado tan ricamente. La peculiar gastronomía de Las Maldivas... Yo qué sé.

—Dime que no se te ocurren mil cosas que hacer con él —me animó esperanzada.

—Se me ocurre básicamente una —contesté mientras le daba un beso de saludo—, y es prenderle fuego. Fijo que no necesitaría acelerante para que las llamas se propagasen por las paredes.

—Tú eres imbécil.

—Yo también te he echado de menos, zorrilla malhablada.

—Vaya, si se te ha quitado un poco el moreno —Javi se acercó para darme la bienvenida—. En las fotos de las islitas parecías un deshollinador.

—Empezaba a extrañar escucharos pelear —Vanesa me abrazó sin darme tiempo a responder—. Estás preciosa, *chiqui*.

—Tú sí que estás guapa, bruja.

No mentía. Nuestra escapada exótica había hecho que cogiera color en la piel —seguramente por primera vez en la vida—, y sus ojos claros resaltaban aún más en aquel rostro dorado.

—Ven aquí que te abrace, pequeñaja —ordenó Rubén cogiéndome y levantándose en el aire—. Qué ganas tenemos de que vayas a ver el estudio. Sé que te va a encantar.

Con que me gustase la mitad que él y sus abrazos a mi mente calenturienta, estaba segura de que sería la pera limonera.

Quizá, después de todo, haberme liado con Rubén no habría sido un error tan grande como todo lo que vino tras descartar esa posibilidad. No flipes, Lucía, me sermoné. A esas alturas, nadie se iba a creer que me arrepentía de haber conocido a Jorge, o que me interesaba algo más de Rubén que una amistad y la reciente relación laboral que teníamos.

He de reconocer que soy una chica con suerte. Durante el tiempo que había estado fuera, mis amigos se habían encargado de poner en marcha los preparativos para lo que habían decidido llamar estudio de imagen, y yo, como no sabía referirme a aquel lugar si no era como rincón del trapito y la chapa y pintura, asumí que su opción era algo más glamurosa.

Rubén había tramitando todos los permisos, mientras Vanesa y Adriana se habían ocupado de amueblarlo para darme una sorpresa a mi regreso.

—Yo también tengo muchísimas ganas de verlo —besé su mejilla y lo aparté exigente—. ¿Cuándo me vais a dejar ir?

—Está todo preparado —apuntó Vanesa—. Solo falta que lleves tus cosas. Bueno, y que consigamos un informático que nos prepare el sistema para que esté en línea con los ordenadores de casa e instale todo lo que necesitamos en los equipos nuevos.

—De eso me ocupo yo —anunció Rubén muy decidido.

Las dos lo miramos reticentes. Podría saber de muchas cosas, seguramente de muchas más que nosotras dos juntas, y sobre todo si tenían que ver con trabajitos finos que se hacen con movimientos ágiles de dedos, pero no precisamente sobre un teclado. Ese sabía de informática lo mismo que yo. Vale, más que yo seguro que sabía, que soy de las que con solo acercarme consigo desconfigurar algo o borrar medio disco duro. Será parte de mi propensión al desastre...

—Perdona, pero es que nos gustaría que funcionase —repliqué con bastante sarcasmo.

—No personalmente, listilla —puntualizó con un gesto de burla—. Me refería a que yo os consigo a alguien. El lunes sin falta os lo preparan.

—Y a nosotros, ¿cuándo nos vais a enseñar el nuevo centro neurálgico de la moda?

Una voz llamó nuestra atención desde la puerta. Mario y Marta se acercaban con un carrito. Al llegar, Marta se agachó para coger al bebé. Era todavía tan pequeño que apenas sujetaba su propia cabecita.

—Dile hola a Lucía, cariño —dijo Marta mirando a su hijo.

Aunque lo había visto en mil fotos, no había tenido la oportunidad de conocerlo en persona. Me enamoré del pequeño Luis nada más ver aquellos piecitos moverse inquietos. ¿Soy la única a la que le encantan los pies de los bebés tanto, que le dan ganas de comérselos?

Tenía que reconocer que era todavía más guapo de lo que parecía en las fotos, con sus mofletes y su pelo azabache. Marta alargó los brazos ofreciéndomelo.

—Hola, Luis —besé su nariz con cuidado y lo mecí en mis brazos.

—¡Eh!, ¿qué pasa contigo? —protestó Adriana—. Lloro con todo el mundo. Cada vez que alguien lo coge monta un pitote de la virgen, y llegas tú, y míralo. ¡Está encantado!

El bebé me miraba con los ojitos muy abiertos y curiosos, con sus diminutas pestañitas agitándose con cada parpadeo, y moviendo los morritos de esa forma tan tierna que solo ellos saben hacer.

Entonces pasó. Ante la escéptica mirada de todos, el pequeño se acurrucó contra mi pecho, colocó su manita en mi esternón y, con gesto de placidez, cerró los ojos. Hasta sus padres se sorprendieron, pero se quedó totalmente dormido mientras yo lo arrullaba, disfrutando de la sensación de ser su protectora.

—Vaya, esto sí que es nuevo. Solo hay otra persona que consigue que no lllore cuando lo coge —señaló Mario sin quitarle ojo al bebé.

—Pero conmigo es porque lo solía dormir en brazos en el hospital, y se acostumbró a mí.

No me hizo falta girarme. Esa voz me era tan familiar, como cualquiera de las caras que tenía delante. La había escuchado esa misma tarde, aunque hubiera sido en sueños.

Me volví muy despacio para no alterar el descanso del niño, y para hacer más leve el impacto de volver a ver a Alex después de tanto tiempo.

—Te queda muy bien —bromeó mirándome a los ojos.

¡OH-DIOS-MÍO! Esa mirada, ¡no! Esa sonrisa, ¡no! Eso era algo para lo que no estaba preparada. A él sí que le quedaba bien... la vida, joder. Le quedaba bien existir. Y aquella barba más larga de lo habitual. Y el pelo revuelto. Y los vaqueros. Los malditos vaqueros le quedaban mejor que bien. Tanto como para querer quitárselos de un tirón.

¿Pero Alejandro desde cuándo tenía ese aire tan... despreocupado? ¿Desde cuándo sonreía enseñando todos los dientes? ¿Por qué se colaba en mis sueños y luego aparecía en el mundo real para demostrarme que seguía siendo jodidamente perfecto? Si es que lo de encontrar aparcamiento tan rápido, y delante de la puerta, debía haber acaparado toda mi buena suerte del mes. Puta vuelta a casa.

—Me alegro de verte, Alex —saludé intentando que no se notase lo perpleja que me había dejado, y el increíble subidón hormonal que sufría.

—Cierra la boquita, nena —susurró Adriana en mi oído—. Pareces uno de los leones de la fachada de correos.

—Me podías haber avisado, hija del mal —reclamé entre dientes.

—¿Y perderme el careto que has puesto?

Aprovechando que nadie nos miraba, le di un pisotón a traición. Evitó gritar, pero se giró preparada para sacudirme. Se detuvo de inmediato al ver a Luis.

—Tu careto tampoco ha estado mal —presumí volviendo a acunar al niño que se revolvió inquieto.

Probablemente lo habría incomodado la tensión que había puesto rígido mi cuerpo, después de la aparición de ese dios con el que compartía un pasado.

—Le trasladaré a Javi tu queja —farfulló limpiándose el zapato—. Ha sido él quien lo ha invitado.

Tenía claro que esa vez no era un intento por juntarnos, de modo que imaginé que solo pretendía normalizar la situación. Claro que, normal, no era un adjetivo que se pudiera emplear con Alex.

—¿Nos podemos sentar ya? —pidió Javi impaciente.

—¿Quieres que lo coja? —ofreció Marta mirando a su hijo.

—No, no —contesté con ojos suplicantes—. Me gustaría tenerlo un ratito más, si no te importa.

Alex avanzó y apartó una silla para que tomase asiento. Me empujó con cuidado acercándose a la mesa, y se sentó a mi lado, alargando la mano para coger la del pequeño. Maldito hombre galante y tierno... ¡Qué he hecho yo para merecer esto!

—No bromeaba, te queda muy bien —repetió con gesto serio, centrando toda su atención en el niño.

—Sigo estando más cerca de adoptar gatos, que de tener un hijo —dije sonriendo pese a que no pudiera verme.

Los dos teníamos la mirada fija en Luis, y no podía evitar pensar en todas aquellas veces en las que, acariciando su espalda en la bañera, él decía que quería un pequeño Alejandro, y yo le seguía el juego sabiendo que sería increíble, con su pelo negro y unos enormes ojos grises. Entonces él siempre respondía lo mismo, que sería perfecto porque sonreiría igual que lo hacía yo.

—Eso tiene solución. Adoro los niños que sonríen como sus madres... —su mano soltó la del bebé y fue a parar a mi barbilla para obligarme a mirarlo—. Enhorabuena por todo lo que has conseguido, canija. Es maravilloso que por fin hayas encontrado algo que te llena y se te da tan bien. Estoy muy orgulloso de ti.

Ese fue el momento en el que mi subconsciente dejó de intentar encajar a Alejandro en mi vida actual —y de horrorizarse por haber soñado con él desnudo en el lugar en el que debería estar otra persona—, para aceptar que sus palabras eran realmente reconfortantes y sinceras. Además, ¿qué había de malo en que él me apoyase, o en que yo siguiera reconociendo y sucumbiendo a su absoluta divinidad? Nada, Lucía. Además, ni que tuvieras que justificarte... Y por esas cosas absurdas que hace mi mente de vez en cuando, un Jorge de espaldas mirando al mar se coló en mis pensamientos. ¡Si no te pienso, no existes, leches!

No sé qué era peor, si añorar a alguien a quien no quería solo porque seguía siendo capaz de cautivar me con sus palabras y su pose, o querer a alguien que no fue capaz de aceptar que lo hiciera.

—Os he reunido aquí para que conozcáis el futuro restaurante de nuestras chicas —declaró Javi henchido de orgullo.

Tengo que confesar que cortocircuité, con chispitas y todo. Si desde que había visto la puerta de aquel lugar nada encajaba con que Adriana estuviera allí dentro, mucho menos lo hacía que fuera a ser allí donde íbamos a hacer realidad su sueño. ¡Pero si allí lo más chic que se había cocinado habrían sido unos mejillones tigre!

Di un bote en la silla despertando al bebé, que enseguida empezó a llorar. Se lo devolví a su madre, y miré con ojos interrogantes a Adriana. Le había prometido que todo lo que tuviera que ver con el restaurante iba a ser cosa suya. Yo ayudaría con el dinero de Herminia, pero las decisiones las tomaría ella. Nunca pensé que llegaría a dudar de su juicio, hasta que Javi abrió la boca.

Adriana se levantó y vino hacia mí. Sin decir nada, cogió mi mano obligándome a seguirla hasta la cocina.

Era todavía peor de lo que esperaba. Creo que me despedí de mi pituitaria para siempre en el momento que crucé aquella puerta.

—¿Adri, estás segura de que...? —intenté ser delicada, pero no había manera de ocultar mi asombro.

—Tan segura como de que tienes las bragas mojadas —alzó una ceja muy orgullosa de sí misma al ver que le mostraba mi dedo corazón y me preparaba para la réplica—. Tranquila, sé que piensas que es una mierda de sitio y que me he vuelto loca —me interrumpió condescendiente—. Yo también pienso que da bastante asco —reconozco que escuchar eso me tranquilizó—, solo que yo veo sus posibilidades, no solo la mugre que ahora mismo amenaza con tragarnos como arenas movedizas.

—Sabes que confío en ti, pero creo que vas a tener que explicarme esa parte —confesé turbada.

—¿Te has fijado en dónde está ubicado? ¿Has visto lo grande que es el comedor y lo bien situadas que están las columnas? ¿Has reparado en esta cocina increíblemente espaciosa?

Vale, tenía que reconocerlo, si dejaba de lado mis prejuicios en cuanto a los olores y la pésima decoración, el lugar era impresionante y su situación no podía ser mejor. Y con lo de moda que estaba Ruzafa...

—¿Hemos desistido en la búsqueda de un local nuevo?

Empezaba a sentir lo mismo que sentía Adriana dentro de aquellas paredes. Podía leerlo en sus ojos. No veía los chorretones de grasa en la vieja plancha, veía cómo sería su nueva cocina cuando todo aquello estuviera fuera de allí. Igual que en el comedor tampoco hacía caso de la horrible mantelería, porque solo podía imaginar hasta el más mínimo detalle de cómo estarían decoradas sus mesas. Ahora yo también podía ver su precioso restaurante después de los cambios, solo con las cosas que ella solía contarme cuando fantaseábamos en voz alta sobre cómo sería hacerlo realidad, sin saber que ese día llegaría.

—Hemos encontrado una ganga —afirmó asomándose para ver el salón y a nuestros amigos charlando a la espera—. Lo van a cerrar, Lucy. De hecho, ya está cerrado. Les urge mucho venderlo y, al precio que lo hacen, podemos permitirnos la reforma —aseguró mirándome convencida—. El problema es que no he sido la única que ha visto su potencial, y aunque Javi ha conseguido que esperasen por nosotras, si no damos una respuesta antes de mañana a mediodía, el local estará vendido.

—¿Es tu restaurante?

Pronuncié aquellas palabras sabiendo que ella entendería todo lo que iba incluido dentro de esa pequeña pregunta. Tres simples palabras que encerraban un enorme futuro.

—Sí. Desde el momento que entré por esa puerta supe que sería aquí.

Segura y contundente. Adriana en estado puro.

—Entonces no necesitas mi aprobación.

—No quiero tu aprobación, quiero tu apoyo.

—Pues coge ese teléfono y llama a quien tengas que llamar —le ordené emocionada por su determinación—. Te apoyaría aunque decidieses poner un puesto ambulante de perritos, pero creo en este lugar tanto como tú. Mañana mismo empezamos las obras —terminé con una sonrisa reflejo de la suya.

—Mañana es domingo —me recordó con suficiencia.

—Ay hija, ¡qué quisquillosa me has salido, coño!

Llamar fue exactamente lo que hicimos. En aquella cocina inmundada, con el manos libres conectado y cogidas de la mano, Adriana y yo dijimos el sí que nos uniría más todavía para el resto de nuestras vidas.

Marta y Mario no tardaron mucho en irse. Luis estaba inquieto, y no los iba a dejar dormir en toda la noche si no lo acostaban ya. Los demás nos entretuvimos un rato más con el postre con el que Adri nos había conquistado, después de hartarnos de la cena que pedimos a domicilio.

—Brindemos por las chicas emprendedoras —sugirió Rubén alzando su cerveza.

—Y por Herminia. Por acercarnos un poco más a cumplir nuestras metas —añadí yo.

—Y por vosotros, por acompañarnos en un momento tan especial —dijo Adriana antes de que todos nuestros botellines chocasen.

Mi móvil sonando a un volumen exagerado rompió el encanto del momento. Me disculpé mientras lo sacaba del bolso y miraba sorprendida la imagen de Alina en la pantalla.

—Ali, ¿ha pasado algo?

—Lo siento mucho, Lucía. Sé que estás en una cena con tus amigos, pero no sabía qué hacer.

Sonaba francamente preocupada. El miedo debió dibujarse en mi cara, porque todos posaron sus cervezas y se quedaron en silencio observándome.

—Alina, no me asustes, ¿qué sucede? —exigí con voz temblorosa.

—Es que Jorge me ha visto el brazalete —hizo una pausa demasiado larga para mis nervios—. Ha preguntado, y...

—¿Y qué, Alina?! —estaba perdiendo la paciencia. No sabía por qué, pero su manera de hablar me decía que algo realmente malo sucedía—. ¿Le ha pasado algo a Jorge?

Creo que nunca en mi vida había tenido tanto miedo al preguntar algo. Me aterraba que me dijera que sí. Me daba pánico pensar que Jorge no estuviera bien. Si algo le había pasado... Había estado a apenas un par de metros de él y... No me lo perdonaría en la vida si... La mordaza del pánico me impedía terminar alguno de aquellos pensamientos.

—Es que cuando le he dicho que me lo habías regalado tú... Que habías estado en la fiesta y no habías querido hablar con él...

¿¿Cuál era la parte de que él no tenía que enterarse de que había estado allí que Ali no había asimilado correctamente?!

—Alina, ¡me va a dar un puto ataque al corazón! —grité levantándome tan enérgicamente que lancé la silla hacia atrás—. ¿Dónde está Jorge? ¿Está bien?

—Está aquí —respiré aliviada, dejando que mi cuerpo soltase la tensión acumulada mientras caminaba de un lado a otro inquieta—. Pero está muy borracho y quiere irse con su coche. Nunca lo había visto así, Lucy. Me da mucho miedo que vaya a pasarle algo. No sé qué hacer.

¿Pero qué estupidez pensaba hacer ese insensato? ¡Me iba a oír! ¡Y encima en la fiesta de su hermana! ¡¿Se puede saber en qué estaba pensando?! Mi temor se había visto relegado a un segundo plano por el cabreo de inmediato.

—Pónmelo al teléfono —ordené enfurecida. Alina dudó unos segundos que me dieron tiempo a inspirar profundo y pensar un plan de contención—. Olvidalo. Asegúrate de quitarle las llaves del coche. Voy para allá.

Me acerqué de vuelta a la mesa. Por la forma en que me tanteaban con la mirada, era evidente que se habían enterado de la conversación.

—Lo siento mucho. Tengo que irme —me disculpé mientras guardaba el móvil de nuevo en el bolso, preparándome para salir de allí pitando.

—¿Está bien? —preguntó Adriana, aunque sus ojos se preocupaban más por mi estado que por el de Jorge.

—Está gilipollas. Eso es lo que está —respondí malhumorada—. Le ha dado un ataque de borrachitis y tengo que ir a buscarlo. Y claro, si llevo mi coche, voy a tener que dejar uno de los dos allí, y eso está en *mataporculo* —hablaba muy deprisa, buscando sin éxito alternativas en mi cabeza—. Creo que voy a llevar el Polo hasta su casa, lo dejo allí, y voy hasta la fiesta de Alina en taxi.

—Menudo lío, *chiqui* —se lamentó Vanesa.

—Lío el que le voy a montar yo a él por niñato —contesté irradiando furia cual núcleo de uranio.

—Si quieres te llevo.

Todos nos giramos al unísono hacia Alex. Si mi cara era un poema intentando mantener a raya mi expresividad, el resto ni se molestó en disimular sus ojos del tamaño de las paelleras de Villarriba y Villabajo.

—No hace falta que te molestes —decliné el ofrecimiento antes de que aquella incomodidad que se masticaba en el ambiente creciera todavía más.

—No es molestia —dijo sin darse la más mínima importancia—. Me iba a ir a casa de todos modos. Dejamos tu coche en su casa, y vamos con el mío hasta donde esté. Yo vuelvo, y tú lo traes a él con el suyo.

Aunque me parecía tentar mucho a la suerte, tenía que reconocer que su propuesta era demasiado buena para rechazarla. Además, él era consciente de dónde iba y, sobre todo, a por quién iba. Si a él no le importaba, yo no iba a ponerme a analizar las implicaciones de aquello, aunque Adriana y Vanesa estuvieran tratando de disuadirme silenciosamente.

—Está bien. Tengo el coche en la puerta. ¿Tú? —le apremié ignorando cuatro pares de ojos inquisitivos.

—Justo detrás del tuyo —indicó levantándose rápidamente—. Tuve suerte y una chica salía cuando llegué.

—Perfecto —me reí internamente. Claro que la otra chica le había cedido el sitio a Alex. Bastante si no le había regalado además el sujetador con su número de teléfono—. Chicas, os cuento mañana —me despedí intentando calmar los ánimos.

—Mejor dentro de un rato —pidió Adriana con la cara que no admite negativas.

—Te llamo para avisarte de lo del informático —me recordó Rubén cuando ya nos dirigíamos a la puerta.

—Dale mi número, o dile que el lunes por la mañana lo espero allí —dije ya de espaldas, camino de la salida.

CALLAR ALGO COMO... TE QUIERO

Llegamos a casa de Jorge y ni me molesté en buscar aparcamiento. Para ganar tiempo, lo dejé delante del vado de su cochera y me bajé para montar en el deportivo, pero Alex me esperaba fuera.

—Tú sabes el camino —se justificó abriendo la puerta y ocupando el sitio del copiloto—. Además, siempre te has muerto por conducirlo, reconócelo.

No pensaba hacerme la interesante. Tenía razón en ambas cosas, y cada segundo que pasaba, me ponía más nerviosa pensando en que Alina no hubiera conseguido retener a su hermano.

—Gracias por hacer esto por mí —dije mientras colocaba el asiento.

—Desde luego no lo hago por él —aclaró sacándome una sonrisa con su mueca de desagrado—. Mira, Lucía, te prometí que cambiaría y lo estoy intentando. El Alejandro de antes, prácticamente te habría atado a la silla para que no fueras a por él, pero he visto tu cara y sé que estás angustiada de verdad. Si puedo hacer cualquier cosa para que tú estés bien, siempre elegiré esa opción.

Algo dentro de mí dio un vuelco. Ese que tenía delante se parecía bastante más al Alejandro que deseé querer con todas mis fuerzas. Si la imagen relajada que ahora mostraba me había encandilado, su nueva actitud lo hacía mucho más.

—Me equivoqué intentando retenerte a mi lado, canija —explicó con arrepentimiento—. Quiero que elijas estar conmigo. Que quieras hacerlo. Si para ello tengo que demostrarte que soy capaz de entender que te preocupes por él, haré este trayecto en coche una y mil veces contigo.

—Alex, yo... no sé qué decir.

—No digas nada. Conduce. Tengo la esperanza de que cuando lo veas te decepcione tanto, que te plantees más en serio mis palabras.

El trayecto fue bastante peculiar. No solo porque conducir aquella maravilla sin preocuparme por el límite de velocidad era relajante y excitante al mismo tiempo, sino porque escuchar a Alex admitir que estaba yendo a terapia —y que compartiera aquella información con todo lujo de detalles—, me hizo pensar que de verdad estaba intentándolo.

La forma en la que hablaba... La franqueza de sus palabras cuando reconocía todos los errores que había cometido, no solo conmigo, sino con todos los que le rodeaban... Él y ese magnetismo que ponía la piel de gallina con solo tenerlo cerca.

En aquel coche había tanto del Alex que me desmontaba por completo tiempo atrás, que me dejé llevar por el sonido calmado y profundo de sus palabras, olvidándome por un momento del esfuerzo que tenía que hacer para no temblar, si pensaba en el motivo por el que me encontraba en aquella situación.

Mi mente se evadió, aprovechando la capacidad de Alex para crear una burbuja en la que refugiarme, planteándome que quizá, algún día, pudiera volver a haber un nosotros más adelante.

Esa idea se desvaneció, en cuanto enfilé la entrada al chalet y vi las luces del coche de Jorge avanzar.

Volví a ser consciente del dolor que sentía en el pecho. Del auténtico terror que me había arrastrado hasta allí sin pensármelo dos veces. Cualquier fantasía que incluyera a mi copiloto, se esfumó como humo arrastrado por una ráfaga de viento. Detener aquel coche blanco se había convertido en mi única preocupación.

Con un volantazo, crucé el Mercedes en medio del camino, rezando para que a Jorge le quedasen reflejos suficientes para frenar. Si no era así, la peor parte me la iba a llevar yo, pensé cerrando los ojos deslumbrada por sus faros.

Frenó. Gracias a Dios, frenó. Pero después de alegrarme por haber salido ilesa de aquella, una rabia feroz se apoderó de cada una de esas extremidades que no habían salido mal paradas.

Bajé del coche y caminé con paso firme hacia el Golf. Al ver que me acercaba, Jorge bajó la ventanilla. Sin darle tiempo a reaccionar, me estiré sobre él para alcanzar el contacto.

—¿Pero qué coño haces? —gruñó al verme arrancar la llave con bastante poca delicadeza.

—Cállate. Ahora mismo te daría un bofetón... —respondí sin mirarlo.

Dándole la espalda, volví hacia Alex, que esperaba fuera del Mercedes.

—¿Todo bien? —me miró con cierta satisfacción al ver mi cabreo.

—Sí, tranquilo. Todo controlado —me jacté enseñándole el llavero—. No sé cómo darte las gracias.

A esas alturas, Jorge también había bajado del coche y nos observaba en silencio, rígido y aparentemente furibundo, sosteniéndose sobre la puerta abierta.

—Piensa en lo que te he dicho, con eso me conformo —rogó acariciando mi mejilla y dándome un beso en la frente—. Buenas noches, Lucía.

Asentí recogiendo su mano de mi cara y apretándola con gratitud. ¿Por qué tenía que ser tan dulce conmigo? Y a la vez, ¿por qué me producía incomodidad que lo fuera? ¿Por qué sentía sus palabras como intrusas robando un espacio que no le pertenecía?

—Lo haré —la solté y me acerqué para dejar un beso en su cara—. Buenas noches, Alex.

Pasé por alto el portazo de Jorge y le seguí imitando su paso enfadado en dirección a la casa. Paró de golpe al llegar a la entrada, girando sobre sus talones para dirigirse a mí, mientras el sonido del motor del descapotable se perdía en la lejanía.

—¡Ni se te ocurra abrir la boca! —grité antes de que pudiera hablar—¿¡Pero a ti te parece normal montar el *jari* que has preparado!? ¡Y en la fiesta de tu hermana pequeña! ¿Qué tienes, tres años mentales?

—¿Y a ti te parece normal, después de un puto mes sin saber nada de ti, presentarte aquí con él? —bajó un par de escalones para estar a mi altura—. Hostia, Lucía, si es que parece que quieres joderme la vida —se apartó el pelo de la cara crispado—. Y no he montado nada. Eres tú la que parece que no te has tomado la medicación, y has hecho la entrada triunfal con cochazo y escenita incluidos.

—A Alex no lo metas en esto. Bastante ha hecho con traerme —alcé la mano para silenciarlo antes de que me interrumpiera—. ¿Pero tú tienes idea de lo preocupada que estaba Alina? ¿O eres tan egoísta e inmaduro que no te has parado a pensar en nadie más que en ti y tu maldito ombligo? ¡Que ya tienes una edad para emborracharte por una chica! —alcé las manos en un gesto de desesperación mientras me observaba confuso—. Y no te atrevas a reprocharme no haber sabido nada de mí, cuando ni te has molestado en intentar hablar conmigo.

Lo peor de todo aquel discurso era que cuanto más lo miraba, más cuenta me daba de la total angustia en la que llevaba sumida desde que había recibido la llamada de Alina. Le odiaba por eso. Por quererlo tanto, que solo pensar que algo malo le pasase me hacía salir corriendo en su busca. Y le odiaba aún más por seguir siendo mi

hogar. Porque por muy cabreada que estuviera con él, por mucho que quisiera matarlo por inconsciente, lo único que de verdad sentía que necesitaba hacer, era dejar que las lágrimas por el miedo que había sentido salieran, y tirarme a sus brazos para abrazarlo y acurrucarme contra su pecho.

—Lucía, no te he llamado porque tenía... Aquella nota que me dejaste... —se retiraba el pelo de la frente incómodo—. Joder, no sabía si querías...

—¡No me interesan tus balbuceos de borracho! —zanjé el tema evitando su mirada apenada y agitando la mano con desdén.

Le dolió mi actitud. Le dolió tanto, que su gesto cambió de inmediato del arrepentimiento al de un animal herido dispuesto a defenderse.

—Pero vamos a ver, la única que parece estar borracha aquí eres tú, que desde que has llegado no dejas de decir estupideces y gritar —protestó ofendido—. Devuélveme la llave. A mi sí que no me interesan tus salidas del tiesto.

—Jorge, no me toques los ovarios. Tú no te vas a ir conduciendo a ninguna parte —aseguré acercándome amenazante.

—Dame la llave, ya —advirtió con una crudeza que no esperaba.

—Me estoy meando de miedo, pero no lo notas por el vestido largo —sonreí sarcástica dando otro paso para dejar nuestras cara a solo un palmo.

—No me obligues a quitártela, Lucía —amenazó con voz grave.

—¿Tú, y cuántos más? —solté fanfarrona.

—Solo, y con una mano si quiero —respondió intimidante, tan cerca que su aliento me secó los labios.

—A ver si te atreves —lo provoqué altiva, retrocediendo para que viera perfectamente lo que iba a hacer.

Con cara triunfal, metí la mano por dentro de mi escote y acomodé la llave bajo mi teta izquierda. ¡Chúpate esa, *espabilao!*

—¿No me crees capaz? —rio alargando el brazo hacia mi cuerpo—. O me la das por las buenas, o la cojo por las malas.

—¡Que se te ocurra tocarme! —lo desafí girándome para darle la espalda y proteger mi cuerpo—. Te denuncio por acoso. Por tocamientos de borracho pervertido.

—¿Pero qué coño te ha dado con llamarme borracho?! —avanzó, y sus brazos se estiraron alrededor de mi cuerpo—. Deja de hacer el indio y dámela. ¿No deberías estar dentro saludando a mi hermana? Seguro que tenéis muchas cosas que contaros después de un jodido mes sin dar señales de vida —reclamó con hastío.

—Que no haya hablado contigo —empecé a darle manotazos indiscriminadamente y a revolverme entre sus brazos—, no quiere decir que no lo haya hecho con el resto del mundo —presumí mirándolo sobre mi hombro.

La furia hizo que sus pupilas quedasen casi ocultas y dejé de golpearlo. Empezamos a forcejear, aunque él intentaba no pasarse de la raya y tocar más de la cuenta. Aún enrabiados el uno con el otro, no pudimos evitar que nuestros cuerpos se juntasen. Como imanes atrayéndose irremediamente, mi espalda acabó acoplándose perfectamente a su pecho. Sus brazos se colocaron en mi cintura reteniéndome contra él, y su cabeza terminó pegada a la mía. Entre su discurso, que era bastante coherente, y su aroma, que no era para nada el de alguien que se hubiera apretado una botella de bourbon, sino más bien su inconfundible olor a perfume, champú, y tabaco, vi clara la jugada de Alina.

—Te he echado mucho de menos, nena —susurró apoyando su frente en mi cabeza e inspirando con fuerza.

Mi reino por haber vivido aquella confesión en otras circunstancias. Por dejarme abrazar de aquella manera hasta que alguna fuerza sobrehumana nos obligase a separarnos. Por ser capaz de pasar por alto la liada de Alina. Por no llevar una rubia encolerizada dentro.

—¡Suéltame que la voy a matar! —vociferé liberándome de sus brazos.

Entré como una exhalación en la casa buscándola, mientras su hermano me seguía sin tener claro qué hacíamos. La localicé y fui directa a por ella. Al verme intentó escabullirse, pero mi mirada de hielo la paralizó.

—¡Ni se te ocurra escapar!

—Está bien —respondió pasmada por mi exigencia—. Hablemos en la cocina.

—¿Hablar de qué? —preguntó Jorge sin entender nada.

—De que tu inocente hermanita me la ha jugado.

Entramos cerrando la puerta a nuestra espalda. Antes de que pudiera intentar explicarse, mi voz retumbó en toda la estancia.

—¿Sabes la angustia que me has hecho pasar?! ¡¿Te parece normal jugar así con los sentimientos de las personas?! —estaba realmente enfadada con ella, y mi tono, lejos de calmarse, iba empeorando con cada palabra—. Alina, no esperaba esto de ti.

—¿Me puede explicar alguien qué está pasando aquí? —exigió Jorge mirándonos a ambas.

—Lo que pasa es que me ha hecho creer que estabas borracho y no atendías a razones. Que te ibas a ir conduciendo. Y todo para que apareciera aquí y te lo impidiera —le informé apretando los dientes para contener la rabia y las ganas de llorar.

—¿Alina?

Jorge estaba casi tan disgustado como sorprendido. Yo seguía analizando todo lo sucedido desde que había bajado del coche de Alex, reprochándome no haber visto la farsa antes de montar el show con la llave.

—Sí, he mentido —reconoció plantándose delante de nosotros con los brazos en jarras—. Pero no me arrepiento. Por lo menos ahora os habéis visto y podéis hablar —añadió satisfecha.

—No te corresponde a ti decidir cuándo debemos hablar —le reprochó un Jorge más que contrariado—, y mucho menos obligarnos a hacerlo.

—Pero sí que me ha correspondido verte las últimas semanas hecho una mierda —rebatí encarándome a él—. Vosotros no queréis hablar. Perfecto, hablaré yo —sentencié mirando fijamente a su hermano—. Ya que tú no lo vas a decir, le contaré yo a Lucía que ha sido genial que te hayas pasado el último mes como un fantasma. Casi sin hablar. Sentándote en la playa a ver las horas pasar. Que lo único para lo que no ponías pegas era para quedar con Rubén, y porque él sí te contaba las cosas que estaba haciendo —se volvió para dirigirse a mí—, o al menos dónde estabas. O le puedo contar a Jorge como tú has huido hasta el último día posible de Valencia, solo por miedo a reencontrarte con él. O que hoy cuando lo has visto, y también porque te he engañado para venir hasta esta cocina y que os topaseis, pero tú —señaló a su hermano—, estabas, para no variar, buscando quién sabe qué en el mar —se giró hacia mí de nuevo con ojos acusadores—, no te has atrevido ni a saludarlo. Te has quedado observándolo a través del ventanal, y cuando te he pedido que le hablastes, me has obligado a prometerte que no le diría que habías estado aquí —retrocedí para que ambos entrásemos en su campo de visión—. Porque sí, hermanito. Lucía ha estado esta noche en la fiesta y no ha querido que la vieras. Y sí, Lucía, te he engañado para que volvieras porque creo que os merecéis intentar afrontar lo que fuera que este hizo mal —su dedo índice señaló acusador a Jorge—. Por cómo ha estado castigándose por ello, no dudo que fue su culpa. Pero te he visto contemplarlo hoy. Añorarlo con lo más profundo de tu ser —aparté la mirada incómoda notando la de Jorge—. Por tu bien, por el bien de los dos y de todos los que os rodeamos, tenéis que encontrar la manera de arreglarlo o acabarlo, porque no soporto ver a mi hermano esperándote un día más, ni a ti obligándote a fingir que no te importa. Dicho esto —se encaminó hacia la puerta y la abrió—, enfadaos conmigo, odiadme y no me dirijáis la palabra, pero por lo que más queráis, hablad como los adultos que se supone que sois.

Alina salió de aquella cocina dejándonos inmóviles. Ni siquiera nos atrevíamos a mirarnos. Cada una de sus palabras nos había golpeado de lleno llevándose las nuestras. Metiendo la mano por dentro de mi vestido le tendí la llave a Jorge.

—Vámonos, por favor.

Atravesamos la casa uno detrás del otro sin abrir la boca. Salimos de ella y nos montamos en el coche. Jorge dio el contacto y se volvió hacia mí.

—No te llamé mientras estabas de vacaciones con las chicas porque quería darte espacio, no porque no me muriera de ganas de arreglar las cosas contigo —se justificó observándome mientras yo mantenía los ojos fijos al frente—. Estaba en el aeropuerto el día que Adriana y Vanesa volvieron, pero tú no bajaste de aquel avión. Entonces no supe qué hacer...

Lo detuve antes de que pronunciase una palabra más. Mis amigas no me habían dicho nada de aquello, pero supongo que formaba parte de dejarme seguir adelante con mi plan de reconstruirme después del huracán Jorge. En realidad daba igual.

¿Y si tan igual daba, por qué estaba sintiendo como algo llamado esperanza brotaba de nuevo dentro de mí?

—Quiero ir en silencio —alargué la mano y apagué la radio—. Mi coche está en tu casa. Llévame allí.

Asintió y nos puso en marcha respetando mi petición.

Durante todo el camino me obligué a no observarlo conducir, y eso que él no disimulaba la manera en que sus ojos preocupados me escrutaban entre calada y calada. Pero no podía mirarlo, porque en cada una de sus facciones, en cada sutil gesto de su cara, estaban las respuestas a las preguntas que no quería ni plantearme.

Reformulé el mantra, que para eso soy una chica con recursos. Si no te miro, no existes. Si no te miro, no existes. Si no te... ¡Si no te quisiera como te quiero...! Lela, Lucía. Eres lela de manual.

—Nena, hemos llegado —anunció deteniendo el coche detrás del mío.

Me bajé ignorando su mirada expectante, y la reconfortante familiaridad de escuchar aquellas cuatro letras, N-E-N-A, que hacían eco una y otra vez en mi cabeza, aturullándome.

Salió detrás de mí, y como mi bolso había decidido jugar al escondite con la llave de mi Polo, le dio tiempo a alcanzarme antes de que pudiera resguardarme en su interior.

—Alina tiene razón. Tenemos que hablar —dijo quitándome el bolso de las manos.

—Puede que yo no quiera hablar —no pude resistirme más y alcé los ojos hasta encontrarme con los suyos. Esos expresivos ojitos achinados y siempre desafiantes—. ¿Por qué me miras así?

Quizá no fuera exactamente la forma en la que me miraba, sino el brillo con el que lo hacía. La manera tan evidente con la que sus ojos me decían incluso más que las palabras que estaba a punto de pronunciar. Pero aquellos ojos gritaban verdades que no quería escuchar. Era tarde para eso.

—Porque estás preciosa, y porque te he extrañado cada día —declaró avanzando más hacia mí.

—Muy bien. Me lo apunto en mi lista de cosas que me importan una mierda —contesté con suficiencia, recuperando mi bolso y sacando la llave.

—¿Pero se puede saber qué quieres, Lucía? —preguntó pasándose la mano por la frente exasperado—. Apareces como una exhalación preocupada por mí, y ahora haces como que todo te resbala.

Estaba claro que le molestaba que no fuera a entrar en su juego de seducción. Pero el problema no era entrar, era lograr salir sin alguna nueva cicatriz. Y no me refería a heridas físicas precisamente... Así que cogí fuerzas, y recurrí a la Lucía que prometió no volver a tener miedo a decir en voz alta lo que quería.

—Quiero una casa en la playa. Quiero levantarme cada mañana y desayunar escuchando las olas romper de fondo. Quiero un porche en el que leer, una biblioteca en la que soñar, y una cocina en la que ponerme hasta arriba de harina un domingo por la mañana. Quiero una habitación con vestidor, un tocador con bombillas de esas redondas, como si fuera una artista, y un zapatero del tamaño de mi actual salón. ¿Pero sabes lo que quiero por encima de todo eso?

—No, nena, pero si me dejases...

—Lo que más quiero en este mundo —lo interrumpí plantándome con firmeza ante él—, es dejar de esperar que tú estés en mi playa y en mi porche. Que esa biblioteca no se llene de historias que leería con las piernas sobre tus rodillas, o desear que sean tus manos las que me limpien la harina. Quiero no esperar que estés en mi vida, porque la experiencia me ha demostrado que cuanto más te quiero en ella, más rápida es tu huida. Así que, Jorge, lo que quiero es no pensarte, no verte, y mucho menos escucharte. Porque digas lo que digas ahora, dentro de cuatro días volverás a acojonarte, y a mí ya no me quedan vacaciones para intentar olvidarme de tí, ni fuerzas para hacerme a la idea de que no lo conseguiré.

Llegado a aquel punto, lo único que me quedaba era ser sincera y asumir lo que sentía. Pero dejar de esconderme de él, no implicaba quedarme. Seré sincera, pero a veces soy bastante poco razonable. Estaba dispuesta a largarme.

—No es justo que no quieras escuchar lo que tengo que decirte —reclamó interponiéndose entre mi coche y yo para que no pudiera irme—. Llevo demasiados días esperando este momento.

—Es que no soy una persona justa —reí con ironía—. Soy una mujer dolida, y eso lleva implícito hacer lo que me dé la gana sin importarme un carajo que a ti te parezca bien o no.

Sin avisar, sin darme tiempo a prepararme para ello, sus labios se posaron sobre los míos sorprendiéndome. Pacientes, no me obligaron a besarlos, esperaron a que yo tomase la iniciativa. Y así fue, porque toda mi fuerza de voluntad se disolvió con aquel contacto cálido que tanto había extrañado. Lo besé sin apenas moverme, solo acariciando su boca, sintiéndolo de nuevo un poco mío. Enseguida respondió deslizándose sus labios para abrir los míos y reclamar hasta el último rincón que acarició con la lengua.

—Si no quieres que te hable, vas a tener que cerrarme la boca con besos —apuntó separándose apenas unos centímetros.

—Te he dicho que no quiero esperar que estés cada día para que luego... —repliqué empezando a notar como la poca determinación que me quedaba se desvanecía.

Volvió a besarme sin dejarme acabar.

—Entonces solo prometeré estar cada noche, y esta será la primera.

—No creo que esto sea buena idea.

—Esto es la mejor idea del mundo, nena —alzó su mano para acariciar mi ceño fruncido.

No podía escucharlo ni un segundo más. No mientras sus ojos me hipnotizaban y sus labios me demandaban atención. No sabiendo que la batalla de esa noche la había ganado él de todos modos, porque me tenía justo donde quería.

—¡Cállate ya!

Y tal como había pedido, cerré su boca con la mía mientras mis brazos se colgaban de sus hombros, rindiéndome a los deseos de mi cuerpo.

Apoyados en mi coche, nos besamos como se besa la gente sin miedo. Sin la ansiedad de pensar si sería la última vez, o la impaciencia de cuestionarnos cuándo nuestro juego de la amistad nos daría una tregua para ser honestos con nuestros sentimientos. Y todo porque yo ya no podía ser más honesta, y a él no le iba a permitir serlo.

Abri el maletero y saqué la manta que siempre me acompañaba. Cogiendo su mano, caminé hacia la puerta de la cochera. Cruzamos la estancia y pasamos al jardín. Justo en el medio, donde se alcanzaban a ver algunas estrellas, tendí la manta.

—Si abres la boca, te juro que me voy —amenacé mientras me quitaba los zapatos.

—Bienvenida a casa, mi pequeña rebelde.

Sonrió eufórico, y antes de que pudiera protestar, volvió a besarme. Nos obligó a caer sobre la manta, asegurándose de llevarse todo el golpe, y en vez de quitarme la ropa con prisas como habría hecho otras veces, me abrazó con fuerza contra él.

—Jorge, sabes que esto es una despedida, ¿verdad? —contuve un suspiro con mi mejilla pegada a él.

Necesitaba decirme eso a mí misma para no aceptar la realidad. Creer que era nuestro adiós me permitía verlo como aceptable.

—Entonces despidámonos bien —contestó antes de besarme la cabeza y liberarse de mis brazos para levantarse—. Dame un segundo.

Permanecí mirando el cielo despejado hasta que la música llegó a mis oídos. Poco después apareció cargado de velas.

—¿Qué es? Suena triste —pregunté siguiéndolo con la mirada mientras repartía velas a mi alrededor y las iba encendiendo una a una.

—Es que últimamente he estado un poco triste —contestó guiñándome un ojo—. *Only love*, de Mumford and Sons. Pero al final todo cambia —apuntó mientras el ritmo de la canción se aceleraba y él posaba la última vela cerca de mi cabeza y se echaba a mi lado—. Al final, solo el amor ganará.

—¿A estas alturas te vas a poner romántico? —me burlé intentando ignorar esa magia que fluía en el ambiente.

—Que no haya sabido hacerlo antes, no quiere decir que no quiera hacerlo ahora —se defendió tumbándose de costado frente a mí—. Sé que no necesitas las velas, y que la música, si no estuviera, tú la tendrías en la cabeza de todos modos. Pero déjame regalarte al menos eso, ya que lo que de verdad quiero darte —cogió mi mano y la apoyó sobre su pecho, justo donde su corazón latía calmado—, pareces negarte a aceptarlo.

—No puedes...

—Shhh —me obligó a callar con un dedo—. Como recién estrenado romántico, ¿vas a dejarme hacerte el amor?

—¿Sabes qué es eso? —ironicé recogiendo los mechones que caían sobre su cara.

—Creo que, en lo que a ti respecta, sé todo lo que necesito saber —respondió acercándose y besando mi cuello.

—Entonces —poniéndome de pie, dejé que el vestido se deslizase por mi cuerpo hasta acabar a mis pies—, hazme el amor como si mañana se acabase el mundo.

Se levantó, y recogiendo mi rostro entre sus manos, acarició mis mejillas con los pulgares antes de besarme cada centímetro de la cara. Primero los ojos. Luego la frente. Rozó mi nariz con la suya, y casi sin darnos cuenta, nuestras lenguas acabaron convirtiéndose en una sola.

Desabroché su camisa botón a botón, mientras se agarraba a mi cuerpo para que no me alejase demasiado y jadeaba bajito en mi oído. Ese era el sonido de la añoranza, de la necesidad de sentir al otro cerca. Lo sabía bien. Así sonaban mis noches desde que lo conocía.

Nunca antes nos habíamos tomado el tiempo de mirarnos mientras nos desnudábamos. Entre nosotros, todo había ido siempre por la vía rápida. Por la de los besos ansiosos y las manos que arrancan ropa. Por la de desearnos demasiado y mimarnos poco. Por la de provocar y satisfacer. Pero con mis manos deslizándose sobre sus hombros al retirarle la camisa, y su frente apoyada en la mía, nos miramos tanto, que me di cuenta de que lo había querido incluso antes de conocerlo. Que lo había soñado tantas veces, que quizá, en mi desesperación, lo había llamado con la mente. Y que pese a habernos negado la oportunidad de amarnos, aquella noche, nuestros ojos gritaban te quiero tan altos enmudecían nuestras bocas.

Mis labios serpentearon por su cuerpo desnudo, bajando lentamente hasta alcanzar su ombligo. Perdí mi mano en su pantalón. Dentro de su ropa interior. Abrió los ojos exageradamente mientras lo acariciaba con suavidad, notando cómo crecía entre mis dedos. Sus gemidos me pedían más, así que la recorrí un par de veces con movimientos lentos y firmes antes de sacar la mano. Desabroché su pantalón y, de rodillas frente a él, me obligó a mirarlo.

—Que no quieras oírlo, no quiere decir que no lo sienta —me recordó antes de empujar toda su ropa hacia abajo.

Para no contestarle, llené mi boca de él robándole un gemido.

Me sentía tan poderosa consiguiendo que un hombre temblara de placer, que hacer aquello siempre me excitaba. Con suavidad la recorrí con la lengua desde la base hasta llegar a la punta, donde tracé varios círculos antes de lamer la primera gota de su placer. La cogí con firmeza, y disfruté de los jadeos que le provocaban mis labios arastrándose sobre su glande. Besándolo. Deleitándome con sus reacciones a mis caricias. Jugando con él. Recogiendo y manoseando sus testículos con cuidado.

—Por qué coño no te habré dejado hacer esto antes —gruñó sujetándome el pelo para poder verme.

Lo miré haciéndome la tímida bajo mis pestañas mientras succionaba a un ritmo pausado. Pareció excitarse más, porque su miembro se sacudió contra mi boca.

—Por suerte para ti, lo estoy haciendo ahora.

Con un movimiento rápido la metí hasta el fondo, obligándolo a aceptar quién tenía el control.

—¡Dios! —rugió—. Me estás matando.

La saqué despacio, a lo que contestó con una maldición, y comencé un movimiento acompasado y seguro. Entrando y saliendo. Cada vez más profundo. Notaba su vientre hincharse ansioso. Su mano se perdió entre mi pelo, acompañando mis movimientos. Esperé que perdiera el control y me obligase a aceptar su propio ritmo, que invadiera mi boca con golpes bruscos de cadera, pero parecía disfrutar con mi dominio.

Levanté la mirada para observarlo agitarse con los dientes apretados. Me detuve un instante lamiendo y succionando, saboreando su gesto de pura satisfacción. Agachó la cabeza al tiempo que intentaba contener alguna blasfemia. Nuestras miradas se encontraron y, clavando mis ojos en los suyos, la deslicé una vez más tan adentro como pude. Sin darle tiempo a reaccionar, decidí que ya había jugado lo suficiente con él. Descubrí mis dientes y dejé que lo rozaran una y otra vez.

—¡Joder, joder, joder! Nena, si no paras voy a correrme en tu boca —dijo antes de soltar un gruñido animal. Ladeé la cabeza y lo atraje hacia mí por el culo, para que la invasión fuera más brusca—. Para, Lucía, no quiero acabar ya —suplicó con los ojos en blanco mirando al cielo mientras lo hacía enloquecer—. ¡Para, por favor! —detuvo mis movimientos y cayó de rodillas frente a mí jadeante—. Oh, nena, déjame demostrártelo.

Recogiendo mi cuerpo entre sus brazos, me recostó en la manta, mientras me besaba de esa manera anhelante que me hacía perder la razón. Nos besamos tanto, y tan lento, que hasta las velas se consumieron. Solo la luna nos iluminó mientras su cuerpo se movía sobre el mío y yo lo abrazaba con mis piernas. Mientras sus manos me tocaban con una ternura que no conocía y me quitaban la ropa interior con mimo.

Nada más importó mientras nuestros pechos se rozaban deseosos. Nada más que nosotros buscándonos en los ojos del otro. Nada más que su mano acariciando mi cara mientras pronunciaba mi nombre al perderse dentro de mí. Nada más que las mías en su pelo, atrayéndolo para besarlo al sentirme revivir llena de él. Nada excepto amarnos. Amarnos de verdad. Sin restricciones. Sin límites. Sin esperanza. Porque por aquel entonces me daba tanto miedo creer, que había perdido de vista que las cosas difíciles, solo tardan un poquito más en hacerse realidad. Y para que lo hagan, lo único que hay que hacer, es quererlas de verdad, y quererlas bien.

—Di algo, nena. Algo como que me quieres —pidió repitiendo las palabras de *Belive*, que sonaba de fondo mientras acariciaba mi espalda por dentro de su camisa.

—Creo que los Mumford and Sons han sido un gran descubrimiento —contesté ignorando su actitud demoledoramente dulce, y levantándome sin poder evitar pensar que el grupo de música no había sido el único gran descubrimiento de la noche.

—¿Qué haces? —se incorporó para seguir mis movimientos mientras recogía la ropa esparcida a nuestro alrededor.

—Irme —respondí obligándome a mirar hacia otro lado—. Sabías que esto era una despedida.

Con la ropa amontonada a mis pies, me desabotoné la camisa para devolvérsela. Se irguió para detenerme y volvió a colar hasta el último botón por su ojal.

—Llévatela —ordenó recogiendo mis cosas del suelo—. Duerme con ella. Al menos así podré medio cumplir la promesa de estar cada noche.

Me tendió los zapatos, y apoyó el resto de ropa contra mi cuerpo para que la sujetase hecha un ovillo. Reconoceré que me defraudó su conformismo. Estaba tan preparada para negarme a escucharlo, que su silencio me descorazonó. ¿Es que no pensaba hacer nada? ¿Es que iba a dejarme ir sin más? ¿De nuevo elegía no luchar? ¿No iba a intentar retenerme de alguna manera? ¡Pues menuda mierda de romántico me había salido! Era mi obligación ponérselo difícil, pero la suya era hacer todo lo que estuviera en su mano para hacerme cambiar de opinión, ¿no?

—¿Se puede saber por qué estás tan tranquilo? —exigí sin poder ocultar cuánto me frustraba su dejadez.

—¿Se puede saber por qué estás tú tan molesta? —contraatacó dibujando una perfecta sonrisa victoriosa en su rostro—. Me has pedido que no hable, y es lo que hago —añadió divertido—. Tus reglas, no las mías.

—Pues qué momento más oportuno has elegido para hacerme caso, rey —murmuré encaminándome a la salida.

—Me da igual lo que quieras, *rubia* —afirmó con cierta prepotencia—. Solo te estoy dando el gusto de salirte con la tuya... por el momento.

—¿Perdóname la vida? —me giré alzando una ceja con soberbia para disimular que aquellas palabras me habían devuelto la vida—. ¿Qué quiere decir eso de “Por el momento”?

En dos zancadas estaba justo delante de mí, emanando seguridad y sensualidad.

—Quiere decir —me besó, tirando de la camisa para acercarme a sus labios—, que estaré en tu playa y en tu porche. Que haré una biblioteca para ti que no solo estará llena de libros, estará llena de nuestras historias. Ni de ti ni de mí, sino de eso tan jodidamente perfecto que es este nosotros —volvió a acercar sus labios a los míos atrayéndome por la tela, pero esta vez continuó hablando sin besarme, solo rozándome con ellos—. Que los domingos prepararemos el desayuno juntos y, después de llenarnos de harina, te haré el amor en la encimera —atrapó mi labio inferior con los suyos liberándolo con paciencia—. Y luego te follaré en la ducha, en el suelo, y en cualquier superficie más que encuentre, que no todo van a ser guirnaldas y farolillos, y tú eres muy de ascensores —me guiñó un ojo paseando su mano por mi trasero sin ningún reparo—. Y que si lo único que puedo hacer para que dejes de no quererme en tu vida, es demostrarte que no tengo ninguna intención de salir de ella, me mantendré callado tanto tiempo como sea necesario. Pero cerca, muy cerca de ti. Tan cerca como tu testarudez me permita estar.

Encogiéndose de hombros, me soltó y alcanzó una silla. La giró y se sentó apoyando los codos en el respaldo para sujetarse la cara. Solo Jorge podía hacer una declaración de amor al más puro estilo chulesco, y que te dieran ganas de partirle la cara y pedirle matrimonio a partes iguales. Porque no nos engañemos, vestido solo con los calzoncillos, con el pelo totalmente revuelto, y sonriendo —que el *jodio* sonreía como si se hubiera tragado un payaso—, había que reconocer que estaba de portada para *Men's Health*. Pero esa forma de dejar claro que, fuera como fuese, se saldría con la suya... daba bastantes ganas de meterle la cabeza en un urinario público.

—Buenas noches, nena.

¡Y encima lo arreglaba invitándome sutilmente a largarme! ¡Matrimonio se lo iba a pedir su santa madre! Le di la espalda mientras, consumidita por la mala hostia, me transformaba mentalmente en súper guerrero. Sí, en plan Goku, con el pelo pollito de punta incluido y levantando trocitos de césped a mi paso.

—¡*Rubia!* —voceó recuperando mi atención—. ¿No deberías ponerte al menos las bragas?

—En tu boca las voy a poner, ¡capullo! —contesté buscándolas entre el revoltijo de mis cosas y lanzándoselas.

Las cogió al vuelo antes de que llegaran a su cara.

—¿Tú también quieres que duerma con algo tuyo? —estalló en carcajadas nada más decirlo.

Salí de allí como si me hubieran contratado para pisar uvas en la vendimia, escuchando su risa diluirse con cada paso colérico que daba. Cuando me quise dar cuenta, estaba en plena calle, descalza, cargada con mis cosas y, gracias a las ocurrencias del señor, con los bajos bien fresquitos. Al ver mi reflejo en la ventanilla del Polito, yo también rompí a reír sin control. Esa noche había sido tan... ¡Tan nuestra!

Saqué la barra de labios del bolso y me la apliqué sin escatimar. Avancé hasta el Golf y, sin pensar demasiado lo que iba a hacer, planté un beso en su ventanilla justo después de escribir un pequeño mensaje.

Algo como...

Algo como... que mi rojo mate favorito, había conseguido volver a transformar un día catastrófico en algo inolvidable. Algo como... que sin duda alguna y pese a la fuerza y el empeño con los que luchase contra ello, le quería.

¡SOY EL REY DEL MUNDO!

(JORGE)

Nunca pensé que acabaría siendo un Leonardo DiCaprio de la vida, pero en ese momento, me sentía el puto rey del mundo. Hasta me hubiera subido a la silla para gritarlo a pleno pulmón al más puro estilo Titanic.

La vida debería estar llena de despedidas como aquella. De las que saben a grandes comienzos. A primer capítulo de la historia del resto de nuestras vidas. A juntos. A ella y yo.

Mi vida debería estar llena de noches con Lucía. De días con Lucía. De Lucía.

Si mientras la echaba de menos soñaba con volver a verla, ahora que la había visto no podía dejar de pensar en no perderla jamás. Lo gracioso era que ella temía que fuera yo el que me alejase. No, nena, no cometeré el mismo error dos veces.

Se lo había dejado claro. Desde ese momento le iba a demostrar que, lo quisiera o no, lo esperase o no, iba a estar. Y sé que aunque no lo dijera, aunque se fuera haciéndose la enfadada, había sentido lo mismo que yo. Solo había que ver la forma en la que nos mirábamos mientras... ¡Joder! Si eso era hacer el amor, quería pasarme la vida haciéndolo con ella. Había sido una noche tan... nuestra. Y creo que no había nada que me gustase más en el mundo que ese nosotros.

Me levanté volviendo a colocar la silla en su sitio. Me había quedado allí quieto, saboreando cada uno de los besos que Lucía me había concedido aquella noche. Así, como si fueran deseos que solo seres extraordinarios son capaces de hacer realidad, y es que ella era lo más extraordinario que conocería jamás.

Vaya numerito en la fiesta de Alina... Y vaya cojones los de mi hermana... Nos cerró la boca a los dos, pero bien cerrada. La verdad es que debería agradecerse. Si no hubiera sido por su intromisión, habría vuelto a casa sin ver a *la rubia*. Sin que nada de esa noche increíble hubiera pasado.

Hablando de Alina, mejor sería que me acostase. Al día siguiente tenía que llevarla al aeropuerto temprano.

Fui a recoger la manta del suelo, pero una fuerza mucho más fuerte que la gravedad me obligó a tirarme sobre ella una vez más. Crucé los brazos debajo de la cabeza mirando las estrellas e inspiré con fuerza. Era verdad. Había pasado. Y había sido mucho mejor de cómo lo había soñado mientras me desesperaba sin ella.

Aquella manta roja olía tanto a Lucía, que ni me lo pensé. Esa noche iba a dormir entre velas consumidas, y abrigado por el dulce aroma que mi pequeña rebelde había dejado impregnándolo todo.

—Que sueñes bonito, nena —dije cerrando los ojos e imaginándome que ella dormía a mi lado.

La alarma del móvil me hizo removerme. Me costó encontrar los pantalones y sacarlo del bolsillo para apagarla. Miré la hora. Tenía el tiempo justo para prepararme y salir pitando a por Ali, aunque conociendo a mi madre... seguro que me había mentido con la hora para llegar al aeropuerto demasiado pronto.

Me planteé remolonear un rato más, pero me sentía tan pletórico por lo de la noche anterior, que no veía el momento de que el día avanzara y poder ver a Lucía. Seguro que se negaba, pero...

«Buenos días, rubia. Comemos juntos?»

Elegí unas gafas del cajón. Hoy tocaban las Persol. Eran perfectas para la camisa, porque sí, me había puesto una camisa y sus vaqueros favoritos por si Lucía decidía no hacerse la dura demasiado y comer conmigo.

Justo cuando cerraba la puerta para salir hacia el coche, su respuesta sonó en mi bolsillo.

«Creo que no tienes muy claro el significado de DESPEDIDA. La RAE te lo va a aclarar. Despedir (ahí va mi preferida): Renunciar a la esperanza de poseer o alcanzar algo. Buenos días»

Esperanza era de lo que estaba lleno después de lo que había pasado entre nosotros. De sentirla como la sentí. De ver cómo sus réplicas seguían estando cargadas de ironía. De tentadora irreverencia.

Por suerte para mí, antes de que pudiera contestarle para poner a prueba su temperamental carácter, llegué a la puerta y me topé con su regalo. ¡Era el puto rey del mundo y encima era navidad! Joder... ¡La adoraba! Por muy peleona que se hubiera levantado, claro.

Esa era su forma de alentarme a no tirar la toalla, aunque era algo que tenía decidido sin importarme cuánta resistencia fuera a oponer. No pensaba limpiar esa ventanilla en la vida, y si para ello mi coche iba a estar comido de mierda hasta el fin de los tiempos... ¡que así fuera!

«Debe ser que he liado conceptos al ver el mensaje en mi coche... No insistiré, pero renunciar no está en mi vocabulario. Soy más de alcanzar y que alcances conmigo. Por cierto, yo también ALGO COMO...»

«Estás copando el top ten de mi lista de cosas que me importan una mierda. Eso se llama abusar»

«Tú chulería es la número uno de mi lista de cosas que me encantan de ti»

«¿Qué haces despierto a estas horas? No se te ocurrirá aparecer en mi casa, verdad????!!!»

Me encantó aquella pregunta. Mira que era cabezota... En el fondo, se moría de ganas de verme tanto como yo de verla a ella. Me subí en el coche y, poniendo mis labios sobre la marca de los suyos, me saqué una foto para mandársela.

«Hoy no hay sorpresas, nena. Solo besos de buenos días que podrían ser mejores si fueran de verdad. Que tengas un día estupendo. Mañana volveré a intentarlo»

Llegué a casa de mis padres en apenas diez minutos. Creo que no estaban puestas ni las calles, como para haber coches en ellas... ¿Pero quién cojones va a madrugar tanto por elección? A excepción de Lucía, claro, que parecía tener un resorte en el culo que la empujaba fuera de la cama en cuanto salía el sol.

—Alina está en la habitación de Aurora —me informó Tata nada más verme entrar por la puerta.

La besé en la cabeza antes de subir los escalones de dos en dos para ir en busca de mis hermanas. Al pasar por la habitación de Ali, se me hizo extraño verla tan vacía. Todas sus cosas estaban embutidas en dos maletas del tamaño de mi casa, y unas cuantas cajas que debía hacer llegar enteras hasta su residencia.

Las encontré conversando más que entretenidas.

—¿Qué haces todavía en pijama? —le recriminé a la pequeña.

—No te aceleres. Mamá te mintió un poquito con la hora. No salgo hasta la una —contestó separándose ligeramente de Rori—. Ven, siéntate. Estábamos comentando el zas en toda la boca que os hice ayer a ti y a la testaruda de Lucía.

—Sois como porteras... Si mal no recuerdo, tú eras bastante más inocente hace unos meses —dije señalando a Alina.

—Seremos lo que quieras —replicó Aurora—, pero tú tienes cara de que aquí la metomentodo de tu hermana pequeña te hizo un favor.

—Muy bien, encima apláudela —me quejé sentándome a su lado.

—Ella estaba al corriente de lo que hacía. Es más, prácticamente me obligó —se defendió Ali.

Puse los ojos en blanco mirando a ambas. Eran increíbles. Complot familiar para recuperar a Lucía. Lo que yo decía, tenía un jodido club de fans en mi casa.

—Creo que a la que hay que aplaudir es a Lucy —se burló Rori maliciosa—. No lleva ni veinticuatro horas en Valencia, y tú ya tienes una sonrisa estúpida en la cara.

—¡Yo creo que ayer el favor te lo hizo ella! —soltó Alina antes de que las dos se desmontasen de la risa.

—¡Ali, joder! ¡Sigo siendo tu hermano mayor!

—Claro... ¡El casto y puro Jorge! —añadió Rori para terminar de incomodarme—. Cariño, a ver si te crees que se chupa el dedo...

—Me e largo de aquí, par de liantas.

Antes de que pudiera levantarme, Aurora posó su mano sobre la mía.

—Venga, un abrazo de hermanos —pidió con esa mirada que era imposible no complacer.

Nos tumbamos uno a cada lado de ella y nos acurrucamos abrazándola. Sabía lo que pensaba. Tenía miedo. Miedo de que cuando su hermana pequeña volviera, no tuviera fuerzas ni para coger su mano. Miedo de no poder darle todos los consejos que iba a necesitar a lo largo de su vida. Por primera vez, tenía miedo, y sentirlo fue como notar que me arrancaban el corazón de un único y certero tirón.

Escondí mi cara entre su pelo para que ninguna de las dos pudiera notar que posiblemente había palidecido.

—¿Qué hacéis todavía...?!

Mamá entró gritando, pero al ver la estampa, se quedó paralizada observándonos emocionada. El reflejo del amor desbordando sus ojos me hizo desprenderme rápidamente de la tortura silenciosa de mis pensamientos y recuperar el ánimo.

—Venga, no te cortes. Todavía cabe una más —la invité atrayéndola hacia nosotros—. Pero nada de lágrimas hasta llegar al aeropuerto.

—¡Si no estoy llorando! —se ocultó colocándose al lado de Alina y limpiándose los ojos húmedos—. ¿Tú desde cuándo estás tan contento y sociable? —preguntó incorporándose incrédula para verme bien.

—Desde que Lucía le debe de haber quitado la pamplina con un par de gritos y algún que otro achuchón.

—Vale, definitivamente me largo —dije intentando escapar de aquello.

—¡Pero cariño, cuéntanos! No nos dejes así.

—No te escucho, mamá —mentí mientras huía haciéndome el loco.

—Eso, Jorge, ¡cuéntanos! —voceó Rori riéndose a más no poder.

—Avisadme cuando hayáis madurado —pedí abandonando la habitación.

Aunque Mateo se iba a encargar de llevar el equipaje al aeropuerto, quería ser yo el que llevase a Alina. No dejaba de repetirme que era un hasta pronto, pero algo en aquella cama me había hecho darme cuenta de que para ella y Rori el tiempo podría ser mucho más cruel, y no conseguía quitármelo de la cabeza.

Al acercarme al coche, la vi parada delante de él con el móvil en la mano.

—¿Qué haces?

—Sacarle una foto para Rori. Le va a encantar —contestó moviendo los dedos rápidamente por la pantalla.

—¡Alina!

—¿Qué? Sois tan monos...

—¿Qué hacemos parados aquí? Se nos echa el tiempo encima —refunfuñó mi madre al alcanzarnos.

—Mamá, vamos sobrados —indicó Alina apartándose para dejar que viera lo que a sus ojos parecía la maldita *Gioconda*.

—¡Ohhhhh! —exclamó llevándose las manos a la boca—. Haz el favor de no joderlo otra vez.

—¿Has dicho joderlo? —le pregunté haciéndome el escandalizado y girándome hacia Alina—. ¿Mamá ha dicho joderlo?

—Mamá es una moderna, tío —se burló poniendo su mejor cara de chica dura—. Creo que he visto en su armario una sudadera de Obey, imagínate...

—Sois imbéciles... —sentenció fingiéndose ofendida y abriendo la puerta del coche—. Y sí, he dicho imbéciles también. Subid al puñetero coche ya.

«Tu mensajito en la ventanilla me ha costado un pequeño consejo de guerra familiar. Amenazas incluidas. Lucía 3, Jorge 0»

«Se puede saber por qué leches lo ha visto tu familia!!??? Bórralo ahora mismo!!!»

«Pienso taparlo con un plástico para que no lo estropeé la lluvia. O mejor, cambiar la ventanilla y colgar esta en casa»

«Jorge, no me jodas!!!»

«Eso solo cuando tú quieras. Te dejo. Tengo una hermana que llevar al aeropuerto»

«Ya hablaremos tú y yo»

«Cuando quieras, rubia!! Estoy deseando que me dejes abrir la boca! Mientras tanto, calladito»

—¿Estás hablando con ella, verdad? —Ali interrumpió mis cavilaciones sobre cómo sorprender a Lucía—. Menuda carita, hermano. *This is love, this is love, this is love*, que diría Will.i.am.

—¡Qué ganas tengo de soltarte en ese avión! —y de que dejes de hablar y actuar cada vez más como Lucía, pensé viendo el reflejo de Alina en el retrovisor, mientras la casa de mis padres se perdía detrás de ella.

IMPERTINENTE ES MI SEGUNDO NOMBRE

—Adri, ¡no seas pesada, leche! ¡Que no estoy jugando a nada con nadie! —gruñí irritada mientras seguía escuchándola ¿criticarme? al otro lado del teléfono—. ¡Que no le he puesto ojitos a Alex para acabar zumbándome a Jorge!

—Puede que no haya sido causa y efecto, pero has hecho las dos cosas —argumentó casi riendo—. Que no reprocho, solo envidia esa orgía mental que tienes que llevar, nena.

—¿Qué coño vas a envidiar?!

—El tuyo bonita, el tuyo.

—Si es que contigo no se puede... —renegué mirando hacia el cielo.

No. Definitivamente no me criticaba. Se podría decir que me aplaudía.

—Lo que no entiendo, es en qué punto pasamos de “Jorge está más pedo que Alfredo, voy a arrancarle la cabeza” a ese mensaje nocturno de “Llego ahora a casa vestida SOLO con la camisa de Jorge” —expuso con sorna.

—Yo no dije ninguna de esas dos cosas, so lista —solté a punto de enviarla a buscar mierda de gamusino al monte.

—Bueno, minucias gramaticales sin importancia...

—Lo que tú digas filóloga titulada por la Universidad de Wichita. Te dejo, Vanesa me espera —me apresuré a separar el móvil para no escucharla vociferarme.

—¡Perra del infierno! No creas que esta conversación ha acabado —rugió en desacuerdo.

—Yo también te quiero. ¡Besis!

Colgué mientras cerraba el coche, y caminé decidida al encuentro de Vanesa, que aguardaba en la puerta del estudio para entrar juntas a verlo. Según tenía entendido, estaba casi todo listo.

—Hola, *chiqui*. ¿Preparada? —preguntó tendiéndome la que debía ser mi llave.

—¡Vamos allá! —la recogí emocionada.

Abri la puerta con cautela. Impaciente pero nerviosa. Todo estaba a oscuras, y al encender las luces... ¡me enamoré! Era incluso mejor de lo que había imaginado.

Se entraba directamente a una amplia estancia con varios sillones a modo de sala de espera. Ese sería el lugar de Vanesa, que se encargaría de recibir a todo el mundo con esa sonrisa suya tan encantadora y, desde su torre de marfil —porque eso era lo que parecía aquella mesa perfectamente ordenada— llevaría la contabilidad y el papeleo.

Aunque le había insistido para hacer un pequeño taller para sus complementos, terminó declinando la oferta, alegando que era algo que quería hacer por placer y sólo para quien ella decidiese. Me parecieron razones más que respetables, sobre todo sabiendo que yo sería una de esas personas.

—Qué ordenado lo tienes —la felicité fascinada viendo que incluso había documentos que demostraban que ya había estado trabajando allí.

—Sigamos —indicó con una sonrisa complacida.

Me invitó a avanzar hacia una de las puertas que teníamos a la vista. Era una sala pequeña, pero María tenía espacio suficiente para almacenar allí su material, e incluso realizar algún trabajo si fuera preciso. Para eso le habían instalado un tocador y hasta un lavacabezas. ¡Teníamos un minicentro de estética!

—María está organizando la agenda para traer algunas cosas esta misma semana —aclaró mientras yo acariciaba los estantes todavía vacíos—. Aunque siga haciendo servicios a domicilio, será muy útil tenerla aquí de vez en cuando.

La siguiente puerta que abrí daba acceso al ¿probador? ¡Aquello era un enorme ropero con tarima y todo para subirse! Madre mía, sí que me conocían bien... Habían cuidado cada detalle. El resultado estaba muy por encima de mis expectativas. No porque no confiase en ellas, sino porque era verdaderamente impresionante. Aquella mesa de dimensiones obscenas, llena de muestrarios y catálogos... Las barras para colgar perchas por toda una pared... Otra cubierta por espejo de suelo a techo... Era de película, que era justo como pretendíamos que se sintieran nuestras clientas.

Solo quedaba por descubrir la incógnita de cómo sería mi despacho, ya que el lavabo, por muy de diseño que fuese, no tenía nada reseñable. Pensándolo bien, la ducha que habían incluido... a mí me daba para imaginarme unos cuantos encuentros memorables. Sácatelo de la cabeza, moñas debilucha, a él, a sus velas y, por supuesto, a su discurso.

—¡He muerto y estoy en el cielo! —corrí para sentarme en mi increíble sillón de cuero blanco—. Me encanta todo. El escritorio enorme —dije acariciándolo—. Todas las estanterías y armarios para colocar cosas. ¡Mi iMac! —me lancé a abrazar la pantalla sin estrenar.

—Ahora solo faltan las cosas de tu coche —se lamentó con cara de sufrimiento—. Como hayas traído todo lo que tenías en el despacho de casa...

—Más a menos —sonreí disculpándome—. ¡Lo hemos conseguido! —grité girando en el sillón con los brazos extendidos.

—Estás como una cabra...

—Ven acá —tiré de ella sentándola sobre mí y girando más rápido.

—¡Locaaaaaaaaa!

—¡Loca pero feliz!

Finalmente se dejó llevar y, extendiendo los brazos y hasta las piernas, me acompañó con risas y gritos.

Cargábamos el último par de cajas, cuando un chico nos alcanzó en la puerta.

—¿Lucía? —preguntó mirando a Vanesa con cara de estar dispuesto a vender su alma al diablo porque dijera que sí.

Era joven. Muy joven. Bueno, quizá no tan tan joven, pero estaba segura de que su cara aniñada le restaba algún año a los ventiescasos que tendría. Intentaba domar con gracia su precioso pelo rizado y oscuro —a juego con unas gafitas de pasta—, e iba vestido al más puro estilo modernillo. Pantalones pitillos y camiseta con mensaje. ¡Pero si llevaba hasta un monopatín! Seguro que él prefería llamarlo *skate*... Era una auténtica monada con su bandolera colgando.

Vanesa no fue capaz de contestarle. Lo miraba con los ojos tan abiertos, que hasta se estaba sonrojando por su actitud embobada y la incapacidad de hacer nada para evitarla. Sin soltar la caja que llevaba, apuntó en mi dirección.

—Oh —se desinfló él, dirigiendo sus ojos hacia mí—. Soy Rodri, el informático. ¿Te ayudo con eso?

Estaba a punto de estirar la caja para que la recogiera de mis brazos, cuando me di cuenta de que volvía a fijarse en mi amiga con fascinación.

—Gracias.

Vanesa prácticamente le incrustó la que ella cargaba en el pecho, y salió huyendo a refugiarse entre sus papelotes cubiertos de números.

—Si me consigues una cena con ella, te hago el trabajo gratis —propuso en cuanto la tuvimos lo suficientemente lejos.

—Vanesa no es un objetivo fácil —le advertí sonriendo ante su atrevimiento.

—Hay que apuntar alto para llegar a tocar el cielo...

—¿Informático y poeta?

—Proyecto de informático —puntualizó sujetando mejor el bulto—, y loco por esa belleza desde ya.

Eché a andar detrás de mí y, al pasar al lado de Van, se quedó mirándola descaradamente. Ella volvió a ruborizarse, escondiéndose detrás de la pantalla de su ordenador. Dejamos las cajas en mi despacho, y me pidió permiso para empezar por el ordenador de Ricitos de Oro. No pude negarme.

Me dediqué a colocar todo lo que pude mientras les echaba vistazos curiosos de vez en cuando. Vanesa parecía más relajada, pero seguía ocultando su cara con frecuencia de él. Rodri, sin embargo, la miraba fijamente siempre que podía, regalándole una amplia y genuina sonrisa. ¡Menuda mierda! Me encantaría estar enterándome de qué hablaban esos dos. La cara de él decía que intentaba ligar. La de Van... no sabe, no contesta.

Cuando el osado jovenzuelo se estiró rozándola distraído pero directo, ella se levantó como un cohete y entró en mi despacho.

—¿Pasa algo? —pregunté intentando contener la risa para que no notase que los estaba espionando.

—Creo que no me encuentro muy bien. Voy a irme a tomar el aire —anunció abanicándose la cara con la mano—. O a casa —corrigió cuando el informático sonrisas volvió a hacerle un gesto cómplice desde la lejanía de su mesa—. Dejo aquí el portátil para que Rodrigo instale todo.

Ahí sí que ya no pude aguantarme más y empecé a desternillarme. Y todo por la forma en la que había pronunciado su nombre. Creo que hasta había apretado las piernas. RO, contracción vaginal, DRI, segundo espasmo, GO, jorgasmo! Me moría con el eco zumbando en mi cabeza.

—Lo que a ti te pasa tiene nombre, reina —aseguré reteniendo la risa a duras penas—. Se llama reencuentro repentino con tu libido —moví las cejas varias veces muy rápido—. *Tú lo que quieres que te coma el tigre, que te coma el tigre, tus carnes morenasssssssss.*

—¡Lucía! —me pidió que bajase la voz con una serie de aspavientos bastante poco discretos—. No digas tonterías. Es un crío —intentó mostrarse indignada.

—Hombre... Yo creo que pelos en los huevos tiene desde hace tiempo —volví a reirme de ella y su cara de pasmó.

—¡Eres una ordinaria! —me chilló sin poder evitar reírse también.

—Y a ti te hace falta un poquito de lo que él tiene ganas de hacerte —contesté con cara perversa—. Nueva vida, nuevas reglas, Van. Mira esos morritos, no me digas que no te has imaginado ya esos rizos traviesos entre tus piernas.

—¡Lucy! —protestó espantada—. No me lies, que te conozco —advirtió escondiendo la cara tras sus manos.

—Vete a casa, anda —claudiqué—. Pero si me pide tu teléfono pienso dárselo.

—Ni se te ocurra —me amenazó apoyando las manos en mi mesa.

—Depende de lo que me ofrezca a cambio —sonreí con picardía—. Confieso que ya ha insinuado que haría el trabajo gratis a cambio de una cena contigo...

—¿Pretendes cambiarme como si fuera una vaca o algo así?!

—No mujer, que este no te quiere sacar leche. En tal caso querrá que tú...

—¡Que te peten! —gritó dejándome con la frase sin acabar, saliendo como alma que lleva el diablo.

De un tirón cogió su bolso de la mesa y, dejando al pobre Rodri con un palmo de narices, desapareció.

—¿Pero qué le ha pasado? —preguntó mirándome asustado.

—Nada, no te preocupes —ya harás tú que se le pase, pensé.

En cuanto terminó con los ordenadores de Vanesa, se coló en mi despacho deslizándose con la silla de un lugar a otro. Rodrigo era un chico divertido, pero sobre todo inteligente. Se esmeró en que aprendiera a usar cada uno de los programas maravilla que me había instalado. Según él, mi trabajo sería mucho más fácil con ellos. Si él lo decía... Otra de sus grandes virtudes era la paciencia, porque hacía falta mucha para enfrentarse a mí manejando un ordenador.

—¿Cómo ves lo de la cena? —tanteó mientras empezaba con mi portátil.

—Tú termina el trabajo, entonces puede que te dé su número de teléfono —sonreí guiñándole un ojo.

—¡Pero si me queda el otro! —exclamó consternado mirando la caja al lado de la puerta—. ¿Se puede saber para qué quieres dos iguales?

—Ese es para casa.

—Pues no me va a dar tiempo a hacértelo ahora —aseguró colocándose las gafas, arrugando la nariz de una forma muy graciosa.

—Hacemos una cosa. Me lo llevo y vas por la tarde a hacerlo allí. Quién sabe, puede que casualmente esté tomando algo con Vanesa... —pestañeeé muy deprisa con una sonrisa exagerada.

—¡Hecho!

Reíamos a carcajadas con los brazos entrelazados aporreando el teclado, cuando unos golpes de nudillos nos distrajerón de la pantalla. Levantamos la mirada todavía sonriendo, para encontrarnos con Jorge apoyado en el marco de la puerta.

—¿Interrumpo?

Ay, Jorge, Jorge... Las conexiones neuronales me interrumpes a mí cada vez que te me plantas delante con ese deje tuyo de malote con aires.

Su sonrisa despreocupada intentaba disimular, pero su gesto mostraba incomodidad. No le gustaba no saber quién era aquel chico cuyo codo rozaba mi pecho.

—¡Me piro! —dijo Rodri levantándose con urgencia tras mirar la hora—. Mándame tu dirección para pasarme esta tarde. ¡Eso no va a hacer que me olvide de la cena que tenemos pendiente, eh! —me recordó pasando al lado de Jorge y dándole una palmada amistosa en el hombro—. Ni se te ocurra jugar con ella, no le gusta nada perder.

Aunque hablaba de videojuegos, la cara de “Esa lección ya la aprendí hace tiempo” del recién llegado, dejó claro que ambos lo habíamos interpretado de otra manera.

—Lo de la cena lo concretamos esta tarde, tú tranquilo —sonreí viéndolo marcharse con todos sus complementos.

La expresión de Jorge ahora era difícil de descifrar, así que, por alguna extraña razón entre la cabezonería y el exceso de orgullo, decidí ponerme a la defensiva con él.

—Hola, Jorge. ¿Qué haces aquí? —saludé con un tono bastante menos amigable del que había empleado con Rodri, mientras ordenaba cosas sobre mi escritorio.

—¿No es un pelín joven? —preguntó haciendo que me ayudaba a colocar.

—Repito. Hola, Jorge. ¿Qué haces aquí?

Le quité los pósit de formas y colores de las manos con bastante brusquedad y los guardé en el primer cajón.

—Reitero. ¿No es un pelín joven? —insistió levantándose la cara para que lo mirase.

No parecía que lo dijera en plan posesivo o celoso, más bien como tocacojones que sabía que me estaba molestando, y eso subió mi reticencia a ser amable al menos un par de niveles. ¿Injustificado? Puede. A veces soy una mala pécora.

—¿Tú, precisamente tú, has venido a darme lecciones de moral? —escupí fulminándolo con la mirada.

Reculó al ver que mi humor no estaba para sus chorradas.

—No. He venido a conocer tu despacho —explicó sentándose en la silla en la que nadie le había invitado a plantar su culo— y de paso, a traerte un regalo —estoy segura de que no pude disimular la sorpresa y la ilusión en mi cara. Eso lo animó a continuar—. Sé que tu cumpleaños fue cuando estabais de vacaciones, pero... —se levantó retrocediendo hasta la puerta y recogió un enorme rectángulo envuelto en un precioso papel de regalo—. Creo que quedará bien en esa pared —me tendió el paquete, que pesaba más de lo que parecía—. Espera, te ayudo.

Lo colocó sobre la mesa apartando unas cuantas cosas y me invitó a abrirlo. Rasgué el papel por una esquina. Cuando acerté a imaginar de qué se trataba, se me heló la sangre.

—¿Has hecho una ilustración para mí? —titubeé conmovida.

Su cara cambió de golpe al escucharme. Supongo que no habría imaginado que yo me emocionara pensando que había hecho algo para mí. O puede que se culpase por no haber pensado en hacerlo.

—En realidad no la he hecho yo —aclaró frotándose la nuca.

—Ya veo —dije sin disimular mi decepción y terminando de desgarrar el papel para descubrirla.

—Es de Antonio Soares —explicó mientras me ayudaba a sostenerla sobre la pared—. La hizo para...

—No tenía ni idea de quién era —le corté con tono áspero—, pero la reconozco de una campaña de Balmain.

La verdad es que era increíble e iba a la perfección con mi despacho, pero intuía que eso él ya lo sabía, y esa parte de *zorrupia* revenida que llevo dentro, me obligó a apoyarlo en el suelo con desgana, como si no me importase, en lugar de agradecerse tirándome a su cuello y besándolo con todas las ganas. A veces no me aguanto ni yo misma...

—Si quieres te lo cuelgo... otro día —ofreció manteniendo una actitud amable pese a mi mala cara.

—No es necesario —contesté sin ni siquiera mirarlo—. No hace falta que te pases aquí la vida. De hecho, no sé ni cómo sabías dónde estaba el estudio. ¿O también se fue Rubén de la lengua con eso?

Su ceño se frunció, dejándome claro que le estaba empezando a mosquear mi tonito impertinente.

—Lucía, ¿de verdad pensabas que mi madre no me iba a contar que habías cedido la casa de Herminia para la Fundación, y que ella se había asegurado de que consiguiéras este local a buen precio? —cuestionó bastante mosqueado.

—Se ve que confío demasiado en la discreción de la gente... —hasta yo me di cuenta de que me había pasado de la raya. Lo suavicé de inmediato—. Tú madre fue muy amable preocupándose.

—Sí, aunque a veces haces un poquito difícil lo de preocuparse por ti —murmuró con toda la intención.

—En tu caso, nadie te ha pedido que lo hagas —reaccioné volviendo al tono arisco.

Fingiendo que lo ignoraba, me lié a colocar cosas en las estanterías, mientras él intentaba controlar el mal humor evidente que le estaba provocando.

Quería poner el contenido de una de las cajas en lo más alto del armario, así que empujé el sillón hacia ella, me quité los tacones, y me subí a él.

—¿Se puede saber qué coño haces? —explotó al verme estirarme para coger la caja, acercándose dispuesto a bajarme a la fuerza—. Yo lo subiré.

—Puedo sola, gracias —me aparté tambaleándome sobre el cuero.

—¿Por qué cojones eres tan testaruda e insoportable a veces, *rubia*? —me recriminó retrocediendo contra la pared, agitando los brazos sobre la cabeza—. No hay Dios que te entienda.

Antes de que pudiera mandarlo a paseo, Vanesa entró en el despacho con la mirada fija en un enorme ramo de rosas blancas que llevaba en las manos.

—No te lo vas a creer, *chiqui* —dijo girándolo sin dejar de admirarlo—. He vuelto pensando que... Bueno, ya sabes... que puede que tuvieras razón, y en la puerta me he encontrado a un mensajero con esta preciosidad preguntando por ti. He firmado sin pensar, y me muero por leer la tarjeta. Estoy segurísima que son de Alex —concluyó cogiendo el pequeño sobre y levantando la mirada para toparse con un Jorge bastante al límite de su aguante—. Ho... Hola, Jorge —saludó poniéndose color sangre.

Inmediatamente sus ojos corrieron hacia los míos, reprochándome sin ningún tipo de diplomacia que no la hubiera detenido. Le quité importancia con una mueca de indiferencia hacia nuestro visitante.

—Claro, nena, no te cortes. Léenosla —la animé viendo cómo la cara de Jorge adquiría un cierto tono violáceo fruto de lo fuerte que apretaba los dientes conteniendo la respiración.

Vanesa dudó. Me miró a mí. Miró a Jorge. Volvió a mirarme, y la apremié para que leyera.

—Podría regalarte palabras, pero prefiero regalarte mi tiempo —tragó antes de seguir, y Jorge se puso rígido—. Tengo una botella de vino esperando para celebrarlo cuando quieras. Las rosas no me he resistido a adelantártelas —dudó si continuar, pero mi gesto exigente la obligó a terminar—. ¿Has pensado en lo que te pedí? Alex.

—¡Pero qué detalle tan encantador! —celebré con más entusiasmo del necesario—. Colócalas ahí —indiqué un sitio privilegiado justo al lado de mi mesa.

Sabía que me estaba pasando, pero no podía parar. Ver a Jorge arder de indignación mirando aquel ramo de rosas, mientras su regalo cargado de significado estaba apoyado en el suelo contra la pared, como si no tuviese el más mínimo valor, estaba haciéndome sentir bastante cabrona, pero a la vez, algo dentro de mí quería devolverle un poquito la sensación que tuve cuando sentí que él no había valorado lo que tuvimos.

—Yo creo que mejor me voy —dijo Vanesa con voz temblorosa—. Te veo mañana.

Me bajé del sillón para recoger las flores de sus manos y colocarlas presidiendo la estancia. Salió disparada mientras Jorge me seguía con los ojos lanzando llamaradas de ira.

—¿Así va a ser a partir de ahora? —reclamó pasándose la mano por el pelo más que enfadado—. ¿Es que tengo que portarme como un cerdo contigo? ¿Eso quieres, Lucía? Porque maldita sea, cuanto mejor intento hacerlo, peor respondes tú.

—Ese es tu problema. No el mío —contesté airada mientras me subía de nuevo al sillón para acabar de sacarlo de sus casillas.

—¡No puedo contigo! —voceó antes de salir —¡Quién te tienda que te compre!

Le hice burla y, estirándome sobre la mesa, cogí la caja que me faltaba por ordenar. Pesaba demasiado, así que la sujetaba con una mano —intentando liberar algo de peso sobre mi rodilla medio levantada—, mientras con la otra empujaba un archivador a lo alto del armario. Me debía de creer un *jodio* funambulista del Circo del Sol para no ver clara la hostia que me iba a dar si... La caja cayó provocando un terrible estruendo, y su contenido se esparció por el suelo mientras yo perdía el equilibrio. Me balanceé sobre el cuero intentando no desplomarme, en lo que fueron los dos segundos más largos de mi vida. El sillón giró, y acabé volando sobre todos los papeles.

No creo que hubiera llegado al suelo antes de que Jorge estuviera tirado a mi lado.

—Nena, ¿estás bien? —preguntó ansioso sujetando mi cara entre sus manos.

Abrí los ojos avergonzada por lo jodidamente gilipollas que había sido con él, y lo miré suplicándole en silencio que me perdonase.

Para lo que podía haber sido... Podría haber caído contra la mesa y abrirme esa dura cabeza que tengo. Por suerte, solo me dolía un poco el costado y tenía una leve molestia en la muñeca. Seguro que me saldría algún moratón de recuerdo, pero lo tenía bien merecido.

—¿No vas a decirme, te lo dije?

Respiró aliviado al ver que no mostraba signos evidentes de tener algo roto o un dolor insoportable. Cuando empezaba a hacerme a la idea de la que me iba a caer...

—No, Lucía. Y no será porque no te lo hayas ganado —aclaró dejando ver que lo había cabreado bastante.

Me revolví para intentar incorporarme, pero el dolor en el costado me frenó y la incomodidad se reveló en mi cara.

—Estate quieta —me riñó apoyándose contra su cuerpo—. Voy a quedarme aquí, a tu lado, abrazándote en el suelo hasta que te deje de doler —susurró bajito mientras me acariciaba el pelo.

—¿Y si no me deja de doler nunca? —cuestioné haciéndome la indefensa y cerrando los ojos para sentir mejor sus caricias—. ¿No tienes clases que dar?

—No han empezado todavía —explicó rozándose la mejilla. Estirando los brazos, me pegó más a él con mucho cuidado—. Me va a dar igual cómo de mandona te pongas. De aquí no te levantas hasta que yo lo diga —sé que sonreía mientras lo decía, y asentí apretándome contra su pecho—. Con cuidado, nena.

Me acurruqué como un gato mimoso en su regazo, y dejé que su mano se llevase parte del dolor con su delicadeza, mientras Ellie Goulding cantaba su *How long will I love you* en mi cabeza, recordándome que le amaría siempre que las estrellas estuvieran por encima de él. Siempre.

—¿Me perdonas por lo de antes? —pedí con cautela al encontrar sus ojos.

—Claro que sí. Solo te pido que tú también intentes perdonarme a mí... por todo —sonrió mirándome intensamente antes de dejar un beso en mi frente.

REVUELTO DE FRUTOS SECOS

Los nuevos cristales que cubrían la fachada del restaurante estaban tapados, de manera que, desde fuera, era imposible ver cómo iban las obras, pero quedaba claro que estaban en ello.

Abrí con la llave que me habían dado en el momento que firmamos los papeles de propietarias, y me sorprendió ver todo el local completamente despejado. Allí ya no olía a nada que no fuera pintura fresca. Adiós, aroma *fritanguil*, no te echaré de menos.

Adri me había pedido que me pasase para ver qué me parecía, pero me imaginaba que se refería a ver el local sin toda la mugre que acumulaba dentro tan solo una semana antes, no a que me encontraría sus paredes con la primera mano de pintura.

Caminé hacia la zona de la cocina. Estaba completamente vacía también, y más limpia de lo que habría estado el día que la estrenaron sus anteriores propietarios.

Se escuchó la puerta abrirse, así que salí para recibir a mi amiga y darle la enhorabuena por lo rápido que iba todo, pero en lugar de encontrarme con Adriana, lo hice con Alejandro.

—Javi me ha pedido que me acercase a ver los avances —se medio disculpó viendo mi cara de extrañeza.

¡La madre que parió a Javi! Le iba a dar mucho más que un pisotón por no avisar.

—Oh, claro —dije sacudiendo la cabeza para liberarme del embotamiento que me había producido toparme con él.

Justificaré mi pérdida momentánea de la capacidad de raciocinio basándome en el aspecto de Alex. Pantalones vaqueros, camisa desenfadada medio sacada de la cinturilla del pantalón, pelo revuelto, gafas de sol... ¿Nunca iba a dejar de noquearme su presencia como un bofetón de Steven Seagal? ¿Había quemado todos sus trajes de gentleman y ahora solo vestía vaqueros marca culito y paquete? Y yo que creía que había superado esa etapa de quedarme agilipollada delante de él después de toda la historia que teníamos a nuestras espaldas...

Se retiró las gafas metiéndolas en uno de los bolsillos de la camisa, y avanzó para saludarme. Dudó unos segundos al ver que yo estaba paralizada, y se limitó a quedarse delante de mí.

—¿Te llegaron mis flores?

¡Mierda, joder! Se me había olvidado por completo agradecerse. No había sido capaz de mandarle ni un triste mensaje en respuesta. Eres la peste en lata, Lucía.

Había sido una semana... complicada. Después de aquel día en el despacho, Jorge había dejado clara su postura, incluso la parte en la que no iba a estar como un perrito faldero. “Aclárate, Lucía” había dicho. “Pero aclárate rápido, porque nos estás robando tiempo para vivir esto de verdad”.

El caso es que yo claro lo tenía, pero sentía una extraña necesidad de que me devolviese algo que me había robado, y ese algo era la ilusión.

Vale que nuestro encuentro en su casa había sido mucho más íntimo que a los que estábamos acostumbrados, pero necesitaba algo más. Lo frustrante era no saber exactamente qué podía esperar de él, y me asustaba exponerme por completo y acabar otra vez sola y derrotada.

—Lucía, ¿estás bien?

Alejandro llevó mi cabeza de vuelta al restaurante. Me sonreía con cierta preocupación, y me di cuenta de lo egoísta que era permitiendo que albergase la esperanza de que algún día volvería con él.

Independientemente de que mi relación con Jorge avanzase o no, ahora que sabía lo que era sentir eso por alguien, no iba a conformarme con menos nunca más. No quieres “algo” cuando sabes lo que es tenerlo “TODO”.

Alex era un hombre cautivador. Guapo como pocos. Atento. Amable. Cariñoso. Pero nunca había sentido por él la necesidad que sentía cuando Jorge estaba cerca de mí. O lejos, porque estar separada de él, solo provocaba una horrible sensación de anhelo. Pese a que puede que ese sentimiento no fuera el más sano del mundo, para mí era lo más real e intenso que había sentido jamás por nadie.

Le debía a Alex la posibilidad de rehacer su vida. De encontrar su todo.

—Sí, perdona —me disculpé con sinceridad—. Las flores eran preciosas. He tenido una semana un poco ajetreada, y olvidé por completo llamarte para darte las gracias.

—No hay problema —dijo alargando la mano para retirarme una pestaña que había caído sobre mi mejilla—. ¿Qué me dices de la celebración?

El contacto de sus dedos solo me confirmó que esa no era, ni de lejos, la sensación que me recorría el cuerpo cuando sentía una caricia de Jorge. ¿Me había convertido en una tarada sensorial que solo respondería de forma positiva a las atenciones de Jorge? Menuda puta mierda, Lucía, estás atrapada entre tus deseos y tus miedos.

—Tenemos que hablar, Alex —sonreí incómoda—. No quiero mentirte ni darte falsas esperanzas.

El asintió, dándome a entender que estaba preparado para escuchar eso que en realidad no quería oír.

—Joder —me lamenté—. Esto es complicado.

—No lo es, Lucía —me animó acariciando mi brazo—. Estás enamorada de él, no de mí.

—Es un resumen demasiado simplista, pero en esencia... Sí, supongo que eso es lo que pasa —contesté con una mueca de lástima—. Suena a basura trillada, pero no elegimos de quién nos enamoramos.

—Pero sí elegimos hasta cuando merece la pena luchar por ese amor —dejó resbalar la mano hasta alcanzar la mía—. Yo no quiero dejar de luchar.

—Siendo sincera, no sé lo que va a pasar con Jorge, pero si volviera contigo te estaría condenando a tener solo la mitad de mí —apreté su mano antes de soltarla.

—¿Si le reto a un duelo al amanecer y me deshago de él?

—¿Le tirarías un guante a la cara por mí? —pregunté sin poder reprimir la sonrisa.

—Se me ocurren cosas mejores que un guante para darle en la cara, la verdad —se burló ganándose un manotazo en el pecho—. Canija, solo quiero que estés segura de dónde te metes. Él no parece de los que...

—Alex, no pretendo ser la afortunada que consiga cambiar al chico malo de la peli —aclaré mostrando una gran seguridad—, sobre todo porque no pienso que Jorge tenga madera de chico malo en realidad. Estoy segura de que siente mucho más que tú y yo juntos —eso es algo a lo que le había dado muchas vueltas durante las vacaciones, a que su actitud esquiva nacía del puro temor a necesitar a alguien—, pero creo que aprendió a reprimir sus sentimientos cuando creyó que tenerlos solo le haría más daño. Y créeme, Jorge ya está sufriendo mucho por amor —añadí pensando en Rori y su situación.

—Puede que ya supiera que no tenía posibilidades, pero me negaba a no intentarlo —se encogió de hombros—. De todos modos habría sido difícil, y nuestra relación

siempre fue bastante frágil por culpa de mis cargas.

—Creo que el hecho de que me encontrase un poco perdida por aquel entonces tampoco ayudó demasiado...

—En realidad solo dejó más claras nuestras carencias —puntualizó pasándose una mano por la mandíbula—. Voy a volver a Chicago.

—¿Qué?! —me sobresalté—. ¿Eso no tendrá nada que ver con esta conversación, verdad?

—Tranquila, Lucía. No me voy huyendo de ti —sonrió poniendo una mano sobre mi hombro—. Me voy porque me gusta mucho más lo que hago allí, y ahora que...

Bueno, que nada me retiene aquí, creo que va a ser positivo para mí el cambio de aires.

—¿Cuándo te vas? ¿Lo saben los demás? —lo interrogué con nerviosismo.

—No me voy para no volver. Voy a invertir los papeles, nada más. Hasta ahora vivía aquí y viajaba allí a menudo. Ahora será al contrario. Mi casa estará allí, pero vendré cada poco. No creas que te vas a librar tan fácilmente de mí —bromeó buscando relajar mi expresión preocupada.

—Siento que todo saliera mal.

—Nada ha salido mal. No puede haber salido mal si tú eres más feliz ahora.

¿Tenía que ser jodidamente encantador justo en ese momento? Fue mucho más fácil cuando se comportaba como un celoso patológico.

—¿Me abrazas una vez más? —pedí sin pensar antes de acercarme a su cuerpo.

Me apretó con fuerza contra él, dejando un beso en mi cabeza, y agradecí que mantuviera sus manos alejadas de mi nuca. La sensación de calma era arrolladora.

—Fue bonito, ¿verdad? Al menos durante algún tiempo —susurró contra mi pelo.

—Fue precioso —alcé la cara para mirarlo.

—Prométeme que siempre te acordarás de eso, de lo bueno —exigió con dulzura apartándome el pelo de la cara.

—Te prometo que solo recordaré al Alex de verdad.

—No vamos a ser amigos.

Fue una afirmación, no una pregunta, y aunque me dolió escucharlo, sabía que tenía razón. Entre nosotros habían pasado demasiadas cosas como para ignorarlas y quedar una vez por semana a tomar café. Bastante diplomático estaba siendo todo ya.

—No creo que sea una posibilidad muy realista.

Tendríamos una relación cordial cuando coincidiéramos, de eso estaba segura, pero era absurdo pensar que nos desarrolláramos en una dinámica que no se nos había dado bien ni cuando fuimos pareja. Fuimos o todo, o nada, y ahora tocaba asumir que nada era al punto al que debíamos regresar.

—Sabes que te seguiré queriendo.

—Creo que cuando quieras de verdad, te olvidarás enseguida de mí —dije sin darme cuenta de que reconocía lo que yo misma había experimentado respecto a él.

—Lucía Montaner, no creo que seas muy fácil de olvidar.

Un remolino de recuerdos pasó por mi mente. Desde la primera vez que nuestros ojos se encontraron, que su mano sujetó mi nuca, que mis piernas temblaron con su presencia, que me entumeció los sentidos y anuló mi voluntad con su magnetismo, hasta aquel preciso momento. Todos ellos permanecerían guardados en algún rincón de mi cerebro, porque en mi corazón, no había sitio para ellos. Quizá nunca lo hubo.

—Mejor no pregunto —la voz de Adriana llenó la estancia—. Al final no te habría ido ni tan mal con el autoservicio de abrazos.

—Muy graciosa, Adri —murmuré riendo y separándome de Alex.

Javi y Rubén la acompañaban. Solo unos segundos después, Vanesa entró disculpándose por el retraso.

—Os he reunido porque me gustaría vuestra opinión sobre la distribución y el mobiliario —explicó Adriana.

—¿Nos vas a poner a revisar un millón de catálogos? —protestó Rubén.

—La verdad es que ya lo tengo todo elegido —afirmó ella con su cara de ordeno y mando.

—¿Entonces qué hacemos aquí? —replicó él intrigado.

—Pues darme la razón, coño. ¡Qué vais a hacer!

Estallamos en carcajadas al unísono.

A todos nos encantó la detallada propuesta que tenía preparada. Había pensado hasta en la carta de vinos que pensaba ofrecer. No debería haberme extrañado, sabía perfectamente cuánto tiempo llevaba fraguándose en su cabeza cada detalle de lo que iba a conseguir dentro de aquellas paredes.

—Nosotros nos vamos ya —anunció Javi después de un largo debate sobre interiorismo—. Nos vemos en casa.

Pasó al lado de Adri sin darle ni un beso de despedida.

—¿Javi está bien? —cuestioné una vez que desaparecieron—. Parece un poco...

—Últimamente está rarísimo —sentenció Adriana con la mirada todavía fija en el lugar por donde había salido su chico—. No sé qué pensar, pero de un tiempo a esta parte, actúa de un modo extraño.

—¿Extraño en qué sentido? —Vanesa la instó a profundizar en el tema.

—Raro. Raro de un poco distante. Raro de que cuando quedamos con Mario y Marta solo hace que mirarlos a ellos y al niño como un tonto, y cuando le pregunto si ha cambiado de opinión sobre querer hijos, evita el tema. Está raro de cojones.

La suerte que habían tenido Javi y Adri era que, aparte de adorarse y ser compatibles en un millón de sentidos, los dos siempre habían tenido claro que no querían hijos, incluso mucho antes de conocerse.

—Puede que esté agobiado con cosas de trabajo —la animó con un apretón cariñoso—. Estas últimas semanas han sido un poco locas, y ahora con lo del restaurante...

—Me da miedo que sea por eso, por esto —confesó Adriana mirando a su alrededor—. Lo de hoy de juntaros a todos ha sido una gilipollez, pero quiero que sienta que es parte de todo, que no está excluido porque sea algo nuestro —razonó mirándose con impotencia—. Aunque puede que se haya cansado de mí y de mi irreverente carácter de mierda.

Creo que esa fue la primera vez en la vida que Adri me dio la impresión de ser frágil, y esa imagen no me gustaba para nada. Ella era un vendaval que amenazaba con arrastrarnos a todos detrás. Tenía sus momentos, como cualquiera, pero jamás se había sentido insegura ante nada ni ante nadie. No era una blanda sentimental como yo. Ni una dulce vergonzosa como Vanesa. ¡Era Adriana, leche! Era valiente y fuerte. De las que te perdonan la vida con una mirada.

—¡Venga ya, Adri! Javi esta loquito por ti desde la primera vez que te vio, eso lo sabemos todos —le recordé dándole un golpe en el hombro—. No te rayes.

—Si en casa todo va bien, no tienes nada de qué preocuparte —añadió Vanesa sonrojándose.

El rubor en sus mejillas reveló a qué se refería realmente con aquel “En casa”.

—Ah, sí, sí —contestó Adriana recuperando la sonrisa pícaro—. Las ganas de follar es lo único que parece que no ha cambiado en él. De hecho ayer mientras estábamos haciendo la compra de la semana, acabamos escondidos en la sección de...

—¡Adriana, joder! Quiero seguir yendo a comprar sin necesidad de pensar si tu culo ha estado cerca de mis cereales —le recriminé mientras Vanesa hacía como que se tapaba los oídos.

—Somos más de la sección de jardinería —me corrigió haciendo que pusiera los ojos en blanco—. Que tú estés poco explícita con lo que pasó entre tú y Jorge el otro día, no quiere decir que yo no pueda compartir mis maravillosas experiencias sexuales.

—Pero mira que eres golfa...

—Eso lo dice la que estaba abrazando a Alex cuando hemos entrado —contraatacó con sorna—. Sigo pensando que en esa cabeza lujuriosa se está fraguando algo gordo —añadió paseando su dedo índice por mi cara.

—No flipes —le advertí apartándola de un manotazo—. Nos estábamos despidiendo.

—Últimamente lo de despedirte... lo estás convirtiendo en deporte —se burló con soberbia—. ¿Con este también te vas a bajar las bragas para “despedirte”?

La fulminé con la mirada, pero no pareció importarle demasiado, al contrario, se descojonó en mi cara.

—¿Eso es que ya vas a dejar de castigar a Jorge? —preguntó Van evitando que nos enzarzásemos en una pelea verbal.

—¿Quién ha dicho que lo esté castigando? —cuestioné con cierta beligerancia.

—Nena, no insultes nuestra capacidad de observación, ni tu pulida habilidad de tocar los cojones nivel experto —rio Adriana con ironía—. Apuesto a que lo tienes colmadito de desplantes.

Abrí los ojos desmesuradamente, forzando una mueca imposible de mujer ofendida. Sí, era una cabrona cuando quería y con Jorge lo estaba siendo, pero ellas eran mis amigas, ¡se supone que somos una piña y todas esas mierdas a lo *Sailor Moon*!

—Lucy, por favor —intervino Vanesa de nuevo—. El otro día en tu despacho creí que al pobre le iba a explotar la vena del cuello.

—Os habéis olvidado muy rápido de que fue él quien salió pitando cuando la cosa se puso seria —me defendí contrariada por cómo se ponían de su parte.

—Eres tú la que te estás olvidando demasiado despacio, *chiqui* —apuntó Van con tono reprobatorio—. Rubén dice que lo ha pasado fatal mientras has estado fuera.

—Claro, porque yo lo pasé teta la semana antes de irnos de vacaciones, o recorriéndome medio mundo para dejarlo atrás...

—¿Y tú cuando has hablado con Rubén? —preguntó Adriana con cierta picardía—. ¿Ha habido una jornada de puertas abiertas por ahí abajo y no nos lo has contado? —dijo mirando con descaró a su empresaria.

—Pero mira que eres burra, Adriana —se quejó avergonzada.

—Esta sigue en huelga sexual, nena —apunté yo encantada del giro en la conversación—. El otro día el informático intentó ligar con ella, y la muy boba salió pitando.

—¡Es un crío, Lucía!

—Te repites más que el ajo, y resultas menos creíble que la Inmaculada Concepción.

—¿Mayor de edad? —dijo Adri mirándome a mí. Asentí—. Follable —afirmó categórica—. ¿Está bueno?

—Es monísimo. Y lo reconozca o no, le encanta —respondí mirando a Vanesa y retándola a que lo negara.

—¡¿Pero tú sabes el empeño que le ponen los yogurines a todo?! —exclamó Adriana exagerando.

—Este no llega ni a yogur. Es un *petit suisse*, ¡como mucho! —alegó la afectada.

—Déjate de historias, Van. ¿Por qué no quedas con él? El pobre se llevó un disgusto el otro día cuando llegó a mi casa y no estabas —hice un falso puchero provocándola.

—¡¿Pero cómo voy a quedar con él?!

—No te preocupes, yo hago de cacahuete —anuncié orgullosa.

—Se dice alcahueta, Lucy —me corrigió.

—Eso suena a vieja de cara arrugada que no se ha comido un colín en la vida —negué con cierta repugnancia—. Yo prefiero cacahuete, que suena más a compañía perfecta para una caña.

—Tú no estás bien... No pienso llevarlo a mi casa.

—¡Pues en la suya! —voceó Adriana clamando al cielo por tanta pega.

—Ese vive con sus padres casi fijo —advirtió Vanesa con seguridad.

—Bueno, os dejo la mía —ofrecí intentando que se le acabasen las excusas.

—¡Pero qué dices! ¡Que podemos quedar en un restaurante! —protestó—. Aunque si le dejo elegir, igual me lleva al burger de su barrio...

—Calla, que tengo que concentrarme para mandarle un mensaje al *petit*.

«Deseo concedido, Rodri. Cena esta noche en mi casa. Ponte los calzoncillos de chico mayor que voy a cambiar las sabanas»

Tal y como imaginaba, la respuesta no se hizo esperar. Si es que Ricitos de Oro los vuelve loquitos...

«Una pena no ser Rodri»

—¡Noooooooooooooooooooo! —grité con una cara que recordaba preocupantemente a *El grito* de Munch—. ¡Le he mandado el mensaje a Jorge!

A quién no le ha pasado... Escribir ese mensaje con cierta maldad criticando a alguien y enviárselo justo a esa persona. O cagarla mandándole a tu madre uno con mucha más información sobre tus zonas íntimas y sus usos y aficiones de la que debería conocer. O mi favorito, el informe post cita para tu amiga que le mandas al tío de la cita en cuestión. Bienvenidos al mundo de Lucía y sus meteduras de pata.

—¿A ver qué le has puesto? No será para tanto.

Se estiraron las dos sobre el móvil.

—¡Mi niña todo lo hace a lo grande, hasta cagarla! —rio Adriana.

—¡Pero que no me pienso acostar con él! —reclamó Vanesa ofendida por mi descarado mensaje.

—Mira, bonita. Después de la que acabo de liar, ya puedes aprovechar la noche.

—No es para tanto. Explícale lo que ha pasado.

El caso es que la bombilla de perra de Satán volvió a encenderse dentro de mí. ¿Que Jorge se pensaba que esa noche tenía una cita e iba a acabarla en mi cama? Pues que pensase lo que quisiera. Yo me había pasado meses dudando si él seguía cepillándose a Sonia y/o Selena, entre otras, y no había tenido la consideración de aclararme que no era así.

—Soy una mujer libre y sin compromisos. Que piense lo que quiera.

—Ya estamos en modo castigadora otra vez...

Lo teníamos todo organizado. Adriana había preparado la cena, yo me había encargado de darle un toque romántico al salón, y Vanesa había decidido, para nuestra absoluta estupefacción, ponerse un palabra de honor bastante corto.

—Está todo en la cocina, Van —señaló Adri recogiendo su bolso—. Hazme el favor de no desperdiciar esos manjares, pero si algo tiene que quedarse sin probar hoy, que no sea esto —dijo alargando el bolso hasta el punto donde se juntaban sus piernas.

—¡Queréis dejar de mirarme así! —gruñó tirando del escote de su vestido hacia arriba.

—¿Pero qué haces?! —la reprendí apartando sus manos y colocando las mías bajo sus tetitas perfectas—. ¡Con ellas al cielo! —voceé empujando con las manos hacia arriba.

—Lucía, por favor. Que son mis pechos, no la Virgen del Rocío.

—Ya le gustaría a tus tetas tener tantas atenciones como la Virgen del Rocío —sentencié entre risas.

—Tú a callar —ordenó Adriana tirándole del bajo hacia arriba.

El timbre de casa impidió que siguiéramos avergonzándola.

Abri mientras Vanesa intentaba tapar toda la piel que Adriana y yo habíamos sacado a relucir. Rodri esperaba al otro lado de la puerta con una botella de vino en la mano. Llevaba el pelo tan desordenado como el día que lo conocimos, pero en lugar de una camiseta, se había puesto una camisa muy de su rollo. La verdad que con los pitillo le quedaba genial, y dejaba intuir que, bajo la tela, había un delgado pero fibroso cuerpo.

—Pasa, Rodri —le invité—. Nosotras ya nos íbamos. Tenemos un montón de cosas que solucionar para la inauguración del lunes.

—¿Qué inauguración? —preguntó sin poder apartar los ojos de Vanesa.

—El lunes por la noche vamos a hacer una pequeña fiestecita para inaugurar el estudio —comenté casi saliendo por la puerta—. Espero que te pases por allí.

Le guiñé un ojo, y Adriana y yo salimos aceleradas.

—¿Y tú qué piensas hacer ahora? —dijo mi amiga ya en el ascensor—. Podías ir a aclarar las cosas con Jorge... Invitarlo a la inauguración...

Eso, gracias a años de experiencia como traductora consumada de la cuidada sutileza de Adriana cuando sabe que no tengo el chichi para farolillos, quería decir en realidad, “Nena, tú necesitas que te ponga mirando al Miguelete”.

Asimilada su intención de que Jorge me quitase la tontería empotrándome contra cualquier tipo de superficie, y obligándome a mí misma a creer que eso no era exactamente lo que necesitaba después de mi cagadita telefónica, respiré antes de contestar.

—Estoy más por la labor de tirarme en tu sofá a ver una peli con una bolsa enorme de chucherías de esas que guardáis en el tercer armario de la cocina —respondí intentando que mi amiga no se diera cuenta de que era justo a Jorge y a cómo se habría tomado el mensaje a lo que estaba dándole vueltas.

—¿No piensas perdonarlo? ¿Crees que esas piernas podrán mantenerse cerradas mucho tiempo cuando lo tengas cerca? No me hagas reír, zorríta cabezona.

Su expresión decía que no estaba para evasivas de medio pelo.

—No creo que siga enfadada. No después de lo del otro día. Pero creo que todavía no estoy preparada para confiar en él —reconocí intentando zanjar el tema.

—¿Por qué no le dices eso mismo y te dejas de intrigas?

—Porque sigo esperando que salga de él. Que encuentre la manera de demostrarme que sí puedo hacerlo.

Huí del ascensor dejando a mi amiga atrás. Realmente no tenía ningunas ganas de hablar de todo aquello en ese momento. De mi miedo a volver a dejar a Jorge entrar, para acabar esperando verlo salir.

—Nena, deberías hablar claro con él. Déjate de atraerlo y apartarlo, porque será él quien acabe por no confiar en ti. Además, creo que podrías descubrir que es mucho mejor que tú tolerando la competencia... —argumentó al alcanzarme.

—¿Qué coño quieres decir? —me volví exigiéndole una explicación.

—Quiero decir que si pretendes jugar la estúpida baza de los celos, asegúrate de que tú podrías soportar que él hiciera lo mismo sin abalanzarte sobre la carótida de nadie.

Me paré en seco y, con cara de me estás tocando la tecla, bonita, miré a mi amiga a los ojos.

—¿Te vas a poner tú también en plan cacahuete para que me lance a sus brazos?

Sabiendo que tenía la batalla ganada, porque ya había conseguido justo lo que quería, que era que me hirviera la sangre pensando en que Jorge tuviera una cita y no fuera conmigo, sonrió satisfecha antes de ocultar su victoria tras una máscara de indiferencia.

—Vale, ya cierro el pico. Además, siempre he sido más de pistachos.

—¡Me cago hasta en el barco de Chanquete! —grité al darle una patada con el dedo meñique a la pata de la cama.

Corretea por la habitación acelerada, intentando terminar de prepararme a tiempo para la inauguración. Sabía que tenía que haber hecho caso a mi lado previsor y haberme llevado las cosas para arreglarme al despacho, pero me pareció un coñazo acicalarme allí, lejos de la familiaridad de mi cuarto de baño y sus cajones repletos con los “Hace un año que no te uso, pero mira, justo hoy te me has antojado”.

Terminé de maquillarme a toda prisa, marqué un poco más un par de ondas con las planchas en mi melena apartada sobre un hombro, y descolgué el vestido. Era muy sencillo si lo veías de frente, un discreto diseño en sedosa tela gris con manga francesa. Sin embargo, al girar mi cuello para observar la parte trasera, el espejo de cuerpo entero me devolvió la imagen de mi espalda apenas cubierta por una capa de fino y delicado tul estampado. Elegante pero atrevido, ese vestido me hacía sentirme tal y como pretendía mostrarme.

Me subí a los preciosos zapatos de charol negro, guardé el labial de Too Faced en el bolsillo de la cartera de mano en forma de sobre, y salí por la puerta prometiéndome a mí misma que, por una vez, no me quejaría del estilo de conducción kamikaze del taxista, si con ello conseguía no llegar la última a mi fiesta.

Llegué a tiempo de ver a Adriana dando órdenes a la pareja de camareros que Javi había puesto a nuestra disposición. Del picoteo se había encargado ella, por supuesto. Había desplegado todo su talento en lo que consideraba un gancho para dar a conocer qué podrían esperar del nuevo restaurante, y a mí me pareció una gran idea de marketing. Allí habría muchos clientes potenciales.

Dejé el bolso en mi despacho y me apresuré a colocarme junto a Vanesa para dar la bienvenida a los invitados a su entrada. Después de la carrera, había conseguido llegar en hora.

—Hola, Elena —saludé a la madre de Alex tocando nuestras mejillas—. Estás ideal.

Era bastante gracioso ver a aquellas mujeres vestidas con modelos que yo misma les había elegido, aunque no fuese para ese día en concreto. Estaba consiguiendo que, teniendo un amplio ropero, ellas mismas decidieran qué les apetecía más enfundarse en cada momento. Una cosa era ser su estilista, y otra su madre.

—Lucía, querida, tú deslumbras, como siempre —me sonrió con total sinceridad cogiendo una copa de champán—. Alex me ha pedido que te desee lo mejor de su parte. Está en Chicago, ultimando el traslado —le devolví el gesto, preguntándome hasta dónde estaba ella enterada de nuestra historia. No tardó en responder a mis dudas—. Serás la nuera que siempre lamentaré no haber apoyado.

Se fue antes de que pudiera contestarle o cerrar del todo la boca.

Después de ella llegaron más saludos. Más elogios. Más felicitaciones. Lo único que no llegaba, y yo ansiaba desesperadamente ver allí, era Jorge.

Puede que Adriana tuviese razón, que esperarlo y echarlo constantemente de mi vida no fuera la estrategia para conseguir confiar en él. Eso lo acabaría cansando. Al fin y al cabo, le exigía que luchase por mí, pero si lo hacía lo rechazaba con alguna fresca. Si o no, pero no ahora sí, ahora no.

La elección de mi ropa interior ya decía bastante al respecto, aunque empezaba a temer no poder invitarlo a tomar una copa cuando acabase la fiesta para que lo averiguase. Era una estupidez, pero soy de las que piensa que en momentos importantes, no hay nada que dé más seguridad que estrenar braguitas, y si había unas que pudieran traerme suerte, estaba segura de que serían esas.

Vanesa se desenvolvía a la perfección en aquel ambiente, al igual que Adriana. Yo en ciertos momentos me sentía una extraña entre tanta parafernalia, por eso me resultó más que agradable ver que caras que no conocía, y que no parecían salidas de *Hola*, se habían acercado hasta allí. Las saludé una por una, explicándoles en qué consistían nuestros servicios y esforzándome por dejar claro que no me interesaba únicamente vestir a la flor y nata valenciana, que era tan partidaria del *Low Cost* como la que más, y que nuestras puertas estaban abiertas para orientar a cualquier tipo de persona fueran cuales fuesen sus necesidades.

—Pareces distraída y expectante —susurró Adriana en mi oído con toda la intención—. No estarás esperando a alguien, por casualidad.

—Sí, mira, a Javi y a Rubén —contesté apartándola al verlos entrar por la puerta—. Voy a saludar a mis invitados recién llegados —anuncié con intención de largarme.

—A mí no me engañas, zorrilla mentirosa —me cogió por el brazo para mantenerme a su lado con una sonrisa que decía que iba a iluminarme con alguna de sus verdades irrefutables—. Te has puesto un vestido de polvo rápido.

—¿Qué tipo de vestido es ese? Lléname con tu sabiduría, oh gran gurú de la moda —me burlé haciendo una reverencia de admiración.

—De los cortos y ligeros. De los que se suben con facilidad hasta las caderas. De los de niña buena con sorpresa —rio deslizándome ligeramente el dobladillo del vestido por el muslo justo de la misma forma que deseaba que lo hiciera Jorge. *Jodía* sabionda—. De los de fóllame rapidito y bien que no se va a enterar nadie, modosita de pega. Menos mal que, con el calor que hace, no te puedes poner medias sin morir calcinada, lo vas a matar por pérdida de la voluntad y concentración de esta en la polla en cuanto te vea.

—¿Esa es tu delicada forma de decirme que estoy increíble? —le di un golpe sobre el dorso de la mano para que la apartase de mi pierna.

—Esa es mi innegablemente realista forma de decirte que estás de infarto, nena —dio un toque con su cadera sobre la mía antes de continuar—. Y de recordarte qué es lo que quieres y por qué deberías dejar de negártelo.

Se perdió entre la gente en busca de los chicos, y yo, acordándome de su señora madre y la perspicacia con la que había parido a la criatura, fui hacia mi otra amiga.

—¿Todo bien, Van? —cuestioné observando sus manos inquietas pasándose la copa de una a otra.

—Sí —respondió sin mucha convicción. Arrugué los ojos para presionarla—. Vale, no. Es que esperaba que Rodri viniese, pero...

—Bueno, puede que todo este rollo no vaya con él. Puede que prefiera un encuentro más tranquilo —intenté justificar su ausencia pensando que ese no debía ser un ambiente muy divertido para él, cuando apenas lo era para mí—. De todos modos, estoy segura de que si le pides que venga, lo hará. Si el otro día no se quejó porque lo mandarás a casa después de la cena y aún así te pidió volver a verte, eso es que le gustas —y como la conversación con Adriana había dejado mucha maldad en mí, no pude evitar apaciguar mi ánimo a costa de la vergüenza de mi amiga—. O puede que el pobre todavía esté intentando aliviarse el dolor de huevos con el que lo despachaste...

—¡Lucía! —rugió asesinándome con la mirada

—No te quejes. He dicho aliviándose y no matándose a pajas —reí sin control al ver su cabeza moverse de un lado a otro para asegurarse de que nadie nos escuchaba—. Llámalo, anda. Vendrá si se lo pides.

—¿Y si no lo hace? —dudó tímida.

—¿Qué será lo peor que habrás perdido? —la interrogué con evidente optimismo—. Recuerda, melenas al viento...

—Y a vivir el momento.

—Pues eso, deja de darle tantas vueltas a todo —empujé su mano para acercarle la copa a los labios—. Puede que no sea el hombre de tu vida, pero podría ser el mejor polvo de ella.

Apuré mi copa y, posándola sobre una bandeja de camino al despacho, me dirigí a poner en práctica mis palabras.

No pude evitar la sonrisa al sacar el móvil y ver que tenía un mensaje de Jorge, aunque se me borró enseguida al leerlo. No pensaba venir.

«Espero que la inauguración sea tan grata como deseas y mereces»

¿Cómo? ¡Será capullo estirado!, pensé. ¿Qué iba a hacer ahora? ¿Pedirle que apareciese cuando había mostrado claramente su intención de no hacerlo? ¿Pero qué basura de mensaje era ese? Si no parecía ni él. Solo me faltaba la puta cesta de frutas para que fuera algo totalmente impersonal. ¡A la mierda Jorge!

Salí del despacho sin poder ocultar mi crispación. Por lo menos lo había leído a tiempo de haber disfrutado un rato de todo aquello. Si lo hubiera hecho a la hora que lo había mandado...

María pasó a mi lado y no pudo disimular su asombro cuando respondí con un gruñido a su elogio a mi pelo. Viniendo de una peluquera eso es algo de agradecer, Lucía. Bájate un poquito esos humos.

Me estaba agobiando la gente. El sentirme rodeada. Necesitaba aire suficiente para respirar sin tener que pelear por él. Me planteé salir a la calle, pero en las mesas altas instaladas en la puerta también había demasiada gente. Caminé en sentido contrario, en busca de una copa. El vino apaciguaría mis ánimos, o por lo menos relajaría mi expresión.

Me bebí la primera casi de un trago, mientras Ana me hablaba de cómo se desenvolvía Alina en su nueva vida. Con la segunda empecé a prestarle más atención.

Casi media hora después, me sentía atontada por el alcohol pero de mucho mejor humor. Un gesto de puro deseo en la cara de la mujer con la que hablaba, me confirmó lo que todo mi cuerpo estaba sintiendo pese a estar de espaldas a la entrada, Jorge había llegado. No solo había llegado, había robado la atención de todas las féminas, dificultándome de nuevo la tarea de mantener a raya mis emociones. Podía notar sus ojos fijos en mi espalda. En mi trasero. Me quemaban paseándose por mi cuerpo.

Me armé de valor para enfrentarme a su presencia, respirando hondo unas cuantas veces y volviéndome a una velocidad lo suficientemente lenta como para que mis ojos se acostumbraran a su cuerpo poco a poco.

Lo encontré de espaldas, saludando a mis amigas con unos besos que me provocaron deseos irrefrenables de partir piernas. Avanzó repartiendo medias sonrisas aquí y allá, y atrayendo muchas miradas deseosas de probar lo que aquellos pantalones de vestir y aquella camisa escondían debajo.

Se estaba asegurando muy mucho de que sus manos rozasen insinuantemente los cuerpos de cualquier mujer a la que saludase, sabiendo que mis ojos lo estarían vigilando. ¡Puto Jorge! Y maldita Adriana, ¡qué leches! Ella lo había visto venir. Sería yo la que no soportaría el juego de los celos.

Parada en medio de aquel laberinto de cuerpos que nos separaban, vi cómo alcanzaba una de las paredes y se giraba con calma, apoyando su hombro en ella, para regalarme una sonrisa mientras alzaba la copa en mi dirección.

Podría haberla soportado si fuera la misma con la que obsequiaba a las demás mientras lo idolatraban. Pero no. Aquella la reservaba solo para mí. LA SONRISA había aparecido, y mi raciocinio se había esfumado al leer la provocación en la comisura de sus labios al elevarse.

Sentí cómo cada una de mis terminaciones nerviosas exigía sus manos. Cómo una descarga que apenas fui capaz de soportar me sacudió de la cabeza a los pies y, para mi desgracia, me hizo perder durante una fracción de segundo la fuerza en las piernas, provocando que me tambalease. Aunque mi turbación fue casi imperceptible, el brillo soberbio en sus ojos me confirmó que él sí lo había notado.

Alcé mi copa en respuesta, temiendo hacerla estallar entre mis dedos por la fuerza con la que la sostenía, y me negué a corresponder a su sonrisa. No cuando sabía perfectamente lo que me estaba haciendo sentir. No pensaba ocultar mis ojos, pero no daría más muestras de que su juego me estaba haciendo rozar la histeria. Vas a tener que hacer mucho más que sonreírme para que me rinda a ti, pensé. Y como si me hubiera escuchado, se humedeció los labios mirando por encima de la copa con esos ojos que prometían de todo menos un misionero, mientras se apartaba el pelo de la cara con un gesto seductor.

Perdóname Ana porque no tienes la culpa de habernos regalado a un hombre que debería apellidarse deseo de primero y morbo de segundo, pero... ¡Menudo hijo de la gran puta! Eso era jugar muy muy sucio, casi tan sucio como lo que ofrecía su mirada atenta sobre mí, pero ni la mitad de sucio de lo que yo necesitaba de él en ese momento.

La copa estuvo a punto de deslizarse entre mis dedos. Fue la señal que necesité para huir hacia mi despacho. Tenía que tranquilizarme. Recuperar el ritmo de mi respiración, y conseguir que mis pulsaciones no hicieran creer que acababa de correr delante de un doberman de *Resident evil*.

Entorné la puerta a mi paso y fui directa a aferrarme al borde de la mesa para sostener mi cuerpo tembloroso. Dejé caer la cabeza hacia atrás exhalando con fuerza. Ilusa de mí, eso no me lo iba a sacar de dentro.

—Enhorabuena, señorita asesora de imagen.

La voz ronca y explícitamente sexual de Jorge llenó el despacho, obligándome a recuperar la compostura a marchas forzadas. Me giré a tiempo para verlo entrecerrar de nuevo la puerta tras de sí.

—Te ha quedado muy mono —señaló haciendo un escrutinio de todo lo que quedaba a la vista hasta llegar a su regalo, ya colgado—. Está claro que tienes buen gusto —añadió sonriéndole primero a la ilustración y luego a mis ojos vacilantes, después de haber encendido todo mi cuerpo arrastrando la mirada por él hasta alcanzarlos.

Mono tu padre, cretino presuntuoso, estuve a punto de contestarle, pero me reprimí sabiendo que solo continuaba con sus provocaciones para ver hasta dónde tenía que llegar para hacerme explotar.

—¿Se puede saber por qué te gusta tanto sacarme de quicio? —espeté sin poder soportar más aquella tensión.

—Porque cuanto más te cabreas, más sexy y jodidamente irresistible te pones —dijo un paso en mi dirección—, y más ganas me dan de follarte.

Se me fundieron los plomos. Así, tal cual. Me quedé sin energía para protestar y no tuve más remedio que apoyar mi culo en la mesa para no caer a sus pies. Oh dios del sexo, he aquí tu fiel servidora... Alabanzas de rodillas mentalmente incluidas en la escena.

—Mi turno para preguntar —dijo avanzando hacia mí, obligándome a enderezarme para mostrarme un poco menos impresionable—. ¿Se puede saber qué tal tu cena del otro día?

El aliento que necesitaba me lo dio aquella pregunta. Me erguí orgullosa y caminé moviendo las caderas hasta colocarme detrás del escritorio.

—Muy bien, gracias —sonreí con arrogancia—. Qué te voy a contar de la juventud y su arrebatador vigor...

Vale, lo había hecho. Había insinuado claramente que me había cepillado a Rodri y su reacción era... nula. Se mantenía imperturbable en su actitud chulesca. Odio al Jorge impasible y dispuesto a pasar sobre ti como una apisonadora.

—No hace falta que lo jures —me devolvió una sonrisa petulante haciendo que rememoraba algo.

Odié instantáneamente a quien quiera que fuese la protagonista de aquel recuerdo. Cuando estaba a punto de dejarme llevar por la ira, comenzó a desabotonarse la

camisa.

—¿Qué coño haces?! —bramé sin poder apartar los ojos de la parte de su pecho que estaba quedando al descubierto.

—Quitármela —confirmó bordeando la mesa buscándome, mientras retrocedía abrumada ante su avance—. He venido a asegurarme de que la inauguración sea tan grata como deseas y mereces, ya te lo dije —explicó guiñándome un ojo. Solo entonces entendí su mensaje y el juego que había empezado con él—. Y de paso, vamos a hacer un estudio sociológico sobre calidad y edad.

En algún punto de aquel discurso mis piernas se habían amotinado en mi contra, negándose a obedecerme, y estaba inmóvil viendo cómo las manos de Jorge desabrochaban el último botón sacándose la camisa de los pantalones.

Unas risas estridentes procedentes del exterior llamaron la atención de ambos hacia la puerta todavía ligeramente abierta.

—¿Te has vuelto loco?! —le reproché sin poder dejar de mirar su torso desnudo.

—Tienes razón —reconoció volviéndose de camino a la salida—. Perdona mi falta de decoro —sonrió con pillería, dejando claro que estaba riéndose de mí.

—Quítate de la cara esa maldita sonrisa —exigí a su espalda.

El click indicó que la había empujado lo suficiente como para cerrarla, y regresó sobre sus pasos. Eso me dio tiempo a asimilar qué estaba pasando, y reunir todas mis fuerzas para resistirme. Aún así, mi cuerpo seguía decidido a luchar por sus propios intereses, y no se apartó ni un milímetro esperándolo. ¡Maldito traidor!

—¿Te has dado un golpe en la cabeza? Ni sueñes que vas a tocarme —afirmé sin creer en mis propias palabras.

—Vamos a ver, chica de ciencias —dijo al llegar a mi altura—. Regla de tres sencilla. Cuanto más te haces la dura, más dura se me pone a mí, así que encantado de que me lo pongas cuanto más difícil, mejor.

Sus manos se posaron en mis caderas sobre la suave tela del vestido y, pese a eso, pude sentir su calor. Su respuesta ante el tacto de mi ropa interior bajo el vestido fue tensar la mandíbula y acercarme un poco más a él para oler mi cuello. Gimió, y tuve que apretar los muslos para no deshacerme allí mismo.

Retrocedí para alejar nuestras cabezas, pero sin obligarlo a soltarme. La sola idea de que dejase de tocarme, me atormentaba más que la perspectiva de que me pillasen en pelotas en mi despacho el día que lo estrenaba.

—Si te crees que puedes venir aquí y hacer conmigo lo que te dé la gana, estás muy equivocado, porque perdona pero...

—Shhh —me cerró la boca con un dedo obligándome a dejar mi reproche a medias—. No he venido a hacer lo que me dé la gana a mí, *rubia*. Quiero hacer lo que tú me pidas que haga, pero si admites una sugerencia, me encantaría inaugurar contigo este despacho, y que cada vez que vengas a trabajar, te acuerdes de cómo te he follado sobre la mesa —deslizó suavemente la tela de mi vestido hacia arriba sin llegar a dejar nada a la vista—, porque lo de hoy no va a ser hacer el amor, nena —apretó sus dedos sobre mi trasero—. Me haces perder la razón con solo rozarte y me pones como un animal hambriento. Este vestido es más de lo que puedo soportar —añadió subiéndome una mano por mi costado hasta acariciarme un pecho, que lo saludó firme.

En un movimiento ágil me giró, posando sus labios sobre mi nuca, dejando un reguero de besos descendentes sobre mi espalda prácticamente desnuda. Sentí el calambre desde la espina dorsal, subiéndome por la columna al ritmo de sus labios, que ahora iban en sentido ascendente.

—¿Y todo esto por la cena con Rodri? —pregunté sin darme cuenta de que mis palabras se entrecortaban por ronroneos de placer.

—No, nena. Esto no tiene nada que ver con tus cenas y tus ramos de flores —respondió acariciando mi cuello con su nariz—. No me importa con quién te acuestes.

¿Perdona? Mi reacción fue apartarme de su alcance. Detectó al instante mi rechazo y me movió para volver a estar de frente uno al otro.

—No me he expresado bien —se disculpó tirando de mi cuerpo y exigiendo mi mirada—. Sí me importa. Más bien me molesta extremadamente —sus ojos decían “Me jode más que nada en el mundo”— que otras manos te toquen —suspiró apoyando su frente en la mía—. Siempre vas a ser mi Lucía, pero no tengo derecho a reprocharte nada —lamentó visiblemente contrariado—. No voy a cortarte las alas que yo mismo te regalé, nena. Nunca lo haré. Si lo que quieres es acostarte con el informático, el médico, o el butanero, juro que me tragaré cualquier reproche sabiendo que pude haberlo evitado estando a la altura de tus expectativas cuando tuve la oportunidad en el pasado —me besó la nariz con ternura y me derretí tanto por su gesto como por sus palabras—. No te puedo pedir que me seas fiel cuando ni siquiera aceptas tener algo conmigo, pero sabes tan bien como yo que esto, que lo que tú y yo sentimos, es más, mucho más que nada que podamos encontrar en otra parte. Tú y yo somos más y mejor, nena. Siempre mejor.

Asentí desarmada por sus argumentos y dejé de poner diques a mi necesidad de él. Sin haber mandado órdenes a mis músculos, me descubrí estirándome para besarlos mientras mis manos buscaban su cintura desnuda.

Volvió a pasar otra vez. Esa forma de sentir sus besos de otra manera. Más adentro. Más profundos. Solo nuestros. De hacer sus labios míos. De devorarnos la boca con desesperación. De exigirle al otro que se entregase por completo.

—Dime que no quieres y pararé —dijo separándose apenas unos milímetros—. Nunca querré nada que no quieras darme.

—No quiero —intenté decir, pero lo dije con la boca tan pequeña, que ni yo misma pude entenderme, así que dejé de engañarme—. Quiero —afirmé tajante.

Lo que realmente quería era más de él, de eso. Lo quería todo, pero seguía sin estar segura de dar ese paso.

Podía notar cómo los pezones me traicionaban bajo la fina tela del vestido, arañando su pecho mientras sus manos se paseaban por mis muslos. Pequeños conspiradores...

—Joder, Lucía, ¿tengo que recurrir a ponerte cachonda para que me escuches? —me recriminó jadeante.

—Todavía no he decidido si voy a seguir escuchándote —respondí acariciando su pecho y su vientre—. Creo que deberías limitarte a hacer lo que sabes que sí quiero —terminé con mi mano alentando su erección sobre el pantalón.

—¿Tirarte encima de esta mesa y colarme entre tus piernas sería un buen comienzo? —preguntó con la mirada turbia y alzando la comisura izquierda.

Mi invitación fue tan clara, que sus manos me levantaron el vestido agarrándome el trasero antes de posarme sobre el escritorio. Elevé las caderas para ayudar a que me librara de la ropa interior, pero cuando la alcanzó...

—¿Qué cojones...? —bajó la mirada hasta mis braguitas —¡Me cago en la puta!

Eché la cabeza hacia atrás riendo enardecida por sus ojos divertidos.

—Esperaba que vinieras a quitármelas —me encogí de hombros ante su mirada de aprobación.

Justo cuando había decidido deshacerse de ellas, se escuchó el chasquido de la puerta al abrirse. Antes de que Vanesa entrara como un auténtico batallón de la segunda guerra mundial, empujé a Jorge debajo de la mesa e intenté alisar el vestido sobre mis piernas.

—*Chiqui*, ¡menos mal que te encuentro! —soltó sin haberse dado cuenta de qué estaba pasando allí dentro antes de su intromisión.

—Necesitaba un segundo de... —podía ver a Jorge observándome desde abajo, descamisado y tan apetecible, que lo único que deseaba era tirarme al suelo y revolcarme con él durante horas, pero...—, tranquilidad.

—¿A qué no sabes quién ha venido?

Lo tenía claro por la forma en la que lo había dicho. No necesitaba escuchar su nombre. El *petit* finalmente había aparecido.

—Vamos a por una copa de vino y me lo cuentas —pedí buscando la manera de salir de allí y de que Jorge dejase de devorarme con la mirada.

Me agarró un tobillo dejándome claro que no tenía intención de permitirme ir a ninguna parte.

—No, no. Siéntate que me va a dar algo si salgo ahí —dijo mi amiga tomando asiento enfrente de mí.

No me quedó más remedio que sentarme, pero lo hice lo suficientemente alejada de la mesa.

Jorge se encargó de solucionarlo al momento, tirando del sillón hasta prácticamente empotrarme contra él.

—¿Estás bien? —preguntó Vanesa extrañada por aquel movimiento tan brusco.

—Sí, sí. Es que me he resbalado —mentí buscando a Jorge para darle una patada.

No solo no lo encontré, sino que atrapó mi pie entre sus manos y comenzó a soltar la tira sobre mi tobillo para quitarme el zapato. Sentí cómo sus dedos incendiaban todo mi cuerpo. Sus yemas tibias rozaban mi piel. Sus labios se arrastraban dejando besos húmedos, demostrándome el poder que tenía sobre mí. A duras penas conseguí no poner los ojos en blanco perdiéndome en el deseo. Maldita sea, no podía mantener una conversación con Vanesa teniendo a Jorge entre las piernas martirizándome con sus caricias.

—Es guapísimo, ¿verdad?

Jorge ya se había deshecho de los dos zapatos y mimaba mis pies desnudos. Si normalmente no destaco por mi delicadeza, mientras me hacen cosquillas con los labios sobre las piernas, mi filtro desaparece por completo.

—La verdad es que el chico está para dejarle tenerte a cuatro patas un mes seguido.

Eso me costó un mordisco, y su consiguiente respingo sobre el sillón alarmando a mi amiga.

—¿Lucy?

—¿Por qué no salimos con la gente y así lo veo en directo? —prácticamente lo ordené, buscando escapar de la agonía de las manos y la boca de Jorge jugando conmigo.

—¡Me muero de vergüenza! —exclamó presa del pánico—. Si me dejaste tu casa para tener una cita con Rodri, también puedes aguantar un ratito más aquí hasta que me sienta con fuerzas para enfrentarme a él.

Mi torturador se apartó antes de que Vanesa hubiera terminado de hablar. Mierda. Me había pillado en mi pequeño embuste. El castigo fue un tremendo pellizco en el trasero, que seguramente me dejaría marca.

Aprovechando el bote que di —y que tenía la mitad del trabajo hecho antes de que apareciese Vanesa—, se hizo con mi ropa interior. Intenté juntar las rodillas para evitarlo, pero sus dedos volvieron a colocarse amenazantes en una de mis nalgas. Cedí a su voluntad, notando cómo las sacaba por mis tobillos.

—*Chiqui*, parece que tienes una pulga en el culo.

Me libré de justificarme un mensaje entrante en mi teléfono.

«Has perdido tus braguitas de Bob por mentirosa. O empiezas a portarte bien, o voy a hacer que te corras delante de Vanesa, y no queremos eso, verdad?»

—Tengo que contestar a esto —me disculpé tecleando rápidamente bajo la mirada cada vez más confusa de mi amiga.

«Adriana ven a sacarnos a Van y a mí del despacho y te juro que te limpio los baños de casa durante un mes»

Volví a centrar mi atención en la preciosa rubia que tenía enfrente. Sin las caricias de Jorge nublándome, era más sencillo pensar.

«Mal hecho, nena. Voy a tener que castigarte por haber escrito a alguien que no era yo»

Cerré las piernas con fuerza, pero sus manos se posaron en mis rodillas para separármelas. No lo pensé, le di un manotazo para que me soltase. Tenerme abierta de piernas justo delante de su cara, mientras intentaba mantener una conversación con mi amiga fácilmente escandalizable, era demasiado incluso para mí.

—Lucía, actúas muy raro. ¿Cuánto has bebido? —preguntó Vanesa preocupada.

Menos de lo que debería, visto lo visto.

La boca de Jorge subía alternando pequeños mordiscos en la cara interna de mis muslos, y notaba la piel de mi cara adquiriendo la tonalidad de mis labios burdeos.

—Van, de verdad que necesito un poco de aire —imploré con un susurro lastimero que, unido a los gimoteos que Jorge me estaba provocando al alcanzar mi sexo, pareció asustarla—. Rodri está loquito por ti, lo único que tienes que hacer es olvidarte de tus anteriores experiencias... ¡Ah, joder! —¡pero si me había metido un dedo delante de las narices de mi amiga!—. Olvidarte y dejarte llevar —intenté retomar el discurso agarrándome con fuerza al borde de la mesa—. Estoy segura de que es muy distinto a Alberto, a Rubén y... —tuve que pararme y poner toda mi fuerza de voluntad para no gruñir de placer cuando me asaltó con un segundo dedo—, por supuesto, a Gonzalo. Déjate de miedos y excusas y dale una oportunidad —Jorge se detuvo, y aproveché para ponerme en pie rápidamente escapando de él—. Si no quieres verlo ahora, vayamos a la calle un rato, pero por favor, salgamos del despacho.

—Está bien —respondió levantándose también—. Aunque creo que voy a ir a hablar con él y a dejar de ser tan pava.

—Me parece una idea mucho mejor —caminé esquivando la mesa para salir.

—*Chiqui*, estás descalza —señaló mis pies desnudos sobre el piso.

Maldije por tener que volver y recuperar mis zapatos de las garras de Jorge, pero me dispuse a enfrentarme a su negativa a dárme los con las escasas fuerzas que me quedaban.

—Deberías tomar nota de tus recomendaciones —dijo ofreciéndomelos en cuanto me agaché—. No me vendría nada mal que te dejases de miedos y excusas y me dieras una oportunidad.

Sus ojos suplicantes me llenaron de ternura. Me agaché aún más para colocarme los zapatos, y lo besé en los labios saboreando los restos de haberse chupado los dedos.

—Nos vemos cuando esto acabe. Tú y yo solos —ordené añadiendo un guiño coqueto.

Sonrió satisfecho, y volví a besarlo rápidamente antes de incorporarme y recoger el teléfono de la mesa.

—¿Preparada? —escruté a mi amiga que asintió decidida—. Pongamos en marcha entonces la operación hoy me tiro al *petit*.

—¡Lucíaaaaaaaaa! —se quejó antes de abrir la puerta.

—Vale, vale —levanté las manos en señal de rendición—. Pues si no te lo tiras tú, me lo tendré que tirar yo...

—¡Mantén tus zarpas de loba lejos de mi *petit*! —me amenazó a pesar de que sabía que solo la azuzaba para conseguir lo que quería.

—Danos una alegría a los tres y hazlo tú, nena.

Besé su mejilla y salimos del despacho dejando atrás la que podría haber sido la situación más loca de toda mi vida.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué tenía que sacaros del despacho? —nos interrogó Adriana cuando la encontramos avanzando en nuestra dirección.

—Mantened la mirada fija en la puerta unos segundos más y lo sabréis —contesté bebiéndome una copa de champán de un solo trago—. Tres... Dos... Uno...

Vanesa se llevó las manos a la boca al ver salir a Jorge terminando de abotonarse la camisa, y Adriana me dio una palmada en el culo felicitándome con una amplia sonrisa.

—¿Veis el bulto en el bolsillo izquierdo? —las tres lo mirábamos y él se limitaba a pavonearse complacido—. Son mis bragas —antes de que Van ahogase un gritito y Adriana una carcajada, me apreté otra copa de champán hasta el fondo—. Adoro mi nuevo despacho.

—¿Por qué no me lo has dicho? —me reprendió Vanesa.

—¿Qué querías que te dijera? ¡Amiga! Cómo me alegro de verte —canturreé con sorna—. Por cierto, me has pillado con las bragas a medio culo, pero no te preocupes, Jorge se está encargando de hacerme levantarlo del sillón para sacármelas y que agonice mientras mantengo el tipo como puedo frente a ti.

—Eso o... ¡me estás jodiendo un polvo de puta madre! —corrigió Adriana.

—¡Qué vergüenza, madre mía!

—Estaremos las tres de acuerdo en que me debes un orgasmo —Adri apoyó mis palabras con un gesto afirmativo—. Exijo que me lo pagues regalándoselo a ese moreno del fondo que no hace más que comerte con la mirada.

Nos volvimos las tres para saludar a Rodri, que no pareció para nada intimidado, todo lo contrario, comenzó a caminar hacia nosotras.

—Y ahora es cuando las buenas amigas dejan el terreno libre —dijo Adri cogiéndome del brazo—, y tú vuelves a abrir las puertas del castillo de una maldita vez.

Pero Vanesa ya no nos escuchaba, solo tenía ojos para la penetrante mirada que avanzaba desnudándola a cada paso.

—¿Tú crees que le va a dar una oportunidad al chico? —me preguntó serpenteando entre la gente.

—Yo creo que, al final, no habrá miedo suficiente que le impida ir tras lo que desea —respondí pensando en la petición que me había hecho Jorge bajo la mesa.

—Tu teléfono, nena—me indicó Adri señalando mi mano.

«Lucía, lo siento, me tengo que ir. Hay un problema con Rori y prefiero no preocupar a mi madre»

Sentí la decepción invadir todo mi cuerpo de la misma manera que lo había hecho el deseo unos minutos antes, pero lo comprendí.

«Tenemos una inauguración pendiente. Ve con tu hermana»

«Nos vemos en el brunch de la Fundación el sábado?»

«A ti desde cuándo te interesan los eventos de la Fundación??»

Sabía perfectamente la respuesta, pero en ese momento en el que me iba a dejar ansiando que se quedase a mi lado, necesitaba un mimo aunque fuera vía *wasap*.

«A mí me interesa cualquier sitio en el que pueda estar contigo, rubia. Hasta el sábado entonces»

«Si no puede ser antes...»

«Creo que voy a tener que pasar algunas noches con Rori, nena. Y este curso tengo una mierda de horarios... Prometo que te compensaré»

«Compensación es una palabra que me encanta»

«A mí me encantas tú»

—Se te va a estropear el móvil con tanta baba —Adri recuperó mi atención—. ¿Quieres un consejo gratuito de Pepito Grillo sobre la cara de pánfila que se te pone cuando hablas con él?

—Sorpréndeme con una de tus perlas —la animé.

—Quédate con quien te toque el alma, que el coño te lo puedes tocar tu sola.

Y como lo único que podía contestarle era que Jorge no me tocaba el alma con cada palabra, gesto o mirada, puesto que se la había quedado como bien propio desde hacía tiempo, me limité a negar entre risas, porque una vez más, y en ausencia de cualquier tipo de delicadeza, Adri no podía tener más razón.

Entré por la puerta del estudio con un enorme batido verde, las gafas de sol todavía puestas, y ganas de asesinar a mí misma por no haber hecho la inauguración un viernes. ¿En qué estaba pensando? *Dame veneno que quiero morir, dame veneneeeeno...*

En lo que obviamente no pensé, fue en que iba a pasarme mi primer día oficial de trabajo en aquel precioso lugar, deseando no haber recurrido al champán y al vino para soportar el pre y post Jorge.

—¿Llevas unas gafas de terciopelo rojo? Igual se te está yendo un poquito de las manos la devoción por la moda... Eso tiene que dar hasta calor.

Adriana estaba sentada con Vanesa junto a su mesa. Al parecer todo el mundo estaba fresco como una lechuga menos yo. A decir verdad, Adri no tenía cara de haber dormido demasiado bien. Un extraño rictus dominaba su expresión.

—Tú llevas un vestido color braga. Igual se te está yendo de las manos la devoción por la ropa interior... —alegué dejándome caer en otra silla.

Vanesa aguantaba la risa negando con la cabeza. Sabía que eso iba a ser el inicio de una serie de ataques maliciosos que acabaría con algún insulto gratuito.

—Es *nude*, Vera Wang de pacotilla —me corrigió Adriana con superioridad.

—Es color braga —me reafirmé en mi postura retirándome las gafas y dejándolas en mi cabeza—. Braga de señora mayor.

—Por lo menos no se me van a pegar las pelusas a él, como a tu horterada de gafas...

—Braga faja, si me fuerzas.

—Fuerzas... con las que te daba un bofetón.

—Bragote de contención, vaya —sentencié ignorándola.

Van no pudo retener la carcajada, y Adriana nos fulminó a ambas con la mirada, antes de hacernos una señora peineta a cada una con una mano. ¿Dónde estaba ese puta que me había ganado? ¿No me iba ni a llamar perra del infierno? Algo con Adriana no iba bien esa mañana.

—Buenos días, *chiqui* —terció Vanesa—. ¿Qué tal estás? ¿Preparada para el estreno? —preguntó tan entusiasmada que me extrañó que no empezasen a caer globos de colores del techo.

—Jodida pero contenta —respondí con ironía—. Y jodida no en el sentido que debería estarlo, pero sí en el que merezco —hice una mueca de fastidio pensando en Jorge y la noche anterior—. ¿Por qué me dejáis echarme en la boca todo líquido con graduación, como si fueran vasitos de Fluor Kin? —les recriminé masajeándome las sienes.

—¿Te bebías el enjuague bucal en el colegio? —dijo Vanesa pasando por alto el verdadero punto importante del asunto.

—¡Pues claro que se lo bebía! —exclamó Adri sin darme tiempo a plantearme siquiera qué contestar—. Alguna explicación tiene que haber para que haya acabado así —me hizo repaso de pies a cabeza—. Seguro que también se comía las Plastidecor.

—Sí, y esnifaba la barrita de Tres y medio, ¡no te jode! —protesté dándole en el hombro.

—¡Haya paz! —pidió Vanesa.

Empezaba a preocuparme el hecho de que ni la maldad que acaba de soltar Adri le hubiera producido cierta gratificación. Seguía teniendo la mirada apagada. Di un sorbo de mi elixir de la recuperación, barajando cómo abordar el careto de mi amiga con sutileza, pero ella se me adelantó para pedir información a Vanesa.

—¿No nos vas a contar que tal ayer con el *petit*?

La aludida nos iluminó como una bola de discoteca, emitiendo destellos que mezclaban la vergüenza, la satisfacción y la emoción.

—Se quedó a dormir en casa...

Nos erguimos las dos sobre nuestros respectivos asientos, mientras Van se preparaba para el interrogatorio.

—Sabes que si preguntamos va a ser peor... —dejé ver picardía en mis ojos.

—No pienso daros detalles. ¡No seáis morbosas! —exclamó señalándonos a ambas y levantándose para huir.

Adri y yo nos miramos y le cortamos el paso una por cada lado de su escritorio. Volvió a tomar asiento rindiéndose a nuestras exigencias.

—No nos hace falta saber cómo de larga la tiene ni si se la has chupado ya —miré a Adriana con reprobación. Eso no era lo que necesitaba Vanesa para sentirse cómoda y hablar de ello. Le di el segundo manotazo del día—. ¡¿Qué, joder?! —protestó—. Como que tú nunca le has hecho una mamada a Jorge...

—Vaya mañanita llevas, amiga —le hice una advertencia con los ojos entornados—. Pasa de ella, Van —recomendé mirando hacia la rubia que se pensaba si seguir hablando del tema.

—Solo os voy a decir que esta mañana... ¡me he levantado con un montón de notitas por toda la casa! Eran mensajes preciosos que me llevaban a otros, hasta llegar al salón —una sonrisa inmensa se dibujó en su cara.

—¿Qué había en el salón? —preguntamos impacientes a coro.

—Él esperándome con un pequeño picnic para desayunar.

—¡Ohhhhh! —exclamé enternecida—. Qué lindo el *petit*.

—¿Te hizo el desayuno? —se extrañó Adri con un resquicio de ¿envidia?

Me quedé mirándola. Definitivamente le pasaba algo y a mí no podía ocultármelo.

—¡Qué va! —rio Vanesa—. Cogió cualquier cosa comestible que encontró por la cocina y la extendió por el suelo. Total, para lo que desayunamos y no...

Se le escapó un grito de vergonzosa emoción. No necesitábamos más datos. Van estaba encantada, y su cara era el vivo reflejo de haber pasado una noche perfecta. Al parecer también una mañana. Sé que esto, viniendo de una moñas, quizá pierda credibilidad, pero Vanesa en aquel momento, parecía haberse comido un *jodio* merengue de cuarto de kilo con virtas de colores y todo.

—Ayer estuvimos mirando las estrellas —añadió cerrando los ojos recordándolo—. Dijo que si yo estuviera al lado de la luna, brillaría mucho más que ella —sonrió con dulzura—. Que aunque fuera de noche, él siempre me podría ver.

Corrección, merengue de tonelada. Adoré a aquel adúlador de pelo rizo al instante, porque sabía que esas cosas eran las que hacían feliz a mi amiga, y era justo lo que merecía.

Puede que el *petit* pudiera ser considerado para algo más que para un alegrón, y conociendo a Vanesa, tras aquello, se iba a encoñarse de él sin remedio. Si Ricitos de Oro sudaba —algo que no estaba segura de que los seres semidivinos hiciesen—, estaba convencida de que, con él, sería purpurina.

De todos los tíos con los que la había visto, este era el primero que la había antepuesto a ella. Rodri parecía estar dispuesto a convertirla en la princesa del cuento del que siempre había querido ser protagonista, y me di una palmadita mental por haberla obligado a tener aquella cita en mi casa. Rubén la había sacado de la jaula, pero quizá con Rodri recuperase las ganas de enamorarse.

—Y luego ¿qué? ¿Te trajó al trabajo en la *skate* antes de ir al cole? —preguntó Adriana cortante.

—¿Pero se puede saber qué coño pasa contigo? —le recriminé exasperada—. Te acabas de portar como una auténtica zorra, Adriana. Ni zorrilla, ni leches. Z-O-R-R-A con mayúsculas.

Se arrepintió al instante viendo la tristeza en la cara de Vanesa. Le había hecho daño con su comentario. Sabía de sobra el origen de todas sus inseguridades y lo había utilizado para molestarla. No solo eso, la había herido. De habérmelo hecho a mí, le habría soltado una respuesta a la altura de su pulla y allí no habría pasado nada, pero Vanesa no era yo.

—Perdóname —pidió estirándose para rozar su mano—. ¡Joder, soy una puta bocazas!

—Lo de puta sobre todo... —murmuré de manera casi inaudible.

—No pasa nada —la tranquilizó la ofendida sin llegar a recuperar el buen ánimo que tenía antes.

—Sí pasa. He sido una perra desagradable. Perdóname —apretó su mano disculpándose sinceramente y yo dejé de querer quemarla en la hoguera. Esa actitud no era típica de Adriana. Ella busca la manera de mantenerse alerta, pero nunca se aprovecha de tus debilidades—. Van, cielo, eres la persona más dulce y transparente que conozco, mereces que te llenen la casa de notitas, que te conviertan en luna, y hasta que besen el suelo por el que pisas si eso es lo que te hace feliz —parecía apenada de verdad buscando el perdón de Vanesa—. Mereces mañanas de picnics en el suelo de tu salón y todas las cursilerías que Rodri sea capaz de hacer por ti. No tienes que pedir perdón por querer algo que puede que otros no deseen o valoren —soltó el aire con fuerza antes de continuar—. Tienes que aferrarte a ello con fuerza cuando lo encuentras, y asegurarte de que cada día a su lado merezca la pena. No dejes que algo tan tonto como un número empañe eso, y mucho menos las palabras de una Z-O-R-R-A —recalcó cada letra dirigiéndose a mí— que se ha levantado con el pie izquierdo.

Vanesa se levantó y la abrazó con los ojos vidriosos. Nunca habían tenido una conversación tan abierta, y sé que para ella fue importante saber que Adri de verdad la apreciaba lo suficiente como para ser capaz de sacar por ella esa parte que solía mantener oculta.

—¿Nos vas a decir qué te pasa, zorrilla insolente? —preguntó apartándose un poco de ella y dándose ciertos aires de chulería que no le pegaban nada.

Había decidido no hacerla sentir incómoda después de aquello. Asumir el comportamiento que Adri habría tenido de haberse cambiado los papeles, le pareció la mejor forma de conseguirlo.

—Javi no vino ayer a dormir a casa —reconoció mirándome con ¿miedo? ¿Aquel vacío en sus ojos era miedo? ¿Adri tenía miedo? ¡Oh, joder! Que alguien llame a Bruce Willis. Ese debía ser *eljodioArmageddon* —. Todavía no sé nada de él.

—¿¿Por qué no lo has dicho en cuanto has entrado por la puerta?! —protestó Vanesa apoyándose en la mesa a su lado.

—Nena, ¿qué ha pasado? —dije con tono seguro para darle fuerzas.

—En realidad nada —se encogió de hombros—. Dijo que se quedaría a dormir en casa de Rubén.

—¿Y cuál es el problema? —no entendía nada. Si estaba en casa de su amigo, no veía por qué tanta preocupación—. Si salieron ayer después de la inauguración... no querría despertarte llegando a las tantas oliendo a destilería.

Intenté quitarle importancia. En realidad no creía que tuviera ninguna, pero Adriana seguía dándole vueltas a algo.

—Nunca dormimos separados. Nunca —afirmó con rotundidad—. Da igual que tenga que pasar el día fuera de la ciudad. Siempre se asegura de llegar a la cama antes de que yo haya salido de ella.

Se me encogió un poquito el corazón ante aquella confesión. Adri no solía compartir detalles tan íntimos de su relación. No aireaba sus sentimientos o emociones con facilidad, pero Javi estaba cambiando muchas cosas.

Se complementaban de esa extraña manera en la que lo hacen personas diametralmente opuestas. Puede que, a ojos de un extraño, fuera un sin sentido que ella se hubiera enamorado de alguien como él, pero para mí, que conocía a ambos, no había nada en el mundo que me pareciera más lógico. Era su antítesis, sí, pero quizá por eso llegaba a ella de una manera en la que nadie había conseguido alcanzarla antes.

Ahora estaba segura. Adriana estaba asustada.

—Está muy raro. Vosotras lo habéis visto. Es como si se estuviera alejando de mí —se lamentó con voz dubitativa.

—Adri —la abracé y Vanesa se sumó a nosotras—. Tiene que haber una explicación. ¿Has intentado hablar con él?

—Me esquivo con excusas tontas —respondió sin corresponder a nuestro abrazo—. No lo entiendo. Y odio este asco de sensación de sentirme frágil —había recuperado su tono enérgico—. ¡El amor es una puta mierda!

—No, reina. El problema es que has tardado demasiado en dejarlo entrar en tu vida, y ahora no sabes cómo lidiar con él —la corregí.

—¿Eso se supone que tiene que animarme? —protestó sarcásticamente—. Porque no noto una mierda de alivio, la verdad.

Puse los ojos en blanco. Pese a todo, a estar claramente afectada por la distancia que Javi parecía estar imponiendo entre ellos, Adriana era incapaz de dejar su mordacidad de lado.

—Hoy es tu día libre —le recordé—. ¿Por qué no lo aprovecháis haciendo algo juntos? Estoy segura de que no hay nada de lo que preocuparse.

—Porque se va a pasar un par de días a Barcelona por unos temas de trabajo —la decepción en sus ojos era palpable, aunque pretendiera hacerse la indiferente—. Tampoco antes se había ido más de un día de casa. Se las apañaba para no hacer viajes largos, para solucionar sus asuntos como fuera y, al final del día, volver. Ahora parece encontrar buena cualquier excusa para desaparecer —se le escapó un mohín.

—No dramaticemos —noté los puñales que sus ojos me lanzaban—. Ayer se os veía bien —intenté reconfortarla sin éxito.

—Estabas tú como para darte cuenta de nada... Miss Braguitas Perdidas —se burló abriendo muchos los ojos—. Ayer tenía su pose de hombre correcto que está acostumbrado a los encuentros sociales. Que sonríe con encanto y estrecha manos con amabilidad. Ese no es mi Javi. Mi Javi sonríe con los ojos, no solo con la boca. Y me sonrío a mí, no me aparta la mirada. Ayer solo hacía un papel, y tú lo sabes tan bien como yo —alegó con crudeza.

Si me paraba a pensarlo, era cierto que no parecía la persona con la que solía recostarme en el sofá a ver películas. No había estado cariñoso y cercano. Estaba siendo cortés, nada más. Mierda, ahora yo también sentía desazón. ¿Intentaba de verdad alejarse de Adriana?

—¿Me soltáis ya, o esperáis que ahora que Javi pasa de mí me tire al rollo bollo? Qué empalagositas sois, coño —se quejó revolviéndose entre nuestros brazos—. He de ir al restaurante. Han acabado los pintores, y tengo que dar el visto bueno antes de continuar.

—¿Quieres que te acompañemos?

—Estoy perfectamente —aseguró con su habitual voz suficiente—. Me irá bien distraerme con el trabajo.

—Se supone que hoy es tu día de descanso —mencioné de nuevo con la esperanza de que se relajase y no fuera ahora a encerrarse en el caparazón—. Si el único día que tienes libre en el restaurante de Javi lo inviertes enterito en el nuestro, al final vas a odiar ambos.

—No digas tonterías. Podría pasarme las noches enteras trabajando en él, si eso me asegurase que lo tendríamos antes, pero me temo que los obreros y el resto de operarios no estarían tan entusiasmados de seguirme el ritmo... —lamentó colgándose el bolso del hombro—. Aunque no saben lo que se pierden, claro —alzó una ceja con una sonrisa pícaro—. Además, ya he buscado un sustituto para Javi —puso los ojos en blanco en respuesta a nuestro pasmo por semejante confesión—. ¡Un nuevo cocinero, que no soy tan golfa! En un par de semanas estará listo para manejarlo todo solo y yo dejaré el trabajo definitivamente.

Me pregunté si esa decisión tendría algo que ver con la situación que pasaba su relación, con el hecho de no estar vinculada laboralmente a él, o era pura casualidad. Enseguida me recordé que nada que hiciera Adriana era casualidad. Mierda, estaba protegiéndose. Tenía que hablar con Javi.

—Me voy, chicas —anunció irguiéndose con su pose de mujer implacable y segura de sí misma—. Tengo una reforma que dirigir.

—¿Está bien? —cuestionó Vanesa en cuanto la vimos salir por la puerta.

—No lo sé —respondí dándome cuenta de que nunca antes había dudado de que Adri fuera capaz de sobreponerse a algo—. Más vale que sí, si Javi quiere sobrevivir a esto —añadió mamá Lucía.

Recogí mi bolso, las gafas, y lo que quedaba del batido, y me encaminé hacia mi despacho.

—*Chiqui*, recuerda que a las once tienes una cita con Grace —me informó con voz de disculpa.

Mis hombros se hundieron hasta la altura de mis caderas. ¿Qué más sorpresas maravillosas tenía aquel martes para mí?

—Lucía, Grace ha llegado —Vanesa llamó mi atención desde la puerta del despacho—. ¿Le digo que pase?

—Gracias, Van —sonreí a su cara de disculpa—. Que me espere en el ropero. Ahora mismo voy.

Salió dejándome un segundo para prepararme. Me levanté del sillón decidida, estirando mi vestido de cuello bebé, y caminé resuelta escuchando el repiqueteo de mis excesivos tacones sobre el piso.

Grace me esperaba curioseando perchas. Me tomé un momento para observarla. ¡La madre que la parió! ¿Qué coño llevaba puesto? ¡Era un vestido de látex!

Grace era, sin ninguna duda, mi clienta más... especial. Supongo que cuando tus padres deciden ponerte el nombre de una diva, no te queda más remedio que convertirte en una, aunque acabes pareciéndote más a una Kardashian que a la Kelly.

Tenía apenas un par de años menos que yo, pero cada vez que nos veíamos o solicitaba alguno de mis servicios, se convertía en un auténtico torbellino, comportándose como una adolescente excitada ante su baile de graduación.

Su estilo distaba bastante del de las mujeres que solía vestir. A decir verdad, distaba del de cualquier ser en general que no sea un excéntrico hollywoodiense, y eso me daba la oportunidad de dar rienda suelta a mis extravagancias estilísticas, como con aquel vestido empolvado que llevaba.

—¿Látex un martes cualquiera para salir a comprar? —pregunté divertida alertándola de mi presencia.

—Látex el martes en el que por fin veo la lencería para mi boda y luna de miel. Estamos de celebración —me corrigió con una amplia sonrisa—. ¿Este Diane von Fürstenberg es para mí?

—Ni lo mires. Tiene dueña —amenacé antes de abrazarla. Sabía que bromeaba. No era para nada su estilo. Demasiado correcto—. Dios, eres casi como estrujar un preservativo.

Que fuera agotadoramente exigente y caprichosa cada vez que necesitaba algo, no impedía que tuviéramos una relación muy cercana. Había confiado en mí al poco de haber comenzado a asesorar a su madre, y enseguida habíamos congeniado. La edad ayudaba a que nuestra relación profesional estuviera bastante más próxima a una amistad.

—Si alguna vez has tocado un condón de este tamaño, tienes que presentarme a ese tío. Puede que me esté equivocando al casarme...

—¿No decías que el futuro maridísimo calzaba horma ancha? —la provoqué recordando alguna de nuestras conversaciones sobre su prometido.

—Ya sabes que el futuro maridísimo tiene más grande la boca que el... pie —contestó con falsa prudencia—. Menos mal que sabe usar las dos cosas igual de bien. De no ser así, no me habría convencido para mudarnos a Madrid tras la boda.

Reímos abiertamente acercándonos a la mesa. Que se mudase no iba a impedir que me siguiera torturando con sus excentricidades y encargos. Había dejado claro que pretendía seguir contando con mi asesoramiento viviera donde viviese. No sabía si alegrarme por la generosa comisión que eso prometía, o echarme a llorar.

—No he empacutado ninguna de tus nuevas chucherías por si querías probarte algo antes de llevártelo —le expliqué colocándolas sobre la enorme superficie para que pudiera verlas en detalle—. Este camisón extra largo es realmente espectacular.

Examinó complacida todas las cosas que habíamos seleccionado. Solo nos había llevado dos tardes enteras —y una cantidad ingente de tilas por mi parte— elegir entre las propuestas que le había preparado.

No quería pensarlo, pero seguíamos aplazando lo del vestido de novia desde la última vez que habíamos intentado al menos reducir la lista de los diseñadores que le gustaban, y habíamos acabado comprando un par de zapatos para cada una y saliendo a tomarnos una copa, incapaces de llegar a un acuerdo entre si se iba a casar de largo o de corto.

—Me fascina todo, Lucía. De verdad que tienes un talento especial para esto, y más con la lencería. Se nota que te encanta —dijo acariciando un *babydoll* de Victoria's Secret y sonriendo con aire misterioso—. Pruébate este.

—Querrás decir que te lo vas a probar tú —aclaré viéndola venir.

—¿Crees de verdad que puedo salir y entrar de este vestido con facilidad? —preguntó enarcando una ceja—. Lucy, necesitaríamos un par de horas para eso. Y talco. Mucho talco. Estoy segura de que no me quieres aquí tanto tiempo.

Puse los ojos en blanco. Sabía que, en cuanto al vestido, tenía razón, no era una tarea fácil ponerlo y quitarlo, pero no pensaba probarme su picardías.

—Grace, estas considerablemente más delgada que yo —le recordé dando unos toques sobre mi cadera—. Es imposible que entre en él.

—No digas tonterías. Sólo se ajusta en el pecho y ahí no somos tan diferentes —aseguró tomando asiento en el cómodo sofá.

Eso era cierto. Yo tenía menos pecho que ella, pero mi espalda era más ancha. No me iba a quedar más remedio que probármelo si no quería tenerla allí toda la santa mañana insistiendo.

La prenda era exquisita. Una delicia color marfil con un lazo negro y los tirantes del mismo color. Ajustada en la parte superior, salía con mucho vuelo llegando hasta la mitad del trasero.

Me embuté en ella desnudándome sin pudor. Se levantó boquiabierto avanzando hacia mí, y su expresión me obligó a mirarme en el espejo. ¡Guau! Será feo que yo lo diga, pero estaba impresionantemente sexy. Se amoldaba a mi pecho alzándolo insinuante y, por debajo de su dobladillo, mi ropa interior negra de encaje dejaba a la vista parte de mi redondeado trasero.

—Estás arrebatadora, Lucía —susurró ladeando la cabeza—. Estás para sesión de fotos en *Maxim*.

Los engranajes de mi mente seductora comenzaron a moverse, y me vi saliendo del ropero para buscar mi teléfono y mandarle una foto provocadora a Jorge. Puede que así se replantease lo de vernos antes del sábado. Iba tan centrada en mi plan, que no me paré a pensar que Vanesa podía no estar sola en la recepción.

—¡Quiero trabajar aquí!

La voz de Rodri me hizo volverme hacia la mesa de Van. Allí plantados, con la boca abierta y un café en la mano, estaban él y Jorge.

—¡Joooooooooooooooooooo! —exclamó el segundo sin apartar los ojos de mí y casi tirándose el café por encima—. Tú, deja de mirar —se volvió hacia el *petit* obligándolo a girarse con brusquedad.

Puse los ojos en blanco por su exageración, y me estudié de arriba abajo mordiéndose el labio en un gesto bastante poco disimulado. Solo entonces fui consciente de que estaba plantada en la recepción del estudio con medio culo al aire y las *bubis* amenazando con salirseme, mientras respiraba agitadamente observando a un

atractivísimo Jorge sin afeitar. Nota mental: pedirle que nunca jamás vuelva a quitarse la barba por completo. Me encantaba el toque que le daba aquella capa oscura cubriéndole la mandíbula.

Para hacer la escena un poco más subidita de tono, no me había quitado los indecentes tacones con los que había salido de casa. Hasta Vanesa estaba roja de verme con una indumentaria tan explícitamente sensual.

—Si te giras antes de que entre en el despacho eres hombre muerto.

Jorge gruñó aquellas palabras en el oído de Rodri y avanzó hacia la puerta detrás de mí.

Cerré al entrar y, antes de darme cuenta, estaba atrapada contra la madera, con él a dos centímetros de mi cara, y sus palmas apoyadas una a cada lado de ella. Lo aparté con cuidado, posando una mano sobre su pecho que palpitaba descontrolado.

—No puedes tocarme. No es mío —le advertí no sin odiarme por decir aquellas palabras.

—No juegues, *rubia* —amenazó mordéndome la boca—. Te lo compro. Pago el doble, el triple. ¡Lo que sea! Pero... ¡Jooodeeeeer! —masculó acariciando mi pecho por donde no había tela—. Déjame hacerlo, nena —suplicó rozándome el cuello con la nariz y succionándome el lóbulo—. Déjame terminar lo que empezamos ayer.

Enredé mis dedos en su pelo inclinando la cabeza para darle más acceso a mi cuello. Seguía manteniendo su cuerpo a unos centímetros del mío, luchando contra sí mismo para no empotrarme contra la puerta. Intentaba con todas sus fuerzas respetar mi advertencia, pero si no parábamos aquello ya, ni la prenda, ni ningún mueble de aquel despacho saldrían ilesos de nuestro encuentro.

—Vas a matarme —refunfuñó apoyando su frente contra la puerta a un lado de la mía e intentando respirar con calma—. Vas a hacer que muera por erección irreversible y pérdida del riego cerebral, Lucía —rio retrocediendo hasta apoyarse en la mesa—. Es que no puedo ni mirarte —se frotó la cara enérgicamente con ambas manos.

Estaba tremendamente sexy con el pulso acelerado y el pecho hinchándosele ansioso mientras se retiraba el pelo de la cara maldiciendo en voz baja.

Me recuperé como pude de su asalto, y avancé despacio a su encuentro. Levantó la mirada, y me di cuenta de que estaba sufriendo un auténtico calvario al verme así, caminando sugerente hacia él, con los pechos amenazando con rebasar los límites de la tela.

—Lo siento —me disculpé acariciándole la mandíbula que se tensó bajo mi tacto—. No sabía que estarías ahí afuera.

—Me alegro de haber estado —apuntó con una sonrisa traviesa antes de besarme la palma de la mano—. Mi madre me ha mandado a recoger un vestido —sí, el Diane von Fürstenberg era para Ana, y los dos sabíamos que ella tenía mucho más tiempo que él para pasar a recogerlo. Parece que teníamos nuestro propio cacahuete...—. Echaba de menos esto —alargó la mano para acariciarme el trasero, pero la retiró enseguida viendo que mi reacción era humedecerme los labios lasciva.

—Había salido para hacerme una foto y mandártela —confesé con un guiño pícaro—. Sabía que te iba a gustar.

—¿Gustarme? —rio con amargura—. La cerveza me gusta. Tú me... Me dejas sin palabras —rozó sus labios con los míos en un gesto ascendente—. Vas a acabar conmigo, Lucía. Estoy rozando los límites del dolor inhumano no pudiendo tocarte —me retiró un mechón rebelde de la cara y lo colocó tras mi oreja antes de suspirar con fuerza.

—¿Dolor inhumano? Te estás volviendo un poco niña llorona —le vacilé.

—¿Crees que es el mejor momento para poner en duda mi masculinidad? —contraatacó alzando una ceja provocador y haciendo ascender sus manos por la parte trasera de mis muslos—. Debería volver a la universidad antes de perder los papeles —reconoció retirando sus dedos de mi piel.

Asentí. Yo debería volver a trabajar. Ambos deberíamos salir de aquel despacho antes de que todo el mundo pensase que estábamos haciendo lo que pretendíamos que no pasase contra nuestra propia voluntad.

Su mano se movió sobre mi mesa al levantarse, topando con las gafas de sol.

—Vaya, está claro que te han gustado —dijo reconociéndolas para mirarlas más de cerca—. No has tardado ni un día en estrenarlas.

El sabía perfectamente que lo harían. Conocía mis gustos casi tan bien como yo los suyos. Eso, y que el hecho de que me regalase unas gafas de sol —algo que para él parecía ser algo más que un simple complemento—, era una forma tonta pero eficaz de tenerme pensando en él todo el día.

—Ha sido por deferencia con el mensajero. Se ha llevado un grito considerable por despertarme —declaré avergonzada—. Luego me tocó disculparme porque parece ser que el que enviaba el paquete —levanté la mano hacia su torso— quería que llegase antes de que saliera de casa. Creo que no contaba con que me hiciera la perezosa por haberme puesto fina a vinos para soportar que me dejase tirada anoche.

Mi dedo se paseó por su pecho sobre la camiseta vigilado por nuestras miradas. Me cogió por la muñeca y, después de mirarme intensamente durante unos segundos, la soltó.

—Deja de tentar a la suerte, Lucía. Estás a puntito de que compruebe cuánto son capaces de aguantar las bisagras de esa puerta follándote contra ella —avisó con un gesto que suplicaba lo contrario.

—No serías capaz... —sonreí retrocediendo hasta apoyarme en ella con actitud de invitación.

—No me busques, nena. Ya sabes que no se me da demasiado bien contenerme, y ahora mismo solo puedo pensar en hacértelo tan fuerte que se te quite esa carita de niña mala que me estas poniendo —dijo apretando el borde de la mesa con ambas manos—. Entonces, ¿te ha gustado la sorpresa?

—Las gafas me han encantado —contesté adquiriendo una pose que dejase de incitarlo—, aunque eso tú ya lo sabías cuando las elegiste —sonrió orgulloso mientras me acercaba a él de nuevo—. Pero... —hice una pausa para ponerlo nervioso— la mejor sorpresa ha sido tenerte aquí. ¿Puedo? —pedí estirándome para acercar mi boca a la suya.

—No si no voy a poder meterme entre tus piernas después —aclaró apartándose unos centímetros.

—¿Me estás rechazando? —reulé imitándolo y poniéndome a la defensiva.

—Nunca se me ocurriría —abrió mucho los ojos riéndose de mí—. Se llama retrasar la gratificación, *rubia*.

Antes de que mis tacones hubieran vuelto a tocar el suelo, sujetó mi cara con ambas manos y me atrapó con un apasionado beso, que terminó con un suspiro perezoso por su parte.

—Me río yo de los métodos de tortura de la inquisición...

—Vamos a buscar el vestido, anda —dije cuando me liberó, no sin hacer un enorme esfuerzo por soltarme.

Lo cogí de la mano tirando de él para que me siguiera, pero me obligó a parar en seco y mirarle.

—¿Y con esto qué hacemos? —preguntó señalando su impresionante erección.

—Se me ocurren algunas cosas... —sugerí relamiéndome, ganándome una mirada reprobadora.

—Esa boca me las va a pagar...

—Palabras... Palabras... —me burlé con un gesto desdeñoso.

—Dame un minuto. Ahora te alcanzo.

Salí en busca de Vanesa. Por suerte para todos —sobre todo para él—, Rodri ya no estaba allí.

—¿Todo bien? —se extrañó mirando hacia la puerta al ver que Jorge no salía.

—Sí, tranquila. Intenta darle la orden a su cuerpo de que descansen armas —sonreí divertida—. ¿A qué ha venido Rodri?

—A saludar...

No pudo ocultar la ilusión en su rostro. El *petit* se estaba ganando a doña Pies de Plomo a pasos agigantados.

—¿Me das ese vestido? —pidió Jorge colocándose a mi espalda y evitando mirarme directamente.

Entramos en el ropero, pero Grace no se dio cuenta de nuestra presencia hasta que abrí la boca.

—Debería haber venido ella para probárselo —refunfuñé señalándolo, mientras buscaba el palo que empleábamos para colgar y descolgar las prendas de la barra.

Jorge se me adelantó, estirándose para coger el vestido. En el movimiento, buena parte de su vientre quedó a la vista.

—*Fiu, fiu* —silbó Grace al ver ese pequeño caminito de vello que a mí me volvía loca—. Puede que tenga que replantearme lo de casarme de verdad. Creo que me he vuelto a enamorar.

—Grace, se está rifando un tirón de los pelillos de las patillas, y tienes todas las papeletas —le advertí bromeando, aunque en realidad podría hacerle algo mucho peor si no dejaba de mirarlo de aquella manera.

Alargué el brazo para sujetar su camiseta mientras se esforzaba por alcanzar la percha.

—Lo estás haciendo a posta, ¿verdad? —reclamó cuando mis nudillos rozaron su bajo vientre poniéndole la piel de gallina.

—Si lo hubiera hecho a posta, habría sido algo más como... —me interrumpí para meter los dedos por dentro de la cinturilla de su ropa interior con disimulo.

—Eres el puto mal en persona —gimió obligándome a soltarlo.

—¿Te lo mando todo a casa? —pregunté recordando que no estábamos solos y girándome hacia Grace.

—Sí —afirmó recogiendo su bolso para marcharse—. Menos el que llevas puesto. Quédatelo —sonrió con la mirada fija en un punto a mi espalda—. Creo que a él le gusta más que a mí. Te lo regalo —le guiñó un ojo.

Volví la mirada hacia nuestro acompañante, que me repasaba embobado con su pretenciosa sonrisa. Negué con la cabeza chasqueando los dedos delante de su cara, mientras el ruido de los tacones de Grace desaparecía en el recibidor.

—Me voy, nena —anunció intentando ponerse serio—. Ahora que sé que podría coger eso y hacerlo jirones, o me largo de aquí, o te parto en dos.

—Menos lobos...

—¿Apostamos algo? —me retó poniéndose a un palmo de mi cara.

—¿Algo como que consigo que te vayas a trabajar empalmado? —ronroneé juguetona en su oreja, frotándome contra su cadera.

—Lo que vas a conseguir es que no vaya a trabajar, y ya llego tarde —maldijo separándome con suavidad.

Odié la sensación de que me apartase, y mi cara debió de dejar claras muestras de ello.

—*Rubia*, tengo que irme —me recordó apretándome contra él y besándome con fuerza—. Eso no quiere decir que no me muera por quedarme y pasarme la mañana entera entre tus piernas. Quiero estar, ya lo sabes. En tu playa y en tu porche, Lucía. Sigo pensando lo mismo. Estaré, nena. No te olvides de eso.

—Vete a trabajar —premié sus acertadas palabras con un dulce beso—. Tengo un negocio que dirigir y me distraes con tus encantos.

—Nos vemos el sábado en el *brunch*.

—Nos vemos en el *brunch* —asentí tirándole un beso.

Me volví a enfundar mi vestido de niña buena en cuanto salió. Guardé en una bolsa el sexy *babydoll*, y lo coloqué al lado de un par de zapatos que también eran para mí. Puede que incluso lo estrenase todo una noche para darle una sorpresa. Después de ver su expresión cuando aparecí de aquella guisa, no iba a desperdiciar la oportunidad de beneficiarme de ello.

¿Eso era que ya estaba preparada para dejar que se acercase del todo? ¿Iba a parar de ponerle trabas para llegar hasta mí? ¿Estaba por fin dispuesta a confiar? Ay, Lucía. ¡Por qué le darás tantas vueltas a todo!

Me monté en el primer taxi que conseguí parar, aprovechando el trayecto, cómo no, para sacarme la foto de rigor en plan posado robado, apoyada contra la ventanilla con aire distraído. ¡Estoy enganchada a estas mierdas!, pensé mientras probaba todos los filtros posibles. Una vez contenta con el resultado, la compartí y me centré en teclear mensajes.

Tenía que escribir a Javi. Su viajecito de trabajo se había alargado más de lo que Adriana esperaba y, aunque no hubiera vuelto a decir nada al respecto, la notaba extrañamente calmada. Quizá fuera la calma que anuncia tormenta y, tratándose de ella, dudo que fuera a ser un aguacero de verano.

«Voy a tener que empezar a llamarte examigo como hacías tú conmigo... No piensas dejarte ver?? Tenemos que hablar»

Su respuesta fue inmediata.

«Mañana ya estaré por Valencia. Sí, tenemos que hablar de Adriana»

Se me heló la sangre. No había manera de que supiera que yo quería hablar con él de ella, a no ser que de verdad hubiera algo de lo que hablar. Mierda, joder. Para él había algo de lo que hablar.

«Que sepas de qué quiero hablar contigo no me deja muy tranquila...»

«Ya, yo tampoco estoy demasiado tranquilo al respecto...»

«Javi, me estás acojonando!! Qué pasa??»

—Hemos llegado, señorita —anunció el taxista.

Me obligué a dejar de mirar el móvil con frustración y pagué la carrera. Me bajé, pero me mantuve quieta en la acera esperando la respuesta. Como no llegaba, pensé en avisar a Jorge de que estaba y allí.

Después de no haber tenido noticias suyas desde el día que se presentó en mi despacho, tenía bajo mínimos mi confianza en él y en su intención de avanzar con lo nuestro, pero decidí tomármelo con calma y no obsesionarme. Después de todo, me había avisado de que seguramente tuviera que ocuparse de Rori.

«Cenicienta acaba de llegar al baile»

Viendo que ninguno de los dos tenía previsto contestarme, guardé el teléfono en el diminuto bolso y avancé hasta entrar en el salón que Ana había reservado para la ocasión. Se había dejado aconsejar por Adriana para contratar al servicio de catering, y tanto la comida como la decoración eran exquisitas. La espaciosa sala tenía mesas distribuidas con distintos tipos de delicias, y la gente se entretenía en animadas charlas frente a ellas, o acomodados en los grupos de sillones estratégicamente colocados en varias zonas.

Los camareros paseaban entre los invitados con bandejas cargadas de mimosas, alguna que otra copa de vino, y champán, mucho champán. ¿Era la única que consideraba que era un poco pronto para darle a las burbujitas? Por la velocidad a la que las manos se apoderaban de aquellas copas altas y estrechas, parecía que sí. Venga, Lucía, a quién quieres engañar... ¡Te mueres por un poco de ese zumo de naranja enriquecido!

Atrapé una copa de mimosa y me dejé envolver por el ambiente, mientras las notas de piano, a ritmo de Beggie Adair, me daban ganas de abrazarme a alguno de los asistentes y flotar bailando entre las mesas. Relájate, emocionada de la vida, me dije. Recuerda que tienes una conversación a medias con Javi.

Saqué el móvil para cerciorarme de si alguno de mis chicos había respondido. Javi lo había hecho.

«Hablamos mañana»

«Ni se te ocurra despacharme así!!!»

De la indignación, engullí la copa de un trago.

«Lucía, esto no es algo de lo que quiera hablar por WhatsApp. Mañana hablamos»

No me gustó su forma de zanjar la cuestión, y menos que me llamase Lucía cuando él no solía hacerlo, pero no me quedaba más remedio que aguantarme. Estaba pasando algo, y era algo lo suficientemente malo para no poder comentarlo tranquilamente por *wasap*.

Mi mente viajó a Adriana y a si estaría al corriente de que Javi no regresaría hasta el día siguiente. Aquello era una mierda de dimensiones astronómicas. Un mojón de Godzilla como mínimo. No me creía que de repente, una persona que idolatra a otra, deje de verla de esa manera. No Javi. No a mi Adri.

Vale, ya sé que tiendo demasiado a... idealizar a ciertas parejas —y no será porque no haya visto fracasar suficientes—, pero con ellos no me daba la gana de conformarme.

«Mañana SIN FALTA»

Volví a comprobar el chat con Jorge. Había leído mi mensaje y no había contestado. Alguien debería matar al que inventó el doble tic azul...

Guardé el teléfono intentando olvidar su pequeño *ignorito* y, con otra copa en la mano, me dirigí al encuentro de su madre.

—Lucía, cielo, estás preciosa —saludó besando mi mejilla con evidente familiaridad—. Me alegro de que hayas venido. Pensé que traerías a Jorge contigo...

Yo también lo pensaba, pero parece ser que el señorito había decidido poner a prueba mi paz interior el día menos indicado. Ana notó la incomodidad que me producía pensar en aquello, y decidió cambiar de tema.

—Quería comentarte una idea que hemos estado barajando con todo esto del lavado de cara de la Fundación.

Con eso se refería a hacer menos elitistas sus reuniones, y más provechosas a la hora de recaudar fondos, aunque lo cierto era que los mayores benefactores participaban con donaciones periódicas que nada tenían que ver con el carácter de las reuniones o frecuencia de estas.

—Claro, dime. ¿Qué tenéis pensado? —pregunté palpando el bolso en uno de esos momentos de locura en los que la ansiedad nos lleva a pensar que nuestro móvil vibra, cuando lo cierto es que está tan quieto que parece apagado—. De momento he de decir que yo me siento mucho más cómoda hoy que la última vez —sonreí sabiendo que ella comprendería mi comentario.

—Hemos pensado en hacer una especie de subasta o venta benéfica al menos una vez al año —afirmó satisfecha.

—Me parece una idea maravillosa —choqué mi copa con la suya en señal de aprobación—. Pero, por favor, no me digas que pensáis subastar personas o citas con ellas. Me parece lo más denigrante de la historia de la humanidad.

—No tranquila —hizo un gesto con la mano dejando claro que a ella le desagradaba la idea tanto como a mí—. Tenía pensado aprovechar los recursos que tenemos disponibles... —pareció avergonzarse—. Sabes que el nivel de vida en el que se mueve casi toda esta gente es el exceso, no creo que a nadie le venga mal contribuir con

algo una vez al año, y así obtendremos una doble participación. Las donaciones, y los pagos por ellas cuando salgan a la venta.

—Es genial —asentí emocionada—. Siempre podéis ceder los vestidos de alta costura. Al fin y al cabo, no os los vais a volver a poner, y apuesto a que no suelen tener demasiado valor sentimental. Seguro que eso es un gran reclamo —recomendé realmente complacida con la nueva iniciativa.

—No había pensado en ropa o complementos, pero es una gran idea, Lucía —dijo encantada con mi propuesta—. Yo creo que podría funcionar.

—Estoy convencida de que lo hará —aseguré observando mi segunda copa casi acabada.

Tenía que ingerir algo sólido si no quería acabar una vez más lamentando mis excesos al día siguiente. Comerme un huevo *Benedictine* me parecía un poco arriesgado teniendo en cuenta mi habitual tendencia a la catástrofe, así que me decidí por unas pequeñas tortitas de hojaldre con lo que parecía mermelada de arándanos, pero que obviamente sería algo más complejo que una mundana mermelada, y seguro que tendría un nombre que te haría pensar que poco menos que lo había cagado un ángel.

—Tú debes ser Lucía.

Una voz profunda y muy masculina me distrajo de mi tarea de ahuyentar la posible resaca. Me volví para saludar a su dueño, pero al hacerlo descubrí que lo tenía demasiado cerca y solo alcancé a ver un elegante traje hecho a medida. Faltó el canto de un duro para que le estampase el bocadito de cielo contra el tercer botón de la camisa.

Retrocedí un paso y alcé la mirada algo cohibida por la corpulencia del hombre que tenía delante. Corpulencia en el buen sentido. En el de cuerpo trabajado y duro. Cuerpo de macizo, vaya. Aunque no era el tipo de hombre que más me atraía, había que reconocer que era impresionante.

—Ferrán Ribera —se presentó aquella muralla con ojos negros y penetrantes tendiéndome la mano.

Creo que la impresión que me causó fue evidente. Me quedé en trance paseando mis ojos por todo su esplendor y estudiando cada detalle de su rostro, que era extremadamente varonil. Qué momento más apropiado para olvidarte del disimulo, Lucía. Pero es que aquello era muy digno de observar minuciosamente.

—¿Le gusta lo que ve, señorita Montaner?

Di un respingo alertada por su ronca carcajada, y me obligué a engullir la tortita para demostrar que era capaz de mover algo más que los ojos.

—Lucía Montaner —dije estrechando su mano—. Aunque parece que está bien informado —añadí con aire orgulloso.

¡Ay, rediós! ¡Qué apretón más firme! No podría explicar por qué, pero la manera en la que agarraba la mano aquel hombre, me pareció una pequeña muestra de cómo sería con él otro tipo de acercamiento corporal, y no me refería precisamente a bailar un vals...

—Suelo aprender todo lo que puedo de mis objetivos antes de acercarme a ellos —contestó sin soltarme la mano.

—¿Sus objetivos? —repetí entre confundida y ¿asustada? Nada de asustada. Fantasear sin reparo era lo que hacía—. Y sí, me gusta mucho su traje, señor Ribera —admití intentando salir indemne de mi acoso visual.

—Llámame Ferrán, por favor —sonrió animado ante mis reacciones—. No pretendía ser demasiado directo —aclaró recogiendo mi copa vacía y tendiéndome una nueva.

Me sentí tentada a rechazarla, pero la necesidad de saber a qué se refería, me obligaba tanto a quedarme allí, como a dar un traguito de algo que me templase el cuerpo. Bueno, templado ya lo tenía, puede que necesitase algo con hielo, más bien.

—Me temo que lo ha sido —aseguré buscando quitarle la sonrisa presuntuosa.

—¡Ferrán! —exclamó Ana aproximándose a mi llamativo desconocido—. Veo que ya has conseguido encontrar a Lucía.

¿Perdón? ¿Ana sabía que aquel guerrero espartano me buscaba? ¿Esa era la misma Ana que me acababa de preguntar unos minutos antes por su escurridizo hijo? Necesitaba imperiosamente que alguien me aclarase quien era el Adonis anabolizado.

—¿Os conocéis? —pregunté mirándolos alternativamente.

—Cielo, Ferrán es el prometido de Grace —reveló Ana—. Estaba muy interesado en hablar contigo por algunos temas de la boda, por eso me pidió que os presentase hoy.

—Ya veo —sonreí azorada. Y yo pensando que aquel hombretón quería meterse en mis bragas... Estás buena, Lucía—. Estaré encantada de ayudarte, Ferrán —dije sin poder esconder reproche en mis palabras—. Aprecio mucho a Grace.

—Entonces os dejo solos.

Ana salió disparada para seguir atendiendo a sus invitados, dejándome con mi vergüenza como único escudo ante él.

—Te debo una disculpa —rio observando mi cara enrojecida—. Grace me ha hablado mucho de ti y pensé que sería divertido hacerte sufrir un poco.

¡Será cabrón! Y no sería porque Grace no me hubiera advertido unas cuantas veces de que su prometido era una piceita...

—¡Menos risas! —golpeé su brazo haciéndome la ofendida—. Ya me había avisado de que eras un capullo. No sé que ha visto en ti.

—Soy un capullo con suerte —se encogió de hombros—. Y me parece que sí sabes lo que ha visto en mí —presumió alzando repetidamente las cejas.

Los dos estallamos en carcajadas antes de que me pidiera un par de favores en cuanto al vestuario de Grace para la luna de miel. Por lo visto iban a visitar muchos más sitios de los que ella creía, y con climas más variados, pero Ferrán quería que fuera sorpresa. Perfecto, como si Grace me lo hubiera puesto fácil de por sí...

Acabé accediendo, no por los beneficios que el cambio de planes me iba a aportar, sino por la cantidad de elogios que Ferrán le concedió al trabajo que hacía habitualmente para Grace.

Me despedía de él con un abrazo amistoso, cuando mis ojos toparon con los de Jorge caminando por el salón. Perdón, rebobino. Mis ojos alcanzaron a ver primero a la imponente morena que paseaba de su brazo. La curiosidad femenina fue la que me obligó a buscar a su acompañante, que para estar a la altura, debería ser todo un bombón. Efectivamente, lo era. Solo que hasta apenas una hora antes pensaba que era MI bombón.

Agradecí estar todavía sujeta por los brazos de Ferrán, porque sentí el golpe a la altura del estómago, y de no haber sido por él, habría acabado doblada por la mitad intentando mitigar aquel dolor.

¡Pero si me estaba sonriendo! El muy impresentable llegaba allí acompañado, y tenía la desfachatez de premiarme con una de sus irresistibles sonrisas. ¡Como si estuviera lanzándole una galletita al perrito bueno por esperar paciente! ¡Por el culo te voy a meter la galleta, gilipollas! Mi respuesta fue mostrarle mi dedo corazón en toda su extensión y salir pitando hacia el otro extremo del salón, no sin antes leer en sus labios la palabra teléfono.

Saqué del bolso el móvil de mala gana justo para ver su mensaje entrante.

«Nos vemos en el baño de la planta de abajo, cenicienta. No te aceleres»

Bajé las escaleras con miedo de romper los tacones o clavarlos en los peldaños de lo energéticos que eran mis pasos, y entré empujando la única puerta que había. Jorge esperaba dentro apoyado sobre el gran espejo, con los tobillos cruzados y las manos en los bolsillos de los pantalones de su traje azul. No llevaba corbata, y un par de botones desabrochados me mostraban el comienzo de ese pecho en el que yo adoraba apoyarme.

Eso no apaciguó mis ganas de pelea ni de lejos. En dos zancadas más me planté delante de él. Permanecí quieta durante unos segundos mientras evaluaba el grado de mi enfado y, cuando abrió la boca con intención de hablar, le planté su bofetón. Suave, fue suave. Una tortita de aviso, más bien.

—¡Uy, se me escapó! —me tapé la boca con ironía.

—¿Estás loca o qué te pasa? —me recriminó llevándose la mano a la cara.

—No seas exagerado. Ha sido una caricia fuerte —alzó una ceja en claro desacuerdo con mi calificación—. Además, loca debo estar por haber siquiera intentado creerte —escupí aquellas palabras con odio—. Lo único que tenías que hacer era demostrarme que puedo confiar en ti, joder. Solo necesitaba sentirme segura. Saber que íbamos a estar bien juntos. Solos tú y yo —las lágrimas amenazaban con invadir mis ojos, pero apreté los puños para contenerlas, clavándome las uñas en las palmas. No iba a volver a llorar delante de él—. No me puedo creer que te importe tan poco como para actuar así. Me das asco, Jorge.

Me di la vuelta para irme, pero agarró mi brazo deteniéndome.

—Puedo pasar por alto lo del tortazo, y hasta las acusaciones implícitas en tu discurso —dijo reteniéndome e inspirando con fuerza—, pero si vuelves a decir que te doy asco, seré yo el que no quiera saber nada de ti —sonaba a amenaza y a indignación. A ultimátum—. Deberías pensar antes de abrir la boca, Lucía.

—Y tú antes de bajarte la bragueta.

Solté mi brazo de un tirón y lo dejé solo en aquel baño.

Subí los escalones a toda velocidad y me apoyé en la primera mesa que encontré. Era la de las brochetas de fruta. Cogí una con la intención de utilizar el enorme palillo para clavármelo en el corazón y ver si así me dolía por algo que no me hiciera sentir imbécil. Bueno, quizá clavarse una brocheta en el corazón no era una actitud para sentirse una lumbrera... ¡Puto Jorge!

Noté unos tirones en la falda al intentar moverme. Cojonudo, Lucía. Te has enganchado con algo. Era lo que te faltaba, cargarte la falda. Con lo poquito que te ha costado conseguirla... Solo han tenido que hacértela a medida para que no parecieras un gnomo entre tanto tul.

Al girarme para liberarla, me encontré a una preciosidad morena con rizos tirando con su manita de ella.

—Llevas una falda de princesa —dijo con voz dulce e infantil.

—¿Te gusta? —sonreí cariñosa.

—Sí. Pero no es rosa —apuntó con cierta confusión.

Está claro que la pequeña no concebía la existencia de una princesa gótica. Disney debería de hacer algo con eso.

—Es que las rosas se habían acabado —se encogió de hombros satisfecha con mi respuesta y me agaché para ponerme a su altura—. ¿Cómo te llamas?

—Aurora —respondió con una enorme sonrisa—. Como la tía.

—Yo soy...

—¡Milucia! —soltó antes de que pudiera presentarme

La miré muy sorprendida. ¿Cómo sabía esa pequeña mi nombre, o la versión que ella había hecho de él? No tenía demasiado tiempo para planteármelo, mis cuádriceps empezaban a recordarme que no era un camionero acostumbrado a los servicios en carretera, por mucho que en ocasiones hablase como uno.

—¿Nos sentamos? —sugerí levantándome e indicándole con la cabeza un taburete alto.

Ella asintió, y la cogí por debajo de los brazos hasta colocarla sobre la silla. No me dio oportunidad de preguntar por su respuesta. Empezó a hablar a toda velocidad.

—Tío Jorge dice que *Milucia* es preciosa —abrí los ojos como un búho y busqué a Jorge por la sala sin éxito.

—¿Te ha pedido él que vengas a hablar conmigo?

Era lo que faltaba...

—Tío Jorge también dice que *Milucia* no es como las demás chicas —siguió, ignorando mi pregunta. En ese momento conseguí encontrar la mirada de Jorge. Nos observaba curioso, de nuevo acompañado de la morena—. Yo quería ser novia de tío Jorge, pero mamá dice que tío Jorge no tiene novias —se frotó el ceño fruncido claramente en contra de la postura de su tío. Ya cielo, a mí también me parece una mierda ese pánico al compromiso...—. Pero ahora mamá dice que tío Jorge quiere que *Milucia* sea su novia —intentó ocultar un puchero y yo una sonrisa—, y se ríe de él cuando habla de ella —se encogió de hombros de nuevo, recalcando que no entendía de qué se reía su madre. Si lo conoce un mínimo y desde hace tiempo, me puedo imaginar de qué se ríe, preciosa—. Mamá dice que está enamorado como un gili y lo que sigue —abrió mucho los ojos como si de verdad hubiera dicho una palabrota—. Yo me enfado porque tío Jorge no quiere ser mi novio, pero él dice que no puedo ser su novia porque ya soy su princesa —la carita de felicidad al decir aquello dejaba claro cuánto quería esa parlanchina a Jorge—. Por eso me gusta tu falda. ¿*Milucia* es también una princesa?

—No lo sé. ¿Tú crees que soy una princesa? —dudé poniendo una graciosa cara de no tener ni idea—. Puede que tengamos que preguntárselo a tío Jorge...

El susodicho había empezado a caminar hacia nosotras acompañado por su inseparable invitada, que le susurraba algo al oído entre risas, acariciando su antebrazo. Inspira, espira, Lucía. De nada te va a servir romperle la nariz, me recordé mientras me imaginaba lo fácil que sería simplemente estirar el brazo cuando nos alcanzasen. Aunque, pensándolo bien... Imaginarme a la morena con una napia a lo Bárbara Streisand fue casi tan gratificante como un orgasmo.

—A tío Jorge también le gusta una bruja —enfaticó la última palabra, y por primera vez desde que la niña había decidido soltar la lengua, lamenté que no tuviera válvula de seguridad para no repetir todo lo que escuchaba a los mayores. No estaba preparada para tener la certeza de que había alguien más, y menos cuando estaban a punto de alcanzarnos—. Tío Jorge dice que *Larubia* es una bruja muchas veces... pero que le gusta igual.

La cría estiró los brazos confundida, dándome a entender que no tenía ni idea de por qué su tío tenía ese cacao mental de una forma muy graciosa.

—¡Eres un loro, enana!

Nada más escuchar la voz del objeto de su adoración, empezó a escurrirse para bajarse del taburete. La ayudé y salió corriendo a por él. Jorge la levantó en el aire y, dándole una voltereta sobre su cabeza, se la colocó en los hombros sin poder evitar que se abrazase a él besándolo con devoción.

—¡Mami! ¿*Milucia* es una princesa? —preguntó dirigiéndose a la morena a la que ahora veía que se parecía sospechosamente.

No pudo aguantar la risa, y avanzó hacia mí.

—Hola, Lucía. Soy Hannah —se presentó besándome las mejillas con confianza—. Rori me ha hablado mucho de ti, y este pesado ni te cuento —terminó dando un codazo a Jorge que pretendía ocultar tras una sonrisa forzada lo cabreado que estaba conmigo.

—Encantada, Hannah. Tienes una hija que es para comérsela —dije guiñándole un ojo a Aurora, que le revolvió el pelo divertida a su tío.

—¡No soy *paracomérsela*! ¡Soy una princesa! —me recordó impaciente, cruzando los brazos sobre el pecho—. Mami, ¿puedo tener una falda de princesa como la de *Milucia*?

—No te preocupes, cariño —la tranquilicé aproximándome a ella—. Yo te conseguiré una falda de princesa —aplaudí encantada, y Jorge se agachó para que pudiera darme un beso—. Y puede que también una capa de bruja como la de *Larubia* —añadí antes de estirarme para darle también un beso en la mejilla a Jorge—. Lo siento. ¿Nos vemos abajo? —susurré en su oído antes de separarme.

Asintió sin ocultar que seguía decepcionado con mi actitud. Me disculpé con Hannah, y volví sobre mis pasos hasta estar de nuevo en el baño, solo que ahora era yo la que esperaba apoyada sobre el espejo.

Apenas un par de minutos después, Jorge entró cerrando la puerta. Estuve tentada a tirarme sobre él para abrazarlo, pero su expresión me dejó claro que esa muestra de afecto no iba a ser bien recibida.

—Lo siento —repetí empujando con los hombros para separarme del espejo y erguirme.

—¿Qué es lo que sientes exactamente? —preguntó con sarcasmo—. Lo de la hostia, o lo de haber sido una bocazas.

—¿Las dos cosas? —respondí agachando la mirada—. No lo pones fácil, ¿sabes?

—No me ayudas a ponerlo fácil —replicó sujetándome la barbilla para que alzase la mirada—. Tienes que hablar conmigo, Lucía. Tienes que decirme las cosas. No puedo adivinar qué te pasa si no me lo dices. ¿Sabes la cara de gilipollas que se me ha quedado cuando me has hecho una jodida peineta mientras sonreía como un idiota al verte? —su gesto se iba relajando a medida que hablaba—. Hannah es como de la familia. No imaginé que te lo fueras a tomar a la tremenda. Ella y Aurora han aparecido a última hora y las he invitado a venir. Eso es todo.

—Ya te he dicho que lo siento —insistí haciendo un puchero.

—Deja de sentirlo y dame un beso para que se me olvide —ordenó tirando de mí hasta hacerme chocar con su cuerpo—. Necesito que antes de enfadarte cuentes hasta diez y no te pongas siempre en lo peor, nena.

Impidió que le contestase atrapando mis labios con los suyos. Me abrazó con fuerza levantándome en el aire, y nos hizo retroceder hasta sentarme sobre la repisa de mármol junto a los lavabos. No dejó de besarme con calidez hasta que me liberó del abrazo y posó una mano a cada lado de mis caderas. Gemí quejándome, exigiendo de nuevo su boca, pero se alejó unos centímetros negándomela.

—Ni un beso más hasta que no hablemos de esto —sentenció con gesto de advertencia. ¿Desde cuándo Jorge era el rey de la charla?—. ¿Qué es eso de que no puedes confiar en mí? Tienes que confiar en mí si queremos que esto de verdad salga bien.

—Ya sabes lo que es —me defendí moviendo el culo hacia atrás para no notar su respiración sobre mis labios y poder concentrarme en nuestra discusión—. El problema es que yo ya intenté que saliera bien, pero tú lo echaste a perder —le recordé, sintiéndolo en cuanto su mirada se entristeció.

—Vale, Lucía. Lo hice de puta pena, pero no puedo estar pidiéndote perdón cada día por eso —alegó dando un paso atrás y retirándose el pelo de la frente.

—No quiero que me pidas perdón. Dejé de estar enfadada hace mucho tiempo —pareció animarse con mi respuesta y sus músculos se relajaron—. Pero tienes que entender que me cuesta pensar que no volverá a pasar. Solo intento preservar mi escasa salud mental.

—Que lo entienda no quiere decir que me guste —aclaró con una mueca de disgusto—. Odio que estés esperando a que te falle —se separó por completo de mí apoyándose sobre la pared que tenía enfrente—. No sé cómo convencerte de que no voy a volver a dejarte escapar.

—La confianza es un regalo que te otorgué nada más conocerte, pero la perdiste con la misma facilidad, y ahora no sé cómo hacer para sentir que somos las mismas personas que se subieron a un coche para pasar un fin de semana juntos en Madrid —lamenté estar hiriéndolo con mis palabras, pero tenía que saber cómo me había sentido—. Me fui... enamorada, y solo unas horas después, me dejaste atrás sin ser capaz de ser sincero ni contigo, ni conmigo. ¿Cómo voy a esperar que esto salga bien, si no sé hasta dónde quieres tú que llegue esto?

Quería que me entendiera mi postura, porque por mucho que dijera que lo hacía, estaba segura de que no era consciente de cuánto me había herido su reacción cuando le dije que le quería. Y sobre todo, Jorge y sus sentimientos seguían siendo un gran enigma a resolver, aunque ahora la responsable principal de su mutismo fuese yo.

—Lucía, te...

—Shhh —le obligué a detenerse antes de pronunciar las palabras mágicas—. No sigas. No lo digas ahora porque creas que es lo que necesito escuchar.

—Lo diría porque es lo que siento, nena —respondió volviendo a colocarse entre mis piernas y sujetando mi cara con sus manos—. Te hice daño y no hay día que no lo lamente. Me pasé cada una de las horas que estuvimos separados volviendo a ese momento, e imaginándome cómo habría sido todo si yo hubiera reaccionado de otra manera —dejó un suave beso en mis labios y en cada una de mis mejillas antes de continuar—. Pero si pudiera volver atrás en el tiempo, si pudiera rectificar, volvería a mucho antes. Volvería al día en que me fui de tu cama y me quedaría. Me quedaría ese, y todos los que fueron detrás —besó mi frente y continuó hablando rozándose con los labios—. Porque, desde que te conocí, cambiaste todo mi mundo. Los besos eran mordiscos juguetones —me dio uno como demostración—, y los desayunos olían a tortitas... —acaricié mi cuello con su nariz—, y a Lucía.

Sonreí. Nunca creí que él recordase o valorase esos detalles como lo hacía yo. Eso podría significar que me equivocaba también dando por hecho otras cosas.

—No llegaste avisando de que ibas a ponerlo todo patas arriba, pero yo te vi venir —entrelacé mis dedos con los suyos apoyando nuestras manos en mi regazo—. Creo que fue cuando nos despedimos en la puerta de mi casa aquel primer día. Justo después de que desaparecieras, mientras miraba tu número de teléfono en mi móvil y seguía notando el calambre que sentimos al rozarnos —asintió dándome a entender que sabía de cuándo le hablaba—. Ese fue el momento en el que decidí confiar en ti y hacerte un hueco en mi vida. Y eso que por aquel entonces estaba Alex de por medio... —hizo un gesto de disgusto al escuchar aquel nombre, así que volví a hablar enseguida—. A pesar de todo, de tu evidente palmarés sexual, que te encargaste de dejar claro —recordé con fastidio y él contestó negando mortificado—, y de ese *jodio* luminoso de neón que llevas sobre la cabeza que pone “Voy a hacer que te vuelvas loca por mí... nena”, no tuve elección. Te metiste bajo mi piel, y sé que no va a haber forma de sacarte de ahí —reconocí buscando su reacción. Juraría que sintió alivio—. Por eso cuando dueles, dueles más adentro, y no quiero enfrentarme a eso de nuevo. Me costó bastante huir de ello una vez —admití recordando las noches que pasé menospreciando las frases de ánimo de Adri y Vanesa, como si no me hicieran falta, quitando importancia a lo que había pasado, mientras algo dolía como cuchillos clavándose muy profundo por todas partes—. No quiero dudar cada vez que una mujer se te acerque y te regale una sonrisa. No soy esa clase de chica y no quiero convertirme en ella, pero para eso tengo que saber qué esperas de nosotros —le tapé la boca con la mano—. No tengo que saberlo ahora, pero si queremos que salga bien, como tú dices, tenemos que estar de acuerdo en qué significa ese bien.

Asintió y liberé su boca.

—Solo te voy a decir esto una vez, porque para mí está tan claro, que no quiero volver a hablar sobre ello —recalcó cada palabra, dándome tiempo para asimilar que aquello no era algo que estuviera en discusión—. Da igual cuantas chicas se me acerquen. A mí solo me importará siempre una. Esa eres tú y solo tú, Lucía. Tú eres mi chica. Grábatelo también bajo la piel —cogió mi mano y la llevó a su pecho, colocándola justo encima de los latidos rítmicos de su corazón—. Aquí solo hay sitio para ti.

—Haré lo que pueda por recordarlo —prometí dando unos golpecitos con los dedos sobre su torso.

—Que lo recordases antes de soltarme otra hostia estaría francamente bien...

—¡No seas exagerado! —me defendí, aunque estaba muy arrepentida de haberlo hecho—. No te he hecho daño, ¿verdad? —pregunté acariciando su cara avergonzada.

—Pero con esos brazos de *blandiblu*, ¿qué vas a hacer? —rió agitando mis brazos para quitarle importancia a lo sucedido—. Ha dolido más que dijeras que te daba asco —murmuró sin esconder el rechazo que le provocaban esas palabras—. No vuelvas a decirme algo así.

—Se me escapó...

—Vamos a tener que comprarte un colador verbal, a ver si así conseguimos que retengas algo en esa cabecita malpensada —ofreció acariciándome el pelo.

—No puedo prometer nada... Sabes que cuando me cabreo lo suelto todo sin pensar.

—Prométeme al menos que la próxima vez, y con esto no estoy diciendo que me vaya a pasar la vida apareciendo con otras mujeres —se apresuró a aclarar en respuesta a mi mueca—, dejarás que te lo explique antes de sacar a *la rubia* a pasear.

—Tú intenta no ponerme a prueba, anda —sonrei estirándome para besarlo tímidamente—. Deberíamos volver arriba.

—Lo que deberíamos... —susurró posando las manos en mis pantorrillas y ascendiendo por dentro de la falda, apartándola a su paso— es hacer las paces como Dios manda.

—Bloquea la puerta —pedí antes de atraerlo por las solapas de la americana para besarlo juguetona.

—¡¡¡Tíooooooooooooo!!!

El estridente grito de Aurora —junto con el sonido de sus zapatitos correteando por las escaleras—, me hizo darle un empujón para quitármelo de encima justo antes de que la niña abriese la puerta para entrar en el lavabo.

—Tiene que ser una broma... —gruñó Jorge muy bajito a un palmo de mi cara—. Te echo una carrera para buscar a mamá —la retó poniendo la mejor de sus sonrisas al mirarla.

—¡Pero tienes que darme ventaja! —gritó saliendo disparada de nuevo escaleras arriba.

—Si no voy, volveré a buscarme —resignado, me bajó con delicadeza del mármol.

—Seguramente. Te adora —contesté orgullosa ahuecando la falda—. Ya tendremos tiempo de seguir... hablando.

—Me siento muy comunicativo cuando te tengo cerca —ronroneó con cara perversa acariciándome el trasero sobre el voluminoso tul—. Me gustan más los vestidos apretados —se quejó mientras intentaba palpar algo.

—Podemos retomar esta conversación cuando quieras —susurré conspirando contra su cuello.

—¡Oh! ¡Menuda putada! —exclamó llevándose ambas manos a la frente y retirándose el pelo—. Mañana me voy a un congreso a Madrid toda la semana —admitió con cara de esperar otro tortazo—. Es algo muy importante y no puedo decir que no. Menos después de las discusiones que he tenido con el jefe de departamento para poder cambiar mis clases.

—Bueno, no pasa nada. Así tienes más tiempo para pensar bien en qué esperas de esto.

—Lucía, me paso el día pensando en ti. En nosotros —rectificó con aire cansado—. No necesito estar lejos para eso. Tengo claro qué es lo que quiero, y te...

—¡Que no quiero que me lo digas ahora! —voceé para que no terminase la frase—. Guardártelo para cuando vuelvas de Madrid —recomendé premiándolo con un beso que fue apenas un roce—. Supongo que verás a Marco.

—Sí, seguramente me quede... —empezó a decir mientras salíamos del baño de la mano—. Pensábamos hacer planes para el fin de semana —reconoció casi disculpándose.

—Haz planes con Marco. Yo tengo el resto del tiempo para acapararte —sonrei soltando su mano y dándole un apretón en el culo antes de dejarlo atrás—. Creo que debería charlar un rato con Hannah, por si me ha visto hacerle vudú mental antes.

—Vale —me retuvo—. En pos de la confianza, hay un par de cosas sobre Hannah que debes saber —dijo parando y bajando su cara hasta mi altura—. Ella viene conmigo al congreso.

—Bien —contesté agradecida por su sinceridad.

—Y aunque han llovido mares desde entonces, creo que prefiero que te enteres por mí, a que lo descubras y creas que te lo he ocultado por algo —acarició con las yemas mi ceño fruncido a la espera de algo que parecía que no me iba a hacer gracia—. Hannah es la mejor amiga de Rori desde que íbamos al instituto y, bueno, estuvimos juntos un tiempo. No fue nada —advirtió aguardando de mi reacción.

—Tranquilo, *playboy* —reí con sorna—. Puedo vivir con tus rolletes de veinteañero descarriado. Por lo que no voy a pasar es por compartirte en el presente —dejé claro antes de volver a caminar tirando de él.

—Solo tú y yo, Lucía —me recordó atrayéndome hasta aprisionarme contra su pecho y besarme la frente—. Hace mucho que somos solo tú y yo.

Ese domingo estaba siendo el día más largo de mi vida, y eso, viniendo de alguien que solía trabajar los domingos hasta las tantas en un laboratorio desierto, digno de aparecer como escenario en un libro de Stephen King, era mucho decir.

Por la hora que era, Jorge debía estar llegando a Madrid. No es que me entusiasmase la idea de pasar más días sin verlo, pero por lo menos después de nuestra conversación en un lugar tan romántico y acogedor como un baño público, estaba bastante más convencida de que las cosas por fin avanzaban entre nosotros. Y avanzaban hacia donde yo quería que lo hubieran hecho desde el principio, solo que ahora era él quien se encargaba de tirar de mí, y yo la que seguía resistiéndome a alcanzar ese punto.

Dicen que el miedo es libre. Dicen que suele apartarnos de las cosas que más anhelamos. Yo sé que el mío me impedía tomar la mano de Jorge con seguridad. También sé que no temes lo que no crees que pueda acabar contigo —pero nunca he considerado que merezca la pena luchar por algo que no sea capaz de consumirte—, y sabía que Jorge era una apuesta que me llevaría a una caída libre. Lo interesante sería descubrir si llegaría directamente al infierno, o me colaría por una madriguera hasta el país de las maravillas.

Sí, tenía miedo. Miedo de quererlo en la manera irracional e incontrolable en que, pese a todo, lo hacía. Miedo de volver a perderlo y perderme yo también. Miedo de necesitarlo. Miedo de que se hubiera convertido en esa brújula que no siempre marcaba el norte, pero sí el lugar exacto hacia el que yo quería ir.

Volví a mirar el mensaje que me había enviado justo antes de sentarse al volante y recorrer los más de trescientos kilómetros que nos iban a separar los próximos días, y no pude reprimir la tentación de activar una vez más el enlace de Youtube que me llevaba directamente a aquella canción de Pereza.

«Ando perdido pensando que estás sola y pude haber sido tu abrigo... Yo, que me quiero aliviar, escribiéndote un tema, diciéndote la verdad. Cumpló condena, por ese mal día haberte dejao marchar... <https://www.youtube.com/watch?v=eTj5g6lutfw>»

Le había respondido enseguida. No necesitaba escuchar la canción, me la sabía de sobra.

«Yo también pienso en aquella tarde... y en lo blandito que se está volviendo, señor de las sonrisas perversas. Me gustan sus dos facetas»

«Me alegro de que también te guste en plan niña llorona... Mis dos facetas están jodida y irremediadamente locas por ti... Te aviso cuando llegue, nena»

Después de aquello, mi corazón fue un poco menos mío, y un mucho más de él.

No me preocupaba en absoluto que Hannah lo acompañase. Una vez que me disculpé con ella por mi más que evidente hostilidad al verla del brazo de Jorge, me quedó claro que no suponía ninguna amenaza. Lo miraba de una manera casi fraternal, tal y como yo solía ver a Javi.

Precisamente por él, por Javi, era por lo que mi día estaba resultando insufrible. Me había llamado para avisarme de que vendría directo a mi casa cuando llegase a Valencia, lo que significaba que no quería encontrarse a Adriana antes de que se fuera a trabajar. Esa tarde le tocaba supervisar cómo se desenvolvía con las cenas el chef que tenía a prueba para sustituirla, y pasarían unas cuantas horas hasta que regresase. Javi seguía evitándola.

Por lo poco que Adri había hablado sobre el tema últimamente, estaba segura de que ni siquiera tenía idea de cuando regresaba Javi, y lo peor de todo era que parecía estar empezando a acostumbrarse a su distanciamiento, adquiriendo una actitud indiferente frente a ello.

Odiaba la sensación de estar perdiendo a la Adriana a la que se le ilumina la mirada por Javi. La que, sin darse cuenta, lo buscaba en cuanto estaba unos pasos alejado, solo por el placer de que sus ojos se encontrasen y él le hiciese un gesto que solo ellos dos entendían.

Puede que el resto del mundo no se diese cuenta de esas cosas, pero yo no soy el resto del mundo... Soy la persona que mejor conocía a Adri —al menos hasta que Javi llegó—, y Adriana no era de las que busca reconfortarse en otros ojos.

Quería conservar a la nueva y mejorada Adri. Quería que, fuera lo que fuese que estaba pasando entre ellos —o lo que no estaba pasando—, acabase de una vez. Para eso tenía que esperar a que Javi se sentase en mi sofá, y como ya sabemos que la paciencia nunca ha sido una de mis escasas virtudes, estaba que me subía por las paredes.

«Rubia, acabamos de llegar. Vamos a dejar las maletas en el hotel y cenar con Marco. Madrid no será lo mismo sin ti»

El mensaje de Jorge me sacó del trance e impidió que la pizza casera que estaba preparando se incinerase en el horno, aunque no consiguió sacar de mi cabeza la preocupación por mi amiga. Respondí sin entusiasmo.

«Ok. Dale besos de mi parte»

«Todo bien? Te noto seca. No será porque haya venido con Hannah, verdad??»

Apagué el horno y dejé que la pizza terminase de dorarse con el calor residual antes de coger de nuevo el móvil e intentar prestarle atención de verdad a Jorge.

«Estoy preocupada por Adri, es todo. Seguro que si estuviera en Madrid contigo, seca no sería la palabra que mejor me definiría... (sonrisa de golfilla y caricia con la nariz en la mandíbula incluidas, que sé que te gusta). Me voy a tomar la revancha de lo de Hannah cenando con Javi»

«Acabamos de comprobar que también tienes la capacidad de hacer que se me ponga dura con un mensaje. Estoy jodido de verdad... Qué le pasa a Adriana?»

No pude evitar la sonrisa tonta al leerlo. Bienvenido de vuelta, efecto Jorge, cuánto tiempo sin disfrutar de tus encantadoras consecuencias.

«Estás enfermo, que no es lo mismo. Adri y Javi no están bien. Voy a intentar que Javi me cuente qué está pasando en su cabeza antes de decidir si lo mando decapitar a lo reina de corazones»

«No deberías dejar que sus cosas las arreglasen ellos?? Estoy enfermo de Lucititis, pero sé cuál es la cura... (la sonrisa que solo te dedico a ti y guiño incluidos, que sé que te encantan)»

Abrí el horno para evitar que la pizza se secase demasiado y un golpe de calor me hizo retroceder, no sin antes tocar la bandeja con una muñeca llevándome el correspondiente quemazo.

—¡Ah, coño! —grité al notar el escozor bajo la marca que enrojecía por momentos y lanzando el teléfono por los aires en un acto reflejo—. ¡Joder!

Lo seguí con la mirada hasta que aterrizó sobre la mesa, minimizando así los posibles daños. Corrí a por él olvidándome del dolor y, solo una vez que lo apreté con fuerza como toda una Gollum viendo que estaba entero, me dirigí hasta el fregadero para meter la muñeca bajo el chorro de agua fría.

—No hay dolor, no hay dolor —me repetí sacando el brazo de debajo del agua—. ¡Y una mierda! ¡Duele de cojones! —farfullé agitándolo y apretando los dientes.

Fui en busca del botiquín, y me puse un apósito de los que me habían sobrado de mi último desacuerdo con el señor Pirolisis Inteligente. La ventaja de ser una pupas, es que sueles estar preparada para los primeros auxilios de lesiones básicas. Por desgracia para mí, los moratones tenían mala solución aparte de la paciencia.

Leí el último mensaje de Jorge antes de contestar, pero mi pequeño accidente me había torcido un poco el humor.

«De verdad piensas que si puedo hacer algo porque dos personas que quiero no sufran me voy a quedar de brazos cruzados?? Creía que me conocías mejor...»

Aunque me cabreaba que no entendiera que no va con mi naturaleza mirar hacia otro lado, no me apetecía discutir con él. Añadí un segundo mensaje intentando recobrar el hilo juguetón.

«*Cuál es el remedio para tu extraña dolencia??? Soy una enfermera experimentada y no puedo llevar sobre mis hombros esa carga...*»

Dejé el teléfono sobre la encimera mientras colocaba unos manteles individuales sobre la mesa frente al sofá. Elegí una botella de vino y la abrí para servirme una copa antes de leer la contestación.

«*Lucía, solo intento que no te veas en medio de una situación de la que vayas a salir escaldada. Las cosas de pareja solo incumben a dos personas, que son las que saben de verdad qué pasa entre ellos, y en este caso tú no eres ninguna de ellas*»

¡Tachán!, así de rápido fue como consiguió acabar con mis ganas de tonteo telefónico, y mamá Lucía tecleó rápidamente.

La peor consecuencia de mi temor respecto a Jorge, no era estar reticente a ponerle la etiqueta de estable a lo nuestro, era encontrarme siempre dispuesta a ofenderme por cualquier cosa que dijera, como si viviera con un constante síndrome premenstrual

«*Perdona. Nadie me informó de que tenías un máster sobre la vida en pareja*»

Ni que él supiera siquiera lo que era tener una pareja. La última persona que podría haber considerado como tal seguramente fuera Hannah, y eso suponía remontarse demasiados años atrás. Desde luego, ninguna de las mujeres que habrían pasado por la habitación del revolcón fácil lo había sido. Ni Sonia, ni Selena, ni las otras, fueran cuantas fuesen. Ni tú, Lucía. Ni tú. Cabreo *in crescendo*, que se tradujo en volver a escribir de inmediato.

«*No sabía que en el Club de Folladores hablaseis de relaciones. Debe ser que me he tirado al miembro equivocado...*»

«*No te calientes, rubia. Solo me preocupo por ti*»

Respondió con esa paciencia que parecía haber desarrollado durante el tiempo que pasé lejos de él, huyendo precisamente de esto, del peso de una relación indefinida que no sabíamos manejar.

Ese “No te calientes”, que en mi cabeza había sido dicho con un deje suficiente, tuvo el efecto inverso, y mis dedos se abalanzaron sobre el teclado moviéndose a una velocidad que despeinaría el flequillo al piloto de un caza. Una vez más iba a dejar que me perdiera la boca...

«*Ahórrate tu preocupación. Las cosas de amigos son SOLO de amigos y, si no recuerdo mal, tú y yo ni siquiera supimos ser eso*»

Jorge dejó de estar en línea. Cogí la copa y bebí hasta ver el fondo. El líquido atravesó mi pecho relajándome, justo a tiempo para enfrentarme al siguiente asalto telefónico, solo que la respuesta venía en forma de llamada en lugar de con un mensaje.

Se me había ido de madre y lo sabía, pero estaba irritada, dolorida, e impaciente. ¿¡Es que una no puede tener una conversación importante con un amigo sin que haya un par de altercados precediéndola!? Qué cansado resultaba a veces ser un metomentodo... Cogí otra copa y la botella y me dirigí al sofá.

—¿Qué? —contesté cortante al descolgar.

—¡¿Pero se puede saber qué mosca te ha picado?! —preguntó con un tono desquiciado y cerrando una puerta con bastante poco cuidado—. ¿Qué coño he dicho para cabrearte tanto?

—Nada, Jorge. No has dicho nada —respondí con desgana, negándome a llenar de nuevo mi copa y volver a caer en lo de beber para hacer el trago más llevadero.

Genial. Tú encima ponte farruca. Seguro que así parecerá que tienes un poco más de razón. A veces tienes una patada en la boca... ¿Ya no recuerdas lo bien que salió la última vez que te pusiste en plan impertinente con él? Porque creo que tu costado no ha olvidado de todo el hostión, me sermoneé.

—Vale, Lucía. No sé que he hecho, y no pienso pedir perdón por algo que creo que solo está en tu cabeza —inspiró con fuerza antes de continuar—. No quiero que discutamos estando a tantos kilómetros, así que vamos a tranquilizarnos —dijo antes de suspirar con fuerza.

Y como debía tener el riego concentrándose solo en la zona de la quemadura —que dolía como un demonio—, terminé de cubrirme de gloria haciéndome la digna.

—Te puedes meter tu condescendencia por el culo y darle vueltas hasta que se haga redonda —sugerí con superioridad.

—¡De puta madre! —aulló obligándome a separar el aparato de mi oreja—. ¡Una respuesta muy adulta, gracias!

Una alarma de advertencia sonó en mi cabeza casi tan alta como la reprimenda de Jorge. Solo intentaba hacerme ver algo que en realidad ya sabía, pero mi cabezonería, y la ansiedad que me estaba provocando la espera, habían cuajado en una perfecta ida de olla llevada al extremo. Estás nerviosa, Lucía, me recordé. No necesitamos otra pareja en crisis.

¿Acababa de usar la palabra pareja para referirme a nosotros? ¿A él y a mí? Me di cuenta de golpe de lo obtusa que estaba siendo, y de la necesidad apremiante que sentía por tener de una vez esa conversación pendiente con él.

—Lo siento, Jorge —me disculpé arrepentida de verdad—. Estoy histérica esperando a que Javi llegue. Me he quemado con el horno. He tirado el móvil por los aires y, como a veces soy rubia platino casi blanco, lo he pagado contigo. Sé que solo quieres cuidarme, pero yo quiero cuidarlos a ellos. Entiéndeme, por favor.

—Claro que te entiendo, nena —resopló calmándose—. Pero, joder, Lucía. Tienes que dejar de hacer eso de ponerte de uñas, porque es agotador intentar razonar contigo cuando estás así —reclamó con más razón que un santo—. ¿Qué es eso de que te has quemado? ¿Estás bien?

El timbre sonó antes de que pudiera contestar. Cerré los ojos lamentando mi comportamiento. No iba a tener tiempo de arreglarlo.

—Javi ha llegado. Te tengo que dejar —le informé acercándome a la puerta—. Siento portarme a veces como una desequilibrada —me excusé bajando el tono hasta casi un susurro—. Deberías buscarme ese colador verbal por Madrid —añadí intentando que recuperase el buen humor.

—Me jodé mucho que nos despidamos así, *rubia* —protestó claramente molesto por lo que acababa de pasar—. Llámame en cuanto se vaya. ¿Tengo algo de lo que preocuparme?

—Estaré bien si tú estás bien conmigo —dije a modo de súplica mientras abría y me topaba con un Javi bastante poco habitual.

—Estamos bien, pero llámame —pedió, y el sonido de sus dedos acariciándose la barba sobre la mandíbula me indicó que rumiaba algo—. ¿Puedo decírtelo? —preguntó arrastrando las palabras y dejando claro que no quedaba nada del Jorge que había perdido la paciencia hacía solo unos minutos.

—Lo sé sin escuchártelo decir —afirmé con seguridad apartándome para que Javi pasase—. Prefiero verte la cara cuando lo hagas —sonreí aunque él no pudiera verme—. Luego te llamo.

Colgué cerrando la puerta mientras seguía con la mirada a mi amigo antes de que se desplomase en el sofá.

Tenía la apariencia de una persona agotada, pero no físicamente, lo que era más preocupante todavía. Tenía los ojos enmarcados por un cerco negro, y no había ni rastro de la sonrisa con la que solía obsequiar a todo el mundo. Esa visión me asustó tanto o más que el conformismo que Adriana había parecido asumir.

—No tienes muy buen aspecto —apunté sin maldad.

Levantó la cara para mirarme a los ojos. Los suyos parecían ser los de un anciano con cientos de años y de lecciones mal aprendidas a sus espaldas.

—Será porque no me siento demasiado bien... —asumió con desgana antes de alargar el brazo para llenar su copa y llevársela a los labios—. Lo estoy haciendo de

pena. Lo sé.

—Y si lo sabes, ¿por qué no intentas evitarlo? —argumenté sentándome a su lado—. Empezáis a preocuparme de verdad, Javi. Ella no habla del tema. Está empezando a rendirse, y tú ni siquiera estás cerca para saberlo. Este no eres tú —le recordé señalando su más que alarmante mal aspecto.

—No quiero ser nadie —dijo mirándome como si yo tuviera que comprender a qué se refería—. No quiero ser otro número desconocido.

Seguía sin entender de qué hablaba. Debí notar mi confusión, porque me liberó de la amargura de su mirada dirigiéndola a la copa antes de seguir hablando.

—Un día confundimos los teléfonos. Ella se guardó el mío en el bolso y yo el suyo en el bolsillo —explicó terminando la copa de vino y sirviéndose otra—. Tenemos el mismo tono. Ella nos los puso a ambos —sonrió tímidamente, y algo me dijo que esa melodía sería algo especial para ambos—, así que no me di cuenta de que no era el mío hasta que descolgué y una voz masculina empezó a hablar como si lo hiciera con ella —suspiró frotándose los ojos—. Aparté el teléfono para ver el número. Aquel tipo parecía conocerla. Conocerla de verdad. Haber compartido más que un curso de cocina con ella. Pero su número ni siquiera estaba guardado.

No intenté interrumpirlo, estaba claro que necesitaba soltarlo, librarse de su particular penitencia, así que me acomodé y asentí para que siguiera hablando.

—Sé que es una estupidez. No sentí celos ni nada parecido —aclaró de inmediato—. Me disculpé con el tipo y le dije que la llamase más tarde —parecía totalmente sincero sobre la irrelevancia de lo sucedido, pero su expresión... dolía—. Se hubiera quedado en algo sin importancia. Recuerdo que hasta bromeamos con el tema de que su ex hubiera topado con mi voz en vez de con la suya... Pero desde aquel día, hay algo a lo que no puedo dejar de dar vueltas —volvió a apartar su mirada de la mía como si buscase ocultar su pesar—. Ella dijo que no era nadie —soltó el aire de golpe haciendo que esa simple expresión sonase mucho más cruda—. No lo dijo ofensivamente. Lo dijo con pleno convencimiento. Segura de que era una persona que no tenía ninguna importancia ni cabida en su vida —puntualizó intentando justificarla pero reflejando su total desagrado ante esa expresión—. Ahora no puedo dejar de preguntarme si esa persona con la que estuvo meses, si esa voz masculina y firme que le pedía verla sin saber que me lo pedía a mí, alguna vez la había querido como la quiero yo. Si ella lo quiso a él.

Entonces entendí lo que significaba aquel “No quiero ser nadie”. Supe que el muro de hielo que Javi estaba levantando entre ellos no era más que un fruto del miedo, del temor a que lo que él sentía por Adriana lo destrozase si ella decidía, como lo había hecho tantas veces antes, que su fase útil había alcanzado su final.

—Javi, tú no tienes nada que ver con los que ha habido antes —sentencié con una seguridad apabullante, sujetando su cara para que me mirase—. Ella no es esa persona desde que te conoció. Tú hiciste que ese tipo de vida no le pareciera suficiente. Contigo ha querido siempre el paquete completo, no solo el envoltorio. A ti te quiere —dije remarcando cada una de las sílabas buscando que echasen raíces en lo más profundo de su cabeza—. Lo hizo desde el día de mi cumpleaños, y no puedes decirme que no lo has sentido —le reprendí casi ofendida. ¿Cómo podía dudarle?—. Adri se mudó a Valencia por ti.

—Se mudó por ti —me corrigió antes de que pudiera continuar—. A veces creo que tú eres la única persona que no duda que estará siempre en su vida.

—Puede que dude de que tú estés dado tu comportamiento últimamente...

Me miró e hizo un gesto de sufrimiento como si le hubiera clavado una daga directamente en el corazón. No era mi intención, pero necesitaba recobrar la perspectiva. Entendía de dónde venía su inseguridad. Yo misma había vivido cada uno de los finales de las relaciones de Adri como un mero trámite. Conocía a la perfección a la Adriana práctica. A la que pasaba página como si hubiese olvidado las letras que estaban escritas en ella.

Siempre envidié esa capacidad, hasta que un día comprendí que lo que realmente debería sentir era pena. Debería lamentar que una persona no fuera capaz de implicarse con alguien lo suficiente como para que dejase huella en ella.

Adriana fue un libro lleno de capítulos cerrados e irrelevantes hasta que Javi llegó. Parecía que, durante todo aquel tiempo, simplemente hubiera estado desarrollando un prólogo que, si te saltas, no te impedirá comprender la verdadera historia de la protagonista.

Decidí cambiar de táctica. Plantearlo de otra manera.

—¿De verdad crees que la Adriana que rompió aquellas relaciones hubiera llegado a este punto con cualquiera de ellos? —pregunté deseando que viera mi enfoque—. ¿Crees que pasaría si quiera una noche en vela por alguno de ellos, esperando que llegasen a la cama antes de que ella tuviera que levantarse? —alzó las cejas sorprendido de que yo fuera conocedora ese pequeño pacto que mantenían, hasta que él lo echó por tierra convirtiéndose en un glaciar, claro—. La Adri antes de Javi, en primer lugar, no creo que jamás se viese en esa situación. Nunca en su vida le dio a nadie el valor suficiente como para creerse en posición de hacerse esperar. Y en segundo, le habría mandado a pastar sin billete de vuelta a la primera señal de rebeldía —se me escapó una débil sonrisa que no pudo evitar imitar—. Ha estado aguantando. Esperando que vuelvas a ella. Pero... no lo hará eternamente —lo apremié rogando que no fuera ya demasiado tarde.

—Lo sé, es solo que me sentía...

—¿Inseguro? —pregunté cogiendo su mano y apretándola—. No lo estés. Ella te eligió a ti. De todas las opciones que tuvo para enamorarse, de todos los que esperaron pacientes a que el tiempo la hiciera cambiar de parecer, ella guardó algo que decidió entregarte solo a ti.

—Visto así...

—Conozco tu miedo de primera mano, créeme —suspiré viéndome reflejada en mi amigo—. No puedo prometerte que será para siempre —arrugó la frente disgustado—. Que me gustaría creerlo, sí, pero estoy segura de que no será un camino fácil. Si no estás dispuesto a esforzarte por ella, si no os ves paseando de la mano como dos ancianos adorables y enamorados, con todo el dolor de mi corazón te voy a pedir que la dejes ahora.

Sus ojos se abrieron tanto, y parecían tan alarmados, que me pellizqué un brazo mentalmente por haber sido tan directa.

—No quiero renunciar a ella —afirmó con la firmeza de quien sacrificaría su vida por algo.

—Pues deja de alejarla, de alejarte, y busca la manera de traer de vuelta su sonrisa, porque está empezando a construirse una coraza, y te aseguro que como no la detengas ahora, no conseguirás quitársela.

Asintió completamente convencido y se recostó en el sofá con los ojos entrecerrados, como si su cerebro ya se hubiera puesto a trabajar en cómo arreglar el desastre que había alimentado con silencio y distancia.

—Voy a por la cena —dije incorporándome y sonriéndole—. Al paso que vas, te acabarás la botella antes de haberle hincado el diente a la pizza especial Montaner —le guiñé un ojo de camino a la cocina.

Mientras colocaba la pizza en el enorme plato para llevarla hasta la mesa, no pude evitar pensar en el discursito que acababa de soltar. ¿Dónde se quedaban todas esas cosas cuando era de mí y de Jorge de quienes hablábamos? Debía terminar con esa historia a medias que teníamos. Lo quería todo de él y lo quería ya. No cuando fuera demasiado tarde y él ya no quisiera darle una oportunidad a lo nuestro. No cuando ese nosotros se hubieran diluido entre dudas y temores.

«Termina ese congreso cuanto antes y vuelve. Vuelve a mí, Jorge. Vuelve y trae a las personas que fuimos allí, y entre los dos olvidaremos todo lo que pasó después. Ya no importa el antes, solo me importa el ahora, y quiero un ahora contigo. Uno que se convierta en un siempre»

Tuve que secarme la lágrima furtiva que se me escapó al terminar de escribir aquel mensaje, y recomponerme antes de salir, pizza en mano, al encuentro de Javi.

Nada más oler la comida, hizo un gesto de profundo agradecimiento, aunque creo que la charla que acabábamos de tener fue más responsable de que su cara volviese a tener color que la cena. Bueno, el vino también estaba contribuyendo.

El timbre sonó sorprendiéndonos a los dos.

—¿Esperas a alguien? —preguntó extrañado por la insistencia con la que el insoportable pitido no dejaba de taladrarnos.

—No —respondí posando el plato y caminando hacia a la entrada—. Y mucho menos a él —añadí después de echar un vistazo por la mirilla.

Abri adelantándome a la mano de mi segundo visitante, que iba directa a seguir mortificándonos con el estridente sonido del timbre.

—Lo siento, Lucía —dijo Rodri tratando de ocultar su nerviosismo—. Me he liado a andar... y he acabado aquí. Creo que he tenido mi primera discusión con Vanesa, y eso que ha consistido en una sola frase...

Tuve que morderme los carrillos por dentro. No porque me hiciese ni la más mínima gracia que esos dos estuvieran así por mis amigas, y menos sabiendo que ellas estarían en un estado similar, pero no podía dejar de sentirme un poco Jesús Punte abriendo las puertas de la caravana del amor. Agité la cabeza para sacudirme de encima la intención de tararear en voz alta la sintonía del programa.

—Adelante —le invité a pasar apartándome y señalando en dirección a Javi—. Llegas justo a tiempo. Hoy estoy de oferta. Escucho, doy de cenar y beber, y suelto una charlita de psicología femenina. Todo por el mismo precio.

—¿Quién es Gonzalo? —soltó a bocajarro mientras estrechaba la mano de Javi sin apartar la mirada de mí—. ¿Y por qué Vanesa se ha encerrado durante una hora a hablar por teléfono con él y luego, sin dejar de llorar, me ha pedido que me fuera de su casa?

Hice memoria. Los dos hombres que ocupaban mis sofás se conocían de la inauguración del estudio, por eso se miraban con cierta familiaridad.

—Bienvenido al mundo de los ex que caen como jarros de agua fría —lo recibió Javi con una mueca irónica.

—Creo que esto va a requerir algo más que vino —intuí viendo cómo Rodri engullía mi copa de un solo trago.

—Yo creo que ese José Cuervo que veo desde aquí se muere por darme un par de consejos —respondió el *petit* señalando con la cabeza la botella de tequila.

—Marchando unos vasos de chupito para los caballeros —bromeé viendo que Javi parecía muy conforme con la propuesta del recién llegado—. A mí me vais a perdonar, pero me planto. No soportaría otro día de buscar vestidos de novia con Grace encima con resaca.

Abri el ojo agobiada por el peso de algo que me impedía respirar. Era el brazo de Javi presionando mis costillas, evitando que escapase de su lado. Me desperecé y aparté como pude el martillo de Thor de encima de mí. Se revolvió inquieto, pero no pareció despertar.

En algún momento de la velada, Rodri había dejado de ser capaz de comunicarse —seguramente tuviera mucho que ver con haberse apretado casi la botella entera de tequila—, y se estiró sobre el sofá para dormir como un bebé. Javi y yo habíamos aguantado un rato más, acurrucándonos como tantas veces habíamos hecho en otro tiempo. Con una película cualquiera de fondo, habíamos acabado rindiéndonos al agotamiento de una noche cargada de nuevos propósitos.

Me incorporé y recogí el teléfono. Mientras caminaba hacia la habitación me di cuenta de que tenía varias llamadas perdidas de Jorge, pero no eran horas de llamar a nadie. Estaría más que dormido a esas alturas, aunque me había enviado un mensaje antes de acostarse.

«No quería irme a dormir sin hablar contigo, y menos después de ese mensaje que me has enviado... Lucía, eres mi ahora, mi mañana y mi siempre. Volveré en cuanto pueda y seremos algo mucho más increíble que lo que fuimos en Madrid, te lo prometo»

No pude evitar la sonrisa que invadió mi cara. Era tan fácil quererlo cuando decía esas cosas...

Cuando me acosté, me faltaron su olor y sus brazos arropándome. Aún así, me perdí enseguida en un sueño profundo y relajado, imaginando que él me abrazaba, mientras la voz de Rihanna le pedía que se quedase.

Me entretuve mirando a las dos marañas de brazos y piernas que había en mis sofás, y agradecí no haber bebido ni la cuarta parte que ninguno de ellos. Estuve tentada a despertarlos, a obligarlos a afrontar con decisión todo de lo que habíamos estado hablando apenas unas horas antes, pero me di cuenta de que, en ese estado, ninguno de los dos podría hacerlo con éxito.

Preparé batido revitalizante para cuando amaneciesen. Nunca me había parado a mirar aquella mezcla todopoderosa sin estar de resaca, y su apariencia... Me recordé cuántas mañanas había remontado gracias a ese mejunje y, pese a parecer vómito de zombi, dejé un par de vasos sobre la mesa con una nota para cada uno y unos cuantos hidratos de carbono que llenasen sus estómagos.

No te entretengas en los ¿y si?, porque los ahora nunca regresarán. Te eligió, y no suele equivocarse... No hagas que pierda la fe en la sabiduría de Pepito Grillo.

Junto con la de Javi añadí una copia de la agenda de Adriana para esa semana. Ella misma me la había enviado para que pudiéramos cuadrar algún hueco, y hablar de detalles del restaurante que debíamos solucionar. Con Rodri decidí aprovecharme de la información clasificada.

Cuanto más oscura es la noche, más brilla la luna para indicarnos el camino. Solo necesita olvidar que un día le hicieron creer que no era más que un astro apagado.

Sintiéndome plenamente satisfecha con lo mucho o poco que hubiera podido ayudar a esos dos —y con ello a mis amigas—, cerré la puerta de casa con la sensación de que aquel lunes era menos lunes que uno habitual. Porque aquel lunes, era el día en el que Jorge y yo amanecíamos en camas distintas, en ciudades distintas, y, pese a todo, nunca en mi vida lo había sentido más cerca de mí.

Miré el reloj una vez más mientras decidía si me ponía corbata o no. Hannah ya debía estar con Marco, que había pasado a recogernos por el hotel, pero yo me había entretenido más de la cuenta en la ducha.

En mí defensa diré —como podría demostrar ante un jurado con las fotos y mensajes que Lucía había estado enviándome— que había sido por razones de fuerza mayor.

Era jueves, y ya me parecía que llevaba una jodida eternidad sin verla, sin poder tocarla.

Pese a todo, estábamos llevándolo bastante bien. Ella despertándose con sus videos de buenos días, y yo robando versos a canciones para sacarle sonrisas. Cualquier cosa merecía la pena por ella y la promesa de un futuro juntos, hasta convertirme en la puta reencarnación de un oso amoroso. Si Marco me oyera, o leyera esos mensajes, se estaría despollando en mi cara toda la vida.

Esa mañana había intentado levantarme antes que ella para sorprenderla con un video como los suyos, pero mi voluntad de espabilar a horas intempestivas era bastante más frágil cuando *la rubia* no estaba cerca, y acabé haciendo algo de todo menos... romántico.

Con solo un ojo abierto, medio dormido, y como comprobaría más tarde por sugerencia suya, con una tienda de campaña mañanera digna de haberme pasado la hora anterior soñando con ella solo con unas medias puestas, apenas había sido capaz de pronunciar un “Buenos días, nena”.

No era lo que pretendía exactamente, aunque creo que a ella le encantó, porque los resultados habían sido acojonantes... ¡Todo el día recibiendo fotos sugerentes!

La parte mala había sido tener que disimular tantísimas horas rodeado de gente lo cachondo que me ponían, e intentar prestar atención a conferencias que solo hacían que torturarme, incluso más que las imágenes de Lucía.

¿En qué momento pensé que no iba a ser demasiado aguantar todo eso? ¿Que no iba a martirizarme volver a ver todas esas caras? Jorge, despierta. No puedes dejar atrás una vida que adorabas y luego ser inmune a coquetear con ella.

«Señorita estilista, con corbata o sin ella??»

Envié el mensaje junto con un par de fotos que eran más para provocarla que para pedirle consejo.

«Como vayas con esa cara, creo que te puedes ahorrar el vestírte, van a acabar tirándose encima de ti como hienas de todos modos...»

«Eso lo dice la que debe de haber ido a trabajar con el vestido más sexy de la historia de los vestidos... Es solo otra aburrída cena de gala de un aburrído congreso»

«Mis vestidos son hábitos de monja comparados con esas caritas tuyas... Hablas con alguien que también iba a congresos, recuerdas?? No creas que no sé exactamente lo que pasa en las cenas... O mejor dicho, después de ellas!! De aburrído tiene poco»

Un mensaje de Marco amenazándome con algo muy doloroso —en referencia a cierta parte de mi anatomía que me gustaría preservar—, me obligó a despedirme rápidamente y salir de la habitación a toda prisa.

—Deberías dejar de hablar con Lucía antes de salir a la calle si no quieres pasar por un salido pajillero —bromeó en cuanto nos vio aparecer a mí y a mi principio de erección, fruto de la joyita de Lucía que acababa de recibir. Tapada escasamente con una sábana, me recordaba la recompensa que tendría si me portaba bien—. Como sigas así, te van a salir ampollas en la mano, y no precisamente de trabajar la madera...

—Y tú deberías de dejar de mirarle el culo a Hannah si no piensas tocárselo —me defendí con una mueca de superioridad que le hizo cerrar el pico mientras ambos observábamos a la preciosa morena hablar con el recepcionista—, pero parece que ninguno estamos por la labor de olvidar nuestros malos hábitos —añadí con desdén.

—A lo mejor en vez de en su culito perfecto, la palmada te la doy a ti en la cara, pringado enamorado —replicó dándome unos golpecitos bastante molestos en la mejilla.

—¡Hostia, si lo has hecho hasta con rima! —contesté apartándole la mano—. Yo seré el pringado enamorado, pero es que creo que me has quitado el puesto de acojonado.

—Si quieres que te salve el culo cuando alguna de las conquistas que has ido dejando tras de ti aparezca hoy pidiendo un bis, ya puedes cerrar la puta boca —me amenazó al ver a Hannah caminar en nuestra dirección.

Marco y Hannah tenían historia, aunque la historia fuera en sí un gran vacío. Siempre se habían gustado. Bueno, más que gustado... se ponían, pero nunca se habían dejado llevar por esa innegable atracción que sentían.

Como madre soltera —después de la salida por la puerta de atrás del cerdo que solo contribuyó como donante de esperma—, ella se preocupaba más por la niña y por darle estabilidad, que por satisfacer sus necesidades básicas como mujer, que era todo lo que Marco podía ofrecerle y ambos sabían.

Bajo mi forma de ver las cosas, no entendía dónde residía el problema. Ella estaba muy lejos de poder ser la típica víctima de enamoramiento repentino del donjuán de turno, y él no engañaba a nadie, exponía abiertamente su perfil de italiano que vendería a su abuela por un buen polvo. Una noche juntos no les haría mal a ninguno de los dos.

Algo en la mirada felina de mi amigo observando a nuestra acompañante acercarse me hizo recordar viejos tiempos. Joder, no hacía tanto, Marco y yo éramos perfectos compañeros de juergas, y ahora todo eso me parecía insustancial. Ahora solo podía pensar en volver a casa, al lado de Lucía, y verla dormirse acurrucada sobre mí en el sofá. Lo que yo decía, un jodido oso amoroso.

—¿Nos vamos? —preguntó Hannah cogiéndose al brazo de ambos—. Hace tanto que no me tomo una copa, que puede que me tengáis que traer en brazos de vuelta.

—No creo que a Marco le importe meterte en la camita y arroparte —contesté con una sonrisa excesiva, a la que los dos respondieron con su ya acostumbrada indiferencia.

Me acomodé rápidamente en el asiento delantero del taxi, obligándolos a sentarse juntos atrás. No es que esperase conseguir nada con ello, dominaban perfectamente el arte de controlarse, pero era divertido buscarles las vueltas.

El taxista me cayó bien. No solo porque fuera una persona que no pretendía que le contases tu vida solo por el mero hecho de haber entrado en su coche, sino porque no llevaba la típica emisora de radio, sino su propia música. Me gusta la gente auténtica, qué puedo decir...

Quizá no me hubiera puesto tan contento si en lugar de ir escuchando a Vetusta Morla fuera un fan del tal Juan Magán, aunque tenía que reconocer que, al final, iba a acabar sacándole el gusto a esa música, sobre todo si Lucía bailaba siempre como lo había hecho el día de la paella en mi casa.

Supongo que asusta un poco darte cuenta de cuánto necesitas tener a alguien cerca y lo inútiles que han sido tus intentos para evitarlo, o eso fue lo que pensé mientras escuchaba aquello de “Y nos echamos tanto de menos, que nos da por despegar en avenidas de pegamento...”. De lo que si estoy seguro, es de lo jodidamente gilipollas que te sientes cuando te das cuenta del tiempo que has malgastado.

Pagué al taxista mientras Marco ayudaba a Hannah a salir del coche. Para no variar, la cena era en un ostentoso hotel del centro de la ciudad, y me alegré de haber salido corriendo de la habitación dejando la corbata tirada sobre la cama. Me lo tomaría como mi pequeño gesto de rebeldía.

A mí, todas esas muestras de opulencia me tocaban bastante la moral, por no decir los santos cojones. Me indignaba que se invirtiera tal cantidad de dinero en esas... reuniones, que al final no eran más que mamoneo para darse palmaditas en la espalda, mientras podría emplearse en proyectos mucho más útiles, como salas de exposiciones, o para facilitarles un poco las cosas a los artistas emergentes.

Inmediatamente me obligué a dejar de pensar en el tema. Eso solo me recordaba al pasado, y ahora estaba construyendo un futuro. Uno que intentaba seguir alejando de este mundo, por mucho que comenzase a sentir que mi obstinación ya no tenía razón de ser.

Nada más entrar me di de bruces con la última persona que deseaba ver.

—Hola, Jorge. Me alegro de que hayas venido —se colocó frente a mí de tal manera que fuera imposible ignorarlo—. Estos días ha sido misión imposible coincidir contigo en los descansos entre conferencias —dijo con cierta ironía.

Antonio no era un hombre que se anduviera por las ramas. Sabía de sobra que lo estaba evitando y por qué lo hacía. Si huir de tus sueños es complicado, más lo es soltar la mano de quien te guiaba hacia ellos.

—Antonio —hice un gesto con la cabeza a modo de saludo y él frunció el ceño aguardando por algo más—. Esperaba poder esquivarte hasta que fuera un viejo de manos inútiles y no pudieras darme más el coñazo para que volviera... Aunque en ese punto ya la habrías cascado, supongo.

Soltó una carcajada antes de estirar su mano para ofrecérmela. La estreché con firmeza y tiré de él para abrazarlo. Que no quisiera verlo no significaba que no me alegrase de haberlo hecho. Tenía tanto que agradecerle, como temor a lo que me pudiera decir.

—Espero que en esa universidad estén aprovechando lo mejor de ti —comentó mientras me daba unos apretones amistosos en la espalda.

—Creo que la que más lo ha aprovechado ha sido la hija del director del departamento —sonreí con fanfarronería.

—Hay cosas que no cambiarán... —me devolvió la sonrisa negando con la cabeza.

—No creas. Te sorprendería ver que ahora anda más tieso que una vela por una mujer —nos interrumpió Hannah estirándose para saludarlo con un beso—. Me alegro mucho de verte.

—Creo que yo me alegro más —le hizo un gesto de coqueteo bromista—. ¿No me digas que nuestro eterno soltero ha sentado la cabeza?

—No creo que con Lucía sea posible hablar de sentar la cabeza —intervino Marco uniéndose al grupo—. En cuanto conoces a la pequeña rebelde —dijo haciendo un estúpido gesto como si pusiera comillas a ambos lados de su cara burlándose de mí—, la pierdes por ella.

—Al final todos tenemos nuestra némesis —justificó Antonio visiblemente complacido por las noticias sobre mi cuasi estable vida amorosa.

—Bueno, no adelantemos acontecimientos. Todavía tiene que perdonarlo por haber sido un capullo que se esconde de lo que quiere detrás de una nube de obligaciones y cargas que se autoimpone. ¿Te suena? —añadió Hannah clavándome un puñal por la espalda que no esperaba.

Se me olvidaba que ella había estado siempre en contra de que dejase de dibujar. Me apoyó en lo de acompañar a Rori, pero nunca entendió por qué abandonaba el resto de cosas, y más cuando ella había logrado compatibilizar criar a Aurora con seguir ilustrando para la editorial.

En realidad no creía que nadie excepto Marco supiera la verdad, pero me importaba una mierda que lo entendieran o no. Era mi decisión. Lo único que tenían que hacer era respetarla. Por desgracia para mí, hasta yo había empezado a dudar de ella, y todo porque un día decidí dar vida a un Ícaro con sonrisa de ángel.

—¿Sigues entre nosotros? —cuestionó Marco buscando el punto en el que se concentraba mi mirada perdida.

Pero yo estaba lejos, muy lejos de allí. Estaba conduciendo a Valencia de vuelta. Llegando a casa de *la rubia* a las tantas de la madrugada solo para acostarme abrazado a ella. Para enterrar mi nariz en su cuello y oler su pelo, o acariciar su vientre mientras me dejaba hipnotizar por su melódica respiración. Estaba en ese viaje de camino a los sueños, a los deseos más profundos, a ella, que se había convertido en mi única verdad innegable.

—¿Me disculpáis un momento? —pedí mientras buscaba el móvil en el bolsillo interior de mi chaqueta—. Tengo que hacer algo.

—¿Puedo preguntarte por qué has venido? —inquirió Antonio sujetándome por el brazo.

Cogí aire y lo dejé salir. Ya no tenía sentido seguir negándolo.

—Vine para asegurarme de que no es aquí donde quiero estar —contesté antes de apoyar la mano sobre su hombro—. Vine para cerciorarme de que se pueden tener dos grandes amores en la vida, y que no quiero renunciar a ninguno de ellos —respondió con una sonrisa esperanzada a mi confesión—. Vine para saber si seguía sintiendo estas manos capaces de crear algo hermoso —las observé alzándolas ante mis ojos—, pero me he dado cuenta de que no conocí la verdadera belleza hasta que la vi a ella. Por eso, solo volveré a coger un lápiz cuando esté seguro de que podré hacerle justicia.

—Pues entonces emborráchate de tu musa y devuélvenos tu talento.

No sabía cuándo sería, pero ahora estaba seguro de que pasaría. Huir de Lucía durante meses solo me había servido para asumir que no habría nunca barrera suficiente que me hiciese olvidarla, y mis intentos de apartarla, lo único que habían conseguido había sido retrasar lo inevitable.

La conclusión era perfectamente aplicable a mi otra gran pasión. No importaba cuánto me obligase a renunciar a ello, porque nunca podría dejar de ser lo que era. Y era esa persona que se expresaba mejor sobre una lámina en blanco, que con palabras, lo quisiera o no, o a pesar de que luchase contra ello a diario.

El comentario de Antonio me recordó la canción de Lori Meyers, y como la imagen de Lucía bailoteando por casa *Emborracharme* me pareció algo casi celestial, una estúpida sonrisa se materializó en mi cara mientras tecleaba.

«Y aunque no estoy borracho perdido, me atrevo a contarte que no quiero ser tu amante, mucho menos puedo ser tu amigo. Lo único que quiero es beber de ti hasta emborracharme... Lori y yo te deseamos dulces sueños, nena»

—¿Entonces las cosas se están normalizando con Javi? —preguntó Vanesa mientras nos invitaba a tomar asiento en torno a la mesa baja llena de todo lo necesario para preparar Cosmopolitans y morir por una sobredosis de aperitivos—. Perdonad el desorden...

No era cierto que existiera tal desorden, pero para ella, el hecho de que cada cojín no estuviese colocado en su lugar predeterminado, era un crimen a la altura de cortarle un par de centímetros de tacón a unos Loboutin para hacerlos más ponibles.

Habíamos organizado una noche de cócteles y confidencias, aprovechando que Adriana tenía la noche libre, y que Van quería desesperadamente hablar de algo que le preocupaba. No había dicho ni una palabra al respecto, pero era bastante fácil leer entre líneas con ella.

Yo mucho no tenía que contar, la verdad. Jorge seguía en Madrid, pasando el fin de semana con Marco, tal y cómo habían previsto. La espera se me estaba haciendo eterna, pero me animaba pensar en estrenar la legión de nuevos conjuntos de ropa interior que me había comprado, cruzando los dedos para que alguno sobreviviese a las manos implacables de Jorge.

—Sí, tengo que reconocer que está volviendo a ser el Javi de siempre —explicó Adriana sin mucho entusiasmo mientras colocaba las copas frente ella para hacer las mezclas—. Todavía lo pillo de vez en cuando mirándome como si tuviera tres tetas, pero al menos ya volvemos a hablar y actuar como una pareja, no como cohabitantes desconocidos de un espacio común.

—Eso está muy bien. Hablar es importante.

A ninguna de las dos nos pasó por alto la extraña nostalgia en las palabras de nuestra anfitriona, pero lo dejamos estar por el momento. No parecía preparada todavía para compartir qué le pasaba, aunque intuíamos que el problema en cuestión tenía que ver con un informático de pelo rizado y sonrisa sincera.

—No sé qué pasaría en su viaje a Barcelona, pero el lunes volvió hecho mierda y con ganas de mejorar las cosas —confesó mientras adornaba las copas con una rodaja de lima—. Lleva toda la semana yendo a buscarme al trabajo. Me parece que alguien le dio un gran tirón de orejas —añadió tendiéndome una bebida con una mirada suspicaz.

—No tengo ni idea de qué hablas...

Adriana no necesitaba la confirmación de que yo había tenido nada que ver en aquello, solo que todo volviera a ser como antes, y eso únicamente dependía de ellos dos. Mi misión había terminado, y como buena agente encubierta, los detalles quedarían guardados como alto secreto.

Los chicos y yo habíamos llegado a un acuerdo aquel domingo. Mi salón se había convertido en un pequeño Las Vegas. Lo que pasó en la caravana del amor, se quedaría en la caravana del amor.

—Claro, claro... —sonrió irónica.

Vanesa parecía estar inmersa en sus pensamientos con la copa parada a apenas un centímetro de la boca, poniendo al límite el aguante de Adriana.

—Suéltalo ya, poni suspíritos —ordenó quitándole la bebida de la mano y volviendo a ponerla sobre la mesa—. Si sigues dándole vueltas, la habitación va a empezar a girar como un jodido carrusel.

—Rodri esconde algo —reconoció al fin.

—Sí, porno debajo de la cama, como todo universitario que se precie —apuntó Adri exasperada por lo inconcreto de la respuesta.

—Y eso lo sospechamos porque... —la animé a explicarse mirando a Adriana amenazadoramente.

—Gonzalo me llamó el domingo —comentó con cautela en un giro que, al menos Adri, no esperaba.

—Ese comemierda realmente quiere que le pongamos una sonda nasogástrica con meado de Jager... —murmuró cabreada doña Sutil—. Es un cerdo, Van. ¿No te tragarias la cantinela del hombre arrepentido, no?

—Soy una tonta —gimoteó avergonzada.

—¡Oh, venga ya! ¿En serio? —Adriana se levantó de golpe llevando las manos al cielo indignada—. ¿No hemos tenido ya bastante de él y su bazofia? No sé a quién tengo más ganas de cruzarle la cara, si a él por hijo de puta, o a ti por ingenua.

Yo permanecía preocupantemente callada, pero claro, ya sabía cómo seguía aquella historia... Con Vanesa encerrándose en su habitación a hablar por teléfono durante demasiado tiempo como para estar haciéndolo con alguien a quien no quiere escuchar, y acabar bañada en lágrimas por vete tú a saber qué basura que el cretino infiel le hubiera soltado.

—Ya lo sé. Me equivoqué dándole la oportunidad de explicarse, pero necesitaba hablar con él una vez más —se justificó escondiendo la cara en sus manos—. Necesitaba darme cuenta por mí misma de que no era la persona que creí.

Ahí ya sí que me vi obligada a intervenir.

—Van, ¿no fue suficiente el numerito en tu casa para eso? —cuestioné con amargura recordando lo destrozada que se quedó después de que él se fuera de rositas—. Nena, aceptamos el amor que creemos merecer. Por Dios que tú mereces mucho más que eso, pero si no eres capaz de verlo y sobre todo crearlo, estarás condenada a sufrir por hombres que no te valorarán lo suficiente durante el resto de tu vida.

—No me riñáis más, por favor —rogó al borde de las lágrimas. Nos acercamos a ella para cogerle cada una por mano con cariño—. Me equivoqué, ya lo sé.

—Lo importante es que no dejes que vuelva a entrar en tu vida de ninguna manera —recomendé secundada por los movimientos afirmativos de Adriana—. No le des el poder de afectarte.

—No pierdas el tiempo escuchándolo —aconsejó Adriana haciendo acopio de toda su calma para no sonar enfadada.

—No volverá a pasar —aseguró alternando su mirada entre ambas.

—Bueno, ¿qué tiene que ver esto con que Rodri tenga revistitas cochinas? —preguntó mi amiga en un burdo intento de aflojar tensiones al estilo Adriana.

—¡Que no guarda revistas de esas! —protestó Ricitos de Oro ofendida—. Es que cuando llamó Gonzalo él estaba conmigo... —había concentrado sus ojos en mí, esperando que mi reacción fuera más benevolente que la de Adri—. Acabé echándolo de casa entre lágrimas y sin la más mínima explicación.

Adriana se mordió la lengua para no soltar ningún improperio y yo me limité a asentir con paciencia. Hasta ahí llegaba la información que ya conocía, de manera que había llegado el momento de descubrir en qué punto habíamos pasado de la llantina por Gonzalo, a desconfiar del *petit*.

—¿Por qué crees que Rodri tiene algún secreto turbio? —pregunté invitando a todas a relajarnos y dar unos sorbos de las bebidas.

—¡No he dicho que sea nada turbio! —exclamó ella alarmada—. ¿Crees que tiene un secreto turbio? —añadió con preocupación.

—¿Le das tú o le doy yo? —dijo Adri dirigiéndose a mí—. Vanesa García, te aseguro que tengo técnicas muy convincentes para conseguir información, así que, si quieres seguir peinándote con un cepillo y no con abrillantador, ¡explícate de una puta vez!

—Adriana, nena, tú sí que sabes crear un ambiente propicio para las confidencias... ¡Animalaca! —le reproché sin poder aguantar la risa.

—Esconde algo relacionado con su casa —reveló acercando un cuenco con comida para ofrecernos. Negamos impacientes porque siguiera—. Esta semana he intentado disculparme con él. Quería prepararle una sorpresa en su piso, ahora que sé que no vive con sus padres, pero cada vez que le insinúo que podríamos vernos allí, me sale con evasivas y excusas poco creíbles. Vamos, que está ocultándose donde vive —concluyó dejándose caer contra el respaldo—, y os podéis imaginar la cantidad de cosas que me he llegado a imaginar que puede estar tapando.

—Bueno, mujer. Será porque es el típico piso de estudiantes desastrado y no quiere que pilles ladillas nada más cruzar el umbral —intenté justificarlo con la opción más posible aunque asquerosa.

—No creo que sea eso. Eso podría decírmelo sin más...

—Hombre, teniendo en cuenta que tu casa parece la del anuncio de Don Limpio...

—¡Ay la hostia, que te veo venir! —saltó Adriana—. ¿No te estarás imaginando, ni por un segundo, que es otro farsante manipulador?

Miré a mi amiga gratamente sorprendida de su léxico contenido. ¿Farsante manipulador? Escondí la sonrisa, no era el momento. Me devolvió la mirada entre orgullosa y vacilona, pero enseguida volvimos a concentrarnos en Vanesa.

—No sé qué pensar... —admitió reticente—. Le expliqué todo lo sucedido y si hubierais visto su cara descompuesta... No se sorprendió —claro que no lo hizo, pensé. Ya estaba al tanto de los puntos principales de la historia gracias a mí—. Su reacción no era como vuestras expresiones de cabreo. Estaba... avergonzado.

Pues claro que lo estaba. Había recurrido a mí para obtener una información que debería haberle pedido a ella, y pese a que yo no había entrado en detalles, estaba segura de que lamentaba no haberle dado el tiempo de abrirse a él.

—¿Qué dice Facebook al respecto? —pregunté consciente de que era una fuente de información sin límites si sabías buscar—. Sobre su casa, ¿qué has encontrado? —la presioné porque me observaba incrédula—. No me mires así, ¿qué hay de dónde vive y demás en las redes sociales?

—¿Perdona? —escupió ofendida.

—Venga, Vanesa. ¿No me digas que no has husmeado ya por todas? —intervino Adri intrigada—. Es un veinteañero que se pasa el día delante de un ordenador. Tiene que tener publicada hasta la talla de calzoncillos, o fotos sin ellos —rió ganándose un manotazo.

—¿Pero tú en qué mundo vives? —acompañé a Adriana en las risas.

—¿Es que tú has escudriñado la vida virtual de Jorge? —gruñó visiblemente molesta por no haber pensado en esa posibilidad, y porque nos estuviéramos riendo abiertamente de ella.

—Solo tiene twitter y básicamente para leer. Apenas publica nada —dije con la seguridad de quien lo buscó en todas partes nada más conocerlo—. Es bastante celoso de su intimidad. Ni siquiera usa su nombre —aclaré abriendo su cuenta para mostrársela—. Yo no pude encontrarlo hasta que él me siguió a mí.

—¡Menudo listo! —soltó Adri quitándose el teléfono para cotillear—. Prefiere no tener a la horda de *bienfolladas* acosándolo.

—Pero mira que eres *zorrupia*... —la fundí con la mirada.

—Sí, sí. Lo que tú digas —me quitó importancia con un gesto indiferente—. No haberte enamorado de don Polvo Brutal.

—Trae el ordenador y el iPad —ordené mirando con desdén a Adriana y empujando a Van para que se levantase—. Aquí las expertas, vamos a hacer una búsqueda exhaustiva en sus perfiles.

No fue difícil de encontrar. Tal y como esperábamos, hacía uso habitual de cualquier plataforma que le permitiese compartir su vida e interactuar con sus amigos. En un primer vistazo rápido no vimos nada significativo. Veintidós años, como ya sabíamos. Natural de Denia, donde vivían sus padres, y estudiante de último año. Ni sus fotos de perfil ni la descripción de este aportaban nada nuevo.

El estudio de las publicaciones solía ser bastante más provechoso, y ahí sí que no tardamos en obtener información interesante.

—Conozco estas vistas —afirmé ampliando una imagen en la que se veía un parque que me era muy familiar—. Viví en esa calle cuando llegué a Valencia.

—Por la perspectiva está claro que es un primero —añadió Adriana acercándose a la pantalla.

El pie de foto nos confirmó que efectivamente ahí era donde residía.

—Muy bien, nos colaremos en su casa para averiguar si realmente esconde algo —sentencié apartando el ordenador para coger de nuevo mi copa—. Pero yo creo que lo único que vamos a encontrar van a ser gayumbos sucios, un fregadero lleno de cacharros, y la tapa del váter bajada.

—¿Qué tienes tú con entrar en casas ajenas? —preguntó Adriana divertida, sin duda recordando el día que me colé en casa de Jorge.

—Si solo así voy a conseguir que esta deje de montarse pirulas mentales, me cuelo hasta en el *lodio* pentágono si hace falta —me ratifiqué con decisión—. Asegurémonos de que la casa está donde creo, y yo me encargaré de ver cómo nos colamos a lo *Ángeles de Charlie*.

—O sea, que lo vamos a hacer en plan secreto. Con premeditación y alevosía —dijo Vanesa casi arrepintiéndose y enterrando la cara entre sus manos—. Nos van a pillar seguro.

—No seas ceniza, Van. Lo vamos a hacer y punto —insistí mirándola inquisitivamente—. Esto va a ser nuestra aventura clandestina. En plan *El club de la lucha*, pero sin hostias, espero. Aunque estando yo, no se pueden descartar los accidentes —me encogí de hombros enseñando todos los dientes en una mueca estúpida.

—Y sin Brad Pitt ni Edward Norton, ¡no te jode! —protestó Adriana.

Seguimos retrocediendo aburridas entre fotos de amigos que se repetían una y otra vez hasta que una me hizo detenerme repentinamente. Mis mismas vistas, misma casa, pero la foto incluía una llamativa —eufemismo que se aclarará más adelante— joven cogida de su cuello. Estaba etiquetada en la foto, de manera que Adriana la buscó inmediatamente en el iPad. La frase que acompañaba a la publicación dejaba claro que eran más que amigos, pero la fecha indicaba que tenía unos cuantos meses.

—Aquí está —dijo Adri alargando el aparato para que todas pudiésemos mirar.

—Madre mía, ¿has visto esas pestañas? —pregunté en un vano intento de que Vanesa no se fijase demasiado en el resto—. Son una pasada. Me pregunto si se las habrá puesto en...

—¡Pero quién coño va a mirarle las pestañas con esas pechugas asomando! —voceé arrancando el cacharro de las manos de Adriana.

Empezó a toquetear histérica la pantalla táctil, y antes de que Adri abriera la boca, tuve que contener una carcajada.

—¡Pero si le has enviado una solicitud de amistad! —exclamó casi sin aguantar la risa.

—¡¡¡¿Qué?!!! —Vanesa soltó de golpe el dispositivo que cayó sobre sus rodillas. Tomándolo de nuevo, empezó a agitarlo delante de mí—. ¡Mierda, Lucy! ¡Haz algooooo! —me lo estampó contra el pecho sin miramientos.

—Claro, mujer. Ahora le mando un *wasap* a Zuckerberg para que haga caer Facebook por ti... —contesté mordiéndome el interior de las mejillas y separando su

mano de mi cuerpo.

—¿Pero por qué todo me pasa a mí?! —lloriqueó dándose en la frente con la pantalla.

Miré a Adriana avisándola de que iba a acabar con su sufrimiento.

—Seguramente por creerte todo lo que sale de la boca del mal bicho que tienes al lado —reconocí interponiendo mi mano en la trayectoria para un nuevo golpe.

Tuvo que reprimirse para no atizarle con el iPad a Adriana, que se descojonaba sin ningún miramiento.

—Serás... ¡cabrona!

—Ay, lo siento —se disculpó Adri todavía tratando de controlar sus carcajadas—. Es que eres tan fácil de engañar...

—Haz el favor de mirar qué podemos averiguar de esta tía antes de que te saque de mi casa arrastrándote por los dedos meñiques de los pies —amenazó tendiéndole el aparato.

—Tiene el perfil cerrado, no hay mucho que podamos ver...

—Vanessa, nada de teorías chungas —pedí al ver cómo estudiaba cuidadosamente una foto de cuerpo entero de la chica—. Lo más fácil es que le preguntes a Rodri. Esa foto tiene meses...

—Hay una razón por la que Rodri no quiere que entre en esa casa. Con vosotras o sin vosotras voy a averiguar cuál es —respondió dejándonos clavadas en el sofá.

Entonces comprendí que no había nada que fuera a hacerle cambiar de opinión. Estaba hasta el moño de que los hombres la ninguneasen considerándola ingenua y ocultándole cosas. No estaba dispuesta a repetir la historia con el *petit*, por eso iba a tomar las riendas de la situación. Aunque las riendas en sí fueran las de un caballo loco y desbocado... Pero quién era yo para juzgar los desequilibrios ajenos, cuando había sido la que propuso el plan...

—Si vamos a hacerlo, hay que hacerlo bien —exigí reclamando su atención—. Debíamos evitar encontrarnos a alguien.

—Perfecto. Los miércoles Rodri juega al fútbol con los de la universidad —nos informó terminándose el cóctel—. Aprovecharemos ese rato para entrar.

—No voy a poder acompañaros. Tengo que trabajar —se lamentó Adri frustrada por ir a perderse la aventura—. No la dejes que te convenza para que la levantes —le advirtió—. Ahí donde la ves, pesa como un cachalote —le di una colleja como recompensa a su calumnia—. O peor todavía, te acabará metiendo el culo en la boca.

La siguiente hora la pasé demostrándoles cómo con un trozo de una botella de plástico —y algo de paciencia y habilidad—, se podía abrir una puerta que no tuviera echado el cerrojo.

Lo que terminó de convencer a Van, no fueron las múltiples veces que logré entrar en su casa sin usar la llave, sino que la alternativa pasaba porque engatusase a Rodri el tiempo suficiente para quitarle el llavero y que yo hiciera una copia, y como no entraba en sus planes tener ningún tipo de contacto con él hasta que aclarásemos qué sucedía...

Era todo bastante demencial, la verdad, pero si lo hacíamos sin cagarla, entraríamos y saldríamos sin que nadie se enterase.

—Chicas, Javi me ha escrito —anunció Adri deslizando el dedo por la pantalla de su teléfono—. Dice que están en el pub. Que si nos acercamos a tomar algo.

—Yo estoy bastante cansada, pero una rápida podría tomarme —dijo Vanesa.

—Por mí vale. De todos modos, no es como si tuviera un plan mucho mejor que sacar a Duracelo del cajón en cuanto llegue a casa... —secundé apurando el Cosmopolitan y dejando la copa sobre la mesa—. Me retoco un poco la cara para no parecer el Joker y nos vamos.

Recogí el bolso y caminé hacia el espejo de la entrada mientras mis amigas hacían lo propio en cada uno de los baños. Saqué las pinturas que llevaba dentro, y de paso le eché un vistazo al móvil para ver si Jorge me había mandado algún mensaje.

«*Qué planes tienes para hoy???*»

Me había escrito hacía varias horas, seguramente al acabar el congreso, y no había vuelto a estar en línea desde entonces. Suponía que él también estaría de picos pardos con Marco y, extrañamente, no me sentía en absoluto inquieta por ello. Tanta insistencia sobre que no pensaba volver a estropearlo estaba haciendo mella en mí. Eso, o estaba demasiado invadida por el espíritu etílico como para preocuparme.

«*Hemos tenido una pequeña fiesta de la maquinación para colarnos en casa de Rodri. Ahora vamos al pub de Javi a tomar una (o dos o doscientas...) con los chicos. Y tú, qué planes tienes para hoy???*»

«*Tú*»

Me quedé mirando la pantalla esperando que su contestación continuase, pero había dejado de estar en línea de inmediato. Madre mía, cómo estaría para no ser capaz ni de escribir una frase completa...

Mantuve el teléfono a la vista mientras me arreglaba el maquillaje, pero al ver que no añadía nada más, lo guardé con el resto de las cosas y seguí a mis amigas hasta el ascensor.

En el pub había bastante gente. Desde mi altura, y a simple vista, era imposible localizar a Javi y al resto. Suponíamos que ese resto era Rubén y para de contar. Mario y Marta no debían estar para mucha fiesta nocturna, salvo las que incluían biberones y cambios de pañal.

Vanesa nos abría paso entre la gente. Yo caminaba detrás, y Adri... Cuando me giré para buscarla no nos seguía. Di por hecho que se había quedado hablando con el portero, con el que parecía tener bastante confianza. Seguro que ser la chica del dueño le daba cierta popularidad.

Vanesa paró de golpe y choqué contra ella. Se había quedado tan rígida, que ni mi empujón la hizo tambalearse. Se volvió con la cara lívida.

—Tengo que salir de aquí —rogó con ojos torturados—. Tengo que irme a casa, Lucía.

Solo con su movimiento al intentar apartarme logré ver por detrás de ella. Gonzalo se aproximaba a nuestra posición con bastantes prisas y apartando gente con brusquedad. Retiré a mi amiga interponiéndome en el camino para llegar a ella.

—¿Estás segura de que te quieres ir? Podría hacer que Javi lo eche —ofrecí sin pararme a pensar si de verdad podía hacerlo.

No tardaría en alcanzarnos, y la incomodidad de Van era cada vez más palpable.

—Lucy, estoy muy cansada, ya lo dije en casa, y lo que menos me apetece es enfrentarme a esto. Hoy no —cogió mi mano para darme un apretón—. Te prometo que estoy bien. Solo quiero alejarme de él. Irme a casa y descansar —moví la cabeza con conformidad—. Antes de que lo preguntes, no, no quiero que me acompañes. Date la vuelta y pásalo bien —se estiró para despedirse con un beso asegurándose de no mirar en ningún momento hacia él—. Saluda a todos y, por favor, entreténlo lo suficiente para que me dé tiempo a coger un taxi.

Deshizo nuestros pasos en dirección a la puerta y, apenas dos segundos después, sentí un brazo intentando hacerme a un lado. Me volví preparada para enfrentarme a Gonzalo y frenarlo.

—¿Dónde crees que vas? —me erguí plantándome en medio con firmeza.

—Quítate, Lucía —respondió dando un paso más para intentar intimidarme.

—Solo una pregunta, ¿cuánto dinero llevas gastado en ambientadores para el coche? —sonreí triunfal y su cara se tornó todavía más desagradable—. ¿Has conseguido ya que deje de oler a esquina de callejón? —insistí sin dejar que el odio que destilaba me amilanase.

—Fuera de mi camino —gruñó antes de empujarme sin ninguna cortesía.

Suerte que yo estuviera esperándolo y que no lograra desplazarme tanto como pretendía. Se disponía a volver a la carga, cuando un brazo dentro de una fina camisa oscura lo detuvo. Alex se coló entre nuestros cuerpos protegiéndome de él.

—No creo que quieras volver a hacer eso —sugirió con arrogancia—. ¿Te vas tú solito, o prefieres que lo llame a él para que te saque? —dijo moviendo la cabeza en dirección a la entrada dando a entender que hablaba del portero.

Gonzalo se deshizo de la mano de Alejandro de malas maneras, y lo rebasó sin dejar de mirarme con furia. Lo paré.

—Te juro que como te vuelvas a acercar a ella, el aire acondicionado será el menor de tus problemas —le avisé con toda la hostilidad que logré juntar—. Créeme que soy muy capaz de joderte la vida si intentas interferir en la suya.

Resoplando como un animal furioso, caminé con grandes zancadas hasta alcanzar la puerta, donde lo perdimos de vista.

—Me has salvado de una buena —reconoció regalándole una media sonrisa a Alex—. Me alegro de verte.

—Yo también me alegro de verte —me devolvió el gesto—. Ya sabes que me encanta sacarte de apuros en este bar —su sonrisa se amplió tras esa pequeña pulla, y yo fruncí el ceño haciéndome la molesta, aunque él intuía que era pura fachada—. Sabes que haría cualquier cosa por ti —añadió para arreglarlo.

—¿Dónde está el resto? —pregunté intentando ignorar su insinuación. Señaló con la cabeza hacia la columna central—. Voy a la barra a pedir. Ahora os veo.

Me volví, pero me detuvo sin que hubiera dado un solo paso.

—¿Me puedo fiar de dejarte ir sola sin que te metas en ninguna pelea? —bromeó antes de soltarme e irse en la dirección contraria, parándose a hablar con un grupo que daba la impresión conocerlo bien.

Parecía que no solo había mejorado su carácter, sino también su disposición a tener una vida social activa, lo que me hizo sonreír. Adiós, enanito gruñón.

Llegué a la barra más cercana y una de las chicas me reconoció enseguida, indicándome que sabía lo que tenía que servirme. Me moví para intentar localizar a mis

amigos, pero un cuerpo se interpuso en mi escrutinio.

—Hola, guapa, ¿me dejas invitarte a una copa?

La sonrisa de aquel tipo me pareció cuanto menos inquietante, pero me propuse intentar no poner mala cara y declinar la invitación con cortesía. Claro que se me pasó enseguida al escuchar su siguiente propuesta.

—¿Y si además de la copa te invito a un polvo? —ofreció al ver que no contestaba—. Has conseguido ponerme cachondo moviendo ese culito hasta aquí, ahora no puedes dejarme con las ganas.

Bravo, Lucía, hoy vas a cubrir el cupo de gilipollas que te puedes encontrar de fiesta sin apenas llevar quince minutos en el pub. Tenemos al ex cabrón... Al cerdo baboso... Solo te falta el ñiñato pesadito y borracho que quiere impresionar a sus amigos y haces bingo.

—Ya verás como sí puedo —lo desafié orgullosa recogiendo mi copa de la barra e intentando marcharme.

—Interesante —dijo obstaculizando mi huida—. Me gustan los desafíos, y quitarte ese vestido, ahora mismo, es un gran desafío —ver todos sus dientes me repugnó—. Aunque tengo que reconocer que estás muy buena con él puesto.

La forma en la que se lamió los labios después de esas palabras me provocó náuseas. Era un hombre bastante llamativo, pero su actitud, sus gestos, resultaban tan ofensivamente vulgares, su sonrisa tan asquerosamente lasciva, que me daban ganas de tirarle el contenido de mi copa sobre la bragueta.

—Los tíos como tú deberíais aprender que no nos vestimos para el regocijo de vuestros penes —le espeté con soberbia—. Apártate.

—Me gustan las guerreras —afirmó reteniéndome un segundo más.

—A mí los únicos cerdos que me interesan son de los que se saca el jamón.

Avancé esquivándolo tensa por si me seguía, pero me sentí segura en cuanto divisé a Adri y Javi tonteando a apenas un metro. Alex y Rubén los acompañaban. Fui directa a por el rubio del tupé, en busca de una sonrisa para intentar quitarme el incómodo malestar que me había dejado aquel encuentro.

—¿Y Vanesa? —preguntó con el ceño fruncido—. Pensaba que venía contigo.

—Le ha surgido algo —respondí sin muchas ganas de darle explicaciones sobre lo sucedido con Gonzalo—. Se ha ido a casa.

—¿Con el informático flacucho y despelujado? —me interrogó escondiéndose enseguida detrás de su bebida.

Antes de que pudiera contestar a su extraña pregunta, me tendió una mano en un gesto claro de que quería bailar conmigo. Posé mi bebida y la cogí mientras *El perdón* empezaba a sonar a todo volumen. Tirando de mí, comenzó a balancearnos insinuadamente con sus manos dirigiéndome las caderas como ya era habitual, aunque con más distancia entre nosotros que de costumbre. Supuse que lo hacía por consideración a su amigo, con el que su relación había vuelto a la normalidad. Me obligó a dar media vuelta, y comprobé que Alex había desaparecido. Seguía moviéndome sin apenas notar el roce de su pecho en mi espalda y, cuando alcé la mirada... ahí estaba él. Fue como si mis ojos supieran exactamente dónde tenían que dirigirse para encontrarlo, y una sonrisa que amenazaba con desencajarme la mandíbula partió mi cara por la mitad.

—Lleva un buen rato esperando a que lo veas —susurró Rubén en mi oído—. No quería acercarse con Alex aquí.

Jorge me devolvió una sonrisa tanto o más exagerada que la mía, pero la cambió enseguida por una mueca que dejaba claro que le gustaba mucho lo que estaba viendo.

Me dieron ganas de salir corriendo y abalanzarme sobre él. De saltar y enroscar las piernas en su cintura. De besarlo hasta que no pudiera respirar. Pero conedora de que mis habilidades motoras suelen jugarme malas pasadas, no iba a arriesgarme a espatarrarme a medio sprint convirtiéndome en el antimorbo. El contoneo sugerente era mucho más seguro y eficaz.

Me dirigí a su encuentro moviéndome coqueta al ritmo de la música. Se llevó la cerveza a los labios mientras sus ojos se entrecerraban estudiándome con la lujuria desbordándolos. Ese simple gesto me excitó, animándome a avanzar más aprisa. Posó el botellín en la barra, sin dejar de desnudarme con la mirada, y se apartó el pelo de la cara, haciendo que su bíceps se tensase bajo la camiseta.

—*Es que yo sin ti, tú sin mí, dime quién puede ser feliz...* —canté en su oído al llegar a él—. *Esto no me gusta...*

—A mí esto me encanta —respondió pasando totalmente de seguirme la corriente con la canción y acariciando mi culo—. Vamos fuera, anda. He tenido que ver cómo te librabas de dos tíos, no quiero que un tercero me haga perder el tiempo ni la paciencia.

—¿Me espías? —levanté una ceja divertida. ¿Cuánto llevaba observándome?

—Es difícil no fijarse en la mujer de tu vida en cuanto entra en tu campo de visión —explicó orgulloso de su poética contestación y de la reacción que provocó en mí, aunque no llegase a saber de qué magnitud empezaba a ser el cosquilleo que notaba en el estómago—. ¿Por qué sonríes así? —preguntó con vanidad.

—Acabas de reconocer que soy la mujer de tu vida —le recordé acariciándole los labios con el dedo índice—. ¿Has visto mis encuentros con Gonzalo y el cerdo de la barra?

—Te he visto desde que has entrado. Estaba esperándote —aclaró cogiendo mi mano para impedir que repitiera el movimiento—. Te defiendes muy bien solita, aunque tendrías que aprender a morderte esa lengua viperina de vez en cuando. No siempre va a estar tu caballero de blanca armadura cerca para sacarte las castañas del fuego —torció el gesto al mencionar a Alex—. En cuanto al otro... Conozco a los de su clase, Lucía. No deberías enfrentarte a un tío así, eso solo te hace más apetecible para él.

—¿Estás sugiriendo que le sonría y le dé las gracias por prácticamente violarme con la mirada? —me deshice de la presa de su mano recuperando la mía disgustada.

—Ni mucho menos —terció acariciando mi cara para que suavizase el ceño fruncido—. Solo digo que lo ignores y desaparezcas. Por una vez hazme caso —pidió poniendo esa carita que convencería hasta al mismísimo diablo de ir a comulgar—. ¿Me acompañas fuera?

Le hubiera respondido, pero me había quedado hipnotizada por sus labios carnosos al moverse. Quería morderlos. Quería saborearlos. Quería jugar con ellos hasta conseguir hincharlos y enrojecerlos.

Volví a alzar la mano acariciándolos de nuevo y mordiendo el mío.

—No hagas eso, porque hasta donde sé, esto es un pub y no un club de sexo. No creo que estuviera muy bien visto que te follase sobre la barra —advirtió obligándome a liberar mi labio y apartando mi mano de los suyos antes de bajarla hasta la altura de su cadera.

La seguí con la mirada, encontrándome en el camino un interesante bulto bajo su vaquero. Me gustó tener la certeza de no ser la única en estar acelerando el cambio climático con mi temperatura corporal. Salivé repentinamente hambrienta, y me alzó la cara para evitar que le siguiera mirando el paquete con descaro.

—¿Nos vamos de aquí?

Asentí sin haber recuperado por completo el control de mis instintos, y lo seguí andando inmediatamente detrás de él. Era una pena ir tan cerca y estarme perdiendo el espectáculo de su culazo. Le di un apretón juguetón para resarcirme, y me regaló un guiño por encima de su hombro.

Abrió la primera puerta y se detuvo de golpe reteniéndome en la reducida antesala que daba paso al pub. Allí solía estar el portero, pero en aquel momento estábamos solos entre dos puertas cerradas, y con *Propuesta indecente* sonando de fondo. Casualidades de la vida...

—¿Bailas conmigo? —me invitó a acercarme a él con ambas manos.

—Pensaba que tú no bailabas, y mucho menos esta música —me sorprendí arrimándome descarada.

—Es que hoy me siento muy complaciente —confesó empezando a movernos a ambos.

—Creo que esto se baila un poquito más separados —sonreí pícaro frotándome contra él e intentando no perder el paso—, pero estoy tan impresionada con lo bien que lo haces, que creo que podré soportarlo.

—Soy hermano de Rori, ¿de verdad pensabas que no sabía bailar? —se jactó antes de obligarme a dar una enrevesada vuelta—. Otra cosa es que no me guste hacerlo.

—A mí me gusta que lo hagas —protesté moviendo mis manos por su espalda y poniéndole ojitos.

—Pues espero que no me pidas a menudo que vuelva a hacerlo, y menos con esa cara —dijo antes de besarme apasionadamente—. Hay veces que creo que no podría decirte que no a nada, nena —añadió apoyando su frente sobre la mía—. Me arrebatas la voluntad, la cordura y hasta la respiración. Eres mi todo, y sin ti no quiero ser nada.

Esa última frase me hizo pararme en seco obligándolo a hacer lo mismo. Antes de que pudiese preguntar qué pasaba, cogí su cara entre mis manos.

—Acabas de conseguir que me enamore más de ti, algo que ya no creía posible —reconocí antes de cerrar su boca con la mía.

—Ejem —alguien carraspeó a nuestra espalda—. Lo siento, no podéis estar aquí —se disculpó el portero, que había vuelto a su puesto en algún momento y sin que ninguno de los dos nos enterásemos.

Le odié por romper nuestro instante perfecto, pero tenía razón en que no podíamos seguir allí. Teníamos que largarnos cuanto antes a un lugar en el que pudiéramos estar solos, y hacer todas esas cosas que ambos llevábamos deseando desde que nuestras miradas se habían encontrado.

—Vamos —me animó a salir—. Tengo el coche al final de la calle.

Apenas habíamos dado los pasos necesarios para traspasar la segunda puerta, cuando mi móvil empezó a sonar. Era Vanesa.

—Tengo que cogerlo —expliqué descolgando, y él aprovechó para sacarse la cajetilla de tabaco y encenderse un cigarrillo apoyado en la pared—. Van, ¿estás bien?

—Sí, sí. Todo bien —me tranquilizó—. Solo llamaba para ver si tú lo estabas. Me he largado sin pararme a pensar que te dejaba sola con él.

—No te preocupes —le resté importancia—. Se ha puesto un poco tonto, pero Alex ha impedido que fuera a más.

Decir ese nombre me pareció una pequeña traición, así que busqué la mirada de Jorge para acallar mis absurdos pensamientos. No pude encontrarla porque él observaba confuso a la exuberante rubia que se le había parado enfrente.

—Entonces te dejo. Buenas noches, *chiqui*.

Colgué sin siquiera contestar, agudizando el oído para escuchar lo que aquella burda imitación de muñeca hinchable tetona decía.

—Hola, Jorge. Creo que tú y yo tenemos algo pendiente —ronroneó pasándose el umbral de la insinuación por el canalillo y lanzándose directa a la invitación descarada.

Pendiente vas a tener tú un implante de pelo como no alejes tus morros siliconados de él, pensé notando cómo me sulfuraba.

Él seguía mirándola como si estuviese buscando algo que le indicase quién coño era.

—Agatha —le recordó, pero él pareció seguir sin identificarla—. Juraría que el hombre que nos pilló saliendo del aseo sí que me recuerda... —susurró arrastrando el dedo índice por el cuello de la camiseta de él.

Mi cuerpo se puso rígido al instante. Mis hombros se elevaron y apreté los puños a mis costados, intentando mantener mi furia a raya.

En ese momento él abrió los ojos casi imperceptiblemente. Se acordaba. Su rostro permaneció impasible y su cuerpo reflejó la tensión. Parecía paralizado. Ella lo aprovechó para quitarle el pitillo, darle una calada y, para mi absoluta enajenación, plantarle un beso en la boca soltándole el humo dentro. Solo entonces Jorge pareció reaccionar, apartándola y buscándome inmediatamente. Sí, querido, lo he visto, le dijo mi mirada iracunda.

—Avisame si quieres que terminemos lo que empezamos en aquel baño —añadió antes de devolverle el cigarrillo y entrar en el local.

Jorge no podía apartar la vista de la mía, esperando que estallase arrasándolo todo.

Cogí aire y empecé a contar mentalmente. Uno... Dos... Tres... Cuatro... Cinco... Suficiente, Lucía. Guardé el teléfono en el bolso y saqué un paquete de pañuelos. Avancé hasta Jorge y le estampé los pañuelos contra el pecho.

—No quiero oírlo —le advertí antes de que se intentase justificar—. Limpíate los morros y explícale a la hortera de tu amiga que el *gloss* de brillo dejó de llevarse después de que se separasen las Spice Girls.

Lo dejé atrás volviendo a entrar en el pub. Sabía que me seguía, pero no estaba segura de a qué distancia, ni en qué momento me obligaría a detenerme. Alejandro apareció en mi trayectoria como caído del cielo.

—¿Haría algo por mí? —le pregunté esperando que contestase que sí. Se limitó a asentir—. ¿Puedo besarte para joder a Jorge?

Sabía que era una auténtica perra por lo que iba a hacer —aparte de una egoísta manipuladora—, pero en aquel momento solo pensaba en devolvérsela.

—Encantado de ayudar —sonrió victorioso dando un paso hacia mí mientras miraba a un punto fijo a mi espalda.

Perfecto, tenía a Jorge justo detrás. Me puse de puntillas y, atrayendo su cabeza hacia la mía, le metí la lengua hasta más o menos el duodeno.

Alex se dejó hacer, levantándose ligeramente con las manos en mi cintura. Entrelacé mis dedos en su pelo y... ¡Joder! Se me había olvidado cómo de intensos eran los besos con él. Pero una parte de mi cuerpo no podía evitar sentir cierto rechazo. No era su pelo, ni sus gruesos labios. Alex me sostenía con cuidado. Jorge estaría levantándose con sus manos cubriendo mi culo. ¡Puto Jorge! ¡¿Tenía que ser protagonista hasta de los besos ajenos?!

Cuando consideré que aquello rozaba la relación sexual en público, me aparté volviendo a posar los tacones en el suelo.

—Gracias. Y lo siento —me disculpé sabiendo lo mezquino que era lo que acababa de pedirle.

—No lo sientas —pidió apartándome un mechón travieso que se había caído sobre mi frente durante el arrebato—. Ha sido un placer. En varios sentidos —con un gesto suficiente dedicado a Jorge, saboreé los restos de mí en sus labios—. Esta despedida me ha gustado más que el abrazo, la verdad —retrocediendo ligeramente, estudió mi rostro y volvió a mirar sobre mi hombro antes de sorprenderme con sus palabras—. Ahora no seas demasiado cabezota. Sea lo que sea, deja que lo arregle, porque aunque no me guste reconocerlo, creo que te quiere, y la lección que pretendías darle creo que te ha golpeado bastante más fuerte a ti.

—Me caías mejor cuando era más fácil cabrear contigo... —refunfuñé con un gesto estúpido, sabiendo que estaba en lo cierto.

—Mañana tengo que coger un avión. Cuídate, Lucía.

Obsequiándome con la sonrisa más genuina que había visto en su boca, se fue perdiendo entre la gente en dirección a la salida, llevándose con él el último canija que nunca saldría de su boca.

Una melena rubia me recordó cual había sido el desencadenante para aquel beso, y la furia volvió a bullir en mis venas calentándome la sangre. Necesitaba calmarme para poder lidiar con la decepción, tragarme el orgullo, y asumir que Jorge no había sido más que un participante pasivo en los acontecimientos.

—Ahora estamos en paz —presumí con altanería antes de perderme en dirección al baño, dándole unos golpecitos en el pecho a un Jorge petrificado.

Ni siquiera le miré a la cara. Empecé a andar y solo atiné a escuchar un “Fascinante” pronunciado por una voz que no era la suya, y a la que respondí

inconscientemente con una sonrisa forzada.

En el baño de chicas había cola, pero unas manos fuertes empujándome por las caderas me obligaron a entrar en el de tíos, arrinconándome contra una pared. Las manos descendieron por mis piernas para luego ascender arrastrando ligeramente mi vestido, mientras todo el peso de su cuerpo recaía sobre el mío aprisionándome con fuerza.

Ese era mi chico temperamental. Echaba de menos sus manos exigentes, aunque tenía que reconocer que, en apenas una semana, parecían más ásperas. Apretó su pelvis más contra mí, clavándome su excitación y empezando a lastimarme con su enérgica opresión. Jadeaba en mi cuello y su olor... No olía a Jorge. Ese aroma no era el de él. Además, Jorge podría ser brusco, pero le horrorizaba hacerme daño. Él nunca me arrinconaría así.

De repente todo encajó. Vi con claridad la cara a la que le había sonreído apenas un minuto antes y sentí la bilis subir por mi garganta.

—Venga, chica guerrera, vamos a pasarlo bien.

Quería gritar con todas mis fuerzas, pero me había quedado sin voz. Como en esas horribles pesadillas en las que necesitas desesperadamente hacer algo, y acabas dándote cuenta de que tu cuerpo no responde a tus órdenes. Estaba atrapada y muda.

Intenté revolverme, pero era demasiado fuerte, y oponer resistencia a que me separase las piernas mientras luchaba por llenar mis pulmones con el pecho estrujado, era tremendamente extenuante.

Sus manos estaban a la altura de mis muslos y su boca demasiado cerca de mi cara. Junté las pocas fuerzas que me quedaban y chillé.

—¡¡Suéltame!! —me agité con desesperación bajo su presión—. ¡¡No me toques!!

—Lo estabas pidiendo a gritos. Ahora no me hagas creer que no me has buscado.

Sentir su aliento tan cerca de mí, me provocó una arcada que a duras penas pude contener. Una lágrima cruzó mi mejilla en el momento que me di cuenta de que no había nada que pudiera hacer contra él, y todo empezó a perder nitidez.

—¡Apártate de ella!

Recuperé un poco de espacio, y el alivio me inundó al reconocer esa voz.

Al mover la cabeza descubrí horrorizada nuestro reflejo en el espejo, y todo pareció congelarse para que lo analizase. Rubén retenía con un brazo a un Jorge en llamas, que no podía ni abrir la boca porque toda su fuerza se concentraba en los puños. Los tenía tan apretados que todos y cada uno de los nudillos parecían de nieve. Yo tenía la cara desencajada, y las manos de aquel ser repugnante seguían rozando mis piernas. En la posición en la que estaba él, era imposible que supiera que había más de un hombre parado observándonos.

—Te he dicho que la sueltes —repitió Rubén.

—No te metas, tío. Esto no va contigo.

En cuestión de segundos dejé de sentir la presión sobre mí. A punto estuve de caer al suelo, pero Rubén me recogió antes de que pasase. Mi cara quedó enfocada para ver en primer plano como Jorge retenía contra la pared a aquel tipo, con el antebrazo apretando su cuello y la cara a pocos centímetros de la suya.

—¿¿Qué pensabas hacer, valiente?! —preguntó con tanto odio que hasta a mí me temblaron las piernas.

Intentaba mantener la calma, pero estaba furioso. Sus ojos daban absoluto pavor.

—Jorge, está temblando. Tienes que sacarla de aquí —dijo Rubén tratando de llamar su atención.

—Llévatela —ordenó sin mirarnos—. Salid de aquí los dos.

—No dejes que se queden solos —le supliqué manteniendo por fin mi propio cuerpo sin ayuda.

—¿Puedes andar? —asentí—. Dile a Javi que venga.

Salí del baño sin poder dejar de mirar la grotesca imagen de Jorge colérico, con el rostro deformado por la rabia. La música me atronó en cuanto puse un pie fuera, obligándome a espabilarme. Corrí hacia mis amigos lo más rápido que pude y les expliqué telegráficamente lo que había sucedido antes de que Javi me dejase a solas con Adri para reunirse con Rubén y Jorge.

—Nena, ¿estás bien? —dudó abrazándome con cuidado.

—Me he llevado un susto horrible —confesé mirando inquieta a la puerta del baño—. Gracias a Dios no ha pasado de un sobeteo vomitivo.

Jorge salió como una bala del baño, cruzando el local directo a la salida. Me solté de los brazos de Adri, que comprendió enseguida mis intenciones.

Cuando conseguí alcanzar la puerta, él me llevaba unos metros de ventaja.

—¡Jorge, para! —grité esperando que se detuviera.

—Ahora no, Lucía —me advirtió sin pararse o mirarme.

Sus piernas eran mucho más largas que las mías. Era prácticamente imposible que lo alcanzase. Al ver que apenas unos cuantos pasos lo separaban de su coche, decidí volver a intentarlo.

—¡Que pares!

—¡Te he dicho que ahora no! —me voceó dándose la vuelta para verme—. Aléjate de mí, Lucía.

Lo bueno es que había conseguido ganar tiempo y unos cuantos metros. Lo malo, que su voz era fría como un témpano de hielo. Solo tenía una posibilidad de llegar antes que él al Golf. Me quité los tacones a toda prisa y eché a correr, apoyándome en la puerta del conductor justo en el momento que accionaba el control remoto para abrirla.

—¿¿Es que hablo en puto chino?! —gruñó a apenas un paso de mí.

—No te enfades —pedí casi en un susurro cohibida por su actitud—. Por favor, no te pongas así conmigo.

Las lágrimas resbalando por mi cara acompañaron mis palabras. Levantó las manos, y por un momento pensé que iba a limpiármelas, pero enseguida las retiró cerradas en forma de puños de nuevo.

—No llores, Lucía. Por favor te lo pido —retrocedió dándome la espalda—. No soporto verte llorar y ya estoy demasiado al límite.

—Mírame —supliqué estirándome para coger su mano, pero la apartó enseguida—. Siento lo de Alex. Siento todo lo que ha pasado. Yo solo quería...

—¿¿Quieres dejar de disculparte?! —exigió en un aullido—. Lo de Alejandro me importa una jodida mierda. ¿Te das cuenta de lo que podría haber pasado si Rubén y yo no llegamos a aparecer? ¡No estoy enfadado contigo, joder! ¡Estoy enfadado conmigo!

—No lo entiendo. Tú no has hecho nada.

Me sequé las lágrimas con el dorso de la mano e intenté una vez más agarrarlo, pero volvió a evitarme.

—Si llegamos medio minuto después y veo que te está haciendo algo que tú no querías, lo mato, Lucía —sus ojos encendidos me decían que no mentía—. Estoy acopiando de toda mi fuerza de voluntad para no volver a entrar y romperle hasta el último hueso del cuerpo. No quiero que me veas así.

—Solo quieres protegerme —dije con paciencia esperando suavizar su ánimo.

—¡Pero es que yo podría haber evitado todo esto, coño! —volvió a perder la calma.

—No puedes controlar lo que hace la gente, Jorge.

—Pero sí lo que hago yo —alegó apartándose el pelo con ambas manos en un gesto desquiciado—. Si desde el día que volviste me hubiera plantado delante de ti y te hubiera obligado a escucharme, nos habríamos ahorrado un montón de discusiones estúpidas y de niñateces. ¡Y no tendrías que haber soportado que ese cerdo te tocara!

—O puede que no hubiera querido escucharte de cualquier manera, y habrías perdido la oportunidad de conseguirlo más adelante —argumenté cogiendo su mano al ver que su cuerpo se relajaba ligeramente—. Puede que hubiera acabado en ese mismo baño, y que tú no hubieras estado cerca para...

—No puedo, Lucía —me interrumpió soltándose de inmediato, horrorizado por la posibilidad que le planteaba—. Ahora no. Lo de hoy... Necesito tiempo, ¿vale?

—Pero yo el único tiempo que quiero darte es mi futuro —protesté plantándome de nuevo sobre la puerta—. Dímelo, Jorge. Necesito que me lo digas ahora.

—Tienes que estar de coña... —me miró incrédulo—. No. No así —negó señalándose a sí mismo—. No puedo.

Su voz sonaba tan decidida y ese no me dolió tan adentro, que me aparté del coche para dejar que hiciera lo que quisiera. En el último momento no pude retener las palabras.

—No es justo que sea yo la que reciba el castigo —murmuré mientras él abría la puerta—. Estás volviendo a hacerlo.

Se quedó inmóvil y su cara se puso tan pálida que temí que se desplomase. Cerró los párpados con fuerza antes de volverse hacia mí.

—No te estoy castigando a ti, nena —escuchar que me llamaba así me relajó—. Me estoy castigando a mí. Solo necesito recuperar el control de mí mismo para tocarte sin miedo a hacerte daño. Sin ganas de matar a nadie.

—¡No seas absurdo! Tú nunca me harías daño —bufé hastiada de su actitud.

La seguridad de mis palabras le hizo suspirar aliviado.

—No me estoy yendo. No voy a desaparecer —aclaró en respuesta a mi preocupación—. Solo necesito unos días para olvidar la imagen de ese tío sobre ti.

—Te recuerdo que soy yo la que lo ha sufrido —contesté con estupor—. ¿Qué pasa si yo lo que necesito es a ti? ¿Ahora te va a dar asco tocarme por lo que has visto?

—¡¿Pero cómo puedes pensar eso?! —gruñó contrariado—. Has dicho que tú quieres darme tu futuro. Yo te doy mi vida entera. Todo lo que soy, todo lo que quiero, pasa por ti. Pero, por favor, no me pidas que me quede hoy.

—¿Y mañana? —elevé una ceja impaciente.

—Lucía, unos días, solo pido eso —resopló con desgana.

—Adelante, vete. Ya has tomado tu decisión —dije volviendo a calzarme los zapatos y dándole la espalda—. Como ya te dije una vez, no pienso mendigarte amor.

—Nena, no hagas eso —pidió posando una mano en mi hombro.

Sentir su contacto cálido fue un amargo recordatorio. Había conseguido que yo tampoco quisiera que me tocara. Moví ligeramente el cuerpo para que su mano cayera.

—Adiós, Jorge —me despedí de espaldas, obligándome a dar un paso tras otro sin mirar atrás.

Unos días. Sonaba corto, ¿no? Dos simples palabras no podían encerrar tantas horas, ¿verdad? ¡Mec, error! Unos días representaba ese inconcreto intervalo de tiempo que podía abarcar desde los dos, a los que tardó Ulises en volver a los brazos de Penélope. Unos días podía convertirse en el periodo más interminablemente insufrible de mi existencia si las horas seguían empeñándose en arrastrar los minutos hasta hacerlos parecer siglos.

Como a mí lo de tejer nunca se me dio demasiado bien —y mira que mi abuela lo intentó...—, dediqué todo mi talento al plan de allanamiento de la casa de Rodri.

Aquella fatídica noche, después de que Adri y Javi me llevaran a casa, y de prácticamente tener que quitarme de encima a mi amiga con una espátula para que no se quedase a dormir, me metí en la ducha. Apoyada contra la pared, estuve debajo del agua durante lo que parecieron lustros, esperando que esta se llevase el recuerdo del tacto de aquellas manos extrañas en mi piel. Aunque lo que peor me hacía sentir, era la ausencia de las que necesitaba cerca para olvidarlo.

Había tenido suerte. Sabía que había tenido mucha suerte. Incluso los policías que me tomaron declaración lo habían dicho, pero yo no podía dejar de pensar en todo lo que pudo salir bien esa noche... y salió rematadamente mal. Gonzalo... La rubia besando a Jorge... Yo besando a Alex... El horrible incidente del baño... Y justo cuando parecía que por fin iba a funcionar, que ni yo ponía obstáculos ni él barreras, Jorge apartándose una vez más.

Había vuelto antes de Madrid para pasar el fin de semana conmigo, en lugar de quedarse con Marco como tenía previsto. Había esperado a que llegase al pub, y cada cosa que había dicho aquella noche solo parecía llevarnos derechos a comer perdices, hasta que Murphy nos aplastó con su ley. Todo lo que pudo salir bien, se convirtió en la maldita tostada cayendo por el lado de la mermelada.

Desde aquel día mi sueño era ligero e inquieto. Como si tuviera que estar alerta por si Jorge llegaba y no fuera a enterarme. Sí, era absurdo, lo sabía. Ni siquiera quería estar pendiente a todas horas de si aparecía o no, de si llamaba o no, pero mi cuerpo iba por libre, y había decidido que el duermevela era su estado ideal, o que levantar la mirada cada vez que escuchaba pasos acercarse no era una reacción desesperada.

Mi mente, que parecía algo más espabilada que mi cuerpo, quería llamarlo y gritarle. Quería convencerlo para que reaccionase de una vez. Quería que *la rubia* se presentase en su casa y le exigiera que volviera a desesperarla con su arrogancia. Por eso agradecí tener la distracción de acompañar a Vanesa en su misión de espía. Así mantendría esos pensamientos a raya.

La esperaba con todo el equipamiento preparado y un USB con canciones especiales para nuestra aventura, algo que solo evidenciaba aún más mi necesidad de mantener mi mente ocupada en los últimos días.

—¿Cómo estás, *chiqui*? ¿Se te ha pasado ya el susto? —preguntó abrazándome con fuerza nada más entrar por la puerta.

—Bien, bien. Estoy bien —respondí obviando la parte en la que estaba como el culo, pero porque unos días no había resultado significar ni dos, ni tres, ni cuatro, ni cinco. Esa iba a ser la quinta noche sin ver a Jorge—. Después de todo lo sucedido, me sentí más indignada que atemorizada —expliqué conduciéndola hasta la habitación—. Supongo que eso ha ayudado a que lo olvide, aunque puede que no vaya sola al baño en un tiempo.

—¿Qué es todo eso? —exclamó sorprendida viendo nuestros uniformes sobre mi cama.

—Van, si vamos a colarnos en casa de Rodri en misión secreta, necesitamos una indumentaria adecuada —dije tendiéndole la que sería su peluca—. Las he comprado buenas, para que no piquen, así que no te quejes.

—Genial, Lucía. Seguro que así no llamamos la atención —protestó colocándose la peluca de mala manera.

—No te pongas estupenda —le advertí tirando del flequillo hasta taponarle los ojos—. ¿Tú sabes lo que fue tener que jugarme la vida en Primark por conseguir estos? —reclamé levantando los *leggings* de vinilo—. Creo que enfrentarse por ti a la manada de ñus en estampida que había allí dentro, me pone en el primer puesto para la siguiente canonización.

—Porque era una necesidad vital ir de ochenteras molonas para allanar una casa, claro...

—¡Ay, Vanesa, qué palizas eres! Llevo practicando toda la semana —le recordé poniendo los ojos en blanco—. Te garantizo que en menos de un minuto he abierto la puerta. Hagamos que por lo menos sea divertido.

Nos vestimos y nos colocamos las pelucas la una a la otra. Vanesa estaba guapísima hasta de pelirroja. ¿Habría algo en el mundo que no la hiciese parecer una diosa? Decidí revelarme un poquito.

—¿Qué crees que haces? —se quejó viendo cómo me subía a unas cuñas negras y mirando sus Victoria—. ¡Habíamos quedado en ir planas por si había que correr!

—Van, no pienso salir a la calle pareciendo una morcilla de Burgos, mientras tú pareces la *jodía* Catwoman —la avisé tendiéndole mi neceser de maquillaje—. Yo voy a maquillarme, tú puedes hacer lo que quieras. Y si hay que correr... Yo nací con unos tacones de aguja bajo el brazo en vez de un pan, no te olvides.

Después de hacernos un reportaje completo de fotos para enviar a Adriana, bajamos a la calle en busca de mi coche. En el espejo del ascensor quedó claro que no llamábamos más la atención que cualquier otra chica que decidiera meterse en aquella segunda piel. Las pelucas eran bastante naturales, y tenía que reconocer que el rubio —voy a obviar la parte en la que explico el por qué de la elección— no me quedaba tan bien como a Vanesa el pelirrojo.

Nada más arrancar, la música a todo volumen invadió hasta el último rincón del vehículo.

—¡Ay Dios! ¡¿Pero qué haces escuchando Camilo Sesto?! —gritó antes de asegurarse de que no nos estallasen los tímpanos.

—Oye, que *Vivir así es morir de amor* es un clásico y llevo una semana muy dura —me quejé deteniendo el CD de Alba y conectando el USB para buscar la carpeta Thelma y Louise—. Confórmate con saber que, si mientras la escuchaba y cantaba iba conduciendo, no podía estar empujando el codo.

Me incorporé a la circulación notando sus ojos clavados en mí. No tenía muchas ganas de hablar de ello, y no se iba a sorprender porque confesase que había pasado las últimas noches saliendo de casa para conducir sin rumbo después de rendirme a la imposibilidad de dormir. Era tan típico en mí, como lo habría sido ir a pasear a la playa. También lo habría hecho, si eso no supusiese más que un amargo recordatorio.

—¿Jorge sigue sin dar señales de vida? —preguntó librándome de su mirada.

—Lo cierto es que ayer me envié un ramo de lilas —estaba segura que para recordarme nuestro rincón de lectura que ahora estaría huérfano sin flores y sin nosotros. A saber dónde las había conseguido...—. También había una nota que decía “Estoy, no me he ido a ninguna parte” —expliqué con un tono que pretendía ser indiferente.

—¿Entonces por qué sigues teniendo esa cara y escuchando los grandes éxitos del desamor? —cuestionó posando su mano con cariño sobre la mía, que descansaba en la palanca de cambios.

—Porque es complicado creer que alguien está cuando no se deja ver.

Llegamos a la calle en la que habíamos deducido que vivía Rodri. Estudiando la perspectiva de las fotos, coincidimos en que una de las puertas del primer piso del

número 23 era nuestro objetivo. Salimos del coche preparadas para no volver hasta haber averiguado qué pasaba en aquella casa que mereciera poner tan nervioso a su inquilino.

La suerte parecía estar de nuestro lado. Un vecino saliendo, nos libró de tener que llamar al telefonillo para lograr que nos abriesen la puerta.

Era un primero, de modo que usar las escaleras sería mucho más seguro que tentar a quedarnos en aquel ascensor que parecía del pleistoceno.

En el descansillo había dos viviendas. Teníamos el cincuenta por ciento de posibilidades de cagarla. Le cedí la decisión a Vanesa, mientras extraía de mi bolso el pedazo de plástico para colar por la rendija de la puerta. Justo cuando señaló una de ellas, el berrido de un niño nos hizo retroceder a ambas.

Tras varios meneos que hicieron crujir las bisagras, y una pulida técnica deslizando el plástico, la puerta correcta cedió, y sin tiempo que perder, entramos cerrando con cuidado de no hacer —más— ruido.

El piso estaba limpio y ordenado, y no parecía para nada un lugar impersonal o descuidado. La primera puerta era la del dormitorio principal, y tuve que reunir todas mis fuerzas para no aullar una maldición tan fuerte como el puñetazo que quería darle a Rodri. Intenté sin éxito impedir que Vanesa avanzase, pero se deshizo de mi mano alcanzando la cómoda en dos zancadas temblorosas.

—Ella vive aquí —confirmó Vanesa descorazonada, cogiendo un perfume y una foto en la que posaba la chica de Facebook—. Me ha mentido.

Las ideas empezaron a rodar en mi cabeza tan deprisa, que sentí cómo me mareaba. Estaba claro que Vanesa estaba en lo cierto, la chica vivía allí, lo que me recordaba que estábamos invadiendo una propiedad privada, y ella podría habernos pillado. Sin embargo, lo que más me preocupaba era la nube gris que parecía haberse posado sobre la cabeza de mi amiga.

Aún a riesgo de estar haciendo de abogado del diablo, algo me empujó a darle un voto de confianza al chico, quizá más por mantener algo de la inocencia de Vanesa a salvo, que por ahorrarme descuartizar al *petit*.

—Técnicamente solo te ha ocultado información —intenté justificarlo sin poder creerme que fuera capaz de ser tan cabrón—. Basémonos solo en las evidencias. Ella vive aquí, sí, pero lo que tenemos que averiguar es en calidad de qué.

—¿Pero qué más pruebas necesitas!? —gritó agitando la foto delante de mí.

—Vale, reconozco que apesta a culpable, pero... —no puede ser que seas un imán para atraer solo a hombres que ya tienen relaciones, añadí solo para mí. A ver qué coño se me ocurría para joder un *skate* de manera creativa... —asegurémonos antes de que decida cómo acabo con él.

Después de echar un rápido vistazo por el cuarto, de abrir el armario y comprobar con horror que la ropa de Rodri estaba en él, la saqué de allí esperando encontrar algún milagro que justificase aquello, y me evitase el momento de, tijera en mano, hacer jirones la colección de camisetas de coleccionista de *Star Wars* que había encontrado.

Me asomé a la cocina, sin esperar encontrar nada interesante, y seguimos avanzando hasta un pequeño despacho. Estaba claro que ahí era donde trabajaba Rodri. Había un escritorio enorme con varios ordenadores y posters de películas en las paredes. Lo esperanzador fue descubrir que también había una cama diminuta y desecha.

Respiré aliviada, joder esas camisetas me habría dolido casi más a mí que a él. Todo parecía indicar que aquella habitación había sido reciclada para albergar un improvisado dormitorio.

El sonido de una voz en la distancia llamó nuestra atención. El *petit* subía por las escaleras hablando con alguien. Giramos rápidamente, chocando de forma estúpida la una contra la otra.

—¡Pero no decías que hoy tenía fútbol! —exclamé intentando no alzar la voz mientras ambas buscábamos ansiosas un lugar en el que escondernos.

—¡Habrán adelantado la hora, a mí que me cuentas! ¡No soy su puñetera secretaria! —me bufó en la cara—. Haberle preguntando a la del *pechamen* —torció el gesto cabreada.

Nos revolvíamos aceleradas mirando en todas direcciones, pero aquella habitación no tenía armarios y era imposible que no nos viera debajo de aquella minicama. Teníamos que salir de allí, y hacerlo rápido.

—¡Debajo de la cama de ella! —dije tirando de mi amiga para correr de vuelta a la entrada por el pasillo.

Había dos posibilidades, conseguir alcanzar el dormitorio y refugiarnos allí hasta encontrar el momento de escapar, o darnos de bruces con Rodri y su acompañante.

Cuando la puerta se abrió, Van y yo rodábamos por el suelo creyéndonos Rambo en plena selva. Acertamos a ver dos pares de pies avanzar, y escuchamos la voz del anfitrión sugiriendo a su invitado ponerse cómodo. Imaginé y deseé que se refiriera al salón, y que esa estancia estuviera al fondo de la casa para tener que preocuparnos solo de esquivar a Rodri en nuestra huida.

—Van, no te muevas —sugerí observando los ojos brillantes que miraban por encima de su peluca—. Creo que tenemos un acompañante bajo la cama.

Ella desoyó totalmente mi recomendación y, de un brinco, se colocó tan pegada a mí que temí volvernó siamesas. Los ojos amarillos avanzaron, dejando a nuestra vista un gato que nos vigilaba acechante. Parecía estar diciéndonos que nos había pillado. Lo que sin duda estaba, era satisfecho de tenernos a las dos acojonadas.

—¿Entonces no le has contado a tu nueva chica...? —empezó a preguntar la voz desconocida que se escuchaba peligrosamente cerca para estar en el otro extremo de la casa.

—Vanesa —aclaró Rodri—. Y no tengo tan claro que ella quiera ser mi nueva chica —apuntó encendiendo la luz en la habitación en la que estábamos.

—Lo que tú digas... ¿No le has contado a Vanesa que vives con Tatiana?

¿Podía ser aquella situación más tensa y absurda? Por favor, Lucía, cómo te gusta llamar a la desgracia... ¿No querías acción y distracción? Pues ahora aprieta el culo y reza para que no os pillen, que tú has sido la promotora del plan.

Podíamos ver los pies de Rodri quitándose las zapatillas. Unos pantalones aparecieron a la altura de sus tobillos y, casi sin darme cuenta, me vi estirando el cuello cual avestruz para lograr ver algo. Vanesa me tiró de la oreja para que volviera a mi posición inicial, y tuve que llevarme la mano a la boca en un gesto brusco para no gritar.

—Si no te saca los ojos ese bicho —amenazó señalando hacia nuestro guardián, que debía haberse alarmado por mi movimiento y tenía el lomo encorvado—, te los saco yo. Gatito, gatito, gatito —susurró ganándose una mirada que nos hizo retroceder a ambas.

—Nada de gatito, eso es una bestia parda —gruñí notando que mi culo estaba empezando a asomar por debajo del colchón.

Empujé un poco a Vanesa hacia delante con mi cuerpo, y ella respondió clavándome el codo.

—¡Hija de una hiena! —farfullé entre dientes.

—Enfréntate tú al gato satánico, ¡lista!

La voz de Rodri interrumpió nuestra pequeña pelea acompañada de pellizcos y manotazos. Todo a un nivel mínimo de intensidad para hacerlo más ridículo todavía.

—Como si fuera tan fácil... —lamentó poniéndose unos pantalones de pijama y sentándose sobre la cama. Contuvimos el aliento tanto por él, como por los ojos amarillos que habían avanzado más hacia nosotras—. Vanesa, creo que me estoy colgando de ti. Por cierto, no te importará que viva con la tía con la que he estado durante un par de años, aunque ya no tenga nada con ella, y que tiene la bonita costumbre de pasearse por casa en pelotas, ¿verdad?

Vanesa se puso rígida. Quería calmarla, pero temía que si me movía o decía algo, el gato saltase a por nosotras. Además, no sabía qué parte era la que le había hecho tensarse, la de que la tal Tatiana anduviese por allí ligerita de ropa, o en la que el *petit* reconocía que sentía algo por ella.

—Planteado de esa manera... ¿Por qué cuando yo vengo nunca la encuentro así?

—Porque eres un cerdo y lo sabe —rio la voz sobre nosotras—. Tenemos contrato hasta final de año —explicó volviendo a levantarse y tirando al suelo lo que dedujimos que era la camiseta que llevaba puesta—. Entonces Tati se irá a buscar trabajo al extranjero, y con el dinero que me saco haciendo trabajitos podré mantener el alquiler yo solo.

—¿Y no crees que va a ser un poco raro, por no decir estúpido, que intentes mantener a la tal Vanesa alejada de tu casa hasta entonces?

No dudaba de que su amigo pudiera ser un cerdo, pero desde luego era bastante más sensato y realista que él. La táctica de evitar su casa no podría durar demasiado tiempo sin que cualquiera desconfiase, y menos Vanesa. Prueba de ello era que nos encontrábamos haciendo de mopa recoge pelusas debajo de la cama de su ex.

—No contaba con ir a encontrar a nadie tan pronto, ¿sabes? Pero, joder, Vanesa es... Es como un ángel, tío.

—Y tú un *moñardo*, colega. Mejor será que le digas la verdad, o el ángel echará a volar tan rápido, que ni lo verás irse —recomendó su amigo ganándose mi más sincero agradecimiento.

—Nunca la han tratado como se merece, y si ahora le digo que le he mentado... —recogió las cosas que había dejado tiradas por el suelo—. Tú sabes que Tatiana y yo al final éramos más amigos que pareja. Por eso decidimos hacer las cosas así, para ahorrarnos el jaleo de que uno se mudase antes de que ella se marchase —su tono comenzaba a ser impaciente—. Es un arreglo temporal... Si toda mi ropa sigue en su habitación porque en la que improvisamos para mí no hay ni armarios —masculló contrariado—. No puedo traer a Vanesa aquí. Sé que no se sentiría cómoda.

Todo tenía bastante sentido, y no había manera de que Rodri estuviera haciendo esas declaraciones sabiendo que llegarían a nuestros oídos. Era una conversación sincera entre amigos.

—No quiero estropearlo —añadió mientras se movía por la habitación inquieto, guardando cosas para sustituir las sucias que había sacado de su bolsa de deporte.

—¡Ay Dios! ¡Te tiene cogido por las pelotas! —rio el amigo cabroncete.

—Por lo menos yo tengo pelotas, marica de mierda —escupió el ofendido.

—Odio dárme las de experto, pero vas derecho a estropearlo...

—Vanesa es preciosa e inteligente. Me encanta la manera en la que sonríe cuando algo la hace feliz, aunque sea una chorrada suprema. Es tan dulce... —el sonido de una cremallera cerrarse rompió el silencio que se había instalado en el cuarto después de su confesión—. No quiero decepcionarla. Bastante difícil lo tengo ya con lo de la edad, como para que encima tenga otro motivo para pasar de mí.

—Jamás entenderé a las mujeres, pero apuesto a que ninguna consideraría inteligente tu plan de mantenerla engañada —volvió a intervenir el amigo.

Me dieron ganas hasta de aplaudir al chaval. De salir de debajo de la cama y darle un morreo como recompensa. Hasta le enseñaría una teta. Eso sí, que no esperase encontrarse una como las de la tal Tatiana.

—Nadie ha dicho que sea un tío inteligente —se defendió—. Además, creo que mis neuronas dejaron de funcionar en el momento que la vi por primera vez.

Noté como mi amiga se encogía un poquito sobre mí. Al buscar sus ojos, vi las lágrimas escapándose. Después de todo, la locura de habernos colado allí había servido para algo. Ahora solo debíamos encontrar la manera de salir.

—¿Has visto a Gala por ahí? —preguntó saliendo de la habitación y apagando la luz.

El animal movió la cabeza en su dirección al escuchar su nombre, pero enseguida volvió a mirar hacia nosotras desafiante. Juraría que estaba disfrutando de aquello. Tumbándose en el suelo, empezó a maullar para llamar la atención.

—¡Hembra tenías que ser, so bruja! —le reproché conteniéndome para no agitarla más.

Los pasos de Rodri volvían a acercarse peligrosamente, y la gata no dejaba de maullar y maullar cada vez con más insistencia. Eso era el fin. *Game over*. Pilladas con las manos en la masa y el culo bajo la cama.

—Gala, no pienso meterme a buscarte —expuso Rodri como si hablase con su sobrina escondida—. O sales, o se ha acabado lo de dejarte dormir conmigo.

La gata paró inmediatamente, como si hubiera entendido la amenaza, y salió de debajo de la cama estirando la cola todo lo que pudo. Una vez fuera, giró y volvió a maullar en nuestra dirección, recordándonos que ella sí sabía que estábamos allí. El *petit* se agachó a recogerla y ambos salieron de la habitación.

Las pisadas se perdían por el pasillo mientras la gata ronroneaba y Rodri le prometía jugar con ella cuando su amigo se fuera. Era el momento de salir de allí. Me arrastré y me puse en pie rápidamente. Vanesa me siguió, con una pelusa en el hombro del tamaño de una manzana.

—Al mono Amedio mejor nos lo dejamos aquí —dije retirándosela con asco—. A la de tres, salimos en silencio. Si lo hacemos con cuidado, nadie se enterará de que hemos estado aquí.

Asintió, colocándose detrás de mí para esperar que terminase la cuenta atrás y empezase a moverme.

La voz de Rodri se escuchaba distante. Parecía seguro escapar, pero al dar los pasos que nos separaban del recibidor y quedar frente a la puerta de la cocina, me di de bruces con el que debía ser el amigo. ¡A la mierda lo de no llamar la atención!

Aprovechando que el chico se quedó paralizado por el susto, y que Van me clavaba las uñas, no se me ocurrió nada mejor que pegar un grito de histérica para ver si así lo acojonaba del todo y teníamos una oportunidad de salir pitando.

—¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡ Ahhhhhhhhhhh!!!!!! —chillé con tanto ímpetu que se me cerraron los ojos.

—¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡ Ahhhhhhhhhhh!!!!!! —me acompañó Vanesa agitando los brazos como una loca.

El chico retrocedió tambaleándose impresionado, justo en el momento en el que Rodri aparecía al final del pasillo.

Vanesa salió corriendo en cuanto la empujé. Volamos escaleras abajo tan rápido, que hubo un momento en el que dudé que nuestros pies tocasen el suelo. No paramos hasta alcanzar el coche y, saliendo de la fila a toda velocidad, eché un último vistazo hacia el portal, asegurándome de que no nos habían seguido.

Fue una suerte que no hubiera nadie por la calle en ese momento. Metiéndome por completo en el papel de fugitivas, bajé las ventanillas para que el aire agitase nuestro pelo postizo, avancé varias canciones hasta llegar a *My favourite game*, y dejé que ambas disfrutásemos del subidón de adrenalina. Yo cantando y agitando la cabeza al ritmo de Los Cardigans, y Vanesa con la suya sacada por la ventanilla, mientras las lágrimas se secaban sobre sus mejillas.

—¿Qué piensas hacer? —pregunté antes de llevarme el botellín de cerveza a los labios.

Estábamos en mi terraza, con los pies sobre el pasamanos y repantingadas en dos sillas. Todavía con la indumentaria del delito puesta, mirábamos a la luna que brillaba especialmente aquella noche. Parecía que fuera un mensaje para ella. Quizá también para Rodri.

—Confesar. Él no quiere decepcionarme y yo a él tampoco —aseguró dando un sorbo a su refresco.

—¿Y sobre la tal Tatiana y que vivan juntos? —insistí para asegurarme de que estaba bien.

—No voy a dar saltos de alegría, pero si no lo intento... Además, siempre estará mi casa —dijo retirándose la peluca y mirándola—. Echaré de menos ser pelirroja e intrépida.

En realidad, la Vanesa que tenía delante, con peluca o sin ella, ya era una valiente. Solo tenía que echar la vista atrás para ver la manera tan diferente en la que ahora miraba a los contratiempos de cara, y se negaba a esconderse en un refugio seguro. En lugar de eso, salía al mundo y se enfrentaba a lo que parecía interponerse en el camino que ella había decidido que la llevaba hacia la felicidad. Fuera acertado o no, fuera Rodri a ser todo lo que ella siempre había esperado que alguien fuera o no, que hubiera decidido apartar los miedos y avanzar con paso firme tras lo que deseaba, ya era algo de lo que debía estar muy orgullosa.

—Guárdala a mano, nunca se sabe cuando las vamos a volver a necesitar —le guiñó un ojo divertida—. Espero que nuestra próxima locura no incluya una gata satánica.

—Y tú, ¿qué piensas hacer con Jorge? —estudió mi expresión antes de volver a mirar al frente.

—Nada.

—¿Nada? —repitió incrédula, conocedora de mi escasa paciencia.

—Estoy cansada de desconfiar y de dudar. Pero sobre todo de esconderme o de huir de lo que quiero —aclaré cerrando un ojo y haciendo que cogía la luna entre el pulgar y el índice—. He decidido creer y esperar —añadí con decisión, aunque fuera algo que había comprendido apenas una hora antes, mientras escuchaba a Rodri—. Puedo verlo en sus ojos cuando me mira, ¿sabes? Puedo sentirlo en la piel cuando me toca. Es él. Lo sé —tenía la certeza de que él veía en mí todo lo que yo veía en él. Nunca podríamos ser otra cosa que el uno del otro, por mucho que nos empeñásemos en complicar las cosas—. Odio que no esté aquí ahora mismo, que no esté aquí en cada momento, pero, ¿qué son unos días en comparación con el resto de mi vida? —¿acaso yo no nos he robado también unos cuantos de esos por mi testardez?—. Puedo esperar unos días, si es lo que necesita para quedarse... siempre.

El tiempo puede transcurrir infinitamente despacio cuando no estás en el lugar en el que deseas estar.

Sin ella, una semana puede hacerse demolidoramente eterna, y las tres últimas las había tenido que pasar sin Lucía. Disfrutando de ella solo en pequeñas dosis. Verla de manera permanente, no solo como un encuentro fugaz que dejaba con ganas de más, podría considerarse una cuestión de salud a esas alturas.

La primera semana separados había sido por Rori y un comienzo de curso bastante catastrófico y mal planteado, pero a ver quién era el chulo que se lo comentaba al director del departamento sin acabar relegado a enseñar a usar ceras en preescolar...

La segunda, por estar en Madrid en un congreso. Lo único bueno de esos días sin escuchar sus locas versiones de cualquier tema musical —mención especial para las estrambóticas coreografías—, había sido pasarlos con Marco. El jodido italiano no había parado de meterse conmigo por estar allí en lugar de con ella... Pero es que solo él sabía de verdad lo que sentía por Lucía.

Aquel domingo, en cuanto me vio, reconoció la sonrisa que *la rubia* provoca en mí. Decía que solo era capaz de mostrarla por las cosas que realmente me desarmaban, y algo me dolió muy profundo cuando explicó que solo recordaba haberla visto antes en dos ocasiones, cuando observaba a mi hermana bailar, y cuando dibujaba. No sé cuál de las dos imágenes añoré más...

El encuentro con Antonio. El congreso. Todo habían sido pequeñas cucharadas de azúcar en una taza que estaba a punto de desbordarse.

Mientras salía de la ducha y me colocaba una toalla, pensaba en que era viernes y llevaba exactamente otra semana sin verla.

De esos últimos días no podía culpar a nada ni a nadie que no fuera a mí mismo, pero de verdad que creí que iba a perder el control. Estaba tan furioso, que temí reaccionar como en el que hasta el momento había sido el peor día de mi vida.

Me acaricié los nudillos recordando la sangre sobre ellos y el dolor atroz de haberme roto la mano. Solo alguien realmente fuera de sí es capaz de emprenderla a puñetazos contra un muro de carga... Podía no haber sido tan gilipollas y tomarla con un tabique de pladur, pero en momentos así, no es que veas más allá de la rabia, como demostraba el hecho de haber lanzado un segundo puñetazo, e incluso un tercero, pese al dolor.

Eso fue lo que me horrorizó, poder estar en ese estado con ella y hacerle daño, aunque creo que antes me arrancaría las manos que lastimar a Lucía. Pero no quería arriesgarme, y mucho menos que ella me viera así.

Necesitaba quitarme de encima esa sensación asfixiante de no haber podido evitarlo, o no del todo. Como si lidiar con que Rori se estuviera apagando ante mí no fuera suficiente, no poder proteger a Lucía me resultó... demasiado. La sola idea de que también la pudiera perder a ella, de que algo o alguien le hiciera daño, me transportó a un estado semiconsciente de sufrimiento, que pasé con noches de insomnio entre nuestros desnudos lilares.

Supongo que por eso le había mandado aquel ramo, que me costó Dios y ayuda conseguir, y para lo que tuve que recurrir a mi madre, ganándome el correspondiente sermón. Sabría lo que significaban, por si el mensaje que las acompañaba no fuera suficiente para convencerla de que seguía justo ahí, cerca de ella, aunque en ese momento no tuviera valor para demostrárselo. Y egoístamente, intentando aliviar la culpa de saber que le estaba causando dolor con mi ausencia.

Aún así había dejado pasar unos días más. No es que no tuviera claro lo que quería decirle ahora que se suponía que iba a poder hablar con libertad, es que no es fácil describir sentimientos que ni sabías que se podían sentir, y menos a alguien que no necesita palabras para demostrar sus emociones.

Tenía que lograr sorprenderla, aunque no llegase ni de lejos a lo que ella sería capaz de conseguir. Porque si Lucía te quiere, tú lo sabes y no te cabe ninguna duda de ello. Sin palabras. Solo con sus gestos. Sus actos. La forma de cuidar siempre de ti, de mirar por ti. O esa manera de sonreírte en silencio cuando no la miras.

No necesité escuchar aquel primer te quiero —el que desató el apocalipsis entre nosotros—, para saber que lo sentía. Otra cosa es que estuviera tan acojonado, que no fuera capaz de asumirlo.

La condena a mi pecado había sido no volver a escuchárselo decir, y ahora me volvía loco encontrar la manera de que, cuando yo pronunciase aquellas palabras, lograse transmitir el inmenso significado que tenían, que ella tenía para mí.

Yo no poseía su expresividad, ni su capacidad de irradiar sentimientos que te cargan como una batería, pero tenía algo casi tan importante como eso, y era la voluntad de crear un momento, un nosotros, que nunca fuera capaz de olvidar, que la mantuviera a mi lado hasta cuando no la mereciera.

Me vestí sin querer perder ni un segundo más, cogiendo varias prendas extra y guardándolas en la bolsa de viaje junto con algunas cosas más. Si todo salía como esperaba, las íbamos a necesitar.

Había varias posibilidades sobre qué podría estar haciendo. Si la llamaba para saber dónde estaba, perdería el factor sorpresa, y pocas personas disfrutaban las cosas inesperadas como ella. Decidí jugármela y confiar en que Adriana me echase una mano y mantuviera la boca cerrada.

«Necesito localizar a Lucía, a ser posible sin que ella lo sepa, ya me entiendes. Sabes dónde está??»

«Yo necesitaría asegurarme antes de que no vas a volver a joderla, para evitar tener que usar tus huevos como pisapapeles, ya me entiendes»

Me encantaba Adri. Siempre me había parecido una gran virtud la claridad con la que llama a cada cosa por su nombre, pero si algo me gustaba de ella, era su amor incondicional por Lucía. Igual que ese instinto protector que sacaba a relucir en cuanto creía que algo podía dañar a su amiga. Pasase lo que pasase, siempre estaría en deuda con ella por haberla cuidado cuando yo no lo hice.

«Me gustan mis pelotas donde están ahora mismo... Lo que quiero es dejar de joderla y decirle todas las cosas que debí decir hace semanas. No me hagas llamar a todas las puertas hasta encontrarla... »

Me monté en el coche y, al dar el contacto, volvió a saltar la canción que había estado escuchando esa mañana mientras iba a trabajar.

Lucía solía poner en aleatorio la música. Decía que así, la primera canción que escuchaba cada día era como una pista de cómo iba a ser la jornada. Que siempre había algún mensaje escondido en aquel primer tema.

Esa mañana mi primera canción había sido *Agujeros de gusano*. Reconozco que el título no me pareció demasiado prometedor, pero el ritmo me animó enseguida y la letra me resultó familiar. Nunca la había escuchado con la atención suficiente, no a la espera de un mensaje, e Izal me gritó las palabras que necesitaba recordar.

—Eres luz, que va llenando, cada espacio hueco que se va encontrando —tararé a la espera de la contestación de Adriana.

Sabía que ese era el día. Que había llegado el momento de dejar de lado todo lo que antes se había interpuesto entre nosotros. De mirarnos a los ojos y hablar de verdad con el corazón. No de acabar discutiendo por la gilipollez de turno, en lugar de decirle todas las cosas que se me agolpaban en el pecho cada vez que la tenía cerca, y pugnaban por salir con tanta fuerza, que a veces hasta me costaba respirar. Aunque también era posible que me pasase porque verla siempre me quitaba el

aliento.

Tenía que dejar de ser el cretino que espera a que se nos pase el cabreo, y ser el valiente que admite que nunca supo lo que era amar a alguien hasta que ella llegó. Que nunca había lamentado despertarse solo, hasta que un día despertó con ella al lado y, desde entonces, no quiso otra cosa en su vida. Pero me dio tanto miedo reconocerlo, enfrentarme a todas las murallas que había construido a mi alrededor para mantenerla alejada, que cuando esas protecciones se vinieron abajo, me arrastraron a mí hasta el fondo del foso.

«Acabo de hablar con ella. Está en el estudio. Ya no sirven las cosas a medias, Jorge. O dentro o fuera, pero no más tiempo en la puerta»

Antes de que pudiera responder, me envió otro mensaje que me hizo reír a carcajadas.

«Por cierto, joder en sentido bíblico sí está permitido. Si eres capaz de superar lo del ascensor... te pongo un monumento!!»

«Tengo pensado algo un poco más... románticamente nuestro»

«Oh Dios mío, acabas de destrozar el mito del empotrador cabrón. La nueva especie, el empotrador romántico, dominará el mundo!! Ve de una puta vez a por ella!!!»

Sabiendo que estaría allí sola, me cabreó que la puerta del estudio no estuviera cerrada con llave. Aunque eso me habría quitado la oportunidad de sorprenderla por completo... no eran horas de seguir trabajando. Conociéndola, estaría ensimismada con algo y ni se habría dado cuenta de lo tarde que era.

Atravesé el recibidor escuchando la música y su familiar susurro arrastrando las palabras. Su voz me reconfortó. Casi hipnotizado, di un paso tras otro hasta encontrarme en el umbral de su puerta. Si en algún momento desde que había salido de casa había tenido dudas, si el miedo se había metido dentro de mí, todo desapareció nada más verla.

Tuve de nuevo esa sensación. La misma que me recorrió el cuerpo por primera vez mientras la observaba presentar su tesis sin que ella reparase en mí, con la libertad de poder estudiarla sin peligro de ser descubierto. La tranquilizadora impresión de poder cerrar los ojos y sentirme arropado. Con su voz acariciándome el alma y sus manos cogiendo las mías para arrastrarme lejos de allí, lejos de todos. Fue algo desconocido, algo que no comprendía. El sentirse atrapado por la presencia de otra persona. Embriagado por la luz que desprendía.

Esa fue la primera vez que Lucía me hizo sentir... diferente. Diferente a cómo me había hecho sentir cualquier mujer antes que ella. Diferente al Jorge que había construido para todos, pero inquietantemente parecido al Jorge que solía perderse con un lápiz entre los dedos.

Ya no era una emoción desconocida. Estaba tan acostumbrado a ella, como a ver a *la rubia* revolotear a mi alrededor. Risueña. Inquieta. Terca. Adorable. Irritante. Hermosa. Moviéndose con soltura con aquellas alas que un día creé para ella. Para que pudiera llegar tan lejos como quisiera en la vida. Para que fuera Ícaro arriesgándose a tocar el sol, porque yo siempre estaría para recogerla e impedir que cayese. Ahora me daba cuenta de que en realidad fue un regalo interesado. Lo que de verdad esperaba de esas alas, era que con ellas siempre encontrase la manera de volar de regreso a mí.

Mientras *Angels* sonaba y ella murmuraba repitiendo la letra de The XX, no podía más que darle la razón. Sí, ellos estarían igual de enamorados de ti como yo lo estoy.

La contemplé con cuidado de no alertarla de mi presencia. Estaba sentada en el sillón, pero con las rodillas sobre uno de los apoyabrazos y la espalda contra el otro. Sus pies descalzos colgaban trazando pequeños círculos. Un lapicero mantenía su preciosa melena a raya apartada de la cara, y sobre sus piernas descansaba un block de notas en el que no paraba de apuntar cosas, alternando la mirada entre el iPad sobre la mesa y la pantalla del ordenador.

Me recosté sobre el marco para poder disfrutar un poco más de aquella visión celestial, Lucía al natural, y recapacité en cómo iba a hacerlo a partir de ahí. Entonces volví a nuestra primera cita de verdad. A la noche del japonés. A cómo me quedé embobado, exactamente igual que en ese momento, mirándola ponerse el kimono. Al día en el que creí que me iba a volver loco por las provocaciones de aquella inconsciente que no hacía más que retarme.

—Podría quedarme mirándote toda la vida —dije con tono suave para no sobresaltarla.

Dio un respingo en el asiento y sus ojos me interrogaron confusos. No la había asustado, pero parecía tímida o avergonzada. Como si la hubiese pillado haciendo algo muy privado.

—Lo siento, no quería molestarte —afirmé intentando disculparme por la intromisión—. No he podido evitar...

Joder, me estaba poniendo nervioso. ¿Cómo iba a poder, o a querer, evitar mirarla siempre? Si era preciosa, maldita sea. ¿Y si no quería que estuviera allí? ¿Y si se había cansado de esperarme una vez más? ¿Y si había llegado tarde otra vez? ¿Y si...? ¡¿Y si a demás de un oso amoroso me estaba volviendo gilipollas?! ¡Céntrate, Jorge!

—No me molestas —aclaró con dulzura viendo que me había puesto tenso, deteniendo mis inseguridades desbocadas—. Es solo que me has sorprendido. No esperaba verte, y menos aquí —añadió recolocándose en el sillón y posando el block sobre la mesa.

Cerró el iPad y lo metió en su bolso. Apagó el ordenador guardando lo que fuera que tenía entre manos, y amontonó unos cuantos papeles metiéndolos en una carpeta.

Quería decir algo, pero había caído en una especie de embrujo viendo sus pies desnudos acariciando el suelo con sus cortos pasitos. Se acercó hasta una estantería, estirándose para colocar la carpeta muy por encima de su cabeza. En pocos pasos me situé detrás de ella y la ayudé deslizando mi mano sobre la suya, levantando un poco más la carpeta para empujarla a su lugar. Su piel se erizó con mi contacto, y la escuché contener un suspiro sin mucho éxito.

Se dio la vuelta, pero mi cuerpo le cortaba completamente el paso.

—Me gustaría que me acompañases a un sitio —sugerí retrocediendo y apoyándome en la mesa para que no se sintiera arrinconada o incómoda.

—¿A qué sitio? —preguntó analizando mi expresión.

—Si te lo dijera, ya no sería una sorpresa.

Sus ojos brillaron entusiasmados, aunque sabía que no iba a ceder a la primera de cambio. Seguramente todavía estuviera dolida por lo de la semana pasada y no podía reprochárselo.

—¿Y qué te hace pensar que quiero una sorpresa tuya? —replicó con su altanería habitual.

Creo que me habría extrañado si no hubiera sacado a pasear a la Lucía tozuda, pero a diferencia de otras veces en el pasado, no estaba dispuesto a ceder.

—No digo que la quieras —mentí. La quería y los dos lo sabíamos, pero pincharla en aquel momento podía ser contraproducente—, pero espero que te guste.

Me estiré para ponerme delante de ella y le retiré el lápiz de la cabeza. El pelo se deslizó cayendo sobre sus hombros. No sabía cuánto tiempo más sería capaz de resistir sin besarla, sin suplicarle que me dejase hacerlo.

—Jorge, ¿a qué has venido? —reclamó sin apartarse, pero impaciente por mi actitud pensativa—. Porque yo ya no tengo ánimos para más peleas, ni para más asaltos sexuales incompletos en este despacho.

—He venido a pedirte que me acompañes a un sitio —le recordé dándole un poco más de espacio—. Te prometo que no te tocaré si tú no quieres que lo haga —me pareció una promesa imposible de cumplir, pero peor sería si no aceptaba ir conmigo—. Quiero... Mejor dicho, necesito que hablemos —alzó una ceja curiosa—. Hay muchas cosas que me gustaría decirte. Pero no aquí. Ven conmigo. Te lo pido —tendí una mano en su dirección—. Te lo suplico.

Sus ojos se entrecerraron conformes y asintió. Ignorando mi mano, recogió los zapatos y se los puso de manera sensual. Medio agachándose. Enseñándome en primera plana su precioso trasero, y provocando que algo se retorciera bajo mi bragueta. Se estiró para coger el bolso y, una vez colgado de su codo, avanzó hacia mí.

Estaba a punto de echar a andar delante de ella, pero sus dedos se entrelazaron con los míos por sorpresa, y tuve que girarme para verla sonreírme con esos ojos con los que nadie más que Lucía me miraba. Quise tirar de ella y recogerla entre mis brazos, pero solo podía recrearme con su expresión.

—¿Vamos? —cuestionó todavía con aquel gesto fascinante, animándome a caminar.

Me había quedado inmóvil. Su seguridad me llenó el pecho, y si en algún momento había tenido un lapsus de estupidez repentina en el que creí no estar perdidamente enamorado de ella, desapareció con mi nombre en sus labios.

—Jorge, espero que sepas lo que haces...

Oh, nena, claro que lo sé. Voy a hacer lo que debí hacer hace mucho tiempo. Voy a abrirte mi corazón.

—Jorge, espero que sepas lo que haces... —dije intentando ocultar lo nerviosa que estaba detrás de mi máscara de confianza.

Su mano sujetó con firmeza la mía. Con un ligero apretón, se aseguró de ser el centro de toda mi atención.

—Nunca he estado más seguro de nada, créeme —respondió guiñándome un ojo, aunque no fue su habitual gesto de provocación o picardía, sino pura complicidad—. Sígueme y te lo demostraré.

Salimos y nos montamos en el coche, retrasando al máximo el momento de soltar nuestras manos. Bajó la música dejándola en un casi inaudible murmullo. Parecía estar perdido en sus pensamientos, muy concentrado en algo, y aunque la impaciencia estuviera haciéndome retorcerme inquieta, no pensaba decir nada. Tenía el presentimiento de que esa noche sería mucho mejor si le dejaba hacer las cosas a su manera, así que me limité a acomodarme en el asiento posando el bolso en la parte trasera. Al girarme para dejarlo, vi esa bolsa de viaje que ya conocía, y un hormigueo muy familiar se instaló en mi vientre. ¿Nos íbamos a alguna parte? Sudor y lágrimas me costó no empezar a escupir confeti.

—Vamos a tardar un poco en llegar —anunció dando más alas a mis locos pensamientos de que íbamos de camino a... ¿Madrid? Solo de pensarlo me sentía como si fuera la flamenca del *wasap*—. ¿Por qué no me cuentas qué te tiene tan ocupada para estar trabajando un viernes a las diez de la noche?

—La boda de Grace —confesé cruzando las piernas y atrayendo su mirada a mi rodilla fugazmente—. Si a mí me está volviendo loca con el vestido y la maleta para la luna de miel, no me quiero imaginar los instintos suicidas que tiene que tener la organizadora de la boda.

Al llegar a la rotonda de los anzuelos, tuve la certeza de que Madrid no era nuestro destino. Ese era el punto del que partía con Nora cada vez que salíamos en dirección a Benidorm. La pequeña decepción le quitó unos cuantos volantes a mi vestido de flamenca. Aunque siendo realista, varias horas de viaje era más de lo que podía mantenerme despierta después de la semana de maldormir que llevaba. Quizá, más de diez minutos con la música bajita y el aroma de Jorge, su champú, y el del cigarro que seguro que se habría fumado en la puerta del estudio, fueran ya demasiados.

—Las mujeres os desquiciáis con eso de tener la boda que lleváis planeando desde que os salió el primer diente —me miró durante un instante y sonrió—. Aunque algunas ya venís un poco locas de fábrica...

—¿Por qué se da por hecho que todas las mujeres tienen intenciones de casarse y poseen un cuaderno de “Mi boda perfecta”? —protesté ignorando su comentario acerca de mí—. No todas sueñan con grandes despliegues, ni con una suelta de palomas al acabar —insistí con ironía.

—¿Sueñan? —recalcó sin dejar de mirar a la carretera.

Entendí al instante el “¿Acaso tú no?” implícito, y giré la cabeza para poder estudiar su reacción mientras me explicaba observándolo conducir. Me arrepentí de inmediato, notando el cosquilleo entre mis piernas. Había olvidado el efecto excitante que tenía sobre mí verlo sujetar el volante con firmeza. La forma en la que sus pestañas se movían cada vez que su mirada se desviaba para fijarse en los espejos. Volví a concentrarme en la carretera antes de continuar hablando.

—Empezando porque no tengo muy claro que casarme sea una prioridad en mi vida, creo que ningún papel va a demostrar que mi compromiso con alguien, o con un futuro común, es mayor que despertar en la misma cama cada mañana con nuestros cuerpos entrelazados —asintió pareciendo estar de acuerdo y, con gesto interesado, me indicó que continuase—. Pero si tuviera que imaginarme mi boda... sería algo privado e íntimo. Con las personas justas, en un sitio especial para él y para mí —lo miré de soslayo, pillándolo sonreír al escuchar aquel “él”, pero evité decir nada. Era bastante absurdo estar hablando de aquello, y más todavía no poder decir “Un lugar especial para ti y para mí” tal y como sentía—. Una canción con significado... Seguramente al atardecer... Y desde luego, si tuviera que soltar algo al terminar, me decantaría por los farolillos —se quedó tan pensativo, que sentí que debía justificarme antes de que el ambiente se enrareciera—. No sé, sabes que me gustan las cosas que tienen valor por lo que representan —suspiré casi sin querer, preguntándome si eso era lo que buscaba esa noche llevándome a donde quiera que fuésemos.

—Esa boda suena mucho mejor que la mayoría a las que he ido —afirmó dando un apretón en mi rodilla.

—No es ni mejor ni peor. Simplemente es la que a mí me gustaría —me encogí de hombros sin poder retener un bostezo. Realmente estaba agotada—. Pero tampoco es algo que ronde mi cabeza a menudo —recalqué dando unos golpecitos sobre su mano en mi pierna—. No estoy segura de haber encontrado a ese “él” con el que algún día, lejano, muy lejano, me plantearía hacerlo.

Asintió de nuevo, dándose por satisfecho, pero su ceño permanecía discretamente fruncido. El gesto se acentuó cuando me vi obligada a alzar mi mano para cubrirme la boca de nuevo.

—¿Por qué no duermes un rato? —sugirió al escucharme bostezar por segunda vez—. Te avisaré cuando lleguemos.

—Porque no quiero perderme nada —respondí peleando con mis párpados para que dejaran de intentar cerrarse.

—No te vas a perder nada hasta que lleguemos a nuestro destino —insistió tirando de mi cinto para darle holgura y que pudiera moverme—. Prefiero que me prestes atención más tarde.

Recliné ligeramente el asiento para ponerme más cómoda y acurrucarme de lado. No había nada que pudiera hacer contra ese sueño inoportuno, pero si iba a tener que renunciar a algo, que no fuera a lo que llevaba meses esperando escuchar.

Cedí a los deseos de mi cuerpo y me dejé arrastrar por el cansancio, escuchando cómo Jorge subía levemente la música, pero incapaz de concentrarme lo suficiente para identificar la melodía.

—Duerme tranquila, nena —dijo retirándome el pelo de la cara—. Él no tiene ninguna duda de que te ha encontrado a ti.

Oí la puerta cerrarse, pero me tomé unos segundos para abrir los ojos. Sin el ruido del motor y nada del mundo exterior distrayéndome, la voz de Adam Levine llenaba cada rincón del vehículo impregnado del aroma de Jorge. La combinación inundaba mis sentidos de una forma deliciosa.

Jorge estaba apoyado en el capó encendiéndose un cigarrillo, así que me limité a contemplar la manera en la que los músculos de su espalda hacían moverse la tela de la camiseta con cada movimiento, dándole el momento que parecía necesitar.

Nunca he creído en las casualidades, y no creo que aquello fuera una. No podía ignorar la voz de Gwen Stefani haciéndole la réplica al cantante de Maroon 5. No tengas miedo de entregarme tú corazón, decía, y yo lo único que temía, era que Jorge no se hubiera dado cuenta de que se lo había llevado hacia mucho tiempo.

Me miré en el espejo, asegurándome de tener buen aspecto después de mi breve cita con Morfeo, y abrí la puerta con cuidado de no poner sobre aviso al ensimismado hombre que observaba el vaivén de la marea apenas unos metros por delante.

No tenía ni idea de dónde estábamos. Era una pequeña playa, más bien una cala, pero tenía un aspecto bastante salvaje y natural. Estaba claro que no era un lugar al que accedieran los que no sabían exactamente lo que buscaban.

Nada más posar un pie en el suelo, me di cuenta de que la arena llegaba hasta el asfalto donde habíamos aparcado. Sin cerrar del todo la puerta para no hacer ruido, caminé con cuidado hasta pararme a su lado.

—¿Hemos hecho no sé cuántos kilómetros para apoyarnos en el coche a mirar el mar? —pregunté burlona, ocultando la emoción de que hubiera elegido aquel escenario.

Había pocas cosas en el mundo que me gustasen más que eso, que mirar el mar, pero seguro que ninguna era mejor que hacerlo con él al lado. Allí era imposible no pensar en la noche de la fiesta de la Fundación. En nosotros olvidándonos del mundo y dejándonos llevar. En el día que le gané la batalla de quedarse a dormir. Ese en que supe con total seguridad que él era LA PERSONA.

—¿Puedo? —pidió estirando los brazos hacia mí.

¿Me estaba consultando si podía abrazarme? Madre mía, sí que habíamos evolucionado desde el Jorge que te arrolla y te estampa contra el espejo para romperte las bragas en un ascensor. Lo bueno era que, el nuevo Jorge, guardaba todo eso dentro, solo que en ese momento, el que estaba al mando era el mismo que había llenado un jardín de velas para hacerme el amor. La forma en la que me desarmaba con su mirada más tierna, me decía que esa noche prometía ser al menos tan mágica como lo fue la de nuestro reencuentro.

Al ver que no contestaba, dejó caer una mano y alargó la otra invitándome a cogerla.

—Confía en mí, Lucía.

Reaccioné cogiéndola enseguida. No es que desconfiase, es que me había quedado lela perdida mirándolo.

Jorge no necesitaba nada más que una camiseta y unos vaqueros para estar increíble, y eso era algo muy jodido de soportar con dignidad. Era atractivo a rabiar en su sencillez. En el aspecto cuidadosamente despreocupado de quien sabe que su mayor virtud es su personalidad, no su cuerpo, y eso que hablamos de un cuerpo que... La barba rebelde de unos días cubriéndole la mandíbula, no hacía más que contribuir a aquel aspecto desdeñoso de “Atrévete a ignorarme si puedes” con el que sus ojos parecían desafiarte.

Tiró de mí, colocándome de espaldas sobre su cuerpo. Me acomodé contra su pecho, dejando que sus manos me rodeasen, recordándome cómo se sentía volver a casa.

Era de noche, pero los faros encendidos nos permitían ver las olas ir y venir en la orilla. La luna, enorme y brillante, iluminaba el agua más profunda, regalándonos un escenario digno de fotografiar. Apoyó la cabeza en mi hombro, llenándome de su olor inconfundible, e inspirando con fuerza, empezó a hablar.

—Déjame hablar en susurros de las cosas que siento, y te juro que nunca más tendré miedo a decir en voz alta cuanto te quiero.

Quise girarme para mirarlo, para besarlo, para pedirle que lo repitiera con los ojos fijos en los míos, pero sus manos sobre mi cintura me lo impidieron y su voz continuó atrapándome.

—¿Ves la luna reflejada sobre el mar? —señaló la imagen redondeada que se agitaba con el casi inexistente oleaje—. Me pasé el verano observándola, esperando que, como nuestra primera vez juntos en la playa, su reflejo te trajese a mis brazos —levantó la cabeza de mi hombro y me obligó a volverme. Nuestros ojos se buscaron de inmediato—. Cada día volvía con la toalla y me sentaba en la orilla, dejando que las olas mojasen mis pies. Que tus recuerdos me llenasen —subió las manos hasta mi cara acariciándome las mejillas—. Pero el vacío se hacía más y más grande a medida que aumentaba la espera, porque me faltaba lo único que realmente había importado de aquella noche. Me faltabas tú —acaricié mi boca con cautela, en un gesto más tierno que pasional—. Igual que la luna gobierna las mareas, mi felicidad se rige por ti, y cuando no estás, nada tiene sentido. No sé si voy o vengo —dibujó una tímida sonrisa que me conmovió por la franqueza con la que se estaba mostrando indefenso—. Sin embargo, cuando estás, sé que lo único que deseo es que te quedes. Que lo hagas para siempre.

Oficialmente estaba a punto de dejar de respirar. El corazón se me estaba hinchando tanto, que me oprimía los pulmones. Me faltaba el aire. Me hubiera mareado si no fuera porque nada en el mundo me haría apartar los ojos de los suyos en aquel momento.

—Te quiero, Lucía —cogió una de mis manos y la apoyó contra su pecho. Contuve el aliento—. Tanto, que esto está vacío cuando tú no estás. Tanto, que solo quiero ver el mundo si es a través de tus ojos. Que no quiero otras mañanas que las que empiezan contigo abrazada a mí, y con tu pelo haciéndome cosquillas en la cara. Que el único futuro que me interesa, es uno para compartir contigo.

Intenté hablar pero no podía. De verdad que no podía. Las palabras se peleaban por salir de mi boca, pero había perdido la capacidad de comunicarme. Todas mis funciones se habían puesto en espera, mientras me limitaba a esforzarme por seguir metiendo algo de oxígeno en mis pulmones, y rezaba para que mi corazón no olvidase que necesitaba que siguiera funcionando para ver que venía después de aquello.

Mi cerebro, por el contrario, iba a toda velocidad construyendo frases que mis cuerdas vocales no eran capaces de articular. Quiero ver esa vida juntos. Que las mañanas empiecen enredados el uno en el otro, y que no haya más noches separados.

—No digas nada, nena —rogó acariciando mi mano sobre él—. No, si no es que me perdonas por no haber sabido corresponder el precioso regalo que me hiciste entrando en mi vida —una lágrima surcó mi mejilla incapaz de retenerse por más tiempo. Sus labios la detuvieron y siguió hablando con ellos sobre mi piel—. Perdoname por no haber tenido la valentía de reconocer que eres la protagonista de todos mis sueños, de todas mis esperanzas, desde el día en que te conocí.

Besó mi frente, pretendiendo llevarse los malos recuerdos. Mis ojos se anegaron, dejando salir semanas, meses, de agotadora lucha. Mi cuerpo se rindió a esas palabras, que empezaron a fluir por las venas, tanto o más necesarias como la sangre en ellas.

—Así eres tú, Lucía. Como una lágrima —declaró limpiándome la cara con caríño—. Algo tan pequeño, pero que guarda dentro tantas emociones... —sus labios se estiraron en una casi imperceptible sonrisa—. Defiendes con uñas y dientes tus pasiones, tus convicciones. Es difícil obviar la sinceridad con la que te enfrentas al mundo, pero lo que es imposible, es no adorarte en cuanto entras en él, haciendo que todo lo demás pase desapercibido —me retiró el pelo de los hombros, colocando una mano en mi cuello para obligarme a mirarlo fijamente. Como si quisiera perderme en otra cosa que no fuera él y su declaración...—. Nunca busqué enamorarme. Nunca me interesó hasta que te conocí —me acercó a él para estrecharme con fuerza, obligándome a alzar la barbilla para no perder el contacto visual—. Entonces dejé de importar lo que quisiera, porque tenías razón. Somos el uno del otro desde el día que te cruzaste en mi camino, aunque te hayas llevado la peor parte en todos los aspectos —lamentó acariciando mi cadera en el lugar que tenía la cicatriz—. Te quiero, nena —la sonrisa exagerada se le extendió hasta los ojos—. Te quiero cuando ríes como una loca. Cuando cantas sin importar quien escucha. Cuando eres incapaz de ocultar lo que tus ojos gritan. Cuando te apoyas en mi pecho y lo acaricias. Cuando haces correr mi pelo entre tus dedos —alcé la mano para hacer justo eso, y el cerró los ojos y suspiró, dándose unos segundos para disfrutar de mi caricia—. Te quiero mientras gimes mi nombre y me exiges más. Cuando me provocas, y necesito todo el autocontrol del mundo para no abalanzarme sobre tu cuerpo y disfrutar de él a mi antojo —su eco travieso reverberó en mi cabeza haciendo que algo se despertara de nuevo en mi interior. Ese calor que avanzaba por mí hacia un punto concreto por debajo de mi ombligo—. Te quiero cuando te enfadas y lo mandas todo a tomar por culo, para medio minuto después haberlo olvidado. Te quiero hasta cuando tú no quieres querermme —sus párpados cayeron pesados, intentando ocultar lo que le provocaba pensar en aquello—. Cuando me torturas con indiferencia o desdén y me castigas sin tu sonrisa —volvió a mirarme directamente, tan atento a mis ojos, que debía poder ver hasta el más oculto de mis pensamientos—. Entonces es cuando más te quiero, porque sé que tu voluntad jamás se doblegará a mí, y el día que me correspondas, lo harás hasta el final —cambió el peso de su cuerpo repentinamente intranquilo—. Y te adoro cuando no hay forma de que calles. Por eso ahora necesito que digas algo, *rubia* —aflojó el abrazo con el que me mantenía presa contra él—. Podría estar siglos diciendo todo lo que me encanta de ti y aún así me faltaría tiempo, pero empieza a acojonarme que no vayas a contestar —retiró las manos de mi cuerpo, apartándose inquieto el pelo de la cara—. Esto no se me da bien, joder. Debería... Traerte aquí ha sido... Las palabras no...

—Shhh —lo obligué a dejar de divagar, consciente del gran esfuerzo que había hecho para soltar todo aquello, que en realidad me parecía hasta sorprendente que pensase.

Era enternecedor ver como se ponía nervioso. Jorge, el seguro e implacable. El que juega contigo hasta hacerte enloquecer. El tentador. El pecado hecho carne. Ahora no parecía más que un hombre vulnerable y enamorado. Mi hombre vulnerable y enamorado, capaz de convertirse en alguien sentimental... solo por mí.

Había dejado de llorar. En ese momento ya no había una sola lágrima más que quisiera soltar. Quería gritar. Quería saltar. Quería que mi moña interior se liberase y dejase salir a borbotones todos los sentimientos que me bullían dentro, pero había algo que deseaba mucho más...

—¿Podrías besarme de una vez, por favor? —exigí estirando la mano para agarrar su camiseta por el pecho y atraerlo hacia mí.

Sonrió. Sonrió tanto, que pensé que iba a estallar en risas, pero no lo hizo. Negó divertido y obedeció. Me besó.

Fue un beso de los de verdad. De los que borran pasados inciertos y entregan ilusiones. Un beso dado con todo el cuerpo, no solo con los labios. Lleno de promesas de futuro. Un beso en el que sentí todas esas cosas que solo él era capaz de hacerme sentir. Un beso arrollador. De necesidad, de alivio, de puro y sincero amor.

—Supongo que no lo he hecho tan mal, después de todo —dijo con chulería, retrocediendo y colocando sus manos en mis caderas.

—No te pongas gallito. Si no te llevo a frenar... —respondí con el mismo tono—. No ha estado mal.

Me burlaba. Por supuesto que me burlaba. Había sido inmejorable. Cada cosa que había dicho... El lugar que había elegido... Ese momento era nuestro momento, y solo por eso era perfecto, pero habíamos empezando una guerra de poder que estaba dispuesta a ganar, así que me encogí de hombros con indiferencia, dispuesta a disfrutar de lo que de verdad éramos, los reyes del tira y afloja.

—¿No ha estado mal? —levantó una ceja mientras notaba sus dedos ejercer más presión sobre mi cuerpo—. ¿Estás segura de que esa es tu valoración definitiva?

—Así a grandes rasgos... —me hice la pensativa—. Un aprobado raspadillo.

—Aprobado raspadillo —repetió entrecerrando los ojos, estudiándome, haciendo tambalearse el mundo bajo mis pies—. ¿Estás segura de que no ha sido de sobresaliente con serias opciones a matrícula de honor?

Saqué fuerzas para continuar con mi pantomima sin echarme a reír o sucumbir a LA SONRISA con la que intentaba desconcentrarme. Besarle de una forma salvaje se estaba convirtiendo en mi única meta en la vida.

Sabía de sobra que resistirme a él orgullosa no hacía más que incrementar de forma exponencial sus ansias de provocarme, pero sobre todo de tenerme, como se encargaba de demostrarme la presión que ejercía su excitación bajo la cremallera de los vaqueros. Tuve que contenerme para no pasar una mano sobre ella buscándolo, incitándolo. El solo hecho de pensarlo hizo que un escalofrío me recorriese, y me humedecí los labios, consiguiendo que se pensase vencedor.

—Creo que tenemos diferentes baremos para la corrección, profesor. Aprobado justito —me reafirmé haciéndole morritos de forma más que intencionada. Yo también podía jugar sucio, y a tenor del aspecto feroz que había adquirido su mirada, lo hacía tan bien como él—. Quizá con algunos trabajos extra para hacer en casa... —propuse acariciándole el labio inferior con el pulgar mientras mordía el mío, pensando en los deberes que le impondría.

No reaccionó como esperaba. No atrapó mi dedo con su boca chupándolo. En verdad, apenas reaccionó a mi gesto, salvo por la sutil mueca de orgullo que no llegué a entender.

—Muy bien. Tú lo has querido —se agachó con un movimiento ágil, cogiéndome por detrás de los muslos y cargándose sobre su hombro. Mi tronco cayó sobre su espalda mientras mi melena se agitaba contra él con cada uno de sus pasos—. Vamos a ver si en el agua sigues igual de soberbia.

—¡Uy, qué miedo! —me mofé agitando las manos con fingida histeria aunque no pudiera verme.

Empezó a avanzar hacia la orilla, quitándose las zapatillas y dejándolas a medio camino. Me mantuve tranquila pensando que, en cuanto el agua le rozase un pie, se echaría atrás, pero cuando ya había dado tres pasos dentro del mar, y su pantalón estaba mojado hasta las pantorrillas, barajé la posibilidad de que no estuviera de coña.

—¿Jorge? —cuestioné su juicio intentando incorporarme sin éxito.

—¿Sigue siendo un aprobado por los pelos? —preguntó sacándose la cartera y el móvil del bolsillo y lanzándolos a la arena seca—. El agua está bastante buena para ser Octubre...

Avanzó un paso más y deduje que, o hacía algo, o iba a acabar mojada, y no solo en el punto en que mis piernas se juntaban.

No se me ocurría nada que hacer salvo darle la razón, pero llevarle la contraria era tan jodidamente divertido y prometía un final tan excitante...

—Estoy revisando, pero...

—Vaya, quizá debería refrescarte la memoria —se ladeo y, levantando agua con la mano, empezó a lanzarla sobre su espalda, contra mí.

A pesar de que el pelo me protegía bastante, no tardé en notar cómo las salpicaduras alcanzaban mi cara.

—¡¡Ah!! —chillé cerrando los ojos y pataleando—. ¡Para, para! ¡Un bien! ¡Ha sido de bien! —rectifiqué entre risas y gritos.

—¿Solo de bien? —insistió avanzando mientras me sujetaba con fuerza por las piernas.

—¡Los zapatos no! —pedí clemencia para mis zapatos de ante rojo—. ¡Si me jodes los zapatos, te juro que no vuelves a meterla en caliente en tu puñetera vida!

—No creo que estés en posición de amenazar —presumió parándose para reírse con toda la tranquilidad del mundo—. Pero con ese carácter tuyo... no voy a arriesgarme.

Me quitó los zapatos, uno detrás de otro, y los tiró a la orilla, cerca de donde habían caído sus cosas. Seguro que llenarse de arena no sería muy bueno para ellos tampoco, pero, a aquellas alturas, la perdurabilidad de cualquiera de mis prendas me importaba tanto como las costumbres de apareamiento del puercoespín.

Moría por saber dónde nos iba a llevar aquel juego, y si para saberlo tenía que insultar un poquito más su orgullo...

Su mano mojada y fría subiendo por mi pierna hasta alcanzar mi trasero me impidió seguir maquinando.

—Yo creo que estas suaves braguitas también podrían estropearse con el agua —suspiró acariciándome el culo por debajo de la falda—. Mejor las quitamos, ¿no?

Volví a patalear gritando su nombre y dándole con ambas manos en su firme culo, pero eso lo único que consiguió fue ponerme más a mil, y animarlo a seguir adentrándose en el agua, arrastrándome la ropa interior por las piernas sin que pudiera hacer nada para evitarlo.

Reía sin parar mientras yo no dejaba de agitarme y chillar divertida. Si había sido capaz de mantenerme sobre su hombro y deshacerse de mis bragas sin apenas pestañear, sería capaz de hacer cualquier cosa que quisiera, y yo lo único que podía hacer, era disfrutar de ello, pensé sintiendo su mano volver a subir por el interior de mi muslo, haciendo que se me erizase la piel, se me contrajeran los músculos del vientre, y mis pechos se endurecieran.

—Última oportunidad —anunció bajándose hasta quedar abrazada con las piernas a su cintura, con el agua a apenas un par de palmos de mi culo—. ¿Estás segura de que no quieres replantearte tu desacertada valoración acerca de mi romántico discurso?

El gesto de su cara era de advertencia total. Piensa, Lucía. Olvídate por un momento de que acaba de guardarse tus braguitas nuevas en el bolsillo —y de que la hebilla de su cinto está jodidamente fría y demasiado cerca de tu centro neurálgico del placer—, y piensa, leche. ¡Piensa, maldita perra en celo!

Vale, no podía lanzarme al agua mientras me aferrase a él con las piernas. Hacerme la chula siempre había ido mucho más con mi estilo que dar mi brazo a torcer, así que...

—De hecho sí. Creo que he sido demasiado benevolente —apunté consiguiendo que su cara reflejase todavía más diversión, y notando un nudo de expectación en mí, exactamente sobre el punto en contacto con el gélido metal de su cinto—. El tribunal evaluador ha decidido que las aptitudes mostradas por el evaluado no han estado a

la altura de las expectativas generadas, de modo que la calificación final es insuficiente con derecho a recuperación —le guiñé un ojo antes de dejar un descuidado mordisco sobre su mejilla, apartándome rápidamente a la espera de la respuesta.

—Vaya, me acabas de hundir en la miseria —sentenció intentando un puchero que no consiguió porque en el fondo aquello le encantaba tanto como a mí—. Tendré que convencerte por otros medios —añadió acariciándome las nalgas desnudas. ¡Eso esperaba!—. Tú lo has querido, *rubia*.

Me apretó fuerte contra él y, sin pensárselo dos veces, comenzó a dar grandes zancadas mar adentro conmigo en brazos.

—¡Está helada! —protesté entre alaridos notando como me iba mojando—. ¡Estás loco!

—¡Solo por ti, Lucía! —exclamó por encima de mis aullidos lastimeros—. ¡Siempre por ti!

Entre mis risas y sus gritos, acabó lanzándose reteniéndome contra él. Me soltó bajo el agua, sujetando mi cara para besarme mientras todavía estábamos sumergidos.

Salí a la superficie la primera, estirándome para asegurarme de que el agua me llegaba apenas al cuello. Unos segundos después, apareció a un metro de distancia, sacándose la camiseta y haciéndola una bola antes de lanzarla en dirección a la orilla y avanzar hacia mí.

—Te quiero, nena —dijo apoyando su frente contra la mía.

—Te quiero, nene —lo imité estirándome para alcanzar sus labios—. Nunca olvidaré este momento.

—A partir de ahora llenaré tu vida de momentos —me besó exigente, atrayendo mi cara con ambas manos para retenerla pegada a la suya—. ¿Qué me has hecho, *rubia*, que ahora todo eres tú?

Sin darme tiempo a reaccionar, tiró de mí levantándose por encima de él. Invasión por su entusiasmo abrí los brazos reflejando mi absoluta felicidad.

—¡¡¡TE QUIEROOOOOOOOOOOO!!! —voceé tan alto como pude.

Me bajó con cuidado, deslizándose sobre su cuerpo, parando en el momento en que nuestras bocas quedaban a la misma altura. Sonreí antes de besarlo, haciéndome dueña de su voluntad. Me correspondió con tanto empeño, que creí que de verdad iba a necesitar que me reanimasen. Eso sí en algún momento dejaba que algo que no fueran sus labios insaciables se acercasen a los míos...

—Estás tiritando —paró de golpe, bajándose hasta que mis pies tocaron el fondo y apretándose con fuerza contra él—. Salgamos antes de que pilles una pulmonía.

—No seas *cortarrollos* y acaba lo que has empezado —exigí colgándome de su cuello y atrapándolo entre mis piernas—. Que no se diga que he perdido las bragas para nada.

—¿Crees que ahora que tengo toda la vida para tenerte así, me voy a arriesgar a impacientarme y permitir que te pases la siguiente semana enferma? —dijo intentando cubrirme con su cuerpo y avanzando de vuelta en dirección al coche.

—¿Toda la vida no es una apuesta demasiado optimista? —cuestioné con cierto retintín.

—Si algo te va a retener días sin salir de una cama, seré yo follándote hasta que no te acuerdes ni de tu nombre, no una fiebre inoportuna —repuso en un tono que no admitía discusión—. Ahora que ya no tengo que camelarte, despídete del oso amoroso —advirtió con voz muy ronca y mirada desafiante—, el Jorge animal está de vuelta.

Su cuerpo también estaba reaccionando al contraste entre la temperatura del agua, a la que ya nos habíamos acostumbrado, y la ambiental. No estaba dispuesta a renunciar tan fácilmente, pero cuando me disponía a engatusarlo con besos en el cuello, una leve brisa golpeó mi piel mojada bajo la blusa, provocándome un temblor que, pese a estar resguardada por su abrazo, me hizo sacudirme.

—¿Me vas a dar la razón ya? —presumió con cara de listillo.

—Pero prométeme que repetiremos esto cuando no me vayan a salir estalactitas en las pestañas —me di por vencida acurrucándome contra su pecho, que todavía emanaba calor pese a tener la piel de gallina—. Siempre he tenido curiosidad por saber cómo es hacerlo en el agua.

—Pues hoy te vas a tener que conformar con la ducha —aseguró frotándose con las manos y acelerando el paso hasta llegar a una de las puertas traseras del coche—. Quitate la ropa mojada, nena —ordenó dejándome dentro, corriendo para dar el contacto y conectar la calefacción—. En la bolsa hay una toalla y ropa seca. La camisa la traje para ti.

Volvió a salir del coche y se dirigió a recoger las cosas que habíamos dejado tiradas en la orilla. Aproveché para desvestirme y cubrirme por completo con la enorme toalla.

En el momento que me quité la humedad, el exceso de temperatura a la que había dejado el climatizador empezó a agobiarme. Me estiré entre los asientos en el mismo momento que abrió la puerta para colarse a mi lado.

—No sabes estarte quieta, ¿eh? —dijo dándome una palmada en el culo—. Deja eso. Tienes el pelo empapado.

—Oye, que el de la culpa has sido tú —le recordé sin hacerle caso—. Si no pensabas que acabaríamos calados hasta los huesos, ¿para qué has traído la toalla? —pregunté bajando un par de grados la temperatura y dejándome caer junto a él.

—Para tumbarnos, marisabidilla —respondió dándome con un dedo en la nariz—. Pero como eres una chula, me has obligado a ponerme más chulo que tú, algo francamente difícil, y hemos acabado a lo ensayo de *Dirty Dancing* —renegó con cierto aire pesaroso mientras yo le cedía la toalla y sacaba de mi bolso las braguitas de repuesto. Menos mal que mi madre había hecho de mí una chica previsor...—. Se suponía que te diría todas las cosas bonitas que mereces oír, te abrazaría sobre esa toalla, y luego te llevaría a un precioso y diminuto hotel que hay aquí cerca, para pasarme toda la noche besando cada centímetro de tu cuerpo.

—Me ha gustado mucho más el plan B —aseguré mientras ponía los ojos en blanco al verle mirar mis tetas sin pudor alguno.

—Todavía estamos a tiempo de retomar el plan A en el punto del precioso hotel —sugirió inclinándose para acercar su boca a mi pecho—, y de los besos por todo el cuerpo —añadió antes de meterse uno en la boca—. Ya te llevaré a casa mañana.

—¿Piensas tirarme en casa?! —rugí apartándolo de mí de un empujón, envolviéndome en la camisa mientras permanecía quieto, evaluando mi reacción.

—¿Qué voy a hacer contigo y con esa cabeza malpensada? —sonrió terminando él mismo con los botones—. Con llevarte a casa me refería a mi casa. No tengo intención de separarme de ti hasta que sea inevitable el lunes para ir a trabajar —recuperó la toalla y se frotó el cuerpo para secarse—. Pensaba en que pasases el fin de semana conmigo. Quiero que te acostumbres a estar en ella, no solo a venir a desayunar —retiró la toalla dejándome ver durante unos segundos su delirante desnudez, antes de ponerse la ropa interior seca y otros pantalones. Después de escudriñar su cuerpo, a mí ya se me había olvidado por qué tenía que hacerme la enfadada—. Quiero que allí te sientas en casa.

—Me siento en casa siempre que tú estás cerca —expliqué acariciando su cara—. Tú eres mi hogar, Jorge —dije apoyando mi mejilla contra su torso—. De todo lo que vimos en Madrid, de entre todos los sitios preciosos a los que me llevaste, este fue mi rincón favorito —acaricié su pecho con las yemas de los dedos—. Llévame a tu casa ahora.

—¿No quieres pasar la noche en el hotelito romántico? —preguntó rozando mi pelo húmedo antes de dejar un beso sobre él.

—No —negué contra su cuerpo—. Quiero despertarme en tu cama sabiendo que soy la única mujer que ha dormido en ella.

—Y la única que lo hará —aseguró obligándome a mirarlo antes de besarme.

La noche era clara y tranquila. La enorme luna iluminaba el cielo estrellado, pero la sensación de estar observando algo tan hermoso, no era ni la mitad de sobrecogedor que el ambiente que se respiraba entre nosotros, con mi mano acariciando su pelo y su barba, y la suya apoyada en mi rodilla.

The Lumineers y su *Flowers in your hair* sonaba en el coche, y yo sonreía como una tonta mientras Jorge tarareaba y me dedicaba miradas furtivas.

Notaba que el cansancio se iba apoderando de mí otra vez. Sentía mis mejillas ruborizadas por la temperatura que Jorge se empeñaba en mantener hasta que mi pelo se secase por completo, así que hablé antes de volver a sucumbir al sueño.

—¿Puedo preguntarte por qué esa playa? —dije poniéndome de lado para mirarlo, y obligándolo a retirar su mano de mi pierna con mi movimiento—. No es una protesta. Me ha parecido preciosa. Pero no sé si has elegido ese sitio por algo...

Me acurruqué colocando las manos juntas bajo mi mejilla, dejando claro que a mi consciencia no le quedaba demasiado tiempo. Respondió bajando el volumen de la música y haciendo un estiramiento digno de un contorsionista para rozarme la cara con las yemas.

—Solía llevar allí a Rori antes de que las cosas se pusieran feas de verdad. Decían que era bueno que caminase por la playa —explicó volviendo a colocar las dos manos sobre el volante—. Cuando éramos pequeños y Alina todavía no había nacido, pasábamos allí mucho tiempo con los abuelos —arrugó la frente en un gesto que me hizo pensar que rememorar aquello era más doloroso de lo que planeaba dejarme ver—. Nos gustaba ir y recordar los tiempos en los que nuestra mayor preocupación era a quién le tocaba jugar con el rastrillo primero, correr por la arena, o zambullirnos en el agua uno cogido al otro.

Alargué una mano y la coloqué sobre su brazo sin dejar de mirarlo, pero él parecía seguir concentrado recordando.

—Si para ti significa algo, ahora yo también tendré preciosos recuerdos en esa playa.

Mis palabras le hicieron inhalar con fuerza, pero nada en su rostro mostró satisfacción.

—Siempre le decía que era un sitio que solo compartiría con la mujer más importante de mi vida, y hace tiempo que le quitaste ese puesto —reconoció llenándose de ternura—. No había otro sitio al que tuviera más sentido llevarte para decirte lo importante que eres para mí.

Me miró durante un instante, el tiempo justo para regalarle una discreta sonrisa antes de dedicarle un te quiero y dejar que mis ojos se cerrasen, esperando que el sueño al que iba a rendirme, lo dejase acompañarme también más allá de la realidad.

—Arriba monito. Abrázate a mí.

La voz de Jorge me despertó. Había abierto la puerta del copiloto y se agachaba para cogerme. Me agarré a su cuello casi sin fuerzas y, pese a mi escasa colaboración, me levantó obligándome a aferrarme a él con las piernas.

Olia a mar y a Jorge, mis dos cosas favoritas, y su pelo estaba áspero por el salitre, así que no quería imaginarme cómo estaría el mío...

Para no visualizarme a lo Tina Turner —y porque seguía bastante adormilada—, cerré los ojos y escondí mi cara en su cuello. Noté cómo subíamos unas escaleras. Tras avanzar unos pasos, entramos en una habitación. Aunque me moría de ganas de ver su dormitorio, me seguí resistiendo a salir de mi placentero escondite.

—Nena, voy a darme una ducha, ¿me acompañas?

Pese a su más que evidente invitación, emití una especie de gruñidito lastimero que pretendió ser una negativa. No pensaba soltarlo por ninguna razón en el mundo.

—¿Eso es un no?

Se estiró hacia atrás, obligándome a abandonar mi refugio, y me dio un ligero beso en la boca para ver si así la movía. Lo ignoré y volví a acercarme a su cuello para hablar con voz pesada.

—Nada de duchas. Tíranos sobre la cama y a dormir —no pudo contener la risa, y su sonido me hizo reaccionar—. ¿Por qué yo estoy como si me hubieran dado una paliza y tú pareces haberte tomado un tripi? —pregunté mirándolo falsamente indignada.

—Será porque me siento... exultante —dijo comenzando a caminar—. Te tengo aquí, conmigo. Eres preciosa —me acarició el pelo, e hice una mueca imaginándome su tacto estropajoso—. Perfecta —insistió respondiendo a mi gesto—. Y me quieres. No creo que haya nada más que un hombre pueda desear para ser feliz.

Maldigo el día en el que Jorge descubrió que sus palabras me ganaban mucho más rápido que cualquier otra cosa en el mundo, porque desde ese día, entre sus miradas y sus frascitas, estaba bien jodida.

—No sé lo que puede desear un hombre, pero sé lo que deseo yo, y es que me sigas mirando siempre como lo haces ahora —dije sin poder esconder la emoción al ver sus ojos centellear fijos en los míos.

Entramos en el baño al tiempo que yo terminaba de hablar y él me premiaba con un tierno beso.

—Creo que me voy a pasar la noche entera mirándote para asegurarme de que eres real y no te estoy soñando —afirmó posándose sobre el lavabo.

—¿Sueñas conmigo? —pregunté sin molestarme en ocultar una sonrisa pícaro.

—Más o menos desde el día que te conocí —reconoció moviendo sus manos hasta mi cintura—. Te apoderaste de todo mi tiempo, *rubia*. El consciente y el inconsciente. Si eres un sueño, espero que seas uno del que no me obliguen a despertar jamás.

Lo besé con tranquilidad, acariciando el pelo que llegaba hasta mis dedos sobre su cuello.

—Soy real —confirmé antes de volver a esconderme y ronronear para coger postura sobre su hombro de nuevo.

—Venga, te llevo a la cama. No creo ni que puedas mantenerte de pie en la ducha.

—Pero te quedas allí conmigo —exigí casi en un susurro.

Volvió a cogerme y me llevó hasta el borde de la cama. Protesté ante su intención de hacerme soltarlo, y me agarré con más fuerza. Acabó dejándose caer sobre el colchón conmigo pegada a él. Acariciándome, logró que mis fuerzas flaqueasen y soltase mi cerrojo. Con un casto beso —que interpreté como una disculpa— se levantó rápidamente antes de que pudiera retenerlo.

—Tardo dos minutos —prometió quitándose la camiseta y lanzándola hacia un sillón sin brazos que reinaba en una esquina del dormitorio.

Se perdió en el baño deshaciéndose del resto de ropa y dejando la puerta abierta. No era listo ni nada... Sus carantoñas interesadas me habían despertado, pero no tanto como para ir en su busca cuando sabía que volvería a mí.

Me dediqué a estudiar la habitación mientras escuchaba el agua correr, y lamentaba que la mampara se hubiera empañado y no me dejase disfrutar del espectáculo.

No había nada especial. Era estilosa, pero práctica y confortable. Exactamente la línea de la que solía ser embajador su dueño. Lo único que me extrañó fue que sus paredes estuvieran completamente desnudas. Echaba en falta algo que representase la faceta artística de Jorge, aunque puede que fuera precisamente de eso de lo que pretendía huir allí dentro.

El agua dejó de escucharse y, en pocos segundos, Jorge y su gloriosa anatomía se presentaron frente a mí. Tenía los músculos perlados de gotitas de agua y el pelo escurriéndole sobre los hombros. Caminaba sin darse importancia, agitando la toalla sobre sus piernas con cada movimiento, pero tenía muy claro a qué estaba jugando. Yo y todos mis sentidos, que se encontraban alerta y en espera.

—Estás empapándolo todo —le reñí con una media sonrisa humedeciéndome los labios insinuante.

—¿Todo... todo? —preguntó con malicia aprovechándose de mi ingenuo comentario y agitando su pelo con otra toalla.

—Tendrás que venir a comprobarlo.

Me incorporé en la cama sobre los codos, y recogí mis piernas alzando un poco las rodillas y separándolas ligeramente. Se pasó la toalla por el cuerpo en un suspiro, y se ajustó la que llevaba en las caderas, lanzando la primera al baño.

—¿Tú no estabas tan horriblemente cansada hace tan solo unos minutos? —cuestionó sacando unos calzoncillos de un cajón con aire indiferente.

Pese a que sabía perfectamente que me estaba provocando, mi voluntad no era suficientemente resistente como para impedirselo. ¿Quién con sentido común puede o quiere resistirse a Jorge?

Notaba el calor invadirme desde dentro. No podía apartar la vista de las gotas que caían desde su pelo y le resbalaban por el pecho, dibujando un camino lento a lo largo de su piel hasta chocar con la toalla y desaparecer. Mi corazón se estaba acelerando, mientras todo lo que no era él parecía difuminarse a mi alrededor.

Las fuerzas me volvieron de golpe cuando, como quien no quiere la cosa, dejó la toalla caer al suelo, mostrándome su inicio de erección.

Sentí el calambre entre las piernas casi al mismo tiempo que mis pezones reaccionaron endureciéndose. Admitámoslo, era el rey en el juego de tentar, y yo una pobre y débil alma dispuesta a condenarse de por vida.

Me levanté casi de un salto y lo empujé para que cayera sobre el sillón.

—Esto no lo vamos a necesitar —aseguré cogiendo los calzoncillos de su mano y tirándolos por encima de mi cabeza. Me senté sobre él, colocando una pierna por cada lado del sillón—. Si mañana no puedo caminar, serás el único responsable de que me pase el día en la cama y no me levante ni para alimentarme.

—¿Quién ha dicho que tenga intenciones de que salgas de ella? —me acercó más a él, y dejó sus manos subiendo y bajando por mis muslos—. La única razón por la que te querría fuera de la cama, sería para follarte en cualquier otro sitio.

Acerqué mis labios abiertos a los suyos, en lo que era una clara señal de que pensaba apoderarme de su boca, pero después de apenas rozarlos y sentir su jadeo de anticipación, me aparté unos centímetros, reteniéndolo por los hombros para que no pudiera alcanzarme.

—Muy seguro te veo de ti mismo... y de tu aguante.

Me encantaba tratarlo con cierta arrogancia, solo porque sabía que mis falsos desplantes le excitaban, y las palpitaciones de su miembro contra mi muslo eran solo una prueba más de ello.

—Creía que eso no estaba en duda —subió las manos hasta palparme el trasero—. Estoy tocando mucha tela por aquí.

Intentaba estirarse para tener acceso a mis labios, pero mis manos seguían impidiéndoselo mientras me recreaba con los músculos de sus hombros. Aún así, me veía obligada a echarme hacia atrás para que su boca solo acertase a rozar mi barbilla.

—Ya me echaste a perder unas bragas en la playa —le advertí alzándole la cara para que dejase de concentrarse en mis pechos mientras sus dedos pulgares se enredaban en la tela de mi ropa interior—. A ver si con estas por lo menos haces que valga la pena —lo provoqué altiva, por el mero hecho de ver como la comisura izquierda de su boca se alzaba pretenciosa al tiempo que hacía jirones mi ropa interior.

—Cuánta exigencia para tan poca colaboración —me recriminó deshaciéndose de los restos y desabotonándose la camisa con prisas.

Aproveché para recorrerle la mandíbula con la nariz y, distrayéndolo con mis atenciones a su oreja izquierda, mi brazo se coló entre nosotros para hacerme dueña de toda su voluntad.

—Cuánta impaciencia para tan poca preparación —respondí soberbia, cerrando la mano sobre su miembro y acariciarlo mientras él levantaba una ceja con chulería—. Lo retiro, creo que estás más que preparado.

—Para ti siempre —aseguró estirándose para chuparme un pecho antes de morder el pezón.

Mientras alternaba atenciones entre mis pechos con su boca ansiosa y dedos hábiles, mi mano recorriéndolo y jugando con la presión que ejercía sobre él, se encargaba de que la respiración se le entrecortase y cada vez le costase más mantener la calma para no devorarme sin piedad.

Me ardía la piel bajo sus labios. Sus yemas torturaban mis doloridos y expectantes pezones, mientras le revolvió el pelo guiando su cabeza.

—Ven aquí —exigió apartándose y retirando mi mano de él para que no hubiera ningún obstáculo entre nosotros—. Bésame, nena, y no dejes de mirarme.

Me levantó con un solo brazo mientras se colocaba para entrar dentro de mí, y me besó con tanta ansia, que creí que no sería capaz de parar. Mis manos se colocaron a ambos lados de su cara, obligándolo a permitirme respirar antes de volver a atraerlo hacia mí.

Me hizo bajar de golpe y, desatendiendo su petición, cerré los ojos y gemí extasiada dejando caer mi cabeza. Esa sensación era mejor que nada que hubiera sentido en mi vida. NADA era comparable a él invadiéndome. Sin permiso. Sin avisar. Simplemente tomando lo que era suyo y no estaba dispuesto a esperar por más tiempo.

Una de sus manos soltó mi cuerpo y buscó mi cuello. Enredando sus dedos con mi pelo enmarañado, tiró para que volviera a centrarme en él. Su brusquedad era puro morbo, pero en su voz había tanta ternura, que toda mi piel se erizó al escucharla.

—Mírame, Lucía —reclamó quemándose con sus ardientes ojos y deslizándose fuera de mí—. Tengo que verte. Tengo que verme en ti para saber que es verdad que estás aquí.

Necesité hasta el último ápice de autocontrol para no repetir el gesto gritando aún más vehementemente cuando me colmó por segunda vez, pero me agarré con fuerza a su cuello, reteniendo su cara contra la mía y mirándolo directamente a los ojos.

—Soy real. Esto es real —le recordé moviéndome sobre él para obligarlo a llegar más profundo.

Gruñó contra mi boca sin pestañear siquiera, mientras nuestros labios intentaban buscarse al ritmo que habían impuesto mis vaivenes. Había encontrado el punto exacto en el que la fricción era absolutamente deliciosa y quería explotarlo al máximo, pero él no pareció estar de acuerdo. Mi animal hambriento necesitaba más y no tardó en hacérmelo saber.

—Joder, eres como una puta droga —farfulló llevando sus manos a mi culo para dirigir nuestro baile—. Nunca voy a tener suficiente de ti.

Sus yemas se clavaron en mi carne, casi con la misma fuerza con la que yo me sujeté a sus hombros para mantener el equilibrio. En cuanto lo conseguí, cambió el ritmo dándome una pequeña tregua y supe que era mi momento.

—Hoy mando yo —dije como pude entre respiraciones irregulares, soltándolo para coger sus manos—. *La rubia* tiene el control ahora.

Me estiré para que mis pies se apoyasen en el suelo y así poder tomar más impulso para enfatizar mis acometidas. Arrastré sus manos desde mi trasero, subiéndolas por mi cintura hasta alcanzar mis pechos.

Jadeábamos uno en la boca del otro en unos intentos desesperados de besarnos, pero lo único que conseguíamos era separarnos y acercarnos sin acertar a saborearnos.

Lo dejé rozarme los pezones con las palmas antes de levantarle las manos sobre su cabeza y hacerlas chocar contra la pared. Mi cuerpo cayó hacia adelante provocando que mis músculos se apretasen entorno a él en un reflejo.

—¡Oh, la hostia! —voceó antes de soltar una serie de blasfemias.

Con otro punto de apoyo sobre sus muñecas retenidas, mis caderas se aceleraron buscándolo. Respondió rugiendo entre dientes y moviéndose hasta hacer chocar nuestras pelvis de manera cada vez más violenta. Una. Dos. Tres. Interminables y brutales embestidas que nos hacían tambalearnos sobre el sillón.

Sabía que estaba luchando contra sí mismo por dejarme inmovilizarlo, porque sin esfuerzo podría haberse librado de mis manos y reclamarme con las suyas, pero creo que lo único que le importaba era mantener mi atención sobre sus ojos, que lucían más oscuros que de costumbre.

Después de tanto algodón de azúcar, de todas aquellas cosas preciosas que me había dicho, era un colofón perfecto tener al Jorge arrollador de vuelta, y mis gemidos, cada vez más incontrolados, dejaban claras muestras de su entrega a la causa.

Por mucho que intentase estar al mando, que fuera yo la que estaba encima, sus enérgicos empujones nos dominaban a los dos.

—¡Más fuerte! —imploré devorada por la ansiedad de sus arremetidas, rozándole con los dientes la mandíbula.

—Esa es la Lucía libidinosa que me encanta —sonrió pavoneándose y obedeciendo.

Estaba a punto de estallar en minúsculos e infinitos pedazos de placer y sabía que él iría detrás de mí, así que solté una de sus muñecas para agarrarle por el pelo y sostener su cara, de manera que sus ojos estuvieran justo delante de los míos.

—Mírame —exigí mientras nuestras narices chocaban irremediablemente una y otra vez con aquel desenfreno—. Te quiero.

Y pese a que estaba perdido en su propia espiral de lujurioso deleite, pude ver como su boca se curvaba satisfecha entre jadeos.

—¿Estás conmigo? —preguntó entrecortadamente con un brillo orgulloso.

Mi cuerpo tomó el control sobre mí, moviéndose de manera frenética encima de él. Tal era mi éxtasis, que desistí de intentar domarme y se limitó a gruñir maldiciones mientras mis pechos golpeaban su torso cubierto de una fina capa de sudor.

Acabé dejándome ir con un aullido casi animal y se hizo cargo de mi peso, manteniéndome erguida, y corriéndose después de unas cuantas embestidas desacompasadas pero bestiales, que me hicieron arquear la espalda y disfrutar de mi segunda gratificación.

Mi cabeza descansaba sobre uno de sus hombros, mientras acariciaba mi espalda y nuestros pechos dejaban de palpitar con intensidad. Nunca en mi vida fui tan consciente como en aquel momento, de cómo la sangre llegaba a todos y cada uno de los rincones de mi cuerpo.

—Eres increíble —dijo saliendo de mí y recogíendome entre sus brazos—. Te quiero, Lucía.

Solo entonces me di cuenta de que mi mano seguía en su pelo y que, seguramente, con todo el descontrol del momento, le habría pegado unos buenos tirones. Lo solté dejando la mano apoyada sobre su cuello, jugueteando con los mechones que caían sobre él.

—Deberías haberme dicho que te estaba haciendo daño —reclamé separándome para buscar su mirada.

—No me has hecho daño —aclaró rozando mi nariz con la suya—. Ha sido jodidamente perfecto. Además, *la rubia* siempre ha tenido mucho carácter —bromeó antes de guiñarme un ojo.

—Pues a *la rubia* parece que se le ha puesto un dolor horrible en la espalda y necesita que se la pongan recta —dije enroscando su pelo entre mis dedos y acercando mis labios a su oreja.

Su gesto se torció, pero enseguida se dio cuenta que el malestar era fingido y se animó a seguirme el rollo.

—¿Y cómo crees que podemos hacerlo? —sonrió perverso.

—Yo creo que la mejor opción va a ser contra la pared de la ducha —sugerí atrapando su lóbulo y estirándolo hasta que logró escapar.

—Es usted insaciable, señorita Montaner —declaró con los ojos muy abiertos burlándose de mí—. ¿Se puede saber si le duele algo más?

Asentí señalando con el índice uno de mis pómulos, sobre el que enseguida dejó un beso. La siguiente parada fueron los labios, con los que se entretuvo algo más, sin recibir ayuda por mi parte. De ahí pasamos al cuello, que recorrió con pequeños mordiscos alternados con círculos que dibujaba con la punta de la lengua antes de soplar sobre ellos.

—Estoy seguro que también te duele aquí —dijo pasando la lengua por mis pezones, poniéndolos rígidos sin esfuerzo—. Creo que vamos a tener que hacer algo con esa espalda, antes que ese horrible dolor, que parece propagarse, llegue más abajo —sugirió dejando que su mano se colase entre mis piernas—, no vaya a ser que tengas que pasarte todo el fin de semana retozando en la cama.

—¿Perdona? —compuse un gesto de integra mujer ofendida.

—Reposando —corrigió agitando la cabeza en desacuerdo con su metedura de pata más que intencionada—. Quería decir reposando en la cama. Es que me he distraído con la auscultación —se justificó mientras uno de sus dedos me rozaba volviendo a encenderme.

—Creo que ahora sí quiero esa ducha —sonreí coqueta acariciando el vello de su pecho.

—Nací para complacerte, nena.

Se levantó de un tirón, haciendo que mi cuerpo se incorporase justo delante de él.

—Me gusta como suenan los te quiero cuando los dices tú —dije mirándolo a los ojos antes de girarme y dirigirme a la ducha.

—¿Y eso a qué viene? —preguntó alcanzándome y sosteniéndome por la cintura.

Cogí su mano y, abriendo la mampara, tiré de él para que entrase conmigo.

—Es solo que es cierto que cuando lo dice tu persona... suena diferente —me encogí de hombros—. Suena a verdad innegable. A decreto divino, prácticamente. Suena a algo que parece irrompible.

—Será irrompible —aseguró llevando su mano a mi cara, rozando mi mejilla con los nudillos—. Te quiero, nena.

—Vale, vale —lo empujé contra la pared bromeando para quitármelo de encima—. A ver si ahora nos vamos a convertir en unos empalagosos. Yo te quiero más. No, yo más —me mofé con tonito estridente, poniendo los brazos en jarras.

—Cuelga tú. No, cuelga tú —rio haciendo como que hablaba por teléfono con una voz estúpida—. Ven aquí. A veces eres más arisca que un gato —tiró de mi mano hasta hacerme chocar contra su cuerpo—. Yo colgaré primero, pero solo porque tú me quieres más.

—¡Qué creído te lo tienes, por favor! —protesté poniendo los ojos en blanco.

—No soy un hombre de fe —aclaró repentinamente serio—, pero si alguna vez en mi vida he creído en algo, es en ti y en nosotros —estiró el cuello hasta poner sus labios al lado de mi oreja—. Te querré hasta que tus oídos escuchen la última canción.

—Te querré hasta que tus manos me regalen la última caricia —respondí susurrándole, tal y como había hecho él.

El agua empezó a caer sobre nuestras cabezas mientras sellábamos aquella declaración de intenciones con un beso, que no hacía más que demostrar mi teoría de que todo suena, sabe, y se siente diferente, con la persona de la que estás perdidamente enamorada.

Sentí aquel rayo de sol justo sobre mi cara, anunciándome que había dormido bastante más de lo que era normal en mí.

Me costó unos segundos reconocer el suave tacto de mi nueva almohada. El pecho de Jorge subía y bajaba pausado bajo mi mejilla, y su brazo me recogía contra él. Mi pierna izquierda lo atrapaba y, bajo mi muslo, el vello de su vientre me hacía cosquillas.

Me mantuve en esa posición saboreando el momento con los ojos cerrados. Había imaginado tantas veces cómo sería estar así con él, libres y sinceros para compartirlo todo, que una extraña nostalgia me invadió. ¿Se puede sentir vacío estando tan llena? Lo que sientes no es vacío, me dije. Lo que sientes es la ausencia de la preocupación, porque por fin habéis dejado de esconderos el uno del otro.

Abrí los ojos y lo observé dormir plácidamente. El pelo le caía sobre los ojos, y el brazo que no tenía ocupado en mí, se doblaba para colocar la mano bajo su cabeza en la ya típica posición Jorge. Pero lo que más llamaba la atención era que, pese a estar profundamente dormido, sus labios parecían esbozar una sonrisa. Supongo que yo me debía ver con la misma cara apenas unos minutos antes... Después de todo, nada sienta mejor que amar y ser correspondido, y la calma que emanaba el cuerpo de Jorge hablaba por sí misma.

Es curioso que una persona se vea tan distinta con apenas algunos meses de diferencia. El hombre que tenía delante, el Jorge de anoche, era todo lo que el tipo que conocí tirada en el asfalto dejaba intuir. Sexy, atractivo y tentador. Pero además, había demostrado ser alguien capaz de ir más allá y no bloquear sus sentimientos. Sus ojos ya no escondían ni tantos secretos, ni tantos miedos.

Aunque la perspectiva de quedarme mirándolo eternamente era más que apetecible, la necesidad de disfrutar de nuestro primer día juntos resultó mucho más poderosa. Eso, y que mi vejiga se estaba encargando de advertirme de su inminente explosión.

Aparté su brazo de mí con cuidado y me separé de su cuerpo intentando no alarmarlo. Menuda tontería... Jorge sería capaz de dormir con un martillo hidráulico trabando a apenas unos metros. Eso me dio la idea de cómo despertarlo. Combinaría sonido y movimiento, pero primero tenía que encargarme de mí, mis necesidades, y la reorganización de la agenda para el fin de semana.

Busqué mi bolso y saqué el móvil. Tenía un par de mensajes de Adriana. Algo normal, teniendo en cuenta que hacía exactamente dos horas que debería haberme presentado en el restaurante para las entrevistas del personal.

«Tú follando y yo haciendo entrevistas sola, la vida te lo devolverá, zorrilla lujuriosa. Espero que en forma de hongos vaginales, para que te acuerdes una temporada del precio de la traición»

Reí ante su dosis de buenos deseos diarios, imaginándome lo desagradable que sería aguantar los malditos picores un par de semanas.

El siguiente no tenía desperdicio, y venía con foto borrosa sacada a traición incluida.

«Voy a contratar a este rubio. Creo que no sabe ni lo que es un escamador, pero para fregar los cacharros me vale. Y solo por esas espaldas... ¡Merece una oportunidad laboral! Recuerdas que lo de hacer esto un sábado por la mañana fue idea tuya? Te odio, y ya le he escrito a la bruja Lola pidiéndole tu candidiasis. Un par de velas negras te llevas seguro»

No me molesté ni en intentar contestarle. Cerré la puerta del baño y, sentándome en la taza del váter, la llamé.

—Yo tampoco sé que es un escamador, pero voy a arriesgarme. ¿Utensilio para quitar las escamas? —dije en cuanto descolgó—. No le veo la lógica, debería llamarse desescamador.

—Cómo se nota que te hemos pagado una carrera... —contestó con ironía—. ¿Te acabas de levantar? ¡Si tú no dormiste tanto ni el día después de la boda de Alba!

—Puede que tenga que ver con que en la boda de Alba no hubiera playas... Ni Jorges en modo blandito y seductor... —suspiré casi sin querer, aunque no sé bien si por los recuerdos o por la placentera sensación de liberación de mi vejiga—. Sillones con Jorges salvajes... Duchas recuperadoras de espaldas con Jorges atentos...

—Vale, lo pillo —me cortó—. Vas a mear en paréntesis como si fueras un futbolista durante la próxima semana.

—Pues ahora lo estoy haciendo y tengo las piernas bastante junticas, la verdad —respondí cogiendo un poco de papel higiénico con la mano libre—. Algo dolorida sí que estoy, pero yo creo que esto es como las agujetas, se pasan con más ejercicio —añadí tirando de la cadena con una sonrisa pícaro.

—¡No me jodas que eres tan cerda que estabas meando y hablando conmigo a la vez! —aulló al otro lado.

—La fina... —repliqué—. Como nunca has entrado en el baño conmigo... Además, tengo que optimizar mi tiempo antes de despertar a ese maldito hombre insaciable —me lavé las manos y empecé a husmear en busca de algo que pusiera a raya mi pelo—. Creo que no me va a estar permitido salir de la cama.

—¿Eso significa que el empotrador romántico va a conservar sus pelotas y yo me voy a quedar sin pisapapeles nuevo? Lástima —se oyó el chasquido de su lengua al otro lado.

—¿De qué hablas? —la interrogué mientras terminaba de domar mi melena con los dedos.

—Cosas entre él y yo. Olvídalo —dijo para zanjar el tema—. ¿Todo bien, entonces? ¿Le has echado ya de comer al unicornio? —preguntó haciéndose la preocupada.

—Al unicornio lo he mandado a tu casa a cumplir con un temita entre su cuerno y el culo de tu novio —solté con chulería.

—Pues si encuentra el culo de mi novio felicítalo de mi parte —rió resoplando.

—¿Y eso?

Mi pelo había dejado de parecer el de una persona que se peina con la batidora, y estaba inmersa en olisquear todos los productos de Jorge, poniendo a prueba mi memoria olfativa. Cada aroma me recordaba a algún instante con él, y revivirlos era más que estimulante.

—Se ha largado esta mañana de fin de semana a una despedida de soltero —me informó con desgana—. Pasó a buscarlo Rubén y, por la cara que llevaban, parecía que se fueran a Las Vegas.

—Seguro que van jugar al *paintball* y poco más —dije imaginando que el plan tampoco sería mucho más loco.

—Ya, pero yo estoy aquí sola y cabreada como una mona —refunfuñó dejando caer algo sobre papeles—. Porque, uno, mi amiga me ha cambiado por un rabo.

—¡Eh! ¿Que yo no te he cambiado por nada! —me quejé interrumpiéndola, a pesar de que era exactamente lo que había hecho—. Solo he alterado momentáneamente el orden de prioridades.

—Claro, nuestro restaurante no es ni blandito, ni seductor, ni salvaje, ni atento... —enumeré las cosas con las que yo había definido al Jorge de la noche anterior—. En resumidas cuentas, no folla.

—Adri, ¡lo siento! Me visto y voy para allá —ofrecí sintiéndome fatal.

—Anda. Quédate dónde estás y que por lo menos una de las dos disfrute del fin de semana —declinó mi ofrecimiento con un suspiro exagerado, dándome a entender que no me iba a salir gratis—. Esto lo tengo controlado. Solo es la primera criba. En realidad necesito ver a la gente en acción, pero hasta que no esté todo montado va a ser imposible, y los de la cocina se están retrasando porque no sé qué mierda de permiso no está en regla —su tono había cambiado, denotando impaciencia—. Encima ha habido un error con las lámparas y hay de devolverlas para que nos envíen las correctas.

—Deduzco que esa era la segunda parte del cabreo —aventuré arriesgándome a una respuesta sarcástica que nunca llegó—. Siento haberme desentendido de todo esta última semana... Soy un huevo de amiga.

—Los huevos le voy a escalfar a Rubén como no arregle lo del permiso —bufó—. Y a los de las putas lámparas como tarden mucho en traerlas, porque hasta que no las cuelguen, no se pueden colocar las mesas —gruñó de tal manera que la creí totalmente capaz de destrozarse testículos a diestro y siniestro—. Tú has tenido bastante con tu trabajo y con la liada en casa del *petit*. Que, por cierto, no debió de ir tan mal la cosa... Vanesa se iba hoy a Denia a pasar el día.

—¿No me jodas que iba a conocer a los padres de Rodri? —pregunté dando un brinco por la sorpresa.

—Deja los porros, nena —se burló de mi entusiasmo—. Irá a que le enseñe la ciudad, yo que sé. A comer y pasar el rato. O a magrearse en el coche en un descampado... Vete tú a saber.

—Eres única quitándole encanto a las cosas, reina.

—Sí, Adriana es muy mala y todo lo que quieras, pero se ha tragado toditas las entrevistas ella sola. Me debes una —me recordó un tanto chistosa—. Una tan grande como ese vestidazo de Dolores Promesas que vi la semana pasada en el estudio.

—A ti te hizo la boca una monja, ¿no? —repliqué sabiendo que su próximo regalo sería un maldito Dolores Promesas.

—¿Y tú no deberías estar dándole uso a la tuya? —sugirió, y casi podía imaginármela haciendo el gesto con su lengua sobre la mejilla.

—Eso mismo pensaba hacer, aunque no cómo te imaginas, so salida —renegué cortante.

—Te dejo con tus ejercicios orales —dijo ignorando mi tono—. Voy a cerrar el chiringuito y largarme a casa a estudiar curriculums. ¡Planazo de fin de semana! —añadió con una tonta vocecilla de animadora entusiasta.

En el momento en que Adri colgó, volví a centrarme en mi plan para despertar a Jorge. Mientras investigaba por el baño buscando algo que me sirviera de micrófono, pensaba en lo que me había dicho la noche anterior secándome con cuidado todo el cuerpo. “Vas a tener que tener paciencia conmigo y enseñarme cómo es esto de tener una relación”. Tranquilo, Meghan Trainor, su ironía, y yo, te vamos a dar unas lecciones, sonreí empuñando el cilindro gris grafito de perfume Armani.

Salí del baño y coloqué el móvil en el altavoz. Me aseguré de que el volumen fuera lo suficientemente alto para despertarlo y, dándole al *play*, me subí de un salto a la cama, asegurando una pierna a cada lado de sus caderas.

Vale, lo confieso. No acabé con el cabecero de la cama de aparato dental de purito milagro, pero no es relevante porque él no lo vio y mi dignidad continuó intacta.

Perfume en mano, empecé mi actuación mientras sus ojos se entreabrían con sorpresa y extrañeza al escuchar la voz en off del inicio de la canción. Tardó unos segundos en darse cuenta de lo que sucedía, pero una vez lo hizo, no pudo esconder las reacciones que le producían mis saltos sobre la cama. La manera rítmica a la que agitaba la cabeza y los hombros, dejándome llevar por la música. Cantando exageradamente y señalándolo.

Estirándose para sentarse y apoyarse sobre la espalda, se desperezó sin perder detalle de mi numerito.

En los trozos de letra que no me sabía, improvisaba un *playback* un pelín sobreactuado, intentando distraer su atención de mi cara a alguna otra parte de mi cuerpo. Él respondía con gestos bastante explícitos sobre qué pensaba hacer con ellas, y a mí me costaba no perder la concentración y seguir con *Dear Future Husband* y no despendolarme a lo Madonna.

En cuanto terminó, me detuve casi sin aliento e, inclinándome hacia adelante con desparpajo, agradecí la atención a mi entregado espectador, que abrazó mis piernas obligándome a caer sobre él.

—¿Me vas a despertar así siempre? —preguntó ayudándome a colocarme a horcajadas sobre su pelvis—. No está nada mal verte bailar semidesnuda nada más abrir los ojos.

—Ni lo sueñes —advertí tirando el improvisado micrófono al otro extremo de la cama.

—Pues me encantaría —aseguró con un mohín que, más que dar lástima, invitaba a lanzarte sobre su boca.

—No me refería a lo de cantarte. Me refería a lo que está empezando a tener vida propia entre tus piernas y las mías —aclaré deslizándome unos centímetros para dejar a la vista el bulto en sus calzoncillos—. ¡No más sexo, por piedad! —bromeé haciendo que suplicaba.

—Si no fuera porque estoy notando ese sutil movimiento de tus caderas frotándome, casi hasta me darías pena —se defendió dándome un cachete—. Mi cuerpo te reconoce, nena. No hay nada que pueda hacer contra eso.

—No estoy frotándome —dije falsamente desconcertada sin disimular mis movimientos—. A lo tuyo se le llama vicio. Y a esto —señalé su erección apartándome—, empalme mañanero. Nada que ver conmigo.

—Muy bien. Entonces vayamos a desayunar.

Me levanté posándome a un lado e incorporándose decidido.

—¿Dónde te crees que vas? —exigí estirándome para detenerlo.

—Voy a ver en qué punto de la casa me alcanzas para solucionarme eso del empalme mañanero, y si allí eres capaz de gritar como ayer en el sillón... En la ducha... En la cama... Exactamente ahí voy —declaró con arrogancia zafándose de mí y saliendo de la habitación con paso acelerado.

—¡Si corres que sea hacia la cocina! —grité dejándolo tomar ventaja—. ¡Esa encimera me está llamando!

—Lucía, ven a sentar tu precioso culito respingón sobre mí —dijo un profundo tono de voz que se alejaba escaleras abajo—. ¡Tienes razón, *rubia*! ¡Creo que me vas a encontrar en la cocina! —añadió recuperando su timbre habitual.

De un salto bajé de la cama y, estirando el borde de la camiseta con la que había dormido, salí en su busca, mientras su voz atrayente me daba algunas pistas sobre qué era exactamente lo que iba a pasar en aquella encimera.

—¿Te vistes y vamos a desayunar de verdad? —preguntó recogiendo el bóxer que me había prestado la noche anterior, y que había acabado colgado del grifo sobre el fregadero.

—¿Con qué esperas que me vista exactamente? —contesté sarcástica, quitándoselo y poniéndomelo de nuevo—. ¿Con la falda que me empapaste ayer y has dejado toda la noche húmeda en el maletero? ¿O salgo de casa con una de tus camisas o camisetas, para goce y disfrute de todo el vecindario?

—Ya. No había pensado en ese detallito —reflexionó apartándose el pelo de la frente—. Quería que fuéramos a tu local.

—¿Ahora hasta el restaurante, que además sigue sin estar abierto? —cuestioné extrañada—. A ti tanto polvo loco te está dejando sin neuronas, rey.

—No me refería a ese local —se defendió con un extraño aire victorioso—. Quería llevarte a desayunar a un sitio que lleva tu nombre y está aquí al lado —aclaró

cojiéndome por la cintura desde atrás.

—¿Desayunos Lucía? —ironicé para picarlo.

—No. La más bonita—sentenció dejando dos besos consecutivos, uno en un lateral de mi cuello y otro en la nuca.

—¿Sabes que para no haber nacido con el gen romántico, como tú dices, sueles dejarme sin palabras con cosas como esta? —me giré para poder mirarlo—. Odio que sueltes esas frasecitas sin siquiera despeinarte.

—Ya te has encargado tú de despeinarme hace un momento —dijo estrechándome para levantarme y besarme fugazmente antes de alzar una ceja orgulloso—. Y recién follada estás con la guardia baja y eres más fácil de complacer.

—¿Eso quiere decir que te vas a poner el delantal, solo el delantal —insistí con malicia—, y me vas a hacer el desayuno?

Me posó en el suelo, arrastrándome fuera de la cocina.

—Creo que no tengo las cosas que necesitaría para hacerte tortitas, nena.

—Bueno, por la hora que es, tiene más sentido hacer algo para comer. Así cogemos fuerzas para la tarde —sonreí coqueta.

Jorge paró en seco, retirando sus manos de mí. Un extraño gesto dominaba su cara mientras su mirada se alternaba entre mi rostro y la que, en otros tiempos que prefiero no recordar, era la habitación de invitadas.

—Vale, ahora es cuando yo te digo algo que se me había olvidado, y tú, como eres maravillosamente comprensiva además de preciosa, no te pones como una fiera —deseo dando un paso hacia mí, a lo que respondí retrocediendo por instinto.

¿Es que no podíamos ser felices en nuestro mundo de luz y de color al menos veinticuatro horas seguidas?

—Espero que lo que me vas a decir tenga que ver con que no tienes ni puñetera idea de cocinar, y que te has tirado el moco conmigo con las tortitas y la pasta, porque como esté relacionado con esa puerta que no dejas de mirar... —le advertí no sin cierto cachondeo.

—En realidad, no creas que sé hacer mucho más que tortitas y pasta —se justificó obligándose a sonreír tontamente—. Yo me especialicé en tortitas y Rori en el resto del recetario —se revolvió el pelo incómodo—. En cuanto a la pasta... Algo acabas aprendiendo casi viviendo con un italiano tantos años —se encogió de hombros—. Puestos a confesar, lo de cuidar el jardín tampoco es que requiera mucho trabajo. El riego por goteo hace milagros.

—Jorge, no te quiero por tus habilidades de amo de tu casa —afirmé sardónica—. Suéltalo ya, porque me estás poniendo nerviosa con tanta chorrada previa —le ordené cruzándome de brazos y dejando todo mi peso sobre una pierna con aire firme.

—Es sábado, y había invitado a mis alumnos a venir a practicar a casa.

Tardé unos segundos en darme cuenta de que el problema no eran unos cuantos jóvenes colocando caballetes, sino lo que iban a plasmar en las láminas que sostendrían en ellos.

—Me estás vacilando, ¿verdad?

Mi mirada lo desintegró, dejando claro que había captado perfectamente de dónde venía su temor a contármelo.

—Espera, Lucía —pidió estirándose para retenerme al ver mi intención de girarme y largarme—. En esta casa no habrá ninguna mujer desnuda que no seas tú —aseguró clavando sus ojos en los míos, que se abrieron suspicaces—. Nunca —recalcó soltándome al ver que mi mirada había ido a parar a la mano que me sujetaba—. Solo necesito hacer una llamada para solucionarlo.

—Dime una cosa, ¿esa llamada es a Sonia y/o Selena? —pregunté notando cómo la sangre me hervía desde el momento en que planteó la situación y mi mente se fue directamente a ellas.

—No tiene nada que ver con lo que estás pensando —contestó evadiendo la pregunta.

—Perfecto, ahí tengo la respuesta —dije volviéndome y caminando hacia la escalera.

—Joder, soy un gilipollas de puta madre —lo escuché farfullar a mi espalda—. Sabes de sobra que hace mucho que...

Voy a reconocer que mi mente fue mucho más rápida que mi cuerpo y, por un instante, me convertí en Uma Thurman, con mono amarillo y todo, explicándole a Jorge por las malas qué no se le debe hacer a una novia. Por suerte para él, no tenía una katana.

Retorné sobre mis pasos de inmediato, cortándolo antes de que terminara aquella frase.

—Vamos a dejar clara una cosa —expresé categórica pero sin alterarme—. No soy una niñita celosa que se va a sentir insegura porque hayas tenido un séquito de *follamigas* con las que se podría hacer una *jodía* liga de fútbol. No después de todo lo que nos hemos dicho y hecho en las últimas horas —puntalicé dejando claro que confiaba en él—. Pero no puedes pretender que me sienta cómoda en esta casa, si cualquiera de ellas va a seguir viniendo, sea con la intención que sea.

—Lucía, lo siento. No me había...

—No he terminado —lo frené—. Tienes tu pasado y yo tengo el mío. Nos gusten o no, están ahí y tenemos que vivir con ellos. Pero no me obligues a vivir con el tuyo en el sentido estricto de la palabra, porque no creo que esté ni preparada, ni dispuesta —abrió la boca pero volví a interrumpirlo—. Entiendo lo que haces por esos chicos y de verdad que no deseo que dejes de hacerlo, pero deberías haber pensado que es una total y absoluta falta de respeto hacia mí que ciertas personas entren en la que pretendes que considere como mi casa.

—Tienes toda la razón —afirmó mirándome con pesar—. No pretendo justificarme, pero no lo pensé. Te prometo que lo voy a solucionar.

—Eso espero —escupí dándole la espalda—. Voy a llamar a Adriana. Necesito algo que ponerme.

Antes de que pudiera subir el primer escalón, había dado dos grandes zancadas y se había plantado delante de mí.

—¿Te vas a ir? —preguntó casi sin voz.

—No me voy a ir a ninguna parte —le acaricié la cara para aliviar un poco su expresión mortificada—. Pero estaría más que bien ir vestida con algo más que una de tus camisas para poder ver a los chicos dibujar la enredadera, o lo que sea que les vas a poner a hacer en lugar de las curvitas de una *jodía* mujer escultural.

—¿De verdad no estás enfadada? —dudó intentando ver dentro de mis ojos.

—Si estoy enfadada, Jorge —aseguré sin endurecer el gesto aunque mostrándome decidida—. Pero irme corriendo ahora porque has metido la pata hasta el corvejón, no va a cambiar que lo hayas hecho. Así que para cagarme en ti en la distancia, lo hago en tu casa y así seguramente se me pase antes.

Tuvo que hacer esfuerzos para no sonreír, por miedo a que interpretase su gesto como que no me tomaba en serio, y asintió dándome a entender que el mensaje le había llegado muy clarito. El problema era que él sabía tan bien como yo que el cabreo no me duraría mucho, como casi siempre.

—¿Puedo colaborar de alguna manera para que se te pase antes? —ronroneó con una intención más que evidente de compensarme sexualmente.

—No te pases de listo, que tener la bragueta ligerita es lo que te ha metido en esta.

Agachó la mirada mostrando arrepentimiento. ¡Ay, mi pobre chico rebelde! Si es que no había quien pudiera resistirse a él... ni siquiera después de que hiciera algo de capullo integral.

—Ven aquí, anda —exigí animándolo a acercarse a mí—. Si estuviera enfadada de verdad, me habrías visto salir de aquí como si fuera el correccaminos. Vestida o no —

aclaré alargando una mano para colar mis dedos entre su pelo—. Sé que no ha sido malintencionado, y por eso seguramente se me pase en cuanto me des algo que llevarme a la boca —abrió los ojos como platos y vi la lascivia cruzar su mirada—. Como se te ocurra decir lo que sé que acabas de pensar... —añadí advirtiéndole que todavía no estaba de humor para juegucitos de palabras, pero sin poder evitar una sonrisa pícara.

—Sabes que lo de tener tacto nunca ha sido mi fuerte... —me devolvió el gesto travieso.

—Creo que eso es algo que tengo claro desde la primera vez que me acosté contigo —aseguré entendiendo el sentido de sus palabras.

Estudió mi expresión con cautela y volvió a ponerse serio. Parecía sopesar mucho cuáles iban a ser sus siguientes palabras, como si fueran a definir el curso que iba a tomar nuestra relación en adelante.

—Lucía, jamás tendré ojos para nadie que no seas tú —explicó acariciando mi mano y llevándola hasta sus labios para besarla—. Siento no haberme dado cuenta antes y haber evitado esto.

—Te creo, respecto a las dos cosas —confirmé estirándome para rozar sus labios con los míos—. Solo hay una cosa que seguramente no sería capaz de perdonarte nunca, Jorge —lo besé antes de apartarme para que viera que hablaba con convencimiento—. Que tengas un Zuhair Murad en casa —expliqué pasándome una mano por el costado hasta la cadera, dando un golpecito sobre esta—, no quiere decir que tengas que pasar por los escaparates cerrando los ojos. Eso sí, si algún día se te ocurre probarte algo que no sea tu vestido de alta costura, lo verás desaparecer tan rápido, que hasta pensarás que fue un espejismo haberlo tenido en tu armario.

—Confía en mí, nena. Sería incapaz de engañarte —sentenció dejando un suave beso en mi frente.

—Es sencillo. Si algún día esto no es suficiente, si yo dejo de ser todo lo que quieres...

—Shhh —me obligó a callar con una mueca de desagrado—. Nadie deja de querer el aire que necesita para respirar —me besó una vez más en la cabeza antes de rebasarme y comenzar a subir las escaleras dando por finalizado el tema—. Dile a Adriana si puede ir a tu casa y preparar una bolsa con cosas. Así paso a recogerlas cuando vaya a buscarnos algo para comer. Lo digo porque seguro que ella tarda menos que yo en buscarlas y sabe qué coger —se giró para guiñarme un ojo antes de continuar—. A mí me parece que lo que mejor te queda, es no llevar nada.

Salí de casa dejándola en el jardín. Para estar en otoño, los días todavía eran tremendamente cálidos, y eso me dio la idea de cómo podía solucionar el tema de esa tarde.

Lo primero que tenía que hacer, era hablar con Sonia para intentar arreglar mi cagada monumental.

Hace falta ser cretino para invitar a tu casa a una tía que te has estado tirando, mientras la única mujer a la que quieres y respetas por igual está en ella. Seguro que Marco tendría mucho con lo que joderme y reírse al respecto... Eso si Adriana dejaba algo de mí después de hacerse alguna figurita decorativa con mi rabo.

Salí de la cochera y busqué el contacto de Sonia. Tras apenas tres tonos descolgó.

—Dime, Jorge. ¿Hay cambio de horario para esta tarde? —preguntó mientras los ruidos de estar trabajando sonaban por detrás de ella.

—Hay cambio de planes en general.

Aunque lo cierto era que nunca había tenido la necesidad de que Sonia fuera nada más que lo que había sido para mí —idea que por suerte ella compartía y por eso nuestro acuerdo había aguantado tanto tiempo—, me preocupaba por ella, y sentía lo que iba a hacer.

—¿A qué te refieres?

—Sabes que estoy muy contento con tu trabajo, y que los chicos empatizan contigo a la perfección, pero si quiero mantener a Lucía a mi lado... —dije con confianza, puesto que ella sabía perfectamente lo que había, más después del día que la encontramos en el bar—. Me temo que ni tú ni Marta vais a poder seguir colaborando conmigo.

—No te preocupes. Lo entiendo —respondió comprensiva—. Tarde o temprano tenía que pasar.

—He pensado en pasarle tu número a un tío que lleva una escuela privada —comenté recordándome que tenía que hacerlo de inmediato—. Con las referencias que le daré, estoy seguro de que se pondrá en contacto contigo enseguida.

—Muchas gracias. Te debo un favor. Cuando necesites un cable, llámame.

—Es lo menos que podía hacer. Oye, sé que entre nosotros estuvo todo siempre claro, pero si alguna vez yo...

—Jorge, no hay nada por lo que disculpase. Siempre has sido sincero y respetuoso conmigo. Jugábamos bajo unas reglas que impusimos los dos, no te olvides —se escuchó una puerta cerrarse y el ruido que la rodeaba cesó—. Estaba claro que llegaría el momento en el que encontraríamos una buena razón para dejar de usarnos como vía de escape, y Lucía es más que tu razón. Es tu destino. Salta a la vista.

—Gracias —respondí sin saber muy bien qué más añadir.

—Adiós, Jorge.

—Adiós, Sonia.

Colgué con la extraña sensación de que, últimamente, las mujeres a mi alrededor no hacían más que darme lecciones y demostrarme que había sido un ciego estúpido durante demasiado tiempo. Solo pensar que la siguiente charla me la iba a dar Adri, me dieron ganas de pasar de largo la calle de Lucía.

Abrí la puerta con sus llaves y caminé hacia la habitación, donde se escuchaba el sonido de cajones abrirse y cerrarse.

Al llegar, descubrí un montón de cosas sobre la cama y a Adriana rebuscando en el baño. Estaba de espaldas, de manera que al volverse, la visión de mí analizando un acojonantemente sexy sujetador le dio un susto de muerte.

—¡Me cago en tu santísima estampa! —chilló dejando caer el neceser que llevaba en una mano y lanzándome el cepillo de dientes con la otra.

Lo esquivé por los pelos, escuchando cómo impactaba contra la ventana por detrás de mí.

—Espero que este pertenezca al montón del sí —sonreí levantando el sostén con una sonrisa perversa.

—¿¿Pero tú por qué cojones entras como un puto ninja?! —gruñó agachándose para recoger la bolsita del suelo y las cosas que se habían desperdigado—. Quiere a este colorete de Dior más que a su padre. Pobre de ti como se haya roto algo. Si no te mata ella, lo haré yo.

—Algo de eso me esperaba ya antes del susto, así que...

—Ayúdame a colocar las cosas, anda. Miss Trapitos necesita un maldito tráiler cada vez que se va dos días de casa —refunfuñó abriendo la maleta de mano y colocándola sobre la cama—. Me ha dicho que le preparara cosas hasta el lunes. Supongo que me voy a quedar sin pisapapeles.

—Sí, creo que mis huevos también se alegran de poder seguir formando parte del equipo —respondí acercándome a ella y guiñándole un ojo—. Gracias por esto, Adri.

—Mira, Jorge, vamos a hablar claro —dejó lo que tenía entre manos y me miró fijamente. Vale, estaba cagado y jodido—. Me has gustado desde el día que llegaste a su vida, y no porque la pusieras manga por hombro, o esté encantada con los refregones que os pegáis contra cualquier pared —me quitó la prenda de la mano y la acomodó junto a otras similares en la maleta—. Me gustas porque es ella cuando está contigo. Mejor todavía, me gusta lo que sois estando juntos. Porque solo hay que miraros a la cara para saber que estáis enamorados. Aunque seáis de hacer las cosas por las malas y en modo ralentizado... —alzó una ceja para callarme al verme abrir la boca—. Me caes bien y creo que puedes hacerla muy feliz. Pero también creo que puedes destrozarla, porque hay amores que son capaces de arrasarlo con todo. Para lo bueno, y para lo malo. Esa fuerza arrolladora de lo que sentís puede ser una bendición o un castigo. Por eso, querido mío —echó mano de mi bragueta ejerciendo la presión justa para hacer obvia la advertencia—, si en algún momento le rompes el corazón, me encargaré personalmente de que el equipo al completo —dijo cerrando su mano con más fuerza, obligándome a apretar los dientes—, deje de ser apto para nada que no sea llenar unos calzoncillos. ¿Capito?

Alcé las manos mostrando mi rendición ante su amenaza y enseguida me soltó.

—No entra en mis planes destrozarla, créeme —me defendí incapaz de encontrar un argumento para convencerla con más peso que decir que la adoraba.

—El problema es que tú y ese temor que te quema por dentro, aunque te empeñes en disfrazarlo detrás de sonrisas y tentadores guiños, sois una maldita bomba de relojería —aclaró cambiando su rostro para denotar comprensión—. Cura tus heridas o aprende a vivir con ellas, Jorge, pero asegúrate de que si sangran, la hemorragia no ahogue a Lucía ni lo que tenéis.

Oficialmente acababa de recibir toda una lección de verdades demoledoras con firma Pepito Grillo. Ahora entendía a qué se refería Lucía cuando hablaba de las ojivas

nucleares que te suelta Adri para enfrentarte a la realidad sin miramientos. Y como ella solía decir, la muy perra tenía toda la razón. ¿Cómo coño se responde a semejante exposición de certezas innegables? Adriana acojonaba.

—Yo...

—No te esfuerces —me animó con una sonrisa divertida—. Hay pocas cosas que se puedan contestar cuando alguien te planta tus fantasmas delante.

—Sé que harías cualquier cosa por ella, pero yo también —aseguré más convencido de ello de lo que había estado de nada en mi vida—. Lo único que quiero es que su vida se convierta en todo lo que siempre ha querido —expliqué mientras la observaba cerrar el equipaje.

—¡Eh!, no te agobies, James Dean —me dio una palmadita suficiente en el hombro—. Confío en que juntos sepáis lidiar con lo que venga —bajó la maleta de la cama ofreciéndomela—. Y si no, recuerda que más resuelve un polvo de reconciliación, que mil veces pedir perdón.

—Ese creo que no está en el refranero —comenté sin poder retener una sonrisa.

—¿Pero a que no se te va a olvidar nunca?

—¿Está muy enfadada por lo de hoy? —me animé a preguntar viendo que había vuelto la Adriana relajada.

—Si se hubiera cabreado de verdad, tendrías su mano marcada en la cara del chuletón a mano abierta que te habría cascado, y no estaríamos aquí preparando ropa para que se quede en tu casa dos días más —expuso recogiendo su bolso y dando la conversación por finalizada.

Salimos juntos de la casa y me ofrecí a llevarla, pero declinó la oferta asegurando que tardaríamos más en llegar con el coche, que ella andando.

—Gracias —dije estirándome para despedirme—. Por todo.

Asintió y echó a andar con esa forma de caminar que dejaba claro que era una perdonavidas con más carácter que vergüenza.

—Es fácil hacer feliz a una soñadora —voceó en el último momento, obligándome a volverme para buscarla—. Solo tienes que encargarte de recordarle cada día, que los mejores sueños, se tienen con los ojos abiertos.

Conducía de camino a casa, hambriento por el olor de los paquetes de comida china —y todavía dándole vueltas a todo lo que Adriana me había dicho—, cuando en el navegador apareció el nombre de Marco. Justo lo que necesitaba para liberar tensiones.

—*Ciao Bella* —me adelanté a saludarlo con las palabras que él solía usar conmigo.

—¿A eso qué sueles responder tú? Espera —contestó pensativo—. Seguro que algo sobre tu polla, narcisista de mierda.

—¡Eh!, a veces te respondo bien —me quejé sabiendo que era una mentira más grande que su ego.

—O me mandas a tomar por culo y me cuelgas —podía imaginar cómo sonreía pensando en lo que iba a decir después para clavarme la puntilla—. Todo depende de cuánto te toque los cojones, y de si Lucía te ha mandado antes a ti allí a esperarme.

—Pues hoy hemos estado los dos a puntito de tomarnos unas vacaciones en el lujoso hotel de a tomar por culo.

—¿Pero no se suponía que ibas a hablar ayer con ella? —preguntó desconcertado—. Eso sin contar que ya puedes haberlo jodido, claro.

—Gracias, Giordano. Me abruma la fe que tienes en mí —ironicé haciéndole una mueca a la pantalla donde aparecía su nombre.

—En lo que respecta a Lucía, o te cagas, o la cagas, o todas las anteriores. A estelares comportamientos previos me remito... —rió sin cortarse un pelo.

—Oye, una cosita. ¿Has llamado para pedirme a gritos una hostia, o querías algo más? —solté intentando ofenderme sin éxito—. Porque si es por lo primero, puedes pasar a recoger tu pedido en cuanto desees.

—Hay que ver lo susceptible que te pones a veces, cariño —suspiró dramáticamente—. La verdad es que llamaba para contarte que voy a pasar una temporada en Valencia. Historias de una firma nueva con la que estoy trabajando.

—No puedes vivir sin mí, ¿eh? —moví las cejas varias veces imaginando que lo tenía delante—. Avisame de qué día llegas y voy a por ti.

—Será para finales de año, todavía queda. Estaré apenas un par de semanas —carraspeó antes de continuar—. En cuanto haga la reserva del hotel te digo algo.

—¿Qué gilipollez estás diciendo? Te quedas en casa. Como siempre —ordené alzando la voz.

—Oye, no quiero molestar. Ya sabes... Tres son multitud.

Por primera vez su tono era serio y me cabreó que lo pensase siquiera.

—Marco, vienes a casa y punto.

No iba a tolerar sus chorradas. Que Lucía empezase a pasar más tiempo en casa no estaba reñido con que él se quedase una temporada. No cuando había tres habitaciones vacías.

—Vale, pero duermo abajo. No me apetece nada oír jadeos por las noches y andar cachondo perdido todo el día —bromeó con su típica desfachatez—. Eso si Lucía no le ha prendido fuego a ese cuarto todavía.

Esa habitación era otra de las cosas que tenía que apuntar en mi lista de “Mierdas a solucionar para que Lucía no me taladre las pelotas con un tacón el día menos pensado”.

—Me aseguraré de no dejar cerillas a la vista y de que tenga unas sábanas a estrenar cuando vengas.

—Sí, sería un detalle muy de agradecer no tener que preocuparme de quedarme preñado de ti por meterme en esa cama.

—¿Sabes lo que puedes comerme?

—A ti paso, pero si un día me encuentro con Lucía por casa y me caigo de rodillas delante de ella... —comentó con un leve gemido al final.

—Que te jodan, *stronzo*.

—Nos vemos pronto, putita.

Mientras miraba fascinada la lámina sobre el sillón y me subía las medias, me parecía increíble que solo hubieran sido necesarias un par de horas para crear algo tan hermoso... y que nosotros fuéramos tan desastres como para que, dos meses después, siguiera sin estar colgada. Eso sí, teníamos mucho cuidado de cambiarla de sitio cuando encontrábamos usos más placenteros que darle al improvisado caballete.

Todavía no sé cómo me presté para hacerlo, pero lo cierto fue que, pasados los primeros minutos, en los que sentí una vergüenza horrible, llegó un momento en que me olvidé de que estábamos frente a un montón de ojos que nos observaban con detalle, y me evadí de todo, perdiéndome en el libro que tenía entre las manos, mientras Jorge acariciaba mis pies sobre sus rodillas como tantas veces había hecho antes.

La solución para la falta de modelo aquel primer día que dormí en su casa, había sido que nosotros mismos posásemos.

Inicialmente me negué en rotundo, pensando que me iba a tener que plantar con las *bubis* al aire y Jorge a escasos centímetros de mí. ¿Hola? Incluso pasando por alto que quedarían a la vista las marcas de sus manazas en mis caderas —fruto de su ímpetu mañanero sobre la encimera—, ¿alguien consideraba que poner a prueba nuestra estoicidad de aquella manera era necesario? ¿Que mi cuerpo no iba a reaccionar al contacto del suyo y viceversa? ¡Pero si habíamos estado como animales en celo desde que volvimos de la playa!

Al ver el estupor en mi cara, Jorge se había apresurado a explicarnos a todos que el ejercicio ese día sería un poco diferente, y se basaría en captar la esencia que convierte en magnífico algo cotidiano.

En realidad soltó uno de esos discursos sobre emociones reflejadas que te ponen la piel de gallina. La delgada línea entre dibujar y transmitir, lo llamó, y el abismo que separa el resultado en ambos casos. Así que, cuando su profunda voz de mentor inspirador me pidió que posase vestida con una de sus camisas —nada más—, mientras me soltaba el pelo y lo acariciaba, no tuve voluntad suficiente para negarme.

Acabamos sentados en nuestro rincón, yo con una camisa, y el solo con unos vaqueros medio desabrochados, haciendo partícipes a sus alumnos de un momento realmente íntimo.

Si cerraba los ojos, todavía podía escuchar el susurro del carboncillo contra el papel. El agitarse de las hojas en los árboles que sujetaban la hamaca a unos metros de donde estábamos. O cómo su cigarrillo se consumía en cada calada, hasta pasar a formar parte del grupo de colillas abandonadas en el cenicero.

—Yo también habría elegido esa —aseguró con voz ronca colocándose detrás de mí y devolviéndome a la realidad de su habitación.

Como cada tarde de trabajo, los alumnos habían dejado allí sus láminas terminadas para que él las estudiase. Otro día comentaría con cada uno de ellos los detalles. Viendo cómo las miraba, me había pedido que eligiese una para que nos la quedásemos. Pagaría por ella —Jorge defendía a ultranza el derecho de todo autor a recibir una compensación por su trabajo—, y así se convertiría en el primer recuerdo de nosotros en vestir las paredes de aquel cuarto.

—No sé por qué, pero sentí que este era el que más parecía... nosotros —expliqué mientras sus manos se cruzaban sobre mi vientre atrayéndome hacia su cuerpo y apoyando la barbilla en mi hombro desnudo—. Creo que fue porque tú pareces estar sonriendo —añadí moviendo la cabeza para dejar un beso en la mejilla—. Acuéstate. Es muy temprano todavía.

A Jorge le costaba horrores madrugar, por eso habíamos llegado a un pequeño acuerdo. Los días que durmiéramos juntos entre semana —que se habían ido convirtiendo poco a poco en uno sí y otro también—, yo me encargaría de dejarle café preparado y despertarlo con música justo antes de irme. A cambio, él haría el desayuno los fines de semana, y no protestaría cuando le obligase a bailar conmigo en la cocina. En realidad disfrutaba más que yo de que le interrumpiera mientras cocinaba, embadurnándome por todas partes de lo que tuviera a mano, para acabar limpiándome con la lengua. Sí, éramos como críos, pero éramos críos felices y enamorados.

—Todavía tiene trazos inseguros y sin embargo, posee algo que ninguna técnica depurada le otorgará jamás —me soltó para acercarse al dibujo y, paseando sus yemas sobre él sin llegar a tocarlo, sentí como el peso del aire cambiaba a nuestro alrededor—. Tiene vida. Emanan la realidad del momento. De nuestro momento. Algo tan privado y que a ojos de otra persona haya sido tan evidente es... conmovedor.

Quería participar en su análisis, pero me pareció que mi ignorante visión de aquello solo podría estropear el momento artístico en el que Jorge parecía inmerso, así que le dejé continuar, sorprendiéndome de que estuviese tan espabilado a pesar de no ser ni las ocho.

—Mira el gesto de tu cara —pidió alargando la mano para que la cogiera y me acercase con él—. Es increíble cómo ha captado tu calma... Mi distraída pero constante atención sobre ti... La ligereza de mis manos sobre tus pies... Es como si nos conociese.

Se notaba que disfrutaba tanto con aquello, que me seguía pareciendo inconcebible que se negase a reconectar con esa parte de él.

—¿Puedo preguntarte algo?

Mi tono delataba la inseguridad de no saber si me estaba adentrando en terreno prohibido.

Asintió, y busqué la manera de hacerlo sin resultar indiscreta. Finalmente cedí a la realidad. Solo había una forma de decir lo que quería, y era siendo directa.

—¿Alguna vez volverás a dibujar?

Sus ojos se cerraron en un parpadeo tan rápido, que fue casi imperceptible, pero noté cierto alivio en su gesto.

—Ten por seguro que el día que lo haga, lo primero que querré dibujar será a ti —se levantó para coger mi cara entre sus manos y besarme—. Eres lo más bonito que he visto en mi vida.

Estiré los brazos por encima de sus hombros y le devolví el beso haciéndolo más intenso. Sus manos enseguida empezaron a bajar por mis costados, tan despacio que parecía estar estudiando mi silueta. Al llegar a mi trasero, sus palmas se abrieron para fijar el agarre y, de un solo tirón, me levantó hasta colocarme sobre sus caderas, mientras retrocedía para apoyarme contra la pared.

—Podría dibujarte con los ojos cerrados, nena —advirtió bajando con sus labios por mi cuello y acariciando mi pecho sobre la tela de la camiseta lencera—. Pero quiero besar cada centímetro de tu cuerpo, para asegurarme que no hay un solo detalle que vaya a pasar por alto.

—Eres un zalamero de cuidado... —sonreí contra sus labios—. Pero no tenemos tiempo para esto —le recordé sosteniendo su cabeza para apartarlo—. Me tengo que secar el pelo y salir pitando para resolver todos los trámites pendientes y que Adri no acabe cometiendo una masacre si no le dejan abrir de una vez.

—Solo tienes que entregar los papeles. Ayer Marco y yo estuvimos tomando una cerveza con Rubén, y dijo que estaba todo solucionado —rezongó sin querer soltarme, pese a que yo intentaba que me bajase—. Desde que Marco está en casa estás descuidando tus obligaciones —añadió liberándome con cara de pocos amigos.

—¿Qué obligaciones? —pregunté sin poder evitar reirme mientras lo veía tirarse en la cama haciéndose el ofendido—. ¿Las de ser tu esclava sexual? No seas cuentista —me defendí recordando nuestro encuentro del día anterior contra las puertas de mi armario, cuando se suponía que habíamos ido a recoger ropa para el día siguiente—.

Estoy empezando a plantearme comprarme un flotador para sentarme en el estudio, como si tuviera almorranas.

—¡Pero si desde el día de la ducha no me dejas ni acercarme a tu culo! —reclamó cruzando los brazos sobre el pecho como un niño enfurruñado.

—No es el culo lo que me duele de lo acaparado que lo tienes —expliqué imitando su pose—. Y ya te dije que tengo un culo tímido, y hasta que Vanesa no deje de ir a mear a la cafetería de al lado, vas a tener que imaginarte que tengo un Gandalf en chiquitito en el trasero, diciéndote lo de... ¡No puedes pasar! Con golpe de bastón y todo —reí haciendo el gesto.

Decidió darse por vencido y meterse bajo el nórdico, dejando apenas asomando su cabeza. Sabía que era un símbolo de rebeldía para decirme que estaba enfadado por mi rechazo, porque en medio minuto se destaparía para no asfixiarse. De hecho, solíamos acabar los dos destapados por su culpa, y eso que yo soy muy friolera, pero su cuerpo desprendería demasiado calor, y siempre prefería que me abrigase él a una colcha.

El incidente de la ducha en cuestión, había sucedido un viernes a última hora. Jorge había pasado a recogerme. Una cosa llevó a la otra, y acabamos estrenando la ducha del estudio. El problema fue que, mientras nosotros pensábamos que Vanesa se había ido a casa, ella imaginaba que estábamos encerrados en mi despacho.

Jorge llevaba tiempo insinuando que le dejara entrar por la puerta de atrás, y ese día sus manitas se lo habían currado tanto, que no dije que sí, pero tampoco que no.

El problema fue que Vanesa sintió la llamada del señor Roca más o menos al mismo tiempo que Jorge me inclinaba con disimulo, contándome la milonga de solo la puntita... Si no te gusta paro...

Todavía retumbaba el grito de Vanesa en el estudio al pillarnos, y eso que habían pasado ya un par de semanas. Desde entonces, decía que ella era incapaz de relajar ningún esfínter ahí, y se tomaba una media de tres botellines de agua al día en la cafetería de al lado.

Me metí en el cuarto de baño, cerrando la puerta para que el sonido del secador no impidiera a Jorge volver a quedarse dormido. Me maquillé alargando un poco más de lo habitual la raya del eyeliner, y me pinté los labios con mi nuevo *Pink Pigeon* de MAC.

Como no tenía demasiadas ganas de esmerarme con la plancha, me hice una coleta cuidadosamente despeinada, que además iba de lujo para alegrar el conjunto de falda lápiz y blusa con lazo en el cuello que pensaba combinar con unos salones.

Una vez preparada, miré al reloj de nuevo y me pareció demasiado pronto para despertar a don Perezoso, que había tardado la friolera de un minuto en volver a caer redondo.

Le puse una alarma en el móvil, pero como no quería perder la maravillosa costumbre de dedicarle una canción cada mañana, rebusqué en el neceser de las pinturas una barra de labios que hacía siglos que no usaba y, junto con un corazón, escribí sobre el espejo del baño:

You & I. Crystal Fighters.

Después de bailar de ventanilla en ventanilla durante aproximadamente una hora, conseguí entregar los benditos papeles de la licencia para la venta de alcohol, y llamé de inmediato a Adriana para que pusiera en marcha todo y dejase de afilar la guadaña. En unos días, su sueño por fin abriría sus puertas.

Por delante todavía teníamos el ensayo general, como ella lo llamaba. Una noche en la que unos cuantos elegidos pondríamos a prueba al equipo para asegurarnos de que estaban preparados para impresionar a la clientela.

Si todo iba bien, lo haríamos a finales de semana, para que la apertura definitiva pudiera hacerse para las fiestas de navidad, que se nos habían echado encima.

Por primer año no pasaría la Nochebuena con mis padres, pero estaba hasta arriba de trabajo, y quería estar con Adriana los días previos a la inauguración para mantener su histerismo a raya.

Vanesa se había ofrecido a preparar algo en su casa para juntarnos a todos, y celebrarlo con mi segunda familia no me pareció mala alternativa, pese a estar perdiéndome el embarazo de Alba. Además, Marco pensaba quedarse, y Jorge no se separaría tanto de Rori —que había sufrido un par de crisis respiratorias en las últimas semanas— como para viajar conmigo.

Esa era la única parte de Jorge a la que seguía sin tener acceso. En todo lo referente a Rori, a cómo se sentía respecto a lo que sucedía, o lo que irremediamente llegaría, Jorge era hermético.

Lo peor era saber que, algún día, todo lo que se guardaba dentro lo desbordaría, porque por mucho que se empeñase en ocultarlo, era obvio que cada vez le costaba más reponerse después de una vistita. Porque aunque hubiera aprendido a hacerme la dormida, cada una de esas noches en las que su hermana le robaba el sueño, era yo la que sentía sus brazos estrecharme con más fuerza contra él mientras los engranajes de su cabeza giraban y giraban, como si todo lo que no podía hacer por ella, toda la protección que ya no podría hacer nada por Rori, fuera a crear un campo de fuerza a mi alrededor para mantenerme siempre a salvo.

La Nochevieja era otro tema. Había muchos frentes abiertos, y yo todavía no me decidía por ninguno. En eso iba pensando, cuando me di cuenta de que había llegado al estudio como un zombi.

Vanesa estaba tecleando en su ordenador, con la mirada fija en la pantalla, mientras una chica a la que no había visto antes por allí esperaba sentada junto a la máquina de café. Intenté hacer memoria, pero no recordaba ningún nombre nuevo en la agenda de esa mañana.

Se me encendió el piloto automático y no pude evitar analizarla con ojos de estilista. Era alta. Seguramente unos quince centímetros más que yo, mínimo. Además estaba tan delgada, que parecía más larga. Llevaba un corte bob bastante atrevido, pero su estilo de ropa mostraba una chica algo más clásica. Creo que la combinación conseguía darle un encanto especial a su dura fisionomía.

Sin duda tenía gusto y sabía sacarse partido, por eso me pregunté con más interés qué haría allí.

—Buenos días —saludé, y las dos alzaron la vista para mirarme, pero la desconocida volvió a centrarse en su café al ver que yo me detenía delante de la mesa de Vanesa.

—Buenos días, *chiqui* —contestó echándose para atrás con su silla y levantándose—. Rubén pasó por aquí para ver si habías podido solucionarlo todo, pero no podía esperar más porque tenía que ir al juzgado.

—Ahora lo llamaré para decirle que está todo firmado y entregado —dije mientras revisaba el correo—. Y para recordarle que no pienso volver a hacer algo por lo que le pago a él.

—No seas así. Nos ha traído palmeritas de las que te gustan —lo defendió sacando una cajita llena de mini palmeras con chocolate—. Y dijo que nos invitaba a comer, porque por la tarde tenía algo con un cliente por aquí.

—He quedado para comer con un representante para que me enseñe unos modelos especiales que van a incluir a última hora en el catálogo de fiesta. Ve tú —expliqué llevándome una palmera a la boca—. Y estas son las que te gustan a ti. A mí me gustan sin choco.

—¿Alguien se ha levantado con el pie izquierdo? —preguntó ofreciéndome un pañuelo para limpiarme.

—Siempre me levanto con el pie izquierdo, pero porque duermo en el lado izquierdo —sonreí con suficiencia—. El abogadito nos hace mucho la rosca últimamente... Que si palmeras... Que si cruasanes... O nos quiere con un culo mesa camilla, o quiere zumbarse a la de la pastelería. Y no sé por qué, pero no creo que el tamaño de nuestros culos le quite el sueño.

—Ay, Lucía. ¡Qué mal pensada eres! —se quejó con un mohín de fastidio—. Deja al chico que tenga detalles. Cuando Javi pasa por aquí no le das tanta importancia.

—Porque Javi viene una vez al mes. No todas las semanas —argumenté estirando la mano para coger otra palmera, pero cerró la caja de golpe.

—Te recuerdo que Rubén trabaja para ti —dijo volviendo a sentarse y sacando mi agenda del día.

—Te digo yo que lo que está, es trabajándose a la de la pastelería —contraataqué atrapando la caja antes de que ella pudiera apartarla.

—La chica que está esperando se llama Carolina —anunció ignorándome—. Ha venido para ver si la podías atender. No tiene cita, pero tienes hueco hasta las doce que llegue Nuria.

—Sin problema —afirmé recogiendo la agenda para revisar rápidamente las tareas del día—. Necesito que prepares las facturas para Carla. Vendrá por la tarde para liquidar todos los pagos pendientes.

Aunque no lo tenía en la programación, recordé que debía responder al curioso e inesperado encargo de Ferrán antes de hacer el descanso para la comida, de lo contrario, volvería a olvidarlo.

Que el prometido de Grace me pidiera una opinión crítica sobre unas propuestas de estilismo para personas ficticias, me pareció cuanto menos extraño, pero que la petición fuera acompañada de dos pases VIP para el BBK —sabiendo que Mumford and Sons tocarían ese año en el festival—, me hizo aceptar el reto sin pensarlo.

—Lucy —llamó mi atención viendo que mi mente se había ido lejos del estudio, concretamente a Bilbao—. Carla. Las facturas —me recordó—. Lo preparo y lo firmas. Así cuando venga lo arreglo yo todo con ella.

—¡Qué haría yo sin ti! —exclamé estirándome sobre su mesa para tirarle un beso.

—Buscarías a otra pardilla a la que explotar —contestó con la mirada ya fija en la pantalla—. Anda, no hagas esperar más a la chica.

Con gesto profesional, caminé en dirección a nuestra espectadora, que no había perdido detalle de la conversación, y se ruborizó al ver que la había pillado escuchando.

—Buenos días, Carolina —saludé poniéndome a su altura mientras se levantaba, deshaciéndose del vaso de café vacío.

—Buenos días —respondió agachando ligeramente la mirada cuando la mía se centró en ella—. Puedes llamarme Carol.

—Encantada de conocerte, Carol —dije con una encantadora sonrisa.

Me acerqué para saludarla y tuvimos ese extraño momento de te doy la mano... Te doy dos besos... Que acabó con un absurdo medio apretón y beso en la comisura del labio, porque tampoco nos pusimos de acuerdo en hacia qué lado girar las caras.

—Perdona —se disculpó enrojecida por momentos.

—Tranquila —la calmé quitándole importancia—. ¿Me acompañas y hablamos sobre en qué puedo ayudarte?

Con la mano la invité a caminar delante de mí hacia el despacho. Cuando ya no estaba a su vista, miré interrogante a Vanesa que se encogió de hombros dándome a entender que ella tampoco tenía ni idea de quién era aquella chica.

Se sentó frente a mi mesa, mientras me quitaba el abrigo y lo colgaba bajo su atenta mirada. Parecía analizar cada cosa que hacía, fijarse en cada detalle de lo que llevaba puesto. Supongo que es el precio a pagar cuando lo que intentas vender es imagen.

—Eres más guapa en persona.

Fue casi un susurro afligido, así que no tuve claro si pretendía que la oyese o no. Como tampoco sabía muy bien qué decir, fingí que no la había escuchado.

—Bueno, Carol, ¿qué puedo hacer por ti? —ofrecí tomando asiento y estirándome la falda sobre los muslos.

—Perdona. De nuevo —volvió a sonrojarse. Madre mía, era peor que Vanesa. Si la miraba bien, era casi tan guapa como ella, solo que su pelo era moreno, y su cara más estrecha—. Es que en las fotos pareces... diferente. No te hacen justicia.

—Gracias... Supongo.

Empezaba a incomodarme la manera en la que me miraba. No había maldad en ella, sino admiración. Sus ojos parecían tímidos, pero no se apartaban de los míos. Estoy segura de que mi rostro hizo alguno de esos gestos tan suyos para reflejar mi molestia, y se apresuró a explicarse.

—Perdona. Una vez más —rodó los ojos de una manera muy graciosa lamentándose—. Es que me he tomado la libertad de ver tus fotos de Instagram antes de venir —muy bien, Lucía, ahora es cuando te planteas que quizá las opciones de privacidad están para algo. Esta chica empezaba a darme rollito—. Deberías tener un blog de moda.

Crear mi propio blog era mi siguiente proyecto, y tenerlo justificaría la cantidad de fotos de modelitos que me sacaba a todas horas. Lo malo era que eso requería de la ayuda de cierto informático que estaba bastante liado con los exámenes finales. Esperaba que cuando empezase con el proyecto final de carrera, encontrásemos tiempo para poner en marcha el blog.

—Estoy trabajando en ello —aseguré empezando a impacientarme—. ¿Tu visita se debe a?

Sé que había sonado más borde de lo que debería, pero desde que había entrado por la puerta, la desconocida —con serias opciones a acosadora— no había hecho más que disculparse y elogiarme.

Se mordió la lengua antes de excusarse por cuarta vez y apretó las manos sobre el bolso que sostenía en su regazo. Ella tampoco parecía sentirse cómoda en mi presencia.

—Debería haber empezado por ahí —sus ojos se mostraron resignados, y por un momento me la imaginé sacando un sombrero de mariachi del bolso y empezando a cantarme una ranchera. *Me gustas mucho. Me gustas mucho tú. Tarde o temprano...*—. Necesito un vestido para una fiesta especial en Nochevieja —aclaró impidiendo que terminara el verso de la canción mentalmente—. Voy a conocer a los padres de mi pareja, y me gustaría verme bien.

¡Ayyyyy, qué de alivio todo junto! Ya me veía escondida detrás de unas gafas de sol enormes y una gorra para venir a trabajar y evitar los encuentros “casuales” con mi fan.

—Es un poco apresurado, pero encontraremos algo con lo que te verás espectacular —aseguré pletórica tras escuchar la palabra pareja—. ¿Qué tenías pensado?

Después de charlar sobre sus gustos y su presupuesto, la conduje al ropero para tomarle medidas. Allí me di cuenta de que lo que había interpretado como vergüenza, en realidad era inseguridad. No estaba cómoda con su cuerpo, y le costaba mostrarlo.

Probamos algunos modelos básicos, para ver cómo le sentaban las distintas líneas, y empezó a relajarse, viendo que las ideas que le proponía iban favoreciendo o disimulando esas partes de su cuerpo con las que no parecía conforme. Además, me encargué de que mis bromas le hicieran perder la vergüenza y acabase riendo a carcajadas.

Cuando tuve una idea más o menos clara de qué tipo de vestido podría encajar para la tímida Carolina, la liberé de la tortura que le suponía mirarse al espejo, dejándola sola para que se vistiera tranquila, y dejara de agobiarse por causarle buena impresión a su chico y su familia.

—¿Ya estás? ¿No te dejas nada? —pregunté al verla salir a la recepción.

—Creo que no —respondió mostrándose más segura que cuando había llegado.

—Entonces nos vemos en una semana. Tendré varios vestidos preparados, y estoy segura de que alguno de ellos será lo que necesitas para brillar esa noche —sonreí tendiéndole una tarjetita con la cita apuntada.

—Ha sido todo un placer conocerte, Lucía —asintió recogiéndola y sonriendo emocionada—. Eres tal y como te describen —se estiró para darme un beso en la mejilla que no me esperaba—. Nos vemos en una semana.

Carolina salió del estudio dejándome con la extraña sensación de que éramos viejas conocidas. O de que, al menos yo, no era una extraña para ella.

No tiene mucho misterio, Lucía, recordé. Expones tu vida a diario con fotos en todas partes, y eres la cara visible de la web del estudio. Cualquiera que indague un poco, puede averiguar bastantes cosas de ti. Incluso algunas que hubieran estado mejor guardadas en el cajón de las noches en las que el vino y tú decidisteis probar quién era más fuerte.

Cuando convives con un italiano a tiempo parcial —porque yo seguía yendo y viniendo de mi casa a la de Jorge como un *jodiotupper* del hogar materno al tuyo—, te das cuenta de que allí las costumbres son diferentes... Las comidas son diferentes... Pero, sobre todo, te das cuenta de que a Marco se la suda todo. Y madre del amor hermoso cuánto hay para sudar...

Esa mañana, Giordano —porque yo también lo llamaba por el apellido cuando me tocaba los ovarios—, había reinventado el “A quien madruga, Dios le ayuda”, convirtiéndolo para mí en un “En cuanto asomas un pinrel, te enseño el cimbrel”.

Sí. Así. Tal cual. Sin paños calientes. ¿Hoy que hay para desayunar? *Pepperoni* para dar y regalar.

La noche anterior él y Jorge habían salido. Era viernes, y yo tenía que terminar de preparar propuestas para un par de clientas, así que se fueron a recordar viejos tiempos, mientras yo me reservaba para el día siguiente, para el ensayo en el restaurante.

No sé a qué hora volvieron, porque estaba más que dormida. Solo recuerdo que Jorge llegó pidiendo guerra —y no en el sentido belicoso—, y yo lo mandé a él y a su aliento a bourbon a solucionarse su tema él solito a la ducha.

A la mañana siguiente amanecí temprano, para no perder la costumbre, y como Jorge tenía un preocupante aspecto de cadáver a mi lado, lo dejé dormir, imaginando que la otra hermana Hilton estaría parecida. Busqué unas mallas y una sudadera en el espacio que Jorge me había cedido en su armario, y bajé a la cocina, esperando poder disfrutar de un tranquilo desayuno en compañía de mi iPad, y una lista que Spotify se encargaría de sugerirme para ese momento de tranquilidad.

Marco tenía otros planes para mí...

Al cruzar el umbral, me topé con un cuerpo desnudo parado frente a la nevera, mirando como si allí dentro estuviera emitiéndose la actuación en el descanso de la Super Bowl. Durante unos instantes, mi mente todavía adormilada, se preguntó cómo era posible que Jorge y toda esa cantidad de músculo apetecible hubieran llegado antes que yo a la cocina y por dónde.

La respuesta llegó en forma de tatuaje en el costado, justo mientras el italiano se giraba bebiendo zumo a morro de la botella para ofrecerme una visión panorámica del homenaje a la virilidad que colgaba entre sus piernas. Algo tan discreto como el Cristo Redentor de Río de Janeiro, para que nos hagamos una idea.

—¡Joder, Marco! —chillé tapándome los ojos con una mano y agitando la otra exageradamente, indicándole que se apartase de delante de mí—. ¿Tanta moda italiana y tanta leche, y no sabéis lo que son unos *jodíos* calzoncillos?

—Hay animales que no saben vivir en cautividad —presumió bajando la mirada hacia su entrepierna al verme separar los dedos para mirarle a la cara, y volvió a alzar los ojos para centrarlos en los míos y obsequiarme con una sonrisa con aires. Por algo Jorge y él eran amigos, debieron ser los dos primeros en la cola en la que repartieron la vanidad—. Buenos días... de parte de los dos —añadió con chulería, poniéndose a mi altura y dejando un beso en mi sien.

Así era todo con Marco. Natural. Que lo pillaba en pelotas en la cocina, para qué taparse. Que estaba tirada en el sofá trabajando con el portátil sobre las rodillas, pues él se sentaba a mi lado a diseñar esa nueva colección que me tenía fascinada. Que Jorge tenía que ocuparse de Rori, pues Marco se iba conmigo a mi casa hasta la hora de dormir.

Nos tratábamos con una familiaridad reconfortante, y Jorge era feliz porque dos de las personas más importantes de su vida estuvieran adquiriendo esa complicidad, aunque no perdía oportunidad de amenazar a su amigo por tomarse tantas confianzas.

Era realmente divertido convivir con ellos, y sabía que a Jorge le encantaría tener a su hermano —como se llamaban cuando se olvidaban de insultarse cada medio segundo— cerca más a menudo.

Yo también lo echaría de menos cuando se fuera, pero tenía un recuerdo bastante... difícil de olvidar, grabado en mis retinas para sobrellevarlo. Desde ese momento para mí se había convertido en *Marcopaquete*.

—Veo que tu ego es del calibre de la única parte de tu cuerpo con la que parece pensar —dije rebasándolo, e intentando ignorar esa sensación de sentirme una loba calenturienta por estar recreando en mi mente las líneas de su atractivo cuerpo desnudo—, porque como Jorge se entere de que, literalmente, me has dado los buenos días con la polla...

—Ya se ha enterado —nos informó una voz más grave de lo habitual a nuestra espalda.

Me di la vuelta para ver cómo Jorge entraba en la cocina frotándose la coronilla, con los ojos entrecerrados y cara de tener una estampida de rinocerontes en la cabeza.

Mi alarido al ver a su amigo como su señora madre lo trajo al mundo debía de haberlo despertado. Lo repasé de arriba abajo y, aunque él sí llevaba unos calzoncillos puestos, recordé porque jamás en la vida querría a otro hombre que no fuera él. Porque no era lo que veía. Era mucho más. Era lo que sentía. Y sentía tanto y tan intensamente, que, por estúpido que parezca, pensé que mis sentidos no se desarrollaron de verdad hasta que Jorge llegó a despertarlos.

—Buenos días —dije tendiéndole el vaso de agua que había servido para mí—. Te parece preocupantemente a Mick Jagger la mañana después de un concierto.

—Me siento más bien como la guitarra de Keith Richards justo después de que la estampe contra el escenario —farfulló cerrando los ojos mientras se bebía el vaso enterito y me lo devolvía—. Giordano, tú y tu rabo deberíais desaparecer de mi vista, y de la de Lucía —añadió levantando un dedo en un gesto que pretendía ser amenazante—, antes de que me despierte del todo y me pregunte qué cojones haces en bolas en mi cocina, mientras mi chica está dentro de ella.

—No te cabrees porque le guste lo que ve. Si tiene buen gusto... —contestó el italiano soberbio, mientras mi mirada seguía su prieto trasero abandonar la cocina y dirigirse de vuelta a su habitación.

—¿Tú no deberías por lo menos disimular un poquito? —me recriminó con un mohín, chasqueando los dedos delante de mi cara.

—Lo único que me gusta de él, y que no encontraría en ti, es ese tatuaje en el costado —frunció el ceño interrogándome—. Me pone —expliqué estirándome para besarlos posesiva, agarrando su culo con ambas manos—. Lo demás, lo tengo... más y mejor —dije con un guiño.

—Realmente sabes cumplir lo de siempre mejor... —concedió devolviéndome el beso.

—Ahora que estamos de acuerdo en que soy la reina del mambo en lo que a parejas se refiere, tienes doce horas para recuperarte de lo que hicierais ayer, si no quieres que Adri te vete la entrada al restaurante —le advertí palmeándole el pecho y separándome—, o que yo te retire mi invitación de acompañante.

—Perdona, pero tengo mi propia invitación —aseguró levantando una ceja orgulloso—. Adri pasó por aquí para asegurarse de que tanto Marco como yo asistiríamos.

—No me habías dicho que había venido...

—En realidad yo no estaba cuando vino —aclaró poniéndose de espaldas y buscando algo que no parecía encontrar en ningún armario.

—¿Te ayudo? —pregunté divertida por lo absurdo que parecía abriendo y cerrando puertas.

—Eh... Creo que me vuelvo a la cama —salió precipitadamente de la cocina sin decir ni una palabra más.

No me extrañó que su cuerpo le pidiera más horas de descanso. Igual que tampoco me pareció raro que Adriana se hubiera pasado para invitar a Marco personalmente.

Se habían conocido el mismo día que el italiano llegó a Valencia con su maleta y su carpeta de bocetos. Fue un viernes de locura. Yo tenía la agenda repleta y Jorge había programado un montón de tutorías para los exámenes de antes de las vacaciones. Como no se nos ocurrió nada mejor —o más bien porque el resto del mundo estaba ocupado—, mandamos a Adri a recogerlo.

La cosa no pareció ir mal del todo, y Marco incluso había ayudado con algún tema del restaurante, ya que Javi parecía tener más asuntos que resolver que nunca y, últimamente, no se podía contar con él para nada.

Era una pena que, para una vez que las tres estábamos felizmente emparejadas, no hubiera forma de que hiciéramos planes los seis juntos. Cuando no era Javi el que nos salía con alguna disculpa, era porque Rodri ya había rechazado el plan previamente.

Sí, el *petit* también había empezado a venderse caro, y Vanesa cada vez salía más con los amigos de él y menos con nosotras.

Estaría celosa, si no fuera porque sabía que se volvía medio loca cada vez que le tocaba ir a una fiesta organizada en el último momento, y con montones de gente que estaba segura de que ni siquiera le caía bien. Porque, seamos realistas, Vanesa no es ni de improvisar, ni de dejarse llevar. Y mucho menos de aguantar veinteañeros borrachos tirándole cerveza sobre su bolso de Bimba y Lola. Pero esas son las cosas que hacemos por amor, ¿no?

Miré el reloj una vez más, colándome en el asiento trasero del coche antes de que Jorge pudiera protestar. Marco ocupó el lugar del copiloto, y su amigo se puso tras el volante alternando la vista entre nosotros.

—A ti no pienso tocarte la rodilla —se burló mirando a su derecha—. ¿Se puede saber por qué va él a mi lado y no tú? —me preguntó buscándome en el retrovisor.

—Porque no queda elegante que me vayas metiendo mano delante de sus narices —justifiqué intentando ser convincente, y esperando a que se pusiera en marcha para soltar la noticia que Adri me había comunicado a media mañana, pero que yo me había callado como una puta. Esa era la razón real para haber elegido un sitio en el que podía camuflarme de su mirada si era preciso—. Así te distraes menos y llegamos antes. Ya vamos con el tiempo justo —y, créeme, no vas a querer llegar allí el último, pensé para mí.

—Como que no estoy acostumbrado ya... —rio el italiano.

Jorge me miró de nuevo, evidenciando que no le gustaba nada que no estuviera a su alcance. Como necesitaba tenerlo contento antes de soltar la sorpresa, deslicé ligeramente el bajo del vestido, mostrándole el borde de las medias sobre mis muslos. Sonrió con aire perverso y, mucho más satisfecho por lo que sabía que haríamos solo con ellas puestas, inició el camino.

Íbamos los tres en silencio, escuchando *Save and Sound*, y Jorge parecía extrañado de que no fuera haciendo mi típico bailecito con los brazos en honor a Nora. Lo que no sabía era que estaba demasiado concentrada pensando en cómo iba a decir aquello y que no estallase la tercera guerra mundial. Así que cuando noté sus ojos fijos en mí con insistencia mientras esperábamos a que un semáforo se abriera, y recordando que Alba me había enseñado que los peligros se pasan antes si se acelera —aunque eso nos hubiera llevado a estamparnos con una columna en la cochera de sus padres—, lo solté a bocajarro.

—Alex también va a estar en la cena.

Mi culo se deslizó unos centímetros por la tapicería, buscando esconderme tras su asiento, y mi cuello pareció hundirse en mis hombros. No sirvió de nada, porque los dos se giraron de sopetón para mirarme. La acabas de liar, Lucía, Y LO SABES.

—No he oído bien, ¿verdad? —preguntó Jorge con sus ya de por sí rasgados ojos casi cerrados.

—Joder, *rubia*, me has cedido la primera línea de fuego a posta, ¿eh? —se descojonó Marco volviendo a colocarse en su asiento.

—Cierra el puto pico, Giordano —lo fulminó con la mirada—. ¿Lucía?

—El semáforo ya se ha abierto —dije aprovechando que el coche de detrás había empezado a pitar—. No es para tanto —arriesgué quitándole importancia, pero el rechinar de sus dientes me dejó claro que había sido peor—. Lo hablamos cuando lleguemos. Por favor —añadí con mirada suplicante, escuchando que otro par de coches se habían unido a la fiesta del claxon.

—No es para tanto, dice. ¡Esto es la rehostia! —rio con sarcasmo llevando las manos al cielo.

Apagó la música de un manotazo, y agarró el volante con tanta fuerza, que sus nudillos se fueron poniendo más y más blancos.

Nadie volvió a abrir la boca. Ni siquiera Marco se atrevió a hacer ninguna bromita al respecto, porque el mosqueo de Jorge era tan evidente dentro de aquel coche, como el humo del cigarrillo que se había encendido de inmediato.

Aparcamos en la calle paralela, y el italiano se adelantó para darnos un momento a solas antes de entrar al restaurante.

—¿Por qué estás tan cabreado? —pregunté parándome delante de él y cogiendo su cara para obligarlo a mirarme—. Estoy aquí contigo. Tú eres mi pareja. ¿No es eso lo único que importa?

—Y si eso es lo único que importa, ¿por qué has esperado a soltármelo a traición y te has buscado un escudo antes? —alegó apartando su cara de mi agarre con un gesto brusco.

—Vale, lo siento. Sabía que no te iba a gustar —reconocí levantando las manos rindiéndome—. Sabes que es el mejor amigo de Javi. Ha venido a pasar las navidades y arreglar unos asuntos en el hospital, y...

—¿Tú cómo sabes por qué está aquí? —intervino mirándome con desconfianza.

—¡Venga ya! No quiero malinterpretar eso como una acusación —repliqué empezando a enfadarme yo también—. No hablo con él desde la última vez que nos viste juntos en el pub.

—Muy juntos —puntualizó cortante.

—Sí, muy juntos. Pero no me hagas recordarte por qué... —lo amenacé con gesto de asco al recordar los labios de aquella rubia sobre los suyos—. No debería tener que estar dándote explicaciones, porque a ti debería importarte una mierda que hoy en esa mesa se siente Alex o el puto Santa Claus, mientras yo esté a tu lado —alcé la voz a medida que terminaba la frase—. Seguro que a él le parece cojonudo compartir la cena contigo. Pero, ¿sabes qué? Se tragará su *jodio* orgullo, y se comportará —aseguré clavándole un dedo en el pecho—. Porque no estamos haciendo esto ni por ti, ni por mí, sino por Adri, y ella se merece que te dejes la testosterona al nivel estándar, y te comportes como la persona encantadora que eres cuando no pides una hostia con más ganas que un bourbon con dos hielos.

—No me gusta que me ocultes cosas —objetó con el semblante mucho más relajado.

—Y no te oculto cosas —le corregí calmándome—. No sabía cómo decírtelo, porque reconozco que no es la situación más cómoda del mundo.

—No tendré que hacer como que me cae bien, ¿verdad? —preguntó cogiéndome por la cintura y acercándose a él.

—No creo que él tenga ni el más mínimo interés en dirigirte la palabra. Puedes estar tranquilo —contesté cerrando mis manos por detrás de su cuello.

—Normal. Yo me quedé a la chica —sonrió con fanfarronería antes de intentar besarme.

—No soy un trofeo —le recordé apartando mi boca de la suya.

—No —confirmó poniéndose serio—. Eres la única cosa en mi vida que no he sido lo bastante bueno para merecer, pero que aún así, tengo la suerte de tener.

Sus brazos me estrecharon con más fuerza, levantándose para besarme, y lo que empezó con un simple roce de labios, acabó con mi boca como si hubiera intentado quitarme los pelillos del bigote con una piedra pómez, y sus manos ancladas bajo mi culo, levantándose contra él.

—¿A qué ha venido eso? —cuestioné sorprendida por tanta efusividad.

—Solo quería recordarte por qué te gustan más los ascensores que las bañeras.

Sin darme derecho a réplica, empezó a caminar en dirección a la puerta del restaurante, donde ya no se veía a Marco, que se habría cansado de esperarnos.

Entramos de la mano, como este todo unido que volvíamos a ser después de que me marcara como un neandertal, para encontrarnos con el salón preparado, pero solo un gran grupo alborotador repartiéndose besos y saludos alrededor de una mesa grande.

—Buenas noches y bienvenidos —nos saludó el maître mientras una chica se ofrecía a coger nuestros abrigos—. Si me acompañan. Su mesa es la del fondo —indicó con la mano el camino en dirección al grupo que desistió de tomar asiento al ver que nos acercábamos—. En cuanto estén todos, vendrán a tomarles nota —se despidió con un correcto gesto de cabeza, dejándonos para que nos incorporásemos a la algarabía.

—Voy a acercarme a saludar a Adri —me excusé caminando hacia la cocina.

Divisé al fondo del pasillo las puertas de los baños, y me reí una vez más al ver los dibujos que indicaban cual pertenecía a cada sexo. Solo Adri podía usar unos distintivos como aquellos. Un taconazo reventando un balón de fútbol para el de las chicas, y una Play Station aplastando un montón de productos de belleza para el de los chicos.

—¿Cómo está mi chef favorita? —pregunté en cuanto entré en la cocina y me zambullí en la vorágine de cuerpos que trabajaba allí dentro.

—Pues asegurándome de que controlamos todos los platos del menú, y preparando un montón de orujo de hierbas para que hagáis la digestión después. Necesito que los probéis todos —explicó casi disculpándose, pero sin levantar la mirada mientras se llevaba una cucharilla a la boca para degustar una salsa—. Perfecta. Asegúrate de que no se espesa demasiado para que al montar los platos se puedan decorar con ella —ordenó a su ayudante, antes de moverse con agilidad para continuar con sus funciones.

—Te veo cuando todo acabe —anuncié acercándome y dándole un rápido beso en la mejilla—. Relájate y disfruta. Naciste para esto.

—En cuanto acabemos por aquí saldré a veros —respondió con una sonrisa de oreja a oreja, que reflejaba que de verdad estaba emocionada, aunque el momento no le permitiera evidenciarlo.

Volví a la mesa y me dispuse a saludar, empezando por Javi y Rubén, que habían tomado asiento a continuación de Marco. Estaba tan concentrada en alabar el vestido de Vanesa y preguntar a Mario y Marta por el pequeño Luís, que no me percaté de que alguien más había llegado, hasta que su masculina voz me reverberó en el pecho como si de una cueva vacía se tratase.

—Buenas noches a todos. Lamentamos haberos hecho esperar.

Instintivamente me agarré a la mano de Jorge, al que también había pillado por sorpresa la llegada del último comensal, y ambos retrocedimos para ver al recién llegado.

Podría decir que, una vez más, me quedé petrificada por la arrebatadora presencia de Alejandro, porque estaba tan jodidamente irresistible como de costumbre, pero fue la morena que lo acompañaba la que me dejó sin habla. Si alguien me hubiera pinchado, estoy segura de que no habría sangrado.

Mis ojos empezaron a moverse veloces de la cara de él a la de ella, y a sus brazos entrelazados. Ella tenía la deferencia de parecer incómoda, siguiendo los movimientos de mi mirada con la suya, mientras el rubor ascendía por su cuello, impregnando sus mejillas hasta hacerlas relucir.

Jorge debió interpretar mi sorpresa como una respuesta a los ¿celos?, porque su ceño se frunció mucho, demasiado para alguien que no está molesto, cuando mi mano soltó la suya apresurada.

—Tengo que ir al cuarto de baño —escupí antes de salir casi corriendo de allí.

—Si me disculpáis —dijo una voz a mi espalda, al tiempo el sonido de otros tacones comenzó a seguirme.

Entré en los servicios con una extraña sensación entre el cabreo y la incredulidad, pero no tuve demasiado tiempo para evaluar por cuál de los dos sentimientos me iba a dejar llevar.

La puerta volvió a abrirse, dejándome ver al fondo a todos asomados, con la mirada fija en nuestra dirección, y a Carolina parada en el umbral, dudando entre entrar o no.

Quien quiera que manejara los hilos de la comedia en la que se había convertido mi vida, estaba empeñado en que descubriera la verdadera cara de las parejas de mi ex en un maldito servicio.

—Lo siento, Lucía —dijo dando un paso más y permitiendo que la puerta se cerrara tras ella—. Esto no debería haber sido así. Yo no iba a venir hoy, pero Alex se ha empeñado y...

—¡Me mentiste en mi puta cara! —grité apretando la tela de mi vestido con los puños, reteniendo las ganas de usarlos para algo más.

Estaba claro que el cabreo le había ganado la batalla a la incredulidad. Ella dio un respingo con mi chillido y pareció encoger un metro. Ah, no. No vas a darme pena, pensé manteniéndome amenazante. El truco de la pavisosa ya me lo sé gracias a la anterior, y no suelo tropezar dos veces con la misma piedra.

—No te mentí —respiró hondo antes de estirarse de nuevo—. Necesitaba ese vestido para la fiesta de año nuevo en casa de los Alconada. Nada de lo que te dije era mentira —se defendió avergonzada.

Hay que joderse con Alejandro. Que no malinterpretemos, a mí que estuviera saliendo con quien le diera la gana me la bufaba... por mucho que joda pensar que ya no eres esa persona especial para alguien. Vale, puede que igual igual no me diera, pero no tenía ningún derecho a molestarme, aunque... ¡lo de estrenar novia y año se le estaba haciendo costumbre!

—No soy la única persona a la que podías haber recurrido para eso —repliqué con marcada disconformidad.

—Pero sí eres la única persona a la que él quiso después de Sara —explicó dejándome paralizada—. Necesitaba saber cuánto de la Lucía de la que se enamoró era real y cuanto había solo en su mente confundida —mi gesto se tornó indecifrible, porque realmente no sabía cómo coño tomarme aquello, y ella continuó con su exposición—. Ahora sé que no se enamoró de una fantasía. Que la Lucía que lo cautivó es auténtica y, desde luego, tan increíble como él solía pintárnosla.

Es complicado seguir irritada como una picadura de mosquito tigre cuando te están alabando, y más todavía si la persona que lo hace muestra evidencias de estar arrepentida. Otra cosa es que yo estuviera dispuesta a apagar el polvorín que sentía por dentro a la primera de cambio.

—Me vas a perdonar, pero no te estoy siguiendo —dije apoyándome contra el lavamanos todavía desafiante.

—Conocí a Alex en terapia —mis ojos se debieron de abrir tanto, que ella se apresuró a continuar—. No, no soy su terapeuta —aclaró casi con una sonrisa por mi pasmo—. Yo ya estaba en tratamiento cuando Alex empezó a ir a la consulta de la doctora Álvarez. Supongo que ya te habrás dado cuenta de que tengo ciertos

problemillas con mi cuerpo y mi autoestima... —miró con disgusto su reflejo en el espejo.

—Continua, por favor —pedí esperando entender algo de todo aquello.

—De vez en cuando hacíamos sesiones en grupo. Por eso de que debemos aprender a no escondernos de nuestros miedos, y el de muchos es afrontar la verdad de su problema delante de otros —agachó la mirada, dándome a entender que la confesión que estaba protagonizando no era un paso sencillo para ella—. Desde el primer día que Alex entró en aquella sala, mi mente no volvió a pensar en otra cosa que no fuera él —sé de lo que me hablas, pensé. Conozco su magnetismo—. Pero yo no existía. En su mundo solo había sitio para la que lo destruyó, Sara, y la que llegó para salvarlo, Lucía —tomó aire antes de continuar, y se apoyó a mi lado—. Las semanas fueron pasando, y cada vez había menos dolor en sus palabras. Yo tenía una nueva ilusión y, por él, por estar bien para acudir a todas y cada una de las sesiones, empecé a cuidarme más —pasó sus manos por su falda midi plisada, que le disimulaba las delgadas piernas—. Pero aunque Sara era pasado, y tú habías rehecho tu vida, en la de él no parecía haber hueco para nadie. Yo seguía siendo invisible —una tristeza real se dibujó en su cara rememorando tiempos pasados. También conocía lo que era sentirse fuera de su radar, o pensar que así era—. Un día me armé de valor, y decidí que sería yo la que me acercaría a él. Llegué a la consulta con mi vestido preferido y unas preciosas horquillas en el pelo, para decirle: Hola, me llamo Carol y estoy en el mundo. Y si quieres, a partir de hoy, podría formar parte también del tuyo —sonreí ante sus palabras, imaginándome el esfuerzo que supondría juntar fuerzas para soltar ese discurso para alguien con su... fragilidad. Carol era una luchadora, y me lo estaba demostrando desnudando su alma para mí—. Pero como las cosas solo salen bien en las películas, o al final de los libros románticos, Alex no apareció. Ni ese, ni ninguno de los días que vinieron detrás.

—Chicago.

A esas alturas a mí ya se me había olvidado por qué tenía que estar enfadada con ella. Lo único que lamentaba era no sentirme cómoda del todo sabiendo que alguien había ocupado el hueco que un día dejé.

—Sí. Chicago.

—Entonces, ¿cómo es que estamos hoy hablando en este baño y tú has entrado de su brazo? —pregunté ya totalmente metida en la historia, deseando llegar a la parte en la que el amor triunfa y fuegos artificiales salen de la nada.

—¿Crees en las casualidades? —indagó con una media sonrisa encantadora al ver que mi enfado había desaparecido, dando lugar a una creciente curiosidad.

—Creo en el destino. En que el universo tiene un plan para todos y cada uno de nosotros —aseguré palmeando su mano y animándola a terminar el relato.

—Pues el plan del universo para nosotros fue que yo decidiera tomarme unas vacaciones en Londres, y él tuviera que coger ese mismo vuelo por no sé qué problema con su escala en Madrid —se volvió ligeramente para mirarme curiosa—. ¿Alguna vez has sentido la presencia de otra persona sin saber con certeza que estaba cerca de ti?

—Podría percibir a Jorge aunque anulasen todos mis sentidos —confirmé estremeciéndome ante la certeza de mis palabras.

Pensar en él, fue lo único que consiguió devolverme a la realidad. A esa en la que no teníamos todo el maldito día para que terminase la bendita historia antes de que alguien viniera a ver si nos estábamos haciendo una cara nueva la una a la otra. Bastante margen nos estaban dando ya.

—No sé si reconocí su perfume, pero supe que era él antes de girarme para encontrarlo tratando de ayudarme a subir mi maleta al guarda equipajes —cerró los ojos y aspiró con fuerza, como si volviera a revivirlo—. De eso hace un par de meses —me hizo gracia pensar que, posiblemente, su encuentro se había producido después de mi beso con Alex aquella noche en el pub—, y las cosas están yendo tan rápido, que a veces creo que todo es una loca fantasía de mi cerebro, y sigo en uno de aquellos sillones observando al atractivo hombre que desnuda su alma herida.

—No es ninguna fantasía —dije pellizcándole el brazo sin piedad para demostrarle que no soñaba, y ganándome una mirada incrédula de dolor—. Te lo merecías. Viniste a mi estudio y te aprovechaste de la situación para... No sé exactamente qué esperabas yendo a verme —reconocí volviendo a sentir cierta indignación.

—Ya te lo he dicho, Lucía. Necesito ese vestido —y yo misma sabía lo importante que era causar buena impresión en esa fiesta en general, y a Elena en particular—. Y tenía que verte con mis propios ojos. Ahora que sé que eres de carne y hueso, creo que podré ganarle la batalla a tu recuerdo. Eso si Alex no se cabrea demasiado cuando le cuente que fui a verte...

—Intuyo que no estarías aquí si esa batalla no estuviese más que ganada —admití sonriendo con cierta nostalgia. Ahora alguien más tenía noches de vino y rosas, y mentiría si no dijera que me apenaba haber dejado de ser la única—. Creo que deberíamos volver, o pensarán que estamos en plena pelea de gatas. Y no dudo que Rubén aparezca con barro para grabarnos un video o algo así.

—Siento no haber sido sincera desde el principio...

—Supongo que, de haber sabido la verdad, no habría querido recibirte.

Le cedí el paso, y salimos soportando las intensas miradas de todos clavadas en nosotras a medida que alcanzábamos la mesa.

—Carol y yo tenemos un poquito de hambre, ¿pedimos ya? —dije con toda la naturalidad del mundo, dejando a mi acompañante sentarse al lado de Alex—. Prometo que para la fiesta estará espectacular.

Alex me miraba entre preocupado y confuso, pero le guiñé un ojo y seguí mi camino hacia Jorge mientras todos se relajaban en sus asientos. Los ojos de mi chico mostraban aún más extrañeza, y no se apartaban de mi cara, intentando descifrar qué era lo que había pasado en aquel cuarto de baño y por qué yo no hacía más que sonreírle.

—Te quiero —dije tomando asiento a su lado y acariciando su oreja con mis labios mientras le susurraba—. Esas dos palabras no tuvieron verdadero sentido hasta que te conocí, así que deja de mirarme como si creyeras que se me ha ido la chaveta, y relájate —le acaricié la mandíbula, dejando que mis uñas protestasen al contacto con su barba de varios días—. Eso no iba de Alex. Eran cosas entre ella y yo.

Su mano fue directa a mi rodilla, deslizándose en sentido ascendente por mi muslo, antes de detenerse a una altura todavía respetuosa.

—Da gracias de que estemos en una mesa con más gente, y no pueda cargarte sobre mi hombro y sacarte de aquí para hacerte demostrármelo —susurró recolocándose en la silla y acercando su cuerpo más al mío—. Aunque creo que podría saciar mis instintos territoriales aquí mismo si sabes mantener la boca cerradita.

Sus dedos templados siguieron ascendiendo implacables por el lado interno de mi muslo, camuflados por la preciosa mantelería que Adriana había elegido, ganándose un manotazo al estirar el ligero de mi media y dejar que me golpease la piel desnuda.

—Eres un descarado —lo acusé entrecerrando los ojos divertida y excitada por igual.

—Y a ti te encanta que lo sea —calmó el escozor acariciando la piel lastimada e incrementando mi deseo—. No me mires así, porque no creo que Adri se tomase muy bien que le eclipse el evento por follarme a su amiga en medio del comedor.

—Te pierde la boca, Jorgito —lo reté haciéndome la indiferente y sacando su mano de debajo de mi vestido.

—Perdonad pero... —hizo un amago de levantarse pero lo retuve antes de que nadie se diera cuenta—. No me obligues a enseñar a toda esta gente que a la que le pierde mi boca, es a ti —amenazó con la lascivia recorriéndole los labios en la punta de la lengua.

—Me conformaré con obligarme a mi misma a mantener mis braguitas en su sitio hasta que lleguemos a casa y dejemos a Marco dormidito —bromeé recordándome dónde estábamos antes de dejar un beso distraído en su boca y recuperar la postura en la silla.

Volviendo la mirada hacia el resto, me di cuenta de que nadie más se había percatado de nuestro pequeño escarceo. Porque mientras Alex acariciaba con cariño a Carol

hablando entre susurros, Rodri y Rubén reían con algo que Marco había dicho, y Vanesa y Javi parecían entusiasmados mirando y comentando fotos del pequeño Luis con sus padres.

Puede que, después de todo, aquella cena pudiera ser un éxito.

El personal de cocina había recogido y se había ido, al igual que los dos camareros que se habían encargado de servirnos y el maître. Solo Adriana permanecía en representación del equipo, festejando el rotundo éxito que había tenido el original menú.

Pese a que la cena transcurrió de forma relajada y la conversación y las bromas fueron fluidas en todo momento, en cuanto la comida se acabó —y con ella el tema del que charlar sin meternos en berenjenales—, la tensión que inevitablemente tenía que surgir comenzó a hacerse evidente, por lo que Alex y Carol habían decidido irse apenas unos minutos antes, aprovechando que Marta y Mario también lo hacían.

—Con vuestro permiso —dijo Marco poniéndose en pie—. Voy al servicio.

—¿Necesitas que te acompañe, cariño? —cuestionó Jorge burlón—. Para sujetarte el bolso y retocarnos, ya sabes.

—Puedes venir a sujetarme otra cosa si quieres —ofreció el italiano con un grosero gesto de su mano sobre su bragueta.

—Todo el santo día así —protesté poniendo los ojos en blanco mientras todos reían.

—Voy a la cocina a por unas botellas especiales para brindar —anunció Adriana levantándose de golpe.

Hablábamos de chorradas. De los partidos de Rodri. De que Javi y el resto se apuntaban un día a jugar con ellos. De que nosotras iríamos de animadoras calentabraguetas, con falditas y pompones. Al mirar hacia la cocina y ver que Adri no regresaba, me animé a ir en su ayuda, pensando que no podría con las copas y las botellas ella sola.

Caminé llevando todavía mi vaso con tres dedos de chupito y medio hielo, decidida a terminármelo y dejarlo en la cocina, pero en cuanto empujé la puerta, se escurrió entre mis dedos haciéndose añicos contra el suelo, imitando la explosión que acababa de producirse en mi cerebro. ¡Que alguien me resetee y borre eso de mi mente, por piedad!

—¿Pero qué cojones...?!

Mi grito se debió escuchar hasta en la otra punta de la ciudad, porque, en menos de dos segundos, todos los demás estaban detrás de mí, observando cómo Adriana se recolocaba la filipina sentada en una encimera, mientras Marco retrocedía saliendo de entre sus piernas.

—¡Genial, Adri! ¿Esto va a ser un jodido ojo por ojo? —voceó Javi mientras Rubén se interponía en su trayectoria hacia el italiano, por si acaso.

Se me estaban secando los ojos porque todavía no había sido capaz de pestañear desde que descubrí la escena, y las palabras de Javi no estaban ayudando. ¿Ojo por ojo? Obviamente no me imaginaba a Javi refregándose con *Marcopaquete*, aunque mi mente enferma me proporcionase una imagen bastante gráfica de cómo sería justo en aquel momento. Puag. Pero entonces...

—No lo sé. Dímelo tú —respondió Adriana con suficiencia y mucho descaro—. Dime exactamente cómo tendría que follarme a Marco para que fuera un ojo por ojo —pidió encarándose a él—. ¿Un misionero? ¿Quizá el perrito? Ah, no. ¡Si no te acuerdas!

—Yo mejor... —empezó a decir el tercero en discordia con intención de escaquearse de allí como fuera.

—¡Cierra la puta boca, Giordano! —gruñó señalándolo acusadora—. Si no te he matado todavía es porque Jorge me está sujetando —sin ningún tipo de delicadeza, Jorge intensificó el agarre de sus manos en mis caderas para impedir que avanzase en su dirección—. ¡¿Pero tú qué mierda tienes en la cabeza?! —le reproché a mi amiga.

No podía procesar lo que acaba de presenciar. ¡¿Pero es que Marco no respetaba nada?! ¿Y Adriana? ¿Qué hacía ella dejándose sobar sin reparos con su novio en la habitación de al lado?

—¡Pues eso! ¡Mierda! —chilló mirándome con indignación—. La mierda que tu amigo me soltó sobre la jodida despedida de soltero.

Eso solo iba a peor... Mi rabia pasó a tener tres objetivos en cuanto busqué al aludido con los ojos y este no pudo mantenerme la mirada. Javi había entrado a formar parte del club de los odiados a la misma velocidad que mis manos habían arrancado las de Jorge de mi cuerpo.

—Venga, Adri. Que no se acuerde no quiere decir que pasase —terció Rubén mientras intentaba calmar a su amigo poniéndole una mano sobre el hombro.

—¡Tú te callas! —respondió ella desenchajada por la ira—. Para una vez que tienes que follarte a alguien, vas y te metes en la única habitación individual.

Paseé la mirada por la de todos. Adriana estaba enfurecida. Javi no podía estar quieto, debatiéndose entre estallar o sosegar. El rubio parecía cansado por tener que hablar de aquel tema. Marco... Marco era Marco, y solo le faltaba sacarse un paquete de palomitas y ponerse cómodo, porque no parecía afectarle en absoluto lo que estaba pasando. Vanesa mantenía la mano en la boca, atónita por la escena, mientras Rodri intentaba ocultar su sorpresa tras sus rizos rebeldes.

—Lucía, respira —me recomendó Jorge intentando volver a poner sus manos en mis caderas, ganándose un gruñido de advertencia que lo hizo retroceder con las manos en alto.

—¿¿Alguien me puede explicar de qué leches estáis hablando?! —solté plantándome en medio de los dos frentes.

De lo que hablaban era de que, en la despedida de soltero, los chicos fueron al típico restaurante que organiza cenas y allí se juntaron con otros grupos. Siguieron la fiesta hasta que amaneció, y cuando Javi y Rubén quisieron irse a sus habitaciones, se dieron cuenta que estaban solos y tan borrachos que no sabían ni el nombre del hotel en el que se hospedaban, ni tenían las llaves para averiguarlo.

Unas chicas les ofrecieron quedarse con ellas en un apartamento que habían alquilado, y a la mañana siguiente, Javi amaneció en calzoncillos, con una pelirroja al lado también en ropa interior, y ninguno de los dos recordaba ni como habían llegado hasta allí, ni lo que había pasado entre ellos.

Él lo acabó largando todo, consumido por la culpa, pese a estar convencido de no haberse podido acostar con otra persona que no fuera Adriana, pero esta se sintió tan herida, que quiso irse de casa. Como eso suponía tener que contármelo, y no era lo que ninguno de los dos quería, Javi llevaba un par de semanas viviendo en casa de Rubén, mientras buscaba la manera de recuperar la confianza de Adriana, que, visto lo visto, parecía estar más centrada en pagarle con la misma moneda. De ahí lo servicial que había estado Marco en todo lo que tenía que ver con ayudar con temas del restaurante, y lo alejado que se mantenía Javi, por deseo expreso de ella.

—¿Tú sabías lo de estos dos? —pregunté mirando a Jorge que esquivó mis ojos—. ¡Lo sabías! —grité empujándolo cuando intentó acercarse. Por algo había escapado de la cocina esa misma mañana—. No me gusta que me ocultes cosas —dije con una vocecilla irritante repitiendo las palabras con las que él me había sermonado antes de entrar al restaurante—. ¡Serás hipócrita de mierda!

—¡Joder! ¡¿Qué querías que te dijera?! —respondió casi tirándose de los pelos—. Mira, nena, puede que Javi le haya puesto los cuernos a tu mejor amiga. Pero no te agobies, que ella planea zumbarse a Marco para devolverle la patada en las pelotas —dijo con los brazos extendidos en cruz—. Yo no iba a comerme el marrón de que te pusieras hecha un basilisco. Y menos por secretos que no eran míos.

Se arrepintió enseguida de sus palabras. No solo por su poca delicadeza, que no es que desentonase demasiado con el momento, sino porque había desvelado mucho más en ellas.

—O sea, que también sabías lo de Javi y la bendita despedida —lo acusé sin poder creerme que me hubieran mantenido al margen de todo aquello—. ¿Alguien más tiene algo que compartir conmigo? ¿O voy a ser siempre el último mono en enterarme de las cosas? —dije girando con los brazos en jarras.

—Le he pedido a Rodri que venga a vivir conmigo —soltó Vanesa de repente, haciendo que todas las miradas se volvieran hacia ella.

Puede que lo hiciera para que una buena noticia nos sacase un poco del charco de fango en el que nos estábamos metiendo, y la adoré por ello, pero aquello solo desencadenó un nuevo frente sobre el que discutir.

La reacción de Rubén era algo para lo que ninguno parecíamos estar preparados.

—¡Pero si os conocéis de antes de ayer! —gritó incrédulo, soltando a Javi.

Durante una fracción de segundo Javi se planteó ir a por Marco, pero Jorge si interpuso en el camino que los separaba para disuadirlo, ganándose una mirada de odio que me dolió. ¡Aquello era un maldito desastre!

—Vete a casa —dijo Jorge lanzándole las llaves al italiano, que las cogió al vuelo y salió de la cocina evitando los puñales que le lanzaban mis ojos.

—Perdona, pero tú te crees con derecho a opinar ¿por...?

La voz de Rodri nos hizo volver a centrar la atención en él y el rubio del tupé, que se había parado a un par de palmos de su cara. Genial, otros dos que planeaban partirse la cara. ¿En qué momento yo había dejado de ser la generadora de tensiones de esa cena, y había estallado un todos contra todos en la cocina? Lo peor era saber que lo que pasaba venía fraguándose de hacía tiempo y que yo había permanecido ajena a todo. Me sentía terriblemente engañada.

—¿Porque me la tiré antes que tú, y seguramente fue incluso antes de que supieras atarte los putos cordones solo? —se defendió mostrando mucha más hostilidad de la que hubiera resultado comprensible.

—¿Pero tú de qué vas?! —le chilló Vanesa—. Si nos fiásemos de eso, podrías opinar sobre la mitad de las relaciones del mundo.

Eso escoció. Rubén frunció el ceño y clavó sus ojos en los de ella con frustración. Había mucho reproche en su mirada.

—Y encima, para una a la que te tienes que follar, vas y se la dejas al gilipollas de tu amigo —apuntilló Adriana por lo bajini, provocando que Javi se desesperase una vez más.

—¡Que me dejéis de joder con la puta despedida! —voceó Rubén exasperado—. Que no me voy tirando a todo lo que se mueve, ¡coño, ya! Que, a lo mejor, Rubén no es tan cabrón, y tiene sentimientos o es una persona sensible, joder.

No pude reprimirlo. Me doblé por la mitad con una risa descontrolada, mezcla de histerismo y perplejidad. Solo me faltaba la camisa de fuerza. Sentí la mano de Jorge en mi hombro pidiéndome que me tranquilizase. Estaba claro que la situación me estaba superando y mis reacciones empezaban a preocuparle. Recuperé la compostura antes de lanzar mi dardo venenoso al que posiblemente menos lo merecía.

—¡Ja! No me hagas reír —me burlé con un desagradable gesto—. Tú lo único que tienes sensible es la piel del prepucio, *desgraciao* —le espeté sin piedad.

Ojalá nunca jamás nadie me vuelva a mirar como lo hizo él en aquel momento, porque me sentí el ser más rastrero que existía sobre la faz de la tierra. Me estremecí ante su decepción.

—Relájate, Lucía —me aconsejó Jorge, que había vuelto a colocarse cerca de mí preparado para protegerme o retenerme—. Todos deberíamos calmarnos.

—Claro, yo si quieres me calmo usando la cara de tu amigo como saco de boxeo —ofreció Javi—. Me largo de aquí. No sé cómo vamos a arreglar esta mierda, Adriana, pero ahora mismo no puedo ni mirarte a la cara.

Lo noté. Noté como toda la fortaleza y el enfado de mi amiga se desintegraban con la presión de aquellas palabras impactando directamente en su pecho. Pese a ello, no hizo ademán de detenerlo. Se limitó a cruzarse de brazos y esperar que la locura de aquella estancia acabase.

—¿Tú no deberías irte con tu amigo? —le reprochó el *petit* a Rubén.

—¿Y tú no deberías preocuparte un poco más por lo que quiere tu chica, y dejar de llevarla a jodidos botellones de mierda? —contraatacó haciendo que la cocina volviera a caldearse.

Ya no quería estar más allí. No quería seguir viendo cómo nos atacábamos unos a otros sin más intención que ser el que golpease más duro. Era absurdo y, si seguíamos así, arrepentirse después no sería suficiente para ganarnos el perdón.

—De lo que seguro que no tengo que preocuparme es de no recordar la mitad de los nombres de las tías con las que me he acostado —replicó Rodri bajo la atenta mirada de Vanesa, que temblaba viendo a los dos chicos cada vez más cerca.

—¡Que llevo meses sin tirarme a nadie, coño! ¡Que me tenéis amargado! —vociferó Rubén llevando las manos al cielo.

—Vamos a ver, ¿¿a ti desde cuando te importa dónde vaya o deje de ir yo?! —preguntó Vanesa, más por lograr llamar su atención y aumentar la distancia entre ellos, que como un reproche.

Todos estábamos lo suficientemente alterados como para que lo más sensato hubiera sido dejarlo estar, porque allí se respiraba tanta hostilidad, que el ambiente era insoportablemente asfixiante.

Cuando parecía que nada lograría que los gritos cesasen...

—¡Pues igual desde que me enamoré de ti como un gilipollas!

Juro que lo único que se oyó en esa cocina en cuanto Rubén se descubrió ante todos, fue la típica bola del oeste cruzándola de lado a lado. Nos quedamos inmóviles, moviendo los ojos de manera frenética entre él y Vanesa, que había retrocedido hasta apoyarse contra la encimera, mientras Rodri intentaba descifrar qué significaba su reacción.

—Pues va a ser que tanta palmerita no era por la pastelera... —dije tan bajo que nadie más pudo escucharlo.

Todo empezaba a cobrar sentido, y no podía evitar preguntarme cómo no me había dado cuenta. Lo que realmente me desconcertó, fue ver la seguridad en los ojos de Vanesa. Ella sabía que algo estaba cambiando entre ellos durante todo ese tiempo.

—No sabes lo que tienes, hasta que la ves más guapa, más feliz, y del brazo de otro tío —sentenció Adriana rompiendo el incómodo silencio—. Eres un egoísta de tres pares de huevos, colega.

—Oye, que no habría dicho nada si hubierais dejado de hincharle los cojones —Jorge salió en su defensa, antes de que Adri fuese la diana de un nuevo ataque hiriente en respuesta.

Un momento. ¿Es que lo del presunto enamoramiento de Rubén tampoco era un secreto para él? ¿Pero es que yo tenía una relación con el maldito cura del pueblo, que lo sabe todo pero todo lo calla? Las sienas me palpitaban tan fuerte que apenas podía concentrarme en nada que no fuera mi propio pulso.

—¿No me jodas que eso también lo sabías?! —giré sobre mis talones para que mis ojos estuvieran justo delante de los suyos y, una vez más, vi culpa en ellos—. Esto es increíble...

—Nena, ¿dónde vas? —cuestionó al verme dirigirme a la salida.

—¡A la puta mierda me voy! —grité empujando la puerta con tanta fuerza que rebotó sobre la pared—. ¡A donde no tenga que preocuparme de si la gente en la que más confío me oculta la mitad de sus *jodias* vidas!

La Navidad, y cualquier plan conjunto que hubiera para ella, se habían ido al garete en el momento en el que entré en aquella cocina, y lo cierto es que no había vuelto a pisarla desde entonces.

Intenté girarme entumecida en la cama, pero un cuerpo que claramente no era el de Jorge frenó mi movimiento. Lo intenté hacia el otro lado, y solo encontré pelo rubio metiéndoseme en la boca.

—¿Me puede recordar alguien por qué estoy en esta cama con vosotras, y no en la maravillosa y enorme cama de Jorge preparándome para mi polvo de buenos días? —rezongué empujando los hombros que me acorralaban—. ¡Sois más incómodas que un tampón mal puesto!

Sí, la casa de Jorge era otro de mis sitios vetados en esas fechas, y reconoceré que era más una cuestión de terquedad que otra cosa.

—Porque Javi decidió que si la que se magreaba con otro era yo, también sería yo la que me largase de casa —dijo Adriana con voz pastosa a mi izquierda.

Al poco de llegar a mi piso la noche de la cena, Adriana apareció pidiendo asilo, y como si hay una persona en el mundo con la que no puedo estar enfadada, esa es ella, llevaba varios días viviendo en mi casa.

Primero tuvo que someterse a la charlita de amiga defraudada, no tanto por su desliz con Marco, como por habérmelo ocultado todo. Por no darme la oportunidad de apoyarla cuando me necesitaba, ni permitirme sacarle de la cabeza la estupidez de que el italiano haría que la posible traición de Javi doliera un poco menos. “Maldita sea, todavía no has aprendido que las cargas pesaban menos cuando las llevábamos entre las dos”, le había dicho, y ahora no solo estaba decepcionada con él, con quién peor se sentía era con ella misma, aunque por supuesto no daría ni una muestra de ello.

—Y a mi Rodri no deja de interrogarme a todas horas sobre Rubén y me tiene harta —añadió Vanesa—. No sé cómo voy a aguantar que se mude a casa si sigue en ese plan.

Lo de Vanesa era otra historia. Aquí lo que había era demasiados peces para un solo anzuelo, y eso que Rubén —desde su salida del armario sentimental—, no había tenido ningún tipo de contacto con ella. No había vuelto a pasar por el estudio. Ni siquiera había intentado hablarle después de la gran confesión.

En lo referente a Rodri, Vanesa estaba... tensa, por no decir hasta el potosí. Su casa, su templo del orden y la limpieza, se encontraba invadido de cajas y más cajas por la inminente mudanza del *petit*. Si a eso le sumamos que el chico debía de sentirse un poco... digamos... amenazado, la tenía desquiciada. Su ya de por sí ñoñería, se había visto incrementada hasta un límite que haría vomitar hasta a Hello Kitty.

De ahí que Van se hubiera refugiado también en mi piso por un par de noches, esperando a que él se fuera a Denia para pasar la Nochevieja con sus amigos de toda la vida. La excusa fue apoyar a Adri, pero todas sabíamos que era lo único que le impediría enviarlo de vuelta a su antiguo piso sin remite, por si el casero se lo devolvía.

Y así estábamos. Como si mi piso fuera un *jodio* campamento de verano, solo que comíamos bastante mejor que en uno de ellos, ya que Adri traía cosas del restaurante a diario.

En ese momento, me arrepentía enormemente de no haber hecho la reforma que planeé en cuanto supe que era mío. De haberla llevado a cabo, ahora mi casa tendría un despacho menos y una cama más, y no dormiría enjaulada entre mis dos amigas. O quizá estaría igual de jodida, porque conociéndome, me habría hecho un vestidor con un zapatero indecentemente grande, y me habría quedado como una señora.

En realidad, la reforma había sido relegada a la lista de pendientes porque el presupuesto del restaurante se nos había disparado a última hora, y prefería la sonrisa con la que Adri volvía a casa después de cada día de duro trabajo en su adorada cocina, a cualquier comodidad que ese dinero hubiera podido darme. Dormiría toda la vida en un camastro de paja con ambas, si a cambio ella podía disfrutar de su sueño hecho realidad.

—¿Y por qué no os di las llaves para que os apañaseis y me largué a que Jorge me hiciera la rosca por haberme ocultado cosas? —pregunté imaginándome el partido que le podría estar sacando a la situación.

—Porque según le dijiste, y cito textualmente —explicó Adriana volviéndose para que viera cómo su rostro intentaba imitar mi cara enfurecida de aquella noche—, mientras el cabrón de *Marcopaquete* siga en esa casa, que te caliente él la cama —asentí intentando no atizarle por su entonación cojonera—. Y por si no le había quedado claro que no ibas a ir a dormir, le llamaste algo así como... ¡insincero!, con un tono que me puso los pelos de punta —se agitó teatralmente—, y colgaste dejándolo con la palabra en la boca mientras intentaba razonar contigo.

Razonar dice... Como si él no supiera ya a esas alturas que razonable no es uno de los adjetivos que me definen. Mucho menos si estoy cabreada, y en aquel momento mi enfado estaba en nivel niña de *El exorcista*.

—Puede que no estuviera muy abierta al diálogo...

Aunque me indignó que me hubiera mantenido al margen de todo aquello, siendo sincera, si hubiera sido yo la que guardase tantos secretos, seguramente tampoco los hubiera compartido con él si así me lo hubieran pedido sus dueños. Pero es que además habría sido bastante más astuta, y no me hubiera desenmascarado ante la presión.

En cualquier caso, Jorge estaba reivindicando su derecho a no tolerar mis pataletas, y si lo conocía tan bien como creía, nunca se disculparía por algo de lo que no se consideraba culpable.

—¿Sabes que tenía razón, verdad? —intervino Vanesa obligándonos a ambas a volvernos hacia ella—. Que Marco es el que menos culpa tenía en todo eso.

—Van, guapa, ¿no tienes que ir a asegurarte de que Rubén no se ahoga en sus propias lágrimas por tu rechazo? —le espetó Adri levantando la cabeza por encima de la mía.

—Seguro que se las está secando Javi con un pañuelito atado a los cuernos —respondió con una chulería poco típica en ella.

—¡Centrámonos! —exigí evitando que se iniciase otra guerra—. Estábamos hablando de mí, y de por qué sigo cabreada con Jorge.

—No estás cabreada, y menos ahora que estás empezando a tener síndrome de abstinencia —aclaró incorporándose sobre los codos nuestra recién estrenada orientadora emocional—. Dios, si hasta creo que por las noches oigo a tus braguitas llorar... ¿Por qué Jorge deditos contentos y no se mete bajo nosotras? —gimoteó burlona.

—¿Dos días durmiendo juntas y ya eres tan graciosa como ella? —le reproché señalando a Adriana.

Su única respuesta fue encogerse de hombros y alargar la mano para que Adriana se la chocase. Genial. Como si el mundo no tuviera bastante con una... ¡Bienvenida, aprendiz de tocapelotas!

—Ahora en serio —se acomodó como si fuera a soltar el onceavo mandamiento—. Tienes que culpar a alguien de todo lo que pasó, y como a Adri no puedes por lealtad, a Javi tampoco por empatía...

—Bueno —la corté—. Colarle una mierda del perro de Grace en el vestido para que fuera desprendiendo aroma lenta y constantemente hasta que lograra encontrarla... digamos que acalló un poco mis ganas de matarlo por lo que hubiera podido pasar en aquella despedida —me eché el aliento sobre las uñas y luego las froté sobre mi hombro, subida a mi pedestal de cabrona mayor del reino.

—¿Cuándo hiciste eso? —rió Adri con admiración—. Espero no ser nunca el blanco de tu *hijopotismo* vengativo.

—Cuando fui a recoger ropa para ti a su casa —me encogí de hombros quitándole importancia—. Grace había pasado a despedirse... Vi la oportunidad... y no me lo pensé. Le planté el regalo en la caja de unos Oxfords de ante. Creo que nunca se recuperarán de la plasta —lamenté con malicia.

—Vale, recapitemos —pidió Vanesa con gesto de asco—. Como con Adri no te puedes enfadar por lealtad, a Javi le has obsequiado con una de tus maquiavélicas vendettas, y Marco puede vivir sin problema aunque no le dirijas la palabra una temporada, hasta que aceptes que él solo cogió lo que le pusieron en bandeja...

—Oye, ¿me estás llamando buscona? —protestó Adriana colocándose igual que ella.

—No. Te está llamando zorrón. Calla y atiende —la reprendí apoyando la espalda contra el cabecero para quedar por encima de ambas.

—Pues eso. Que como no te queda nadie más con quien pagar la frustración, estás enfurruñada con Jorge —terminó mirándose las puntas del pelo como si la cosa no fuera con ella.

Alcé la vista al techo, exhalando con fuerza y poniendo los ojos en blanco.

—No sé si el mundo está preparado para dos sabelotodo —refunfuñé para evitar reconocer que tenía razón—. Y ahora, ¿cuál es el plan? Porque digo yo que no vamos a estar así eternamente —agité las manos por encima de las tres—. Me estoy empezando a hartar de ser el relleno del sándwich.

—Ahora el plan es que Ricitos de Oro decida si que queda con el *petit*, o vuelve a dejar que don Tiro la piedra y escondo la mano la empotre contra la puerta de algún lavabo —sugirió Adriana haciendo un gesto con su cabeza hacia ella.

—¿Perdona? —replicó Vanesa ofendida—. No hay nada que decidir. Tengo una relación con Rodri.

—Claro, y por eso estás compartiendo cama con la zorra a la que pillaron restregándose con *Marcopaquete* —se señaló antes de golpear mi pecho con el dorso de la mano—, y aquí, la rencorosa de las braguitas tristes.

El gesto desdeñoso de Adriana me obligó a retener una carcajada. Mira que podía ser mala perra... Aunque por lo menos había algo de autocrítica en su burla.

—Van, ¿no lo has pensado al menos un poquito? —indagué con cuidado de no parecer demasiado entusiasmada con esa posibilidad.

Rodri me caía muy bien, y Vanesa estaba feliz con él... casi siempre. Y no es que la edad importase, porque como tal no lo hace. Lo que acaba pesando entre dos personas que quieren estar juntas, es que se encuentren en etapas distintas de sus vidas, o tengan planteamientos muy dispares de ellas. Porque ni Van podía volver atrás para sentir la libertad de no tener responsabilidades reales, ni Rodri podía saltarse todas esas cosas que quería y debía experimentar.

La gran realidad sobre el amor, es que no hay normas, ni generalidades, ni pautas seguras, pero si algo he aprendido, es que no es nada a lo que te tengas que adaptar. Viene hecho a tu medida. Preparado para encajar contigo. No es perfecto, pero tú tampoco lo eres. Lo que importa es que cuando llega, sí te acerca bastante a la perfección. Incluso con los enfados y las discusiones, porque señores, eso también forma parte del amor, y el que piense lo contrario, es que nunca ha tenido un buen revolcón de reconciliación.

Rubén no es que fuera el novio que, a priori, le desearía a ninguna amiga, pero ahora que había reconocido estar supuestamente enamorado de Vanesa, volviendo la vista atrás y repasando los últimos meses, cualquiera se daría cuenta de que había estado presente, pendiente de ella, sin llamar la atención y sin reclamar nada a cambio. Y aceptémoslo, ningún sentimiento es más puro y admirable que un amor desinteresado.

No era nadie para decirlo, pero puede que se hubiera ganado el tenerlo en cuenta, aunque solo fuera por la cantidad de almuerzos deliciosos que habíamos disfrutado en el estudio. Bueno, y por ese cuerpo... ¡Joder, era Rubén! Eso es una gran razón en sí misma. Y la forma en la que baila, y por ende en la que debe follar... Esa debe considerarse LA RAZÓN. ¡Pero si debía existir una especie de purgatorio en el que quedaban atrapadas todas las bragas que acababan reducidas a cenizas a su paso! En fin, que por razones no sería, y que si te vas a equivocar, al menos que sea viviendo con intensidad.

—¡Sí! ¡¿Vale?! —reconoció antes de apartar el nórdico y levantarse sulfurada—. Claro que lo he pensado. ¡Como para no pensarlo! —gruñó poniéndose con los brazos en jarras delante de nosotras. Vanesa no solo era consciente de la existencia de ese purgatorio, sino que tenía varias prendas atrapadas allí para la eternidad—. No dejé de ver a Rubén porque no me gustase, sino porque no me iba a dar más que el mejor sexo de mi vida —explicó agitando la cabeza y volviéndose para no mirarnos mientras se sujetaba el pelo en una coleta con gestos bruscos. El mejor sexo de la vida de alguien era sin duda la razón definitiva para tenerlo en cuenta—. ¿Pero qué quiere que haga ahora? ¿Qué lo deje todo para empezar algo con él? Pues igual prefiero ir sobre seguro. Conformarme con lo que tengo.

—Ir sobre seguro nunca llevó a nadie a vivir de verdad, y conformarse no es una palabra que suene muy bien... —susurré sin ánimo de cabrearla más—. Se ha parecido demasiado a... más vale malo conocido...

—Sabes que no he querido decir eso —me acusó con una mirada demasiado dura para sus dulces facciones—, y no creo que mi relación con Rodri pueda considerarse tampoco terreno seguro —puntualizó ajustándose la goma del pelo con tirones enérgicos—. Pero Rubén no tiene derecho a venir ahora y tirar de la alfombra bajo mis pies para hacer que todo lo que he construido sobre ella se tambalee. Pudo quererme, tuvo su momento, pero ese momento pasó.

—Estoy de acuerdo —sorpresa, Adriana no se lo iba a discutir... ¡Ja!—. Pero si a ti te diera igual lo que él sienta o deje de sentir, nada de lo que hay sobre esa alfombra correría peligro —argumentó con su habitual tono de evidencia flagrante.

—¡Ya está bien! ¡Que os peten! ¡A vosotras, al refranero, y a las benditas alfombras! —rugió saliendo de la habitación con grandes zancadas—. Lo que menos necesito ahora mismo es que hagáis campaña por Rubén.

Nos miramos abriendo los ojos de par en par. Pocas veces habíamos visto a Vanesa perder los papeles y, por lo visto, pensar en Rubén le hacía perder hasta su exquisito comedimiento.

—¡Nosotras hacemos campaña por Vanesa! —nos defendí alzando la voz para que me escuchase—. Sabes que en setenta metros cuadrados es imposible que te escondas de nosotras, ¿verdad? —pregunté empujando a Adri para ir en su busca.

—Te apuesto lo que quieras a que no va a ser la última vez que tengamos esta conversación con ella —afirmó apartando el nórdico por su lado.

—¿Por qué estás tan segura de que no lo tiene claro? —cuestioné sin recordar que era absurdo preguntarle algo así a Pepito Grillo.

—Porque cuando ya hay alguien dentro, no abres ni un mínimo la puerta si no quieres dejar entrar a otra persona, y tú deberías saberlo mejor que nadie —me recordó alzando una ceja y provocándome esas típicas ganas de darle un tirón de pelo por lista—. Vanesa lleva en el quicio de esa puerta viendo como Rubén pasaba por delante de ella desde que volvimos de Maldivas, solo que ninguno pensábamos que ella miraba, ni que él pretendía dejarse ver.

—¿La teoría de las puertas también vale respecto a abrirse de piernas? —la reté envalentonada por su estado aparentemente receptivo al diálogo—. Porque tú la puerta no sé si se la abriste a Marco, pero bien que lo tenías apretadito con los muslos el día que os pillé.

Lo poco que habíamos tratado el asunto había sido el día que sucedió. Después de eso, y dado que ella parecía intentar esconder por todos los medios cómo se sentía, decidí darle una tregua. Pero mi paciencia estaba a punto de obligarla a quitarse la coraza a bofetones si no buscaba la manera de poner fin a esa situación, para bien o para mal.

—Mucho habías tardado en sacarme el tema... —protestó cogiendo su almohada—. No me abrí de piernas literalmente. Por si no lo recuerdas, estaba totalmente

vestida —se jactó con chulería—. Cuatro besos y unos apretones de teta no deberían considerarse cuernos, y eso fue todo lo que pasó en esa cocina... refregón arriba, refregón abajo —lanzó la almohada contra mi cara.

—Sabes que no es a eso a lo que me refiero —dije apartándola antes de que se estampase contra mí—. Y no me hagas creer que, antes del refregón arriba o abajo en la cocina, no habéis estado juntos más veces —me puso los ojos en blanco con fastidio, apretando los labios en señal de que no pensaba decir nada al respecto—. Mira Adri, si no fuera porque te llevo viendo demasiados días pretendiendo con todas tus fuerzas hacer como que estás bien, y fracasando estrepitosamente, hasta te preguntaría por la experiencia y si llegasteis hasta el final, pero resulta que la mierda es como el corcho.

—¿Marrón?

—Flota —la corregí exasperada—. Cuanto más te empeñas en hundirla, más rápido sale a la superficie. Así que déjate de gilipolleces conmigo, porque veo tu mierda a la legua.

—La cagué, vale. ¿Eso es lo que quieres oír? —abrió sus brazos en un gesto de reconocimiento—. La jodí pero bien por intentar ser una persona que no soy. Que creo que en realidad nunca fui.

—¿Entonces por qué sigues en casa? ¿Por qué no has intentado arreglarlo? —indagué con tono cauto.

Por cómo reaccionó su rostro, parecía que lamentase que no hubiera escuchado lo que me estaba diciendo. Respiró hondo. Mirándome como si en mis ojos no viera más que a una niña esperanzada, me acarició la cara.

—Porque... —Adriana nunca duda. Adriana te suelta la verdad y le importa una mierda lo que te parezca, por eso supe que me iba a mentir—. Porque si voy a engañarle fingiendo que Marco y yo nunca más estuvimos cerca aparte de en aquella cocina, me merezco su rechazo... al menos unos cuantos días —suspiró soltando toda su amargura—. Y lo siento, nena, porque eres la persona en la que más confío en el mundo, pero si tú tampoco lo sabes, nunca tendrás que mentir por mí o por protegerme.

Comenzó a caminar dándome la espalda. Adriana, por mucha relación sería que hubiera experimentado, seguía sin ser una persona a la que le gustase mostrarse vulnerable.

Puede que Javi la hubiera cagado o no en la despedida. Es algo que nunca sabremos. Sin duda, Adri lo remató acercándose a Marco solo para responder al fuego con más fuego. Pero lo que estaba claro, era que, pese a haberse defraudado mutuamente, parecían más infelices separados, porque mientras rumiaba sus palabras pasillo adelante, yo recibía ese mensaje diario preguntándome por ella.

Mi postura ante la infidelidad siempre había sido de rechazo absoluto. De error imperdonable. Pero... con el tiempo aprendes que no hay una forma universal de quererse, y que, igual que el hecho de que una persona no te quiera de la manera en la que tú deseas que lo haga, no quiere decir que no te adore con toda su alma, solo las personas que comparten ese vínculo han de decidir cuáles son sus propios límites o reglas, y nadie fuera de su relación tiene derecho a juzgarlos. En aquel entonces, deseaba con todas mis fuerzas que Javi y Adri encontrasen la manera de expandir sus límites lo necesario para poder darse la oportunidad de solucionar lo suyo.

—¿Eso quiere decir que hablarás con Javi?

—Eso quiere decir que espero que se nos dé mejor que a ti lo de olvidar, porque empiezo a hartarme de dormir con Chewbacca —soltó con una sonrisa mal escondida antes de entrar en el salón y quedar a la vista de Vanesa.

—¿Cómo dices? —la interrogué ofendida siguiendo sus pasos.

—Que a ver si te cortas ya la melena un poco. Me ponga como me ponga, solo hay que pelo por todas partes —aseguró con un gesto de disgusto—. Y si a eso le sumas los gemiditos que haces mientras duermes...

—¡Yo no hago ruiditos mientras duermo! —me tiré en el sofá con las piernas por encima de las de Vanesa.

—Son las bragas —le recordó Van mordaz—. Y abrazas, *chiqui* —añadió llevándose lo que le quedaba del café a los labios—. Eres como dormir con una mezcla de gato ronroneador y...

—Y enredadera *porculera* que no hace más que extenderse sobre ti —terminó Adri dejándose caer al otro lado y poniendo sus piernas sobre las mías.

—Siempre podéis largaros de vuelta a vuestras respectivas casas —ofrecí con sarcasmo—. ¡Ah, no!. Tú huyes de la tuya —dramaticé tapándome la boca y haciéndome la arrepentida totalmente de mentira mirando a Vanesa—, y tú ni siquiera tienes una a la que irte —alcé una ceja acusadora en dirección a mi otra amiga.

—Si no fuera porque tienes razón, te llamaría perra y me largaría —respondió Adriana estirándose para darme un manotazo.

—Y si no fuera porque sin ti me quedo sin plan para esta noche, y es muy triste pasar la Nochevieja sola, te tiraría los restos del café en la cara —dijo Vanesa dejando la taza sobre la mesa para evitar tentaciones.

Eso me recordó que todavía tenía algunas cosas que comprar y llevar a casa de Ana para esa noche.

—Adri, acuérdate de coger un pijama para cambiarte si al final vas a venir a nuestra fiesta de chicas —le advertí apartando sus piernas y levantándome—. Creo que nosotras iremos directas desde el estudio, al que, por cierto, deberíamos ir ¡ya! —exclamé tirándole a la cara a Van el culo de café que le quedaba en la taza.

Apenas eran unas gotas, pero el resultado fue bastante escandaloso. Que Adriana y yo nos descojonásemos sin control por la cara de pánfila que se le quedó, no ayudó en absoluto a apaciguar la ira de Vanesa.

—Serás... ¡Serás...! —gruñó limpiándose con el dorso de la mano.

—Creo que puta es la palabra que buscas —la ayudó Adri entre carcajadas.

—¡Hija de... tu madre!!!

Se levantó de un salto y yo salí corriendo entre gritos de burla, para refugiarme en el baño antes de que se vengase de alguna manera dolorosa.

Puede que no fuera muy cómodo estar las tres durmiendo en la misma habitación, pero tenerlas en casa me recordaba los buenos tiempos con Nora. La extrañaba a ella, y añoraba el árbol de navidad en casa de mis padres y el calor de la chimenea, pero volvía a respirarse familia entre aquellas paredes y, solo por eso, me pareció que juntas, encontraríamos la manera de enfrentarnos a los contratiempos amorosos que nos rondaban por aquel entonces, y a todos los que vinieran detrás.

En realidad, supe que, manteniéndonos unidas, seríamos capaces de sobreponernos a cualquier cosa que se torciese. A fin de cuentas, en esta vida todo tiene solución... salvo la muerte.

Supongo que cada uno tenemos nuestras tradiciones para la noche de fin de año. Meter un anillo de oro en la copa para brindar... Estrenar lencería roja... Esperar el primer anuncio como si nos fueran a dar a nosotros por verlo la pasta que ha costado... Lo que sea que nos haga creer que las doce campanadas de esa media noche van a suponer un antes y un después en nuestras vidas.

Yo solo he tenido algo que he cumplido siempre desde que puedo recordar, y es la costumbre de pensar en alguien con cada una de las doce uvas que me llevo a la boca. Como si así pidiera que el año que comienza fuera algo especial para ese alguien, o engañase a mi mente imaginando que compartía ese momento conmigo.

Daba igual el año que hubiese sido, el amor de instituto que me quitara el sueño por aquella época, o incluso que Adriana hubiese entrado a formar parte de mi vida, mi primera uva siempre sería para Alba. Después de todo, creamos nuestra propia tradición sabiendo que creceríamos e iniciaríamos muchos años separadas.

Aquella Nochevieja fue el primer y único año que, de haberme podido tomar las uvas, la primera, la más importante, se la habría dedicado a otra persona.

Estaba tan absorta colgando todo tipo de guirnaldas horteras por la habitación de Rori, que no me di cuenta de que Hannah y Aurora habían llegado hasta que la pequeña se tiró a abrazar mis piernas subidas al taburete.

—¡Milucia!

—¡Pero si ha llegado una princesa! —dije con todo el entusiasmo del que fui capaz, solo por el placer de verla dar vueltas y más vueltas para lucir su falda nueva.

Aurora era la única que tenía permitido ir vestida como deseara esa noche, y ella había decidido estrenar la versión mini de la falda de tul que yo llevaba el día que la conocí. Estaba tan graciosa con toda aquella maraña de capas negras —porque lo del rosa se le fue de la mente en cuanto Jorge dijo que a él le gustaba más negra—, que no podíamos dejar de babear como tontas observándola.

Era la primera vez que Rori pasaba esa noche en casa desde que su enfermedad la había relegado a una cama. Los anteriores años había estado en el hospital por una u otra razón, de manera que, aprovechando que Alina estaba de visita, decidimos hacer una fiesta de pijamas en su honor.

El plan era comer todas esas cosas que nuestras madres jamás de los jamases hubieran puesto en el menú de ese día, beber mojitos, y repantingarnos en torno a la cama de Rori, con nuestros pijamas, gorros de fiesta, y hasta matasuegras, para reír, cantar, o a hacer cualquier cosa que a ella le hiciera feliz.

No me atribuiré los méritos de haberlo pensado, Alina fue la que renunció a cualquier plan para quedarse con su hermana, y que sus padres pudieran acudir a la fiesta de los Alconada sin preocuparse. Entonces a mí se me ocurrió que, como desde luego yo ese año no iría a casa de Alex —y mi orgullo me había impedido hacer planes con Jorge y Marco—, Vanesa y yo —porque sus padres la habían dejado plantada para ir a visitar a su hermana a Belfast—, podríamos unirnos a ella para hacer algo divertido. La guinda del pastel fue que Hannah pudiera apuntarse, aunque algo me decía que lo que la empujó a aceptar, fue el temor a no tener esa posibilidad un año después.

Aprovechando que Van se había llevado al baño a Aurora para pintarle una enorme mariposa en la cara, reíamos como colegialas excitadas, mientras les describía con pelos y señales hasta el último poro que Marco tuvo a bien mostrarme en la cocina de Jorge.

La enfermera entró apresurada en la habitación para avisarnos de que quizá preferiríamos cambiar de tema, justo antes de que el dúo maravilla asomase sus atractivos rostros por la puerta.

—¿Hay hueco para dos más? —preguntó Jorge cuando ya tenía un pie dentro.

Una frase. Una maldita frase, fue lo que necesité para escuchar a mis braguitas lamentarse bajo el ridículo pijama de unicornio. ¡Maldita Vanesa!

No era justo que yo fuera vestida como un *judío* peluche enorme, y que él apareciese con su cazadora de cuero y las manos en los bolsillos de los vaqueros, aparentando venir poco menos que de jugar al póker en algún sótano, o de apostar en una pelea clandestina. O con su barba de más de una semana recordándome —a mí y a mis muslos—, que me había estado perdiendo la increíble sensación de su roce.

La sonrisa traviesa de Alina me gritó que ella los había invitado. Estaba claro que le encantaba hacernos encerronas, pero aunque acabaría teniendo que agradecerse, pensaba sobornar a alguien de su residencia para que le colara unas bragas rojas con su próxima colada blanca.

—No sin pijamas —amenazó Rori antes de dar un sorbo de su mojito, gracias a la pajita que yo le acercaba.

—Es que nosotros no usamos de eso —presumió Marco.

—Algo hemos oído —comentó Hannah haciéndose la despietada.

—Claro que, si queréis... —ofreció el italiano echándose mano al cinturón.

—¿No se te estará ocurriendo darle alcohol?!

La brusca voz de Jorge acabó con el espectáculo. Me miró con tanta intensidad, que me costó contestar con sarcasmo y no amilanarme. Creo que en el fondo él también tenía bastante de rubio.

—¡Salud a papá, chicas! —pedí jocosa antes de soplar por mi matasuegras—. Rori, para compensar, también te hemos traído a un estríper —añadí haciendo un gesto totalmente descarado con la cabeza hacia la empresaria de *Marcopaquete*, animándolo a continuar con su exhibición.

Estallaron en vítores, mientras él no podía estar más pagado de sí mismo, abriéndose la chaqueta teatralmente para mostrarnos como el fino suéter se le ceñía al torso musculado. Otro bastardo demasiado atractivo...

Jorge nos ignoró, arrancándome el vaso de Rori de la mano. Estuve tentada a poner los ojos en blanco por su papel de hermano neurótico, pero la severidad con la que me miraba me disuadió.

—Puedes tomarte un valium con él. Es sin alcohol, agonías —le informé cogiendo el mío del suelo para beber bajo su mirada todavía desconfiada.

Ni yo soy tan irresponsable como para emborrachar a una persona que se mantiene conectada a un gotero con calmantes, y me irritó que Jorge me creyera capaz, pero no quise ofenderme por su actitud. A fin de cuentas, no era mi primer enfrentamiento con su desmesurado instinto protector.

Pese a mi aclaración, se lo llevó a la nariz antes de probarlo, y no pareció conforme hasta que Aurora entró corriendo con un vaso exactamente igual al que todas tenemos, con su sombrilla, su pajita con mensaje, la hierbabuena, y el hielo picado.

—¡Tíooooo!

Se lanzó a sus brazos, y tuve que aguantarme las ganas de reír. El controlador insufrible prácticamente metió la nariz en el vaso de la cría al levantarla, para asegurarse de que contenía lo mismo. Adoraba a ese hombre, pero en lo referente a sus hermanas, era un auténtico coñazo.

—Hola, enana —saludó apartándola para verle bien la cara—. ¿Ahora eres una mariposa?

—¡Soy la princesa de las mariposas!

Estaba demasiado distraída riéndome de las ocurrencias de la niña, como para darme cuenta de que Marco se había acuclillado a mi lado.

—Oye, *rubia* —llamó mi atención—. ¿Vas a odiarme toda la vida?

—Punto número uno, nadie te ha dado permiso para llamarme así —respondí con aspereza—. Y punto número dos, va a ser mucho más placentero ignorarte que odiarte. Tu ego no podrá soportar dejar de ser el centro del universo —terminé con un deje suficiente—. Eso sí, si te vuelvo a ver a menos de veinte metros de Adriana, mi pie le va a demostrar a tu orgullosa virilidad —le miré con desdén a la bragueta—, hasta dónde puede llegar mi odio.

Claro que no lo odiaba, pero tenía que encontrar la manera de lidiar con el sentimiento de traición antes de dejarlo volver a tomarse todas las confianzas del mundo conmigo. Seguramente me encontrase mucho más abierta a las negociaciones si se quitase algo de ropa, pero no creo que eso favoreciese mi otro frente abierto con su amigo...

—Déjala en paz, Giordano —lo amenazó Jorge, empujándolo para que cayera y dejando que Aurora se tirase encima de él para jugar—, o le ahorraré el trabajo de patearte el culo.

—¡Eres un poni! —gritó la niña subiéndose a él, que, antes de levantarse, dejó caer su cabeza contra el suelo con dramatismo, sabiendo lo que se le venía encima, literalmente.

—Hola, señorita cabezota que no sabe cuando un enfado deja de tener sentido —me saludó Jorge apoyando las manos en el respaldo de mi silla, acariciándome insinuante los hombros sobre el peludo pijama, y asomando la cabeza por encima de la mía.

—Hola, señor desconfiado que tiene la boca muy grande para acusar, y muy pequeña para compartir información —contesté estirándome hacia atrás para poder ver sus ojos.

Nos bastaron dos segundos para saber que todo volvía a estar bien entre nosotros. Eso fue lo que tardamos en decirnos con una amplia sonrisa que nos habíamos echado de menos.

Se inclinó un poco más, y yo alcé la boca hasta que mis labios quedaron a merced de los suyos. Atrapó uno de ellos juguetón, antes de darme un breve pero intenso beso.

—Tienes que sacarme de esa casa —le supliqué haciéndome la desesperada y mirando a Vanesa con un mohín—. Me han llamado Chewbacca.

—¿Ha vuelto a no depilarse? —preguntó levantando la mirada hacia Ricitos de Oro y fingiendo comprensión.

—Muy gracioso —gruñí sacándole la lengua.

—Pero te tengo loca —alegó fanfarrón antes de volver a besarme hasta hacerme soltar un vergonzoso gemido.

Lo miré entornando los ojos cuando me liberó. No podía ir por la vida besándome de aquella manera delante de todo el mundo. Su respuesta fue deslizar sus dedos por la frente, hasta hacer que su pelo corriera entre ellos desprotegiendo su cara, y sonreírme de esa manera sexy y presuntuosa que se reservaba para hacerme arder. Puto Jorge. Por una manzana no sé, pero por esa boca, yo también me condenaría al destierro del paraíso.

—¿Alguien puede decirme qué fue de aquel hermano que era incapaz de recordar el nombre de la tía con la que acababa de acostarse?

La ironía de Rori rompió el contacto de nuestras miradas retándose. Yo me encogí de hombros divertida, y nadie se molestó en disimular su risa mientras él retrocedía para salir muy digno de la habitación.

Me perdí en la expresión de gratitud con la que ella me hizo estremecer, indicándome con la mirada que pusiera mi mano sobre la suya y me acercase. Obedecí y sus dedos envolvieron los míos costosamente, antes de que su susurro me hiciese cosquillas sobre la piel.

—Ahora sé que cuando me vaya, tú serás lo que lo salve. Gracias por haberlo traído de vuelta.

Sus labios se estiraron para darme un suave beso en la mejilla, y me tomé mi tiempo para recomponerme antes de levantar la cabeza y poder sonreírle sin quebrarme ante sus ojos.

En ese momento fui consciente. Rori estaba aguantando por ellos. Estaba estirando sus fuerzas por Jorge. Por Alina. Por sus padres. Y me aterró darme cuenta de que, ahora que yo formaba parte de la ecuación, sabía que por fin todos tenían algo más para obligarse a seguir adelante.

Jorge entró arrastrando un sillón, pero se frenó justo en el umbral al ver cómo le devolvía el beso a su hermana.

—Lo cuidaré. Te lo prometo —respondí ganándome una increíblemente franca y hermosa sonrisa.

—Hasta cuando no se deje —pidió temiendo tanto como yo lo que podía venir.

Asentí, notando cómo Jorge retiraba la silla detrás de mí, cediéndosela a Marco, para colocar el sillón y sentarse, atrayéndome por las caderas hacia él.

—Ahí será cuando me aseguraré de estar más cerca —afirmé antes de dejarme arrastrar contra su pecho.

Rori me guiñó un ojo, y Alina no perdió la oportunidad de disparar la cámara de su móvil atrapando el momento en el que su hermano me besaba la sien, agradeciéndome en silencio el cariño de ese beso, esa noche, y todas las que sabía que pasaría con ellos hasta el final.

Entonces, cuando todo era incluso mejor de lo nunca hubiera podido esperar de aquella velada. Cuando Jorge me envolvía con sus brazos y yo apoyaba la cabeza en su hombro. Cuando Alina y Vanesa no paraban de reír con las alocadas correrías de Marco. Cuando Hannah abrazaba a su preciosa niña con los labios sobre su pelo. Cuando Rori se mantenía en silencio, atenta a cada pequeña cosa que hacíamos, disfrutando de la vida que le transmitíamos. Cuando las últimas horas del año volaban dejándonos el mejor sabor de boca posible. Entonces fue cuando algo tan simple como un pestañeo, como un lento caer de párpados, nos demostró lo frágil que puede resultar la felicidad.

—¿Estás bien?

Jorge se incorporó arrastrándome con él para alcanzar la mano de su hermana. Rori había cerrado los ojos, pero la sonrisa permanecía en su boca, solo que hasta yo podía darme cuenta de que esa sonrisa estaba agotando hasta su última reserva de fortaleza.

Los abrió enseguida, pretendiendo tranquilizarlo, pero la verdad era tan evidente, que se limitó a menear la cabeza a cámara lenta.

Su pecho empezó a agitarse apenas un instante antes de que el enérgico grito de Jorge nos hiciera conscientes de que, algo más preocupante que el lógico cansancio estaba sucediendo.

—¡Eli! ¡Está volviendo a pasar!

La enfermera tardó menos en aparecer en la habitación, que yo en retirarme del regazo de Jorge para darle total acceso a su hermana, observando horrorizada cómo sus ojos se inyectaban en sangre, y su boca se abría desesperada por capturar algo de oxígeno.

Su pulso se aceleraba por momentos, y la máquina que controlaba su ritmo cardíaco no tardó en emitir pitidos a un ritmo desbocado.

Aurora empezó a llorar, pero todos permanecíamos paralizados ante la descorazonadora imagen. Todos menos las dos únicas personas que parecían saber qué hacer...

—¡Sácalas de aquí, Marco!

El segundo grito fue el que nos hizo reaccionar. Marco cogió a la pequeña en brazos, y Hannah y Vanesa se apresuraron a salir del cuarto delante de él.

Me debatía entre irme o quedarme. No quería estorbar, pero tampoco quería abandonarlo en aquella situación. Finalmente decidí que Alina necesitaba mucho más mi ayuda que Jorge, y fui hacia ella a toda prisa, impidiendo que viera a su hermano ayudar a la enfermera a colocarle una máscara de oxígeno a Rori, o cómo le descubrían el pecho, preparados por si su corazón decidía dejar de luchar.

—Ali, vamos fuera —dije apretando su cara contra mi cuello y arrastrándola hacia el pasillo con sus lágrimas corriéndome por la piel.

—¡Mierda, Rori! ¡No me hagas esto, joder! ¡Respira! ¡Por favor, respira!

Crear que no podía haber nada más doloroso que la voz desgarrada de Jorge suplicándole a su hermana que se quedase con él fue un tremendo error, y tardé en descubrirlo el tiempo que me llevó buscar su rostro desesperado, antes de sacar a Alina de allí definitivamente.

—Aguanta un poco más, Aurora. Tienen que estar llegando.

La voz de la enfermera fue lo último que sonó antes de cerrar la puerta a mi espalda y reunirme con todos en el pasillo.

Apenas unos agónicos minutos después, los sanitarios corrían por las escaleras con su equipo para atenderla. Agradecí el revuelo que formaron en la habitación, porque fue lo único que logró silenciar las súplicas quebradas de Jorge, y se superpuso a los sollozos de Alina.

—Voy a dejarla con los abuelos. Avisadme si se la llevan. Si no tengo noticias volveré aquí —anunció Hannah recogiendo a la niña totalmente asustada de los brazos de Marco.

Ni siquiera fui capaz de alzar la cabeza para mirarla. Toda mi atención estaba puesta en intentar consolar a Ali pasando mi mano una y otra vez por su pelo, y en descifrar qué estaría pasando en aquella habitación por los sonidos que escapaban a través de la puerta entornada.

Decían cosas que no entendía —o que mi estado de shock no me permitía comprender—, pero era lo suficientemente consciente del tono que empleaban, de la celeridad con la que se daban indicaciones entre ellos, como para saber que esta vez no nos enfrentábamos a una crisis respiratoria más.

Marcó cogió a Vanesa por el hombro para recostarla contra su cuerpo. Estaba tan pálida que temí que fuera a desmayarse. Sin embargo, en cuanto sintió un nuevo punto de apoyo, se irguió para, con un leve asentimiento, decirme que estaba allí, conmigo. Su simple gesto me devolvió parte de las fuerzas que había perdido al dejar de oír la voz de Jorge. No escucharlo, pero saber que estaba rompiéndose por dentro, era todavía más demoledor que sus gritos exigentes.

La puerta se abrió de golpe y alguien salió de la habitación tan deprisa, que apenas pude distinguir su indumentaria reflectante deslizarse escaleras abajo.

La habitación había quedado expuesta. Ante mis ojos, un Jorge desesperado sujetaba la mano de su hermana, mientras la enfermera apretaba de forma rítmica aquel balón azul dándole aire a los agotados pulmones de Rori, y el otro sanitario no paraba de hacerle un masaje cardíaco.

Una campanilla me devolvió a la realidad. Nunca había reparado en la puerta plateada que había al otro extremo del pasillo, hasta que se abrió dando paso a una enorme camilla con ruedas. El chico que la arrastraba pasó a toda velocidad por delante de nosotros, empujando la puerta hasta hacerla estrellarse contra la pared.

A partir de ahí todo pasó demasiado rápido. Las órdenes apremiantes... Los cuerpos desplazándose veloces para tomar posiciones... Cuando quise darme cuenta, la camilla pasaba por delante de mí en dirección al ascensor, con un hombre arrodillado a horcajadas por encima del cuerpo de Rori dando apretones sincronizados sobre su pecho, mientras el otro los dirigía y bombeaba el ambú para expandir sus pulmones.

—La llevan a La fe —informó Jorge mirando fijamente a Marco y sacando el móvil del bolsillo—. Yo iré detrás de la ambulancia. Nos vemos allí.

Se acercó, pero su único gesto fue besar la cabeza de su hermana, que permanecía apoyada en mi hombro.

—Espera —lo retuvo quitándose el brazalete que yo le había regalado y ofreciéndoselo—. Ella lo necesita más que yo.

Asintió tomándolo y trotando escaleras abajo, mientras yo no podía evitar que se me saltaran las lágrimas con el inocente gesto de Alina.

—Avisa a Hannah —le pedí a Marco reponiéndome y obligando a caminar con mi cuerpo a Alina—. Vamos, cielo —dije sin dejar de frotarle la espalda para calmar sus respiraciones irregulares por el llanto—. Tenemos que ir al hospital.

Vanesa me ofreció su mano, y yo la apreté con fuerza con la que me quedaba libre, dando gracias por tenerla en aquel momento, porque si lidiar con los sollozos de Alina me partía el corazón, lo que realmente lo estaba haciendo añicos era saber que Jorge, aún sin lágrimas, estaba mucho más roto y desesperado que ella.

Justo cuando Marco accionó el mando de mi coche para abrir las puertas, un estruendo se propagó por toda la ciudad. Se oían gritos, risas, las típicas trompetas... Coches pitando y tacones correteando. El nuevo año había comenzado.

Acomodándome en el asiento trasero para no soltar a Alina, solo podía pensar que, de haberme podido tomar las uvas, en esa ocasión, la primera habría sido por Rori. Para que un milagro le devolviese la vida que se le había robado. O por Alina. Para que se le diera un poco más de tiempo con su hermana, aunque fuera para despedirse. Siendo sincera, sé que me la habría tomado por Jorge. Para que su corazón no se quebrara como creía que estaba a punto de hacerlo, y si así era, para que yo encontrase la manera de recomponerlo para él.

Seguramente, unas horas más tarde, esa sala de espera se llenase de gente, pero cuando cruzamos las puertas —apenas unos minutos después de haber estrenado año—, únicamente sus profundas respiraciones alteraban la calma de aquella estancia desangelada

—Jorge... —suspiró Alina soltándose de mí para salir disparada y chocar contra el pecho de su hermano.

—Ya está, pequeña —la recibió acunándola contra él—. No llores más, Ali —decía una y otra vez con los labios sobre su pelo.

—¿Y al él quién lo consuela? —murmuré reteniendo las lágrimas.

—Ven aquí —me abrazó Marco obligándome a sentarme—. Cuando quiera que estés a su lado, te lo hará saber. De momento es mejor dejarlo solo —recomendó acariciándome la cara para eliminar un par de lágrimas rebeldes—. Jorge lidia muy mal con el dolor, pero estoy seguro de que, cuando necesite sacarlo, serás la primera a la que recurra.

—Pero en casa de sus padres... —me avergonzaba lo que estaba a punto de decir. Dadas las circunstancias era incluso infantil, pero no podía quitarme de encima esa sensación de haberme sentido apartada... ni siquiera me miró.

—Claro que no lo hizo —sonrió con amargura—. Tú eres lo que lo mantiene en pie. Si hubiera visto miedo en tus ojos, se habría venido abajo. Eres la valiente, ¿recuerdas? Por desgracia, también vas a tener que aprender a ser paciente.

Me di un capón mental por haber sido tan estúpida y egoísta. Si él necesitaba que yo fuera fuerte por los dos, lo sería. Me convertiría en el pilar sobre el que liberar el peso cuando este amenazase con aplastarlo, e iba a empezar en ese mismo momento.

Me incorporé obligando a Marco a soltarme y caminé decidida hasta ellos.

—Alina, ¿por qué no vienes a sentarte conmigo, cariño? —pregunté retirándole el pelo de la cara, que mantenía pegada a su hermano—. Vanesa nos traerá algo caliente para que te temple el cuerpo —dije haciéndole un gesto a mi amiga, que enseguida captó el mensaje y se levantó para cumplir el encargo.

—Ali, ve con Lucía —me apoyó Jorge apartándola de él con sumo cuidado—. Seguro que algo caliente te sienta bien.

Me bastó el fugaz paso de sus ojos sobre los míos para saber lo agradecido que estaba por que le diera intimidad llevándomela.

Seguíamos sin tener noticias sobre el estado de Rori y Jorge estaba más que impaciente. Permanecía solo. De pie a unos cuantos pasos de nosotros, con los brazos cruzados sobre el pecho y la mirada perdida a través de la ventana.

Cada pocos minutos me obligaba a repetirme las palabras de Marco para no ir corriendo y abrazarlo con todas mis fuerzas. Para que supiera que estaba con él. Que estaría con él hasta el último momento.

Sus padres habían llegado poco antes, casi a la vez que Hannah, y aunque trató de explicarles lo que había sucedido, no tardó demasiado en volver a hacerse el silencio en la sala.

Ese incómodo y pesado silencio que nos atenazaba a todos el estómago, no se rompió hasta que unas pisadas que me eran muy familiares entraron a la carrera, seguidas por dos elegantes trajes de diseño.

—¡Nena! —Adriana se abalanzó sobre mí todavía con la ropa de trabajo puesta y el pelo recogido en un desordenado moño—. ¿Estás bien? —susurró apretándome con fuerza.

No tenía sentido mentir, así que negué en un gesto que para cualquier otra persona habría pasado desapercibido, pero no para ella.

—Javi y Rubén han pasado a buscarme en cuanto se han enterado.

Me volví para ver al rubio acucillarse delante de Vanesa, con intención de asegurarse de que estaba bien, y a Javi mirar con recelo a Marco. Supuse que la noticia corrió como la pólvora en casa de los padres de Alex.

—Todavía no nos han dicho nada —informé a los recién llegados—. No sé cuánto llevamos aquí, pero ese puñetero reloj parece pararse burlándose de nosotros —protesté levantando las manos hasta la cara para frotármela con fuerza—. Chicos os agradezco mucho que hayáis venido, pero esto es desesperante. No hace falta que estemos todos aquí —concluí volviendo a tomar la mano de Ali entre las mías, dejando claro que yo pertenecía al grupo de los que se quedaban sí o sí.

—No vamos a ir a ninguna parte hasta que no sepamos cómo está —afirmó Rubén sentándose junto a Vanesa—. Queremos acompañaros.

Aunque habló en plural, sus ojos estaban fijos en el abatido hombre que se mantenía alejado de todo el mundo, hasta de sus padres. Había vuelto a quedarse con la mirada perdida en la ventana, solo que ahora se apoyaba con una de sus manos sobre ella, dejándose caer hacia adelante, con las piernas cruzadas a la altura de los tobillos y la otra mano sobre la nuca.

Se moría por un cigarrillo, estaba segura, pero no habría fuerza de la naturaleza que fuera capaz de moverlo de aquella sala hasta que alguien le dijera cómo estaba Rori.

No, definitivamente Jorge no lidiaba bien con el dolor, y mucho menos le gustaba compartirlo.

Como si la palabra de Rubén hubiera sido decreto de estado, todos lo imitamos repartiéndonos entre los sitios libres.

Cuando habíamos dejado de sobresaltarnos cada vez que se escuchaban voces apremiantes al otro lado de las puertas, estas se abrieron, y surgió una voz preguntando por los familiares de Aurora Prieto. Nos quedamos tan en silencio, que a pesar de habernos mantenido en los asientos para dar privacidad a la familia, todos pudimos escuchar las noticias.

—Está estable —esas palabras me sonaron a música celestial, y el simple hecho de ver a Jorge relajar la postura y espirar con fuerza me calmó—. Hemos tenido que intubarla. Es probable que no vuelva a poder respirar sin la ayuda de la máquina. Además, su saturación es demasiado baja como para arriesgarse a mantenerla sin oxígeno —todos asentían escuchando atentamente—. Quiero que entiendan la situación real de Aurora. Sus órganos están extenuados. De hecho es sorprendente que haya conseguido seguir respirando por ella misma tanto tiempo.

—¿Podemos verla?

La voz de Jorge se alzó más de lo necesario, denotando que aquello era casi una exigencia.

—Ahora mismo necesita descansar —le recordó el doctor ante su impaciencia—. Está sedada, pero si quieren pasar durante unos minutos, la enfermera les indicará el camino —cuando parecía que iba a marcharse, volvió a fijar sus ojos en los de él, como si hubiera comprendido que era quien entendería sus palabras—. Si fuera familia mía, volvería a llevármela a casa en cuanto me lo permitieran. Aquí no se puede hacer mucho más por ella.

No sentí la lágrima rodar por mi mejilla, hasta que se escurrió desde mi barbilla para caer en las manos que mantenía en mi regazo. Tienes que ser fuerte por él, Lucía, me arrenegé hasta que logré evitar que alguna más la siguiera.

Por suerte, cuando Jorge, sus padres, y su hermana regresaron de visitar fugazmente a Rori, Adri y Vanesa habían conseguido tranquilizarme, y volvía a ser la mujer firme dispuesta a ser lo que Jorge necesitase.

Ana se acercó para despedirse y agradecer el apoyo, y solo en aquel momento —viendo su precioso vestido de Oscar de la Renta—, fui consciente de que, con las prisas, habíamos salido de casa en pijama. Nada pudo importarme menos.

Alina se fue con sus padres. Estaba tan extenuada por la tensión, que dudaba que pudiera evitar caer rendida en el coche.

Las chicas abrazaron a Jorge, mientras Javi y Rubén le daban amistosos apretones en el hombro. Nadie se atrevió a preguntarle ni por su estado, ni por el de su hermana. Sus ojos agotados lo decían todo.

—¿Nos vamos a casa? —sugirió Javi tendiéndole la mano a Adriana.

Ella miró su mano, luego me miró a mí, y finalmente contestó.

—Sí —respondió tomándola con los ojos fijos en mí—. Volvamos a casa.

Aunque no era el momento de mostrar ningún indicio de felicidad, verlos irse de la mano me produjo un alivio que de verdad necesitaba, y conocía demasiado bien a Adriana para saber que por eso exactamente lo estaba haciendo. Si toda aquella locura había servido al menos para que Adri y Javi se dieran la oportunidad de hablar... todo el dolor no habría sido en balde.

Con casi treinta años has vivido lo suficiente para saber que las desgracias, por terribles que sean, o lo de refilón que te toquen, tienen una consecuencia positiva. Unen. Cuando algo horrible sucede —y lo de aquella noche seguramente fuera uno de los momentos más duros que había vivido hasta entonces—, hace que valoremos lo que realmente nos importa al ver lo fácil que puede ser perderlo.

—Vanesa, si necesitas que te lleve a algún sitio... —ofreció Rubén haciendo un esfuerzo por no sonar esperanzado.

—Te lo agradecería —reconoció ella con un leve suspiro—. Todas mis cosas están en casa de Lucía. Si pudieras llevarme allí...

Asintió y comenzó a caminar hacia la salida a su lado, luchando contra él mismo por respetar la distancia que los separaba. Cuando casi habían alcanzado las puertas, algo hizo que la tomase por encima del hombro y la acercase a él con cariño. Después de lo que había vivido, era lógico que tarde o temprano se viniera abajo, y no dudé ni por un segundo que Rubén se aseguraría de estar ahí para ella.

Hannah los siguió apenas un minuto después, emprendiendo la marcha hacia la salida tras limitarse a dejar un beso en la mejilla de Jorge, y abrazarme con fuerza para susurrar en mi oído que él me necesitaba más que nunca.

En ese momento sentí la terrible impotencia de tener que respetar el espacio que él tácitamente me había rogado. Las palabras de Marco me mantenían cuerda y decidida para dárselo. Valiente y paciente, Lucía.

Una vez había dicho que, con él, me creía capaz de luchar contra cualquier cosa. Pues bien, por él, estaba dispuesta incluso a luchar contra mí. Serás su manta cuando tenga frío, la red si cae, y la mano que lo levante. Serás lo que precise para seguir adelante, me animé.

—¿Vienes a casa conmigo? —preguntó cuando estaba a punto de pedirle las llaves de mi coche al italiano para dejarlos a solas.

En su mirada había tanta duda, que de repente me sentí cruel por ser una imbécil cabezota y haber pasado en mi casa los días anteriores. En aquellos ojos que siempre habían sido los de un niño travieso, ahora lo único que había era tristeza.

—Por supuesto —respondí decidida acariciándole la cara.

Su mandíbula se relajó bajo mi mano y, sin que apenas me diera tiempo a reaccionar, me apretó con mucha fuerza contra él.

—Gracias —suspiró con sus labios sobre mi frente—. Por cuidar a Alina. Por estar aquí. Por... dejarme respirar y asegurarte de que los demás también lo hacían.

—Me llevo tu coche, Lucía —anunció Marco posando una mano sobre el hombro de su amigo que me mantenía pegada a su pecho.

Pasamos un tiempo así. En silencio. Solo abrazados. Algo me decía que necesitaba ese contacto, que realmente era yo lo que lo estaba manteniendo en pie.

Me decidí a hablar cuando, después de una respiración profunda, me permitió mirarlo a los ojos.

—Vámonos a casa. Ahora me toca cuidar de ti.

Marco había llegado apenas unos minutos antes que nosotros, pero, al atravesar el jardín, me di cuenta de que ya no había ni rastro de él. Sin duda quería dejarnos solos.

Jorge se había pasado todo el camino sin apartar la mirada cansada de la ventanilla, que había mantenido bajada pese al frío de la noche, como si necesitase que el aire helador le recordase que lo que había pasado era real, y no solo un condenado mal sueño. Estaba tan ido, que ni siquiera llegó a encenderse el pitillo que se había colocado entre los labios.

Yo me había limitado a conducir, manteniendo su mano cogida todo el tiempo que los cambios de marcha me lo permitieron.

Mientras subíamos a la habitación, nada parecía indicar que lo tuviera de vuelta conmigo. Esperaba algún tipo de señal para saber cómo debía actuar, pero cuando empezaba a pensar que lo único que quería era que lo dejase compadecerse en silencio, lo oí resoplar con fuerza antes de dejarse caer contra la pared, deslizándose hasta quedar sentado con las piernas abiertas y encogidas.

—A veces creo que soy la peor persona del mundo porque, lo único que quiero, es que acabe —dijo apoyando los codos sobre las rodillas, haciendo que sus manos le despejasen la cara del pelo que caía sobre ella—. Luego pienso en cómo va a ser cuando no esté, y no sé si voy a poder... —suspiró haciendo que su cabeza golpease la pared—. Soy un maldito egoísta por querer más tiempo, y un hijo de puta desagradecido porque...

—Shhh —lo silencié arrodillándome entre sus piernas y sujetándole la cara para que sus ojos estuvieran frente a los míos—. No eres la peor persona del mundo, sino alguien que la quiere con locura y no soporta verla sufrir.

—Hoy he deseado que muriera, Lucía —confesó avergonzado, escondiéndose tras sus manos y dándose contra la pared repetidamente frustrado—. ¿Qué clase de hermano desea eso?

—Uno que ya ha tenido que ver demasiado dolor —intenté animarlo apartándole las manos para demostrar que yo seguía viéndolo exactamente de la misma manera que antes de esa revelación, pero agachó la mirada—. Oye, no te castigues más —exigí tomándolo por la barbilla para que me enfrentase—. Solo quieres lo mejor para ella, y lo mejor no siempre es lo más fácil de asumir o desear.

—No quiero que vuelva a pasar por lo de hoy —se sinceró con un dolor atroz nublando sus pupilas—. Cada vez es menos... ella. No quiero que estos sean los recuerdos que nos queden —asentí, porque lo único que podía hacer era comprenderlo—. Necesito quedarme con la Rori que reía y bailaba, no con un cuerpo inerte que ya ni siquiera respira por sí mismo.

—Lo sé, mi vida —me estiré para besar su frente con dulzura—. Lo sé.

La forma en la que lo llamé le sacó un leve gesto de alivio, y sus labios se estiraron en una tímida sonrisa. Si ser cariñosa con él iba a hacerlo sentir mejor, estaba

dispuesta a desplegar todo mi arsenal de mimos y ponerlos a su servicio.

—Dime qué puedo hacer —pedí acariciándole el pelo para calmarlo, sentándome sobre los talones para demostrarle que, mientras él estuviera allí, yo no me movería.

—Joder, necesito quitarme de encima esta mierda de sensación —sacudió la cabeza disgustado, llevándose las manos a las mejillas y rascándose las energicamente—, y esta puta barba pica de cojones.

No pude evitar sonreír por su gesto contrariado. Por fin mostraba una emoción que no fuera pena.

Creo que nunca le había visto con barba de tantos días, y aunque no era espesa, por la manera en que se frotaba la cara, parecía estar martirizándolo.

Para él, el punto exacto eran los cuatro días. Con barba de cuatro días era el golfo más irresistible que había visto en toda mi vida —y de golfos entendía bastante—, por eso se encargaba de pasarse la maquinilla para mantenerla como sabía que me encantaba, aunque la mitad del tiempo fuera cubierta de rozaduras por todo el cuerpo gracias a ella.

—¿Te preparo una ducha calentita para relajarte un poco? —pregunté atrapando sus manos para que dejaran de moverse frenéticas—. Luego hacemos algo con esa barba.

—No tengo ganas de levantarme —protestó entrelazando sus dedos con los míos.

—Entonces tendré que montar una barbería improvisada —le guiñé un ojo al tiempo que me levantaba librándome de su agarre.

Rebusqué por el baño hasta encontrar la maquinilla, y cogí una toalla para guiar lo menos posible. Volví a la habitación. Busqué un enchufe y, asegurándome de que aquello funcionaba, volví a colocarme entre sus piernas, cubriéndole los hombros con la toalla.

—¿Qué crees que haces? —cuestionó extrañado.

—Voy a quitarte esas barbas, *hipster* de tres al cuarto —afirmé con sorna, buscando mejorar su ánimo.

—Eso ya lo veo —replicó sujetándome la mano antes de que lograra acercarle el ruidoso aparato a la cara—. A lo que me refería es a que haces con la cortadora de pelo —frunció el ceño ante la absurda pregunta. Le había visto usar esa cosa mil veces—. *Rubia*, si vas a hacer algo, hazlo bien —exigió relajando mi ceño con su pulgar—. Ve a buscar la cuchilla y la espuma.

No era una sugerencia, era una orden, y no estaba por la labor de contradecirlo en nada esa noche. Me incorporé mientras sus ojos me seguían entusiasmados, como si aquello de verdad le hiciera sentirse mejor.

Trasteé hasta encontrar todo lo que necesitaba —y un extra del botiquín para torturarlo un poco—, y me lo metí todo en el bolsillo. Porque, sí, otra de las infinitas ventajas de ir metida en un *jodio* pijama de peluche con forma de unicornio, es que tenía un enorme bolsillo en la barriga. Llené de agua tibia un cuenco decorativo que tendría que hacer las veces de lavamanos, y me encaminé a enfrentarme con mi tarea.

—Estás a tiempo de echarte atrás —sugerí dándole el cuenco, y volví a colocarme entre sus piernas—. ¿Confías en mí? —sonreí mostrándole la cuchilla.

—Nunca en mi vida he confiado más en nadie.

Sus palabras parecieron hablar de algo mucho más grande que ponerse en mis manos para afeitarse, y no me resistí a dar un rápido toque en su boca con la mía. El plan de consentirlo parecía funcionar.

—Me alegro, pero por si acaso... —saqué la cajita de tiritas de princesas que tenía en casa después de la última visita de Aurora, agitándolas delante de su cara—. Estamos preparados.

—No vas a ponerme eso en la cara ni de coña —me advirtió divertido tratando de quitármelas, y vertiendo algo de agua sobre la toalla con el movimiento—. Claro que no sé que puedo esperar de un unicornio... —se burló, y por primera vez desde que toda esa catastrófica noche nos había estallado en la cara, sus labios se estiraron en una auténtica sonrisa—. Estás preciosa —dijo respondiendo a mi peineta—. Siempre estás preciosa —me ablandó. Pero entonces...—. Incluso a pesar de que podría haberte ganado en una feria rompiendo palillos con una escopeta de perdigones.

Empecé a protestar y darle con el puño, haciendo que más agua se derramase sobre él, que de nuevo era mi Jorge.

Apartó con cuidado el cuenco, posándolo a su lado, y con manos exigentes, me atrajo hasta hacer a nuestros labios encontrarse. Me besó con verdadera necesidad. De esa forma tan exigente que en cualquier otro momento me hubiera hecho lanzarme sobre él, pero que en aquel, lo único que me decía era que me estaba cediendo el control de todo. Que estaba agotado y no podía seguir siendo quien nos protegiera ni a mí, ni a sus hermanas. Que ahora tenía que ser yo la que lo protegiera a él... hasta de sus pensamientos más oscuros.

—Afeitame, mujer —ordenó con un tono burlesco autoritario, separándose lo justo para poder pronunciar las palabras.

—Te dije que iba a cuidar de ti, y nada va a impedir que lo haga —asegué empujándolo para que se recostase contra la pared y se mantuviera quieto—. Ni hoy... ni nunca.

Asintió, dejando su cabeza caer hacia atrás e inspirando con fuerza para olvidarse de todo, y de todos, menos de nosotros en aquella habitación.

Al sacar la espuma del inmenso bolsillo, me topé con mi móvil. Ojeé durante un momento una de mis listas de reproducción y, finalmente, elegí *You and me*.

Mientras *You+Me* hacían esa definición perfecta de lo que para mí éramos él y yo. Mientras le decían que yo estaría cuando se derrumbase, indicándole la dirección cuando cabalgase por la oscuridad, comenzaba por su mejilla derecha, eliminando la espuma totalmente concentrada en lo que hacía, y él permanecía con los ojos cerrados, con la calma extendiéndose por todo su cuerpo.

Me bastó agitar una vez la cuchilla en el cuenco de agua, para que ese sonido familiar hiciera a mi mente viajar en el tiempo.

Recordaba haber visto cientos de veces a mi padre afeitarse, pero lo que estaba grabado en mi mente a fuego, era el característico sonido de la cuchilla siendo limpiada en la balsa de agua del lavabo, y los tres golpecitos para escurrirla antes de volver a llevársela a la cara.

Mi padre quizá no fuera la persona más comunicativa del mundo, pero, gracias a eso, había aprendido una lección imprescindible. No todas las cosas se dicen con palabras, hay veces que solo hay que estar ahí.

Gracias a él aprendí que, sostener una mano y mirar al frente para simplemente dar un paso tras otro juntos, puede valer más que cualquier apoyo verbal que pueda darse. Que cuando conoces a alguien de verdad, lees en esa persona todas las cosas que, aunque no diga en voz alta, son tan reales y tangibles como si las hubiera pronunciado con la más cuidada retórica.

Le limpié los restos de espuma con la toalla, asegurándome de no haber dejado ninguna parte a medias, y me enorgullecí de no necesitar ninguna tirita. Aún así, saqué una y, colando las manos bajo su ropa, se la coloqué en el pecho, justo encima de su corazón. Suspiró cuando mi boca besó ese punto exacto por encima de la tela.

Sus ojos no tardaron en abrirse buscando los míos con verdadero agradecimiento, haciéndome sentir que había hecho algo mucho más íntimo y personal que afeitarse, y lo único que deseé fue proteger a mi niño vulnerable, a mi hombre asustado, cada día de mi vida de ahí en adelante.

Apartando todo, me apoyé en la pared a su lado. Atrayéndolo contra mí, dejé que su cabeza descansase en mi regazo, limitándome a hacer que mis dedos le recorriesen el pelo hasta que su respiración se fue pausando, rindiéndose al sueño sobre mí.

Así, en silencio, solo estando ahí —tal y como mi padre me había enseñado a demostrar verdadero amor—, prometí, una vez más, que siempre cuidaría de él.

LA CUENTA ATRÁS

(JORGE)

Vivir a la espera de algo es... complicado. Hacerlo cuando sabes que lo que esperas va a destrozar tu mundo... puede convertirse en insostenible.

La primera semana la pasas en vilo. O pegado a su cama, o pensando que en cualquier momento el teléfono sonará, y tendrás que salir corriendo para enfrentarte a lo inevitable.

El móvil se vuelve una parte de ti, y no lo sueltas ni para dormir. Hablando con propiedad, no lo sueltas ni cuando te metes en la cama, porque dormir... no duermes.

No puedes permitirte dormir. Y aunque quisieras, tu cabeza no consigue acallar el ruidito el tiempo suficiente como para concederte descanso más de dos o tres horas sin que despiertes con una taquicardia, buscando el teléfono con desesperación porque has creído escucharlo sonar.

La segunda semana empiezas a pensar más a menudo en lo que dijeron los médicos. "Pueden ser días, semanas o incluso meses". Ha superado los primeros días, y la cosa no va a peor. Quieres confiar en que sean semanas.

Con sueño ligero, consigues mantenerte acostado casi seis horas seguidas. No lo haces porque quieras, lo haces porque lo necesitas. Porque estás exhausto, y al puto mundo no parece importarle que tu hermana esté escapándose, porque el cabrón sigue girando como si nada, y te guste o no, tú vas incluido en el movimiento.

Cuando llega la tercera semana sabes que no puedes seguir así. Y no es que asimiles la situación, es que te obligas a recordarte que, cuando esa vida que velas acabe, tú tendrás que seguir enfrentándote a la tuya un día tras otro, y más te vale tener algo que te haga el duelo soportable.

Mi algo era Lucía, y por ella, por nosotros, tenía que intentar que todo volviera a la normalidad en la medida de lo posible.

Había pasado más de un mes, y Rori estaba estable dentro de su progresiva evolución negativa, así que, aprovechando que mis clases no empezaban hasta las once — y en lugar de emplear el tiempo para estar con mi hermana como era habitual por aquel entonces—, iba de camino al estudio para ver a la pequeña rebelde, que últimamente era más bien la gran mujer que podía con todo.

Desde que Marco se tuvo que ir, ella se había mudado a casa y se encargaba de que yo no tuviera que preocuparme por nada. Nada que no fuera trabajar y pasar el máximo tiempo posible en casa de mis padres. Me estaba cuidando, protegiendo.

¡Dios, la amaba por ello!, pero no era tan imbécil como para no darme cuenta de los sacrificios que hacía para cumplirlo, aunque solo fuera porque apenas estaba pasando tiempo con las chicas. Lucía era menos Lucía sin ellas, y toda la mierda que estaba pasando no iba a arrebatarle también una parte de *la rubia*.

Al entrar me encontré con Vanesa observando la pantalla de su móvil con verdadera atención y una leve sonrisa. En cuanto advirtió mi presencia, alzó la mirada con su habitual encanto, bloqueando y soltando el teléfono a su lado.

—Buenos días —saludó entusiasmada.

Agradecí que parecía entender a la perfección que lo que menos necesitaba en ese momento era que los demás sintieran lástima por mí —la compasión es uno de los sentimientos más difíciles de sobrellevar—, por eso me agradó que me sonriera tal cual lo habría hecho un mes atrás, simplemente contenta de verme por allí.

—Pasaba por aquí... —bromeé haciéndome el despistado.

—Estabas por el barrio ¿no? —rio siguiéndome el juego.

Su teléfono vibraba sobre la mesa, mostrando mensajes entrantes que ignoraba. No entendí por qué parecía nerviosa, hasta que la vibración se hizo continua y una imagen de Rubén apareció en la pantalla.

Me miró con los ojos desorbitados e inmediatamente le dio la vuelta. Era tarde, los dos sabíamos que había visto la foto, y que habría deducido que los mensajes previos también serían de él.

—Esto... —vaciló intentando buscar algo que decir.

—No quiero saberlo —solté alzando una mano y apartando la mirada con un exceso de dramatismo—. Si Lucía se entera de que he vuelto a ocultarle algo, me machacará las pelotas. Lo que sea que esté pasando...

—¡No está pasando nada! —se apresuró a responder.

—No me interesa, Vanesa —afirmé sin resistirme a alzar una ceja, demostrando que puede que estuviera un poco fuera de onda últimamente, pero no lo suficiente como para no saber interpretar ciertas señales—, pero seguramente quieras contarle de qué va ese nada antes de que vuelva a estallar una fiesta de la sinceridad, y se entere por boca de otro —le recomendé pensando en cómo reaccionó la última vez.

Según tenía entendido, finalmente Rodri no vivía con Vanesa. No porque ella se hubiera echado atrás —como temimos todos que pasase después de que Rubén se fuera de la lengua—, sino porque le habían ofrecido una beca para hacer su proyecto final de carrera, y la empresa era lo suficientemente importante como para ni plantearse rechazarla. El problema: que la sede de la empresa en cuestión estaba en Londres —sí, parece ser que el chico era bastante bueno en lo que hacía—, y el informático se iba a pasar los próximos seis meses pagándole impuestos a la reina.

Como algo así suele ir acompañado de una oferta de trabajo al finalizar, no tenía ni idea de en qué situación dejaba eso a la pareja —y siendo sincero, y bastante cabrón, tampoco me importaba mientras no afectase a Lucía—, pero parece ser que Rubén estaba intentando aprovechar la ventaja. No lo culpaba, si algo se interpusiera entre *la rubia* y yo, le pasaría por encima como una apisonadora sin ningún tipo de miramiento.

¿Que por qué sabía todo esto cuando claramente las relaciones de los demás me la sudaban? Pues porque Lucía andaba desquiciada ahora que Rodri no podía ayudarla con lo del blog, y se pasaba el día al teléfono, torturando a su hermano para que se lo hiciera... Para que le cambiara el fondo... Para que las letras estuvieran más centradas... Más grandes... Más bonitas... Para que le explicase por qué coño no se publicaba la actualización que había hecho... Para que el pobre deseara con todas sus fuerzas haber sido hijo único, vamos. Eso, o que su hermana no fuera una inútil redomada en lo que a ordenadores se refería, ni una tirana impaciente. Pero joder, cómo me ponía que fuera tan mandona...

—Está reunida con Ferrán —Vanesa cambió de tema señalándome la puerta cerrada con la cabeza, devolviéndome a nuestra conversación—. Llevan un buen rato. No creo que tarden demasiado.

Sabía que Ferrán era el prometido de la loca de Grace, y lo había visto en el *brunch* de la Fundación, pero aparte de un par de ocasiones en las que había recurrido a ella para no sé qué historias de unos estilismos, él no se encontraba en su lista de clientes. Aún así, su visita no despertó ninguna curiosidad en mí hasta que la puerta se abrió y escuché sus palabras.

—Por lo menos piénsalo, Lucía —le pidió abotonándose el elegante abrigo—. Es una gran oportunidad profesional. Podría ser el empujón definitivo para tu negocio.

La mirada de los dos se topó con la mía justo antes de que ella contestase, y lo hizo con una cautela que intuí era debida a mi presencia.

—Está pensado —aseguró suplicándole en silencio que no diera más detalles e intrigándome más todavía—. La respuesta es no. No puedo cumplir con las necesidades que me planteas.

—¿Alguna vez da su brazo a torcer? —preguntó él al pasar a mi lado en un claro gesto de solidaridad—. Consúltalo con la almohada —sugirió ignorando su rotundidad—. Hablamos en una semana y me das una respuesta que sea un poco más acorde a tu inteligencia.

—¡Ya es definitiva! —alzó la voz molesta viendo que él se marchaba con una sonrisa pretenciosa—. Seré capullo...

—Vamos adentro, anda —dije masajéandole los hombros y arrastrándola al despacho mientras seguía murmurando insultos—. *Rubia*, relájate y cuéntame a qué viene tanta hostilidad.

Me apoyé sobre su mesa, colocándola entre mis piernas con una media sonrisa fruto de su revitalizante carácter. Su reacción fue mantenerse a una distancia segura y cambiar de tema.

—¿Has descansado? —cuestionó analizándome la cara—. Estabas tan dormido cuando me fui, que no quise despertarte. Como sabía que no tenías clase pronto y ayer llegaste tan tarde de casa de tus padres... —se justificó con tono de disculpa.

—Lucía, te agradezco todo lo que haces por mí —afirmé sujetando su rostro con firmeza—. Maldita sea, debería agradecer al mundo tu sola existencia, pero necesito dejar de ser lo único por lo que te preocupes, y sobre todo, quiero que ambos volvamos a preocuparnos también por ti —sin poder evitarlo, la besé con todas las ganas que me habían faltado en los últimos días, y noté su alivio al deshacerse en mi boca, volviendo a sentirse deseada. Joder, de verdad que no la merecía si la había hecho dudar si quiera—. Cuéntame de qué hablaba Ferrán. ¿Qué te ha propuesto?

—Nada que importe. No voy a aceptarlo —repetió agarrando mi camiseta y tirando de ella para volver a acercarme a sus labios y acariciar los míos—. Cuánto he extrañado esos besos...

—Siento haber estado distante —me disculpé rozándole la mejilla con los nudillos—. Aunque no lo dijera, tenerte cerca es lo único que me ha mantenido cuerdo.

—Ya no me da miedo la distancia —presumió con una sonrisa mal escondida—. Creo que tú y yo estamos destinados a volver el uno al otro por mucho que nos alejemos.

—Vaya, qué profunda —me burlé sin maldad—. ¿Has vuelto a ver *El diario de Noah* y a soñar conmigo remando bajo la lluvia? —le guiñé un ojo con pillería antes de deslizar mis manos por sus costados y dejarlas sobre sus caderas, preparadas para estirarse y abarcar su magnífico culo.

—Me alegra ver que ha vuelto tu yo presuntuoso —ironizó con un mohín—. Y no, es que Ferrán me ha contado que en la boda hicieron lo del rito del hilo rojo... y por alguna razón esa leyenda me ha hecho pensar en ti y en mí —estudió mi expresión de que me estuviera hablando de aquellas movidas que hacía en el laboratorio para la tesis. En puto chino, quiero decir—. Aunque obviamente tú no tienes ni idea de a qué me refiero —puso los ojos en blanco y se apartó para coger el iPad.

Buscó algo en él y, cediéndomelo, me instó a leer un texto que se titulaba “La leyenda del hilo rojo”.

Cuenta una leyenda oriental que las personas destinadas a conocerse tienen un hilo rojo atado en sus dedos. Este hilo nunca desaparece y permanece constantemente atado, a pesar del tiempo y la distancia. No importa lo que tardes en conocer a esa persona, ni importa el tiempo que pases sin verla, ni siquiera importa si vives en la otra punta del mundo: el hilo se estirará hasta el infinito pero nunca se romperá.

Aquello —que por supuesto yo no había oído en mi vida—, me habría parecido otra chorrada para camelarte a una romántica y que te dejase ponerla mirando precisamente a Oriente, si no fuera por la mirada con la que me topé al apartar la mía de la pantalla. Lucía me observaba como si de verdad creyera que estábamos unidos de alguna manera que nos haría volver a encontrarnos siempre.

Joder, en otra vida debí ser el erradicador del hambre en algún país de mierda para que esa mujer se hubiera enamorado de mí.

—Nena, esto es tan tú, que hasta te pegaría el color del hilo con los labios —bromeé antes de besarla para que supiera que de verdad me enternecía que siguiera viendo el mundo a través de sus gafas arcoíris—. Pero no me has distraído lo suficiente como para que me olvide de Ferrán y lo que lo ha traído aquí —le recordé dejando mis manos caer, y agarrándome a la mesa impaciente.

—Ya te he dicho que no tiene importancia —insistió, demostrándome todo lo contrario.

—Lucía... —la reprendí levantándole la barbilla.

—Ferrán trabaja para una productora —aclaró para que lo que iba a decir a continuación tuviera lógica para mí—. Me ha pedido que me encargue del vestuario de una miniserie —confesó encogiéndose de hombros como si lo que acabase de decir fuera una nimiedad.

—¿Y por qué se supone que no vas a aceptarlo? —inquirí sin entender por qué lo había descartado sabiendo lo importante que podía ser para su carrera.

—Porque implicaría irme unos dos meses fuera... y tengo un negocio que mantener —se excusó sin ser ni medianamente convincente.

—Un negocio que no has tenido inconveniente en manejar desde casa cuando has decidido quedarte por mí —le repliqué sabiendo exactamente dónde iba a estar la clave para negarse—, y del que Vanesa podría hacerse cargo mientras tú mandases regularmente esos dossieres tan minuciosos que te he visto preparar mil veces —añadí sin dejar de presionarla con firmeza.

Sabía de sobra que Lucía no se tomaba a la ligera su trabajo. Que era de esas personas que si hacen algo, lo hacen bien, y si no, no lo hacen. Pero resulta que también sabía que, organizándose, su negocio podía permitirle licencias que otros no teníamos, y una de ellas era la absoluta libertad de horarios. ¡Por el amor de Dios! No iba a aceptar por mí, y el estudio era solo el escudo detrás del que se escondía.

—No vas a rechazar ese trabajo, Lucía.

Crucé los brazos a la altura del pecho para mantener a raya el enfado que pugnaba por salir.

—Perdona, creo que has pensado que estás hablando con otra persona, y me acabas de dar una orden —contraatacó con arrogancia imitando mi pose—. Si vamos a someter a votación mis decisiones laborales, quizá quieras hacer lo mismo con las tuyas —sugirió irguiéndose y dedicándole una mirada cargada de intención a la ilustración que colgaba en su pared.

—No es lo mismo —me defendí relajando la postura—. Y lo que quería decir, es que no puedes rechazar ese trabajo por mí.

—Lo estoy haciendo por mí, no por ti —se acercó para entrelazar los dedos de ambas manos con los míos—. No me perdonaría estar lejos cuando pase, y puede que dos meses...

—Puede que dos meses sean demasiado tiempo —terminé su frase llevando nuestras manos a su espalda para atraerla contra mí—. No quiero ser quien te impida realizar tus sueños. No puedo ser tu ancla.

La besé en la cabeza, liberando sus brazos de la postura que claramente era incómoda para ella, y los enroscó alrededor de mi cintura.

—Esto va a sonar jodidamente petulante —reconoció estirándose para poder mirarme—, pero si Ferrán de verdad cree que soy tan buena en lo que hago como ha dicho, y ambos sabemos que lo soy —apostilló orgullosa de lo lejos que la había llevado su esfuerzo—, habrá otros trabajos después de este —una de sus palmas ascendió hasta apoyarse sobre mi esternón—. No eres mi ancla. Esto —señaló dando unos golpecitos sobre pecho—. Esto es mi motor.

—Supongo que no te voy a convencer —asumí dejando que el egoísta que llevaba dentro y la quería a mi lado ganase la partida.

Que hacer cambiar de opinión a Lucía no es fácil, es *vox populi*. Por eso, en cuanto me despedí de ella, saqué el móvil para pedirle ayuda a una de las pocas personas a las que por lo menos escucharía, sintiendo que así me redimía por no haber insistido hasta persuadirla.

«Tengo que pedirte un favor»

«Perfecto, porque yo también tengo algo que pedirte y así no podrás negarte»

Viniendo de Adriana, aquello podía dar bastante miedo.

«Habla con ella. Intenta convencerla de que se plantee la posibilidad de aceptar un trabajo que le ha ofrecido el marido de Grace. No debería dejarlo pasar»

«No se va a largar dos meses a ninguna parte tal y como están las cosas. Si te hace sentir mejor, lo hace básicamente por ella, y ni yo ni su propia conciencia le permitiremos cambiar de opinión. No se lo perdonaría jamás si...»

Me cago en esa puta sintonía en la que parecían estar siempre. A veces hablar con alguna de ellas sobre la otra era realmente exasperante.

«Cómo sabes de qué va el tema si ha pasado hace media hora y ha estado todo ese tiempo conmigo?? Por cierto, has resultado una ayudante bastante lamentable»

«Te conoce demasiado. Me ha avisado de lo que harías en cuanto has salido por la puerta del despacho»

Casi podía verla disfrutando de cada una de aquellas palabras con su habitual posición por encima del bien y del mal.

«Mi turno. Necesito que me ayudes a llevarme mis cosas de casa de Javi. Creo que sería un poco feo pedirselo a Rubén. Además, espero que esté empleando todo su tiempo en zumbarse a Vanesa y hacerla entrar en razón a base de polvos»

¡¿Cómo?! Jodida Adriana...

Sentí la tentación de despollarme por sus buenos deseos en torno a las habilidades de persuasión de Rubén, pero enseguida me centré en la primera parte del mensaje, y todos mis instintos asesinos afloraron.

—Si llego a saber que preferías escuchar mi voz mientras te lo pedía, te habría mandado un audio —dijo con sorna nada más descolgar—. Eres un romántico, Jorgito.

—Dime que Lucía sabe que has dejado o vas a dejar a Javi —exigí con los dientes tan apretados que mi voz salió acompañada de un silbido amenazador.

—Obviamente... NO —contestó sin ni un ápice de arrepentimiento—. Ahora mismo no necesita saberlo.

—¡¿Queréis dejar de joderme con vuestros putos secretos?! —rugí con ganas de matarla.

—Relájate, reina del drama —recomendó con un timbre que me cabreó más todavía—. Mañana te compro unas plataformas y una peluca nuevas para compensar.

—Adriana...

Ni yo sabía si la amenazaba, le advertía, o simplemente esperaba que si repetía su nombre el número indicado de veces se me apareciera a lo María la Paralítica, pero para ser yo quien acabase con ella.

—Sí, sí, ya lo sé —le quitó importancia con demasiada despreocupación—. Si me tuvieras delante, me darías una hostia que no me la acabaría en tres días —concedió, y tuve que reconocer que me costaría no estrangularla—. Por eso mismo te lo he soltado por teléfono —pude sentir que sonreía al otro lado—. Entonces, ¿me vas a ayudar o no?

—¡Pues claro que te voy a ayudar! —gruñí retirándome frustrado el pelo de la frente—. Pero tienes que decírselo.

—No pienso decírselo. No es el momento —reiteró demostrándome que era igual de terca que su amiga—. ¿Vas a ayudarme de todos modos? Puedes decir que no...

—Sabes que no puedo decir que no, por eso me lo has pedido —me dejé caer en el asiento del coche—. Solo hay una cosa por la que se enfadaría más conmigo que por mentirme, y eso sería si no me ocupase de la maldita manipuladora de su mejor amiga —cerré la puerta con demasiado ímpetu y arranqué, evidenciando mis ganas de acabar con esa conversación cuanto antes.

—Sé que no es imbécil y se acabará enterando —reconoció dejando de lado cualquier tipo de ironía o burla—. Se lo contaré antes de que eso pase.

—Tienes tres días —ofrecí sin demasiado agrado—. Si en ese tiempo no lo has hecho, yo mismo se lo contaré.

—Pero tres días no son suficientes para...

—Tres días desde hoy mismo, Adriana —la corté sin ninguna delicadeza antes de colgar.

No, definitivamente el jodido mundo no parecía tener intención de darme un puñetero respiro.

Hacia varios días que Jorge estaba más relajado, y nuestra vida, aunque supeditada a lo que irremediablemente sucedería, se estaba regularizando.

La situación hacía que tuviéramos poco tiempo como pareja, pero nunca se me ocurriría quejarme por ello. Rori era la prioridad absoluta para Jorge, y mi cartera de clientes había aumentado lo suficiente, como para mantenerme ocupada durante más horas de las que marcaría una jornada laboral común y corriente si así me lo proponía.

Aquello, el verme horas y horas sumergida estudiando colecciones o ideando apariencias, me hacía recordar mis comienzos. Cuando no tenía ni idea de lo que me traía entre manos, pero la ilusión de emprender esa aventura compensaba las noches de desvelo, las duras mañanas en la empresa en la que trabajé apenas unos meses tras la tesis, o las tardes intentando meter la cabeza en un mundo que para mí era totalmente desconocido aunque apasionante.

Ahora tenía la ventaja de los contactos, la experiencia, y un buen número de éxitos a mi espalda que me iban creando un nombre dentro del mundillo. Como los elogios que había recibido el estilismo que Grace había lucido en la gala de los Goya apenas unos días atrás.

Su aparición con un vestido dorado de Steven Kahlil con abundante escote y una amplia abertura sobre la pierna izquierda había sido el blanco de muchos flases, y ella se encargó de pregonar con orgullo que su look al completo —zapatos de House of CB y *cluch* de Yliana Yopez incluidos—, había sido obra de la talentosa Lucía Montaner.

Su descaro me había proporcionado una publicidad impresionante. Las visitas al blog se habían disparado, y hasta había hecho una entrevista para una revista bastante conocida.

La parte negativa era que, todo ese frenesí de trabajo —por muy deseado que fuera—, y mi afán por facilitar la vida de Jorge, me tenían hecha polvo. Si a eso le añadimos que él había dejado de dormir como un oso en plena hibernación, el resultado era que nos habíamos cambiado los roles de despertadora y despertado.

La mañana no había podido empezar mejor. Mientras intentaba explicarle que no podía perder tiempo porque tenía una cita a primera hora en el estudio, él hacía oídos sordos a mis quejas, quitándose su vieja camiseta con decisión, y deslizándose mis braguitas de algodón hasta hacerme levantar los pies para sacármelas.

Después de deshacerse de su bóxer —que era la única prenda con la que dormía, para joderme cualquier posibilidad de no acabar cachonda perdida en cuanto se metía en la cama—, me había arrastrado a la ducha.

Tras haber dedicado unos gloriosos momentos de atenciones a mi entrepierna con sus largos dedos, a unos cuantos lametazos, mordiscos y succiones sobre mis pezones, y algún que otro beso enfebrecido que me magulló los labios deliciosamente, me levantó contra la pared. Acomodándose entre mis piernas, me había embestido sin piedad, con la cabeza enterrada en mi cuello, diciéndome todas las cosas que me haría si no fuéramos a contra reloj.

Ni fue tierno, ni cuidadoso, ni mucho menos paciente, pero fue el puto mejor despertar que habíamos tenido los dos en demasiado tiempo.

Al terminar, y todavía dentro de mí, me había apartado el pelo mojado que se me pegaba a la cara y, con una sonrisa que echaba tanto de menos como la posibilidad de hacer aquello más a menudo, me había dicho “Buenos días, nena”, a lo que yo le había respondido “Buenos días, nene” juntado nuestros labios para inaugurar de forma definitiva la mañana.

Mientras me subía una media deslizándola por mi pantorrilla, con el pie subido a la cama y con su pareja ya puesta, pasó por detrás dándome un azote cariñoso sin apartar la mirada del móvil.

La música empezó a sonar cuando intentaba subirme sin éxito la cremallera del vestido, y él, besándome la nuca, apartó mis manos para hacer el trabajo.

—*Porque sí. Porque te pones tan presumida... Es que me vas a arruinar la vida...* —susurró la letra de Sidecars en mi oído, atrapando mi lóbulo con los dientes, haciendo que se me erizase todo el cuerpo y se me escapase un jadeo.

Como normalmente le ponía alguna canción por las mañanas, un día me obligó a crear una lista colaborativa en Spotify con todas las que habíamos compartido. De esa manera, además de tener nuestra propia banda sonora a mano, los dos podríamos incluir canciones en ella. En cuanto llegase al estudio, incorporaría *Fan de ti* al repertorio.

Terminé de arreglarme a toda prisa. Las piernas todavía me temblaban por el recuerdo de sus manos deslizándose desde el final de la cremallera hasta cubrir mis pechos, antes de dejar un beso húmedo en mi cuello y separarse con un suspiro lastimero. En cuanto me había vuelto, había descubierto que en su rostro —y en el difícilmente ignorable bulto bajo sus vaqueros—, había muchas emociones enjauladas, y ninguna de ellas era lástima.

—Como creo que te he hecho perder un poco de tiempo —dijo con esa entonación sobrada que adoraba, cogiendo unas gafas de sol y colgándose del pecho con su chulería natural—, me ofrezco a llevarte al estudio.

Estiré la mano para agarrarlo por la cintura del pantalón y tirar de él para aproximarle a mí. Se le escapó una carcajada por mi brusco movimiento, y tuve que echar hacia atrás la cabeza para poder mirarle a los ojos.

—Si cada vez que vayas a hacerme perder el tiempo piensas arrinconarme en la ducha, y luego acecharme y provocarme como si fuera la presa que estás esperando poder devorar... —colé ambas manos bajo su grueso jersey de lana y aparté la camiseta lo suficiente para acariciar el vello sobre su estómago—, puede que desee perder el tiempo muy —me puse de puntillas para darle un beso—, muy a menudo.

A regañadientes, salimos a través del jardín hacia la cochera, y emprendimos el camino ignorándonos para no empeorar la atmosfera sexual que nos rodeaba.

—¿Has hablado con Adri? —preguntó sin apartar la mirada de la calzada mientras yo actualizaba la lista “Nuestras canciones”.

—¿De algo en concreto? —le devolví la pregunta extrañada.

Sabía de sobra que Adri y yo estábamos constantemente escribiéndonos *wasaps* para contarnos o consultarnos hasta la cosa más estúpida que hacíamos.

—Supongo que no —negó con la cabeza, y si no creyese que era absurdo, habría jurado que estaba molesto.

Aprovechando que ese era el día de descanso del restaurante, le escribí un mensaje para comer juntas, retransmitiéndole mis intenciones a un Jorge que se movía inquieto tras el volante.

No tardó en contestar, pero para pedirme que mejor lo dejásemos para otro día.

—Vaya, parece que no se encuentra bien —comenté al leer su respuesta—. Pero dice que no hace falta que me pase a verla, que cree que solo necesita descansar.

Jorge frunció el ceño. Cuando estaba decidida sonsacarle qué lo estaba poniendo de tan mal humor, detuvo el coche en doble fila delante del estudio.

—Gracias por traerme —agradecí deshaciéndome del cinturón de seguridad y estirándome para dejar un beso más largo e intenso de lo que se esperaba.

—Joder, creo que debería traerte a trabajar todos los días —murmuró contra mi boca—. Espera. Bajo contigo —aclaró apagando el contacto y saliendo del vehículo

antes de que a mí me hubiera dado tiempo a abrir la puerta.

Entramos en la recepción, y no me sorprendió ver a Jimena esperando en uno de los sillones. Ella era mi cita de primera hora.

Como podríamos definirla como la típica “Culo veo. Culo quiero” —y mal no le vendría querer otro, porque el suyo podía clasificarse como carpeta ligeramente combada por la humedad—, en cuanto se enteró de que Alina recurría a mí para comprarse ropa, le faltó tiempo para contratarme. Esa era la peor parte de mi trabajo —en realidad, del de cualquiera—, tener que mostrarte amable y solícita con personas a las que les deseabas una almorraña tipo Vesubio en erupción.

Jorge fue directo a la mesa de Vanesa mientras yo me quedaba parada a unos cuantos pasos de ellos, viendo cómo la irritante amiga de Ali no le quitaba ojo de encima a mi extrañamente malhumorado chico.

Mientras él se inclinaba sobre la mesa de Van para escribir una nota, que luego metió en un sobre que ella le facilitó, Jimena no dejaba de ladearse para tener una mejor visión de su trasero. Como hipnotizada por el poder de aquel culo —y eso que ella no sabía el gustirrinín que daba clavarle las uñas mientras Jorge te follaba—, no pareció darse cuenta de que se movía demasiado al límite del borde del tresillo, hasta que aterrizó sobre el suelo de parquet con un tremendo estruendo.

Si Dios existe, definitivamente ese día yo era su persona favorita.

Tuve que morderme tanto los carrillos para no descojonarme en su cara, que acabé haciéndome sangre, y aún así, algunas lágrimas brotaron en mis ojos ante semejante encontronazo de la chica con el karma. Alégrate, mejor el parquet que mi mano abierta, pensé antes de reaccionar para ayudarla.

—¿Estás bien? —cuestioné ofreciéndole ayuda al tiempo que se levantaba avergonzada con tres pares de ojos observándola.

Asintió sin ni siquiera encontrar la manera de justificar el guarrazo que acababa de llevarse, y se disculpó para ir al cuarto de baño, seguramente para ver si su dignidad de había escondido en él.

—Nena, tengo que pedirte un favor —dijo Jorge llamando mi atención.

—Lo que quieras —aseguré con una sonrisa que me partía la cara en dos—. Tu culo acaba de darme una gran alegría, así que pide por esa boquita.

—¿Me estabas mirando el culo en plan adolescente cachonda? —levantó una ceja arrogante, estirando la mano para palpar el mío.

Al menos había conseguido que se le quitase la cara de llevar una chincheta clavada en un huevo...

—Yo no. La amiga de tu hermana —cabeceé señalando la puerta del servicio—. Hasta se ha tirado al suelo para hacerte las correspondientes alabanzas —añadí con malicia ganándome un cachete—. ¿Qué necesitas?

—¿Podrías entregar esto cuando salgas a comer? —solicitó mostrándome el sobre cerrado.

Asentí con bastante curiosidad por saber qué habría escrito en la nota de dentro, y él, con todo su descaro, lo metió en mi escote guiñándome el ojo.

¡Venga ya! Era un cabrón demasiado consciente del efecto que producía. Si no hubiéramos tenido compañía, lo habría empujado sobre la mesa de Vanesa y encaramándome sobre él... ¡Afloja, hormona andante!, frené mi libido desbocado.

—Te mando la dirección en un mensaje —señaló antes de darme un fugaz beso en la boca y despedirse con la mano de Vanesa, colocándose las gafas a lo anuncio de perfume caro.

Lo miré irse embobada, sonriendo porque alguien por ahí arriba realmente debía quererme para que esos ochenta kilos de tentación durmieran a mi lado cada noche, y porque iba a tener que cambiarme la ropa interior antes de atender a Jimena.

La mañana pasó más rápido de lo que esperaba y, casi sin darme cuenta, me encontré cogiendo el bolso y el abrigo para cumplir con el encargo de Jorge.

Era algo temprano para salir a comer, pero había un sol espléndido, y caminar un poco aprovechando el buen día me cargaría las pilas.

—¿Vienes o tienes planes? —paré delante de la mesa de Vanesa asegurándome de llevar el sobre en el bolso.

—Tengo planes —contestó sin levantar la cabeza de la pantalla del ordenador.

Eso, en el planeta de los que conocemos demasiado bien el lenguaje corporal de Ricitos de Oro, significa: estoy ocultando algo. Me bastó el tono rojo carmesí de su cara al completo para saber que el algo que ocultaba tenía nombre, y venía envuelto en un elegante traje de chaqueta y maletín de abogado eficiente a juego.

—¿Vas a comer con Rubén?

—Ajam.

Sus ojos seguían clavados en su iMac, de manera que me senté sobre el borde de su escritorio para dejar claro que no me movería hasta obtener la información completa.

—Últimamente coméis juntos muy a menudo...

—Ajam.

Nada parecía quebrantar su voluntad de ignorarme, así que probé con el ataque directo.

—¿Te estás acostando con él? —su mirada indignada me taladró, evidenciando que la respuesta a eso era NO—. ¿Puedo preguntar por qué no?

—No —gruñó.

Yo respondí con un gesto impaciente de la mano, pidiéndole que nos ahorrásemos toda la parte en la que yo la sacaba tanto de quicio que al final acababa soltándolo todo, e, inmediatamente después, deseando que me pusieran el culo como la bandera de Japón, con su típico “Que te peten”.

—¿Qué pretendes demostrar? —inquirí realmente interesada, sabiendo que estaba al límite.

—¿Qué no soy una furcia que cambia de novio como de bragas? —escupió apretando los puños sobre la mesa.

—Me voy a ahorrar la parte en la que intento convencerte de que tienes de furcia lo mismito que el agua de la Malvarrosa de limpia —me acomodé para soltar un discurso—. ¿No será mejor ser una furcia que se compra unas bragas que le gustan más de lo que quiere admitir, pero que tiene tanto miedo de que le salgan pelotillas, que solo se atreve a miraras desde fuera del escaparate, que ser una furcia que mandó unas bragas a la tintorería, unas que, entre tú y yo, eran suaves y amorosas con tu delicado culito, pero no te hacían las mismas cosquillitas entre las piernas al andar que sabes que te harán las del escaparate?

—Creo que me he perdido entre tanta braga y eso que no estamos en un mercadillo... —se dejó caer contra el respaldo de la silla, preparada para escucharme—. Deja de llamarme furcia y suéltalo.

—Mira, Van, eres mayorcita para saber lo que haces y lo que quieres, pero creo que te has olvidado de que nadie tiene derecho a juzgarte por las decisiones que tomes —alargué la mano para coger la suya—. Al final del día, la única opinión que debe importarte es la tuya. Ni la mía, ni la de Rodri, ni la de Rubén. Nadie más que tú tiene derecho a pedirte cuentas —asintió dándome un apretón de agradecimiento—. A ti misma será a la única persona que vas a tener que soportar, sí o sí, hasta el último de tus días, así que preocúpate de hacerte feliz —por la expresión que tenía, estaba segura de que al menos estaba haciendo que pensase en ello—. A ti misma es a la primera persona que le debes fidelidad. A los demás solo les debes respeto —no quería que malinterpretara mis palabras pensando que la empujaba a traicionar una relación que, a decir verdad, ni siquiera sabía si seguía manteniéndose después de que Rodri se fuera, por eso me apresuré a seguir—. Sé siempre fiel a lo que quieres y a lo que sientes —solté su mano para levantarme y dejarla sola para que aclarase sus ideas—. Si quieres luchar por lo tuyo con el *petit*, pelea por ello hasta el final. Si sale

mal, al menos te sentirás orgullosa de haberlo intentado —sonreí colocándome bien el bolso—. Si quieres probar con Rubén, lánzate a por ello. Porque caigas donde caigas, estoy segura que mientras vuelas, el viaje merecerá la pena —caminé hacia la puerta, pero, en el último momento, decidí recurrir un poco a la sabiduría de Herminia—. Si lo que quieres es vivir, pero vivir de verdad, ni te olvides, ni te niegues a amar y soñar.

Realmente extrañaba pasear por mi ciudad. Valencia se había convertido en mi hogar, y hacía años que me movía por aquellas calles con total familiaridad, pero cuando de verdad ponía atención, no dejaba de maravillarme como si fuera una recién llegada.

Llevaba unas semanas bastante estresantes, y ni me había dado cuenta de cuánto hacía que no me permitía simplemente caminar con la mente en blanco. Del tiempo que había transcurrido desde la última vez que me concedí un descanso.

Antes de que Nora se fuera, solíamos ir al centro paseando a menudo. Atravesábamos el Puente de las Flores, avanzábamos por la calle Sorní, y en pocos minutos — porque lo nuestro más que pasear era hacer marcha atlética—, nos plantábamos en Colón listas para esquivar gente.

Dando un paso tras otro, eché de menos su sonrisa, pero no pude evitar que en mi cara surgiera una al pensar en que, si estuviera conmigo, me diría con su habitual lenguaje silencioso, que lo estaba haciendo bien.

Revisé una vez más la dirección que me había enviado Jorge, y decidí que la ruta más corta era a través de la Plaza del Ayuntamiento.

Llegar allí me trajo grandes recuerdos. No solo de la vocecilla de mamá quejándose siempre de los árboles que había a su alrededor —y que, según ella, no dejaban disfrutar de la bonita arquitectura de los edificios que la flanqueaban—, sino de cómo se llenaba de vida en Fallas. Quedaba menos de un mes para que llegasen, pero estaba tristemente segura de que ese año no las viviría como los demás. Al menos tú las “vivirás” seguro, Rori... me reprendí por mi queja.

Mientras avanzaba por una estrecha calle que me llevaría a una placita cerca de la que estaba mi objetivo, no podía apartar de mi cabeza lo vivido otros años. El situarnos al lado del edificio de correos para ver las mascletás. O más bien para sentir las. Para notar el suelo temblar bajo nuestros pies. El corazón palpar desbocado mientras creíamos que los tímpanos iban a estallarnos.

¿Que por qué pensaba en eso en aquel momento? Porque la euforia que me invadía cuando había acabado, la adrenalina que fluía por todo mi cuerpo haciéndome sentir capaz incluso de volar, era justo el chute de energía que necesitaba.

Mentiría si dijera que ver a Jorge intentando sobreponerse los primeros días después de todo lo que sucedió no fue duro. Mentiría aún más si me atreviera siquiera a ignorar que, en ciertos momentos, creí que la situación me superaba, que no encontraría la manera de hacer algo por él. Y definitivamente sería un total y absoluto fraude en lo que a sinceridad se refiere, si no reconociera que estaba aterrada, porque sabía que, ni de lejos, cualquiera de esos momentos iba a ser lo peor que nos iba a tocar vivir.

Cuando me acerqué al número que buscaba, un repartidor con un paquete de Privalia me ahorró el trabajo de llamar al telefonillo. Tras lo que pareció una voz lejana y casi inaudible, el mensajero habló decidido.

—Traigo un paquete para...

El pitido que indicaba que estaban abriendo impidió que terminase la frase.

Entró y le seguí. Haciendo alarde de lo educadita que era cuando quería, le sujeté la puerta del ascensor para que pasase y, tras pulsar el botón del cuarto piso, le miré con una sonrisa.

—¿A qué piso va?

—Al mismo —soltó sin prestarme ni la más mínima atención.

Capullo.

Por supuesto no me molesté en intentar ayudarlo al llegar a la cuarta planta, y me tocó mantenerme en un segundo plano —o más bien en un lateral—, cuando llamó a la misma vivienda en la que yo debía entregar el sobre.

La puerta se abrió, y por ella surgieron una chica sonriente con un maravilloso y sano aspecto, y una corriente que se llevó de un plumazo mi fantasía de que podía tener unos minutos de paz mental.

—¿Adriana Arranz? —la interrogó el mensajero mientras los ojos de Adri se posaban en mi y su expresión cambiaba de inmediato.

—¡Será cabrón! —gruñó sin apartar la mirada de la mía—. No, no. Usted no —se apresuró a aclarar centrando su atención en el hombre que se había puesto tenso al instante—. Yo soy Adriana Arranz —estiró las manos para recoger el paquete y firmar rápidamente la entrega—. Pasa —me invitó en cuanto el hombre dejó espacio suficiente.

Entré en un apartamento pequeño pero acogedor. Había algunas cajas esparcidas por el salón, y por si todavía hubiera algo que me hiciera pensar que mi amiga no vivía allí, una foto de las dos el día que firmamos la compra del local para el restaurante me sacó de cualquier duda.

—Jorge me ha pedido que viniera a esta dirección a entregar esto —saqué el sobre del bolso mostrándoselo tan desconcertada como enfadada—, pero imagino que lo que haya escrito no irá dirigido a ti.

Rasgué el lateral para hacerme con la nota, mientras Adriana me regalaba un asentimiento desdeñoso evidenciando que estaba igual de contenta que yo con aquel encuentro.

Lo siento, nena. Tenías que saberlo.

—Le prometí que te lo contaría —dijo mostrándose impaciente y molesta—. Se supone que debías enterarte por mí.

—Tienes un minuto para decir algo lo suficientemente bueno como para convencerme de que me quede a escuchar tus explicaciones —le advertí tirando el sobre y la nota sobre la mesa y cruzándome de brazos con hostilidad—, porque si salgo por esa puerta, habré dejado de confiar en ti.

Todos sus músculos se tensaron y su cuerpo se estiró al darse cuenta de que no eran palabras vacías. Ella mejor que nadie sabía que mi confianza no era lo único que iba a perder si no me demostraba que había vuelto a ocultarme algo de esa magnitud por una buena razón.

—¡Es un jodido bocazas!

—Cuarenta segundos y hasta ahora solo has conseguido empeorarlo —dije con tono amenazante.

Me miró con desconfianza, pero me recoliqué el bolso dispuesta a irme, o al menos a aparentar que iba a hacerlo. Rindiéndose, se justificó.

—Tú tenías que seguir creyendo que el amor lo puede todo —reconoció adoptando una actitud sumisa—. Ahora más que nunca debías confiar en que es así.

—¿Perdona? —me mostré confusa apoyándome en la pared y dejando claro que había ganado algo de tiempo para que la escuchase—. No me utilices como una maldita excusa.

—He dejado a Javi y creo que es obvio que vivo aquí —declaró por fin.

Asentí ante la evidencia frunciendo el ceño con impaciencia.

—Esa información llega tarde y no es suficiente.

—No te cabrees con Jorge —pidió mostrando humildad por primera vez desde que había llegado—. Desde el minuto cero me exigió que te lo contase, pero le he ido dando largas —su gesto dejaba claro que había sido insistente—, y creo que, en el fondo, él tampoco quería darte otra preocupación más. Imagino que al final se le ha acabado la paciencia.

Estar teniendo una conversación tan fría y distante con ella me destrozaba casi más que la revelación de su engaño.

—¿Por qué él lo sabía?

—Porque alguien tenía que ayudarme con la mudanza, y pedirle ayuda a Vanesa habría sido como contártelo directamente a ti —reconoció sabiendo que a Vanesa la habría pillado mintiéndome a la primera de cambio.

—¿Por qué yo no?

—Ya te lo he dicho, porque creí que con todo lo que está pasando, lo que menos necesitabas era ver que una relación aparentemente idílica —esa forma de calificarla era algo por lo que preguntaría más adelante—, no es capaz de superar tiempos difíciles. Tú eres de purpurina, arcoiris y toda esa mierda. Tenías que seguir creyendo en eso.

Aunque aceptaba sus palabras, también la conocía lo suficiente para saber que había algo más, y saber que seguía escondiendo algo aumentó mi cabreo.

—No te engañes —reí con ironía—. No lo has hecho por mí. Lo has hecho por ti.

—Eso es absurdo —se defendió ofendida.

—Lo que es absurdo, es pensar que porque tú y Javi os hayáis separado, voy a creer que Jorge y yo no seremos capaces de superar toda la basura que nos va a caer encima —rugí enfurecida—. Créeme que me basto y me sobro con mis propias dudas —admití sabiendo que sería duro—. Lo que es absurdo, es que quieras protegerme de la verdad como si fuera una niña tonta y débil que no supiera que la vida, o el amor, no son ni justos ni eternos —levanté un dedo con gesto amenazador—. Lo que me cabrea, ni siquiera es que, una vez más, me hayas excluido, escondiéndome algo importante e impidiendo que te apoye en un momento que dudo que haya sido agradable —cabeceé decepcionada porque imaginase que solo ella quería protegerme y no supiera que era una necesidad mutua—. Lo que realmente me cabrea, es que me conoces lo suficiente como para saber que, si ahora mismo necesito algo de ti, no es tu puta compasión —sus ojos se abrieron alarmados, mostrándome que no se lo había planteado de esa manera—. Lo que necesito es que me veas tan fuerte y decidida como intento verme yo —me golpeé el pecho con vehemencia—. Que creas de verdad que puedo con todo, como intento repetirme cada condenado día. Porque no sé lo que pasará —me incorporé gesticulando descontrolada—. No sé si de aquí a unos meses, o unos años, Jorge y yo seguiremos juntos. Por Rori o por cualquier otra cosa. Pero lo que sí sé es que lucharé por nosotros hasta que siga viendo en sus ojos que merece la pena.

Casi sin querer, los míos se llenaron de lágrimas por la rabia, pero no me permití derramar ni una.

—Claro que creo que eres fuerte como para sobreponerte a cualquier cosa —protestó con seguridad—. Pero joder, sé que querías que las cosas funcionasen entre nosotros y yo...

—Una vez más, y asegúrate de ser sincera con las dos —la entonación de aviso no dejaba lugar a dudas—. ¿Por qué no me habías contado que ya no estás con Javi y que te has mudado?

—Porque de verdad quería que siguieras creyendo en los por siempre jamás, las pérdidas, y todas esas mierdas que te hacen encantadoramente ñoña —insistió recuperando algo de su habitual suficiencia, y con una leve sonrisa por la burla.

—¿Y qué más? —la azucé obligándola a reconocer lo que yo y ya sabía, porque como le pasaba a ella conmigo, no necesitaba sus palabras para interpretarla.

—Y porque... —agachó la mirada en un gesto tan poco común en ella, que por un momento pensé en no empujarla a hablar—. ¡Porque tú parecías encantada con la versión de la Adriana enamorada, como si fuera mejor desde que Javi entró en mi vida!

—Ven aquí, que el día que se ponga de moda ser imbécil, no vas a saber qué cojones hacer con tanta fama —exigí abriendo los brazos, y pese a sus conocidas reticencias a lo de los gestos cariñosos, se acercó para que la abrazase—. Escúchame bien, porque puede que sea la única vez en la vida en la que sea yo la que te dé una lección —dije apartándola y sujetándola con firmeza por los hombros—. Con lo que estaba encantada era con verte feliz. Siempre ha sido así y siempre lo será —rodó los ojos fingiendo que aquello le aburría, volviendo a ser un poco más ella con su impertinencia—. No eras mejor por estar con Javi, eres mejor por abrirte a experimentar cosas que te han hecho sentir de verdad —abrió la boca, pero la detuve antes de que me replicase—. Que no haya salido bien, no quiere decir que fuera un error. A veces, seguir el camino equivocado, es lo único que nos lleva a ver con claridad el lugar exacto al que queremos llegar.

—Madre mía, Coelho —dijo llevándose las manos al pecho con sorna—. Vas a hacer que se me salten las lagrimillas.

Si en algún momento pensé que iba a tener que consolarla, darle ánimos, o aparecer con una botella de Jager por la ruptura, estaba francamente equivocada. Se la veía muy cómoda en su renovado status de soltera. No había perdido ni un ápice de su sarcasmo.

—Las lágrimas no sé, pero si te doy el guantazo que te mereces, igual sí que te salto un par de dientes por estúpida —entrecerré los ojos y le enseñé mi dedo corazón.

—Nena, ahora mismo estoy sin blanca —afirmó paseando la mirada por su nuevo domicilio—. No creo que dé muy buena imagen para el restaurante salir a saludar a los clientes sin los dos paletos, así que espérate a que el negocio me haga rica, y la imbecilidad famosa, para que tenga pasta y pueda arreglármelos. Total, voy a seguir cabreándote igual... —se encogió de hombros y cualquier resto de enfado que quedase en mí se disolvió al volver a tener frente a mí a la zorrita sabionda de siempre.

—Así que rica y famosa... —abrí mucho los ojos con sorna—. Espero que te acuerdes de las amigas cuando eso pase.

—¡Por supuesto! —exclamó demasiado convencida—. Tanto, que llamaré a mis dos caniches Lucía y Vanesa.

Se descojonó en mi cara, y no reprimí las ganas de darle un tirón de pelo.

—Mala perra.

—Sí, sí. Eso he dicho, que voy a tener una perra que se llame Lucía y otra Vanesa —siguió riéndose a mandíbula batiente.

—Pues nada, cuando se te salgan los billetes hasta por el agujero del culo, ya me prestarás algo para adoptar a una zorra —respondí para devolvérsela—. Ya me veo sacando a mi Adri a hacer sus necesidades.

—Buuu qué poco original. Copiar gracias no te pega nada —me aparté desairándome—. Y por cierto, hablando de culos, ¿Jorge ya te lo ha inaugurado?

Sí, definitivamente tenía de vuelta a la Adriana de siempre, porque solo ella es capaz de empezar una conversación con un tema complicado, y terminar reconduciéndola a mi vida sexual.

—¡Joder, Adri! Tienes un problema... —me la quité de delante con un empujón—. No pienso hablar contigo de eso.

—Pues ya me dirás tú qué diferencia hay entre contarme que Jorge te la ha metido por un agujero o por otro —protestó tirando de mi bolso para quitármelo y evidenciar que no iba a salir de allí hasta que ella quisiera.

—Eres un poquito burra, reina —la acusé—. Además, eso ha sonado como si hubiera probado hasta a metérmela por la nariz.

Chupándose el dedo índice, lo estiró sin que me diera tiempo a apartarme, metiéndolo en mi oreja.

—¿A qué suena una pilila mojada? —rio moviéndolo.

—¡Quita, cerda! —la aparté de un manotazo—. ¡Qué asco me ha dado, coño! —me agité teatralmente—. Oye, no me puedo creer que hayas dicho pilila —me reí ante el absurdo de que alguien que hablaba incluso peor que yo usase esa palabra.

—Uf, no sé. Es que polla o rabo... hasta pene sonaba como algo demasiado contundente para desvirgar tu diminuta orejilla —se burló y, pasándome el brazo sobre los hombros tiró de mí hasta apoyarme en ella—. Vamos, acompáñame mientras preparo la comida. Supongo que todavía hay cosas que quiero contarte.

Mientras Adriana cocinaba y yo recordaba por qué jamás me arrepentiría de haber abierto un restaurante con ella, Pepito Grillo volvió a hacer de las suyas hasta darme de bruces con la realidad. Porque, si hay una gran verdad sobre una pareja, es que solo las personas que la forman conocen lo que realmente pasa entre ellos.

Porque por mucho que yo quiera creer que el amor verdadero es para toda la vida, hay amores que son tan intensos, sinceros, y reales, como lo que yo llamaría el amor de mi vida, pero solo son capaces de sobrevivir un tiempo. Y ni un solo minuto de ese tiempo ha pasado para nada.

Adriana había probado lo que era querer a alguien de verdad, y admitía que siempre querría a Javi en cierta manera. A su lado había vivido muchas cosas y había descubierto otras tantas sobre ella misma, pero la lección más importante, había sido que, en ocasiones, las relaciones simplemente no funcionan. Que dos personas no pueden recorrer un camino común, cuando sus pasos los llevan en sentidos opuestos.

Adri creía que Javi y ella empezaron a perderse el uno al otro después de que él se distanciase por aquella tonta llamada.

Javi parecía pensar que, lo que los había condenado, había sido la sombra de las infidelidades.

Yo, siguiendo con mi teoría del destino —y siendo perfectamente consciente de que en esa ruptura no había marcha atrás—, prefería creer que se cruzaron en el momento en que se necesitaban, y tras vivir una intensa historia, acabaron separándose. Punto. Sin más explicaciones. Sin culpables ni malos. Solo admitiendo que lo que compartían ya no era lo que ninguno de los dos quería, por doloroso o inesperado que pudiera parecer.

Yo había defendido a ultranza esa relación, había creído de verdad en ella, pero también sabía, por propia experiencia, lo que era estar con alguien que parecía poseerlo todo para hacerte feliz, y acabar descubriendo que solemos confundir la felicidad con la comodidad o la seguridad.

Salí de casa de mi amiga con el estómago felizmente lleno, algo mareada por la botella de vino que nos habíamos terminado, y sintiéndome realmente capaz de enfrentarme a todo y todos los que se interpusieran en mi felicidad al lado de Jorge, porque en aquel momento sabía que, no solo caminábamos en la misma dirección, si no que lo hacíamos con nuestras manos firmemente agarradas.

Al llegar a la calle del estudio, tuve que detenerme para no interrumpir la despedida de Rubén y Vanesa. Estaban lo suficientemente alejados para que no pudiese escuchar de qué hablaban, pero no me resistí a observarlos.

Él sonreía de una manera realmente adorable, y tras pronunciar unas cuantas palabras, ella asintió. Contuve el aliento al ver que Rubén se inclinaba, pero en contra de lo parecía, acabó dejando un beso en su mejilla.

Estaba a punto de marcharse, cuando Vanesa, agarrándolo por las solapas de la americana, tiró de él hasta que sus labios se encontraron quizá con demasiada brusquedad.

Después de darse un señor morreo, él la agarró por las caderas expectante, tratando de arrastrarla al interior del estudio.

No pude resistirme y, viendo que ella llevaba el teléfono en el bolsillo de los vaqueros, le mandé un mensaje. Ese momento se merecía algo más de tiempo y efusividad.

«Van, me he liado. No volveré antes de las cuatro»

Como ese día ya había tenido demasiados consejos, reflexiones, y diálogo intensito, y, admitámoslo, con Vanesa era mucho más placentero ser un poco cabrona...

«Por cierto, bonitas braguitas nuevas. Recuerda que en el estudio hay un probador estupendo para cerciorarte de cómo te sientan (te aseguro que el sofá es lo bastante cómodo y resistente). Disfruta de tu compra»

Algo me hacía cosquillas en la cara, pero como lo único que quería era seguir durmiendo, gimoteé decidida a ignorarlo. No tenía ni idea de qué hora era, pero tampoco pensaba abrir los ojos para averiguarlo. Fuera la que fuese en el reloj, era pronto, y punto.

Volví notar ese molesto roce en mi nariz. Pretendí evitarlo arrugándola y girando la cabeza sobre la almohada, pero con eso solo conseguí se trasladase a mi oreja.

—Sé que estás despierta, nena —sentí el cálido aliento de Jorge en mi cuello, mientras lo que deduje que era su pelo seguía haciéndome cosquillas—. Abre los ojos, perezosa.

—¿Se puede saber qué hora es? —pregunté abriendo solo un párpado y descubriendo por detrás de su sonrisa pilla que todavía era de noche—. Eres un perverso —me moví adormilada debajo de su cuerpo temiéndome que, en cualquier momento, empezase a quitarme las bragas—. Estoy demasiado grogui hasta para tener sexo legañoso.

Y aunque era cierto, mi instinto me hizo abrir las piernas para que él pudiera acomodarse entre ellas. Deseaba a Jorge hasta en la inconsciencia, y como no sería la primera vez que me despertaba con él encima...

Era su nueva estrategia para aprovechar al máximo el poco tiempo que pasábamos juntos, y que solía ser durmiendo. Hacerme el amor de madrugada se había vuelto su pasatiempo favorito. Decía que le daba fuerzas para aguantar todo el día, y como yo era una simple mortal perdida por la lujuria...

A veces era tan jodidamente lento que ni siquiera abría los ojos, y acababa corriéndome en un limbo entre el mundo real y el de mis sueños. ¿Quién en sus malditos cabales pondría pegatas? Yo, desde luego, NO.

Su carcajada ante mi reacción fue tan fuerte, que acabé obligándome a despezarme.

—Ya lo veo —respondió sin ocupar el lugar que le ofrecía, manteniéndose apoyado en sus brazos por encima de mi cuerpo—. Por esta vez, y sin que sirva de precedente —recalcó con un brillo perverso en los ojos—, voy a resistirme al gustazo de verte gemir adormilada.

Se incorporó después de dejar un rápido beso en mis labios, haciendo que sintiera el frío de su ausencia. Me llamó la atención que ya estuviera vestido con unos pantalones de deporte y una sudadera. Por eso no entendí por qué acababa de coger otra de su cajón, hasta que se acercó indicándome que alzase los brazos.

—Venga, *rubia* —me animó viendo que me movía con pereza—. O te das prisa, o no vamos a llegar a tiempo.

—No vamos a llegar a tiempo ¿adónde? —cuestioné sacando la cabeza por el cuello de la sudadera, acabando con la capucha puesta.

—A ver empezar el día —sentencié dándome un efusivo beso y tirando de mí para que me levantase—. Ponte unas mallas o te quedarás helada —dijo después de repasar mis piernas con descaro, comprobando que su prenda me tapaba apenas hasta medio muslo—. Te espero abajo.

Me embuté como buenamente pude en unos estrechísimos pantalones de deporte —no sin dar unos cuantos saltitos ridículos para llegar a aferrarme al borde de la cama y no caer de boca al meter cada pie por su pernera—, y bajé las escaleras sin tener muy claro por qué coño estaba despierta un sábado antes de que fuera siquiera de día.

—¿Y las zapatillas? —se rio viéndome bostezar al llegar al último escalón.

Me miré los pies descalzos encogiéndome de hombros todavía bastante atontada. Cuando mis ojos buscaron los suyos, me estudió de esa manera que me hacía sentir como un corderillo intentando enfrentarse a un lobo, y mi vientre se tensó impaciente. ¿Cómo podía ser que estuviera increíblemente guapo, y deseable, y de buen humor... a esas horas? Algo tramaba, estaba claro, pero ya podía hacer que mereciera la pena el madrugón...

—Da igual —avanzó en mi dirección para impedir que volviera en busca del calzado—. Yo te llevo. Si no llegaremos tarde.

¿Él me llevaba? ¿Adónde? Qué misterioso se había despertado... y qué ganas tenía ya de saber a qué venía tanto secretismo.

Mi sorpresa aumentó al ver que me cogía la mano y tiraba de mí en dirección a la puerta principal. Casi nunca usábamos esa puerta, solo cuando queríamos ir a La más bonita a desayunar, ya que por el paseo marítimo apenas tardábamos un minuto en llegar al local. Obviamente a esa hora no íbamos a comer unas deliciosas tostadas, ni tampoco creía que fuéramos a recoger la correspondencia del buzón.

Bajando el par de escalones que había delante de su puerta, me hizo un gesto para que me subiera a su espalda y ni me lo pensé. Salté aferrándome a su cuello, aspirando su inconfundible aroma al enterrar mi nariz en él. Sus manos recorrieron mis muslos, asegurándose de que me aferraba a su cintura.

Empezaba a haber mucha claridad, y viendo lo decidido que avanzaba atravesando el paseo, todas sus pistas encajaron en mi mente por fin despejada. Íbamos a ver amanecer en la playa.

Entró en la arena y, soportando mi peso sin mostrar que suponía ningún esfuerzo, caminó hasta el límite en el que la arena todavía estaba seca. Se agachó para que me bajase y, moviéndome como si fuera una muñeca de trapo, me colocó delante de él, obligándome a sentarme entre sus piernas. Me apretó con ellas para mantener mi calor corporal, cruzando sus brazos sobre mi pecho, y retirando ligeramente la capucha de mi cara con la suya para que nuestras mejillas estuvieran en contacto.

No dijimos ni una palabra. Mis manos se posaron sobre las suyas, y nuestra única forma de comunicarnos fue frotándonos los pómulos el uno contra el otro.

Apenas un minuto después, el sol empezó a aparecer en el horizonte, tiñendo el cielo de una mezcla de tonos rosados y anaranjados. Era realmente precioso. Las pequeñas olas rompían unos metros por delante, con un murmullo hechizante y, por primera vez en demasiado tiempo, en mi cabeza no había sitio para nada más que para él y para mí.

Solo cuando pudimos distinguir la completa figura redondeada, su voz ronca y cargada de emoción me sacó del estado de relajación absoluta.

—Buenos días, nena —dejó un suave beso en mi cuello—. Espero que el madrugón haya valido la pena. Me aseguraré de que así sea el resto del día. Hoy solos tú, yo, y un montón de horas para nosotros.

—Buenos días, mi vida —hice un movimiento de cuello que rozaría el contorsionismo para besar su boca—. Estoy deseando pasar todo un día contigo.

Llevábamos tiempo diciendo que debíamos hacer aquello, dedicarnos un día como pareja, dejando el resto de cosas aparcadas, pero nunca parecía buen momento.

Ese lunes Jorge había vuelto a casa tan tarde como de costumbre —después de asegurarse de que Rori estaba... tranquila, porque bien hacía días que había dejado de estar—, y al llegar me había encontrado trabajando con el portátil en la cama. Se había tirado a mi lado con ropa y todo, apartando el ordenador de mi regazo para que lo ocupase su cabeza, y, sin mediar palabra, había obligado a mis dedos a moverse entre su pelo antes de abrazarse a mí. “No hagas ningún plan para este sábado. Te necesito” había dicho, y en mi agenda, automáticamente, dejó de existir el sábado para nadie que no fuera él.

Nunca sería un buen momento, así que haríamos que simplemente fuera nuestro momento.

—¿Crees que estás demasiado despierta para tener ahora ese sexo legañoso? —preguntó retirándome del todo la capucha, dejando un reguero de besos desde detrás de

mi oreja hasta mi nuca.

—No estoy despierta en absoluto —respondí dándole mejor acceso y fingiendo torpemente un bostezo.

—*Rubia*, mientes de pena —rio levantándose y arrastrándome con él—. Pero voy a hacer como que me lo trago.

Cogiéndome por el trasero, tiró de mí hasta que lo abracé con todas mis extremidades.

Entramos en casa todavía besándonos de esa forma lenta y acompasada. Acariciándonos los labios, como si estuviéramos adorando cada centímetro del otro.

Antes de subir por las escaleras, todavía cargando conmigo, una de sus manos abandonó mi trasero y se estiró toqueteando algo. Al poco, la música empezó a sonar por toda la casa gracias al hilo musical.

Mientras *Made in Heights* nos envolvía con su *Panther*, Jorge me posaba sobre la cama deshecha.

Intentábamos que nuestras bocas se separasen lo menos posible, siguiéndolo en sus movimientos para deshacerse de la ropa, y dejando que se encargase de la mía también, para lo que decidió tomarse más tiempo.

Sus manos se metieron por debajo de la sudadera y la camiseta que usaba para dormir, ascendiendo por mis costados e incendiándome allí donde me rozaban sus yemas. Acabó dejando a la vista mi ombligo, y solo entonces dejó de darme suaves e interminables besos para centrarse en prestar atención a otras partes de mi cuerpo.

Me quitó las dos prendas a la vez, y su boca fue descendiendo por mi pecho desnudo, con pequeños y húmedos besos hasta llegar a mi vientre.

—Podría pasarme el día entero besándote por todas partes y aún así no me parecería suficiente —reconoció antes de soplar sobre la piel que acababa de recorrer.

Solo pude responder con un suspiro cuando siguió con su nariz el contorno de la cinturilla de mis pantalones.

Una de sus manos había ido descendiendo junto con su boca, venerando cada centímetro de piel desnuda hasta lograr templarla. La otra permanecía en mi cuello, acariciándolo. Sabía que era una de mis partes más sensibles, y se aprovechaba de ello.

Recorriendo con sus dedos el camino que le indicaba mi clavícula, llegó al esternón y, con la misma lentitud con la que llevaba torturándome hasta entonces, arrastró los dedos entre mis pechos sin dejar de besarme y dar pequeños lametazos en mi vientre.

—¿Podrías quitarme ya los malditos pantalones? —protesté tirándole del pelo para que levantase la cabeza y pudiera ver mi cara de súplica—. Necesito esa boca ligeramente más abajo.

—Me encanta tu impaciencia. ¿Quieres más?

La sonrisa arrogante con la que premió mi petición solo hizo que me mostrase más desesperada, y todo empeoró hasta límites inimaginables cuando me frotó con su boca en el punto justo en que mi ropa interior estaba empapada.

Pese a haber sido por encima de la tela, gemí excitada, y mis manos soltaron la sábana que retorcía intentando retener cada sensación que me hacía sentir, para ir directas a la cintura de mis mallas.

—Quieta —ordenó sonando realmente autoritario y deteniendo mi movimiento—. Desnudarte es la parte que más me gusta de todo —posó mis manos sobre mis pechos, porque verme tocarme era la segunda cosa que más le gustaba—. Ver cómo te vas perdiendo poco a poco entre mis caricias —explicaba muy despacio, sin dejar de besar mi piel, tirando irritantemente despacio de mis pantalones.

Elevé el trasero para ayudarlo, y eso hizo que su barbilla chocase con mi sexo.

—¡Ohhhh, joder! —exclamé encantada con ese mínimo contacto, proyectando las caderas hacia delante buscándolo.

—Shhh —me hizo callar colocando su palma sobre la tela húmeda de mi ropa interior, y haciendo movimientos circulares con el dedo pulgar en el punto exacto para hacerme jadear—. Déjame disfrutar de poder tomarme mi tiempo.

Sin apartar la mano de mi entrepierna, se las fue arreglando para deslizar los pantalones por mis piernas a la vez que alternaba mordiscos juguetones entre mis muslos, siguiendo un camino descendente hasta llegar a mis pantorrillas.

El bajo de aquellas malditas mallas parecía negarse a salir por mis tobillos, o él parecía incapaz de sacarlas con una mano, así que, ante el primer indicio de que pensaba apartar su mano de mis bragas, coloqué la mía encima, obligándolo a frotarme con más presión, y soltando un grito ahogado.

Podía escuchar sus jadeos. Aquello lo excitaba tanto o más que a mí, y eso solo incrementó mi ansia de él.

—Deja los puñeteros pantalones en los tobillos y termina lo que has empezado —exigí moviendo las caderas enardecida por el nudo de placer que comenzaba a concentrarse en la parte baja de mi espalda.

Se limitó a sonreír, alzando su comisura izquierda, con ese gesto de perversión que a mí me volvió aún más loca por él de lo que ya estaba. Verlo avanzar sobre mi cuerpo me hizo sentir que me quemaba por dentro.

Cuando su cara llegó a la altura de mi sexo, apartó la mano, pero antes de que me diera tiempo a quejarme, comenzó a mordisquearme por encima de la tela, dándome golpecitos coordinados con la lengua.

—¡Mátame, porque esto debe ser el jodido cielo y no quiero volver a salir de aquí! —gruñí perdiendo mis manos en su pelo para impedir que se apartase.

Aún sin poder verlo, diría que percibí su sonrisa orgullosa.

Apartándose lo mínimo, deslizó mis braguitas hasta la mitad de mis muslos, y continuó con su tortura sin nada que lo bloquease. Sin dejar de besarme y lamerme, uno de sus dedos buscó mi abertura. Después de restregarlo un par de veces —y hacerme gemir con los ojos en blanco—, lo metió de una manera desquiciantemente pausada, moviéndolo mientras su pulgar se ocupaba de mi clitoris y sentía su lengua y su boca por todas partes.

—Voy a... ¡Dioooooooooo! —grité cuando metió un segundo dedo.

Después de eso, la familiar sensación de ir a estallar, de sentir un millón de pellizcos de puro y perfecto placer en cada una de mis terminaciones nerviosas, se desplegó por todo mi cuerpo, y le bastó decir mi nombre contra mi piel extremadamente sensible para hacerme rendirme a un orgasmo demencial.

Cuando conseguí reunir fuerzas para abrir los ojos, ya tenía su cara a la altura de la mía. Cualquier resto de chulería había desaparecido de ella, y me miraba embobado.

—Hola, preciosa —dijo dejando su cuerpo descender sobre el mío, con su erección palpitando sobre mi monte de Venus—. ¿Sabes que nunca te he visto tan jodidamente bonita como lo estás justo después de correrte?

No era una pregunta, porque ni siquiera me dejó tiempo para contestar. Su boca volvió a jugar con la mía en ese tortuoso baile de movimientos sosegados pero exigentes.

Apoyándose solo en uno de sus brazos para no aplastarme, su mano buscó uno de mis pechos, apretándolo y levantándolo. Sus caderas empezaron a moverse en mi busca, de manera que su glande no hacía más que rozar mi entrada.

Apenas tardé unos segundos en volver a estar completamente excitada, pero no lograba emitir nada que no fueran jadeos contra su boca.

Cuando su mano cambió de pecho, sus caderas se detuvieron en el punto exacto para que con pequeños empujones se fuera abriendo paso dentro de mí. Lo hizo delirantemente tranquilo, gruñendo con cada centímetro que ganaba, hasta que se hundió en mí por completo escupiendo una maldición.

—Esto es lo mejor que he hecho en toda mi vida —farfulló para él, con la mandíbula muy tensa, haciendo círculos con las caderas para acariciar mis paredes y hacerme retorcerme.

Enredé mis piernas por detrás de las tuyas para abrirme más para él, mientras mis manos subían y bajaban por su espalda al mismo ritmo lento de sus embestidas. Las detuve sobre sus nalgas, que estaban prietas, empujando y girando dentro de mí.

Perdí la cuenta de las veces que entró tan dentro de mí que, de no ser por lo despacio que lo hacía, podría haberme partido exactamente por la mitad.

Su boca ya se había olvidado de mis labios, concentrada en tensar mis pezones hasta hacerlos doler, balanceándose sobre mí con una cadencia desesperante y a la vez deliciosa.

Quería empezar el día haciéndome el amor. Eso era lo que significaba para nosotros el sexo legañoso. Algo tan placentero, y a la vez delicado, que te hiciera dudar si estabas despierto o soñando.

De nuevo volví a notar cómo mis músculos comenzaban a tensarse, sabiendo que no quedaba demasiado para rendirse a una segunda recompensa.

Su cuerpo también mostraba esos signos inconfundibles de que estaba a punto de llegar al orgasmo. Los gemidos animales. La lucha por mantener los envites calmados, pero el creciente ímpetu con el que se clavaba en mí, moviéndome sobre las sábanas.

—¿Estás conmigo? —preguntó con los dientes tan apretados que, si no supiera que eso era exactamente lo que pretendía decirme, jamás le habría entendido.

—Ahora... y siempre —respondí levantando la cabeza para besarlo y beberme su placer entre jadeos mientras se derramaba dentro de mí, manteniendo los movimientos hasta que notó que lo seguía—. Te quiero —añadí cuando se dejó caer sobre mí, abrazándose a mi cuerpo agotado y tembloroso.

—Te quiero —contestó escondiendo su cara en mi cuello.

Después de unos minutos en los que temí que se quedase dormido sobre mí —y las costillas acabasen partiéndose y clavándose en los pulmones—, se movió dejándose caer hacia su lado de la cama.

—Quiero esto todas las mañanas durante el resto de mi vida —declaró tirando de mí para que me pusiera de lado y le mirase—. Te quiero, Lucía, y quiero cada una de las cosas que supone tenerte en mi vida cada día. No quiero perderme nada, y espero que tú desees compartirlo todo conmigo —sin dejar de mirarme, sacó algo de su mesita de noche pero lo mantuvo detrás de su espalda—. Voy a hacerte una pregunta que debí haberte hecho hace tiempo, y, como soy un maldito egocéntrico, necesito oírte decir que sí.

—Jorge, es un poco pronto para... —intenté mantener la calma con los ojos tan abiertos que si alguien me hubiera dado una colleja se me habrían salido de las cuencas.

—No es “esa” pregunta, *rubia* —sonrió demasiado encantado consigo mismo. Cogió mi mano y, colocando la suya encima, dejó algo frío sobre mi palma—. ¿Quieres vivir conmigo? —pidió dejando a la vista una llave.

—Ya vivo contigo —respondí alzando una ceja desconcertada—. Y ya tengo una de estas —le recordé poniendo la llave ante sus ojos.

Cuando tomé la decisión de trasladarme a su casa, fue como si los dos asumiésemos que era lo que había que hacer, pero es cierto que no hubo nada de romántico en ello. Me apoderé de las llaves de repuesto, y mi armario casi al completo pasó a hacerse un sitio en su vestidor. Sin bienvenidas, ni celebraciones, ni siquiera alegría, porque todo era gris esos días.

—Lo sé, pero necesito que lo hagas porque desees hacerlo, no porque sea una obligación, o lo más cómodo —dijo acercándose más a él y abrazándose—. Todo esto de Rori me quitó la oportunidad de pedírtelo. De demostrarte que quiero con todas mis fuerzas que estés aquí. De hacer de ello algo especial —acarició mis labios antes de continuar—. Tú lo hiciste porque sabías que te necesitaba conmigo, pero me gustaría que fuera tu elección —su mano se deslizó por mi cabeza, retirándose el pelo alborotado de la cara—. Qué me dices, nena. ¿Quieres vivir conmigo?

Ahí estaba otra vez ese Jorge que adoraba. Mostrándose abierto y enamorado. Demostrando que necesitaba saber que no solo ocupaba un lugar en aquella casa por él. Quería que estuviera allí por mí, porque no hubiera otro lugar en el mundo en el que prefiriera encontrarme que a su lado. Y yo, lo único que podía hacer, era quererle más con cada parpadeo impaciente que intentaba contener mientras esperaba a que le respondiera.

—Sí, quiero —afirmé con tanta seguridad que mi voz llenó la habitación—. Tú no eres el único que necesita tenerme cerca, ¿sabes? —sonreí y me giré para soltar la llave sobre mi mesita.

Antes de que pudiera retomar mi anterior posición, él se había encogido para acurrucarse contra mí con la cabeza apoyada en mi vientre. Enredé mis dedos entre su pelo, y comencé a masajearle la cabeza.

—Sabía que dirías que sí —presumió con chulería, pese a que su tono empezaba a apagarse.

—Ya, bueno. Puede que ver toda mi ropa en tu casa te diera alguna pista al respecto.

—No era eso lo que me hacía estar seguro —contraatacó cogiendo postura para quedarse dormido en mi regazo.

—¿Y qué fue entonces? —indagué divertida porque sabía que me iba a responder algo típico del bastardo arrogante que le encantaba ser.

—Que te acabo de demostrar, dos veces, las ventajas de tenerme a tu alcance de buena mañana —soltó intentando volver a colocarme las braguitas, que seguían plantadas en mis rodillas con bastante poca elegancia—. Me he asegurado de hacer la pregunta después de tenerte más que satisfecha.

—Eres un capullo vanidoso.

—Soy tu capullo vanidoso, *rubia* —me recordó besándome a unos centímetros del ombligo y relajando todo el cuerpo.

Bajaba las escaleras atraída por el olor a tortitas y terminando de hacerme un moño alborotado, pero me detuve en cuanto lo vi en el umbral de la habitación de invitadas, sujeto al marco con las manos por encima de su cabeza.

—¿Añorando los viejos tiempos? —bromeé para llamar su atención.

—Más bien pensando en el futuro. Ven aquí —pidió soltando una mano y tendiéndomela. La cogí y me coloqué con él bajo el umbral—. He pensado que ahora que es oficial que vas a vivir aquí. ¡Eh! No me quites la ilusión —rezongó viendo que yo le miraba con cara de póquer para recordarle que llevaba casi cuatro meses viviendo con él—. Pues eso, que ahora que vas a vivir aquí, podíamos hacer algunos cambios para que tengas un despacho y dejes de trabajar en el sofá, ganándote a pulso una escoliosis —su dedo índice fue directo a relajar mi ceño, que se había fruncido al temerme que esperase que hiciera algo que no fuera ponerme enferma entre esas paredes. Ni de coña iba a trabajar allí para imaginarme constantemente el eco del cabecero golpeando la pared—. Déjame terminar antes de poner el grito en el cielo, mala leche —recomendó con paciencia—. He pensado que, como noibas a querer esta habitación aunque sea la más grande, tu despacho podemos hacerlo arriba, y que yo aproveche la magnífica luz de esos ventanales —dijo señalando con la cabeza la amplia ventana que daba al patio—, para volver a usar todas las cosas de la buhardilla que le he pedido a Marco que empaquete para mandarme.

—¿Vas a volver a dibujar?! —pregunté demasiado emocionada para disimularlo.

—Supongo que se me han acabado las excusas para no reconocer que me muero por volver a coger un lápiz y empapelar la casa contigo —explicó cogiendo mi cara entre sus manos—. Tú has hecho que vuelva a tener muchas cosas que contar. Que ya no me dé miedo solo transmitir tristeza.

—Me voy a acabar sintiendo importante si me conviertes en tu musa —sonreí socarrona para no hacerle más difícil reconocer que se había estado escondiendo.

—Te dibuje o no, ten claro que eres lo más importante que hay en mi vida —dejó un suave beso sobre mis labios y, al separarse, cualquier rastro de seriedad que hubiera podido haber en él había desaparecido—. Venga, *rubia*, desayunemos antes de que te arrastre como un troglodita para tenerte en la cama todo el maldito día.

Desayunamos tomándonos nuestro tiempo, sacándole algo de provecho al jardín, y Jorge aprovechó para llamar a su casa mientras yo me vestía para salir a comer.

Cuando aparecí asegurándome de llevar todo en el bolso, sus ojos curiosos se fijaron en mis pantalones. Llevaba unos vaqueros negros con tantas rajadas, que la pobre Herminia me habría colado cincuenta euros en un bolsillo para que me comprase unos nuevos o los llevase a arreglar.

—Los pantalones pueden ser un impedimento para mis planes de... seducirte en cualquier momento y lugar —se retiró el pelo de la frente mirándome con picardía—. Me gustan más tus vestiditos —refunfuñó intentando acercarseme.

Lo detuve, descansando todo mi peso sobre una sola pierna.

—No vas a seducirme —dije haciendo el gesto de comillas a los lados de mi cara—, y mucho menos a follarme, en ningún sitio público, así que sácatelo de la cabeza desde ya, maniaco depravado —le advertí sin poder evitar sonreír ante su puchero—. Además, la que entiende de moda soy yo, y los pantalones son perfectos para estrenar de una vez las zapatillas de Steven Madden que me regalaste para Navidad

La chulería con la que elevó una ceja y se ajustó las mangas de su camiseta con botones en el pecho —que se había puesto con unos vaqueros muy desgastados y sus zapatillas retro de Nike, todo en tonos grises—, dejó claro que, además de un maniaco, era un bastardo arrogante.

—El día que se castigue la vanidad —pasé a su lado fingiendo indiferencia—, te vas a llevar más hostias que un saco de boxeo en un gimnasio.

Como no tenía ni idea de qué había planeado, me limité a seguirlo hasta su coche, manteniéndome a la espera durante todo el trayecto hasta el parking de Colón, entretenida tratando de encontrar mi teléfono en lo que parecía el bolso de *Mary Poppins*.

—No te molestes —me recomendó cuando se cansó de oírme resoplar—. He dejado los móviles de los dos en casa. Hoy nada que no seamos tú y yo.

Al salir a la calle, el sol nos golpeó de lleno, y Jorge se llenó los pulmones antes de pasar su brazo por encima de mi hombro para acercarme a él. Estirándose, su mano fue cruzándose sobre mi pecho hasta colarse por los botones desabrochados de mi camisa de cuadros, metiendo los dedos sin ningún tipo de pudor por debajo de la tela de mi sujetador.

—Hoy va a ser un día maravilloso —sentenció bajándose las gafas de sol de la cabeza hasta colocarlas en su sitio, mientras me daba un ligero apretón en el pecho que sostenía.

—Voy a acabar lamentando no haberme puesto un vestido, lo sé —reí ante su desvergüenza, colocando mi mano en el bolsillo trasero de sus pantalones para corresponder al manoseo.

Cruzamos Juan de Austria, y los recuerdos de cómo había hecho ese camino subida a su espalda, el día que su madre y unas cuantas amigas me hicieron la proposición que cambiaría por completo mi vida, no dejaban de venir a mi mente.

La sensación de *déjà vu* aumentó cuando se detuvo delante de la cristalera de Lotelito, mirando exactamente hacia la misma zona que en su día me esperaban un montón de mujeres, pero que ahora ocupaba una solitaria mesa para dos.

—Hoy hace exactamente diez meses que tu vida cambió ahí dentro —comentó dejándome completamente pasmada, cogiendo mi mano y entrelazando nuestros dedos—. He pensado que te gustaría que celebrásemos nuestro día en el sitio en el que comenzaste a creer en tu sueño.

Sin importarme ni lo más mínimo que la gente se nos quedase mirando, salté sobre él, que me atrapó pegándose a su cuerpo encantado, antes de que estampase mi boca contra la suya sin ningún cuidado ni decoro.

—¿Eso es que te ha parecido buena idea? —sonrió satisfecho apartándose, sin ocultar el orgullo de haberme hecho feliz con algo tan simple pero tan significativo.

—Eso es que estoy de acuerdo contigo. Hoy va a ser un día maravilloso.

Comimos con tranquilidad. Con mi pie descalzo entre sus piernas, premiándolo con alguna caricia cuando se portaba bien, o presionando amenazantemente cuando hacía alguno de sus comentarios de cretino. Compartiendo postre y un rato de charla tranquila, como hacía tiempo que no podíamos disfrutar.

Con música tenue de fondo y las manos cogidas sobre la mesa, hablamos de las reformas de la casa —que se empeñaba en que llamase nuestra casa—, de la posibilidad de alquilar mi piso ahora que definitivamente no lo iba a necesitar, o de los destinos que nos gustarían para hacer un gran viaje cuando pudiéramos permitirnos unas vacaciones.

Por supuesto que los dos sabíamos que la situación de Rori —pese a ser conscientes de que estaba en la recta final después de cuatro meses que nadie creyó que fuese capaz de aguantar—, no nos dejaba mucho margen de planificación, pero eso era algo que ese día habíamos decidido olvidar. Ese sábado era nuestro paréntesis para vivir y soñar.

Después de la comida, nos perdimos paseando por el Carmen hasta acabar sentados en una terraza en la Plaza del Negrito para tomarnos una bien merecida copa, a la que acabó siguiendo otra, y casi sin darme cuenta, me reía como una idiota de la habitual falta de modales en público que sufría Jorge, intentando que me quitase las manos de encima sin ningún éxito. Como si no fuera exactamente lo que más deseaba en el mundo... Tenerlo encima todos y cada uno de los puñeteros minutos de mi vida.

El plan inicial era ir a visitar una exposición, pero yo estaba demasiado achispadilla como para meterme en un sitio en el que no pareciera una loca por soltar carcajadas infantiles sin motivo aparente, así que Jorge decidió que daríamos un paseo por el antiguo cauce del río para que se me pasase la pamplina, dejando la exposición para un día en el que ambos tuviéramos menos ganas de provocarnos como adolescentes. O como yo realmente creía —y esperaba más que conseguir hacerme con un Birkin de Hermès—, para que se aprovechara de mi guardia baja y me convenciera para acabar retozando tirados en el césped, en algún lugar medianamente escondido.

—¿No me digas que no está siendo toda una experiencia para ti pasar tantas horas sin móvil? —se burló mientras bajábamos por uno de los accesos—. Pensaba que después de las primeras horas convulsionarias por el mono.

—El único mono que veo por aquí eres tú —le di un puñetazo en el hombro.

—Reconoce que a estas alturas ya habrías subido unas cinco fotos a Instagram —me abrazó por detrás para caminar pegados—. Una de cada plato de la comida —comenzó a enumerar dándome besos en el cuello—. Al menos otra de postureo con una copa en la terraza —siguió con los besos pero ascendiendo hasta mi oreja y consiguiendo que todo mi cuerpo reaccionase erizándose ante la anticipación de su contacto—. Y mi favorita.

Sus brazos cruzados sobre mi cintura ascendieron hasta colocarse bajo mi pecho y levantarlo lo justo para que asomase insinuante por la abertura de la camisa. Gruñó mirando por encima de mi hombro, y demostrándome que él también se estaba excitando al empujar sus caderas contra mi culo.

—Por mucho que hayas intentado emborracharme, salido, que eres un salido —le acusé dándole un codazo para que dejase de recrearse con mis tetas—, no creo que hubiera llegado a publicar una foto en perspectiva de mis *bubis*.

—Claro que no —respondió recomponiéndose de mi golpe y, colocándose frente a mí, comenzó a caminar marcha atrás—. Te la habrías sacado conmigo. Eso sí que daría un montón de me gustas —fanfarroneó levantándose lo justo las gafas para que viera cómo me guiñaba el ojo—, y no tanta foto de zapatos y bolsos.

Dándome la espalda, siguió caminando un paso por delante de mí.

—¡Señor dame paciencia! —exclamé antes de adelantarlo y, con la misma chulería que él, ponerme de frente obligándolo a parar—. O si no, bájale un poquito los

humos aquí a don Modesto.

—Señora de Modesto. Me gusta cómo suena —se hizo el pensativo antes de cogerme la mano para seguir andando.

—Tengo que reconocer que probablemente tengas razón en cuanto a lo de mi pequeña adicción a las redes sociales —asumí tirando de su mano por detrás de mi espalda para que me cogiera por la cintura.

—Si eso fuera lo peor...

—¿Hola? ¿Algo más de lo que quejarte? —inquirí apoyando la cabeza contra su hombro.

—No te hagas la inocente, que no te pega nada —replicó siguiendo con el tono burlón—. A estas alturas, Adriana y tú ya os habríais informado hasta del color del sujetador que lleváis —dejó un beso en mi frente para demostrar que no era un reproche—. Que por cierto, en tu caso espero no tardar en averiguarlo, y Adri, por la hora que es —miró su reloj para confirmar que era pronto para que hubieran empezado los preparativos para las cenas—, ni siquiera debe llevar, porque estará zumbándose al hombre objeto de turno.

—¿No serás tú quien vaya a juzgar a Adriana, verdad? —me aparté ligeramente para buscar su mirada.

—No digas tonterías —me riñó volviendo a atraerme hacia él—. A mí me parece genial que se tire a quién le dé la gana, cuando le dé la gana. Siempre he pensado que, si tuviera polla, sería un clon de Marco —suspiré porque sabía que tenía toda la razón—. A la que no tengo tan claro que le importe tan poco es a ti.

Es cierto que la transición de pasar de ver a Adri con Javi, a ver a Adri con tíos cuyo nombre ni siquiera ella recordaba había sido dura. Y no solo porque a Javi le estaba costando un poco más que a ella acostumbrarse al cambio y me dolía verlo decaído, también porque me preocupaba que Adri se amotinase en sí misma, volviendo a negarse a la posibilidad de una relación más adelante por el fracaso de esa.

No estaba siendo así. Ella estaba abierta a lo que surgiera —siempre y cuando la otra parte aceptase que su prioridad absoluta era el restaurante—, y, de momento, lo que surgía eran candidatos para tenerla más que ocupada y con cero aspiraciones al enamoramiento.

Al parecer, el restaurante —y la dedicación exclusiva que ella pretendía darle—, había sido otro origen de desavenencias con Javi, y razón definitiva para que ambos considerasen que poner fin a su historia era lo mejor. Eso acabó demostrándome que tenía su vida de pareja totalmente idealizada, y la realidad no era tan idílica como yo siempre imaginé. O lo fue, hasta que dejó de serlo y yo no quise verlo.

—Adriana sabe cuidarse sola —reconocí sabiendo que era capaz de lidiar perfectamente con la vida que estaba eligiendo—. Me preocupa bastante más Vanesa.

—No veo por qué —frunció el ceño. Casi podría asegurar que estaba algo molesto con mi amiga—. Es ella la que está decidiendo en todo momento cómo llevar su relación con Rubén.

—¿Por qué no parece importarte que Adri tenga relaciones sin compromiso, pero cuando hablamos de Vanesa la cosa cambia? —pregunté realmente interesada.

—Seguramente porque en el caso de Adri las dos partes quieren lo mismo —noté como su cuerpo se tensaba irritado—, pero Vanesa lo único que hace es joderle la cabeza a Rubén, y tomarme cervezas con él cuando ella decide pasar de su culo me acaba quitando tiempo para estar contigo.

Desde el día que los vi besarse en la puerta del estudio, el único sentido en el que había avanzado la relación de Rubén y Van era en el sexual. Se acostaban siempre que ella quería, pero por algo que creo que ni Vanesa misma llegaba a entender, seguía sin acceder a tener una relación estable con él.

Si tuviera que hipotetizar, apostarí a que, por una vez en su vida y después de haber hablado con Rodri —porque su conciencia no le dejaba hacer las cosas de otra manera—, disfrutaba de tener el mando de su vida sentimental, y no estaba dispuesta a ceder el poder a la primera de cambio.

—Eh, relájate —pedí deteniéndonos bajo unos árboles y poniendo una mano sobre su pecho para calmarlo cariñosamente—. Ella acabará cediendo. La naturaleza de Vanesa no es tener un rollete. Y no creo que Rubén pueda reprocharle a nadie que solo quiera follar con él de vez en cuando con el palmarés que tiene el colega.

—La gente cambia —me recordó visiblemente más tranquilo, pero con un atisbo de culpa en su mirada.

—Claro que sí. Entonces es cuando se ganan una oportunidad —reconocí dándole un mordisco juguetón en la mejilla.

Al apartarme, quise ignorar la rápida caída de algo sobre su hombro. Intenté valorar las opciones de qué podría haber provocado esa pequeña mancha sobre la tela gris de su camiseta. La respuesta, por asquerosa que fuera, era solo una.

—No —negó intentando no apartar la vista de mis ojos, que oscilaban casi sin querer entre la mancha y los suyos.

—Creo que sí —lamenté mordéndome el labio inferior para no reírme en su cara.

—¡No me jodas! —gruñó evitando todavía verlo por sí mismo.

—¿Con eso ahí? —abrí los ojos exageradamente, soltándolo y retirándome—. No te tocaría ni con una pértiga de dos metros... ¡como para joderte! —estallé en carcajadas sin poder contenerme más.

—Te hace mucha gracia que me haya cagado un puto pájaro la camiseta, ¿no? —me reprochó mirando por fin la mancha blanquecina que en realidad no era para tanto—. A ver si te ríes tanto cuando te la pase por la cara.

Por suerte, reaccioné echando a correr antes de que acabase la frase, pero estaba claro que no le iba a costar demasiado alcanzarme.

Tirándome en el césped, se colocó a horcajadas sobre mí, reteniendo mis manos a ambos lados de mi cara.

—Pide perdón —exigió con una mirada provocadora.

—Ni en tus mejores sueños, *cacaman* —me burlé altanera, volviendo a reírme de él.

—Pide perdón —repitió quitándose la camiseta y acercándola a mi cara.

Me acojoné al ver su estómago, pero enseguida descubrí que llevaba otra debajo. Habría sido demasiado para mí tenerlo semidesnudo encima y tratar de contenerme. De no lamer su vientre, y recorrerlo con mordiscos hasta llegar a su boca. Solo pude negar con la cabeza, permaneciendo con ella ladeada para evitar la tela manchada.

—Puede que tenga que emplear otros métodos...

Sin darme tiempo a pensar, frotó su bragueta abultada contra la mía.

—Eres un obseso —lo acusé apartando la mano que sostenía la camiseta sucia—. Deberías ponerte en manos de un especialista.

—Estoy con una Doctora —sonrió con orgullo repitiendo en movimiento.

Él era un obseso por haberse puesto cachondo solo por correr detrás de mí y tenerme inmovilizada, pero yo sería el *súmmum* de la hipocresía si me atreviese a negar que yo estaba igual o peor que él.

—Puede que me gusten tus métodos —dije elevando mi pelvis para salir en su encuentro.

—Lucía, estamos en un jodido parque —protestó con un jadeo, pero sin apartarse.

—Puede que debamos volver a casa.

—Creo que volver a casa sería una gran idea.

Antes de levantarse, se restregó contra mí una vez más, abriéndose camino entre mis labios con su lengua.

Nos levantamos acalorados y con las respiraciones aceleradas, lo que nos sirvió para deshacer el camino hecho a buen ritmo.

Apenas nos miramos, y nos aseguramos de no rozarnos, porque corríamos peligro de acabar tirados detrás de un seto, más viendo que empezaba a anochecer y la presencia de gente se había reducido considerablemente.

Al llegar a la plaza en la que se encuentra la parada de metro de Colón, en lugar de cruzar para recoger el coche del aparcamiento, Jorge se detuvo de golpe.

Por crudo que suene, yo iba con el piloto automático puesto, pensando únicamente en que lo que iba a pasar en cuanto llegásemos a casa. Quizá ni siquiera llegásemos a salir del coche antes de abalanzarnos el uno sobre el otro, protegidos por la intimidad de su cochera.

Me costó entender por qué Jorge tiraba de mí en sentido opuesto a nuestro objetivo, que era llegar cuanto antes a por su Golf, hasta que las primeras notas me llevaron de vuelta a la realidad.

No era la primera vez que allí veía alguna representación artística improvisada en aquella plaza, pero pocas veces era de varios instrumentos, ni sonaba tan bien como aquella.

Mientras la banda defendía más que dignamente el *My girl* de The Temptations, Jorge me abrazaba contra él y nos hacía balancearnos al ritmo de la música, susurrando la letra en mi oído, tal y cómo había hecho el día que bailamos por primera vez.

—Mi última intención es quejarme, pero la gente nos mira —avisé percatándome de que muchos ojos nos observaban.

—Debe ser porque la mano que tengo en tu culo está por dentro de los pantalones —dijo con su despreocupada imperturbabilidad, metiéndola un poco más adentro, hasta abarcar mi cachete casi al completo—. O puede que sea porque no todo el mundo demuestra lo enamorado que está de su chica —me guiñó un ojo por lo apropiado de la canción—, bailando con ella en medio de la calle —sugirió antes de besarme y apretarme contra su pecho aún más fuerte.

Después de su episodio de Fred Astaire, llegamos al coche a trompicones, deteniéndonos cada tres pasos para darnos besos ansiosos, y haciendo verdaderos esfuerzos para no meternos mano sin ningún disimulo.

Esa regla cambió en cuanto nos encontramos sentados en el vehículo. Nada más dar el contacto, mi mano descendió sobre su bragueta, frotándola con movimientos regulares y seguros.

—¿Pretendes que me corra en los pantalones antes de llegar a casa? —preguntó con los ojos brillantes y las manos muy apretadas sobre el volante.

—No. Lo que pretendo es que no se te olvide por qué es importante que lleguemos a casa cuanto antes —me estiré para besarlo succionando su labio sin dejar de manosearlo sobre la tela de sus vaqueros—. Conduce —ordené deteniendo su mano que iba directa a mi pecho—. Por una vez voy a ser yo la que te lo haga pasar mal un ratito hasta que supliques.

—Te veo muy convencida de tener el poder —me retó orgulloso, con una mirada que pedía a gritos que le bajasen los humos.

—¿No lo tengo? —cuestioné alzando una ceja altiva y bajándole la cremallera para tocarlo con los calzoncillos como única barrera.

—¡Lo tienes, joder! —gruñó arrellanándose en el asiento para disfrutar de mis caricias.

—Ah, no. De eso nada —le advertí retirando la mano—. El juego no funciona así. No soy tu esclava para complacerte.

Con un movimiento rápido, me agarró por la muñeca, volviendo a colocar mi mano sobre su paquete.

—¿Y cómo funciona el juego, su majestad? —se burló más que divertido por mi ansia de mando.

—Tú te aseguras de que lleguemos a casa cuanto antes, y yo me ocupo de que, cuando lo hagamos —volví a meter la mano dentro de la bragueta y él maldijo—, tengas tantas ganas de mí que no me des tiempo ni a salir del coche.

—Juguemos pues —concedió extrañamente satisfecho y, sin ocultar una sonrisa puramente lasciva, se irguió poniéndonos en movimiento.

Me acomodé en el asiento y disfruté de los gemidos que profería con cada cambio de presión o apretón que le daba a su miembro, que estaba a punto de reventarle la ropa interior. Cuando notaba que empezaba a jadear demasiado, ralentizaba las caricias permitiendo que recuperase el control.

Apenas había coches por las calles. No tardaríamos más que unos minutos en llegar a casa. Por eso todas mis alarmas se encendieron cuando de forma brusca entró en una gasolinera.

Por el rabillo del ojo podía ver que el depósito estaba casi lleno, pero cuando encaró el Golf contra el túnel de lavado, entendí aún menos qué estábamos haciendo.

El puñetero coche estaba impoluto, no necesitaba un *jodío* lavado. Con lo que no había contado, es con que no puedes desafiar a Jorge sin acabar cayendo en tu propia trampa.

A esas alturas yo estaba tan desesperada como él, la única diferencia es que Jorge siempre ha disfrutado de una extraña capacidad para refrenar sus instintos, que resultaba francamente desesperante.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —dudé crispada al ver que sacaba mi mano de su pantalón y se subía la bragueta.

—Ya tengo tantas ganas de ti que no te voy a dejar salir del coche —presumió abriendo la puerta y dirigiéndose al mostrador.

¿Pero qué cojones estaba haciendo? ¿Me iba a dejar metida en el coche mientras se lavaba para hacerme pagar mi pequeña osadía? ¡Pero si él disfrutaba con aquello tanto o más que yo!

No entendí nada hasta que lo vi apretar algunos botones del control del túnel, y meterse en el coche desabotonándose los vaqueros.

—El programa más largo son unos ocho minutos —anunció cuando sentimos el tirón de que las ruedas habían sido ancladas, y sonreí imaginándome que habría seleccionado todos los tipos de secado y abrillantado posibles—. Empieza a quitarte los pantalones si no quieres que el encargado vea salir el coche conmigo todavía encima de ti.

No pude más que soltar una escandalosa carcajada. Mi chico impaciente iba a follarme en un túnel de lavado porque le daba la gana. Porque podía. Una muestra más de que no debes retar a jugar a alguien que está acostumbrado a ganar.

Por suerte estábamos los suficientemente apartados para que no se viera directamente el coche ni desde los surtidores, ni desde la tienda, pero algo me dijo que a Jorge le habría dado completamente igual.

Eché hacia atrás su asiento para poder moverse mejor, y mis manos temblorosas por la anticipación accionaron las palancas para imitarlo y además reclinar mi asiento por completo. No creo que el respaldo se hubiera detenido cuando ya lo tenía encima.

—Tus pantalones siguen puestos —gruñó hambriento tirando de ellos, arrastrándolos junto con mis braguitas hasta encontrarse con los suyos a la altura de mis espinillas—. Mucho mejor así —reconoció al sentir como nuestra piel desnuda se tocaba.

No me dio tiempo ni a asimilar qué estaba pasando, porque en menos de un segundo dejé de sentir sus dedos asegurándose de que estuviera preparada, para verme empujada sobre el respaldo cuando me embistió sin piedad.

—¡Hostia puta! —grité por la impresión, alzando los brazos para agarrarme al reposa cabezas.

—¿Todo bien? —preguntó haciendo verdaderos esfuerzos para no moverse antes de asegurarse de que no se había pasado de efusivo.

—Depende de si vas a seguir haciéndolo ya o voy a tener que esperar demasiado —lo provoqué tirándole del pelo para acercar su boca a la mía y darle un violento

beso—. Siete minutos —le recordé, y como si tuviera que pulverizar algún tipo de marca, comenzó a moverse de manera frenética e implacable.

Si me hubieran preguntado, habría dicho que Jorge lo que pretendía era arrancarme el alma a empujones. Yo me mantenía agarrada, intentando no salir volando por la luna trasera por la fuerza con la que su pelvis chocaba con la mía. Mis gritos se mezclaban con sus maldiciones, mientras se clavaba sin parar en mí, y el sonido de los rodillos y el agua a presión escondía nuestra lujuria.

Aquello era de todo menos cómodo. Mi rodilla se rozaba contra la puerta, provocándome un dolor del que casi no era consciente porque los enérgicos envites del señor “No me da la gana de esperar hasta llegar a casa” apenas me dejaban respirar, o recordar que era una mujer con voluntad y no títere sometido —y encantado— a sus instintos más primarios.

Él agarra con fuerza mis caderas, llevándolas a su encuentro mientras de su garganta salían rugidos guturales más típicos de un animal que de un hombre cabal.

—Se... ¡Joderrr! —voceé cuando se apoyó en las rodillas para coger más impulso, elevando mi cuerpo para corresponderlo—. Se nos acaba el tiempo —murmuré arqueándome debajo de él al empezar a ver la luz al final del túnel, y no solo en un sentido.

—¡Ya casi estoy, nena! —rugió moviéndose a un ritmo endiablado, y llevando una de sus manos a mi clitoris para tocarme mientras me penetraba—. Pero no voy a hacerlo sin ti.

La presión de su pulgar durante unos segundos bastó para que un orgasmo arrasara hasta el último rincón de mi cuerpo, haciendo que mis músculos internos lo apretaran arrastrándolo conmigo.

—Eso ha sido... —balbuceé sin fuerzas ni para hablar.

—Eso no ha sido ni la mitad de lo jodidamente perfecta que eres tú —me besó de una manera tan dulce, que casi olvidé cómo cada músculo entre mis rodillas y mi pecho me palpitaba dolorido por su brusquedad—. ¿No te había dicho que hoy iba a ser un día maravilloso?

—Creo que nunca volverá a darme pereza lavar el coche si prometes que me acompañarás —reconocí soltando por fin el reposacabezas y retirándole el pelo para ver sus ojos antes de cerrar los míos desfallecida.

En el momento que el morro del coche empezó a volver a estar a la vista del mundo, se retiró de encima de mí, haciéndome sentir desnuda sin su calor pese a seguir llevando la camisa puesta.

Me limpió con unos pañuelos que sacó de la guantera, colocándome los pantalones antes de ocuparse de él.

—Creo que deberías levantar ya el respaldo, *rubia* —me miró divertido, seguramente encantado con haberme convertido en una maraña de pelo alborotado y extremidades inservibles—. Se podría decir por tu apariencia que estás más que satisfecha con que cambiase las reglas de tu juego.

—Si no las necesitas para repetir esto a menudo, y tuviera fuerzas para algo más que para recordarme respirar, te patearía las pelotas por capullo engreído —le solté incapaz de levantar los párpados.

Escuché su encantadora risa, y lo último que recuerdo antes de caer en estado comatoso, fue la cercanía de su cuerpo al inclinarse sobre el mío para poner el asiento en una posición un poco menos evidente y colocarme el cinto.

Podríamos haber estado viajando horas, pero el reloj del navegador me dijo que apenas habían pasado cinco minutos cuando el motor se detuvo dentro de su cochera.

—¿Puedes salir sola? —preguntó apartándome el pelo de la cara con ternura.

—Puedo —aseguré abriendo los ojos con energía renovada—. Pero vas a tener que compensarme por haber hecho puré la mitad de mis neuronas follándome sin piedad, a pleno día, y en mitad de la calle.

—¡Qué exagerada eres! —se carcajeó saliendo y rodeando el coche para abrir mi puerta—. No ha sido en mitad de la calle —me tendió la mano para ayudarme a salir—, pero como ofrenda de paz, te dejo elegir película, y prometo ser un perfecto caballero mientras la vemos abrazados en el sofá.

—Tú no serías un caballero ni aunque la mismísima reina de Inglaterra te nombrase. Ya te encargarías de buscar la manera de mancillar el título —me burlé siguiéndolo por el jardín—. Me apetece ver... *Quiéreme si te atreves*.

—¿Me retas de nuevo? —preguntó socarrón, sacando nuestros móviles del cajón dónde los había guardado antes de salir y lanzándome el mío—. ¿No te he dejado ya claro que gano siempre?

—¡Mamón! —exclamé cogiéndolo al vuelo, con ganas de matarlo tanto por tirármelo, como por su comentario de sobrado—. Querermelo a mí no es ningún reto. Soy adorablemente irresistible —me jacté desbloqueando el teléfono—. Quererte a ti sin embargo... —pronuncié cada sílaba con más retintín—, no puedo decir que sea un caminito de rosas.

No me respondió. Él ya había visto lo que yo estaba a punto de descubrir. Lo que iba a hacer que las palabras que acaba de decir se transformasen en absurdamente reales. Que quererlo y permanecer a su lado se convirtiera en lo más difícil a lo que jamás había tenido que enfrentarme.

No fueron las mil notificaciones de *wasap* lo que detuvo mi corazón. Fueron las múltiples llamadas de Ana, de José, incluso de Marco. El tener la certeza de que, si levantaba la mirada, me encontraría con la horrible imagen de cómo todas y cada una de las cosas que adoraba de ese hombre, del amor de mi vida, se desvanecían frente a mí... y lo perdía.

—Mi vida... —busqué sus ojos.

Pero ya no era mi vida, mi apasionado amante, mi divertido compañero, mi solícito amigo, mi protector, mi todo. Jorge solo era un par de ojos vacíos que emanaban dolor, mientras se rompía por dentro y el teléfono resbalaba entre sus dedos.

Solía encantarme observar a Jorge al volante, pero en aquel momento, me sentía incapaz de mirarlo. Como si con ello pudiera darle algo de intimidad, esa en la que estoy segura de que hubiera querido encontrarse cuando la primera y única lágrima que se permitió, surcó su mejilla antes de salir disparado hacia el coche.

Habitualmente conducía más deprisa de lo que debería, pero ese día me pareció que no le importaba de qué color estuvieran los semáforos, o que hubiera otros coches circulando. Su objetivo era llegar a Rori, y hacerlo ya.

Al abrir la puerta de casa de sus padres, lo primero que vimos fue a Tata con los ojos enrojecidos y un pañuelo bajo la nariz, haciendo la noticia trágicamente real.

Jorge corrió, subiendo los escalones de dos en dos, mientras yo me quedaba paralizada viéndolo, rogándole a ese universo en el que de verdad creía, que no se la hubiera llevado sin darles la oportunidad de despedirse.

El estruendo de una puerta golpeando la pared me hizo reaccionar y subir aprisa, solo para escuchar con mayor nitidez la voz temblorosa de Ana dentro de la que había sido la habitación de Rori.

—Jorge, cielo, ya se la han llevado —sollozó—. Todo ha acabado.

Llegué al umbral a tiempo de ver el puño de Jorge estrellarse contra el espejo. El crujido de cristales al partirse llenó la habitación, y Ana se encogió incapaz de enfrentarse al dolor de su hijo.

—¡Noooo! —chilló todavía abrazándose a sí misma, intuyendo por sus movimientos que no pensaba parar.

Corrí hasta él con el tercer puñetazo, viendo cómo los nudillos le sangraban y una rabia descontrolada lo dominaba. Iba a abrazarlo por la espalda, a intentar frenarlo, pero no debió de darse cuenta de que me tenía justo detrás, porque al volver a cargar con más fuerza contra los restos del maltrecho espejo, su codo golpeó mi cuerpo empujándome contra la cómoda.

El impacto me cortó la respiración, y caí resbalando sobre el mueble, boqueando para coger aire y llevándome las manos al pecho.

—¡Lucía! —Ana reaccionó al fin, arrodillándose delante de mí—. ¡Respira, cariño, respira!

El grito desesperado de su madre fue lo único que le evitó seguir destrozándose la mano. Se volvió con el pecho subiéndole y bajándole acelerado, con sangre goteándole por los dedos hasta caer al suelo. Si había algo que todavía se mantuviera en pie dentro de su corazón, se desplomó junto a todo lo demás al verme en el suelo.

—Estoy bien —dije tosiendo mientras recuperaba el aliento, con los ojos fijos en los suyos, tratando de tranquilizarlo—. Estoy bien.

Pero mi voz era demasiado ronca como para que fuera creíble.

—Te he hecho daño —murmuró llevándose la mano a la frente, dejándose un rastro de sangre por la cara y el pelo.

Me incorporé tan rápido como pude y di un paso hacia él, que retrocedió alzando las palmas para crear una barrera invisible entre nosotros negando atormentado.

—Estoy bien, mi vida —insistí estirando la mano para ofrecérsela, usando el apelativo que solía tranquilizarlo.

—No puedo. Yo... —dudó tambaleándose—. Tengo que salir de aquí.

Su mirada anhelante recorrió la habitación, aquel cuarto antes lleno de máquinas y pitidos. Lamentablemente, estaba segura que no echaba en falta nada de aquello. Lo que no podía soportar, era la ausencia de su hermana. El saber que ella ya no volvería, y que él jamás tendría la oportunidad de decirle adiós.

Salió del cuarto limpiándose los nudillos contra un paño. Lo seguí a una cauta distancia, asegurándome de que su objetivo no era emprenderla a golpes con nada más.

Sus pasos se fueron acelerando escaleras abajo, pero justo antes de llegar a la puerta, Tata se interpuso en su camino.

—Por mucho que corras o que huyas, mi niño, no vas a poder dejar el dolor atrás —acarició su rostro endurecido por la pérdida—. Cuanto antes lo mires de cara, antes podrás con él.

—El problema es que es mi cara la que no puedo ni mirar —confesó dejando un beso en su cabeza y apartándola para salir a enfrentarse él solo a sus demonios.

A partir de ese momento mis recuerdos son un poco borrosos por el shock. No fui tras de él, porque sabía que no quería que lo hiciera. Me quedé con Ana para intentar consolarla, ocupándome de tomar decisiones para evitar que ella o José tuvieran que lidiar con cosas que solo los martirizaban.

Siempre se ha dicho que ningún padre debería enterrar a un hijo, pero viendo a Tata con los ojos hinchados de llorar y aún así ocupándose de todos, o a Alina salir por la puerta de recogida de equipajes, cayendo como un peso muerto en mis brazos, pensé que el sufrimiento no debe de entender de lazos de sangre, ni mucho menos de edades, porque en aquel ático, horas más tarde del fatal acontecimiento, cada uno se sobreponía como podía, pero todos parecían igual de destrozados.

Tener claro que ese día llegaría, no había hecho que el golpe fuera menor, y la prueba más evidente era que Jorge seguía desaparecido y nadie conseguía hacerse con él.

Sus padres, Alina, Marco —que estaba de camino—, todos habían intentado localizarlo. Todos menos yo. Porque, de haber querido ser encontrado, habría cogido el teléfono con la primera llamada.

No había conseguido dormirme cuando oí ruido en la planta de abajo. Al principio pensé que sería Marco, pero las pisadas inseguras por las escaleras, los golpes que indicaban que, quien fuera que avanzaba hacia mí, lo hacía rebotando de pared a pared, me dieron a entender que Jorge había aparecido después de una larga charla con una botella de bourbon.

Entró en la habitación trastabillándose y maldiciendo al chocar con el sillón, a punto de caer sobre él. No reparó en mí, así que lo observé mientras intentaba quitarse la ropa con movimientos torpes.

Me dolía verlo así, pero tampoco sabía qué podía esperar de él en ese estado, ni mucho menos que esperaba él de mí, así que cuando se volvió y caminó hasta la cama —o más bien arrastró los pies sosteniéndose contra la pared—, mi instinto fue fingirme dormida.

Se dejó caer, y solo reparó en mi presencia, cuando su mano muerta tocó mi brazo. Gruñó rodando hasta mi cuerpo y me destapó. Si no hubiera estado despierta, después de aquello lo estaría seguro, pero como no había forma de que alguien que no parecía capaz de mantener el equilibrio razonase tanto, permanecí con los ojos cerrados.

Sin su cuerpo para darme calor, las sábanas se sentían demasiado frías, por lo que esa noche me había puesto un pijama.

Cuando sus dedos temblorosos comenzaron a desabrochar los botones que mi camiseta tenía a la altura del pecho, me tensé. A mi nariz llegaba un fuerte olor a

alcohol, y hasta su pelo tenía un intenso aroma a tabaco, que nada tenía que ver con su sexy matiz habitual.

Consiguió deshacerse de los cuatro botones, dejando a la vista mi esternón y parte de mis pechos. Me asusté cuando su cabeza descendió. Quería a Jorge, lo quería con toda mi alma, pero no estaba dispuesta a acostarme con él en esas condiciones. Juré que sería todo lo que él necesitase, pero no iba a ser algo que ni siquiera recordase haber hecho.

Abrí los ojos y levanté una mano para detenerlo, pero me frené en cuanto empezó a hablar a unos centímetros de mi piel.

—Perdóname, nena —dijo antes de besar con cuidado la parte de mi cuerpo que su codo había golpeado—. No he sabido protegeros y... a ti también acabaré perdiéndote.

Su voz era más áspera que de costumbre, y las sílabas resbalaban entre sus labios, haciendo que sus palabras no fueran demasiado claras. Pese a ello, sabía que todas y cada una de ellas eran justo lo que sentía, y su seguridad me destrozaba al corazón.

Estuve a punto de contestarle, de acariciar su pelo para calmarlo, pero entonces sentí una gota en mi piel desnuda. Luego otra, y otra, y otra... Mi hombre roto estaba llorando.

—Le fallé —balbuceó limpiándose con el dorso de la mano—. A ella ya no puedo pedirle perdón —lamentó sobre mi pecho—. Lo voy a estropear todo, Lucía —sorbí por la nariz mientras intentaba secar sus lágrimas sobre mi cuerpo—. Le prometí que ella siempre sería mi chica y...

Calló, y abrazándose a mí, lloró sin consuelo mientras yo apretaba los dientes y los ojos con fuerza para no acompañarlo.

Pasaron por mi mente imágenes de él sonriendo. Del Jorge que parecía invencible detrás de su máscara de tentadora arrogancia, de perversa invitación. Esa máscara que ahora había caído, dejándolo solo ante su peor pesadilla. Rori se había ido.

Cuando su respiración se fue pausando y sus sollozos remitieron, me permití abrir los ojos. Tenía sangre seca por la cara y el pelo, pero lo que realmente me preocupó, fue ver que su mano, aparte de ensangrentada, estaba considerablemente hinchada.

Me revolví bajo su cuerpo. Tenía que limpiarle la mano. Quizá hasta debiera arrastrarlo a un hospital para que se la vieran, o al menos ponerle hielo.

—No te vayas —rogó apretándose con más fuerza—. Por mucho que lo joda todo, no te rindas conmigo.

—Shhh —lo envolví con mis brazos—. No voy a ir a ninguna parte.

Solo entonces me permití arrullarlo dándole algo de alivio, sin imaginar que la culpa sería demasiado grande como para menguar entre mis brazos, y que ni mucho menos lograría dejarla atrás.

Jorge acabaría ahogándose en sí mismo. Se ahogaría en todas las lágrimas que no se iba a permitir de ahí en adelante, en los silencios detrás de los que escondería su dolor, y yo tendría el agonizante privilegio de ver la debacle en primera fila, sin poder hacer nada para salvarlo, para salvarnos.

EXPIANDO PECADOS

(JORGE)

—Mi vida, tienes que levantarte.

Su voz era una de las cosas que siempre me hacían sentir bien —y más cuando tocaba mi pelo cariñosa—, pero algo en mi cerebro sabía que no quería escucharla. Que ese día, lo único que necesitaba mi cuerpo era olvidarse del mundo y seguir durmiendo para evitar esa resaca infernal.

—Llevo intentándolo un buen rato —escuché que decía por encima de mí—. Quizá a ti te haga más caso.

Noté cómo el colchón se movía a mi lado al retirarse.

—Vamos, hermano. Hora de salir de la cama —insistió Marco obligándome a girar para ponerme boca arriba. Por un momento sentí alegría por tenerlo en casa. ¿Cuándo había...?—. Si eres lo bastante hombre para emborracharte una noche, lo serás para estar donde debes estar por la mañana —interrumpió mis pensamientos.

Me tapé los ojos con el antebrazo cuando la luz del sol me golpeó en la cara, trayendo de vuelta lo que intentaba por todos los medios mantener dormido. La explicación a por qué él estaba plantado a mi lado con un traje, y Lucía, pese a estar claramente derrotada, parecía un maldito ángel vestido de negro.

“Ya se la han llevado. Todo ha acabado”

La puta realidad explotó dentro de mi pecho, arrastrándome a un infierno mucho más profundo que aquel en el que creía estar pasando por la resaca.

Después de asimilar la situación, me levanté ignorando los dos pares de ojos que estudiaban cada uno de mis movimientos. Como si fuera un niño pequeño que en cualquier momento puede caer, o más bien alguien impredecible a punto de explotar. Entonces vi mi mano hinchada y vendada, y comprendí que podría deberse a que ya había dado suficientes muestras de inestabilidad.

Recordar a Lucía en el suelo de casa de mis padres, a mi chica fuerte que había podido con todo por mí durante meses, fue la puntilla para hacerme sentir la mierda más grande del mundo, y los flashes de la noche anterior me obligaron a agarrarme al lavabo. Recuerdos borrosos de cómo había llorado entre sus brazos. De la manera en la que se había arrodillado al borde de la cama para curarme las heridas y cubrirme la mano con una venda después de ponerle hielo. O del cuidado con la que se aseguró de no dejar ningún rastro de sangre ni en mi cara ni en mi pelo. Imágenes de todo lo que no era digno de recibir.

Me metí en la ducha, dejando que el agua helada me golpease el cuerpo como cuchillos clavándose por todas partes. Dolor era lo único que sentía, y dolor era lo único que merecía. Ese sería mi primer pensamiento cada mañana de ahí en adelante hasta que ella también se hubiese ido.

Podía escucharla en el baño terminando de arreglarse para ir a trabajar. Pese a que sabía que no estaba dormido, procuraba no hacer ruido. El silencio se había convertido en otro habitante de la casa, uno que yo había colocado justo entre nosotros, y ella lo soportaba... porque me quería.

Me lo repetía cada noche cuando creía que no la escuchaba. Pero lo hacía. Cada día. Solo que nunca le contestaba. Ni a eso, ni a casi nada.

La última noche que conseguí dormir de verdad, fue la que mi repentinamente nombrado mejor amigo, el señor Bourbon, me regaló unas horas de inconsciencia. Sí, la misma noche que Rori se fue. La misma que toqué por última vez a Lucía, o permití que me consolase.

No sé cuantos días habían pasado desde entonces, porque todos me parecían iguales. Me levantaba, iba a trabajar y, cuando volvía a casa, pasaba horas y horas sentado en el jardín fumando. Me acostaba dándole la espalda, dejando que los minutos pasasen hasta que ella se levantaba para ir a trabajar, y entendía que tenía que empezar de nuevo el ciclo. Trabajar, fumar, acostarse.

Comía de vez en cuando —gracias a ella, por supuesto—, y procuraba mantenerme lo más alejado posible de cualquier botella de bourbon, lo que no siempre conseguía. Ya me sentía lo suficientemente miserable sin el extra de una resaca, pero al menos el alcohol lograba disolver mis pensamientos de vez en cuando.

Durante el tiempo que Marco estuvo con nosotros, se empeñó en intentar hacerme reaccionar, pero sinceramente, si Lucía no lo había conseguido... ¿qué cojones le hacía pensar que él podría?

No voy a decir que no lo intentase. Incluso al estilo Giordano, soltándome una hostia para ver si me encabronaba y se la devolvía, todo tras haberme gritado por comportarme como un cobarde, escondiéndome detrás de mi escudo de mutismo.

Lo único que consiguió, fue que encajase el golpe con entereza y moviera la mandíbula para asegurarme de que no me la había partido, apartando a Lucía en cuanto se puso en medio de nosotros creyendo que nos liaríamos a puñetazos.

Acabó desistiendo, como lo fueron haciendo todos después de él. Mi madre, mi padre, Alina, incluso Hannah, que creyó saber cómo ablandarme, y me llevó a Aurora pensando que la niña me haría hablar. Con lo que no contaba, era con que la pequeña entendiese mejor que ellos que lo único que quería era que me dejasen en paz, y solo había cerrado su manita sobre la mía, y con su cabecita apoyada en mí, había suspirado mirando cómo su madre abrazaba a Lucía, posiblemente para ocultar sus lágrimas.

Era perfectamente consciente de lo que le estaba haciendo. De lo pálida que estaba porque tampoco dormía apenas. De que la ropa cada vez marcaba menos cada una de sus formas curvas. De que hacía siglos que no reía, pero sin embargo, y aunque se escondiese para hacerlo, lloraba a diario. Pero sobre todo era consciente de que, pese a todo eso, no había dejado ni por un segundo de tener esperanza.

En cuanto vi que salía del baño, me levanté para ir a ducharme. Me crucé con ella sin ni siquiera mirarla, tratándola como la desconocida en la que quería con toda mi alma que se convirtiera para mí, o siendo el cabrón que necesitaba que ella asumiera que era. Para que se alejara. Para que se fuera lejos y sin mirar atrás.

—Si quieres que me vaya, deberías probar a pedírmelo —dijo reteniéndome por el brazo como si hubiera leído mi pensamiento—. Pero si quieres que me quede, vas a tener que empezar a poner algo de tu parte.

—Deberías aprender a leer entre líneas —respondí con voz ronca, pretendiendo sonar creíble.

Sentí sus dedos caer inertes, soltándome como si le quemase, y otro latigazo de angustia me golpeó al ver la decepción en sus ojos. Se recompuso enseguida e, inspirando con fuerza, estiró su cuello para dejar un beso en mi mejilla sin que pudiera evitarlo.

—Castígame cuanto quieras. No voy a rendirme contigo —reconoció recogiendo su bolso y haciendo resonar sus tacones escaleras abajo.

No lo hizo, porque esa misma noche, volvió a decirme que me quería mientras yo me hacía el dormido dándole la espalda a ella, y a todo lo que significaba que siguiera a mi lado.

Lo que no comprendía, es que no la estaba castigando a ella, porque ver su tristeza cada vez que hacía como que no existía, era como clavarme un jodido picahielos directamente en el corazón. Me castigaba a mí, negándome lo único que podría darme un puto segundo de felicidad, tenerla a ella.

Me torturaba tirando por tierra el amor en el que había conseguido que confiase. Y con cada te quiero que me decía, cada beso que me daba sin tiempo para esquivarla, o cada pregunta a la que no le respondía, solo hacía que sintiera más repugnancia por mí mismo. Lucía merecía mucho más que toda mi miseria.

¡Era yo el que no merecía nada! ¡Ni que me mirase, ni que me hablase! Quería que se diera cuenta de que no valía la pena y que tirase la toalla. Que me abandonase. Así viviría en mis propias carnes lo que le había hecho a mi hermana. Sentiría cómo la persona a la que más quieres en el mundo te da la espalda justo cuando más la necesitas. Eso era lo que yo le había hecho a Rori, y eso sería con lo que tendría que aprender a vivir durante el resto de mis días.

Lo había prometido, ¡maldita sea! Juntos hasta el final. Pero cuando había llegado el final, había estado demasiado ocupado construyéndome mi nueva vida como para sujetar su mano.

Lo único que tenía que hacer era estar con ella. Asegurarme de que no tuviera miedo. Que se fuera con una sonrisa, sabiendo que la quería y que nunca jamás la olvidaría. Pero en lugar de hacer todo eso, la dejé sola. Mis ojos no fueron lo último que vio, ni mi voz lo último que escuchó.

Como si no me sintiera ya suficientemente culpable por mi traición, el recuerdo de aquel día me perseguía, porque de no haber sido por el fatídico desenlace, habría pasado a ser uno para recordar.

No podía dejar de pensar que, mientras un fallo multiorgánico me dejaba sin la que siempre había sido mi chica, yo estaba disfrutando de la que se había ganado el privilegio de arrebatarme el título. Mientras el corazón de Rori se detenía de forma definitiva, yo estaba metiéndole mano a Lucía por cualquier rincón de la ciudad, atrapándola bajo mi cuerpo tirados en el césped, o peor todavía, follandola como un animal en un jodido túnel de lavado.

Mi móvil sonó justo antes de que abriera la mampara para meterme en la ducha, y como los últimos acontecimientos me habían enseñado a no ignorar ese aparatito nunca más, cerré el agua y volví a la habitación para recogerlo de mi mesita.

«Sé que piensas que no debería seguir queriéndote... pero estoy enamorada y lo seguiré estando. Me hundiré con este barco. White Flag de Dido. Puedes incluirla en nuestra lista»

Ahí estaba la razón por la que tenía que hacer lo que fuera por alejarla de mí. Porque no tenía derecho a que alguien me quisiera de esa manera incondicional. A que ella estuviera dispuesta a aguantar todo lo que viniera, con la esperanza de que, algún día, el Jorge que le había prometido un despacho y una casa llena de dibujos con ella como única protagonista, regresase.

Me metí en la ducha girando el mando hasta que el agua salió completamente helada, y tuve que reconocerlo una vez más. Dolor era lo único que sentía, y dolor era lo único que merecía.

Era sábado, y por algo que no sabría explicar, ese día ya no quería ser la Lucía que llora a escondidas o se lamenta. No podía ser ni un segundo más la persona triste en la que me estaba convirtiendo mientras lo contemplaba compadecerse, por mucho que cada mañana me arreglase como siempre y tratase de aparentar normalidad de puertas para fuera.

Llevaba demasiado tiempo siendo una sombra, porque en lugar de estar sacando a Jorge de su agujero, me estaba haciendo un hueco nada confortable a su lado. Aunque estar a su lado... ya no significase estar con él.

De modo que, como era sábado, yo me había levantando con espíritu de rubia, y estar en casa todo el día soportando el vacío al que me sometía Jorge, repentinamente me apetecía tanto como un exorcismo, había quedado con las chicas para almorzar después de hacer la compra.

Adriana nos había citado en el restaurante, y pese a que a esa hora estaba más que cerrado, cuando entré usando mi propia llave, las dos esperaban en una mesa cubierta de chucherías y aperitivos. Nada típico para un almuerzo.

—¿Y este despliegue tan poco apropiado para media mañana? —pregunté con recelo a pesar de estar llevándome la primera gominola a la boca.

—Pues he pensado —comenzó Adri, mostrándose felizmente orgullosa de su iniciativa—, que como hace mucho que no podemos disfrutar de una noche de chicas, porque yo trabajo casi todas —señaló todo lo que nos rodeaba—, Ricitos de Oro nunca sabe si le va dar el apretón, y va a reclamar los servicios de semental de Rubén —la aludida hizo una mueca desdeñosa mientras me acomodaba en mi silla—, y tú estás demasiado ocupada dándote cabezazos contra el muro de hielo en el que se ha convertido Jorge —sonreí con ironía en respuesta—, vamos a tener una mañana de chicas al estilo criticar, beber y reír —dijo agachándose para coger una botella de cazalla del suelo—. Y más nos vale ser rápidas, porque en hora y media esa cocina debe estar a pleno rendimiento.

No había que ser especialmente inteligente para saber que hacía aquello por mí, y la quería con locura por ello. Por recordarme que el mundo seguía tal y como lo dejé ahí afuera, preparado para acogerme en cuanto me diera la oportunidad de dejar de fustigarme con el rechazo de Jorge.

Las pocas veces que me permitía reconocer que no podía más, era a ella a la única a quien llamaba. Se presentaba en casa dispuesta a partírle las piernas a Jorge, aunque al final se conformase con tranquilizarme, y se apiadase de él al verlo incluso más retraído y desmejorado cada día.

—Me apunto a eso —alcé mi mano para chocarla con la suya con infinita gratitud—. ¿Van?

—Yo voy servida con un refresco de naranja —pretendió esquivar nuestras miradas centrándose en el cuenco de encurtidos.

—¡De eso nada! —protestó Adriana poniendo un vaso de chupito justo delante de ella.

—Venga, Vanesa. Hazlo por mí y mi salud mental —llamé su atención quitándole la comida, y no me pasó por alto la sonrisa satisfecha de Adriana—. Pedir un refresco en una noche de chicas... es como ir a un puticlub a por un abrazo —rodó los ojos poco conforme con mi comparación—. Un chupito y luego rebajamos a cerveza, que tengo el coche en la puerta.

Definitivamente estaba comprometida con el almuerzo de rescate y, de pronto, estar allí, con ellas, me hacía sentir viva por primera vez desde que todo se vino abajo.

—¿Estás comparando mi restaurante con un puti? —me acusó Adri sin poder evitar reírse.

—No, le estoy recordando a Van que una vez que entras, hay que llegar hasta el fondo —dije con una sonrisa pícaro, tendiéndole mi vaso para que lo llenase.

—Hablando de llegar hasta el fondo —Vanesa imitó mi movimiento uniéndose al plan chupito—, ¿qué tal tu cita del otro día? —preguntó dirigiéndose a Adriana.

Como seguirle el ritmo a su vida sexual —que no sentimental— últimamente era tan complicado como que Jorge usase sus cuerdas vocales, me limité a esperar para descubrir quién era el polvo de turno.

—Lo típico, ya sabéis —se encogió de hombros regalándonos una mirada misteriosa—. Aarón pasó a recogerme al terminar de trabajar, y puesto que sigue sin parecer políticamente correcto lo de quedar solo para follar, fuimos a tomar una copa.

—Vaya putada ¿eh? —me burlé—. Irte a tomar una copa con la de sábanas frías que hay por el mundo esperando que las calientes.

—La putada fue encontrarnos con Javi mientras Aarón se aseguraba con su lengua de si las muelas del juicio me estaban saliendo rectas o torcidas —confesó alzando su vaso y acabando con su contenido de un solo trago.

—¿Y cómo fue el reencuentro? ¿Amistoso? —indagó Vanesa sin haber captado el sarcasmo en cada palabra.

Yo sabía de primera mano —porque intentaba que mi amistad con Javi no se resintiera después de lo suyo con Adri—, que él estaba en fase de negación. En esa bonita etapa después de la ruptura en la que crees que tu ex es como... como que te salga un orzuelo descomunal el día que te hacen la foto para el carnet de conducir, pero que aún así, algo en ti —algo con lo que permaneces cabreado día y noche, pero que no hay forma de que deje de joder—, se muere por recuperarlo.

—Fue tan bien que le propuse hacer un trío —apuntó mordaz—. ¡¿Tú cómo coño crees que fue?! —

Vanesa dio un respingo en la silla sonrojándose, y yo cada vez sentía más como si nada hubiera cambiado.

—Adri, sabes que os movéis por círculos similares, tarde o temprano iba a pasar —tercié para calmarla.

—Lo sé, lo sé —reconoció haciendo un sutil gesto de disculpa hacia Vanesa—. Pero sería agradable no tener que encontrarme con él a menudo, sobre todo si va a seguir mirándome como si hubiera sido yo quien mató a la madre de Bambi.

—Siempre es más fácil pensar que el otro ha tenido toda la culpa... —le recordé ofreciéndole las chucherías que tenía monopolizadas.

Se levantó y trajo a la mesa unos botellines de cerveza mientras la mirábamos asegurándonos de que estaba bien. Sabía que lo último que quería era hacerle daño a Javi, y ella tampoco lo pasaba bien después de encontrárselo, por mucho que no hablara de ello.

—¿Qué hay de Rubén? —interrogó a Vanesa señalando su vaso de chupito.

—Rodri va a venir un par de días a hacer unos trámites en la universidad... y lo he invitado a quedarse en casa —confesó apurando su cazalla hasta el fondo.

—¡Ja! ¿Cuándo empezamos a competir por ver quién era la más golfá del grupo? —rió Adriana chocando su cerveza con la que ella intentaba llevarse a la boca para calmar el ardor del chupito.

—¿Y esperas que Rubén se lo tome igual de bien que Javi y proponerles tú también un trío? —me uní a la cata de cerveza.

—Espero que se lo tome de dos veces si de una no le parece bien —aseguró la rubia con decisión antes de argumentar—. Él quiere estar conmigo, y yo acepté bajo mis condiciones —se encogió de hombros restándole importancia—. No somos una pareja, y no tenemos por qué darnos explicaciones.

—Creo que solo te gusta ese plan porque sabes que va a ser un buen chico —le recriminó Adriana—. Y si no lo es, te dará la excusa perfecta para correr en dirección

contraria —la retó a negárselo—. Sigues estando demasiado castigada como para exponerte a una relación con él —sentenció antes de dar otro sorbo y dejarla clavada a la silla—. Reconócelo. Invitar a Rodri... Esa falsa relación abierta con Rubén... Pepito Grillo diría que intentas ser alguien que no eres.

Desde mi punto de vista, Adri no podía tener más razón, pero decidí no intervenir.

—¡Pero si tú eres mil veces peor que yo! —se defendió con tanto ímpetu que casi tiró el botellín.

—Pero yo soy Adriana, y a mí no darle importancia a los hombres me sale solo —se justificó apoyando los codos sobre la mesa para acaparar toda su atención—. Pero tú eres Vanesa, y a Vanesa, alias mi pequeño poni rosa con purpurina, le gusta ir al cine y pasear de la manita. Le gusta soñar con la casita con jardín y niños rubios correteando por él —le dio tiempo para desmentirlo, pero al ver que no hablaba, continuó—. Soy la primera que siempre te animará a probar y vivir experiencias, pero asegúrate que tu etapa rebelde acabe antes que la paciencia de Rubén, porque está demostrando ser realmente bueno para ti y tú... Digamos que me pica la palma de la mano cada vez que le haces un desplante.

—Dejemos de hablar de mí —exigió la aludida apuntando a mi chupito todavía intacto—. ¿Algo por lo que brindar? —preguntó con delicadeza, sabiendo cuál era mi situación.

—Veamos... Podemos brindar porque Jorge sigue sin superar lo de Rori, y ni tan siquiera intentarlo —le di una vuelta al vaso sobre la mesa—. Podemos brindar porque parezco haberme convertido en un mueble más de la casa. O ni eso, porque los muebles los toca, aunque sea para sacar algo de dentro —levanté el vaso hasta la altura de mi boca—. O podemos brindar porque me paso las noches sin dormir al lado de otra persona que sé que tampoco lo hace, pero a la que no puedo acercarme, a menos que quiera ser rechazada o ignorada por vez... he perdido la cuenta.

Con un golpe de muñeca, volqué el contenido del pequeño vaso hasta sentir el calor descender. La mano de Vanesa se posó sobre la que tenía en la mesa, y Adri cogió la que sostenía el vaso en cuanto lo solté.

—También podríamos brindar porque habéis conseguido hacerme reír —sonreí sin poder ocultar mi tristeza—, pese a que sigo teniendo ese nudo en el estómago que me recuerda que ya no sé si algún día volverá a quererme como lo hacía, a besarme como lo hacía, a sonreírme como lo hacía... —hice una mueca para intentar frenar las lágrimas, apretando mucho los labios—. Echo de menos que me abrace por la espalda mientras decido qué me voy a poner —Vanesa acariciaba el dorso de mi mano, y Adriana apretaba los dientes porque odiaba verme llorar—. O que se quede en la puerta del baño viendo cómo me maquillo —sorbí por la nariz con bastante poca feminidad—. Quiero que vuelva el Jorge que me hacía tortitas. El que me prometía un mañana siempre mejor. Ahora los mañanas son... cada vez peor.

—Todo se arreglará —aseguró la primera con su familiar inocencia.

—Lucy, creo que deberías intentar que reaccione, para bien, o para mal —recomendó la segunda, bastante más realista—. Sabes que si lo dejas seguir así, se va a meter tan al fondo del pozo, que tu brazo ya no llegará a sacarlo —asentí sabiendo que habían pasado demasiados días desde que despedimos a Rori, y la actitud de Jorge no había mejorado en absoluto. Al contrario—. Seguramente solo su voluntad sea lo que pueda hacerlo cambiar. Por eso no deberías dejar que te arrastre con él, a menos que estés segura de que en algún momento lo va a intentar.

Después de un par de pañuelos para secarme la desazón, otra cerveza para recordarme entre comentarios maliciosos contra mis amigas la persona que solía ser, y risas suficientes como para volver a enfrentarme al hombre del corazón en modo avión, cogí el coche de vuelta a casa.

Siempre he pensado que hay algo mágico en la forma en la que miran algunas personas. En la calidez con la que sus palabras llegan a tus oídos, o mucho más adentro, directamente a tu corazón. En lo dulce de sentir el roce de sus labios contra los tuyos. En conocer cada uno de sus pequeños gestos cotidianos y saber interpretarlos.

Mientras observaba a Jorge sentado en el jardín, lo único de él que me seguía resultando familiar, era el pitillo que sostenía.

Casi no podía recordar la forma en la que me miraba, porque ya no me veía. Ni cómo me susurraba siempre al oído antes de darme un mordisco en la mejilla, porque raramente me hablaba. Y lo más cerca que sus labios habían estado de los míos, era cuando intentaba que se comunicase conmigo, sosteniendo su cara entre mis manos yuplicándole que volviera a mí, y eso había dejado de intentar hacia mucho. Incluso compartiendo casa, Jorge se había transformado en un extraño.

Había días que seguía preguntándome por qué lo intentaba. Por qué seguía sentándome frente a él, en silencio, esperando algo, lo que fuera, aunque se tratase de un reproche para culparme de haberlo alejado de ella ese día.

A esas alturas, prefería su odio a su indiferencia, porque eso significaría que al menos seguía sabiendo que estaba ahí. Pero mientras yo intentaba que sus ojos me volvieran a reconocer, el siempre apartaba la mirada.

Apenas había vuelto a ver a sus padres desde el funeral, y se negaba en redondo a entrar en su casa. Alina era la única que lograba arrancarle más de tres palabras seguidas, y todos pensábamos que era porque hablaban por teléfono, y eso le permitía seguir apartado del mundo real.

En cuanto a mí... Sabía que lo estaba perdiendo, y era como sentir que un agujero negro se estaba formando dentro de mí. Sabía que el fondo del pozo del que hablaba Adriana ya estaba demasiado cerca.

Los primeros días traté de darle espacio. Me sentía tan responsable de que no hubiera estado con ella cuando todo acabó... Lo triste es que nunca pareció enfadado conmigo, solo ido. Distante. Frío.

Estaba preparada para ser su saco de boxeo. Era una luchadora, sabía encajar los golpes. Pero su pasivo rechazo era más duro que cualquier puñetazo directo al estómago. Como cuando le decía que le quería, cada noche, y el fingía no escucharme. O cuando alargaba mi mano para acariciarlo en la cama —esa que ahora parecía enorme y nos mantenía siempre alejados—, y él se tensaba bajo mis yemas, incómodo por mi contacto, justo antes de apartarse.

Ese día no tenía nada de diferente a los anteriores. O quizá sí, porque mientras cruzaba el jardín cargada con la compra, levantó la cabeza para mirarme.

Mis manos estaban rojas y doloridas por el peso de las bolsas y sus ojos viajaron de ellas hasta los míos. Si no fuera porque estaba mirándolo directamente y su boca permanecía cerrada, juraría haberlo escuchado. “¿Por qué te empeñas en seguir cuidándome?” me gritaban aquellas pupilas desconfiadas.

Puede que eso fuera lo que me empujó a dejar de conformarme con su silencio, a estirar la mano para agarrarlo, y tirar con fuerza antes de que llegase a hundirse por completo.

Solté las bolsas y me paré delante de él sorprendiéndolo.

—Jorge, tenemos que hablar —dije aparentando tranquilidad, pero estaba segura de que él también podía escuchar los latidos erráticos de mi corazón—. Mírame, por favor —rogué sin poder evitar que mi voz flaquease, apoyando mis manos sobre sus rodillas.

Las cogió, y sus pulgares comenzaron a acariciar las marcas de las pesadas bolsas en mis dedos. Suspiré aliviada. Me estaba tocando, y por un segundo tuve de vuelta una pequeña parte de él.

Fue tan solo una ilusión, porque cuando nuestros ojos se encontraron, estaban tan vacíos como siempre. Parecía tan cansado...

—Te quiero —le recordé intentando entrelazar mis dedos con los suyos.

Esas dos palabras parecieron sacudirlo, y me soltó de inmediato, girando la cara para no verme.

—No.

Su negativa sonó firme, pero yo ya estaba decidida a sacarlo del letargo en el que parecía sumido, aunque fuera a rastras. Tomé su barbilla para colocarla a la altura de la mía.

—No puedes seguir así.

Su determinación pareció amainar, así que me animé a dar un paso más, soltando su cara y dirigiendo mi mano hacia su pelo. Se levantó bruscamente, dándome la espalda y caminando en dirección a la casa.

—¡No te atrevas a darme la espalda, maldita sea! —voceé siendo más rápida e interponiéndome en su camino—. Hacer como si tú tampoco estuvieras vivo no va a traerla de vuelta —le reproché con tono desafiante.

—Cierra la boca, Lucía.

Trató de esquivarme, pero imité su movimiento bloqueándole el paso.

—¿Crees que ella querría esto? —lo empujé para que dejase de intentar escapar—. ¿Crees de verdad que Rori desearía verte así?

—¡Cierra la puta boca! —me señaló amenazante.

—Eso es, ¡grítame! —le di otro golpe más fuerte haciéndole retroceder—. Dime que me odias —lo reté con un nuevo empujón, viendo que el enfrentamiento era lo único que parecía hacerlo reaccionar—. Que no vas a perdonarme nunca por haberte obligado a estar lejos de ella ese día.

—¡No sigas! —se llevó las manos a la cabeza, como si lo que decía lo estuviera volviendo loco.

Dios, me estaba destrozando verlo así, pero era la primera vez que mostraba algún tipo de emoción, y no pensaba detenerme.

—Cúlpame de quitarte la oportunidad de despedirte.

Él retrocedía negando atormentado, y yo avanzaba manteniendo la distancia entre nosotros.

—¡Cállate ya! —exigió agarrándome por las muñecas.

—No quieres escucharme pero vas a hacerlo —tiré de mis manos para intentar soltarme, pero me retuvo aumentando la fuerza hasta casi lastimarme—. No sé lo que es perder a un hermano, y ojalá jamás tenga que averiguarlo —aflojó su agarre, manteniéndome la mirada con cautela—, pero sé lo que es sentir que cada día te pierdo un poco más a ti, y no voy a cruzarme de brazos ni a ponértelo fácil. Ya no.

—¿Por qué tienes que ser tan condenadamente testaruda? —soltó mis muñecas con un gesto rudo, para acabar frotándose la cara con desesperación—. ¿Por qué no haces lo que haría cualquiera cuando ve que no lo quieren en un sitio?

Eso último pareció decirselo más a él mismo que a mí, porque su tono había bajado y sonaba a reflexión.

—Porque no soy cualquiera —aclaré deteniéndolo y apartándole las manos para que viera en mis ojos seguridad—. Soy tu pequeña rebelde —asintió, y creí ver un destello de orgullo atravesar sus pupilas—. Porque aguantaré tu silencio hasta que vuelvas a querer llamarme nena —sus hombros cayeron y exhaló con fuerza—. Porque no importará cuánto te alejes, yo seguiré creyendo que al final siempre nos encontraremos, con o sin hilo rojo —reconocí mientras las lágrimas empezaban a correrme por las mejillas—. Porque puede que no lo recuerdes, pero me pediste que no me rindiera contigo, y no voy a hacerlo —ahora eran sus ojos los que parecían humedecerse—. Porque le prometí a ella que me mantendría a tu lado, que te cuidaría incluso cuando no te dejases, y no pienso faltar a mi palabra —dije entre sollozos—. Porque te quiero, y nada de lo que hagas va a impedir que siga sintiendo que todo cobró sentido cuando tú apareciste.

Me limpié las mejillas, y respiré un par de veces intentando calmarme bajo su atenta mirada. Entontes pasó lo que llevaba semanas anhelando. Sus brazos se abrieron para recibirme. Me lancé sobre él, apretando con fuerza su cuerpo contra el mío, sintiendo que algo de nosotros podía recomponerse con aquel abrazo.

—No te irías aunque te lo pidiera —suspiró apoyando sus labios sobre mi cabeza—. No voy a convencerte de que te alejes.

—No voy a ir a ningún lado —negué contra su pecho, evitando apartarme ni un milímetro de él—. Bueno, pensaba ir por la tarde al estudio —expliqué alzando la cara para verlo. Sus preciosos ojos rasgados me contemplaban como si tratase de memorizar cada poro de mi piel—. Necesito terminar unas cosas para el blog, pero puedo intentar hacerlo desde casa si prefieres que esté aquí —le sonreí con timidez, y sus labios se tensaron tratando de devolverme el gesto.

—No, ve —dijo subiendo sus manos hasta mi cuello y masajeándolo con sus pulgares—. Tienes que seguir ocupándote de tus cosas, ¿está bien? —su voz era extrañamente exigente—. Independientemente de mí, vas a levantarte cada mañana y a seguir luchando por tu sueño —como no le respondía, porque estaba inmersa en la maravillosa sensación de su tacto sobre mi piel, insistió—. Prométemelo, Lucía. Ya has demostrado que cumples tu palabra. Necesito que prometas esto también.

—Voy a levantarme cada mañana, a tu lado —maticé colocando mis manos sobre las suyas—, y a seguir luchando por mi sueño mientras tú retomas el tuyo.

Asintió pese a que su rostro mostraba duda. Me estiré para dejar un beso en su mandíbula, y el aprovechó para atraerme hacia él. Después de un momento en el que nuestros labios se juntaron y volví a sentir su calor, apoyó su frente en la mía.

—Yo también te quiero, Lucía.

—Hola, mamá —descolgué al tiempo que abría la puerta del estudio.

—Lulita, sé que te vas a enfadar porque no te haya avisado, pero estoy preocupada.

—Preocuparse parece ser el hobby preferido de los Montaner —lamenté cerrando desde dentro y dirigiéndome al despacho—. Suéltalo, ¿por qué se supone que debo enfadarme? ¿Has vuelto a dejar que papá se gaste una pasta en alguna máquina de esas que realmente no necesita?

—Estoy en el tren. Llego a Valencia en... —hizo una pausa que deduje que sería para mirar su billete—, dos horas y media. ¿Podrás ir a buscarme?

No puedo decir que me sorprendiera que Marisa se hubiera lanzado al rescate, por mucho que yo le repitiera cada día que llevaba bien todo lo que había pasado, y que me hubiera cuidado de no profundizar demasiado en el estado de Jorge. Su radar para las mentiras funcionaba casi mejor que el de Adriana.

—Hombre, pues no te voy a dejar en la estación —bromeé, pensando que al menos iba a llegar cuando todo parecía reencauzarse—. Conociéndote, eres capaz de coger el metro y aparecer en el aeropuerto en lugar de en la playa.

—Sobre eso... He pensado que mejor me quedo en tu casa —explicó con esa vocecilla que decía que de verdad le había dado vueltas antes de decidirse—. Solo quiero estar cerca por si me necesitas —esa era mamá pato abriendo el ala para que el pequeño patito se resguardase debajo—, y Jorge ya tiene bastante como para que encima llegue yo a...

—¿A ordenar y limpiar todo? —pregunté en tono socarrón, sabiendo que mi madre lo pasaría realmente mal si tenía que reprimir sus instintos de repulida en casa de Jorge.

—¡Tendrás valor de quejarte! —replicó ofendida—. Si no hubiera sido por mí, en tu salón se podrían haber plantado patatas más de una vez.

—No osaré negarlo —respondí todavía riendo—. No te preocupes, *ma*. Estoy segura de que estará encantado de verte por casa —y yo, aunque no lo vaya a reconocer, te necesito allí, habría añadido si eso no significase dar demasiada información.

—Nos vemos en la estación entonces.

—Allí te espero —aseguré encendiendo el ordenador—. Llegaré pronto, así no tendrán que llamarme por megafonía para que pase a buscar a una madre que llora abrazada a su maleta —la piqué.

—Te va a hacer la comida estos días... ¡tu madre! —refunfuñó sin evitar reír.

—¡Eso espero!

Mientras me preparaba psicológicamente para actualizar el blog —con todos los inconvenientes, desastres, y demás cagadas que eso iba a implicar antes de rendirme y llamar a mi hermano para que lo solucionase—, agradecía que la actitud de Jorge hubiera mejorado justo antes de que mamá apareciera, antes de que viera hasta qué punto las cosas se habían puesto feas en realidad, y cuánto me estaba afectando.

—Vaya con la casita de la playa... —se sorprendió al entrar.

No podía dejar de mirar en todas direcciones prendada del jardín que, pese a no estar ni la mitad de cuidado de lo que Jorge solía tenerlo cuando nos conocimos, lucía colorido y acogedor.

Había superado la primera fase del reconocimiento. Tras mirarme de arriba abajo y morderse el labio con cierto aire preocupado, simplemente me había abrazado, diciendo que estaba orgullosa de mí, dejándolo a mi libre interpretación, pero haciéndome sentir de forma inmediata mucho más ligera.

—Espera a verla por dentro —le guiñé un ojo mientras cargaba con su maleta, extrañada de que Jorge no estuviera por allí.

Al acceder al salón, me sorprendió toparme con Ana sentada en el sofá con la mirada perdida. Imaginé que se habría acercado a comprobar cómo seguía su hijo, pero su rostro no parecía reflejar tranquilidad, así que temí que no hubiera estado tan receptivo con ella como lo había estado conmigo unas horas antes, y que tuviera que arrepentirme de no haber dejado a mamá en mi piso.

—Ana, qué bien que estés aquí —me acerqué para besarla sacándola de su ensimismamiento—. Así te puedo presentar a mi madre, Marisa —extendí la mano para atraerla hacia nosotras—. Mamá ella es Ana, la madre de Jorge.

Se levantó dando un paso al frente, y su rostro lívido debió ser suficiente para que corroborase que algo no iba bien, pero me dejé llevar por el entusiasmo de mi madre, que ya había adoptado su típica pose encantadora con la sonrisa que deja ver sus amígdalas, pero que a la vez la miraba con cariño, comunicándole que sentía su pérdida.

—Es un placer. Lucía habla muchísimo de ti —afirmó con un tono muy dulce, dándose perfecta cuenta de que Ana no se encontraba demasiado bien.

—¿Queréis tomar algo? ¿Un café? ¿Una infusión? —ofrecí posando la maleta y dirigiéndome a la cocina, preguntándome realmente qué le sucedería, puesto que ella había logrado asimilar mejor que su hijo la marcha de Rori, y esa no era su actitud habitual.

Me extrañó ver las llaves y el móvil de Jorge sobre la isla, pero no me dio tiempo a preguntarle a Ana por él. Su voz tomada por la tristeza sonó justo a mi espalda.

—Lucía, cielo —estiró la mano para tratar de coger la mía cuando me volví, y no necesité escuchar lo siguiente para entender lo que sucedía, porque de pronto sentí su ausencia helándome hasta los huesos—. Se ha ido.

Justo antes de que la vista se me nublase, alcancé a ver a mi madre detrás de ella, llevándose las manos al pecho. Retrocedí apoyándome en la puerta de la nevera, y caí arrastrando una foto de los dos que estaba sujeta con imanes.

Ambas se habían agachado junto a mí y me hablaban, pero yo no escuchaba. La única voz que se repetía en mi cabeza era la de Jorge. “No te irías aunque te lo pidiera. No voy a convencerte de que te alejes”

Ahora me pregunto si hubiera podido intuir lo que iba a pasar de haber prestado más atención a su tono, en lugar de recrearme en el momento, imaginando que era el primer paso para recuperarlo... en lugar del definitivo para perderlo.

Era sencillo, como sabía que yo no lo dejaría, había tomado la decisión de irse, abandonando hasta el teléfono, para que nadie pudiera ponerse en contacto con él, y las llaves de casa, demostrando que no tenía planes de volver... ¿nunca?

—Lulita, cariño, di algo. Me estoy asustando.

Mamá agitaba la mano delante de mis ojos, tratando de que mis pupilas reaccionasen, pero yo estaba petrificada, notando crecer ese agujero negro en mi interior que iba tragándose todo, dejando solo agónico vacío a su paso. Se. Ha. Ido.

Entonces me di cuenta de lo absurdo de que, tres simples palabras, siete miserables letras, fueran capaces de hacer que todo mi mundo colapsase.

Habían sido como balas directas a mis órganos vitales, porque lo único que esperaba de él, lo único que le había pedido siempre, era que me quisiera lo suficiente como para quedarse.

—Lucía, lo siento tanto... No he podido convencerlo.

Pese a no estar mirándola, noté cómo Ana agachaba la mirada avergonzada.

Juro que traté de entenderlo. De asimilar por qué ni siquiera se había despedido de mí sin caer en que me había dejado atrás porque ni me quería ni me necesitaba. De no odiarme por haber salido esa tarde de casa, dándole la oportunidad de destruir todas mis esperanzas de recuperar lo que fuimos.

Juro que traté de no llorar más por él. Por el dolor que no quiso compartir conmigo. Por el amor que no fue suficiente para él. Por las canciones que ya nunca nos dedicaríamos. O por cosas que parecían nimiedades, como que la almohada acabaría perdiendo su olor, pero que solo me hacían asfixiarme entre lágrimas desesperadas.

Una vez leí que, lo bueno de que te rompan el corazón, es que solo puede romperse una vez, lo demás son solo rasguños, y mientras me tranquilizaba —más por las dos mujeres que parecían realmente asustadas arrodilladas a mi lado que por mí misma—, me pregunté si el autor alguna vez se planteó que un corazón pudiera romperse en tantos pedazos, que jamás llegase a recomponerse lo suficiente ni para volver a sentir un leve arañazo.

—¿Va a volver? —pregunté cuando logré medio recuperarme, centrando la mirada en la foto que había llevado a mi regazo—. ¿Ha dicho al menos adónde iba? —insistí mientras Ana negaba tratando de limpiar sus propias lágrimas.

—Solo me pidió que estuviera aquí cuando llegases —dijo acariciando mi cara, mientras mi madre se levantaba y empezaba a prepararme una infusión antes de tener que recurrir a un tranquilizante—. Que no te dejase sola. Que nunca te dejase sola.

Inspiré con fuerza cerrando los ojos y asintiendo. Al abrirlos, reparé en la foto de verdad. Nos observé haciendo el idiota en un fotomatón, y me di cuenta de que, de las cuatro fotos de la tira, solo sostenía dos.

Estaba segura de que esa misma mañana las cuatro fotos estaban sujetas en la nevera. Por eso, por no querer dejarlo ir del todo, por aferrarme a cualquier cosa que me hiciera pensar que volvería, *Photograph* comenzó a reproducirse en mi cabeza.

Como buena suicida emocional, soñé con que cumpliera la canción de Ed Sheeran para mí. Que hubiera querido de verdad mantener nuestro amor en esas fotos que se llevó. Que las guardase en el bolsillo de sus vaqueros rasgados. Que me mantuviera cerca hasta que nuestras miradas se encontrasen. Porque jamás nada me dolería tanto, como pensar que nadie me volvería a mirar como él lo había hecho la noche en la que por fin dijo en voz alta que me quería.

—Lucía, levántate ya.

Creo que era la tercera vez que mamá me pedía a gritos desde alguna parte que me levantase, pero mi reacción iba a ser exactamente igual que las dos anteriores, nula.

—Marisa, no creo que esté en condiciones ni de evitar vomitarse encima —escuché a Adriana intentando disuadirla con cierta coña, sin darse cuenta de que ella no le vería la gracia por ninguna parte—. Lo que quiero decir, es que puede que debamos dejarla descansar —la escuché rectificar inmediatamente, imaginándome la cara de mi madre ante su poco sutil referencia a mi borrachera de la noche anterior.

Me costó ubicarme, pero enseguida me di cuenta de que estaba en casa de mi amiga, y de que, seguramente, mi madre se hubiera presentado tras un *wasap* bastante ilegible que le envié la noche anterior, avisándola de mis planes de dormir con Adri.

—¡Puaggg! —mamá se tapó la nariz con el antebrazo al entrar—. Aquí huele a animal muerto y en avanzado estado de descomposición —protestó abriendo la ventana.

En aquella habitación olía tanto a alcohol, que estaba segura de que, en cualquier momento, aparecerían unos hombres con trajes especiales para riesgos biológicos, y me sacarían de allí en una burbuja, para estudiar en detalle mi capacidad de sobrevivir en atmósferas extremas. Precisamente por eso quise ahorrármelo a mamá, y decidí pedirle asilo a Adriana después del tercer chupito de Jager y la segunda copa.

—¡Que te levantes! —repitió zarandeándome.

No voy a culparla por su histerismo. A pesar de que tras conseguir levantarme del suelo de la cocina de Jorge ni una lágrima más había salido de mis ojos, comprendía que cualquier cosa que hacía fuera examinada con lupa.

Me había cogido una semana de descanso en el trabajo, dedicándome a recolocar todas las cosas en mi piso, y haciendo como si nada hubiera pasado. Ni hablaba de ello, ni daba ninguna muestra de estar afectada, y como mi madre intuía, eso solo podía significar que estaba guardándome todo el dolor dentro, a buen recaudo, justo donde más daño hace.

Por eso lo de que volviera a mi rutina de trabajo y que saliera con mis amigas le pareció una idea estupenda, hasta que se topó con la posibilidad de que salir a emborracharme hasta la inconsciencia se convirtiera en mi manera de evadirme sin afrontarlo.

Era tentador, y no sería la primera vez, pero no fue lo que pretendía. O por lo menos no hacerlo una costumbre. Esa noche no buscaba ahogar mis penas en alcohol. No habría lágrimas ni autocompasión. Tan solo quería distraer mi mente el tiempo suficiente como para no pensar continuamente en él. Y lo cierto fue que, mientras trataba de reír y bailar con Vanesa y Adriana, no tuve que esforzarme tanto por fingir no estar hecha pedazos por dentro.

El Jager fue un extra... por tradición. Con el primero mis pensamientos se escuchaban más bajo, y con el tercero ya ni se escuchaban, así que, extrapolando, pensé que si me tomaba cinco, cualquier rastro de esa vocecilla que me lo recordaba una y otra vez quedaría totalmente erradicado de mi subconsciente.

Obviamente no fue así, porque esa mañana, y a pesar del insoportable dolor de cabeza que sufría —y merecía—, mi mente parecía funcionar lo suficientemente bien como para darle los buenos días a mi recuerdo de Jorge antes que a mí misma.

Me consolé reconociendo que al menos había disfrutado unas horas de silencio, y supongo que entendí un poco más las veces que él prefirió la compañía de una botella de bourbon a la mía.

—¡Levántate!

Sentí el zapatillazo en el culo casi a la vez que la carcajada de Adriana. ¿Había vuelto a la adolescencia y nadie me lo había comunicado?

—¿Y anda? ¿Como Lázaro? —pregunté mientras mi sonrisa acompañaba a la de mi amiga y mamá se enfurecía más todavía.

—¡Sí, hasta la cocina! —exclamó destapándome para descubrir que me había acostado con la ropa puesta.

Para quitármela estaba yo... ¡Hostia, si llevaba todavía el bolso cruzado! Parece ser que había caído inconsciente, y no pude evitar partirme recordando cuando Alba se quedaba dormida sentada en el váter, móvil en mano, después de volver de fiesta.

—O te levantas o te pongo el culo tan rojo como el pintalabios que has dejado por toda la almohada, ¡so guarra! —me atizó otra vez, haciéndome daño de verdad al no estar protegida por la ropa de cama.

—¡Joder, *ma*, ese ha dolido!

—¡Más te tenía que doler! —gritó enervada poniendo los brazos en jarras—. ¡Aquí huele como si estuvieran destilando whisky debajo de la cama!

—Te aseguro que bajo mi cama de invitados no hay inquilinos —Adriana seguía más que entretenida con la escena—. Y por más que insistí ayer, no quiso traerse ningún acompañante. Así que lamento decirte, Marisa, que el tufillo es Eau de Resaca de Lucía, y la perla de tu hija no bebe precisamente whisky.

—Uff, calla —me dio hasta una arcada al pensarlo—. Nada de whisky madre, eso es muy de machotes, y tu hija es más de Arehucas —dije sin ningún tipo de vergüenza.

—¡Lucía Montaner! Que te levantes ya, ¡*coñe!*

Paré la zapatilla antes de que me arrease otra vez con ella y, en un movimiento rápido que me hizo marearme, la tiré al pasillo.

—Tú lo has querido —mostró una sonrisa amenazante—. Me voy a poner a pasar la aspiradora.

Sin poder evitarlo, comencé a descojonarme de la risa. No porque me hiciera gracia que mi progenitora quisiera emplear los métodos de tortura a los que me sometía cuando era una cría, sino porque empezaba a asumir que seguía bajo los efectos del Jager, y no podía dejar de imaginármela a lo Freddie Mercury, paseándose por delante de mí, cantando y arrastrando la aspiradora con un enorme bigote negro.

—*I want to break freeeeeeeee* —voceé mientras trataba de dejar de reírme como una desequilibrada.

Paré en seco, y no a causa de que dos pares de ojos creyeran que de verdad se me estaba yendo la pinza, sino porque recapacité en la canción, traduciéndola en mi ebrio cerebro, no sin esfuerzo.

Quería liberarme, quería escapar, pero la vida seguía, y yo... no podía acostumbrarme a vivir sin él a mi lado. ¡Mierda de canción!

Ese día decidí que la música y yo habíamos acabado por una temporada. El tiempo suficiente para que cada canción dejase de parecer estar escrita para mí, provocándome una constante punzada en el pecho y escozor en los ojos por la nostalgia.

También convencí a mamá de que me dejase enfrentarme a mis problemas como una adulta —y no como su pequeña, a la que siempre trataría de proteger—, y

volviera a casa con papá.

—No digas que no te hago bien estando aquí —se lamentó mientras desayunábamos en la cocina de Adriana.

—Me hace bien saber que siempre podré contar contigo, *ma* —aseguré empujándola con el hombro y colocando la cabeza sobre el suyo—. Pero esto es algo que debo hacer yo sola. No quiero que...

—Lo que no quieres es que vea lo que te está haciendo y acabe odiándolo —me cortó besándome la frente, y demostrando una vez más que el título de madre incluye superpoderes—, pero siempre preferiré tener un yerno gilipollas, que perder una hija —su media sonrisa me hizo saber que no mentía—. Si algún día vuelve, solo tú podrás juzgarlo, mi niña.

Mamá acabó yéndose, y los meses empezaron a pasar. Cambiamos de estación, y ojalá pudiera decir que todo fue rápido e indoloro, que pronto se hizo más llevadero, que no dolía como si la herida en lugar de curar estuviera empeorando, pero no fue así. Y aunque a ojos de quienes no me conocían de verdad me había repuesto increíblemente bien de la partida de Jorge, lo que en realidad pasó, fue que aprendí a representar un papel, dejando a la verdadera Lucía y lo que sentía relegados solo a mi cabeza.

De modo que sí, la vida siguió, pero como dice Sabina, como siguen las cosas que no tienen mucho sentido. Porque lo malo de haber sido feliz —y pese a nuestras circunstancias, antes de la muerte de Rori yo lo había sido, y mucho, al lado de Jorge—, es que después de eso, ya no quieres vivir de otra manera.

Estaba muy equivocada cuando creí que su rechazo era lo peor que se podía sentir, el abandono había sido infinitamente peor.

No voy a regodearme en mi dolor, porque odiaba que Jorge lo hiciera con el suyo, así que digamos que pasé por los siguientes meses de puntillas, y así no despertaré esos recuerdos que no cambiarían la historia, pero a veces todavía duelen. Tampoco voy a pretender que soy la primera persona en el mundo a la que le rompieron el corazón, porque raramente el primer gran amor acaba siendo el último, y sin embargo, deseé con todas mis fuerzas que él lo fuera. Ni siquiera puedo dolerme por ser la única que lo perdió, porque otros se habían quedado sin un hijo, un hermano, un amigo... Pero debo reconocer que, a partir del día en el que Jorge se marchó, me limité a subsistir y a hacer creer a todos que no se había llevado con él mis ganas de amar y soñar.

Lo cierto es que nada mejoró hasta el día que decidí plantarme y obligarme a mí misma a continuar adelante. Pero a continuar de verdad. No solo a fingir que todo iba bien, sino a luchar porque acabase siendo real. Y para eso, lo que tenía que hacer era olvidar.

Como me hizo comprender Adriana cuando el que se hundía era Jorge, hay veces que solo tu propia voluntad es la que puede hacerte salir del fango en el que te empeñas en ahogarte.

—Lucía, cielo, he venido a recoger el vestido para el acto del sábado.

La voz de Ana hizo que alzase la mirada de la pantalla del ordenador, topándome con su dulce y comprensiva sonrisa.

—Sabes que no tienes por qué venir a recoger nada, que puedo hacértelo llegar todo a casa —la regañé mientras me levantaba para ir a su encuentro a saludarla con dos besos.

—Pero entonces no tendría la oportunidad de verte —aproveché para abrazarme con fuerza—, y decirte que... ¡he hablado con él!

Se me detuvo el corazón. Me quedé rígida entre sus brazos durante más tiempo del que me hubiera gustado para poder fingir verdadera indiferencia.

A lo largo de aquellos meses, Jorge se las había arreglado para hacer saber a su madre que estaba bien, pero sin demasiados detalles. Algo importante debía de haber pasado para que...

—No quiero saberlo.

Mis palabras me sorprendieron hasta a mí misma, y Ana me separó de su cuerpo para mirarme a la cara con extrañeza.

—¿No quieres saber lo que me ha dicho el dueño de la galería en la que queremos hacer la venta benéfica de la Fundación? —preguntó decepcionada.

—¡Oh! Claro que sí —rectifiqué intentando disimular mi desilusión detrás de una amplia sonrisa.

Retrocedí alejándome de ella, apoyándome en la mesa para que no notase cómo temblaban mis piernas.

—¿Estás bien? —cuestionó, y tuve que esforzarme al máximo para no poner los ojos en blanco ante la pregunta que más veces había tenido que escuchar en los últimos meses.

No puedo estar bien cuando sufro una taquicardia creyendo que has escuchado su voz, pensé. Cuando mi primer reflejo es siempre esperar saber algo de él. Querer saber algo de él.

No, no estoy bien, le respondí mentalmente. Pero eso es algo que va a cambiar.

—Cuéntamelo todo —pedí manteniendo la sonrisa, escondiéndome de nuevo tras mi papel e indicándole que tomase asiento.

Esa noche, después de que Ana me hablase con entusiasmo de que tenía carta blanca para disponer de la galería, cogí mis antiguas llaves de casa de Jorge —que estúpidamente había decidido conservar—, y tumbada en su hamaca con música de fondo, fingí durante unas horas que nuestro amor no estaba tan muerto como las plantas de aquel jardín, antes de despedirme de la única manera en la que era capaz de ser yo misma en los últimos tiempos fuera de mi cabeza, escribiendo.

A ti, que nunca leerás esta carta, pero eres la tinta de todas sus letras.

Llegaste como llegan las mejores cosas, cuando menos las esperas, pero cuando realmente las necesitas. El problema siempre fue que, desde el principio, lo hiciste con miedo a quedarte.

¿Sabes qué ha sido lo más difícil que he tenido que hacer en mi vida? Obligarme a olvidarte.

Hoy llegaré a casa, y en una caja que nunca volveré a abrir, guardaré todas esas cosas que me siguen recordando a ti. Todas las que sigo conservando, esperando que algún día vuelvas y veas que nunca dejé de quererte ni de esperarte. Pero hoy será el último día que te habré esperado, porque por fin comprendí que eso no hará que regreses.

Ante todo quiero que sepas que, aunque meta esta carta en un sobre y la encierre con todo lo demás que voy a dejar atrás, te quiero, y creo que te querré toda la vida, pese a que seguramente ni debiera ni lo merezcas. Y lo hago porque me he dado cuenta de que solo siendo así tiene sentido que haya podido mantenerme en pie todos estos meses viviendo de tus recuerdos. Pero hoy he sentido que de verdad he envejecido, y no porque las arrugas se esparzan por mi cara, si no porque mi alma tiene grietas que ya no sé si podré curar. Porque mis ganas de soñar se fueron detrás de ti, y, por qué no admitirlo, parece que también te llevaste mi capacidad de amar. Porque ya no hay canciones por las mañanas (en realidad no ha habido canciones durante mucho tiempo, demasiado), ni guiños traviosos, ni sexo legañoso. Solo está el vacío que dejaste y me congeló por dentro. Ni siquiera hay lágrimas, y quizá eso sí deba agradecértelo. Me has hecho más fuerte de lo que jamás pensé que llegaría a ser, porque, pese a todo, he sobrevivido a ti.

No te cuento estas cosas para demostrarte cuánto he sufrido, sino porque, a partir de mañana, dejaré de esconderme de ellas, y soy una estúpida enamorada que no ha dejado de querer que seas la primera persona en saberlo todo de mí.

El día que te fuiste me prometí a mí misma que no permitiría que mi pena afectase a nadie más que a mí, y lo siento, porque creo que en eso fui mejor que tú. Sé que todos han estado preocupados, pero digamos que he sabido mantenerlos a salvo de la devastación. Es sencillo, aprendes a decir que estás... mejor. Nunca cometes el error de decir que estás bien, porque eso sería insultar la inteligencia de tu interlocutor. Estoy mejor, la cara de que me haya arroyado un tren de mercancías es porque... Hueco que rellenas con la excusa que más te convenga ese día, a pesar de que todo el mundo sabe que el tren tiene nombre y apellidos, unos preciosos ojos rasgados que me enamoraron, y una sonrisa que me perdió para siempre. Hablando de sonrisas, a tu "mejor" siempre lo acompañas de una... que termina saliendo sola (créeme, depuras mucho la técnica con el paso del tiempo, y deja de parecer que te están clavando palillos bajo las uñas). Ese es el mejor escudo, una sonrisa, porque parece que la gente o bien te cree un poco más, o se compadece más de ti, y acaba dejando de preguntar. Lo agradeces, y mucho, porque no te haces una idea de lo difícil que sería tratar de explicar a alguien que, pese a estar rodeada de personas que sabes que te quieren, te sientes tan sola que el silencio llega a darte pavor.

Lo más duro de ocultar fueron los ataques de ansiedad. Puede que no lo sepas, pero vienen cuando menos lo esperas, casi siempre cuando más relajada te sientes, y no te imaginas lo complicado que es estar sentada en la barra de un bar tomando una copa con Adri y Van, y evitar que se den cuenta de que no puedes respirar. Que una especie de bola se te ha quedado en mitad del pecho, oprimiéndote, y que puedes sentir en cada terminación nerviosa cómo el pulso no deja de acelerarse porque no hay forma de que consigas tragar. No sé si es algo general, porque nunca he hablado de esto con nadie, pero en mi caso, cuando el pánico se apodera de mi cuerpo, comienzo a sentir calambres por los brazos hasta que se me acaban durmiendo. Tranquilo, aprendes a que sea menos malo. Intentas racionalizarlo, y cuando tu mente consigue obviar lo que tu cuerpo está experimentando, casi hasta logras controlarlo.

Supongo que ahora entenderás que necesito que todo esto deje de sucederme. Que ya no pueda fingir más estar bien, cuando apenas consigo tan solo estar. Por eso, mientras me levanto el castigo de no escuchar música y Bastille le canta precisamente al olvido, me prometo a mí misma que no habrá más noches de vigilia extrañándote, ni mañanas de despertares añorándote. Lo siento, pero tienes que dejar de ser lo primero en lo que piense cada mañana y lo último cada noche. Necesito que las canciones dejen de hacer daño. Que cada día deje de ser un recuerdo de lo que perdí y comience a ser algo bueno que me deje ver lo que está por venir. Que no vuelva a sentir un vuelco en el corazón cada vez que vea un Golf blanco, que repentinamente parece ser el único modelo y color de coche que logro ver allá donde vaya, y que el pitillo que me he encendido, sea el último con el que pretenda que al menos esa parte de tu olor siga conmigo.

Me parte el corazón decirte adiós. Pensar que tu imagen desaparecerá de mis recuerdos y tu voz acabará distorsionándose, pero espero que entiendas, mi vida, que a partir de mañana comenzaré a olvidarte.

Subí al coche consultando una vez más la hora. Era pronto, y Grace no era de las personas que suelen llegar antes de tiempo. A pesar de ello, esperaba que no me pillase un atasco, porque no sería nada educado hacerla esperar después de que viajase desde Madrid solo para vernos.

Bajé la ventanilla, aprovechando que a esa hora el calor todavía no era insoportable, y decidí tomar el camino largo para disfrutar un rato al volante.

En cuanto me puse en marcha, Fangoria comenzó a sonar, recordándome los días —no tan lejanos— en los que *Dramas y comedias* se convirtió en mi canción fetiche para el ánimo.

—*Lo repito por si no lo entiendess* —canté subiendo el volumen al parar en un semáforo—, *me cansa estar triste, y no me compensa... más* —bajé el parasol para mirarme actuar en el espejo, mientras me colocaba las gafas de sol de Prada y comprobaba que mis labios rojos estaban perfectos—. *He decidido enterrar el dolor y la pena. Voy a olvidaaarme... de los probleemas* —subí el parasol de un manotazo haciéndome la dramática—. *¡No quiero más dramas en mi vida!*

Los pitidos del ansioso que tenía detrás me cortaron el rollo cuando estaba metidísima en el papel, con una mano en la cabeza, y meneándome sobre el asiento con la otra fija en el volante.

Miré por el retrovisor y, reprimiendo las ganas de hacerle una peineta a don Prisas, me coloqué el flequillo para demorarme un poco más antes de ponerme en marcha.

Se supone que cuando quieres romper con todo, lo primero que cambias es tu imagen, y yo me lo había tomado al pie de la letra, sustituyendo mi melena por un cómodo corte pixie con mucho flequillo. A mi madre le di un disgusto, pero de cara al verano, no podía estar más encantada con mi decisión y mi nuca despejada.

El capullo me adelantó pitando, y le tiré un beso justo cuando la música se detuvo porque Nora me estaba llamando.

—*Hello* —pronuncié con voz profunda al descolgar

—*It's me* —respondió con la misma entonación antes de que ambas empezásemos a reír.

Sí, éramos bastante payasas, pero nos había dado por saludarnos imitando el principio de la canción de Adele, y por muchas veces que lo repitiéramos, no dejaba de hacernos gracia.

—¿Qué pasa Norito?

—A ver, *moñis* —contestó mientras la escuchaba teclear en el ordenador—. Los amigos de Óscar ya han pillado las entradas para el *Low*, así que estoy mirando apartamento en lugar de hotel. ¿Te parece?

—Mientras no me hagas acampar como si fuéramos jóvenes, y haya piscina para ponernos al retostero, me va a parecer fetén cualquier sitio —alegué sin dejar de pensar que, lo único que me importaba, era que fuéramos a pasar todo un fin de semana juntas y de conciertos.

—Hombre, digo yo que al hotel que tenía el agua verde no querrás volver...

—Cierto —asentí convencida como si pudiera verme—. Mientras no me hagas acampar como si fuéramos jóvenes, y no vaya a morir de ninguna infección si quiero refrescarme en la charca que tenga el alojamiento bueno, bonito y barato que nos consigas, me va a parecer fetén cualquier sitio.

—Eres más tonta que tontín —dijo con esa forma tan suya de resoplar y medio reír a la vez.

—Pero me echas de menos —asegué con suficiencia.

—Hombreeeee... Echar, lo que se dice echar... De comer aparte, lo único —replicó jocosa provocándome una carcajada—. Oye, ¿al final Adriana viene?

—Mejor no contamos con ella, porque con lo bien que está yendo el restaurante, no tiene nada claro si se va a coger vacaciones o no.

—Por cierto, me muero de ganas de probarlo.

—Pues no será porque no te haya invitado a venir veces... —refunfuñé sabiendo que me debía varias visitas que yo si le había hecho a ella—. Vergüenza te tenía que dar no haber vuelto a Valencia desde que me abandonaste.

—No me lloriquees, que no te cuento lo que tenía pensado, eh —me amenazó dejándome con la duda.

—No seas Fernandita y cuenta —pedí enfilando la calle del estudio, cruzando hasta los dedos de los pies para encontrar sitio.

Esa era otra de nuestras chorradas. Cuando estábamos en la universidad, una amiga se echó un novio, Fernando, y el pobre era tan palizas, que acabamos adoptando su nombre como sinónimo de pesado.

—Había pensado que, como Óscar trabajará ese viernes pero yo tengo días, podía ir la semana antes a que me adoptes y bajar juntas a *Beniyork*, como en los viejos tiempos.

—¡Sí! ¡Te lo compro! —exclamé encantada, no solo por el notición, sino por haber encontrado aparcamiento una calle más adelante—. Tu antigua habitación te estará esperando, y que sepas que, tras la reforma, no vas a conocer la casa.

—¡Ay qué nervios! —se burló de mi entusiasmo—. Te dejo, Lucrecia, que tengo hora en el microscopio. Te mando la reserva cuando me decida.

—¡En tres meses hay reencuentro de vecinitas! —grité poniendo el freno de mano y cogiendo el bolso del asiento del copiloto.

—Ya me estoy arrepintiendo...

Cuando me planté delante de la mesa de Vanesa, todavía llevaba la sonrisa puesta pensando en la visita de Nora. Si volver a ir a un festival con ella después de tanto tiempo me parecía un planazo, complementarlo con una semana juntas en la que fue nuestra casa, era EL PLANAZO.

—*Chiqui*, qué cara de felicidad traes —me saludó sorprendida.

—Nora va a venir de visita una semana en Julio —expliqué recogiendo la agenda que me entregaba—. Así que, o cojo vacaciones, o esos días trabajaré desde casa solo a ratos.

—¡Qué menos! De algo tiene que servir ser la jefa...

—Voy dentro antes de que llegue Grace —dije comprobando que tenía la mañana bastante tranquila.

—Tu primera cita ya está aquí, y no... —comenzó a decir, pero su teléfono sonó interrumpiéndola, y por la cara de lela que puso, no necesité esperar para saber quién era—. Dime, cari —descolgó llevándose la mano a la barriga por instinto.

Entré en el despacho dispuesta a lidiar con las locuras de Grace, pero en lugar de eso, me encontré con unas anchas espaldas que reconocí al instante.

—Vaya, Grace, ¿qué opina tu marido del cambio de sexo? —pregunté apoyándome en la jamba.

Ferrán se volvió sobre sí mismo, atrapándose enseguida con sus penetrantes ojos negros y su rostro varonil.

—No sé, pero por tu cara, parece que me han dejado bastante... apetecible —se levantó con engreimiento, avanzando para estrecharme entre sus brazos—. Me alegro mucho de verte tan... Lucía —añadió dejando de lado cualquier broma.

Digamos que, por mucho que me empeñé en mantener a todos al margen, mi “mala racha” había sido más evidente de lo que me gustaba reconocer.

—Voy a tomármelo como un cumplido —contesté devolviéndole el abrazo antes de soltarlo para ocupar mi sillón.

—Deberías —recomendó tomando asiento frente a mí—. Es un gran cumplido.

Su expresión tomo un aire misterioso, y me di cuenta de que no tenía ni la más remota idea de por qué estaba él en mi despacho en lugar de su mujer.

—¿Has venido a hacerme algún otro encargo sorpresa barra putada para Grace? —cuestioné recostándome, intentando mostrarme relajada ante la perspectiva de lo que podía implicar su visita.

—La productora acaba de firmar un nuevo proyecto y te quiero en Madrid trabajando para nosotros —soltó de carrerilla dejándome pasmada—. Antes de que digas nada, quiero que sepas que, esta vez, vengo con los deberes hechos. Voy a hacerte una oferta que no podrás rechazar.

—Me ha sonado demasiado a Vito Corleone como para arriesgarme a hacerlo —bromeé por la expresión que había empleado—. Pero no...

—Escúchame —me cortó acercándose sobre su asiento para enfatizar la petición—. Lo he pensado todo para que no puedas decir que no —apoyé los codos en la mesa y reposé la barbilla sobre mis manos entrelazadas, dispuesta a dejarlo hablar—. Nosotros te pagamos el alojamiento. Lo que tú elijas, Lucía. Dentro de los límites de lo justificable, claro —matizó pasándose la mano por el brillante pelo negro.

Sabes que estás en el buen camino para superar un desengaño sentimental, cuando los hombres vuelven a ponerte... “ponerte”, dicho con énfasis. Y por si mis últimas salidas nocturnas y cierto escarceo en cama ajena —para acallar a Adriana y su teoría de la revirginización, que habían vuelto a la carga con más fuerza que nunca — no eran suficiente prueba de ello, mi vello erizado viéndolo hacer aquel sensual movimiento —por muy inocentemente que él lo estuviera haciendo, eso en mi barrio es provocar—, decía que estaba clara y oficialmente en modo superación.

—Si quieres hotel, será hotel, pero puede que esto se alargue bastante en el tiempo, así que quizá prefieras un piso o apartamento —me tuve que obligar a prestar atención a su voz y no a su boca. ¡Está casado con una amiga, golfa!—. En la zona que te parezca. Centro o más cercana al trabajo. Estamos abiertos a escuchar tus preferencias. Y si fuera necesario, se puede ver la manera de facilitarte el transporte.

—Ferrán, es que... —intenté que me dejase hablar por segunda vez, con el mismo éxito.

—Sí, ya sé que tienes un negocio que mantener —reconoció moviendo una mano con una mueca de “Sé qué excusa me vas a poner”—. Pero podemos organizarnos. Quizá puedas escaparte un par de días por semana si tienes temas que requieran tu presencia aquí. Como los fines de semana también se graba, estamos dispuestos a ser algo flexibles contigo, siempre que dejes todo preparado para tu ausencia, y estés disponible al otro lado del teléfono para urgencias.

No me imaginaba qué tipo de emergencia podía haber en cuanto a vestuario, o al menos no una que tuviera que solventar la que básicamente elige los modelitos, pero una vez más, Ferrán me impidió pronunciarle al respecto.

—Esto es lo que estamos dispuestos a ofrecerte —dijo inmediatamente después, deslizando el taco de pósito que había cogido de mi mesa mientras hablaba para escribir algo en él.

—¡La hostia! —solté sin poder reprimirme al ver la cantidad—. Debo de ser francamente buena.

—Eres muy buena, y lo sabes. El estudio, el blog, la columna de consejos en la revista. Casi me ofende que aceptases esa colaboración y ni te planteases la que yo te ofrecí hace tiempo —me regañó manteniendo una actitud desenfadada—. ¿Qué me dices, Lucía? —preguntó expectante cediéndome la palabra al fin.

—Te digo que habría aceptado antes de que me prometieses hasta a tu primogénito, si me hubieras dejado hablar antes —respondí con cara de circunstancias, tratando por todos los medios de no reírme de lo concienzudo que había sido para intentar convencerme.

—Bueno, podemos quitar...

Cogiendo de nuevo el taco de pósito, hizo ademán de ir a tachar alguna cifra.

—¡Y una mierda! —se lo quitó estirándome sobre la mesa antes de que su pluma tocara el papel—. ¡De eso nada!

Los dos reímos, sabiendo que él estaba más que encantado de poder cumplir hasta con la última cosa que había mencionado.

—¿Tenemos un trato? —me tendió la mano después de haberse levantado abotonando su americana.

—Espero que lo que tengamos sea un contrato —contesté estrechándosela.

Era cierto que Ferrán se había presentado preparado, porque casi una hora después de que se fuera, seguía estudiando y discutiendo por teléfono con Rubén todas y cada una de las cláusulas de la propuesta formal que me había dejado. Que tuviera el documento preparado, me daba otra pista de que, en esa ocasión, no estaba dispuesto a aceptar un no por respuesta.

Tras tomar nota de una serie de cuestiones que mi atractivo asesor legal me aconsejó consultar con la productora antes de firmar, me dispuse a relajarme un poco revisando y respondiendo a los mensajes del blog.

Como necesitaba estar inspirada para eso, abrí el Spotify con intención de ponerme algo de música de fondo, pero al ir a seleccionar una de las listas que solía emplear para trabajar, el nombre de una que no recordaba seguir llamó mi atención.

No dejes de escucharme

Podría haber sido un poco menos curiosa y no haberla activado sin más. También podría haberme dado cuenta de que, por el icono, se trataba de una lista colaborativa, y haberla evitado a toda costa, porque solo tenía una de esas en mi cuenta, y no era una que quisiera escuchar.

Pero fui curiosa y poco observadora, y únicamente después de verme cautivada por el sonido de tan solo una guitarra acompañando aquella voz, presté algo más de atención para descubrir que lo que sonaba era *Hey there Delilah*, y que había sido incluida, esa mañana, en una lista que yo misma nombré en otro tiempo como “Nuestras canciones”.

Me faltó tiempo para detener la música e incluso cerrar el programa. Y todo el alivio que sentí al saber que estaba en alguna parte, fuera donde fuese, pero que había pensado en mí. Toda emoción al entender la canción, la ilusión al descubrir el significado del nuevo nombre de la lista, se transformó, casi más rápido de lo que yo había reaccionado, en pura y genuina rabia.

Tú fuiste el que decidí dejarme atrás. El que se ganó que perdiera la confianza en él y destruyó la que tenía en mí. Así que no tienes derecho a volver ahora cuando ya estoy entera, cuando conseguí recomponerme con los pedazos que dejó tu marcha. Porque no merezco más dolor, lo que merezco es que, por una vez, pienses en mí antes que en ti.

Había dejado de escribir para calmarme tiempo atrás, pero mi primera reacción fue esa, plasmar en un papel todo lo que me habría gustado gritarle si lo hubiera tenido delante.

Doblé la nota y la guardé en mi bolso para meterla en esa caja que hacía mucho tiempo que no abría, junto con todas aquellas cosas condenadas al olvido, que, justo

ese día, en el que volvía a sentirme casi la antigua Lucía, no quería recordar.

Pero recordaba. Porque por mucho que me empeñase en repetirme que ya no le quería, nunca jamás olvidaría cómo había sido hacerlo. Cómo había sido tenerlo.

Volví a hacer sonar la canción, y sin siquiera mirar, abrí el primer cajón y busqué mi pequeño tesoro al fondo.

Saqué las dos fotos que conservaba de la tira que un día estuvo colgada en nuestra nevera y, mientras Plain White T's sonaban, yo acariciaba su imagen tratando de rememorar la sensación de notar su barba descuidada en mis yemas, o su pelo corriendo entre mis dedos.

—No me hagas esto —pedí notando que los ojos me escocían, pero sin apartarlos de las fotos—. No me obligues a recordarte.

—Lo siento mucho, *chiqui* —me miró apenada.

—Eh, no pasa nada —la disculpé asegurándome de que había cogido la libreta con las direcciones de los pisos y los teléfonos de contacto—. Tú no tienes la culpa de que el llorica de Rubén crea que se va a morir por una simple cagalera —añadí sin poder evitar poner los ojos en blanco.

Se suponía que Vanesa me acompañaría a Madrid a elegir la que sería mi nueva casa, pero el agonías de Rubén tenía una gastroenteritis de la que se quejaba como si le hubiera arrancado una pierna un tiburón, y como ella se sentía culpable por dejarme tirada, se había empeñado en llevarme a coger el AVE a pesar de salir a horas intempestivas.

La productora quería contar conmigo cuanto antes, así que, apenas un mes después de haber firmado el contrato que Ferrán dejó en mi despacho, debería estar instalada y trabajando en esa ciudad que me inspiraba ilusión y miedo a partes iguales. En la que tenía vivencias que no lograba dejar atrás del todo, porque el tema de la cancioncita todavía seguía torturándome, pero en la que esperaba encontrar una nueva ilusión.

Como lo de dormir en un hotel —aunque solo fuera una noche— me parecía... innecesario, por no decir evocadoramente doloroso, después de haber hecho una selección de varios pisos por el centro que parecían aceptables, había organizado las citas con la suficiente antelación como para poder condensarlas en un solo día.

—Ni te imaginas lo quejica que es —dijo llevando mis pensamientos de nuevo a su coche, evitando que siguiera dándole vueltas a si vivir en aquella zona sería lo más inteligente—. No me quiero imaginar qué pasaría si fuera él quien tuviera que dar a luz a los mellizos.

Estiré la mano para tocar su abultada barriga, en la que mis dos sobrinos llevaban cinco meses creciendo. Uno de ellos se movió, y reaccioné como siempre, soltando un grito de emoción.

—Me parece alucinante que no queráis saber el sexo —reconocí acariciando su vientre como hipnotizada—. ¿Cómo vas a preparar la habitación? ¿Cómo voy a poder comprarles toda esa ropita preciosa que quiero regalarles?

—¿Si te cuento algo me guardarás el secreto? —preguntó con una sonrisa pilla.

—¡Tú lo sabes, hija de una hiena! —la acusé girándome completamente sobre el asiento para intimidarla, justo cuando paraba delante de la estación Joaquín Sorolla.

—Olvidate de hacer trenzas.

—¿Los dos? ¿Dos niños? —la interrogué estudiando su expresión, descubriendo que justamente eso era lo que ella prefería.

—Dos niños que espero que sean igual de guapos que su padre —señaló acariciándose también la barriga, agachando la mirada como si les hablase directamente a ellos—, pero a ser posible algo menos llorones.

—Pues yo espero que sean igual de increíbles, valientes, y fuertes de lo que lo es su madre —aseguré estirándome para abrazarla con fuerza—. Gracias por ayudarme a hacer que todo funcione cuando no esté. Si no fuera por ti...

—Gracias a ti por estar siempre dispuesta a darme el empujoncito para que salte —respondió a mi abrazo—. Por haberme hecho cuestionarme todo lo suficiente como para acabar tomando la decisión correcta. Ojalá mis hijos algún día tengan un amigo como tú —terminó sollozando entre mis brazos.

—Pero no llores, Van —le acaricé la espalda con cariño—. Que parece como si nos estuviéramos despidiendo porque me voy a la guerra —bromeé para que se relajase y sonriera.

—Si los lamentos exagerados de Rubén no acaban por volverme loca, lo harán las malditas hormonas —protestó separándose y limpiándose las lágrimas—. Suerte con la búsqueda.

—Malo será que ninguno se ajuste a los requisitos... —deseé bajándome del coche y despidiéndome con la mano antes de cerrar la puerta para ir a por el tren.

Al final, Vanesa había sido la única que acabó quedándose con uno de los miembros de la secta del *buenorrismo*, aunque su trabajo les había costado.

Van no se echó atrás en lo de invitar a Rodri a pasar aquel fin de semana en su casa, pero en cuanto lo tuvo allí y él —como era de esperar— intentó acercarse a ella, se dio cuenta del error que estaba a punto de cometer y salió corriendo a buscar a Rubén. Pero él... Él hizo lo mejor que podía haber hecho en aquel momento, lo que ella merecía, darle con la puerta en las narices.

Por suerte para los dos —y para mí, porque mi casa seguía siendo el hogar de acogida cuando las cosas se torcían—, después de dejarla todo el fin de semana tirándose de los pelos y reprochándose no haber hecho lo que realmente sentía desde el principio —que era haberse lanzado a esa relación sin frenos, ni miedos, ni límites—, él apareció la mañana del lunes en el estudio con unas palmeritas de chocolate —sí, las favoritas de ella, no las mías—, y jamás volvió a permitirle dudar, ni de él, ni de lo que podían tener juntos. Tanto es así, que fue Rubén quien insistió en lo de ser padres, dejándonos a todos a cuadros.

Me acomodé en mi asiento colocándome los cascos para escuchar algo de música durante el trayecto, y quizá hasta dormir un rato, pero una extraña sensación me impedía relajarme. Como si en el fondo intuyera que un piso, no era lo único que iba a encontrar. Como si escuchar una canción, *Vidas cruzadas* en aquel momento, pudiera ser realmente premonitorio.

Caminaba en dirección a la última cita que tenía concertada, repasando en mi libreta los pros y contras de cada una de las viviendas que había visitado, intentando con todas mis fuerzas pero sin ningún éxito que alguna encajase en lo que había esperado de ellas.

—Esta era una mierda —comenté viendo los apuntes de la primera y pasando la página—. Esta era una mierda más grande todavía y encima olía como tal —avancé otra página, preguntándome de dónde sacaría la gente el arte para tomar fotos que hicieran parecer aquellos cuchitriles habitables—. En esta podría vivir, siempre y cuando erradicásemos esas vitrinas del año de la picor —consulté las fotos que había sacado antes de darme por satisfecha con la evaluación—. ¡La madre que me parió, me había olvidado de los tapetes de ganchillo por todas partes! Creo que necesitaría un lavado de cara más a fondo que Carmen de Mairena, pero... —concedí casi desesperada, sabiendo que era la mejor opción que tenía, incluso aunque me quedasen otras dos por reevaluar—. Esto no creo que pueda ser considerado vivienda cuando el colchón estaba tirado en el suelo, y nada más ver el cuarto de baño me plantease si sería viable asearme en el fregadero con tal de no tener que meter un pie en aquella bañera.

Levanté la cabeza momentáneamente para cruzar, reparando repentinamente en que iba diciendo todo aquello en voz alta. Ignorando las miradas suspicaces, pasé al último piso que había visitado, justo del que acababa de salir, y que a priori era mi mejor opción antes de haber empezado la ruta.

—¡Oh! ¡Mi favorito! El que está bastante aceptable, pero se les olvidó comentar el pequeño detalle de que no contaba con calefacción, porque como es de dominio público que Madrid tiene temperaturas caribeñas en Enero... ¡Con una estufilla eléctrica lo apañas, mujer! —me burlé imitando el tono del casero, que debió de verme el letrero de imbécil en la frente.

Dándole por vencida, comencé a revisar los datos que tenía del piso que me quedaba por visitar, antes de aceptar que podía ser que encontrar algo decente, requiriese un poco más de tiempo, o un cambio de zona, porque lo mínimamente digno por allí, parecía estar fuera de mis posibilidades.

No era casual que hubiera dejado ese para el final. Cuando decidí que prefería alojarme en el centro —tan en el centro que tuviera Gran Vía a unos minutos caminando—, sabía que me exponía a dos cosas. La primera era a vivir en menos de treinta metros cuadrados, y la segunda era que podía acabar demasiado cerca del edificio en cuya buhardilla aprendí más de Jorge, de lo que él me había contado nunca con palabras. Mi última opción era la que más cerca se encontraba de ese gran punto conflictivo.

Guardé la libreta enfadada con el mundo porque la gente mintiera descaradamente en sus anuncios, haciendo que sus truños de pisos simulasen ser acogedores, cuando en realidad eran cajas de zapatos con muebles que pretendían pasar por *vintage*, pero lo que parecían era haber sido recogidos de algún punto limpio y colocados sin orden ni concierto. Y no, no habían pasado por ninguna restauración que los hiciese mínimamente dignos.

Había caminado sin prestar atención, teniendo más o menos claro hacia dónde me dirigía, pero sin haber establecido una ruta en mi cabeza. Por eso no me percaté de que me movía por una calle familiar, hasta que vi aquella puerta de madera que un día crucé acompañada de la única persona que seguía teniendo el poder de paralizarme solo con su recuerdo.

Un aluvión de sensaciones me sobrevino tan inesperadamente, que tuve que retroceder para apoyarme en la pared de enfrente. Justo en ese momento, la puerta se abrió, y me llevé las manos a la boca para contener el grito histórico.

Me calmé en cuanto vi salir a un repartidor de una empresa de envíos, y comencé a caminar lo más rápido que mis piernas me lo permitieron, hasta alcanzar la siguiente esquina y perder de vista la casa.

—¡Lela! ¡Más que lela! —me enfadé conmigo misma porque siguiera dándole ese poder sobre mí.

No voy a engañarme. Por mi mente había pasado mil veces la posibilidad de que él estuviera allí. Que durante todo el tiempo en el que yo había intentado hacer frente a su abandono, él hubiera estado recuperando una vida que dejó por Rori. Pero si pensaba aquello, si siquiera barajaba la posibilidad de que después de tanto tiempo lo tuviera a apenas unos metros, si fuera posible que con llamar a ese telefonillo pudiera escuchar su voz, me volvería loca.

Respiré hondo un par de veces y consulté el callejero para llegar a mi destino cuanto antes, y sin ninguna sorpresa más.

—¿Francisco? —pregunté aproximándome al tipo que esperaba en la puerta del número en el que había quedado.

—Fran —corrigió tendiéndome la mano con una sonrisa contagiosa—. Tú debes ser Lucía.

Asentí estrechándosela, fijándome en que apenas tendría algún año más que yo, y que era de esas personas que enseguida te inspiran confianza. Igual este no me la mete también doblada con su agujero de hobbit, pensé llenándome de esperanza.

—Subamos —me cedió el paso en cuanto abrió la puerta—. Hay un par de cosas que te tengo que comentar para que no te sorprendas —indicó mientras caminábamos por un largo pasillo, y yo solo podía pensar que iba a tener la gentileza de avisarme de los recurrentes tapetes de ganchillo, o detalles como que para abrir el armario debías subirte a la cama—. El piso no está exactamente como en las fotos que viste en la página de alquiler.

¡Zasca! Bofetón de realidad.

Lo miré entrecerrando los ojos entre inquieta y mosqueada. Si me avisaba de antemano, es que era todavía peor de lo que ya había visto hasta entonces.

Entonces recordé el infierno que había sido buscar piso en Valencia la primera vez, antes de irme a vivir con Nora, y me di una colleja mental por haberme creído que, en un solo día, sería capaz de solucionar aquello por mucho que el presupuesto no fuera muy restrictivo.

—No te asustes, mujer —respondió con gesto amable y tranquilizadoramente cercano—. Puede que los cambios sean para bien...

—Es que no tienes ni idea del día de mierda que llevo... —reconoció con sinceridad en cuanto alcanzamos las puertas del ascensor.

Estaba claro que había sido instalado no hacía mucho tiempo, y su modernidad destacaba respecto a las escaleras de barandilla metálica, o las grandes puertas de madera con mirillas de guillotina. Todo era antiguo, pero tenía un toque... hogareño.

—Si has estado buscando piso, creo que puedo imaginármelo.

—¿Eso quiere decir que la sorpresa que me espera tras la puerta no va a ser una cocina de leña? —inquirí con sorna, dejándome llevar por el buen *feeling* entre nosotros.

—El piso era de mis abuelos. Estoy a cargo de él desde hace muy poco —comentó pulsando la tecla de llamada, todavía reponiéndose de la carcajada—. Ellos son demasiado mayores para estar pendientes de estas cosas, y con el lío de las reformas... —resopló como si hubiera sido un calvario—, no me ha dado tiempo de actualizar las ofertas de alquiler.

—¿Reformas? —dudé repentinamente emocionada porque ese “par de cosas” que me tenía que comentar fuese algo bueno, y no otra decepción.

—Te imaginarás la cantidad de arreglos que un matrimonio de ochenta y pico años se ha preocupado por hacer en una vivienda que, pese a todo, y gracias a su situación, se alquila sola —explicó con un gesto de excusa mientras ascendíamos hasta el cuarto y último piso—. Es esa de ahí —indicó una de las dos puertas que había a nuestra derecha—. ¿Preparada?

—Supongo... —respondí dubitativa, pero enseguida él sonrió ampliamente dándome seguridad.

—Adelante —me invitó abriendo de par en par—. Como verás, la diferencia fundamental es que no está amueblado. Bueno, y que las cocinas de leña estaban agotadas. Tuvimos que conformarnos con dejar la de gas —soltó burlándose de mi escepticismo previo.

—Ni pintado, diría yo —añadí avanzando y mirando a todas partes, pese a no ir a encontrarme con nada más que la cocina completamente equipada y con bastantes utensilios.

Era pequeño, estaba claro. Todo él casi podría meterse en el salón de mi piso de Valencia, pero era... perfecto. El suelo de tarima me permitiría estar descalza, algo que adoraba. Disponía de aire acondicionado —que seguro que en poco tiempo agradecería—, y las únicas puertas que había, eran las que daban acceso al baño —diminuto pero más que suficiente—, y a la habitación, en la que aparte de la cama de matrimonio, estaba segura de que cabría un gran armario.

La zona de la cocina únicamente se separaba del resto por un par de columnas, entre las que mi cabeza se imaginó inmediatamente una guirnalda o incluso unas luces colgadas, y una pequeña mesa que lo mismo me valdría para trabajar que para comer. Aún así habría espacio suficiente para un sofá más que grande y unas cuantas estanterías.

Siempre he confiado mucho en mi instinto. En las sensaciones o impresiones que me provocan personas, o incluso lugares, y allí, mientras giraba sobre mis talones dibujando mentalmente muebles y detalles que lo hicieran mi hogar, sentí que esas paredes podrían convertirse en un refugio para mí. Quizá en ese lugar al que de verdad podría escapar y volver a empezar desde cero. Sin cargas, ni miedos, ni volver a fingir jamás.

Estaba claro que en lo que a casas se refiere —después de haber heredado las dos de Herminia y encontrar esa—, se podría decir que tenía una flor en el culo del tamaño de un girasol.

—Me la quedo —afirmé volviéndome para descubrir cómo Fran me observaba con una sonrisa divertida—. Supongo que tendremos que discutir un par de cosas, pero si llegamos a un acuerdo...

—Seguro que podemos arreglarnos —respondió guiñándome un ojo con esa familiaridad que sin saber por qué habíamos conseguido en solo unos minutos—. Vamos.

Te invito a una caña para mejorar ese día de mierda, y poder discutir nuestras condiciones sentados.

Bajamos y comenzamos a andar. Yo me limitaba a seguirle, algo extrañada al ver que pasábamos varios bares y no se decidía a entrar en ninguno.

—He quedado con un amigo aquí en un rato, así que si no te importa y te gusta el japo... —dijo parándose frente a un local en el que anunciaban sushi como acompañamiento para tu consumición.

—Este sitio estará bien.

Entré detrás de él, sentándome en un taburete de espaldas a la puerta mientras Fran lo hacía enfrente de mí.

—Entonces voy a tener que pintar el piso —comentó haciéndose el sufrido mientras llamaba la atención del camarero.

—Eso, y asegurarte de que no duerma en el suelo —puntalicé con tono de fingida advertencia.

Pedimos, y enseguida solucionamos todos los aspectos que debíamos aclarar. Tal era nuestro entendimiento, que finalmente se ofreció a instalarme unos cuantos muebles de Ikea antes de mi traslado. Los elegimos del catálogo online desde mi iPad en ese mismo momento, y acordamos que se los pagaría junto con la fianza.

Cuando mi cerveza estaba a punto de acabarse y el reloj me decía que debía ir poniéndome en marcha si quería llegar a coger el tren de vuelta, una voz conocida sonó a mi espalda justo después de escuchar la puerta del local abrirse.

—Lo siento, tío. Me he entretenido en la buhardilla.

Mis oídos se taponaron. La sonrisa que Fran había logrado hacerme perenne desapareció de golpe, y tuve que agarrarme a la mesa para no caer del asiento, manteniendo la mirada baja, como si pudiera evitar de esa manera que mi nueva apariencia no le gritara a la persona que estaba parada justo a mi lado mi identidad.

—No te preocupes, Lucía me ha tenido entretenido.

En un reflejo que ni pensé, agradecida por lo servicial y amable que había sido en todo momento, levanté la mirada para sonreírle, sin darme cuenta de que mi cara iba a quedar a la vista para el recién llegado.

—¿Lucía? —preguntó posando una mano sobre mi hombro y agachándose para verme mejor—. ¡Hostia, *rubia!*

El grito de Marco resonó en todo el bar, y varias personas se giraron para curiosear mientras yo trataba de no parecer conmocionada. Y no solo por el inesperado encuentro, sino porque el muy bastardo seguía siendo condenadamente atractivo.

—Hola, Marco —saludé apartándome el flequillo y mirándolo directamente por fin.

Estaba exactamente igual que lo recordaba. Con el pelo algo más largo y la piel ligeramente más bronceada, pero igual. No había perdido ni un ápice de endiablado encanto, aunque sus ojos parecían menos seguros que de costumbre, enturbiados por la sorpresa que sin duda había sido encontrarse conmigo.

—¿Os conocéis? —preguntó Fran desconcertado.

De repente parecía no estar allí físicamente, porque yo lo único que veía era a Marco y toda la secuencia de momentos que había vivido con él, y en consecuencia, con la persona que había sido nuestro vínculo.

—Estás... distinta —baluceó haciéndome un repaso nada sutil, sin creerse todavía que estuviera allí.

—Supongo que sí —concedí tocándome el cuello ahora despejado, tratando de que mi voz no mostrase estar afectada.

—Joder, me alegro tanto de verte...

Sin mediar palabra se lanzó a abrazarme, tirando de mí y obligándome a ponerme en pie.

Entonces todo fue demasiado, porque no solo me golpeaban los recuerdos de los días de felicidad, o el apoyo que me había dado cuando las cosas se pusieron difíciles. También lo hacían las llamadas con las que, cuando la pena me nublabla el juicio, había tratado de averiguar si él sabía algo de Jorge. Los mensajes preguntándole cosas tan estúpidas como si de verdad alguna vez me había querido, después de llegar a casa y descubrirme sola, tal y como me había sentido demasiados días después de su marcha.

—No puedo. Yo... —lo aparté bruscamente—. Marco, todavía duele —dije alzando las manos y cerrando los ojos, como si así pudiera protegerme.

—Sé que...

—No, Marco —lo interrumpí tajante—. No tienes ni puta idea de lo que ha sido.

Él siempre había respondido a todas aquellas llamadas y mensajes con paciencia y cariño, pero jamás había conseguido sacarle nada acerca de Jorge, hasta que un día finalmente decidí ahorrarnos aquello a los dos.

—Me tengo que ir —me apresuré a coger mi bolso sin darle tiempo a reaccionar—. Tengo que coger el tren. Tengo que... —empecé a dar vueltas sobre mí misma, pérdida de repente entre toda la avalancha de pasado que se me había venido encima, enterrando mi fortaleza—. Yo...

—Lucía —me detuvo cogiéndome por los hombros para frenar mis torpes intentos de escapar de mí misma—. Tranquila, Lucy. Eh, tranquila, pequeña —me obligó a volver a sentarme—. Traígame un vaso de agua por favor —pidió volviéndose hacia la barra.

Tras beberme el vaso de agua conseguí calmarme, a pesar de lo incómoda que me sentía por cómo Fran me observaba, tan preocupado con Marco.

—Estoy bien, de verdad —afirmé incorporándome decidida—. Si no me voy ya, perderé el tren —dirigí mi mirada a Fran, que ahora me estudiaba de una manera extraña—. Si te parece, prepara el contrato y cuando venga para quedarme lo firmo. La fianza y lo de los muebles te lo ingreso en cuanto pueda.

—No, no te preocupes —respondió sin dejar de observarme de esa manera que empezaba a no gustarme—. Me encargaré de que lo pinten y de que todo esté listo para cuando te instales.

—¿Instalarte? ¿Pintar? ¿Se puede saber de qué estáis hablando? —reclamó Marco mirándonos alternativamente.

—Lucía va a alquilar el piso de mis abuelos. El que está a unas calles del vuestro.

Ese “vuestro” fue el último empujón para querer salir de allí cuanto antes.

Quizá Marco compartiera el edificio con alguien que no fuera Jorge, pero la posibilidad de que él estuviera a unos cuantos metros de mí —pero fuera de mi alcance—, volvió a ser demasiado real como para no querer salir corriendo.

—¿Cómo que...?.

—Oye, Marco, de verdad que tengo que irme —aseguré sorprendentemente entera para la manera en la que mis manos temblaban—. Hablamos en otro momento y te explico. Gracias por todo, Fran —me excusé para largarme.

—Pero...

—Nos vemos —dije cuando ya casi había alcanzado la puerta, alzando la mano para despedirme.

A pesar de que varios metros nos separaban ya, pude escuchar sus siguientes palabras.

—¿Es Lucía... Lucía? ¿Su Lucía?

Salí sin esperar la respuesta de Marco, tratando que el ambiente que reinaba en la calle me hiciera olvidar que, muy a mi pesar, puede que no quisiera nada más que

eso, que seguir siendo “su Lucía”.

Los siguientes días fueron frenéticos. En apenas unos cuantos, tuve que dejar todo organizado en el estudio, puesto que iba pasar el primer mes al completo en Madrid. Así lo había acordado con la productora para poder tener más margen en adelante.

Fran se había encargado de solucionar hasta el último detalle, tal y como prometió, y mi mini piso estaba lo suficientemente acondicionado para que me instalase al día siguiente, por eso daba vueltas por casa como una loca, tratando de no olvidar nada antes de que la furgoneta de la mudanza llegase para llevarse los bultos.

Estaba convencida de que podría llevarlo todo en mi coche, hasta que empecé a acumular maletas de ropa, cajas de zapatos y bolsos, y descubrí que también debía llevar toallas, sábanas, y todas esas cosas que no te sueles plantear cuando te vas de viaje, y agradecí enormemente que Ferrán hubiera organizado lo de la mudanza por mí.

—Nena, ¿te das cuenta de que es el primer fin de semana que voy a dejar el restaurante solo, que lo voy a hacer por ti, ¡y no me estás haciendo ni puto caso!? —voceó Adriana al otro lado de la línea telefónica.

—Sí te hago caso, Adri —respondí con un tonito condescendiente que la hizo gruñir—. Pero no creo que sea trascendental que, para ayudarme a instalarme, te lleves ninguno de esos modelos entre los que me estás dando a elegir —señalé mientras me aseguraba de que me llevaba un mínimo de productos de higiene para sobrevivir hasta que pudiera comprar—. Además, ¿el *body* transparente no te lo habías comprado para una noche loca con Aarón? Por cierto, ¿contamos con él para esta noche?

—¡Y una mierda voy a hacerte la mudanza! —protestó airada—. Si te acompaño es para que no tengas que introducirte en el ambiente madrileño tú sola, no para abrir cajas y ordenarte armarios. Para que salgamos y estudiemos el mercado por allí.

Puse los ojos en blanco aunque no pudiera verme. Después de que volviera de Madrid y le contase lo que había sucedido, cómo me había trastornado toparme con una simple puerta, o más tarde verme sobrepasada por el reencuentro con Marco, había dicho que ella iría conmigo los primeros días hasta que me acostumbrase al cambio.

Lo había disfrazado de merecido descanso, pero en realidad lo hacía para asegurarse de que podía con ello y que el cambio iba a ser para mejor, porque aunque ya no lo hablásemos casi nunca, sabía que seguía echando de menos a Jorge cada día.

—No me cambies de tema que te he preguntado por Aarón —le advertí cerrando la última caja y centrándome por completo en ella—. Y ya sé cuánto te preocupas por la regeneración de mi himen, pero te recuerdo que no hace tanto que acabé en casa de aquel amigo de tu pinche.

Es cierto que me acosté con aquel chico —que, para más datos, tenía unos cuantos años menos que yo, pero unas habilidades muy dignas de todo un experto—, y no voy a negar que estuvo bien, ni que él estuviera interesado en más —algo que debió alagarme—, pero al acabar, lo único que quería era salir de allí. Dejar de sentirme una extraña compartiendo algo de mí con alguien a quien realmente no se lo quería dar.

Porque no me apetecía quedarme ni un segundo más en aquella cama. No quería girarme y mirarle, ni muchísimo menos apoyar la cabeza sobre su pecho y que me acariciase la espalda. ¡Por ahí no, Lucía!, reprendí a mi mente por llevarme siempre hacia el mismo tipo de recuerdo. No deseaba hablar con él de absolutamente nada, ni tener música de fondo. No me planteaba ni siquiera repetir. Y todo porque la persona que me había hecho sentir que necesitaba todas esas cosas, ya nunca las compartiría conmigo.

Así que creo que aquel día descubrí que el sexo se convertiría, probablemente durante bastante tiempo, en una relación puramente física en la que no podría poner nada más de mí que mi cuerpo, aunque quizá ni siquiera quisiera compartir esa parte.

—Con lo mono que era el chico... y pasaste de él como de comer chinchetas.

—Es que soy más de mocos —contesté con sarcasmo—. No me repitas ese discurso, que esto ya lo hemos vivido —impedí que acabásemos como de costumbre, enzarzándonos en una discusión que siempre acababa con que yo debería ser un poco más golfa, y ella un poco menos perra.

—Tú vivir... últimamente más bien poco —me recriminó sin maldad, más bien como esa amiga a la que le duele ver que sigues enganchada a un historia que no te deja avanzar—. Pero tengo un regalito preparado para ti, para asegurarme de fomentar tus relaciones. Aunque solo las interesantes, eh.

—Miedo me das... —reconocí imaginándomela moviendo las cejas arriba y abajo—. Bueno, a lo que estamos. Aarón. ¿Va a venir hoy a lo de la Fundación con nosotras?

—¿A qué? —preguntó con brusquedad, casi ofendida—. Nena, ¿sabes por qué Aarón y yo llevamos casi un año viéndonos?

—¿Porque no sabe que antes de hacerte el láser eras como King Kong pero en pequeñito?

—No, porque no sabe que tengo una amiga tan lerda que llora con los anuncios de Coca-Cola en Navidad —hizo una pausa para que asimilase sus palabras—, y además es la única persona que conozco capaz de salir a correr envolviéndose la barriga en papel de film. A ti Full Monty te hizo mucho daño...

—¡Era joven y confiada! —me quejé recordando aquella época en la que me obsesioné con el peso en el instituto, e hice cosas un poco... peculiares—. Además, no adelgazas pero pierdes líquidos y toxinas.

—Y neuronas, nena. Tú perdiste muchas neuronas de aquella, seguro —afirmó con sorna.

—Por lo menos yo algún día las tuve... —me defendí dándome cuenta de que nos estábamos yendo por los cerros de Úbeda—. A ver, ¿por qué Aarón te sigue soportando a pesar de ser una perra sideral? Oh, gran oráculo, muéstranos tu conocimiento —añadí con voz grave.

—Pues porque él hace su vida, yo hago la mía, y cuando nos apetece, esas vidas se cruzan, a ser posible sin ropa. Ahí está la clave, en que no somos pareja, o no lo que tu llamas pareja. Por eso no pinta absolutamente nada esta noche con nosotras —aclaró antes de cambiar su tono por uno más relajado—. Hoy noche de chicas. Tú, yo, y lo que nos dejen beber. Nada de pollas en la ecuación.

Fin de la discusión.

Hacia mucho tiempo que ya no me inmiscuía en la peculiar manera en la que Adriana llevaba su relación, y no lo hacía porque no tenía sentido. Porque creo que por fin comprendí que Adri era un alma libre. Una que no necesitaba un lazo firme con alguien para compartir mucho con él —al menos en eso Javi sí había dejado su huella—, así que sí esa era la forma en la que iba a ser feliz, Aarón sería esa persona a la que nunca sabríamos si había que invitar a las cenas de amigos, o no, pero que si aparecía, sería muy bien recibido.

—Nada de noche de chicas, o no en plan loco, que nos conocemos y mañana tenemos que salir pronto para Madrid. He quedado con Fran para que nos dé las llaves y firmar a media mañana —le recordé echando un vistazo al atuendo que tenía preparado sobre la cama—. Por cierto, ¿qué te vas a poner?

—Lo que me voy a poner es contenta en cuanto vea a camareros con bandejas, o una barra para pedir —soltó plenamente convencida—. Y si encima están buenos, además de contenta me pongo a saltar. ¿Tú sabes cuánto hace que no descanso más de un día?

—No tienes remedio...

—Pero no me querías tanto si no fuera así.

Bajamos del taxi en la dirección que Ana nos había dado. Llegábamos un poco más tarde de lo que deberíamos, así que no me extrañó que ya hubiera mucha gente dentro de la galería.

La culpa había sido de los de la mudanza, que habían llegado tardísimo. Bueno y... algo mía. ¡Vale! A decir verdad había sido básicamente mía, pero es que con todo lo del traslado, me había puesto algo morriñosa, y había pasado bastante más tiempo del estrictamente necesario parada delante de una caja —LA CAJA—, pensándome si abrirla o no.

Finalmente Adriana había aparecido, le había arreado un empujón metiéndola debajo de la mesa del salón, y me había arrastrado al baño para que me cambiase y arreglase.

—Pues para haberlo hecho con prisas, no estás ni tan mal —dijo mirándose de reojo y agarrándose de mi brazo para caminar hasta la entrada—. ¿Tenemos invitaciones, programa, o al menos algo que nos diga qué hay ahí dentro?

—Lo que tenemos es sed —respondí guiñándole un ojo—. Así que tú vas en busca de un par de copas de vino, y yo mientras busco a Ana para enterarme de a qué ha venido tanto secretismo y cambio de planes con lo de hoy —dije recogiendo un programa al entrar en la sala.

—Deberías ponerte la chapa que te he regalado —recomendó con malicia—, seguro que así la noche iba a ser mucho más entretenida.

—¡Es justo lo que estaba pensando! —di una palmada fingiendo entusiasmo—. Y cuando se acerque José a saludarme, se la señalo con una ceja levantada, ¡no te jode!

—Hija, qué poco humor...

—Mejor me la guardo para Madrid, o para nunca, porque tela con tu regalito para fomentar mis relaciones...

Saqué la chapa del bolsillo de mi chupa de cuero para leer el sutil mensaje —muy al estilo Adri— antes de asegurarme de que quedaba a buen recaudo.

El que no folle, que no entretenga

—Tira a por algo de beber antes de que te la ponga a ti —exigí dándole un golpe con mi cadera contra la suya.

—Aquí hay muchísima gente —indicó sorprendida mirando a su alrededor—. Puede que tenga que jugarme la vida para conseguir esas copas —bromeó abriendo mucho los ojos.

—Tú tranquila, que si no vuelves, te vengaré —aseguré obligándola a soltarme y poniendo cara dramática—. Y me quedaré con todos tus zapatos como recompensa —finalicé con mi mejor sonrisa.

—Ahora te busco —dijo perdiéndose entre la gente.

Al volverme levantando la mirada para localizar a la anfitriona, los ojos de Alex me detuvieron. Él también había reparado en mi presencia, así que en unos cuantos pasos se situó justo delante de mí.

—Empezaba a pensar que te lo perderías —reconoció de una manera extrañamente enigmática.

—Parece que mi puntualidad ha decaído con el tiempo —bromeé repasándolo con disimulo.

Seguía siendo el hombre perfecto que recordaba, pero ahora además tenía un brillo especial en la mirada que lo hacía todavía más interesante. Su traje impecable ya no solo escondía un cuerpo delirantemente deseable, sino que era la funda de un hombre visiblemente feliz.

—Tú también estás muy bien —indicó con una sonrisa, dejándome claro que mi repaso no le había pasado inadvertido—. Javi me había comentado lo de tu pelo, pero no lograba imaginarte sin la melena.

—Pues yo al que ya casi tengo que imaginarme es a él —me quejé cambiando de tema—. Hace ya tiempo que no nos vemos, aunque le entendí cuando me pidió algo de espacio para llevar mejor lo de Adriana —expliqué apenada.

—Si te quedas más tranquila, tiene algo con alguien y les va realmente bien —confesó acariciándome el brazo para reconfortarme, aunque retiró la mano enseguida.

—Claro que me quedo más tranquila —aseguré agradeciendo la información—. Siempre quise lo mejor para los dos, que fueran felices, pero me empeñé durante demasiado tiempo en creer que eso implicaba que estuvieran juntos.

—Ahora la que tiene que intentar ser feliz, eres tú —dijo acercándose y dejando un beso en mi frente antes de que pudiera darme cuenta de sus intenciones.

—Créeme que lo estoy intentando... —respondí casi en un susurro cuando ya se alejaba de mí.

—Por cierto —se giró de repente, obligándome a mirarlo de nuevo—. Tenías razón.

—¿En qué?

—En que, después de todo, merecería la pena perderte —sentenció clavando sus ojos en algo antes de seguir caminando.

Siguiendo su mirada, alcancé a captar el momento en el que Carol le mostraba su mano a Elena, que parecía muy orgullosa de la elección que su hijo había hecho con lo que supuse un anillo de compromiso.

No voy a negar que, aunque me alegré por él, el pensamiento de que esa persona podía haber sido yo pasó por mi cabeza. No porque deseara estar en el lugar de Carol en realidad, sino porque quizá eso significaría que no habían llegado a romperme el corazón y seguía creyendo en los finales felices.

Centré mi atención en el programa deshaciéndome de esas ideas, pretendiendo ver si me aclaraba algo de lo que me iba a encontrar esa noche, ya que Ana no soltó prenda desde que decidió adelantar la fecha varias semanas, y rechazó la donación de mi vestido de Escada, el que había usado en el primer baile de la Fundación al que asistí.

Lo había justificado alegando que, al ser el primer evento de ese tipo que iban a organizar, quería que fuera algo un poco diferente y especial a lo que serían el resto. Por eso tampoco quería que me lo perdiera por nada del mundo.

El papel que sostenía tenía una especie de anagrama en la portada, con una única frase.

Luz(& c)ía

Abri el tríptico, dominada por esa sensación de nervios que sentía desde que habíamos llegado y que pretendía ignorar —al igual que las miradas de mucha gente que no me conocía pero parecía observarme—, o achacar a la tonta nostalgia que todo lo que tuviera que ver con la Fundación me provocaba, o incluso a mi inminente partida.

Me equivocaba. Lo que sentía en realidad era algo más visceral que me nacía de dentro del cuerpo. Algo que solo pude explicar cuando descubrí que, en esa galería, lo que había era una exposición en la que la obra principal, era una ilustración de mí con unas enormes alas.

Las manos comenzaron a temblarme, moviendo tanto el papel que apenas lograba distinguir las letras o las imágenes.

Pasado, presente, y futuro. Ese era el nombre de las tres colecciones que se exponían, y que nos tenían como protagonistas casi exclusivas a Rori y a mí para las dos primeras, mientras que la tercera constaba de una única obra, que era una mano tendida con un carrete de hilo rojo en ella.

—Bienvenidos a todos.

La voz de Ana me hizo dar un bote, y el papel se escurrió entre mis dedos. Al intentar agacharme a recogerlo, unas manos fueron más rápidas que las mías y, todavía temblando, me encontré con Marco acuclillado frente a mí.

—¿Lucía, estás bien? —preguntó levantándose de inmediato y tratando de sostenerme.

Retrocedí tambaleándome sin poder apartarle la mirada mientras chocaba con otras personas y escuchaba a Ana seguir con su discurso.

—Para mí es un auténtico honor y placer que Jorge haya querido colaborar con la Fundación Aurora, haciendo un homenaje a su hermana al exponer obras que llevaban mucho tiempo guardadas —hizo una pequeña pausa por la emoción, atrayendo por fin mi mirada—. Como seguramente él pueda explicar mejor lo que, tanto esas, como el resto significan... —tendió una mano hacia el público antes de continuar visiblemente afectada—. Jorge Prieto.

Su nombre se repitió una y otra vez en mi cabeza. Ni siquiera los aplausos de toda la sala lograban acallar el eco de la voz de Ana, al tiempo que mis ojos seguían al hombre que subía a la discreta tarima en la que habían colocado un micrófono.

Allí estaba. Después de meses de ausencia, Jorge volvía a estar a tan solo unos cuantos metros de mí, y sin poder detenerlas, por primera vez desde que se había marchado, las lágrimas empezaron a rodar por mis mejillas. Me llevé las manos a la boca para evitar el grito desgarrador que me hubiera gustado poder dejar salir, e inmediatamente sentí el abrazo de Marco sosteniéndome, casi antes de haberme percatado de que estaba a punto de desplomarme.

—¡Te tengo! —exclamó llamando la atención de algunas personas a nuestro alrededor.

Pero a mí me daba igual toda aquella gente. No me importaba que supieran que yo era la protagonista de buena parte de las ilustraciones colgadas de aquellas paredes. Me traía sin cuidado que vieran la manera en la que las lágrimas empapaban mis mejillas, porque lo único a lo que podía prestar atención, era a las pupilas que se mantenían fijas sobre las mías, ya nubladas por el llanto.

Era él. Aún sin sonreír, era él. Con el pelo más corto, pero la misma barba ensombreciendo su mandíbula. Con gesto serio, preocupado, pero con la corbata floja y los puños de la camisa arremangados. Era tan él, que me descubrí imaginando su voz llamándome de nuevo.

—¡Lucía!

Puede que no lo haya imaginando, pensé tras haberme deshecho del agarre de Marco, apartando gente a mi paso para alcanzar la salida.

CUANDO DECIDÍ RECUPERARTE

(JORGE)

Me movía inquieto mirando sin parar a la puerta desde mi rincón apartado. Cada vez que alguien entraba y no era ella, el miedo a que no fuera a aparecer aumentaba.

—Cariño, vendrá —dijo mi madre tratando de ponerme recta la corbata como si no fuera más que un chiquillo.

—¿Y si no lo hace? ¿Y si se va a Madrid sin que pueda...?

Me pasé las manos por el pelo de manera compulsiva. Pese a habérmelo cortado, seguía conservando el instinto de apartármelo de la cara cuando me ponía nervioso.

—Vendrá, y si no... Madrid no es el fin del mundo —sentenció posando las manos sobre las solapas de mi americana—. Tú también te fuiste, ¿recuerdas? —mi respuesta fue una mueca de desagrado, aunque no lo hubiese dicho como un reproche—. Pero mírate. Aquí estás. Has vuelto por ella.

Todo se había apresurado en el último momento. Después de aquel día en el que Marco llegó a casa revelando que había estado con Lucía, mis planes de volver a Valencia tuvieron que acelerarse.

Me vi obligado a hablar con mi madre, a convencerla de que me dejase hacer la exposición. Tampoco es que creyera que fuera a poner ningún impedimento, estaba seguro de que sería todo lo contrario, pero sé que fue un gran esfuerzo por la cantidad de quebraderos de cabeza que le había supuesto alterar todos los preparativos, y sobre todo, mentir a Lucía, aunque solo hubiera sido por omisión.

Si ese día no me hubiera quedado en casa dibujando, habría entrado en aquel bar junto con Marco para reunirme con Fran y la habría visto. Pero estaba terminando la ilustración en la que ella aparecía con unas enormes alas, cubierta apenas con una tela que resbalaba sobre su cuerpo, y no había nada que fuera capaz de distraerme de aquel ser tan hermoso. Por algo se había convertido en la obra principal de la exposición.

—Ana, te necesitamos un momento —una voz procedente de algún lugar cercano llamó a mamá y esta desapareció.

Es cierto que un encuentro en Madrid habría tirado por tierra mis planes de volver a casa cargado de bonitas palabras, y de dibujos que le demostrasen cuanto había pensado en ella, pero puestos a elegir, si algo no iba a dejarme hacer las cosas de la manera en la que las tenía planeadas —citándola en la que fue nuestra casa para que la viera totalmente cambiada—, hubiera preferido aquel bar a una maldita galería, rodeados de docenas de personas con las que en realidad no quería compartir ese momento.

Por desgracia se me acababa el tiempo, y las obras en la casa de la playa no estarían terminadas antes de que ella se fuera, así que, todo ese tinglado, fue lo único que se me ocurrió para demostrarle lo lejos que estaba dispuesto a llegar para recuperarla.

—Ha llegado. Lucía ya está aquí, cielo —anunció mi madre de vuelta con una enorme sonrisa—. Y ha venido con Adriana.

—Joder, menos mal... —respiré aliviado.

No porque la reacción de Adri no me acojonase tanto como la de ella, sino porque nadie había sabido decirme si Lucía tenía una relación con alguien.

Por lo visto, después de lo que mi madre llamó el cataclismo Jorge, Lucía se había vuelto muy reservada. “Parecía estar siempre triste”, había comentado también, haciéndome sentir horriblemente culpable.

¡Lo eres, cretino!, me acusé. Te has comportado como un auténtico cabrón egoísta, así que mereces que te dé la patada.

—¡Dios, estoy cagado! —reconocí frotando las palmas sobre el pantalón.

—Jorge, eres mi hijo y te voy a querer toda la vida —empezó a hablar mirándome con ojos serenos—, pero le hiciste tanto daño, que ni yo que sé cuánto te ha querido, podría confiar en que te perdona —cogió mi cara entre sus manos para infundirme seguridad—. Así que, lo único que puedes hacer, cariño mío, es demostrarle que quieres volver a ser, que aquí sigue estando —dijo dando unos golpecitos sobre mi corazón—, la persona de la que se enamoró.

Se estiró para darme un beso en la mejilla antes de encaminarse a presentarme, dejándome con la cabeza funcionando a mil.

¿Ya se habría dado cuenta de la encerrona que le habíamos hecho? La impaciencia me estaba matando, pero la respuesta a muchas de mis preguntas llegó en forma de mensaje, justo cuando mi madre comenzó a hablar.

—Bienvenidos a todos.

«La tengo al lado y Adriana no está con ella ahora mismo. Ha abierto el programa... Joder, Jorge, empiezo a dudar que esto haya sido una buena idea. Está temblando»

Me quité la americana tirándola agobiado. Quería ir a por ella. Salir corriendo a buscarla. Aflojé mi corbata y saqué la cartera para buscar las fotos de los dos que había llevado en ella desde que me fui, iniciando así un viaje a lo que habían sido los últimos meses.

—Buenas tardes, ¿le puedo ayudar en algo? —ofreció la recepcionista haciéndome un repaso.

—Sí, quería una habitación —respondí entregándole el DNI, sin hacer demasiado caso a su coqueteo.

Al hacerlo, la foto que había cogido antes de salir huyendo de casa cayó a mis pies. La recogí sin permitirme mirarla, y la guardé en el último compartimento, el más escondido.

—¿Doble o sencilla? —preguntó con cierta esperanza en la mirada.

—Sencilla, por favor.

—¿Cuántos días se quedará con nosotros? —inquirió con una sonrisa que empezaba a incomodarme.

—No lo tengo decidido —contesté con brusquedad, recogiendo mi identificación y firmando el documento que me ofrecía.

—Su habitación es la...

—Gracias —la corté alcanzando la llave al comprobar que el papel que me llevaba contenía el número de habitación.

Pasé los primeros días —demasiados— en un motel de un pueblo diminuto, esperando a que todos se cansasen de buscarme, y ahogándome un poco más en mi miseria.

Cuando me convencí de que si no salía de allí mi siguiente parada sería un psiquiátrico, volví a montarme en el coche, y conduje hasta la única persona que no iba a hacerme preguntas.

—No quiero que nadie sepa que estoy aquí —le advertí en cuanto abrió la puerta.

—Está bien —concedió Marco apartándose y dejándome entrar en su piso—. Pero sigue haciéndole llegar noticias tuyas a tu madre.

Tiré la bolsa con la que había salido de casa, que contenía apenas un par de pantalones, unas cuantas camisetas y poco más, y me dejé caer en el sofá, completamente agotado.

—Siento lo de Lucía —dijo ofreciéndome una cerveza que no sabía de dónde había sacado.

—Te recuerdo que la que murió fue Rori —gruñí llevándome el botellín a los labios para disolver el nudo que se me había hecho en la garganta.

—Sí, pero tú no saliste corriendo por Rori —me quitó la cerveza alzándola a modo de brindis.

A partir de ese día, me convertí en un adorno más de su piso. En ningún momento trató de presionarme para que actuase de otra manera, ni tan siquiera para que hablase de lo que había sucedido o de cómo me sentía, hasta que un día la rabia pudo con él.

—¡Ten los cojones de cogerle tú el maldito teléfono! —gritó lanzándome su móvil con la imagen de Lucía en la pantalla.

No me molesté en hacerle caso. Me levanté del sofá dejando el teléfono sonar, tratando de aparentar total indiferencia mientras hacía verdaderos esfuerzos para no descolgar y volver a escuchar su voz.

—Sabes qué, estoy hasta los cojones de excusarte o intentar justificarte. ¡La pérdida de Rori no te hace menos responsable de sus lágrimas, maldito imbécil! —me reprochó dándome un empujón—. ¡Que te jodan, Jorge! ¡No te la mereces! —ratificó golpeándome el hombro para hacerme retroceder y señalándome amenazante—. Puede que ella se empeñe en aparentar que está bien, pero ambos sabemos que la estás destrozando, hijo de puta. Ojalá acabe odiándote.

Pasó a mi lado golpeando mi hombro con el suyo con mucha hostilidad, logrando que perdiera los papeles.

—¡Es que no te das cuenta de que es eso lo que quiero! ¡Que es lo que merezco por dejar a Rori tirada! —lo empujé por la espalda.

—No te equivoques, Jorge. Tu hermana nunca fue tan feliz como sabiendo que estabas con Lucía —volvió a encararse conmigo—. Que no te pudieras despedir de ella no te da licencia para joderte la vida, y de paso la de la única persona que ha sido capaz de ser más importante para ti que ella.

—¿Por qué nadie es capaz de entender que no soporto que me mire sin sentirme una basura? —pregunté apretando los dientes, notando cómo los ojos se me humedecían.

—Lo que deberías preguntarte, es por qué eres el único que no se da cuenta de que no dejará de quererte solo porque desaparezcas —replicó poniendo una mano en mi hombro—. Si no piensas volver, dile que no lo harás, y así por lo menos dejará de esperarte. Ahora, desaparece de mi vista antes de que te dé el puñetazo que te estás ganando a pulso.

No tuve que ir demasiado lejos, solo un piso más arriba, a la que había sido mi casa por años.

Esa noche salí, me emborraché, y medio inconsciente, creí notar unos labios acariciando los míos, pero la sensación era tan placentera, que caí en un sueño profundo sin siquiera abrir los ojos.

Soñé con Lucía, así que, al despertar, imaginé que aquellos labios también habían sido parte del sueño. Entonces me levanté al baño y, al ver mi reflejo en el espejo, me quedé inmóvil.

En ese momento me di cuenta de que, la batalla más dura a la que jamás me expondría, sería la que libraba conmigo mismo. A enfrentarme a la imagen que me devolvía aquel espejo, a aceptarla, a reconocerme en ella, y a reconciliarme conmigo mismo, cuando ya nada de lo que me hacía ser la persona que fui —a la que la Lucía de verdad habría besado—, quedaba.

Entre remordimientos, reparé en el número de teléfono escrito con pintalabios a la altura de mi oreja. Me odié aún más de lo que ya lo hacía, sintiendo que por fin tocaba fondo, y por extraño que parezca, saber que no podría ir a peor me alivió,

Arrastré una mano sobre los números, embadurnando medio espejo y tapando mi cara, mientras las palabras que un día me dijo mi hermana sonaban como un mandato en mi cabeza. “Jorge, prométeme que seguirás adelante cuando todo acabe. Me llorarás, y luego retomarás tu vida. Como si nunca se hubiera detenido por mí”.

Después de darme una ducha para tratar de lavarme mucho más que la piel, limpié el espejo frotando con saña, porque el único mensaje de ese tipo que quería ver, era el del recuerdo de todas las veces que Lucía dejó títulos de canciones escritas para mí.

—Quiero volver a utilizar la buhardilla —anuncié en cuanto entré en casa de Marco usando mi propia llave.

—Empezaba a pensar que te habíamos perdido de verdad... —respondió tendiéndome la taza de café que sostenía.

Desde ese día, lo único que hice, fue dibujar todos y cada uno de los recuerdos que tenía de ella, mientras Rosario versionaba el *Lucía* de Serrat una y otra vez, esperando que el arrepentimiento y el amor que jamás había dejado de sentir, fuesen suficientes para ganarme el perdón.

—Jorge Prieto.

La voz de mi madre me devolvió al presente.

Al verla pidiendo mi presencia a su lado, me apresuré a guardar las fotos y a subir al estrado arremangándome la camisa hasta casi los codos, repitiendo en mi cabeza las palabras que tenía preparadas para tratar de recuperarla.

La divisé en cuanto levanté la mirada de mis antebrazos. Marco la sujetaba mientras las lágrimas le empapaban las mejillas, y tuve que agarrarme con fuerza al soporte del micrófono para no salir corriendo a por ella. A que fueran mis brazos los que la sostuvieran. A detener su llanto.

No podía dejar de mirarla. Estaba preciosa con el pelo corto. Con la cazadora de cuero sobre el vestido, recordándome que seguía siendo mi pequeña rebelde. Pero sus ojos... Todas aquellas lágrimas no fueron suficientes para enmascarar el dolor que guardaban.

Zafándose de Marco, se dio la vuelta y comenzó a andar en dirección a la salida, deshaciéndose de todo aquel que se encontrase en su camino.

—¡Lucía! —la llamé sin importarme que todos estuvieran dándose cuenta de lo que pasaba.

Al ver que no se detenía, salté y corrí tras ella, aprovechando el pasillo que la gente me hacía para no perder detalle, y que me permitió verla alcanzando la puerta.

—¿Qué esperabas, gilipollas?! —Adriana se interpuso en mi camino empujándome con fuerza suficiente como para detenerme—. ¿¿Que se lanzase a tus brazos a agradecerte que la hicieras mierda?!

En ese momento vi a Marco a su lado, y no me lo pensé.

—Necesito que la retengas —pedí sin dejar de mirar a los ojos de ella que, desconcertada, no vio venir los brazos del italiano.

—¡Suéltame que voy a matar a ese cerdo!

Oí los gritos por detrás de mí, pero no paré hasta llegar a la calle.

La encontré unos metros más allá, justo a la altura en la que Mateo esperaba con el coche en el que habría llevado a mis padres. Abrazada a sí misma, no había parado de llorar.

Avancé despacio para no asustarla y, al verme aproximarme, Mateo salió del vehículo. Ella alzó la cabeza justo cuando la alcancé y, sin saber que más hacer, abrí mis

brazos para tratar de abrazarla con cautela.

Sus puños empezaron a golpear mi pecho una y otra vez, mientras se ahogaba entre sollozos.

—¡Te odio! —decía sin parar—. ¡No tienes derecho!

—Lo sé, nena. Lo sé —respondí cerrando los ojos y suspirando, aguantando todos y cada uno de sus golpes, que dolían mucho menos que sus palabras y sus lágrimas.

Poco a poco sus puños comenzaron a cansarse y mis brazos a rodearla, hasta que conseguí pegarla a mi pecho y que su llanto me empapase la camisa.

Cuando parecía que se estaba tranquilizando y me permitía acariciarle el cuello y posar la boca sobre a su cabeza, la voz de Adriana llamándola al salir de la galería como una exhalación la hizo apartarse de inmediato.

—Ven aquí, fiera —ordenó Marco agarrándola desde atrás, levantándola en el aire mientras pataleaba y le gritaba que la soltase llamándole de todo menos guapo.

No iba a poder sujetarla eternamente, y yo necesitaba hablar con Lucía, así que me dejé llevar por el pánico, e hice lo único que se me ocurrió, una estupidez.

—Mateo, las llaves —pedí alzando la palma para que me las lanzase.

En cuanto estuvieron en mi mano, atraje a *la rubia* hacia mí y, antes de que pudiera evitarlo, la besé con prisas.

—Lo siento —me disculpé sabiendo que se iba a enfurecer por lo que estaba a punto de hacerle.

Aprovechando que parecía conmocionada después del beso, abrí el maletero y, cogiéndola en brazos, la metí dentro.

Sí, ya sé que suena un poco radical, y de legal tiene bastante poco, pero estaba seguro de que ni de coña se iba a subir conmigo en un coche por voluntad propia. Además, no parar en ningún semáforo para no darle la oportunidad de escapar iba a ser un poco difícil por la ciudad, así que...

Sus ojos se abrieron de par en par al darse cuenta de que la iba a encerrar, justo cuando los gritos de Adri dejaron de dirigirse a Marco para centrarse en mí.

—¡Eso es secuestro, hijo de perra!

Cerré viendo la cara de estupefacción de Lucía. Rodeé el coche y, una vez que estuve sentado al volante, Marco soltó a su presa.

¡En un maletero! ¡Me había metido en un maletero! Trataba de estar indignada, pero no podía dejar de tocarme los labios, que luchaban por no torcerse en una sonrisa.

Sí, me había metido en un maldito maletero, pero yo no había puesto demasiados impedimentos, y todo porque me había dejado agilipollada besándome.

No supe reaccionar porque... no me lo esperaba. ¡Y porque no te dio la gana!, gritó mi sabiondilla interior dispuesta a darme una lección de sinceridad. Porque si el abrazo no hubiese sido suficiente, en el momento que su boca tocó la tuya, te olvidaste del mundo, del vacío en tu pecho, y hasta de tu nombre. Te quitaste el peso de su marcha de encima, ni más, ni menos. Hasta diría que, las grietas de ese corazón que a duras penas has recompuesto, se hicieron un poco menos profundas.

—¡Para el maldito coche!

Los gritos de Adriana me recordaron dónde estaba, y en cuanto escuché el motor del coche, comencé a chillar y dar golpes y patadas. Jorge no tardó en subir el volumen de la música para no oírme, pero no habría podido decir qué sonaba, porque estaba demasiado perdida tratando de seguir la dirección de los millones de pensamientos que rondaban mi cabeza.

Lo único que había sido capaz de decirle era que le odiaba, y solo habría podido mentir más acompañándolo de un “No te he extrañado cada día”.

Lo que sí era cierto, es que no tenía derecho. No podía aparecer ahora, a lo Richard Gere en *Pretty woman*, subido a una limusina con sus flores y su paraguas reclamando mi amor y mi perdón. Rescatándome, como fingían en la película, para que todo acabase con un beso romántico en la escalera de incendios y un felices para siempre.

Desde luego yo no iba a ser la que lo rescatase a él —que todos sabemos que Edward necesitaba mucho más aquel final que Vivien—, porque no estaba en ninguna escalera de incendios, estaba en un *jodío* maletero, aunque una legión de mariposas canibales se empeñasen en recordarme lo que era sentir de verdad, y no lo que había estado experimentando mi cuerpo mientras él estuvo lejos.

Joder, había sido tan reconfortante... Tan perfectamente familiar... Volver a estar entre sus brazos. Notar su pecho, su corazón latir bajo mis manos mientras me apretaba contra él. El roce de sus dedos en mi cuello, o el contacto de sus labios en mi cabeza.

El coche se detuvo, y tras el sonido de lo que imaginé que sería la puerta de Jorge cerrándose, su voz se escuchó al otro lado del portón que me mantenía oculta.

—Lucía, voy a sacarte, ¿vale? —esperé a que dijera algo, pero terminé por desistir—. Sé que esto no ha sido muy... ortodoxo. Ni acertado, para qué nos vamos a engañar —concedió después de pensárselo—, pero tú decides de aquí en adelante, aunque te... rogaría que hablásemos —mi silencio lo hizo resoplar—. Vale, a la mierda, no puedo dejarte ahí hasta que me contestes —asumió antes de abrir el maletero.

Me quedé inmóvil observándolo. Se había quitado la corbata, que asomaba en su bolsillo, y llevaba un par de botones de la camisa desabrochados. Estaba puñeteramente irresistible, y una punzada de deseo, del de verdad, del de necesidad, agujeró mis entrañas y noté mi vientre contraerse. Gracias al cielo, por una vez en la vida supe mantener ocultos mis pensamientos.

Viendo que no me movía, se agachó estirando los brazos para cogerme.

—No pasa nada, nena —dijo cuando dejé caer la cabeza contra su hombro, hecha un auténtico lío—. Todo va a estar bien.

Inspiré profundo, permitiendo que su aroma inconfundible me llenase, antes de verme obligada a coger fuerzas y dejar de parecer una muñequita inútil.

Me revolví en sus brazos y capté el mensaje de que quería que me soltase, pero en cuanto mis pies tocaron el suelo y me miró de frente, suspicaz por lo calmada que parecía estar, le crucé la cara con un bofetón.

—Creo que me lo merezco —reconoció acariciándose la mejilla con el rostro todavía girado.

Recuperé la pose, pero sus preciosos ojos achinados y siempre desafiantes, me recordaron que había tenido los cojones de, igual que entonces, mirarme a la cara, decirme que me quería, y apenas unas horas después, haber desaparecido.

Con todo el convencimiento de estar siendo justa, le arree otro guantazo, este con el revés, para torcerle la cara hacia el otro lado.

—Estoy casi seguro de que ese también —se recompuso agarrándose la mandíbula y moviéndola para relajarla.

—¡¿Todo va a estar bien?! —le grité encarándolo indignada—. ¡Me metes en un maletero, puto descerebrado, y tienes los huevos de decirme que todo va a estar bien! ¡Y qué hacemos con todo lo que no ha estado bien hasta ahora!

—Puede que fuera algo optimista pensando que te alegrarías un poco más al verme... —asumió frotándose la nuca con un tono demasiado relajado para mis nervios.

—¡¿Qué te pensabas?! —continuó chillando y haciendo aspavientos—. ¡Que porque aparecieses con un montón de dibujos y te pavoneases delante de unos cuantos desconocidos, me iba a olvidar de que desapareciste sin mirar atrás!

—Lo siento, Lucía. Yo... —se disculpó agachando la mirada, por fin consciente de que necesitaba tomárselo en serio.

—¡¿Qué lo sientes?! —avancé hasta estar tan cerca que su aliento me rozaba la piel—. ¡Tú no sabes lo que es sentir! ¡Tú tienes que tener el corazón de piedra! —lo acusé empujándolo contra el coche, notando que los ojos volvían a humedecerseme.

No se resistió, y retrocedió quedando apoyado en la carrocería con aire apesadumbrado.

Eso solo hizo que mi furia aumentase. Pero conmigo misma, por querer con toda mi alma deslizar mis dedos entre su pelo para consolarlo, y el agujero negro que en su día se lo tragó todo al descubrir que se había ido, comenzó a escupirlo de vuelta. Cada palabra. Cada caricia. Cada instante a su lado.

—Puede que quieras que hablemos de esto en otro sitio —sugirió aprovechando que parecía darle una tregua, mirando a su alrededor para que reparase en la gente que nos observaba.

Solo entonces me percaté de que había aparcado delante de mi casa, y que, a esa hora, todavía había mucha gente paseando o sentada en las terrazas, disfrutando de mi numerito a lo Pimpinela.

—No estoy muy segura de querer que subas —afirmé buscando las llaves en el bolso—, pero supongo que prefiero algo de privacidad.

Manteniéndose en todo momento detrás de mí, me siguió a una cauta distancia, lo que no impidió que tuviera claro que me miraba el culo descaradamente mientras caminaba. Había cosas que nunca cambiarían.

—Tú primero —ofreció cediéndome el paso para entrar al ascensor.

—Ni de coña me voy a subir contigo —repliqué dándole la vuelta en dirección a las escaleras.

—¿Tanto odias tenerme cerca? —preguntó mostrándose herido, agarrándome por la muñeca antes de que me alejase del todo.

Miré sus dedos sobre mi piel. Mi gesto debió ser suficientemente claro, porque me soltó de inmediato.

No me molesté en contestarle, porque, gracias a él, había aprendido que el silencio puede ser mucho peor que cualquier palabra. Que ninguna respuesta herirá jamás tanto, como la que tu cabeza pueda imaginar en boca de otra persona.

Subí las escaleras enfrentándome a mí misma. Al hecho de que me sintiera viva o extrañamente reconfortada solo por tenerlo cerca, y tratando de recordarme todas las veces que lo había necesitado así en los últimos meses, cerca, y no había estado.

—Vaya, esto también está diferente —se sorprendió por la reforma al entrar en casa.

—¿También? —dudé cerrando la puerta y soltando las llaves sobre la mesa.

—Tu pelo —indicó alargando la mano para tocarlo, provocando que me apartase impidiéndoselo—. Sigues siendo preciosa —apuntilló dejándola caer.

Ahí, todo el empeño que había puesto para cerrar mis heridas, para intentar sacármelo de dentro, se vino abajo obligándome a mostrarme tal y como me había sentido por mucho tiempo. Frágil. Insegura. Perdida.

—¿Por qué has vuelto? ¿Por qué ahora? —lo interrogué fijando mis pupilas en las suyas para exigirle sinceridad, pero pronto dejé de verlas con nitidez por las lágrimas que acumulaba—. ¿Por qué te fuiste, Jorge? ¿Por qué todo lo que teníamos no fue suficiente para que te quedases? —cuando la primera gota cayó, no hubo manera de parar las siguientes—. ¿Por qué yo no fui suficiente para que quisieras hacerlo? —pronuncié permitiendo al fin salir ese pensamiento que me había torturado durante meses.

—Nena... —me atrajo ahogando mis sollozos contra su pecho—. Si tu amor me hubiese podido salvar, ahora sería inmortal —señaló con los labios sobre mi cabeza—. Me fui porque hay veces que lo que necesitas es perder el tiempo para encontrar el alma —explicó acunándome—. Me fui porque tenía que tocar fondo antes de volver a buscarte a la superficie. Pero fui tan egoísta, que no pensé que al hundirme, te hundía a ti conmigo —me separó de él, cogiendo mi cara entre sus manos, secándose las mejillas—. Sé que no es suficiente, que quizá nunca lo sea, pero lamento tanto todo lo que te he hecho...

Por mucho que intentase evadirme, no sentir sus manos, no escuchar sus palabras, todo en mí me gritaba que ya no estaba condenada a ser por más tiempo “Casi la antigua Lucía”. Porque volvía a parecerme que éramos planetas que orbitaban el uno con el otro, olvidándose del resto del universo. Y porque por absurdo que suene, siempre supe que, a su lado, nunca tendría que conformarme con ser alguien que no era.

—No solo eres responsable de lo que haces o dices, Jorge —objeté alzando la mano hasta perder mis dedos entre su pelo, buscando ese contacto que nos conectó por completo—. Sino también de lo que no haces. De lo que callas. De lo que no defiendes. De lo que dejas ir. De lo que rompes —tomé una de sus manos y la posé sobre los latidos inquietos de mi corazón—. De las promesas que no cumples o las lágrimas que llevan tu nombre —si alguna vez pensé que las palabras no podían matar, lo reconsideré viéndolo luchar por contener las suyas—. Así que lo siento si no salto a tus brazos solo porque hayas vuelto, o porque crea que necesito y merezco algo más que una disculpa.

—No sé qué puedo hacer para que vuelvas a creer en nosotros —comenzó a hablar manteniendo nuestras manos sobre mi corazón y tomándose la libre para colocarla sobre el suyo.

—No es una cuestión de... —intenté intervenir, pero sus ojos me pidieron que le dejase hablar.

—Pero sí sé una cosa, que pase lo que pase, sea cual sea el final del camino, siempre volvería a elegirte a ti —confesó mientras su corazón palpitaba firme y sereno—. Volvería a coger el coche aquel día de invierno, esperando que tú cruzases sin mirar —se detuvo tratando de buscar las palabras—. Comprendo que no es una justificación, pero cuando Rori enfermó, algo dentro de mí se rompió, y aunque tú supiste mantener los fragmentos cerca por un tiempo, no te imaginas lo lejos que los llegó a poner la culpa —entrelazó nuestros dedos dejándolos a la altura de las caderas—. Te enamoraste de un hombre que ya estaba hecho pedazos, pero quiero que sepas que tú has sido lo único que me ha empujado a juntarlos.

—Dame una razón, Jorge —dije soltando sus manos y tomando aire, tratando de aclararme—. Una razón lo bastante buena, como para convencerme de que darte una nueva oportunidad no va a ser el error más grande de toda mi vida.

Por algo que solo iba a tardar unos segundos en comprender, ante mis ojos se transformó en el Jorge de siempre, con su sonrisa traviesa y su pose arrogantemente decidida. Estirando una mano, me sujetó por la cintura, atrayéndome hacia él y obligándome a alzar la cara.

Su razón fue un beso que todavía a día de hoy consigue encenderme todo el cuerpo. Sin ser suave, pero tampoco brusco, se apoderó de mi boca. Tomándose su tiempo, saboreó mis labios, buscó mi lengua —que no dudó en corresponderlo—, y acabó haciéndome jadear, mientras la mano que reposaba en mi cintura descendía hasta anclarse levantando mi trasero, y la que me sostenía la barbilla, se aferraba exigente a mi cuello para que no me separase ni un milímetro de su boca.

—La única que puedo darte, es lo que has sentido con ese beso —argumentó apoyando su frente en la mía sin soltarme, haciendo que nuestras narices quedasen rozándose.

Los dos sabíamos que eso no había sido un simple beso, había sido la confirmación de que ni el tiempo ni la distancia habían conseguido acabar con esa certeza de que seguíamos siendo el uno del otro, y quise agarrarme con todas mis fuerzas a ella.

—Prueba otra vez —lo reté aferrándome con los puños a su camisa y tirando de él.

Pero en lugar de volver a besarme, me observó con intensidad durante lo que parecieron siglos, y cogió mis manos para, caminando de espaldas sin dejar de mirarme a los ojos, conducirme hacia la habitación.

—*Alis volat propriis* —pronuncié pasando los dedos sobre la frase tatuada en su costado—. ¿Qué significa?

Estábamos tumbados de lado en la cama, mirándonos y sin poder dejar de acariciarnos, yo con su camisa puesta, y él apenas tapado con la sábana.

—Algo así como... —fingió que dudaba, pero en realidad estaba haciéndose el interesante, estrechando los ojos de esa forma que me hacía adorarlo, mientras sus dedos hacían como que caminaban por mi muslo expuesto—. Vuela con sus propias alas —reveló fijando sus pupilas sobre las mías y alzando la comisura izquierda.

Puede que debiera haberme entusiasmado que se lo hubiera hecho por mí, que hubiera vuelto por mí, pero lo que en realidad sucedió, fue que me di cuenta de que eso era exactamente lo que tenía que hacer, volar por mí misma, y no esperando a que él estuviese a mi lado para abrir las alas.

Lo sentí por esa parte de mí que adoró cada final feliz de película romántica, pero quizá tuviera más dignidad o amor propio del que creía, o simplemente me respetase lo suficiente como para no poder perdonar sin más el daño que me había hecho.

Puede que solo fuera testarudez, orgullo, o la necesidad de demostrar que trataba de ser yo la que controlase mi vida, y no él con sus idas y venidas, pero ninguna galería llena de dibujos, ningún beso arrollador, o ningún polvo de reconciliación, serían suficientes para que lograse olvidar de un plumazo que, en el momento de la verdad, no fui una prioridad. Porque puede que llegase a comprender que necesitaba alejarse, pero jamás entendería que lo hubiera hecho sin decir espérame... o adiós.

—Nena —reclamó mi atención, alzando mi barbilla para que lo mirase, ya que había agachado la cabeza para que no viera en mis ojos lo que pensaba—. Soy consciente de que las cosas no se arreglan de la noche a la mañana, pero... —estiró la mano para apartarme el flequillo que acababa de deslizarse sobre mis ojos y, con mirada suplicante, continuó—, ¿vas a dejarme intentarlo?

Di que sí ahora, me pidió mi subconsciente. Di que sí por ti, no por él. Di que sí porque de todas maneras lo acabarás haciendo, y no pidas perdón por ello, porque sabes que lograría que lo olvidases todo. Di que sí fuerte, grítalo sin miedo, pese a todo y a todos, porque tú sí eres tu prioridad, y sabes que él sería tu felicidad. Di que

sí porque cada parte de tu cuerpo lo necesita cerca, y desde lo más profundo de tu ser sabes que no dejaste de amarlo ni un solo minuto. Di que sí...

—Sí —dije acariciando su barba una vez más.

...aunque mientas.

LO QUE SIEMPRE HAS QUERIDO

Me aseguré de que estaba completamente dormido antes de deshacerme con cuidado de su abrazo, sin poder evitar acariciar de nuevo aquel tatuaje en su costado, la verdadera razón por la que, esa vez, iba a ser yo la que me fuera. Me lo debía a mí misma.

Busqué el móvil para avisar a Adriana del cambio de planes, y me metí en el baño para vestirme antes de guardar las cuatro cosas que me faltan en la pequeña maleta que había dejado para llevarme conmigo.

«Espero que tengas el equipaje preparado. Salimos para Madrid en lo que tarda en llegar a tu casa»

«Si no estuviera preocupada por esa decisión repentina, me cagaría en ti por no haber cogido el teléfono ninguna de las doscientas veces que te he llamado. Qué ha pasado?»

«Perdóname, estaba muy ocupada tratando de salir de un maletero, y después de debajo del cuerpo de Jorge, como para coger el teléfono. Seré mala amiga... (Ironía ON)»

«Serás zorrón!!! (sin ningún tipo de ironía) O sea que lo que ha pasado es que te lo has tirado y ahora vas a salir corriendo»

«Sí, nos hemos acostado, y lo que voy a hacer no es correr, es pensar en mí antes que en él. En 10 min estoy parada delante de tu casa»

Cuando me aseguré de tenerlo todo preparado, dejé la maleta y el bolso al lado de la puerta. Me agaché, y busqué debajo de la mesa del salón la caja de recuerdos que Adriana había escondido allí antes de irnos esa tarde.

La abrí sin entretenerme con nada de lo que contenía, y saqué la carta que había escrito hacía tiempo —la despedida que se suponía que él jamás leería—, añadiendo una explicación en el sobre.

Prometí que siempre cuidaría de ti, pero siempre... a veces resulta ser demasiado tiempo. Lo siento, Jorge, pero ahora tengo que cuidar de mí.

Fui hasta la habitación y me permití contemplarlo embobada un minuto más. Se había estirado buscándome, y parecía estar haciendo un puchero contra la almohada porque ni su brazo ni su pierna habían logrado dar con mi cuerpo.

Me agaché sobre él y, acariciando su pelo con cuidado de no despertarlo, dejando que mis dedos se perdieran entre sus mechones por última vez, le di un beso sin apenas rozar sus labios, colocando la carta sobre la almohada, justo donde debería reposar mi cabeza.

—Adiós, mi vida —dije reteniendo las lágrimas y saliendo de la habitación, de la casa... y de su futuro.

Conduje durante las más de tres horas de camino hasta llegar a mi nueva ciudad casi en silencio, mientras Adriana trataba de que mi cabeza no se volviera loca, distrayéndome con los detalles de su conflictivo reencuentro con Marco, y dándome tiempo para que asimilase la decisión que había tomado antes de pronunciarse al respecto.

—¿Te acuerdas de cuando decíamos que acabaríamos siendo viejitas rechonchas, que vivirían con un montón de gatos, pero que siempre estarían juntas? —pregunté entrando en la habitación de hotel en la que pasaríamos las horas de noche que quedaban antes de reunirnos con Fran—. Puede que ya no puedas echarte atrás y yo deba empezar a adoptar gatos.

Posé la maleta y me senté sobre la cama, recostándome contra el cabecero, mirando una vez más el mensaje de Fran confirmando nuestra cita, para guardar en mi cabeza la hora y lugar antes de apagar mi móvil hasta nueva orden.

—O puede que deba obligarte a descansar, e impedir que empieces a desvariar —sugirió dándome un empujoncito para sentarse a mi lado—. No tengo ningún inconveniente en ser una adorable viejita de las que le hacen putadas a los vecinos, pero lo de los gatos vamos a tener que negociarlo —dijo cogiendo mi mano para que, a pesar de estar bromeando, supiera que no se tomaba a la ligera mi estado—. Creo que fui muy permisiva con esa promesa, o que la hice borracha.

—No estabas borracha —aseguré apoyando la cabeza en su hombro.

—Entonces tendría un orgasmo reciente, porque a ver si no de dónde me iban a salir a mí las ganas de decir que sí a ese planazo —respondió apoyando la mejilla sobre mi cabeza—. Tú, yo, y un montón de gatos. Nena, de ahí a dominar el mundo... Me río yo del *mindundi* de Darth Vader —soltó dándome un apretón, animándome a decir eso a lo que le daba vueltas.

—Puede que este haya sido siempre el gran plan maestro —reconocí acercándome más a ella—. Que al final fuéramos solo tú y yo —concluí recogiendo las rodillas contra mi pecho—. Que él regresase a Valencia justo cuando yo me iba. Que nuestro destino nunca fuese estar juntos —me pasé el dorso de la mano por la cara para retirarme la lágrima que notaba descendiendo—. Que Jorge fuera alguien que llegó a mi vida para enseñarme una lección, y no la persona que estaría a mi lado para aprender un millón de ellas juntos

—Lucy, sabes que te quiero —me recordó moviéndose para mirarme y obligándome a que yo también lo hiciera—. Puede que no lo diga a menudo, pero lo hago. Y por eso siempre me perdonarás cualquier cosa, igual que yo lo haré contigo. Porque sabemos que hay un vínculo entre nosotras que nada puede romper.

—¿Eso quiere decir que estás dispuesta a entrenar a mi ejército de gatos? —intenté burlarme sin ganas, para no pensar en que posiblemente lo siguiente que fuera a decir no iba a gustarme.

—Eso quiere decir que no te vas a enfadar aunque te diga que, en esta ocasión, tu teoría sobre los planes del universo es solo una mierda de excusa —aseguró cruzando las piernas para erguir la espalda y parecer más seria frente a mí—. Tú eres la que ha decidido que Jorge no esté a tu lado, no ninguna convergencia planetaria que se produce cada *tañtantos* años —entrecerré los ojos confusa. Después de todo lo que me había visto sufrir por él... ¿no habría creído que era estúpida volviendo a su lado?—. No me malinterpretes, no estoy juzgando tu decisión y nunca lo haré. Entiendo por qué la has tomado, y te admiro por haber tenido la fortaleza para salir de aquella habitación, pero ha sido tu elección, no lo olvides, igual que él en su momento hizo la suya.

No quería escuchar nada de aquello. No me apetecía ser razonable. Lo único que quería era seguir adelante con mi vida, tal y como había decidido hacerlo antes de que Jorge llegase. No iba a volver a renunciar a nada por él, aunque renunciar a él me doliera muchísimo más que cualquier otra pérdida.

Me levanté de la cama, quedando frente al enorme espejo que cubría las puertas correderas del armario. Mi cara reflejaba cansancio y tristeza. Reflejaba el peso de haberme rebelado contra mi corazón, y me odié a mí misma por no ser capaz de sobreponerme.

—Mírame, parezco un cromó —me lamenté irritada.

—Eh —me acompañó obligándome a dejar de castigarme con las muecas que le hacía a mi reflejo—. No pareces, nena. Eres, un cromó.

—Me abruman tus ganas de consolarme —apunté sarcástica haciéndole una peineta.

—Y a mí me cabrea tu facilidad para juzgarte e infravalorarte —respondió dándome un manotazo para apartar mi mano de delante de su cara—. Claro que eres un cromo. Ese que nunca sale. El que solo tenemos la suerte de que nos haya tocado a unos pocos. El que no cambiarías ni por otros diez. El que con los años valdrá millones para los coleccionistas, y hoy no tiene precio para mí. El puto mejor cromo de todo el álbum —soltó de carrerilla, sin darme opción a rebatirle—. Eres el jodido cromo del quarterback de los Yankees —aseguró poniendo sus manos en mis hombros para enfatizar sus palabras de ánimo.

—Nena —imité su postura antes de hablar con tono condescendiente, tratando de no reírme—, los Yankees son un equipo de béisbol, no de fútbol americano. No tienen quarterback.

—Y tú sigues siendo una zorrita testaruda dispuesta a no escuchar, pero eso no hace que yo deje de hablarte, aunque te empeñes en ser una cojonera y en tener la última palabra —respondió negando tras poner los ojos en blanco.

—Está bien, te escucho —confirmé apoyándome contra el armario y cruzando los brazos, dispuesta a recibir una nueva lección marca Pepito Grillo.

—Sabes que la mayoría de las veces lo primero que se me pasa por la cabeza debería ser lo último que dijera, pero en este caso creo que merece la pena soltarlo y que pienses en ello —sugirió dándose perfecta cuenta de que estaba a punto de sembrar la semilla de la discordia—. Creo que hoy te has dado cuenta de que alejarse no es la solución fácil, pero a veces sí es la necesaria.

—Claro que no ha sido fácil Adri, pero hacen falta hechos para creer en las palabras, así que sí,irme era lo que necesitaba —argumenté tratando de focalizarme en lo importante.

—Lo que necesitabas era demostraros, a ti y a él, que tu dolor no iba a ser ninguneado —me corrigió ladeando la cabeza para estar atenta a mi respuesta.

—¿Tengo que disculparme porque no me bastase con que apareciese y me dijese que todo se podía arreglar? —cuestioné altiva, poniéndome a la defensiva.

—Estás cabreada, Lucía, y lo entiendo —reconoció tratando de calmarme—. Además, te prefiero cabreada a triste. Pero no lo estás conmigo por decirte cosas que ya sabes, ni con Jorge por llegar cuando tú te habías hecho a la idea de seguir adelante sin él —explicó llevándome hacia su terreno—. Estás cabreada porque has pasado un puto infierno y pese a todo, le quieres. Porque no has dejado de hacerlo ni un solo día desde que se fue —apuntó con contundencia—. Pero sobre todo, porque ahora que has vuelto a verlo, sabes que él también te quiere, y que nunca dejó de hacerlo.

—Y como nos queremos, ¿simplemente tengo que fingir que nada ha pasado? —protesté molesta, porque en el fondo sabía que tenía razón.

—Ni mucho menos —aseguró agachándose para sacar el pijama de su maleta antes de caminar hacia el baño—. Pero ahora sabes que irse no significa dejar de querer, o tratar de olvidar, porque tú no has hecho ni lo uno ni lo otro por venir hasta aquí —se detuvo en el umbral y volvió a fijarse en mí—. Pero a veces uno necesita alejarse para tomar aire. Quererse, para poder dar lo mejor de sí a alguien más. Y lo que parece una decisión egoísta, puede acabar no siéndolo tanto.

—Nunca creí que precisamente tú me recomendarías que le perdonase...

—Y no lo hago. Créeme que le daría una paliza de muerte —afirmó, y no me cupo duda de que lo deseaba—. No quiero influir en ti, solo que tengas la mente abierta —recomendó apoyándose en el marco—. Por tu bien, no por el de él. Como te dijo tu madre, solo tú tienes derecho a juzgarlo, pero ahora al menos estoy segura de que puedes intentar comprenderlo.

Cerró la puerta tras de sí, y al poco comenzó a escucharse el sonido del agua caer en la ducha. Me metí en la cama dándole vueltas a sus palabras, pero había tomado mi decisión, y no era Adriana la que podía hacerme cambiarla, y como en esa habitación solo estábamos ella y yo... no había marcha atrás.

Habíamos almorzado con Fran, que nos entregó las llaves, pero se disculpó por no poder acompañarnos hasta el piso a causa de un imprevisto de última hora, comprometiéndose a pasar al día siguiente para asegurarse de que todo estaba tal y como habíamos quedado, aunque parecía bastante convencido de que los cambios me iban a gustar.

Esperábamos el ascensor, y mi corazón palpitaba nervioso ante la perspectiva del cambio que iba a suponer todo lo que estaba a punto de iniciar. Dejaba mucho atrás, pero de verdad que me motivaba saber que ese pequeño piso era mi posibilidad de empezar de cero.

Adri parecía distraída, mirando aquí y allá. Ya lo había estado durante el almuerzo, pegada al móvil que no dejaba de sonar con mensajes entrantes, hasta que recibió una llamada y se disculpó para salir a la calle a contestar.

No quería pensar que estaba enfadada o decepcionada conmigo, pero se había mostrado demasiado esquiva como para que algo no le sucediese desde que habíamos abandonado el hotel.

Justo en el momento que las puertas se abrieron, ella echó mano a su bolso y empezó a revolverlo todo.

—Mierda, creo que me he dejado el móvil en el bar —gruñó sin levantar la cabeza mientras sacaba cosas sin parar—. Voy en un momento mientras avisas a los de la mudanza de que ya pueden traer tus cosas.

—¿No quieres que te acompañe? —pregunté deseando que me dijera que sí.

No es que tuviera especial interés en darme otro paseo hasta el bar, pero había imaginado que ese momento iba a ser un poco nuestro. No sé, algo como vivir juntas la primera impresión. Para eso me había acompañado, ¿no?, para asegurarse de estar conmigo. Eso fue antes de vuestra charlita de ayer, me recordé tratando de justificar su repentino desinterés.

—No te preocupes. No tardo nada en volver —dijo sin mirarme siquiera, recorriendo de vuelta el largo pasillo que conducía a la calle—. Seguro que es... —se volvió en el último momento, regalándome un gesto tranquilizador—, todo lo que siempre has querido.

Me monté en el ascensor cabizbaja, y busqué mi teléfono para volver a conectarlo y llamar a la empresa de mudanzas. Cuando lo localicé ya había llegado a mi planta, así que, ignorando todas las notificaciones, me limité a pulsar la tecla de llamada, sujetándolo entre mi hombro y mi cara mientras usaba las dos manos para abrir la puerta.

Entré distraída, pero en cuanto fui consciente de lo que mis ojos me revelaban, el móvil cayó al suelo y me quedé paralizada observándolo todo a mi alrededor.

La pared de enfrente tenía era un increíble mural de suelo a techo con un amanecer en la playa, y en una de las esquinas había una especie de porche en perspectiva. Justo delante, una mecedora de madera con una mantita encima me invitaba a sentarme para formar parte del impresionante paisaje que había detrás.

Me giré descubriendo otra pared pintada, pero en ese caso simulando estanterías de libros, algunos de ellos abiertos. Al acercarme con pasos inseguros, comprobé que sus páginas dejaban ver dibujos de momentos que Jorge y yo habíamos vivido.

Tuve que llevarme las manos al pecho, totalmente impactada por lo que veía. Allí estaban mi playa y mi porche. Mi biblioteca llena no solo de libros, sino de nuestras historias. Abrí la puerta del baño, y a pesar de seguir siendo igual de diminuto que el primer día, ahora tenía un espejo con bombillas redondas, imitando un tocador.

El labio comenzó a temblarme y sentí los ojos escocermme. El corazón me golpeaba con fuerza el pecho, y las piernas apenas lograban sostenerme. Sujetándome con una mano sobre la pared, me asomé a la parte de la cocina, donde me esperaba otro escenario que me resultaba igualmente familiar. La encimera estaba llena de manchas de harina, que también se esparcían por el suelo y la mesa.

Las lágrimas comenzaron a caerme sin control mientras avanzaba de camino a la habitación. Solo había una persona capaz de recrear aquel tonto deseo, porque había una única persona con la que soñé hacerlo realidad. ¿Era posible que...?

La respuesta salió de la habitación antes de que yo llegase a la puerta. Primero en forma de notas musicales, y después con su voz superponiéndose al *Esperaré* de Armando Manzanero.

—Una vez me dijiste que pensabas que el amor de verdad se bailarían con canciones como esta —Jorge me tendió una mano para que la tomase, pero fui incapaz de reaccionar—. Siempre quisiste que me quedase. Ahora quiero demostrarte que iría a donde fuera necesario con tal de poder estar contigo —dijo metiendo las manos en los bolsillos de los vaqueros mientras se apoyaba con el hombro en el quicio de la puerta—. Que esperaré tanto como sea necesario para que me vuelvas a querer... en tu playa y en tu porche.

—¿Has...? ¿Tú...? ¿Todo esto...? —balbuceé incapaz de acabar ninguna frase, porque en realidad me había quedado muda.

El corazón me latía tan fuerte, que apenas si fui capaz de escucharme a mí misma. Estaba desbordada de sentimientos, de emociones que no hacían más que gritarme que eso era mucho más que simples palabras o promesas. Que él había creado todo aquello por mí. Para mí.

—Sé cuánto desastre dejé tras de mí —reconoció sacando de su bolsillo mi carta arrugada, mirándome casi pidiendo permiso para acercarse—, y entiendo que quieras pasar página, así que yo estoy dispuesto a crear para ti todos los capítulos que hagan falta —ofreció señalando la pared en la que había pequeñas ilustraciones de nosotros—, pero te pido que me dejes formar parte de ellos.

Di un paso más en su dirección, refrenándome para no correr a sus brazos, y él lo interpretó como que podía seguir aproximándose.

—No quiero otra historia, Lucía —reconoció parándose a apenas unos centímetros de mi cuerpo—. Quiero la nuestra. La que nunca terminó. La que necesita que vuelvas a creer en ella —suplicó con los ojos húmedos—. No voy a hacerte promesas en las que no quieres confiar, pero aquí estoy. Dispuesto a hacer que mañana sea más y mejor.

—Siempre mejor —añadí haciendo que sus labios se curvasen en una sonrisa imitando la mía.

—Dispuesto a hacer realidad cualquier cosa que me pidas para ser feliz.

Me tendió la mano y, con la cara bañada en lágrimas, se la cogí para que tirase de mí con delicadeza hasta acomodarme contra su pecho.

—Esperaré, nena —dijo balanceándonos al ritmo de la música y cantando en mi oído hasta que la canción terminó—. Y te encontraré, estés donde estés, por mucho que nos separemos o nos perdamos, ahora sé que —metió la mano en el bolsillo trasero de su vaquero y, cogiendo la mía, deslizó algo sobre mi dedo anular—, siempre te encontraré. Marco aseguró que te gustaría más así que rojo —afirmó con su devastadora sonrisa pícaro antes de liberar mi mano.

—¿Esto...? —dudé alzándola para ver el anillo de platino que simulaba a la perfección ser un hilo anudado sobre mi dedo—. ¿Me estás pidiendo...?

—Que me perdones. ¿Crees en las leyendas? —preguntó levantando la mano con aire orgulloso para mostrarme que el tatuaje del costado no era el único que se había hecho.

Bajo su anular se veía un trazo imitando un hilo atado que le daba la vuelta completa al dedo. Solo entonces comprendí por qué la única obra de la exposición que representaba el futuro era la mano tendiendo un carrete de hilo rojo, ese que ahora él también creía que nos uniría para siempre, y había recreado con un tatuaje y un anillo para que jamás lo olvidásemos.

—Creo en ti —respondí estirándome para besarlo, perdiendo la noción del tiempo con el calor de sus labios.

Bastaron tres palabras para lograr que todo se ordenase y volviera a tener sentido. Que el gran plan pareciera ponerse de nuevo de mi parte, y ya no necesitase conquistar el mundo yo sola para sentirme fuerte, porque lo único que me hacía falta era reconocer que, ese hombre que me miraba mientras me besaba para no perderse nada de mí, lo conquistaría en mi nombre si se lo pidiera. Que cada decisión que había tomado, todas, de las que me sentía orgullosa y de las que no. Cada lágrima que había derramado, las de felicidad y las de tristeza. Cada canción. Cada mensaje. Cada vez que luché por él. Cuando decidí luchar por mí. Incluso cuando creímos que podríamos estar mejor el uno sin el otro. Todo. Todas y cada una de las elecciones que había hecho, me habían llevado a ese momento en el que iba a elegir volver a amar y soñar.

Puede que acabase tratando de huir de él, incluso más de una vez, y que supiera que vendrían más decisiones, más lágrimas, muchas más canciones... y seguro que no todas buenas ni sencillas, pero a pesar de ello, era capaz de admitir que había algo que quería más que cuidar de mí o empezar de cero, y era que él fuera protagonista junto a mí de cada uno de esos nuevos recuerdos que estaba a punto de crear, de las experiencias que me quedaban por vivir, y los sueños por realizar.

La gente suele hablar de trenes que pasan una sola vez. A mí me gusta más pensar que hay trenes de los que nunca te podrás bajar, y eso no te hace ni más débil, ni estúpida, ni conformista. Te hace lo suficientemente sensata como para aceptar que no hay otro lugar en el mundo donde querrias estar, y ese lugar, ese vagón, para mí era los brazos de Jorge.

—¿Y si te digo que ahora seré yo el que siempre cuidaré de ti? —preguntó sosteniendo mi cara entre sus manos.

—Te respondería que sé cuidarme solita —aseguré haciéndome la altiva y pasando los brazos por sus hombros, solo por el placer de volver a retarlo.

—A lo que yo te replicaría que sigues mintiendo de pena, *rubia* —contraatacó recuperando también su actitud arrogante, levantándose en el aire, haciendo que lo rodease con las piernas y apoyándose contra la pared.

—Te noto demasiado seguro —lo piqué tras atrapar su labio entre los míos y estirarlo hasta dejarlo escapar—. Debías aburrirte mucho antes de conocerme...

Sus ojos dejaron de brillar perversos, y se transformaron en dos pozos de sinceridad fijos en los míos. Con nuestras frentes unidas, suspiró de alivio y perdió una mano entre mi pelo para contestar.

—Estaba demasiado ocupado pensando en cómo sería mi vida después de encontrarte.

EPILOGO

—Vamos a la cama, nena.

Su voz ronca me sacó del sueño al que había sucumbido en el sofá después de un larguísimo día en el estudio.

Echaba de menos los días en los que Vanesa y yo perdíamos la noción del tiempo trabajando hasta tarde y al salir acabábamos yéndonos a tomar una cerveza para compensar, pero desde que los mellizos nacieron, ella solo trabajaba por las mañanas, y yo intentaba llegar a casa a una hora razonable para poder disfrutar también de mi familia.

Su nariz acariciaba mi cuello, y sus brazos cargaban con mi peso de camino a la habitación.

—¿Llevo mucho tiempo dormida? —pregunté ronroneando mientras sus labios trataban de despertarme con roces por mi piel.

—El suficiente para que tu hija haya pensado que mamá hoy está demasiado cansada para leer con ella —dijo mientras pasábamos por delante de la puerta de Lidia, que se había acostado abrazada a su libro favorito—, y para que lo que vamos a hacer ahora pueda pasar por sexo legañoso —me guiñó un ojo entrando en nuestra habitación y cerrando la puerta para posarme en la cama.

—¿Eso es una proposición? —lo tenté incorporándome sobre los codos y levantando las rodillas, haciendo que su camiseta me resbalase sobre los muslos, dejándolos a la vista.

El calor ese verano estaba resultando insoportable, y pese a que en la casa de la playa la brisa nos daba un respiro, era impensable que llevase nada más puesto que eso. Es más, de no ser porque Lidia tenía la maravillosa costumbre de levantarse por las noches y pedir permiso para meterse en nuestra cama, ni me molestaría en llevar ropa.

—Va a ser más bien una celebración, *rubia* —presumió quitándose los pantalones cortos y quedándose solo en calzoncillos.

Lo observé mordéndome el labio, disfrutando con las vistas de ese cuerpo que apenas había cambiado nada con los años. Sus brazos parecían algo más fuertes, quizá por la constante necesidad de coger a nuestra pequeña charlatana. Su pecho conservaba aquel escaso vello, pero el que a mí me seguía perdiendo, era el que dibujaba un sendero desde su ombligo a la parte en la que la ropa interior comenzaba a no poder ocultar su respuesta a mi invitación.

—¿Y se puede saber qué celebramos? —dije poniéndome de rodillas y avanzando hasta el borde de la cama en el que él se había situado con un par de pasos.

Paseé mis manos por su torso, mientras mi boca se concentraba en dibujar un camino ascendente con besos desde su hombro hasta su oreja. Sus manos levantaron mi camiseta, y se colaron por dentro de mi ropa interior, abarcando mi culo por completo y apretándome contra su cuerpo para hacerme consciente de su erección.

—Celebramos que ya son más de las doce, así que hace un año que eres mi preciosa mujer —sonrió con arrogancia por haber logrado adelantarseme—. Feliz aniversario, nena.

Toda la provocación se desvaneció de repente, y nos besamos de una forma tan tierna, sencilla y sincera como había sido nuestra boda.

Después de varios intentos para convencerme, finalmente había accedido a darle el sí, solo después de que me asegurase que sería tal y como yo quisiera hacerlo.

Sus padres nos permitieron usar su casa de Menorca, así que me casé en una discreta ceremonia en la playa, exactamente como un día imaginé en su coche. Al atardecer, con el sol poniéndose en el horizonte sobre el mar —ese que había sido testigo de tantos momentos importantes para nuestra relación—, descalzos y rodeados solo de aquellas personas que nunca serían negociables en nuestras vidas. La familia más inmediata y los amigos íntimos.

Había salido de la casa del brazo de mi padre, caminando despacio por la arena mientras sonaba *Young and Beautiful*, y mis ojos solo se habían apartado de los de él —que no escondían la emoción ni los nervios—, para fijarme en mi pequeña princesa rubia abrazada a su cuello.

Solíamos bromear con que el color de pelo de nuestra hija tenía mucho más que ver con su carácter que con la genética, y ese día hizo gala de ello negándose a soltar a su padre durante toda la ceremonia. No me importó en absoluto, porque ella era mi mejor promesa de futuro y la prueba viviente de cada uno de los votos que esa noche pronuncié.

—Feliz aniversario, mi vida —le correspondí con la cara de tonta enamorada que recuerda cada instante de ese día, jugando con el pelo que le rozaba el cuello—. ¿Cuál fue tu momento favorito?

—Aparte de cuando apareciste con aquel vestido que me provocó un empalme algo vergonzoso delante de los invitados, y me confirmó que era un cabrón con mucha suerte... —me miró travieso entornando los ojos, apretando un poco más sus manos sobre mi trasero—. Sin duda cuando los mellizos consiguieron soltarse y acabar metidos en el mar hasta la cintura —rió ganándose un manotazo al recordar los gritos de Vanesa para que sus dos monstruitos salieran del agua mientras Rubén se partía, orgulloso de que sus críos fueran unas piecitas de cuidado.

—Yo creo que fue mucho mejor cuando Marco se coló en el baño pensando que la que estaba dentro era Adriana, y se encontró con Nora y Oscar en pleno arrebató pasional —me burlé recreando la cara de pánfilo que se le quedó al italiano.

—Creo recordar que la cara se le quitó cuando Adri lo arrastró en busca de aquella botella especial para brindar que nunca llegamos a ver...

—¿Esos dos alguna vez dejarán de pelearse? —pregunté consciente de que todas y cada una de las veces que Marco y Adriana coincidían acababan buscándose el uno al otro.

—Supongo que no —se encogió de hombros, probablemente tan cansado como yo de que nuestros mejores amigos se hubieran convertido para el otro en la piedra en la que nunca dejarían de tropezar—. Da gracias de que nuestros padres esa noche estuvieran tan encantados que no se enterasen de la mitad de cosas que pasaron en la boda... Entre tu hermano, Hannah y Alba, se ventilaron las existencias de alcohol de media isla.

Todo lo sencilla que fue la ceremonia, lo tuvo de loca la celebración posterior. Por suerte, los adultos —los de verdad, no los que estábamos como quinceañeros enfiebrados por las hormonas y el alcohol— y los niños, se retiraron antes de que el descontrol pasase a mayores.

—Claro, porque Alina y su chico francés pasaron totalmente desapercibidos...

Su ceño se frunció en un gesto de irritación, recordando cómo el chico que tenía loca a su hermana pequeña no se había cortado ni un pelo en mostrarse descaradamente cariñoso. Mi respuesta a su neurosis habitual en lo que a Alina se refería, fue rodar los ojos divertida, riéndome por dentro porque el bueno de François no era más que un clon de él mismo con casi diez años menos —mismas manos largas y misma boca sucia—, y aunque todavía eran jóvenes, me encantaba pensar que lo que les esperaba era lo que nosotros teníamos.

—Fue perfecto —aseguró volviendo a acariciarme sugerente con los labios y la nariz entorno a mi oído.

—Sí, sobre todo cuando nos largamos sin que nadie se diera cuenta para empezar con la noche de bodas —concedí arrastrando las manos por su espalda desnuda hasta perderlas en su pelo—. Lástima que ya no estés tan en forma... —suspiré fingiendo resignación, ganándome un pellizco en el trasero.

—Por suerte para ti, sigue poniéndome igual de burro que me retes.

Sin miramientos, se tiró sobre la cama llevándome con él mientras me mordisqueaba el cuello y sus manos me apretaban las caderas, provocando que por la sorpresa gritase entre risas mucho más alto de lo que se puede hacer con una niña de tres años en casa.

Nos quedamos en absoluto silencio unos instantes, mirándonos a los ojos que nos brillaban de deseo. Al no escuchar nada, retomamos los besos y las caricias donde los habíamos dejado. Lo envolvía con mis piernas, reteniéndolo cerca, clavando las yemas en su culo mientras se movía sobre mí demasiado despacio como para no resultar enloquecedor.

Retiraba mi camiseta con el movimiento de su cara subiendo por mi cuerpo y sus manos recorrían mis costados hasta acariciar mis pechos, cuando unos golpecitos en la puerta nos hicieron detenernos de inmediato.

—Hay días en los que te odio por haberme dejado embarazada —confesé soltándolo, intentando de frenar los latidos de mi corazón.

—Supongo que serán los mismos en los que yo me pregunto por qué no la drogamos a ver si duerme del tirón alguna noche —ratificó sosteniéndose sobre mí con los brazos flexionados antes de dejar un beso en mi frente—. Esto solo es un aplazamiento —me recordó antes de inclinarse lo suficiente como la morderme un pezón y sonreírme de esa manera tan suya.

Rodó hasta cubrirse con la sábana, y yo me estiré la camiseta antes de recogerme el pelo alborotado en una coleta, incapaz de taparme con nada más.

—¿Papi?

La vocecilla adormilada de Lidia me recordó por qué jamás habría nada más importante que ella para mí, a pesar de que no se molestase en disimular que su padre era su persona favorita en el mundo.

—Entra, Lil —la animó Jorge, que no solía llamarla por su nombre—. ¿Qué pasa mi vida? ¿No podías dormir? —abrió los brazos indicándole sin palabras que podía subirse a la cama con nosotros.

Lo miré con una sonrisa por el tono con el que le hablaba. Ella también era su persona favorita en el mundo, y aunque ambos me adorasen, sabía que entre ellos existía un vínculo especial que, lejos de darme celos, me enternecía de una manera difícil de explicar.

Jorge se convertía en un auténtico padrazo cuando su pequeña necesitaba cualquier cosa, así que no me extrañó que pareciera babear cuando mi niña de rizos rubios y despelujados entró en nuestra habitación, con su boquita abierta en un exagerado bostezo y su inseparable libro debajo del brazo.

Sus cortas piernecitas no le impedían moverse ligera. Meneando el culo de una forma demasiado graciosa como para no querer comértela, consiguió subirse a la cama y gatear hasta quedar sentada entre los cuerpos de ambos, abrazando su preciado tesoro contra el pecho.

—¿Estabais dándoos besos? —nos acusó apartándose el pelo de la cara sin ningún cuidado, imitando de forma muy brusca el gesto que sin duda se le había pegado de su padre—. Tita Adri dice que cuando vaya al cole de los grandes sabré que hay cosas más guais que los besos —explicó con la cara de sabiondilla que seguro había aprendido de ella.

—Qué simpática tita Adri —di una palmada sarcástica por no decir algo peor delante de la niña—. Puede que no pueda ir más a buscarte al cole cuando mamá y papá estén ocupados... —dejé caer mientras observaba a Jorge intentar no reírse.

—Sí puede. Tita Adri prometió que siempre tendría tiempo para mí —aseguró hinchando el pecho orgullosa, porque pocas cosas le gustaban más que pasar tiempo con ella haciendo galletas, o aprendiendo cosas en la cocina—. Papi, ¿podemos darle ya el regalo a mami? —preguntó bostezando de nuevo.

—¿Qué regalo? —interrogué a Jorge que la observaba negando con la cabeza.

—¿No habíamos quedado que se lo dábamos mañana? —le contestó él haciéndose el serio.

—Pero ya nos hemos dormido y nos hemos despertado, así que ya es mañana —replicó como si aquello fuera algo obvio—. Así que ya hace un año que os casasteis.

—O sea que tú y papá me habéis comprado un regalito... —la animé acariciando su pelo alborotado.

—Lo ha comprado él, mi cerdito no tiene tantos euritos —lamentó encogiéndose de hombros muy teatrera.

—Pues será mejor que me lo deis, porque yo también tengo una sorpresa para vosotros.

Solo entonces Lidia soltó el libro para lanzarse encima de mí pidiendo su sorpresa. Abrazándola, le prometí que la tendría en cuanto me hubieran dado la mía, por lo que cambió de brazos para tirarse sobre su padre y exigirle que me lo diera de inmediato.

—¿Se lo damos juntos? —ofreció él sacando una carpeta de su mesita y tendiéndola para que ella la cogiera también—. Feliz aniversario, mami —dijeron a la vez entregándomela.

Me costó darme cuenta de qué se trataba, hasta que el nombre de una calle en el documento me hizo sospechar que lo que tenía en las manos eran las escrituras de una casa.

Cuando Jorge consiguió que le perdonase, se trasladó a Madrid para pasar a mi lado todo el tiempo que estuviese allí, aprovechando la excedencia que pidió en su momento al desaparecer, y recuperando todos sus contactos artísticos en la capital.

Cuando aquel proyecto acabó, fueron surgiendo otras cosas, pero a pesar de los consejos de todos, rechacé los grandes trabajos para centrarme en lo que de verdad me entusiasmaba, el estudio y disfrutar de mi embarazo y maternidad. Eso no impidió que siguiera haciendo colaboraciones y que mantuviese el alquiler del piso de Fran, del que me costaba desprenderme.

En cuanto volvimos a Valencia nos instalamos en la casa de la playa, que Jorge se había encargado de transformar en todo lo que prometió en su momento... y algunos caprichos más. Además de mi despacho y su estudio, añadió un porche en la salida del salón al jardín, y no había rincón de la casa que no tuviera en alguna pared una ilustración de una de sus rubias, como él nos llamaba.

—¿Esto es lo que creo que es? —dudé sin creerme que ese fuera a ser mi regalo, incorporándome hasta arrodillarme sobre el colchón.

—He llegado a un acuerdo con Fran —sonrió subiéndose a Lidia al regazo—, puede que la hipoteca la terminen de pagar sus nietos —bromeó dejando un beso en su cabeza mientras ella trataba de averiguar si mi mueca era de felicidad, o porque no me había gustado la sorpresa—, pero el piso es oficialmente tuyo. Nadie borrará nunca tus sueños de esas paredes.

No pude evitarlo. Con algunas lágrimas tontas escapándoseme, me acurruqué contra su cuerpo abrazándolos a ambos.

—Gracias por esta locura —dije levantando la mirada para buscar los ojos de Jorge, que sonreía satisfecho.

—Mami, no queremos que te vayas a vivir a Madrid —explicó Lidia tratando de secarme las lágrimas con sus manitas—. Si no te gusta lo devolvemos y te compramos un vestido caro como para el cumpleaños de tita Adri. O que papi te haga más dibujos de esos bonitos en los que siempre estás guapa.

No pude evitar sonreírle con ternura por la forma en la que trató de consolarme, y mucho menos esperar para darles mi noticia.

—El regalo de mamá todavía va a tardar unos meses en llegar —aclaré cogiendo su manita mientras me tumbaba en la cama levantándome un poco la camiseta—, pero aquí dentro —dije poniendo sus deditos rechonchos cerca de mi ombligo y fijando mis ojos en los de Jorge, que me miraba embobado sin poder creerse lo que trataba de explicar—, hay un bebé, un hermanito o una hermanita a la que vas a tener que querer y cuidar mucho.

—¡Un bebé! —chilló incorporándose de golpe para abrazar mi barriga.

La cara de Lidia se iluminó de la misma manera que lo había hecho la mía al enterarme, y a duras penas había conseguido guardar el secreto para que fuera mi regalo de aniversario. La idea no era decirselo a ella hasta más adelante, porque los meses se le iban a hacer eternos, aunque viendo su cara de entusiasmo, la manera en la que miraba mi barriga desde todas las perspectivas tratando de encontrar algún indicio del bebé... no me arrepentía en absoluto.

Jorge se acercó retirando la sábana para poder pegarse a nosotras, besándome sin apartar sus pupilas de las mías.

—Todo lo que necesito para ser feliz lo tengo en esta cama —aseguró mirándome con los ojos vidriosos, pasando un brazo por encima de Lidia abrazándola al tiempo que me acariciaba el vientre—. Joder, nena, sigues logrando dejarme sin palabras —susurró pegando los labios a mi oído.

Permanecimos así un buen rato. Jorge y yo dándonos cortos besos entre sonrisas y miradas de adoración, y Lidia hablándole a mi barriga, explicándole al bebé —pese a que le confesamos que todavía tendría el tamaño de una uva—, todas esas cosas que suponía que una hermana mayor debía enseñarle.

—¿Si es chica la podemos llamar Lilín? —preguntó trepando por mi cuerpo hasta colar su cara entre las nuestras.

—Pero si ese es tu nombre —le recordó Jorge, que era quien la llamaba así casi tantas veces como Lil.

—Pero como me gusta cuando lo dices y me miras con cara de osito de peluche... —argumentó toqueteándole la cara hasta dejarle gesto de perrito pachón—, también quiero que se lo llares y parezcas lelo —Jorge levantó una ceja preguntando sin palabras de dónde había sacado aquello, y la niña no tardó en sacarnos de dudas—. Tita Adri dice que a veces pareces lelo cuando me miras —colocó las palmas de las manos hacia arriba como disculpándose.

—Genial, Adriana solo te enseña cosas útiles, ¿eh? —le aseguró escondiendo tras una sonrisa la ironía que ella no entendería.

—Lil, vas a tener que pensar otro nombre para el bebé —le pedí colocándola entre los cuerpos de los dos—. O mejor dos, uno que empiece por ele si es niña, y otro que empiece por jota por si es niño —le expliqué intentando acomodarme de lado para entrelazar mis piernas con las de Jorge que ya se había colocado mirando hacia mí—. Pero ahora no, que es tarde y tenemos que dormir.

—Si el bebé duerme con vosotros y yo también quiero dormir aquí —soltó mirándonos alternativamente con esa cara de angelito que ninguno de los dos nos creíamos, pero a la que no podíamos negarle nada, y menos esa noche.

—Vale, pero solo hoy —le advirtió Jorge apagando la luz.

—¡Qué haces! —gritó ella al quedarnos a oscuras, saliendo de debajo de la sábana y arrastrando su cuerpecito hasta alcanzar el libro que había quedado a un lado—. ¡Antes de dormir hay que leer! —nos miró indignada en cuanto volvió a hacerse la luz—. Como mamá me leyó ayer, hoy te toca a ti —exigió dándole el libro a Jorge.

—Eso, papá, que para eso es tu libro —la apoyé alargando un brazo hasta acariciarle el pelo a Jorge, tirándole un beso para burlarme de él.

A Lidia le encantaban los libros. Desde pequeña la habíamos acostumbrado a leerle por las noches, pero hacía tiempo que no permitía que le leyésemos nada que no fuese aquel libro que no soltaba ni para ir al cole. La razón, que era el libro que su padre había hecho para ella.

Unos meses antes, Lidia había descubierto que yo tenía una caja en la que guardaba como un tesoro las ilustraciones que Jorge había hecho —y seguía haciendo— de los momentos que habíamos vivido juntos y por una u otra razón quería que siempre recordase. El problema es que para explicárselo le dijimos que en la caja estaba el cuento de mamá, y ya no hubo forma de alejarla de la bendita caja.

La solución para que mi tesoro no sufriera su exceso de entusiasmo fue hacer una réplica en forma de libro, adaptando la historia a una versión infantil, y ahora el cuento favorito de mi hija era *Las aventuras de Lucía*.

—Pero si no hay marca —comentó Jorge pasando páginas—. Eso es que mamá lo terminó ayer. ¿No quieres que empecemos otro?

—No, quiero el cuento de Lucía —zanjó el tema acomodándose contra mi cuerpo, de manera que las dos quedásemos frente a Jorge.

—Está bien, pero la primera parte es la que menos nos gusta —refunfuñó en broma guiñándome un ojo mientras Lidia no miraba—. No sale el pintor que le gusta mucho a Lucía.

—Sí, ya sé que el príncipe no es tan guapo como el pintor —concedió poniendo los ojos en blanco, cansada de que Jorge siempre defendiese a su personaje—. Empieza ya, que el bebé y yo estamos cansados.

Nos miramos sorprendidos una vez más de lo bien que se le daba a nuestra hija lo de asimilar información y usarla en su beneficio, y mientras ella observaba el primer dibujo que ya debería saberse de memoria, Jorge y yo nos besamos sobre su cabeza.

—Te quiero, nena —murmuró acariciando mis labios con los suyos—. Hasta que tus oídos escuchen la última canción.

—Te quiero, mi vida —le correspondí rozando mi nariz con la suya—. Hasta que tus manos me regalen la última caricia.

—Papi, a este paso el bebé va a nacer...

Cerré los ojos dispuesta a dejarme llevar por la historia —nuestra historia—, pegada a las dos personas que, cuando ese primer capítulo comenzó, no podía ni imaginar que llegarían, pero sin las que mi vida no sería ni tan loca, ni tan mía. El calor de la piel de mi marido, la respiración de mi pequeña quedándose dormida contra mi pecho, el latido del corazón que estaba formándose dentro de mí... Supongo que, después de todo, Herminia habría estado orgullosa de mí.

El camino había sido largo, seguía siendo difícil cada día, pero momentos como aquel hacían que cualquier bache siguiera mereciendo la pena. Y es que un solo instante basta para cambiar tu vida —yo tuve que cruzar una calle sin mirar cuando no sabía hacia dónde iba, para descubrir que Jorge era mi destino—, así que había aprendido a atesorarlos, y ese estaba segura que merecía con creces ser dibujado.

—Está bien, señorita —dijo colocándose de tal manera que su brazo libre nos arropase a las dos—. Cuenta la leyenda...

AGRADECIMIENTOS

Esto fue mucho más sencillo cuando apenas nadie sabía que escribía, y no existía una lista interminable de personas que me han apoyado y demostrado su cariño desde que Antes de conocerme salió a la luz... Por si me dejo a alguien, gracias de corazón a todos los que de una u otra manera habéis sido parte de la familia de Lucía.

A Luis, mi hermano. Gracias por ser siempre la diferencia entre un sueño y una realidad. Por no saber decirme que no, pero sobre todo querer siempre decirme que sí.

A papá y mamá, Sr Antonio y Sita Mary. Por querer a Lucía desde el primer día y apoyarme en todas mis locuras. Por los abrazos que siento aunque sean por teléfono.

A Marisa, por ser parte de esto conmigo. Madrina, nunca olvidaré cada segundo de vida que me has dedicado... no solo para corregir. Algún día mi casa también tendrá un tocadiscos.

A Zinayda, por ser mi medio limón y musa en ti misma. Los besos JAMÁS se gustarán.

A Isa, por prestarme tu casa y tu sonrisa para crear historias. Por ser siempre el último empujón.

A Lidia, mi chica de los CD recopilatorio y la persona con más corazón que conozco. A Laura, la que me enseñó a acelerar en los peligros y se queda a mi lado para pasarlos. A Lorena, SIEMPRE mi primera uva, mi saquito de la risa, mi eterna alegría. A Diana, el pedacito de alma que tengo en Madrid, la confesora oficial del reino.

Al resto de los García (por ambas partes), todos y cada uno. Tíos y tías. Primos y primas, de sangre o apegados, nunca estaré más orgullosa de nada que de ser parte de estas familias.

A María y Rut, mis vecinitas de la puerta 9. Puede que dejemos de compartir casa, pero nunca dejaréis de ser mis hermanas. Siempre y para siempre mis Noras.

A los ITQnianos en general, porque sin vosotros solo sería trabajo. A Amada, Marta, Belén, Chelo, Cris, Estefanía, Isabel, Adelina, Fani, Chusa, Amparo y Carmen, por creer en mi Lucía. A Pablo, por tanto... y no solo hablo de las risas (ni del trivial). A Eli, por dejarme tocarte la barriga compulsivamente. A las que ya no están, pero son tan parte de esto y de mi corazón como al principio, Vicky y Lauri (mi lejos pero cerquita), ¡cuánto os echo en falta! Mención especial para los "Pillamos", por todo el tiempo que este libro nos ha robado pero que espero recuperar con cervezas: Eva, María, Oscar, Álvaro y Rafa.

A mis maragatas, estén donde estén afincadas. Porque una vida entera a vuestro lado sabe a poco y los vinos en Astorga saben de otra manera.

A las Quimicuchas, porque años después sigamos buscando excusas para vernos, y cada minuto con vosotras sea un recuerdo de por vida.

A María y Patri, porque hacéis de Valladolid el destino más apetecible del mundo. Nos debemos un puente.

Al sofá, por hacerme sentir en casa y darme la oportunidad de conocer a personas que no serán solo nombres en mi vida.

A todos los que le dieron una oportunidad a Lucía y han llegado a este punto, gracias por vivirlo conmigo. En especial a María (la chica de los zapatos rojos), porque sin habernos visto jamás tus palabras me han dado más de un abrazo. A Pam (con sus tres letras), porque detrás de un blog maravilloso hay una persona a la que me encantaría conocer en persona. A los cepedan@s, tanto cariño es imposible de olvidar.

A ti, que me lees y te atreves a escribirme, gracias por hacer de mi locura una fuente inagotable de alegrías. Por compartir tus impresiones y ayudarme a mejorar. Por las sonrisas que te he sacado, las sorpresas que no esperabas y los sueños que están por venir.

A todos las Lucías y Jorges del mundo, porque hay amores por los que vale la pena pelear y casualidades que cambian vidas.

A mis miedos, inseguridades y dudas, por morir el día que Lucía llegó al mundo.

SOBRE LA AUTORA



Mi nombre es Saray García, y nada de lo que pueda contarte de mí te ayudará a conocerme mejor que leer mis libros, pero podemos intentarlo.

Vallisoletana de nacimiento, leonesa de corazón y valenciana por elección, estudié química en Valladolid, y actualmente resido en Valencia, donde compagino (o lo intento) mi doctorado con mi gran válvula de escape, la escritura.

Soy una enamorada de la música, porque no puedo evitar relacionar canciones con personas o momentos. De los libros, porque me transportan a otras vidas y me empujan a soñar. De la playa porque el sol me calienta el alma, y de los tatuajes porque guardan historias.

Adicta a los zapatos y los sombreros, si quieres hacerme feliz sin recurrir a viajar, dame una bolsa de chucherías y ponme una película o una serie.

Si aún sientes curiosidad, búscame en Twitter, Instagram y Pinterest como ssaryss, o en Facebook en <https://www.facebook.com/SarayGarciaPage>